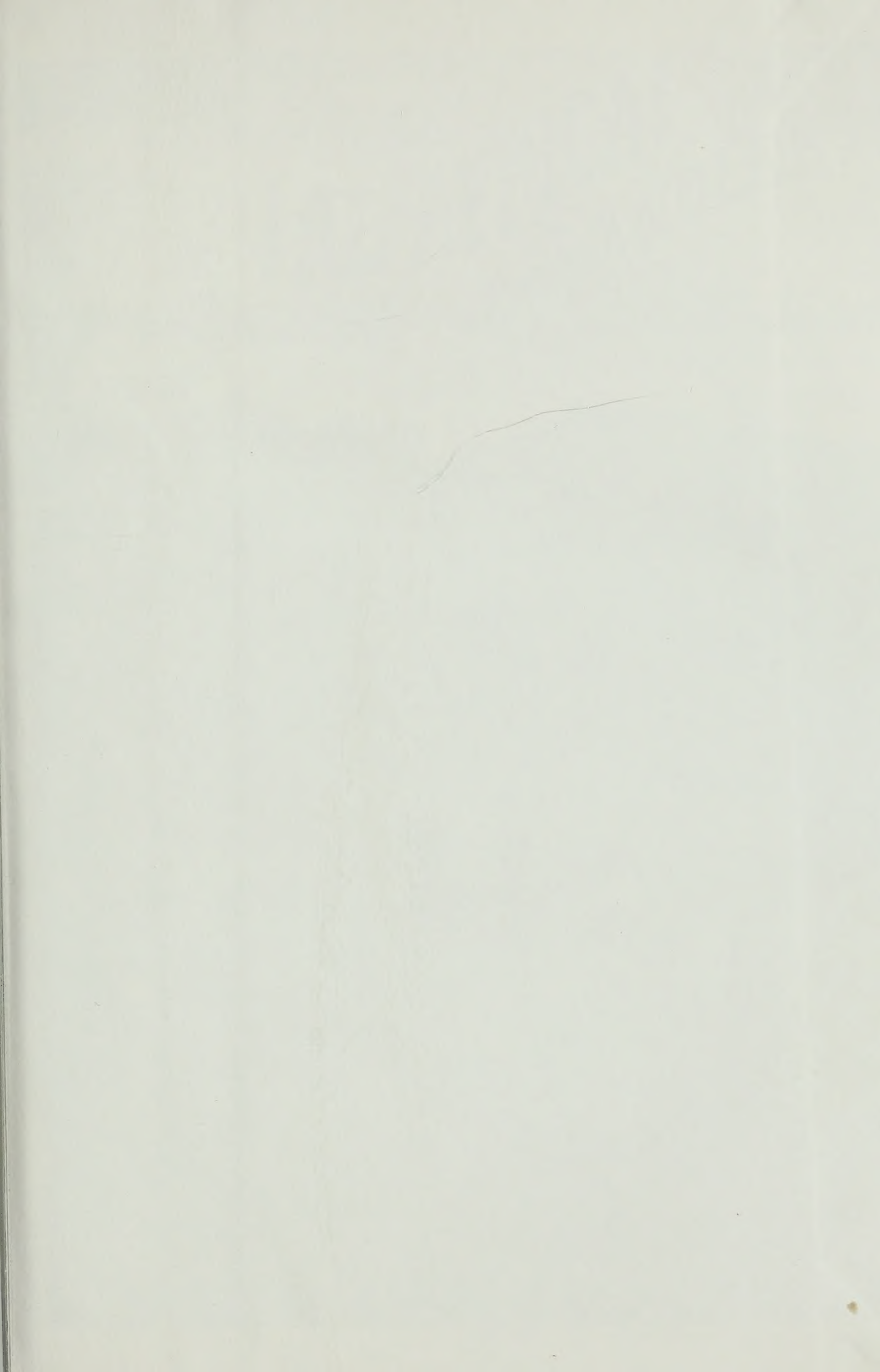
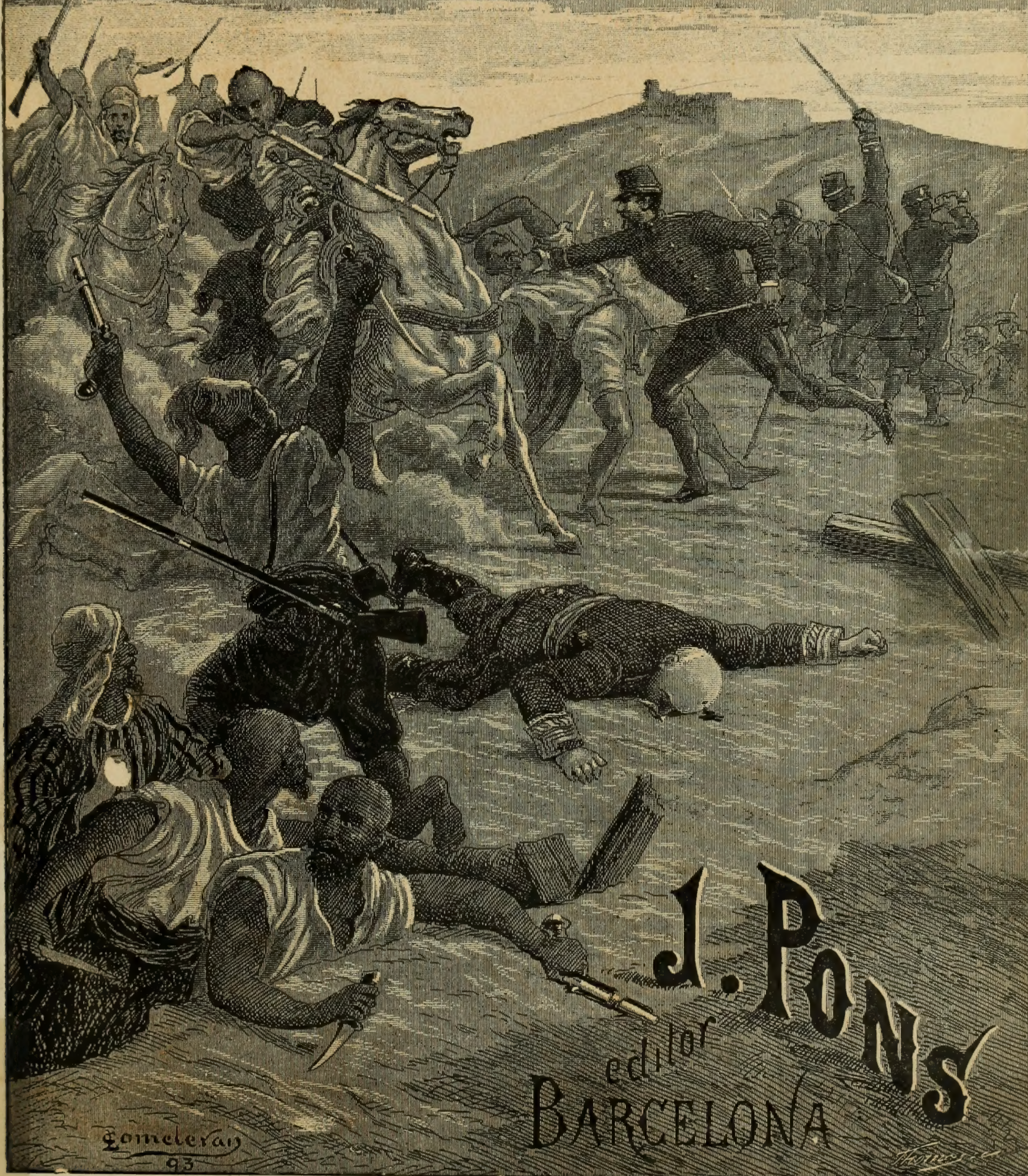

3 1761 07143778 4



¡AL ÁFRICA! ESPAÑOLES



¡AL ÁFRICA, ESPAÑOLES!

EPISODIOS DE LA GUERRA

CONTRA LAS TRIBUS DEL RIFF

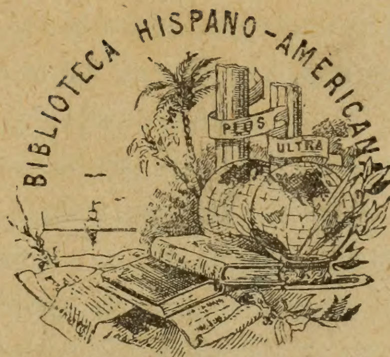
ESCRITOS SOBRE LAS NOTAS DE UN TESTIGO OCULAR

POR

ÁLVARO CARRILLO

É ILUSTRADOS POR EL REPUTADO ARTISTA

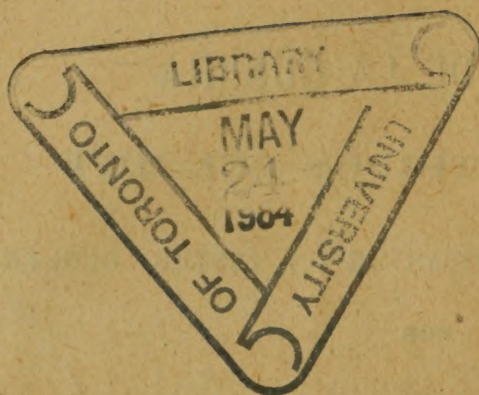
D. LEÓN COMELERÁN



BARCELONA-GRACIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE JUAN PONS,

29, PROVENZA, 29.


LIBRARY
MAY
24
1964
UNIVERSITY
OF TORONTO

AL PUEBLO ESPAÑOL

A tí, noble pueblo, que en todos los grandes acontecimientos has sabido mostrarte verdaderamente superior á los mismos que debieran alentar tu entusiasmo y dirigirle; á tí que no has escaseado jamás ni tu sangre, ni tus recursos para acudir en auxilio de la calamidad ó en defensa de tu pabellón indignamente ultrajado, á tí dedico este libro, continuación de otros dos que también escribí para tí hace treinta y cuatro años, durante la guerra de 1859.

¡Al África, españoles! Tal debe ser el grito de cuantos han visto la primera luz en esta tierra, donde han surgido tantos héroes, donde hechos tan gloriosos se han realizado y donde tan poco apreciado ha sido por todos los gobiernos, cuanto de generoso, de levantado y de enérgico, existe en tí.

Pueblo mío, en África, allí donde ondea el santo estandarte del Profeta, donde el blanco alquicel y el minarete de la mezquita están simbolizando todavía nuestra grandiosa epopeya de cerca de ocho siglos, donde residen los descendientes de los rechazados en Covadonga, de los vencidos en las Navas, de los desterrados de Granada, cediendo siempre ante el poder de tus antepasados, allí está tu porvenir, allí tu influencia, allí tu comercio, allí la justa recompensa de tu sangre vertida en cien combates, de los ultrajes que te has visto obligado á soportar durante muchos años, y finalmente, del audaz bofetón estampado sobre tu mejilla los días 2, y 27 y 28 del mes de octubre de este año.

Si los hombres que han regido tus destinos inspirados solamente por las mezquindades de una política personal y de egoístas aspiraciones, lo hubieran sido por el noble anhelo de engrandecerte y de procurar tu bienestar; si, recordando las glorias del pasado, hubieran sabido volver por tu dignidad ultrajada, por tus laureles escarnecidos, por tu honra mancillada, nunca esas hordas fanáticas y salvajes se hubieran atrevido á insultarte, ni á asesinar á seres indefensos, ni á profanar los cadáveres de los que murieron en defensa de tu honor.

Hora es ya de que muestres lo que eres y lo que aspiras á ser.

De tu seno ha salido ese ejército que, lleno de entusiasmo, cruza los mares para vengar con sangre africana la sangre española vertida en encarnizada lucha, más que todo provocada por la incuria, por el abandono, por la imprevisión de los que debieran haber presumido lo que había de suceder.

¡Al África, españoles! Este debe ser, hoy más que nunca, el grito que debe salir de nuestros pechos, que si españoles son los que van á combatir por la causa del derecho, de la justicia y del honor, españoles somos todos, que debemos acompañarles con nuestros pensamientos, auxiliarles con nuestros recursos, ampararles con nuestras fuerzas, cantar sus glorias ó llorar sus reveses, fortalecerles, y en el ejemplo de los que mueran enseñar á los que sobreviven el verdadero camino que debe seguirse para el engrandecimiento de la patria.

Panegirista de los hechos que sobre el africano suelo tengan lugar, narrador de los gloriosos episodios del combate, compilador de heroicidades y de sufrimientos, yo voy á seguir las peripecias de esa campaña que se ha inaugurado con dos gloriosas retiradas, que han causado víctimas que, no tendremos lágrimas bastantes para llorar.

Desde el modesto soldado, obscuro mártir de la ordenanza, cuyo nombre sólo queda consignado en los estados del regimiento á que pertenece, hasta el ilustre general que en cumplimiento de su deber juega y pierde la cabeza en ese terrible albur de la guerra, tales han sido las primeras figuras que han caído bajo el mortífero plomo de los riffeños; para ellas las primeras coronas de laurel, para ellas los

primeros recuerdos, su muerte gloriosa, el espejo en que deben mirarse los que vayan á combatir por la honra nacional.

En momentos semejantes, no hay ni puede haber diferencias de opinión, ni apasionamientos de partido, ni rencores, ni odios personales; no existe más que una sola bandera, que es la que á todos nos cobija, la que todos debemos sostener con nuestros esfuerzos: la bandera de la patria.

Allí donde se la insulte, allí donde se la humille, allí debemos estar todos para vengar el ultraje, para hacerla ondear más altiva, más grande cuanto mayor haya sido la ofensa recibida.

Jamás has desoído los llamamientos hechos á tu patriotismo, pueblo español; nunca has regateado tu sangre y tu dinero cuando de la honra nacional se ha tratado, y si venciste en pasados tiempos á las innumerables falanjes musulmanas que, como asoladora tromba, nos enviaba, con los ardientes torbellinos del simoún, el africano suelo; si en el primer tercio del presente siglo, por tu solo esfuerzo te atreviste á desafiar y á vencer al que había pretendido hacer de la Europa entera el pedestal de su trono, si á pesar del largo marasmo en que te habían sumido tus contiendas civiles, y los desaciertos de tus gobernantes, te alzaste poderoso y atrevido en 1859 para cruzar el Estrecho y desde el Serrallo hasta Wad-Ras, en serie de escalonados triunfos, arrollar, no sólo las salvajes kábilas fronterizas, sino los ejércitos del sultán de Marruecos, en la ocasión presente no permanecerás, no permaneces sordo á la voz de la patria ofendida y ya lo estás demostrando con la actitud tomada y los esfuerzos que haces.

Si con sangre han borrado las hordas del Riff las concesiones hechas por el tratado de Wad-Ras, con sangre y con sangre mora es preciso también que rectifiquemos el trazado de nuestros límites, que aseguremos para siempre la vida de nuestros soldados, que son hijos de tu mismo seno, que no permitamos siga insultándose por más tiempo una bandera que al Africa llevaron triunfante el inmortal Cisneros, que dejó flotar al viento en sus victorias el emperador Carlos V, y que en nuestros días, ha sido saludada por los gritos de victoria desde Ceuta hasta Wad-Ras.

Hoy más que nunca debemos repetir el grito de ¡Al África, es-

pañoles! La sangre pide sangre, los desaciertos de los gobiernos, la pujante revancha de los pueblos, las situaciones extremas, sacrificios colosales, y los grandes hechos, las páginas imperecederas de la historia para consignarlos.

El libro que empiezo á escribir, á tí está dedicado, y plegue al cielo que si censuras y acusaciones he de verme precisado á hacer por los errores pasados, puedan borrarse con los grandes sucesos que nuestros hermanos realicen, allí donde el deber y la honra nacional les llama.

Álvaro Carrillo.

PRÓLOGO

La carta del hijo

HACE algunos días, estaba preocupado con los sucesos ocurridos en Melilla el día 2 de octubre, cuando me anunciaron la visita de una señora, amiga de mi familia, viuda de un comandante de infantería y madre de un joven, subteniente á la sazón, de un batallón de cazadores.

El objeto de su visita era darme á leer una carta que había recibido de su hijo, que estaba en Melilla.

La carta decía así:

«Madre de mi alma:

»Por fin he podido conseguir la dicha que tanto ansiaba.

»Ayer pude satisfacer mi anhelo.

»En lucha desesperada con estos crueles enemigos de nuestra sangre, con estos fanáticos verdugos de los españoles, mi espada y mi revólver trabajaron, agotándoseme las cápsulas del uno y partiéndose la hoja de la otra, antes que se hubiera saciado mi sed de venganza.

»Parecióme ver ante mí, los ensangrentados restos de mi abuelo, muerto en Wad-Ras á manos de los infieles, y de mi padre, villanamente asesinado por estos mismos riffeños con quienes ayer hice conocimiento.

»Madre mía, ruda fué la jornada y he de confesarte que nos vimos en grave aprieto; pero también debo añadir que si mis soldados fueron leones, yo me batí constantemente en primera fila y hubiera querido tener cien brazos para alzarlos y herir á otros tantos enemigos.

»Al empezar la pelea, me acordé de tí, madre de mi alma, de tí que con tan afanosa solicitud habías cuidado de mi niñez; de tí, que me arrullabas con tus cantares al mecerme entre tus brazos, que sonreías con mis gracias de niño, que te acongojabas si estaba triste, que me velabas cariñosa é infatigable, en mis enfermedades, que tanto lloraste el día que ingresé en el Colegio de Infantería y que todavía guardaste lágrimas para derramarlas cuando, destinado á un batallón de cazadores, me ví obligado á separarme de tí.

»¡Pobre madre querida! ¡cuánto habrás sufrido al leer en los periódicos que mi batallón había entrado en fuego, que habíamos tenido bajas, que la brega había sido fatigosa y el peligro de importancia!

»Como te he dicho, me acordé de tí al principio. Al sentir silbar las balas de los riffeños, no pude menos de considerar la profunda soledad en que te quedarías si una de ellas me quitase la vida y, te lo confieso, madre mía, creo que hasta mis párpados llegó una lágrima consagrada á tu recuerdo; pero inmediatamente la hice retroceder y la oculté en el fondo de mi corazón, que no era prudente que los soldados que me miraban, viesen que el llanto estaba bañando mis ojos.

»Después ya me olvidé de tí.

»Aquella turba de fieras, lanzando sus estridentes alaridos, agitando los jaiques, yendo y viniendo con una movilidad extraordinaria, sus disparos incesantes, el fuego de nuestros fuertes, los toques de corneta, todo confundido, todo formando ese extraño y enloquecedor conjunto que tanto tono da á una batalla, me dominó en absoluto, me invadió el vértigo, cegué; no ví más que las hordas enemigas, á mi padre, muerto por ellas, y dí sobre la masa de carne que nos rodeaba, hiriendo, rajando y lanzando á mi vez gritos para animar á mis soldados, que se hallaban rodeados de enemigos.

»¿Cuánto duró aquello? No te lo puedo decir. Había perdido la conciencia de mí mismo. No pensaba en el peligro que corría. Me cercaba la muchedumbre mora, las balas llovían sobre nosotros y yo no escuchaba más que una voz que me decía: «Mata, mata sin gracia ni piedad, por»que para tí no habrá cuartel si caes en poder de esos in»fames.»

»Y yo y los míos, matábamos, madre, matábamos porque era preciso matar ó morir, hasta que por fin el general Margallo pudo librarnos del peligroso trance en que estábamos.

»Entonces, cuando ya pudimos replegarnos á la plaza, cuando la morisma, rudamente escarmentada, corrió á refugiarse en sus poblados, cuando la excitación se calmó, pude ver que estaba lleno de sangre y polvo, que tenía desgarrado el uniforme, que me dolían los brazos, que tenía una contusión en un hombro y una herida en una pierna, entonces recordé que tu estarías, tal vez, rogando por mí en aquellos momentos, transida de pesar y de dolor, y otra vez aquella rebelde lágrima que á duras penas había conseguido algunas horas antes encerrar en el fondo de mi pecho, volvió á subir hasta mis ojos, tembló entre mis párpados, y ahora está bañando el papel en que te escribo.

»He oído decir, que el general me propone para una recompensa. No la merezco, madre; otros la merecerán mejor que yo. He cumplido solamente con mi deber.

»Tenía que defender la honra de mi patria, tenía que vengar la muerte de mi padre, tenía que conservarme para tí, madre de mi corazón, y he defendido mi vida para ti y para mi patria, y he derramado sangre mora para lavar la afrenta que á nuestro pabellón se había inferido.

»Ahora los combates se sucederán sin interrupción, porque esta gente es tenaz y no consentirá que levantemos ese fuerte que domina su mezquita, y que permite penetrar en el misterio de sus extrañas ceremonias; pero puedes te-

ner la seguridad de que tu hijo seguirá cumpliendo, como hasta hoy, con su deber.

»La noticia de lo ocurrido aquí, tendrá, sin duda alguna, gran resonancia en esa, y conozco demasiado á mi pueblo para no dudar que un grito unánime se exhalará de todos los labios y que el entusiasmo popular hará salir de su letargo á los que con tanta indiferencia han mirado siempre, esto.

»No te alarmes, madre, si alguna vez no recibes noticias mías, porque las comunicaciones se harán difíciles cuanto más vayan adelantando las operaciones; pero ten por cierto, madre de mi alma, que si mi silencio se prolonga más de lo ordinario, si se hace eterno, que tu hijo habrá caído sobre el campo, digno del nombre que lleva y digno de tí.

»Pero yo confío en que no ha de suceder semejante cosa. Estás rogando al cielo para que vele por tu hijo querido, y los ruegos de una madre como tú, encuentran eco siempre en Él que todo lo puede, y sobre todo, llevo como prodigioso talismán para preservarme de todo mal, el último beso que me diste al separarte de mí.

»Adiós, madre mía: para la patria mi esfuerzo, mi valor; para tí, el pensamiento de tu hijo

»MANUEL.»

Terminada la lectura de aquella carta, permanecí un buen espacio con ella entre las manos, no atreviéndome á dirigir mis ojos á la pobre madre, porque realmente no sabía qué decirle.

Por fin encontré alguna palabra para infundirle aliento y, ayudándome mi familia, tratamos de consolarla del mejor modo que pudimos.

El día siguiente lo empleé en escribir una larga carta á Manuel, que desde aquel momento quedó encargado de transmitirme todas las noticias referentes á los sucesos que allí tenían que desarrollarse, dentro de un espacio no muy largo.

Y, efectivamente, ha cumplido su cometido á entera satisfacción mía, y juzgo que también de mis lectores.

¡AL ÁFRICA, ESPAÑOLES!



CAPÍTULO PRIMERO

La muerte del héroe (1)

ERA el día 27 de octubre de 1893.

Desde el anterior, estábase anunciando que para el inmediato se preparaba un acontecimiento que quizás tuviera por término, romper las hostilidades contra el enemigo que había estado braveando tantos días, á ciencia y paciencia de las autoridades, entretenidas con las embajadas, visitas y misivas del bajá, cuya influencia para

(1) Aun cuando obran en nuestro poder todas las noticias y detalles, curiosos en su mayoría, referentes á la activa propaganda hecha por los riffeños para oponerse á la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, y del brillante hecho de armas del día 2 de octubre, hemos creído de mayor interés, en los actuales momentos, alterar ligeramente el orden y empezar nuestro libro consagrando las primeras páginas á la memoria del bizarro general Margallo, tan gloriosamente muerto en la jornada del 28 de octubre.

maldito lo que servía, desde el momento que los riffeños seguían obrando como mejor les cuadraba.

No pretendemos en estos momentos hacernos cargo del tiempo perdido, de las esperanzas defraudadas, de las imprevisiones cometidas, porque espacio tendremos para hablar de ellas, por cuya razón vamos á tratar únicamente de las sangrientas jornadas de los días 27 y 28, en la última de las cuales sucumbió tan bizarramente el pundonoroso gobernador de Melilla.

Algunos refuerzos habían llegado á la plaza; las condiciones de esta mejoraron algún tanto, y Margallo dispuso los trabajos para la construcción de pequeños fortines que pudieran servir para tener un poco á raya, á aquel enemigo que cada día se iba mostrando más audaz.

El sitio destinado para el emplazamiento del fortín no podía estar mejor elegido, puesto que se pensó para ello en un lugar verdaderamente estratégico, como es donde confluyen los caminos que dirigen á Mazuza, Frajana y Mezquita, poblados importantes, donde residen kábilas poderosas y las más levantiscas, numerosas y feroces de todo el territorio.

El nuevo fortín, quedaba protegido por los fuegos del fuerte de Camellos y su objetivo era poder batir aquellos caminos, imponiendo á los implacables vecinos.

¿Obraba el general Margallo, al verificar esta operación, en virtud de instrucciones enviadas por el Ministro de la Guerra? ¿Lo hacía por iniciativa propia? ¿Había ordenado aquellos trabajos en un momento de desesperación y

buscaba en ellos el pretexto para encontrar honrosa muerte antes que verse obligado á presentarse en Madrid á dar cuenta de su conducta, como jefe militar de una plaza de aquella importancia?

No es esta la ocasión más á propósito para tratar asunto tan delicado. En estos momentos, meros narradores de los sucesos, debemos limitarnos á dar cuenta de ellos.

Que era de presumir que íbamos á tener choque con los moros, muy pronto, estábalo demostrando, desde algunos días antes, y en particular el día 26, la agitación de las kábilas, sus repetidas idas y venidas, conciliábulos y movimientos de curiosidad ó de amenaza.

* * *

El general Margallo, tal vez adivinando algo y no queriendo que se le juzgase desprevenido, dió sus disposiciones, y el 27 de octubre organizó dos columnas que, bajo su mando la una y la otra á las órdenes del general Ortega, debían proteger los trabajos que iban á practicarse y rechazar á los enemigos, en el caso de que abandonaran la actitud espectante en que estuvieron hasta entonces.

Los tiradores Maüser, una batería de montaña y los batallones Disciplinario y cazadores de Cuba componían la que marchaba bajo su dirección, la cual debía proteger los trabajos verificados por la parte del fuerte de Camellos, situado á la izquierda de nuestro campo, á fin de imponer respeto á las kábilas de Mazuza y de Mezquita.

La columna del general Ortega, formada con fuerzas de los regimientos de Borbón y Extremadura, y otra batería de montaña, debían dirigirse por la parte derecha de Melilla hacia los fuertes de Rostrogordo, Cabrerizas Altas y Bajas, á fin de proteger también los trabajos que en aquella parte se practicaban, para unir los citados fuertes por medio de una línea de trincheras, toda vez que lo accidentado del terreno ofrecía grandes facilidades para el ataque de los riffeños.

Juntas salieron las dos columnas, si bien muy pronto hubieron de separarse, dirigiéndose cada una á la zona en que debía operar.

Por las señales observadas en el campo musulmán, calculábase que de un momento á otro era fácil que se rompiera el fuego, y nuestros soldados, lo mismo los que ya se habían batido con los infieles el día 2, que los llegados recientemente, deseaban con impaciencia cruzar sus armas con las de aquéllos.

La columna Margallo, que avanzaba rápidamente, rebasó el fuerte de San Lorenzo, cruzó el Río del Oro y empezó la ascensión de la altura de Camellos, que próximamente se encuentra á unos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

Los chistes, las agudezas de los soldados, siempre tenían por objeto al enemigo, que se divisaba al frente, el cual á su vez amenazaba con gestos á los que hacia ellos se aproximaban.

Una vez la columna Margallo hubo llegado á la altura

indicada, dispuso el general la colocación de fuerzas, de modo que pudieran acudir donde necesario fuere para la protección de los trabajos de aproche que los ingenieros comenzaron á practicar.

Establecióse la batería, y del reconocimiento que desde el punto más elevado de la posición se practicó, resultaba como indudable el ataque de los moros.

* * *

Por los caminos de Mezquita y de Frajana acudían en grandes grupos, y no había eminencia, ni cañada, ni senda, por donde no se vieran flotar los blancos ó parduzcos alquiceles.

Entre aquellos innumerables grupos de peones, distinguíanse algunos pelotones de jinetes, siendo tal la movilidad de unos y otros, tan arrogantes sus ademanes, tan amenazadora su actitud, que no cabía duda alguna sobre sus intenciones.

Sin atravesar su línea, sin penetrar para nada en los límites de nuestro campo, iban reuniéndose en grandes masas, disponiéndose para una impetuosa acometida, según su costumbre.

Las tropas, á su vez, estaban impacientes, haciendo toda clase de comentarios respecto á la actitud de los moros, conviniendo los verdaderos conocedores de las costumbres de aquéllos, que á la caída de la tarde, cuando las tropas iniciaran su movimiento de retirada, sería cuando atacarían.

***

Sobre las cuatro de la tarde, los moros, cual si obedecieran una señal determinada, comenzaron el ataque con aquella gritería característica en ellos, gritería que no tiene comparación con nada; alaridos de fiera que, al repercutir entre valles y cañadas, deslizándose por entre las bifurcaciones de las montañas, adquieren siempre, notas estridentes, amenazadoras, armonías de infierno, que impresionan de una manera extraordinaria á quien por primera vez los escucha.

Los tiradores españoles rompieron el fuego á una distancia de mil seiscientos metros, que fué disminuyendo conforme avanzaba el enemigo, siguiendo después los disparos de la artillería, que desde la granada, al bote de metralla, todo lo empleó para contener á aquellos grupos que se renovaban sin cesar, que gritaban como condenados y que no cesaban de avanzar.

Los poblados de Mezquita recibieron varios proyectiles, del mismo modo que la famosa mezquita de Sidy-Mahomed, á pesar de toda su santidad, según los fanáticos habitantes de aquellos lugares, no evitó que en su recinto causaran deterioros de consideración las granadas de nuestra artillería.

***

Toda la columna entró en fuego.

El batallón Disciplinario y el de Cuba contribuían también con sus disparos á causar bajas al enemigo; pero á pesar de eso éste avanzaba é iba á caer sobre nuestras posiciones.

El general Margallo comprendió que había llegado el momento de hacer el esfuerzo, que era preciso rechazar enérgicamente á aquel enemigo que no se detenía, y en su consecuencia dispuso lo necesario para ello.

El batallón Disciplinario fué el escogido para aquella función.

Dispuesto ya, dióse la orden de ataque, y como leones arrojáronse á la carrera los valientes soldados, cayendo como asoladora tromba sobre los infieles, arrollándoles y haciéndoles perder terreno y vidas con su irresistible empuje.

Los gritos de «¡Viva España! ¡Viva el Disciplinario!» lanzados por todas las tropas que había en las alturas de Camellos, ahogaron la infernal gritería de los musulmanes que, atacados de flanco por los disparos de la artillería, corrían perseguidos por las bayonetas de nuestra infantería y diezmados por la metralla de nuestros cañones.

La avalancha española con tal rapidez avanzó, que rebasó nuestra línea y llegó hasta las mismas trincheras rifeñas.

Pero aquel poderoso esfuerzo, realizado por tan corto número de valientes, en comparación con la muchedumbre mora, podía traer consigo su pérdida total, puesto que rehechos los infieles, iban concentrando grandes masas de infantería y caballería para envolverles.

Pero el general Margallo, que no les perdía de vista, ordenó la retirada, efectuándose ésta con el mayor orden, al mismo tiempo que el crucero *Conde del Venadito*, anclado en la rada, batía con su artillería los grandes grupos que acudían de la parte de Mezquita y de Frajana, para auxiliar á sus compañeros.

Reunida la brigada en el fuerte de Camellos, y acercándose la noche, como que el citado fuerte podía sostener por los elementos con que contaba, un verdadero asedio, el general dispuso la retirada de la brigada á la plaza, que comenzó á verificarse con el mayor orden.

CAPÍTULO II

Continuación del combate



i en la parte izquierda de nuestro campo había ofrecido la acción peripecias de tal importancia, en mayor escala ocurrieron en la parte derecha.

Porque ha de tenerse en cuenta, que el terreno en que se encuentran emplazados los fuertes de Cabrerizas Altas y Rostrogordo, son mucho más favorables para el ataque que el de Camellos.

Hay alturas que alcanzan una elevación de ciento veinte á ciento cuarenta metros, son numerosos los repliegues del terreno, todo éste es áspero y escabroso, y como se comprenderá perfectamente, dada la predilección que tienen los riffeños á la guerra de emboscadas, en la zona de que hablamos todo les favorecía.

Por otra parte en aquellas inmediaciones se encuentran las kábilas de Benisicar y Frajana, de las cuales la primera es formidable, y fácil es de presumir, que una vez roto el fuego por la parte derecha, no permanecería inactivo y tranquilo el flanco izquierdo.

* * *

Casi al mismo tiempo que sonaban los disparos en Camellos, también se escucharon los de Cabrerizas Altas.

La brigada Ortega, se vió atacada por una muchedumbre que no bajaría de doce á quince mil hombres.

Prodigios de valor estuvieron haciéndose por los valientes de Borbón y Extremadura, que defendían los trabajos de trincheras que hacían los ingenieros, trabajos que hubieron de abandonar éstos para empuñar los fusiles.

A pesar del valor desplegado por los soldados, de los certeros disparos de la infantería, secundados por la artillería del fuerte, no se pudo impedir que aquellas poderosas masas penetraran en nuestro campo, ocuparan las mismas trincheras que estábamos abriendo, rompieran los postes, inutilizando así la comunicación entre la plaza y los fuertes, y poniendo en situación verdaderamente crítica á la brigada que se veía obligada á soportar la espesa lluvia de balas que sobre ella estaba cayendo.

Bajas de consideración estaban sufriendo los regimientos de Borbón y Extremadura, especialmente este último, hasta que, por fin, las tropas hubieron de replegarse al

fuerte, donde también llegó el general Ortega cruzando por entre un diluvio de balas.

Cuantos esfuerzos se habían estado haciendo para sostener las posiciones, á pesar del brío y del valor desplegados por aquellos soldados bizarros, paisanos pocos días antes y esforzados guerreros bajo el plomo enemigo, resultaron estériles.

Masas y más masas, cayendo sobre ellos, emboscadas, favorecidas por las accidentaciones del terreno, por las altas y espesas chumberas, y por las mismas trincheras abiertas por nosotros, era imposible de contrarrestar por la escasa fuerza española allí reunida.

* * *

Para hacer más crítica la situación en el fuerte, la noche se aproximaba, la muchedumbre mora aumentaba por momentos, los claros que en ella hacían los certeros disparos de nuestros valientes, y la artillería hábilmente dirigida, cubríanse inmediatamente; los víveres y las municiones escaseaban, los elementos para atender á la curación de los heridos que á cada momento llegaban, eran insuficientes, se carecía de agua, estaban interceptadas las comunicaciones, no podía esperarse ningún convoy, y era preciso defenderse de un enemigo que por momentos se aumentaba, creyendo ya segura la derrota para los del fuerte.

Detallar uno por uno los rasgos heroicos llevados á cabo

durante aquellas horas memorables, fuera imposible; cada soldado fué un valiente, cada oficial mostróse digno del puesto que ocupaba, y hacer el elogio de uno, es hacer el de todos.

Soldados defendiendo á sus jefes, jefes recogiendo á sus soldados heridos para no dejarles abandonados en el campo, disparos certerísimos para contener la furiosa morisma, secciones que no se retiran á pesar de habérselo ordenado por cinco veces, por no abandonar á cuatro soldados que se hallaban en comprometida situación, tales fueron los episodios repetidos sin cesar por las fuerzas de Borbón y de Extremadura, durante aquellas horas de constante brega.

***

La perspectiva que se ofrecía á los valientes que estaban en Cabrerizas Altas, donde también se encontraban cinco periodistas, que en cumplimiento de su deber, habían ido á aquel sitio á recibir impresiones que poder telegrafiar á sus respectivos periódicos, no podía ser más horrible.

El enemigo braveaba por todas partes y era materialmente imposible esperar en aquellos momentos socorro alguno.

En momentos tan críticos llegó el general Margallo, seguido de su estado mayor y escolta.

¿Cómo pudo llegar hasta allí, ileso, cruzando por entre aquella espesa lluvia de balas?

Dijimos en otro lugar, que al cerrar la noche había or-

denado que la brigada que sostuvo el fuego en Camellos, se retirase á la plaza, donde él también se dirigió.

Pero ya los moros habían lanzado masas considerables por nuestro campo, en términos que difícilmente pudo el batallón de Cuba llegar al Polígono, donde se hizo fuerte repeliendo el ataque de los moros que, como es sabido, acostumbran á lanzarse con inusitada fiereza en los momentos de retirada.

* * *

Al llegar el general Margallo á la plaza, se enteró de la comprometida situación en que debía estar el general Ortega con la brigada que tenía á sus órdenes, y sin pararse á meditar sobre el peligro, no viendo más sino el riesgo que corrían sus soldados, seguido de su estado mayor, emprendió el camino de Cabrerizas Altas.

Salvar el espacio que mediaba entre la plaza y el fuerte avanzado de la derecha, por entre una multitud de moros envalentonados con la que consideraban su victoria, era empresa arriesgada.

Pero el valeroso general no se preocupó de su peligro; vió solamente el de sus compañeros, el de sus soldados, y allá se lanzó jugando el todo por el todo.

El momento en que llegó el general al puesto de Cabrerizas, no podía ser más crítico.

Los moros, tendidos en el suelo, aprovechando todos los repliegues del terreno, ó bien corriendo en apiñados grupos por el campo, disparaban sin cesar.

Un pequeño postigo había abierto en el fuerte, ante el cual se extendía un puentecillo de un metro escasamente de anchura, y por él penetraron á escape el general Margallo, su ayudante y la escolta.

Una vez allí, conferenciaron los dos generales, y ambos convinieron en lo crítico de la situación.

El patio estaba lleno de heridos, á quienes iban curando como mejor podían los dos médicos, uno de los cuales, el del regimiento de Extremadura, D. Manuel Puig, había permanecido en las guerrillas mientras duró el fuego, cumpliendo valientemente la promesa que había hecho al marchar al África.

***

En el fuerte, como ya hemos indicado, se carecía de víveres, y las municiones también podían llegar á faltar á continuar el fuego como hasta entonces; el agua escaseaba en tales términos, que hubo necesidad de poner una guardia junto á la única barrica que había, para evitar que los sedientos dieran buena cuenta de ella.

Como mejor se pudo se colocó á los heridos, á quienes los dos generales prodigaban frases de consuelo, y se tomaron algunas disposiciones para poder pasar la noche.

Noche horrible, durante la cual no cesó un solo momento el fuego de los moros que se aproximaban al fuerte, haciéndose necesaria una vigilancia extraordinaria para evitar un desastre.

***

A la mañana siguiente se vió que los riffeños ocupaban posiciones sumamente ventajosas, puesto que habían construído parapetos en una línea muy extensa, rodeando los fuertes de Cabrerizas, y aprovechándose de las cañadas, incomunicaban éstos y el Polígono y San Francisco, dominando en absoluto todo el llano hasta las faldas del Gurugú.

A nadie se le obscurecía el peligro.

Éste era inminente, y lo mismo en la plaza que en los fuertes se comprendía la necesidad de hacer un esfuerzo poderoso para salir de aquella situación.

En Cabrerizas, sin tener que comer y sin agua para apagar la sed, la situación era verdaderamente apurada.

Repartiéronse armas á los periodistas, que como hemos dicho, estaban allí encerrados también, puesto que había llegado el momento de contribuir á la común defensa, y todo anunciaba que el momento crítico había llegado.

Sobradamente comprendían en la plaza todo lo difícil de la situación en que se encontraban los valientes que había en Cabrerizas Altas, y por lo mismo se hacía preciso una acción enérgica á fin de sacarles del apurado trance y facilitar la salida á los que estaban encerrados.

La plaza rompió el fuego disparando la batería de San Felipe y la últimamente emplazada, de cañones, Verdes Montenegro, los fuertes hicieron fuego á su vez, y al mismo tiempo se organizaba un convoy para llevar auxilios á los sitiados.

El regimiento de Borbón salió de los fuertes de Cabre-

rizas y Rostrogordo desplegando sus guerrillas; la artillería de montaña quedó emplazada frente al fuerte de Cabrerizas y la lucha fué tomando un carácter tal, que hacía asegurar innumerables desgracias.

Los riffeños, si retrocedían algunos momentos, era para volver al ataque con mayor furia.

El Disciplinario y los cazadores de Cuba tenían que sufrir extraordinariamente para reunirse con sus compañeros, y si hechos heroicos hubo el día anterior, mayores todavía si cabe los hubo en la memorable mañana del día 28.

* * *

El general Margallo, sereno en medio de la lluvia de balas que á su alrededor caían, sin pensar que alguna de ellas le podía herir, animaba sus soldados, daba órdenes y mandaba aquellas cargas en que siempre resultaba alguna gloria para nuestros valientes.

Por la parte de la plaza veíase el convoy que adelantaba, aunque trabajosamente, custodiado por las fuerzas de artillería é ingenieros, y como si los moros comprendieran que la llegada de aquél, salvaría la presa que ya consideraban segura, arrojáronse como fieras sobre el fuerte.

En esos momentos fué cuando cayó herido el teniente de artillería señor Saltos, de un balazo en un brazo, y por efecto de la vacilación producida en los sirvientes de las piezas á causa de esto, los moros se arrojaron sobre ellas abrazándose á los cañones.

El momento era crítico; un minuto más y aquellos dos cañones que tan necesarios nos eran en semejantes circunstancias, habrían sido arrebatados por los infieles.

Pero el ayudante de Extremadura, teniente señor Primo de Rivera, lleno de generosa indignación, dirige enérgicas frases á unos cuantos soldados, arrojándose, al frente de ellos, sobre las piezas, acuchilla sobre ellas á los moros, y recupera uno de ellos; otro de los oficiales del mismo cuerpo sigue su ejemplo, y los dos cañones vuelven á ser conducidos al fuerte.

Al mismo tiempo, y como que urgía rechazar al enemigo, más pujante y amenazador cuanto más comprometidos juzgaba á los nuestros, el general Margallo lánzase fuera del fuerte, procura infudir aliento á las guerrillas, ordena nuevos movimientos bajo aquella mortífera lluvia de plomo, y al ver desplegar á sus soldados, grita con voz poderosa:

—Muchachos, hijos míos, vamos por la gloria.

Ya no pudo decir nada más.

Tres balazos, en la sien derecha, en el oído y en el cuello, cortaron la vida de aquel valiente, que desde la tarde anterior había estado desafiando á la muerte en los puestos de más peligro.

La caída del general, acontecimiento terrible en momentos tales, enardeció de tal modo á sus soldados, y de tal coraje poseídos se lanzaron sobre las falanges islamitas, que arrollaron á los moros, arrojándolos al otro lado de nuestros límites.

Aprovechándose de esto, retiróse el cadáver del general al interior del fuerte, el general Ortega asumió el mando, llegó el convoy, y los movimientos combinados y los disparos de la plaza, de los fuertes y del *Venadito* mejoraron algún tanto las condiciones del combate.

CAPÍTULO III

Una de las causas de la guerra según la opinión de un hebreo

PARA comprender hasta qué extremo llega el fanatismo musulmán y la influencia que los santones ejercen entre aquellas tribus semi salvajes, recientes los sucesos del día 2 de octubre, de los cuales vamos á ocuparnos más adelante, un amigo nuestro, que se paseaba por las calles del Polígono, solitarias á la sazón, en compañía de Moisés Manichol, rico hebreo, comerciante de la ciudad, fué interrogado por el judío, que le dijo:

—¿Tú no conocer á la hermosa Almina?

—¿Quién es esa señora?—preguntóle nuestro amigo sonriendo.

—La causa tal vez de los sucesos del día 2.

Nuestro amigo se echó á reir; pero el hebreo, con la mayor seriedad, le replicó:

—Tú reirte con mucha gana; verlo muy bien, pero decirte que no tienes razón, por no conocer á estas gentes.

—La verdadera causa, ha sido,—repuso nuestro amigo,—las contemplaciones que hemos guardado con esos salvajes, que han creído que se les temía.

—Y que por eso os desprecian.

—No tengas cuidado, que ya verán lo qué es bueno.

—No fiarte mucho, que ellos tener armas buenas, municiones y cuanto hacerles falta.

—Mejor, con eso veremos quién es el más fuerte.

—De todas maneras, vosotros haber perdido mucho tiempo.

—Pero aun cuando tardíos, está seguro que seremos ciertos.

—¡Oh! sí; ser vosotros mucho tardíos y comprenderlo así los moros.

—Como que ellos no tienen para reunirse, otra cosa que hacer, que encender hogueras y recoger sus armas, pronto están listos; pero nosotros, no así con tanta facilidad podemos realizar una concentración de fuerzas con todo lo necesario para una empresa semejante, en poco tiempo.

—Vosotros haber tardado mucho, á pesar de lo que dices, y haber pasado los años, dando lugar á que digan por todas partes que ser vosotros *mucho gallinas*.

—Pues ¡ay! de ellos el día en que estas gallinas se conviertan en gallos.

—Tú estar en un error; los rifeños estar prevenidos

también, y muy excitados para la pelea porque excitarles á ello, quien tú menos te puedes figurar.

—Todo su fanatismo, su ignorancia y la libertad en que se les ha dejado siempre, por no saber hacernos respetar.

—¿No decirte que no? Pero ha contribuido mucho para los sucesos que han producido la destrucción de las obras del fuerte, las excitaciones de una mujer, de esa Almina, por quien preguntarte antes.

—¿Qué dices?—exclamó nuestro amigo sonriendo.—Aquí no hay mujeres que intervengan en el asunto. Son ellos mismos, ellos, los fanáticos, los enemigos irreconciliables de cuanto representa civilización y progreso. Ya se sabía ó cuando menos ya debía esperarse que se opondrían con todas sus fuerzas á lo que ellos juzgan una intrusión en su territorio, cuando los que lo están invadiendo el nuestro, son ellos.

—Vuelvo á decirte que tal vez tengas razón; pero ha contribuido tan poderosamente para este levantamiento una mujer ó dos mujeres, que tú mismo vas á convencerte de ello.

A la expresión de incredulidad que en el semblante de nuestro amigo se reflejaba, el hebreo empezó á referirle una historia, de cuya veracidad no nos atrevemos á responder, pero que tampoco dudamos en absoluto, puesto que todo está en lo posible, y con mayor motivo, tratándose de personas como las que juegan en la historia.

Como causa determinante del actual estado, no pode-

mos admitirla, porque lo que hoy sucede en el campo de Melilla, no es más ni menos que una lógica consecuencia de torpezas y debilidades gubernamentales, de desaciertos anteriores, de falta de energía en asuntos determinados y, sobre todo, de ese terrible «¡*No importa*!», que si en momentos determinados á los españoles les ha hecho alcanzar grandes triunfos, aplicado á la política, no ha podido producir más que desdichas.

Pero sea de ello lo que quiera, contrayéndonos á lo manifestado por nuestro amigo, como quiera que hemos de armonizar nuestros relatos con los episodios de todo género, allá va el que refirió el bueno del judío, dándolo como motivo de los sucesos ocurridos el día 2 de octubre en el fuerte de Sidy-Guariach.

* * *

Inquietas se hallaban las tribus riffeñas desde el momento en que pudieron convencerse que iba á ser un hecho la construcción del fuerte en el límite de nuestro campo, y dentro de las condiciones determinadas en el tratado de Wad-Ras.

Los santones andaban preocupados, juzgaban que era un atentado contra su religión la construcción de aquel fuerte, precisamente en la vecindad de la mezquita de Sidy-Guariach, y sus exhortaciones empezaban á producir efecto.

Era el santón Sidy Alabés Mojatar, uno de los hombres que disfrutaba de mayor prestigio entre las tribus de

Frajana, Mazuza, Benisicar, y demás que ocupan toda aquella región.

Sidy Alabés tenía una hermana, de quien decían, que de tal manera la había querido, que por efecto de aquel amor y en expiación de él, hubo de someterse á las más rigurosas austeridades, emprender repetidas peregrinaciones á la Meca, á fin de quedar purificado de toda culpa, y finalmente á hacer una vida ejemplarísima, merced á lo cual adquirió la fama á que nos hemos referido y por ende la influencia que su autorizada voz tenía.

Sidy Alabés no vivía lejos de la casa de su hermana.

Ésta había habitado casi siempre una vivienda situada á corta distancia del núcleo principal, del poblado de Frajana.

* * *

Sobre la cumbre de una eminencia próxima, había fijado también su residencia el influyente santón.

En los momentos que hablamos, la hermana de Sidy Alabés había muerto, y como nacida de ella quedaba una hija que, según decían, heredara de su madre, toda su expresiva belleza unida al carácter violento de su padre, carácter que le había proporcionado más de un disgusto y que finalmente, algunos años antes, le había hecho morir á manos de un español.

Almina, que tal nombre llevaba la sobrina del santón, educada por su tío y por él fanatizada, aborrecía mortalmente cuanto trascendiera á España, y puede compren-

derse perfectamente cuánto se aumentaría este odio con motivo de la muerte de su padre y de su marido, puesto que se había casado un año antes, los cuales habían sido muertos por los españoles.

Su marido también era enemigo acérrimo de éstos.

Había ido poco tiempo antes á establecerse entre los de Frajana.

Era hijo de uno de aquellos bravíos y enérgicos hijos de Anghera, que habían atropellado en 1859 los derechos de España, en Ceuta, y que se había batido audazmente contra los soldados de O'Donnell.

Mal herido en una de las acciones libradas en aquel tiempo, su existencia, los seis ú ocho años que sobrevivió á aquella época, no fueron mas que un sufrimiento continuado.

Su hijo quedó huérfano al año de haber nacido.

Sus parientes avivaron en su corazón el odio respecto á los que consideraban como verdugos de su padre, y andando el tiempo, cuando creyó llegado el momento de tomar mujer, la buscó, que participara también de sus ideas.

Y efectivamente, en Almina encontró lo que deseaba.

El padre de su mujer y él, pasábanse horas enteras apostados entre las breñas esperando el paso de alguna barca española para disparar sus armas contra ella, ó en días de temporal la llegada de algún buque náufrago, para cebar su saña contra los desdichados á quienes su desventura arrojaba sobre aquellas inhospitalarias costas.

***

Un año antes de los sucesos de que vamos á ocuparnos, los habitantes de los poblados de Mazuza y Frajana, al empezarse las obras de construcción de los fuertes, avanzados de Melilla, el padre y el esposo de Almina, capitaneando á sus compañeros, trataron de oponerse á la construcción de aquellos fuertes; pero los soldados españoles, cargando sobre ellos, les rechazaron, causándoles pérdidas de consideración.

El marido y el padre de Almina perecieron en la pelea.

Inútil es tratar de describir el odio que aquella mujer sentiría entonces.

Se encerró en su casa, situada fuera de tiro de cañón de las últimas líneas de la plaza, hacia el interior, y apenas si se la veía por ninguno de aquellos poblados.

Cuando lo hacía, era sólo para excitar á sus hermanos, en compañía de su tío, el santón Sidy Alabés, contra los españoles.

Sin embargo, algunos meses después, advirtióse en Almina un cambio extraordinario.

Su aborrecimiento respecto á los españoles se cambió en absoluto.

Ya no excitaba á los suyos á la matanza, ya desoía las palabras de su tío, ya no era la misma representación implacable del odio y de la venganza.

¿Qué había motivado semejante cambio?

* * *

En uno de los últimos días del mes de septiembre, Almina se paseaba impaciente por la solitaria playa que se extendía á corta distancia de su casa.

De pronto su oído perspicaz distinguió leve rumor de pasos que procedía de la parte de Melilla.

—¡Ya está ahí!—exclamó, adelantándose en la dirección que se percibía el rumor.

Poco después, un moro salía de entre las breñas.

Almina se acercó á él, y con voz anhelante le preguntó:

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Estaba enfermo?

—No, tan bueno como tú y como yo.

—Entonces ¿por qué no ha venido?

—Eso le dije; me contestó que no había podido, y al decirle que tú le aguardabas impaciente, se puso á escribir esta carta, encargándome que te la entregara.

—¡Una carta!—exclamó Almina estremeciéndose, y cogiendo con temblorosa mano la que el moro le entregaba. —¿Pero no te dió explicación alguna de su proceder? Habla, por piedad, Mohatar. Dime toda la verdad.

—No puedo decirte sino lo que ha pasado. Después que hube vendido cuanto llevé á la plaza, me fuí en su busca y le encontré á la puerta del café, sentado con otros oficiales. Apenas me vió, se separó de ellos y se vino hacia mí. Le dije lo que me habías dicho: tus inquietudes, tu impaciencia, tu dolor, y me contestó lo que ya te he repetido;

me dijo después que le siguiera hasta su casa, y allí escribió la carta que me entregó para ti.

—Está bien,—repuso Almina, con voz sorda.—Vete, y que Alá te premie tu celo para servirme.

* * *

Almina se dirigió precipitadamente hacia su casa.

Una vez en ella, encerróse en su habitación y abrió la carta.

Conforme la iba leyendo, la expresión de su semblante reflejaba de un modo gráfico lo que sentía.

La carta decía así:

«Almina: Todo está terminado entre nosotros.

»Imperiosos deberes me llaman á otra parte, y es necesario que uno y otro olvidemos el gratísimo ensueño que sólo ha durado algunos meses.

»Comprendo que tu corazón sufrirá algunos días. Tambien sufre el mío; pero como nuestra unión no podría ser duradera, es preciso que uno y otro, haciéndonos cargo de la razón, tratemos de consolarnos.

»Si algún día vuelvo á Melilla, tendré un verdadero placer en verte.

»ALBERTO MORALES.»

La carta se escapó de las manos de Almina, al terminar su lectura.

* * *

Dejóse caer sobre los almohadones que rodeaban la estancia, y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Pero la reacción sobrevino inmediatamente.

Con un movimiento violentísimo enjugó el llanto que bañaba sus mejillas, y murmuró, á la par que cambiaba en absoluto la expresión de su semblante:

—¡Infame cristiano! tan perro como todos ellos. Consuelo me dice que tenga, ¡miserable! Venganza tan grande como ha sido la ofensa, es lo único que puedo tomar. ¡Oh! yo que por el amor suyo contuve á mi tío... ¡Necia de mí!... Que mueran todos los españoles que están profanando nuestro suelo. En mi corazón no hay más que odio y aborrecimiento para ellos. Venganza es lo que quiero, y la tendré.

Y contraídos los labios, brillantes los ojos de cólera y de odio, temblorosas las manos, lanzóse fuera de la estancia, salió de su casa y echó á correr en dirección al poblado de Frajana.

* * *

Una vez allí, llegó hasta la casa del santón Sidy Alabés.

Reunidos se hallaban en ella los jefes de las tribus de Frajana, Mazuza y Benisicar, y otros de las más importantes del Riff.

La indignación se retrataba en todos los semblantes al

escuchar que el santón trataba de disuadirlos de hacer alarde alguno de oposición al emplazamiento del fuerte de Sidy-Guariach.

—El Cheriff,—decía,—llevaría muy á mal cualquier cosa que hicierais. Tiempo habrá para castigar á esos atrevidos españoles, arrojándolos de la tierra africana, donde nunca debieron penetrar. Alá no lo quiere tampoco. El Altísimo y Poderoso para todos los buenos creyentes, quiere que por hoy depongáis vuestras amenazas y esperéis ocasión más oportuna.

—Pero, respetable santón, ¡si tú mismo no hace mucho nos decías que fuera mengua para el Riff que los cristianos profanaran nuestro santo templo!

—Sí, lo dije; pero hoy, con más calma é inspirado por el Altísimo, os aconsejo que esperéis.

En este momento un grito que llegaba hasta la morada del santón, en medio del silencio de la noche, hizo estremecer á todos los que allí estaban.

—¡Venganza, virtuoso santón! ¡venganza contra los españoles!—decía aquella voz, que sin duda debieron conocer todos, porque á una exclamaron:

—¡Es Almina!

* * *

Sidy Alabés corrió hacia la puerta, y el estridente grito de la hermosa viuda percibíase más claro y más distinto, diciendo:

—¡Venganza, honrado santón! ¡venganza, hermanos míos! ¡muerte y exterminio para los españoles!

Y Almina, loca, encendido el rostro por la ira y el dolor, penetró en la estancia en medio del asombro de los jefes de las kábilas que allí estaban.

—¡Almina! ¡sobrina mía!—dijo el santón, obligando á la joven á que tomara asiento.—Tranquilízate; ¿qué te pasa? ¿qué ultraje tienes que vengar de los españoles?

—Nada me preguntes. Todo el odio, todo el aborrecimiento, toda la cólera encerrada durante tanto tiempo en mi pecho, ha estallado de repente, como si Alá hubiera querido encender todas las iras de una vez para provocar el incendio en vuestros corazones. ¡Venganza, hermanos! ¡Mueran esos perros!

CAPÍTULO IV

Venganza riffeña



L efecto producido por la entrada de Almina en la habitación de su tío, fué extraordinario.

Todos aquellos semblantes bravíos, enérgicos y feroces, fijábanse con su más interrogadora expresión en la joven, no acertando á explicarse ni su presencia á aquellas horas, ni aquella explosión de venganza en quien hacía meses que parecía haber amenguado en absoluto mucho en sus odios.

Para el santón Sidy Alabés, especialmente, la impresión era mucho mayor.

Él, que venía oyendo, tiempo hacía, á su sobrina; que se extrañó al principio y que después lo tomó como inspiración divina, tal vez, según lo absurdo de su fanatismo,

ver aquel cambio tan de repente, no podía menos de producirle un asombro extraordinario.

—Razón tienes, Almina,—dijo al cabo de algunos instantes, reflexionando que debía aprovechar aquellos momentos de excitación en la joven para encender mucho más el fuego en sus compañeros.—Alá, sin duda, alumbró tu mente, y él es quien inspira tus nobles sentimientos en pro de la patria. Ya lo oís, fieles creyentes: mi sobrina, de cuya tibieza os lamentabais no hace mucho; mi sobrina, cuyas exhortaciones habían conseguido hasta enfrenar mi justa cólera, creyendo que únicamente podía obrar por inspiración divina, vuelta sobre su acuerdo, no viendo en los perros españoles sino á los enemigos de su patria y de su religión, á los verdugos de su padre y de su marido, á los que con su planta profanan el sagrado de nuestro suelo, os excita á la matanza y al exterminio.

—¡Mueran! ¡mueran!—aullaron todos aquellos hombres, llevando la nervuda diestra á la empuñadura de las gumías.

—Encended las hogueras para dar aviso á todas las demás tribus interesadas también en lavar la mancha que hay en nuestros rostros. Jurad todos no tener piedad ni gracia para esos miserables, y unid la astucia á la prudencia, el disimulo á la habilidad para conseguir el fin que nos proponemos.

—Bien, ¿pero esas obras á que ya han dado comienzo?—dijo uno de ellos.

—Hay que destruirlas,—gritaron los demás.

—¡Matad! ¡matad!—murmuraba Almina, acurrucada en un rincón del aposento, cubierto el rostro con las manos.

* * *

Con supersticioso temor miraban los moros aquella mujer, que como absorta en una idea fija, parecía como que prescindía de su presencia, para no ocuparse sino de aquel pensamiento que la dominaba.

Su tío la contemplaba no sin cierta inquietud, y comenzaba á temer que aquella escena tan perfectamente principiada, no terminara su armonía con sus deseos.

—Sí, hermanos,—dijo el santón,—hay que destruirlos, pero con precaución. Cuando podamos dar el golpe con la seguridad del triunfo.

—Es que entre tanto esa gente sigue adelantando sus trabajos, se profana nuestro suelo, se desconocen nuestros derechos.

—No importa; no por esperar algunos días dejará de ser más segura y más terrible nuestra venganza.

* * *

Los jefes de las kábilas se consultaron entre sí, y el de la de Mazuza dijo á los demás:

—Es necesario no perder de vista que los perros cristianos reclamarán inmediatamente al Cheriff el cumpli-

miento de los tratados que ellos entre sí ajustaron, sin tener en cuenta para nada nuestra voluntad.

—¿Y qué nos importan los tratados,—dijo impetuosamente el de la kábila de Benisicar,—ni qué autoridad tiene el sultán sobre nosotros, que valemos más que él, y cuya indómita pujanza no ha conseguido dominar todavía? ¿Nos consultó, acaso, para hacer la nueva demarcación de límites? Ya se lo dije al bajá el otro día, y no tuvo otro remedio sino confesar su impotencia para en el caso de que nosotros no quisiéramos conformarnos con las obras de los españoles.

—¡Valiente cosa harían sus áskaris para impedir la realización de nuestro deseo!

—De todos modos, es necesario reunir todas nuestras fuerzas, contar bien los que somos, porque una vez que hayamos lanzado el reto á los españoles, es preciso no retroceder.

—Dices bien, sabio santón; reuniremos nuestras kábilas, y determinaremos el día del ataque.

* * *

Sidy Alabés estuvo reflexionando algunos minutos, y después dijo:

—¿Cómo estáis de armas?

—No nos faltan. Tanto de Gibraltar como de Málaga, recibimos las necesarias. ¿Qué puede esperarse,—prosiguió el jefe de la kábila de Frajana,—de una gente que por la

mezquina ganancia están haciéndose traición ellos mismos, vendiéndonos armas y municiones para hacerles la guerra?

—Si los buenos creyentes estuvieran unidos,—repuso Sidy Alabés,—si el santo fuego del Islam ardiera en todos los corazones, tiempo há que los españoles no sentarían su planta en nuestro suelo.

—¡Matad! ¡matad!—volvió á murmurar Almina, casi inconscientemente, olvidada de cuanto la rodeaba, para no pensar si no en lo que á ella la interesaba directamente.

—¡Ya lo oís!—prosiguió el santón. Matando, únicamente, conseguiremos nuestro objeto. Id, reunid á los vuestros; yo iré mañana á recorrer los poblados vecinos, y el día que salgáis al campo, arrasad cuanto encontréis á vuestro paso. Jurad hacerlo así, y Alá sea con vosotros.

—Lo juramos,—respondieron sin vacilar, los jefes allí reunidos.

***

Pocos momentos después, el santón y su sobrina quedaban solos en la morada del primero.

Sidy Alabés miró fijamente á su sobrina, sin decirla una palabra.

Después se aproximó á ella, y separando las manos de su rostro, le dijo:

—Almina, ¿cuál es el hombre que te ha engañado?

La musulmana miró á su tío, cual si no le comprendiera.

El santón volvió á decir:

—Te he preguntado quién es el hombre que te ha engañado. Porque yo, que todo lo veo; yo, que hace tiempo leí en tu pecho que, si amenguaste el odio que á los perros españoles tenías, era porque tu corazón estaba interesado por alguno de ellos, hoy veo, del mismo modo que entonces, que también tu mismo corazón se agita á impulsos de la venganza que en tí ha despertado su felonía. Por eso quiero saber quién es, para que el día del combate puedan los míos encontrarle y darle una muerte tan horrorosa como horroroso es el martirio á que te ha condenado.

—¡Oh! sí, sí, ¡que muera!—gritó con salvaje expresión la mora.

—Pero ¿quién es?

—¡Oh! ¡qué desgraciada soy! Harto me ha castigado Alá por haberme olvidado de mis creencias.

Y la joven se precipitó en los brazos de su tío, y entre sollozos y suspiros comenzó á referirle la historia de sus amores.

CAPÍTULO V

Las predicaciones del santón.—El 2 de octubre



CON profunda atención estuvo escuchando Sidy Alabés la historia de su sobrina.

Cuando terminó, le dijo:

—Ese perro español merece la muerte como todos los suyos. Si me hubieses dejado, tiempo hace que nuestros hermanos habrían dado cuenta de todos ellos.

—Perdona, pero ¡le amaba tanto!...

—Que Alá tenga piedad de tí. Tu desatentado amor ha dado alientos á los españoles, que estar tan débiles como gallinas, hasta ahora, pero que ultrajan á los moros construyendo esos fuertes, que debimos impedir. Pero ya no sucederá lo mismo. En vano será que el bajá del campo quiera impedirlo. Las tribus del Riff saltarán por encima

del bajá, y hasta del mismo emperador, si fuera necesario, para evitar que continúen la construcción del fuerte de Sidy-Guariach. Mi voz volverá á resonar por las kábilas de Mazuza y de Benisicar; todo el poblado de Frajana se pondrá en movimiento, y ¡ay! de esos perros cristianos, entonces.

—Pero Alberto ya no estará en Melilla,—repuso la mora, con un acento que tanto podía representar una queja de dolor, como un acento de rencorosa impotencia.

—¿Por qué no ha de estar?

—Se marcha á su país, me dijo.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—No se marchará tan pronto. Sobre todo, yo levantaré de tal modo el espíritu de los míos, que caerán sobre los españoles cuando menos lo puedan esperar. No ha de quedar uno para contarlo. Melilla, la *melífera*, caerá en poder del moro, porque Alá lo quiere, porque lo que hay en el campo del moro es muy suyo, y ni el emperador podrá dar lo que el santo Profeta dió á los buenos creyentes.

***

La actitud de Sidy Alabés, al pronunciar estas palabras, era ya la del fanático santón acostumbrado á excitar los salvajes instintos de sus compañeros, que al escucharle, creyéndole verdaderamente inspirado por Alá, seguían ciegamente sus indicaciones.

Almina le contemplaba fijamente.

Habíase secado el llanto de sus ojos, y en la expresión de su semblante había más inquietud, en aquellos momentos, que calma.

—Y si encuentras á Alberto,—dijo,—si en la pelea mis hermanos tropiezan con él...

—Morirá, como todos los suyos,—repuso fieramente el santón.—Como deben morir todos los enemigos de Alá.

—¡Oh! es que yo no quiero que muera,—gritó la mora, con un acento que brotaba de su corazón.

—Pues morirá,—dijo Sidy Alabés.—Tú misma has desatado la tempestad, y en balde tratarás de contenerla. Venganza pediste hace poco, y todos tus hermanos están dispuestos á dártela. Yo mismo les alentaré para ello.

—¡Oh! no; por Alá, te ruego que respetes su vida. Si él llegara á morir, yo moriría también.

—¿Pero no pedías tú misma venganza, no hace mucho?

—Estaba loca.

—No. Estabas cuerda, entonces. El santo Profeta había tocado tu corazón, y hablabas como una buena hija del Riff. Es tarde ya para todo. Fuí débil contigo algún día. Hice traición á los míos movido por tus ruegos. Sobradamente comprendía que el extravío de esa pasión habría sido bastante para cambiar tus sentimientos, y aun cuando lleno de horror, no pude negarme á tus deseos. Ahora ya es distinto. Tú misma has dado aliento á los tuyos. Venganza les pediste, y ya no tienes más remedio que aceptar las consecuencias de lo que has hecho.

* * *

Sidy Alabés, después de dicho esto, sin querer hacerse cargo del dolor y de la desesperación que se retrataba en el semblante de su sobrina, se separó de ella y salió de la casa, dirigiéndose hacia el poblado de Frajana.

—¡Poderoso Alá!—exclamó Almina dirigiendo sus ojos al cielo,—no permitas que se realice lo que mi tío acaba de decir.

* * *

El santón ó marabuto Sidy Alabés, al salir de su casa, emprendió el camino de Frajana.

En este poblado, residía otro compañero de profesión, aun cuando no de tanta influencia como aquél.

Larga fué su conferencia, y tras ella, uno y otro abandonaron el domicilio del segundo y, tomando direcciones opuestas, partieron, diciendo al despedirse:

—Alá solo es grande, y los perros españoles deben morir, para aplacar su enojo.

El día siguiente amaneció, y una agitación extraordinaria se advertía entre todos los aduares de las kábilas de Benisicar, Mazuza, Frajana, Benisidel y las demás que constituyen toda la provincia del Gelaia.

Los santones andaban predicando por doquiera, haciendo resaltar las iniquidades cometidas por los españoles, según decían, y la necesidad, mejor dicho, la obligación en

que se hallaban todos los buenos creyentes de castigar á sus enemigos.

Al mismo tiempo, los jefes de las kábilas iban corriendo, grupo por grupo, á fin de ver con quienes podían contar en el momento decisivo.

Animadas conversaciones, frases enérgicas, miradas llenas de ira, ademanes amenazadores se veían por todas partes, siendo, como fácilmente se comprende, el objetivo de todos aquellos odios, la plaza y sus defensores, y por ende todo cuanto llevase el nombre español.

* * *

Tumultuosamente se reunieron los individuos más importantes de cada poblado, quedando resuelto procurarse el apoyo de todas las tribus, aun aquellas más lejanas, y romper las hostilidades tan luego hubieran reunido número suficiente para escarmentar á sus ofensores.

Porque los riffeños juzgaban ofensores suyos á los que, con una pasividad extraordinaria, habían estado sufriendo, durante gran número de años, sus depredaciones, sus insultos, sus traidores ataques y los repetidos ultrajes hechos á nuestro pabellón.

Una movilidad extraordinaria se advertía por todas partes.

Encendiéronse hogueras en la cúspide de las montañas; los jinetes de una tribu dirigiéronse á la más inmediata, cambiándose impresiones y poniéndose de acuerdo, y la

plaza era objeto de un espionaje incesante, aprovechando para ello las desigualdades del terreno, las espesas chumberas y las elevadas alturas que dominan á Melilla.

En este estado llegó el día 2 de octubre.

Desde las primeras horas habían ido reuniéndose considerable número de infieles, apercibidos ya para la pelea.

El armamento de aquellos grupos de rudos montañeses, enérgicos, vigorosos, acostumbrados á la fatiga y rebosando odio y fanatismo, era tan complejo, que desde luego estaba acusando la explotación de que habían sido objeto durante mucho tiempo para proporcionárselo.

Los Remingtton, los Winchester, los Berdán, alternaban con la espingarda, y como arma blanca, la gumía y el machete, toscamente fabricados, colgaban de sus cuellos por medio de largos cordones.

CAPÍTULO VI

Algunos antecedentes históricos

La guerra de África de 1859 dió por resultado el tratado de Wad-Ras, en virtud del cual quedó determinado que alrededor de la plaza de Melilla se ensancharían los límites en proporción suficiente para que tuviera mayor seguridad la plaza y mayor desahogo la guarnición.

El nuevo territorio que se nos había de conceder, por efecto de aquel tratado, determinóse que fuera el radio desarrollado por el alcance de un cañón de los antiguos, de diez y seis, considerando á Melilla como el centro de un semicírculo que había de determinar el alcance de la bala.

En cumplimiento de las bases aprobadas por medio de aquel tratado, el año 1862 se nombró una comisión com-

puesta de dos delegados marroquíes y otros dos por parte de España, se hizo el disparo de cañón desde la batería denominada Victoria Grande, é inmediatamente se trasladaron hacia el punto donde el proyectil había caído.

***

Éste se encontró incrustado en la huerta denominada de Kandor, distante 2.900 metros de la plaza, en la cañada del arroyo de Frajana, y muy cerca del aduar de este mismo nombre (200 metros).

Ahora bien, partiendo de la base de unos 3.000 metros y siguiendo las cañadas y sinuosidades del terreno, dieron comienzo á la alineación hasta llegar al mar, por una parte: por el norte, con los barrancos de Rostrogordo, y por el sud, hasta llegar á los juncales inmediatos á la laguna de Guixart, á cuyo punto se le ha dado posteriormente el nombre de Casablanca.

A partir del mismo año 1862 hasta llegar al de 1870, la soberanía ejercida por España en aquella extensión de terreno de 1.500 hectáreas próximamente, fué completamente nula.

Poseíamos aquel terreno, sí, pero lo poseíamos de una manera puramente nominal.

Nosotros éramos los propietarios, nosotros solo podíamos explotar aquél; pero como quiera que lo teníamos en el mayor abandono, los moros continuaban cultivándolo como hasta entonces habían venido haciendo.

Y de seguro aquella explotación habría continuado del mismo modo hasta que un accidente, que podía haberse previsto desde el primer momento, nos obligó á fijar la mirada en la población de Melilla.

***

El paludismo se había cebado de una manera alarmante en los habitantes de la plaza á consecuencia del próximo desagüe del río Oro, y sólo entonces, aunque no con la premura que fuera de desear, se procedió á la desviación de aquel río hasta unos 200 metros próximamente de los muros de la plaza.

Después de los años transcurridos, durante los cuales, los moros, al ver la inacción, el poco caso y el casi desprecio de los españoles respecto de aquel terreno que ocho años antes reclamaron y que obtuvieron, habíanse acostumbrado á la idea de no perderlo.

Así fué que cuando aquéllos vieron que los españoles comenzaron á ejecutar las obras de desviación, empezaron á hostilizarlos de una manera sostenida y resuelta.

***

Las escaramuzas se repetían á diario, y las bajas y los graves perjuicios por nuestra parte, fueron numerosos, y si por fin pudo llevarse á efecto aquella necesaria desviación, fué debido á que España mandó allí una división de

seis mil hombres, secundados éstos por un cuerpo de ejército marroquí, igual en número al nuestro, á las órdenes del mismo hermano del emperador.

A pesar de haber sido sometidos los riffeños por la fuerza de su gobierno y el nuestro, desde aquel mismo año hasta el de 1884, puede decirse que la crónica diaria de Melilla puede resumirse en un número incalculable de ataques por las kábilas riffeñas, de los que el número de las bajas sufridas es extraordinario por parte de los españoles, y á los actos de heroísmo de éstos, ya colectiva, ya individualmente, siempre en defensa de la fortaleza y del territorio, que, á pesar de todo, los otros continuaban disputándonos.

* * *

El año 1884, el gobierno español por fin parecía resuelto á empezar la fortificación ideada por el, hoy coronel, don Francisco Roldán y Vizcaino, construyendo el primer baluarte, que se emplazó en el cerro de San Lorenzo, veinticuatro años después de pertenecernos aquél.

A la construcción de este fuerte, siguieron sucesivamente los de Camellos, Cabrerizas bajas y Rostrogordo, en los mismos límites de nuestro territorio.

Posteriormente á la construcción de aquellos fuertes principales, seguíase trabajando en los demás, y en el día prestan servicio los del Polígono, San Francisco y Cabrerizas altas, faltando únicamente para completar la defensa

del valle del Río de Oro, la construcción del fuerte más avanzado, en el cerrillo de Sidy-Guariach.

* * *

Como quiera que en todo el largo período que medió desde que se determinó la nueva circunscripción de Melilla, hasta los últimos meses, habían sido tan repetidos los insultos hechos á España, como que habían quedado en la mayor impunidad vergonzosos atentados, envalentonados los riffeños, llegaban por la noche hasta nuestro mismo campo, penetraban en él, y allí disparaban contra la plaza ó contra los fuertes, se creyó llegado el momento de activar la construcción de aquel fuerte y completar el resto de las defensas de nuestra plaza.

Esto tenía necesariamente que irritar á los riffeños, porque precisamente, según ya hemos indicado, la posición de este fuerte dominaba la mezquita y el cementerio, y esto era considerado por ellos como una profanación.

Sus morabutos ó santones eran los que más contribuían á mantener aquel estado de excitación, estado que debía traducirse en hechos, á no tardar mucho.

Y si algo se había construido hasta entonces, fué más que nada, porque entre los mismos moros, si bien en corto número, los había contrarios al empleo de temperamentos de fuerza.

Estos pocos eran los que comerciaban con la plaza.

Porque el carácter que domina al riffeño, es el interés,

y comprendían que desde el momento en que se rompieran las hostilidades tenía que cesar el comercio con la plaza, y por lo tanto, para ellos la pérdida era segura.

De aquí que, si no era oposición abierta, cuando menos se mostraran desfavorables á extremar las cosas.

De esto se produjeron escenas tan violentas, que concluyeron siendo maltratados los partidarios de la paz, quedando dueños del campo en toda la línea, los que querían romper las hostilidades.

CAPÍTULO VII

Una ligereza heroica



NA vez construida la carretera que desde Melilla había de conducir al futuro fuerte de Sidy-Guariach, dieron comienzo los trabajos para la construcción de éste.

Como paso preliminar, se hacía necesario un pequeño edificio provisional, para encerrar las herramientas y materiales que para el caso se requerían.

Los moros habían presenciado los días anteriores todos aquellos trabajos sin hacer otras demostraciones que los gritos, las amenazas y algunas frases más ó menos enérgicas.

Parecía, que dejarían siguiese la construcción, sin oponerse á ella por medio de la violencia.

Sin embargo, ya había quien, conociendo las costumbres de los riffeños, sospechaba que bajo aquella calma aparente, era posible que algo se ocultara.

Y realmente, no se concibe que las autoridades de una plaza como la de Melilla, que especialmente vienen obligadas á estudiar el carácter, las costumbres, la manera de ser de esos vecinos tan levantiscos, traidores y astutos como los riffeños, no se sorprendieran de aquella repentina pasividad y mansedumbre, después de tantos sucesos anteriores, de tantas alevosías y de tantas crueldades.

***

No es esta la ocasión, y nosotros menos que nadie lo haríamos, de lanzar censuras sobre los que no tuvieron presente que se encontraban en un país enemigo, fanático y traidor por añadidura, y que para lanzarse á una obra de aquella importancia, era preciso estar muy alerta, tener mayor número de fuerzas del que á la sazón había en la plaza y, por lo tanto, poder disponer de mayor número de soldados para ir á proteger los trabajos que se habían de verificar.

Resultado, que la guarnición de la plaza era la que ordinariamente había, que un destacamento de cuarenta ó cincuenta hombres estaba protegiendo una obra de consideración, á gran distancia de la plaza, sobre las mismas líneas enemigas, obra que debía excitar odios, rencores y venganzas.

De lección pudo servir que, al comenzar las obras de la caseta provisional, si bien no hicieron nada ostensible los moros durante el día, en cambio, cuando llegó la noche, aprovechándose de sus sombras, destruyeron todo lo que se había edificado durante el día.

***

Esto fué el reto audaz, precursor, indudablemente, de sucesos más importantes, que habían de ocurrir en el decurso de la construcción.

El día siguiente, las obras de la caseta provisional se emprendieron con mayor ardor; aumentóse el número de obreros, y de tal modo se trabajó durante el día, que hasta se consiguió cubrir parte de la edificación.

Entonces se dejó un pequeño destacamento de cuarenta hombres, á fin de estar prevenidos para cualquier contingencia.

La noche que siguió á este día, ó sea la del 1.º de octubre, los moros hicieron algunos disparos contra la caseta; disparos que no fueron contestados por los de adentro, así porque la agresión venía de lejos, como por la dificultad de hacer punterías en medio de las tinieblas y contra enemigos que, indudablemente, estarían guarecidos tras de las mismas defensas naturales que el terreno ofrecía.

Empero aquellos disparos no eran más que el aviso dado á la plaza, una especie de alerta, anuncio de más formidable agresión.

***

Y efectivamente: al amanecer el día 2, destacándose entre el obscuro fondo de los montes, brotando entre las chumberas, y como inmensa bandada de aves de rapiña cerniéndose en el aire, preparadas para arrojarse sobre la presa que ya consideraban segura, enjambres de moros coronaban alturas y faldas de las montañas, blandiendo las armas, dejando flotar al viento los blancos alquiceles, y ensordeciendo el aire con su espantosa gritería.

Las kábilas de Frajana, Benisicar y Mazuza, que desde lo alto del monte Gurugú hasta el valle del río de Oro tienen su residencia, excitadas por las exhortaciones de los santones y las enérgicas frases de sus jefes, se detuvieron un momento para arrojarse como mortales avalanchas sobre aquel reducido puñado de soldados, encerrados en una caseta á medio construir.

El efecto que produjo en la plaza aquel espectáculo, fué realmente desastroso.

Era imposible comprender que pudiera sostenerse aquella reducida fuerza ante el empuje violento de semejante muchedumbre, que solamente por la superioridad del número, era verdaderamente incontrastable.

***

Todo el mundo consideró perdidos á los infelices soldados de la caseta.

Y como urgía acudir en su socorro, el general Margallo, que desde el primer momento se hizo cargo de la situación, á la par que disponía las fuerzas que habían de salir en auxilio del destacamento y la parte que en la próxima función de guerra había de tomar la artillería de la plaza, ordenó que tres soldados de caballería fueran á toda rienda á participar á los que estaban en tan grave riesgo, que inmediatamente llegarían tropas bastantes para proteger su retirada.

Porque era imposible intentar otra cosa. Un movimiento ofensivo habría sido peligrosísimo en aquellas circunstancias, y por lo mismo había de limitarse únicamente á verificar una retirada, en las mejores condiciones posibles, y á costa de dolorosas pérdidas.

Todos comprendían que el albur era arriesgado; pero sin embargo, lo que en número faltaba á la pequeña división expedicionaria, sobrábale de aliento.

* * *

El general Margallo reunió setecientos hombres entre el batallón Disciplinario y el batallón de África, y con aquella serenidad y aquella bravura de que dió tantas pruebas, tanto aquel día como los siguientes, marchó denodado á la pelea, resuelto á dar su vida, si era necesario, por salvar á sus soldados.

Dadas órdenes á los fuertes, lo mismo éstos que la plaza comenzaron á disparar sobre los apiñados grupos

de moros, que se acercaban incesantemente á la caseta.

De los tres soldados de caballería que había enviado el general, así para conocer la verdadera situación del destacamento, cuanto para decir que inmediatamente recibirían auxilio, sólo uno pudo regresar.

Lo mismo el general que sus soldados, ansiaban llegar en socorro de aquellos valientes que, en un reducido espacio y rodeados por todas partes de enemigos, estaban poniendo tan alto el buen nombre de España.

En los primeros momentos se juzgaron perdidos, y resolvieron morir matando.

Y efectivamente: sus certeros disparos causaban gran número de bajas en la morisma; bajas que apenas se percibían, porque los que habían caído eran sustituidos inmediatamente.

*
* *

La extensa línea semicircular ocupada por los moros, iba estrechándose cada vez más, haciéndose verdaderamente irresistible.

El general Margallo había corrido á situarse en el avanzado fuerte de Camellos, á fin de dar, desde allí, todas las disposiciones necesarias.

La agresión, según todos los datos, partió de los moros que, cuando al amanecer vieron que se destacaban de la caseta dos individuos para llevar agua de un pozo inmediato á la mezquita de Sidy-Guariach, hicieron fuego sobre ellos.

En el acto rompieron todos los demás grupos el fuego.

CAPÍTULO VIII

La salvación de los sitiados



EL general Margallo apreció desde luego la situación, con la serena mirada que le caracterizaba, y aquel espíritu tranquilo á que nada se obscurece.

Era necesario hacer supremos esfuerzos para salir adelante; era preciso jugar el todo por el todo, para salvar á aquellos desgraciados, y arriesgar la vida por la de tantos infelices confiados á su custodia.

El general no vaciló un momento.

Como ya hemos dicho, había dado órdenes para que todos los cañones empezaran á funcionar, y conforme fueron llegando fuerzas á los sitios dispuestos de antemano, las distribuyó convenientemente.

Era necesario buscar el medio de aproximarse al sitio donde estaba el destacamento, batiéndose de un modo desesperado, á fin de salvarle de una muerte cierta.

Esto, con las escasas fuerzas de que disponía, era algo difícil de resolver.

Las primeras fuerzas que llegaron, mandadas por el señor Mir, jefe del batallón Disciplinario, y Benedicto, se desplegaban en guerrillas, rompiendo vivísimo fuego contra aquel enemigo, cada vez más animoso y envalentonado, viendo el exiguo número de soldados que les acometía.

***

A la vez, y como complemento de esta operación, una sección de ingenieros, con otra de infantería, bajo el mando del teniente señor García Peré, estaban apoyando las dos piezas de montaña que se habían emplazado, bajo el mando del capitán señor Osuna.

No se obscurecía á los moros que, aquellos esfuerzos combinados, podrían tal vez causarles algunas bajas, y aún quizás librar á los que consideraban ya como presa segura, en la caseta mencionada.

Habíanse ya recreado con la perspectiva de aquellos prisioneros, juzgando el efecto que en la plaza había esto de producir.

Así que, todo cuanto tendiera á substraerlos á su poder, había de obligarles á impedirlo.

A este objeto tendió el que, un grueso pelotón de moros,

cabalgando en aquellos corceles que parecen á propósito para subir por las montañas más abruptas, arrojóse á toda rienda hacia nuestro territorio, y penetrando por la falda de la montaña de Camellos, adelantó con el propósito de cortar nuestras comunicaciones con los de la caseta de Sidy-Guariach.

***

Terrible podía ser el efecto producido por un ataque semejante, puesto que si quedaba cortada la comunicación entre la caseta y el fuerte, debía considerarse completamente perdida la escasísima guarnición que había estado defendiéndose tan valerosamente.

Así lo comprendió el general Margallo, é inmediatamente ordenó que una sección de caballería, cargase sobre los moros.

Apenas puede concebirse que un número tan reducido de soldados, como el destinado á esta empresa, obtuviera un resultado tan satisfactorio.

Catorce jinetes, bajo el mando del teniente González Golfín, sin titubear un momento y comprendiendo que iban á jugar la vida en aquel terrible albur, lanzáronse á toda rienda sobre la caballería riffeña, que ya consideraba seguro el objeto determinante de la operación que iba á practicar.

Mas lo que en número faltaba á los nuestros, lo suplía el valor.

El teniente Golfín dirigió á los catorce hombres que

mandaba, breves, pero enérgicas frases, y se arrojó denodadamente contra sus adversarios, dando una carga tan brillante, que impidió el movimiento por aquellos proyectado.

* * *

Este honroso hecho de armas ocasionó la pérdida de un jinete, tres caballos muertos y la herida que recibió en la pierna el valiente jefe que había dirigido el ataque.

No se obscurecía al general Margallo todo lo crítico de la situación, ni tampoco en la plaza estaban tranquilos, apreciando la muchedumbre riffeña que atacaba, y la exigüidad de las fuerzas que se les podían oponer.

Ante la inminencia del peligro, los paisanos que había en la plaza pidieron que se les dieran armas, y efectivamente, formóse una sección que, bajo el mando del señor Palacios, teniente de infantería de la reserva, salieron al campo en auxilio de sus compañeros.

Al mismo tiempo otros grupos de paisanos se ocupaban en auxiliar los servicios de camillas y transportes de municiones, despreciando el fuego de los enemigos, y llegando hasta las mismas guerrillas en lo más terrible del fuego.

Es verdad que éstas casi no tuvieron, durante las largas horas del combate, ni un solo momento de tregua.

Numerosos los riffeños, perfectamente pertrechados de municiones y con armas de precisión, también lanzaban una lluvia de balas sobre aquellas agrupaciones de valien-

tes, que no sólo les hacían frente, sino que hubo momentos en que les hicieron retroceder.

* * *

Eran cerca de las cuatro de la tarde, y aún no se había podido retirar el destacamento sitiado en la caseta, verdadero objetivo de aquella batalla.

El general Margallo, que comprendía la necesidad de aquella salvación, y al mismo tiempo la de aprovcchar las horas que quedaban de día para verificar con orden, la retirada á la plaza, hizo un esfuerzo poderoso, y finalmente consiguió lo que se proponía, aun cuando á costa de sensibles bajas.

La guarnición que había en la caseta recibió la orden de replegarse, á la carrera, al fuerte de Camellos, y bajo aquella lluvia de proyectiles, que arreciaba al comprender los enemigos que la codiciada presa se les escapaba, salieron á escape de aquel edificio, que tan briosamente defendieron, dirigiéndose al fuerte, no sin que varios de ellos quedaran tendidos.

Las guerrillas, en la primera de las cuales se hallaba el capitán de ingenieros señor Melendreras, hicieron prodigios de valor para proteger esta retirada; notabilísimo hecho de armas, dado lo reducido de la fuerza que operaba.

Como que éste era el objeto de la acción, según hemos dicho, y hubiera sido temeridad indisculpable prose-

guir la lucha en las desfavorables condiciones en que se encontraba nuestro ejército, el general ordenó la retirada, que se verificó hacia el fuerte de Camellos.

La costumbre de los moros es la de cebarse en el enemigo que se retira, y de aquí que, precisamente en esto, formó mayor empeño el general, para mantener á sus adversarios á respetuosa distancia.

Para esto contribuyeron los fuegos de la plaza y la serenidad que á sus tropas infundía la bravura y tranquilo aspecto del general.

A las siete de la mañana había comenzado el fuego; á las seis de la tarde se suspendía, habiéndose realizado, durante aquellas once horas de incesante brega, á parte del hecho general del heroico combate de un puñado de soldados contra un enemigo que le decuplicaba en número, los actos individuales que tanto enaltecían á los que los llevaron á cabo.

CAPÍTULO IX

Hechos individuales.—El soldado Verdú.—El capitán Cuadrado.—Los médicos militares

INDUDABLEMENTE la acción del día 2 de octubre, es de las más notables que han tenido lugar en África, pues ni en la campaña de 1859, encontróse nunca una desproporción tan colosal entre las fuerzas de uno y otro pueblo.

Gloriosos combates tuvimos allí, lo mismo el 25 de noviembre, contra el cuerpo de ejército del general Echagüe, que en los Castillejos, que en Wad-Ras.

Pero setecientos hombres, ocupando una zona tan extensa de acción y sosteniéndose á pecho descubierto, puede decirse, contra una morisma tan superior en número, aprovechándose de todas las accidentaciones del terreno, de los macizos de chumberas ó piteras, que tanto abundan en aquellos lugares, y que constituyen otros tantos reduc-

tos naturales, unido á una falta de disciplina y de organización que permite á aquellas masas una movilidad extraordinaria, y un ataque por diferentes sitios, siempre con ventaja para ellos, constituyen una página gloriosísima para nuestro ejército, página escrita con sangre preciosa, puesto que tuvo que consignarse con las bajas de cincuenta individualidades, que cayeron bajo el mortífero plomo de los infieles.

* * *

Ardua tarea fuera, si de referir hubiéramos cada uno de los episodios individuales que tuvieron lugar aquel memorable día, porque lo mismo oficiales que soldados, disciplinarios que paisanos, no solamente cumplieron con su deber, si no que todavía fueron más allá, pues de no haber sido así, era imposible haber podido vencer la gravedad de la situación.

Sin embargo, permítasenos citar alguno de esos hechos tomados al acaso entre los muchísimos que tuvieron lugar, que puede servir como de muestra al modo de batirse que tuvieron nuestros soldados, y á la especie de fraternidad y compañerismo entre el superior y el inferior en aquellos momentos supremos, que, vínculo tan estrecho forma entre los unos y los otros.

Pascual Verdú, soldado del escuadrón permanente de Melilla, héroe, hasta entonces limitado al cumplimiento estricto de su deber, formaba parte de la escolta del general Margallo.

Como en esa acción nadie permaneció ocioso, todos tuvieron que combatir y todos hubieron de vencer para evitar el ser vencidos; mas al emprenderse la retirada, fué, como hemos dicho, donde mayores obstáculos encontraron nuestros valientes.

Los infieles cargaron con furia, las tropas estaban fatigadas de tanto combatir sin haber tomado alimento alguno; los momentos eran decisivos, y era necesario asombrar al enemigo con rasgos de audacia y de valor para mantenerle á raya, y poder verificar la retirada con el mejor orden posible.

* * *

Pascual Verdú, cuyo caballo había caído poco antes, herido por un proyectil, trató de incorporarse al grueso de la escolta; pero tan enardecido estaba ya en la lucha, que enredado con dos moros que le acosaban sin cesar, ni podía librarse de ellos, ni quería tampoco ponerse en vergonzosa fuga por temor á la muerte.

Herido estaba, y ni se acordaba de su herida, ni pensaba en la muerte que le podía sobrevenir.

Con tajos y mandobles contestaba á las acometidas de los infieles, hasta que reuniendo todas sus fuerzas, de un sablazo cortó los brazos de uno de los moros y se arrojó sobre el otro.

Pero en aquel instante las fuerzas comenzaron á faltarle.

Aun cuando había inutilizado á uno de sus adversarios, y el otro también estaba herido, la situación era desespera-

da para el pobre Verdú, á no presentarse alguien en su ayuda.

Y éste se presentó. El Ayudante del general Margallo, el capitán Cuadrado, que durante todo el día también había estado haciendo prodigios de valor, al pasar revista á los soldados de la escolta, advirtiendo que faltaba uno, empezó á dirigir su vista á todas partes, hasta que lo encontró en la situación extrema que dejamos indicada.

¿Qué importaba al valiente capitán el grave peligro que hubiera de arrostrar, si se trataba de la vida de un semejante suyo?

Volvióse atrás, arrojóse sobre el enemigo, recogió el soldado, y más satisfecho, se volvió á reunir con la escolta, que si hubiera obtenido el premio más importante.

Es verdad que no podía haber mayor premio para un noble corazón como el suyo, que la satisfacción de haber arrancado una víctima á los que ya la consideraban como presa segura.

*
* *

El teniente de la reserva, señor Palacios, que voluntariamente se había puesto al frente de los paisanos, también merece que su nombre se consigne, puesto que su bravura, su trabajo incesante en los puestos de mayor peligro, le ocasionaron una herida de alguna gravedad, á pesar de la cual estuvo sosteniéndose mientras le fué posible.

El teniente de ingenieros, señor García Peré, el capitán de la misma arma, señor Melendreras, los médicos militares

curando á los heridos hasta en las mismas guerrillas, y dejando en momentos determinados la bolsa de los instrumentos por el fusil de los combatientes, todos, como hemos dicho, en este memorable día, merecieron bien de la patria, y particularmente el bravo gobernador militar, general Margallo, que en los sitios de mayor peligro se le veía constantemente sin que ni un sólo momento le faltara la serenidad, tan necesaria en ocasiones semejantes.

Sensibles fueron nuestras bajas, pero también los infieles hubieron de sufrir muchísimas, así porque su número era mayor, cuanto porque nuestras tropas hubieron de batirse á la desesperada, y la artillería causó destrozos de consideración en los poblados inmediatos.

* * *

Apenas se hubieron retirado nuestras tropas, los moros, como hambrientas fieras, precipitáronse sobre el fuerte en construcción, destruyendo, así la caseta como las obras comenzadas, y robando cuantas herramientas había reunidas en ella.

Al mismo tiempo, y con esa horrible ferocidad, innata en aquellas tribus semi salvajes, mutilaban horriblemente los cadáveres de nuestros infelices soldados, vengando en aquellos cuerpos muertos, las bajas que habían sufrido.

Á la mañana siguiente, fué cuando pudieron apreciarse los vandálicos hechos llevados á cabo por los infieles.

El general Margallo exigió al bajá, cuando éste solicitó

parlamento, mostrándose como quejoso del proceder de nuestros soldados, que se le permitiera recoger nuestros muertos antes de todo.

Hízose así, y entonces se vió que muchos estaban quemados, mutilados bárbaramente ó acribillados con feroz ensañamiento por las gumías riffeñas.

CAPÍTULO X

La mujer enamorada


LMINA había dicho la mañana del día 2 á su tío:

—¿Es decir que estáis resueltos á impedir que los españoles construyan ese fuerte?

—Sí; Alá no perdonaría á sus buenos creyentes, que permitieran la profanación de la tierra sagrada de Sidy-Guariach.

—¡Pero si los españoles obran dentro de su territorio y en virtud de los tratados!

—¿Quién hizo esos tratados?

—El emperador.

—¿Y quién es el emperador para imponer su ley á las tribus del Riff? ¿Nos pidió nuestro parecer cuando hizo las nuevas concesiones? Pues si nosotros no dimos nuestro

consentimiento, en nuestro derecho estamos para impedirlo.

—Los españoles son fuertes.

—¡Qué han de ser! En lucha con los riffeños has de ver como huyen cobardemente. Y sobre todo, morir defendiendo el suelo que nos pertenece, la palmera que nos da sabroso fruto, el oasis que nos presta sombra y frescura, el hogar en que hemos nacido, la mezquita donde hacemos nuestras abluciones y dirigimos nuestras preces al Altísimo, es la mayor gloria para un musulmán. Alá, en su alta omnipotencia, ha reservado sus inefables goces, sus más preciados placeres para los que mueren en defensa de sus legítimos derechos.

—Me parece, señor, que á pesar de cuanto dices, desdichas sin cuento van á llover para nuestro pueblo, cuando la lucha empiece.

* * *

El santón no pudo menos de mirar con irritados ojos á su sobrina.

Desde la noche en que la vimos deshecha en llanto y sedienta de venganza pedir á los suyos que castigaran á los españoles, habíase verificado un cambio extraordinario en ella.

Había querido oponerse á las predicaciones que tanto su tío como otros de sus compañeros iban haciendo por todos aquellos poblados.

Pero la observación que Sidy Alabés la había hecho de

que ella misma había desatado aquel huracán cuyas consecuancias tanto temía, la obligó á callar.

Mas no por eso desistió de su empeño.

Cuando regresó á su casa, llamó á su fiel Mohatar.

—¿Qué me ordenas, señora?—le dijo el musulmán, inclinándose respetuosamente ante ella.

—Parte á Melilla, y busca por todas partes á Alberto.

—¿Y si le encuentro?

—Díle que en nombre de mi amor, desdeñado por él, que salga de la plaza inmediatamente.

—¿Y si no me obedece?

—Exprésale mi ruego; hazle presente mi angustia, porque aunque él no me ame, yo no puedo consentir su desdicha.

***

Mohatar miró, sorprendido, á su señora.

—Y si él me preguntara qué desdicha le amenaza, ¿quieres, acaso, que se la revele, haciendo traición á nuestros hermanos?

Almina comprendió en su justo valor la observación del musulmán.

No podía conseguir, del aviso que iba á dar, lo que se proponía, sin hacer traición á los suyos.

Mucho amaba al español; por él hubiera sido capaz de dar su vida, de abandonar su patria, de sacrificárselo todo, en fin; pero no llegaba su abnegación hasta el extremo de hacer traición á los suyos.

—Si tú lo quieres, señora,—dijo el musulmán,—bien sabe Alá, que obligado vengo á servirte y por tí lo hiciera todo; mas te ruego que por tí sólo, por tu misma paz, por tu misma tranquilidad, pienses bien lo que vas á hacer.

Almina reflexionó algunos instantes.

Reconcentrada lucha estaba librándose en su pecho.

Por fin alzó la cabeza, y dijo:

—Bien haya tu labio, Mohatar, que supo hacerme comprender la desgracia que sobre mí había de caer. Razón tienes; no puedo hacer traición á los míos, pero de todos modos, vé á Melilla, y que se marche Alberto, si no se ha ido ya.

—Pero ¿si me pregunta por qué le ordenas que se marche?...

—Contéstale lo que quieras; la cuestión es que se vaya, que no esté aquí ni un día más, ni una hora, ni un instante. Si le sucediera una desgracia, Alá me perdone, pero yo me moriría también.

—Está bien, señora, cumpliré tu deseo.

***

Mohatar partió para Melilla, donde entraba como varios otros, llevando comestibles.

Pero cuando regresó, no fué portador de ninguna buena noticia.

Alberto estaba en Melilla, mas no le había podido ver.

Había ido con otros amigos á las Chafarinas, y no regresaría, tal vez, hasta dentro de dos ó tres días.

—Mohatar,—dijo á su fiel servidor,—vela incesantemente por si ves el buque que viene de Chafarinas, y avísame en el momento que le percibas.

Así lo hizo el musulmán.

Precisamente durante los dos días que se siguieron á éste, la agitación entre los riffeños había crecido de tal manera, que ya estaban en la plaza algo prevenidos, como manifestamos en otro lugar.

* * *

El día 2, al amanecer, Mohatar entró en la estancia de su señora, y le dijo:

—El vapor, acaba de echar el ancla en Melilla.

—Pues, por tu vida, ve al momento á enterarte si ha llegado Alberto.

—Pídeme lo que quieras, señora; pero eso es imposible, porque es tal la vigilancia que los nuestros están ejerciendo, que me expondría, sin beneficio alguno para tí.

—¿Es decir que han resuelto romper las hostilidades contra la plaza?

—Todo lo hace presumir así.

—¡Oh! Es preciso que yo lo sepa con toda seguridad.

—Estas son las voces que he oído. Toda la noche han estado encendidas las hogueras en el Gurugú, y han llegado gentes de algunos puntos de la Alkalaia.

—¿Qué estás diciendo?

—El inspirado por el Altísimo, tu tío Sidy Alabés, y los marabutos de Benibuyfuror y Mezquita, han recorrido todos los poblados, llamando á la guerra á todos los buenos creyentes, y hé aquí que todos han acudido.

—¡Yo, solamente, yo, tuve la culpa de todo!—murmuraba Almina, con voz sorda.

* * *

El criado la contemplaba silenciosamente.

En su rostro se reflejaba de un modo gráfico el deseo de servirla, de ayudarla, de templar su pena, y sin embargo, también expresaba á la vez, la impotencia para conseguirlo.

Porque Mohatar, sabía perfectamente lo que deseaba su señora, lo que podría mitigar su dolor; pero comprendía que esto era imposible alcanzarlo.

En primer lugar, porque Alberto, según había podido juzgar, se alejó del lado de su señora para no volver más.

En segundo, por las dificultades que entonces se oponían á que entrase en la plaza y pudiera hablar con él.

Fuera de esto no veía nada mas para poder servir á su señora.

Ésta, á su vez, buscaba en su mente una idea salvadora.

Quería distinguir el rayo de luz que la iluminase en medio de las profundas tinieblas que la circundaban, y sin embargo, no acertaba á encontrarle.

Agitada, temblorosa, por efecto de la misma emoción que sentía, paseábase por el aposento.

Sus labios se agitaban convulsivamente, cual si pronunciaran algunas frases, pero Mohatar no podía percibirlas.

Por fin, la hermosa mora, se detuvo ante él.

—¿Dices que han llegado gentes de toda la Alkalaia?

—Sí.

—¿Dónde está Alí el Moreno?

—Le he visto hace poco, al lado de tu tío, hablando con Alí el Rubio, y los demás jefes de las tribus.

—¿En qué sitio estaba?

—Frente á Sidy-Guariach. Observaba atentamente todos los trabajos de los españoles, y discutía sobre la manera más conveniente de impedirlos.

—¿Cuánta gente reunía á su alrededor?

—Todavía no estaban todos, porque oí que esperaban más.

CAPÍTULO XI

La previsión de Almina



AS últimas palabras de Mohatar, hicieron reflexionar durante un buen espacio, á Almina.

El criado la miraba atentamente, esperando que ella hablase para ejecutar sus órdenes.

Pero la hermosa musulmana permanecía silenciosa.

Su fruncido entrecejo y su preocupación estaban demostrando que sujetaba su pensamiento á una labor extraordinaria, para encontrar una idea que la pudiera satisfacer.

Y al cabo llegó á encontrarla, porque alzando la cabeza, dijo:

—Mohatar, estás dispuesto á servirme ¿no es verdad?

—Bien lo sabes, señora.

—Pues reúne á cuatro de tus compañeros, los de más confianza entre todos.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrás después. No te muevas de aquí. Yo no tardaré.

—Ten cuidado, que los españoles están también muy prevenidos, y por lo que pude juzgar, no abandonan la construcción de ese fuerte.

—¡Qué me importa la vida, si la suya está en peligro!

Almina abandonó su casa, y se dirigió en busca de su tío.

Le encontró animando á los suyos y excitándoles á la pelea.

Entonces tuvo lugar el diálogo que ya han presenciado nuestros lectores en el capítulo anterior.

* * *

La conversación que había tenido con Sidy Alabés, la demostró que no podía conservar esperanza alguna.

Ella misma, como su tío la había dicho, contribuyó con sus demandas de venganza, á provocar el rompimiento.

De todos modos, éste había llegado, porque los riffeños no podían consentir la profanación, como ellos llamaban, de su territorio.

Pero de ella sacó partido el santón para adelantar los sucesos, y ya no había medio de retroceder.

El torrente se hallaba desbordado, y no era posible contenerlo.

Almina regresó al punto á su casa.

Mohatar la esperaba impaciente.

La mañana iba adelantando, y las noticias que algunos de los criados de la hermosa viuda llevaban, le anunciaban que la colisión era inmediata.

La hermosa mora, no podía dominar su inquietud.

—Ahora comprendo,—murmuraba, contemplando desde la terraza de su casa los fuertes avanzados de la plaza,—las razones que Alberto ha tenido para abandonarme. Él, sin duda, conocía los propósitos de los suyos y creyó que haría causa con mis hermanos, y mi amor se trocaría en odio... ¡Como si yo pudiera guardar en mi pecho otro afecto que el suyo!

***

En este momento sonaron los primeros disparos cambiados entre los soldados del fuerte de Camellos y los grupos de riffeños.

—¡Poderoso Alá!—exclamó Almina con acento desesperado,—que no esté mi Alberto entre los que combaten.

La espantosa gritería de los infieles, repercutiendo entre las montañas, llegaba hasta los oídos de la mora.

—Mohatar,—dijo de repente, volviéndose hacia el moro que estaba á corta distancia de ella, como si esperase sus órdenes.—¿Tienes dispuesta la gente que te dije?

—Sí, señora,—contestó el interrogado.

—¿Es de confianza? Mira, Mohatar, que necesito el secreto más absoluto.

—No tengas miedo, señora; cuando tu fiel esclavo, que por tí recibiera la muerte sin vacilar, te lo dice, puedes estar cierta que ninguno de los que con él vayan, podrá hacerte traición.

—Alá te oiga y me dé la fuerza que necesito para soportar toda la inmensa desdicha que pesa sobre mí.

—Si de tu fiel Mohatar dependiera devolver la ventura á tu corazón, puedes abrigar la seguridad de que ya la tendrías. Díme lo que quieres que haga.

—Ya has oído que se ha roto el fuego entre los españoles y nuestros hermanos.

—Te dije que lo esperaba de un momento á otro.

—Es necesario que con los tuyos, vayas inmediatamente á unirte con los de Frajana.

—Y ¿qué he de hacer?

—Alberto, es muy posible que esté combatiendo con sus hermanos. Tú sabes los lazos de parentesco y de amistad que le unen á los oficiales de ingenieros, y es casi seguro que al lado de éstos le encontrarás.

—¿Que yo he de buscarle?

—Sí.

* * *

Mohatar quedóse mirando su señora sin acertar á comprender lo que quería decirle.

Le parecía tan extraño, tan fuera de razón lo que es-

cuchaba, que no atreviéndose á manifestar abiertamente su oposición, sus ojos decían con sobrada elocuencia lo que su labio no se atrevía á formular.

Poro Almina lo comprendió y le dijo:

—¿No quieres hacer lo que te digo?

—Lo que no comprendo, señora, es cómo lo he de hacer. ¿Crees, acaso, que podremos rebasar las líneas españolas para llegar al sitio en que se encuentran los soldados que dices? Y aun cuando así fuera, ¿cómo distinguir al que tú deseas? Expresa con más claridad tu pensamiento, porque, ó tu fiel Mohatar no te comprende, ó tú no acabaste de decir lo que deseas.

—Salvarle la vida,—repuso vivamente Almina.

—Y ¿quién es capaz de detener la bala enemiga, en medio de su camino? ¿quién es capaz, también, en medio de un campo de batalla, de encontrar á una persona determinada, y aun cuando la encontrara, llegar hasta ella para escudarla con su cuerpo?

—¡Oh, Mohatar! por lo que más ames en el mundo, no me niegues el servicio que te pido; si Alberto sucumbe en el campo de batalla, yo moriré también; si los míos le cogen prisionero y quieren vengar en él... No quiero pensarlo siquiera... Mohatar, amigo mío, sálvale.

* * *

El musulmán se quedó pensativo algunos momentos. Después dijo:

—Está bien, señora, haré lo que deseas, si el hombre á quien amas se presenta en el campo y yo le puedo ver.

—Cógele prisionero y tráetele contigo,—dijo Almina bajando la voz y mirando ansiosamente á su servidor.

—¿Prisionero? ¿y crees, acaso, empresa tan fácil después de haberse roto las hostilidades, que D. Alberto se deje coger por nosotros?

—Pero, ¿es que te has propuesto quitarme toda esperanza? ¿Es que quieres acabar de destrozar mi corazón?

—Quiero decirte la verdad, señora. Por la primera vez en su vida, siente Mohatar desconfianza en su propio esfuerzo. Llena de dificultades está la empresa que me has recomendado.

—¿Pero la realizarás?

—Lo ignoro.

Un velo obscureció la vista de Almina, que hubo de apoyarse en el pretil de la terraza donde se hallaba, para no caer.

El musulmán acudió á sostenerla, diciéndola al mismo tiempo:

—Por piedad, señora, ten valor. Iré donde quieres, y si Alá me ayuda, procuraré calmar tu pena haciendo prisionero á este español y conduciéndole á tu lado.

—¡Oh! gracias, Mohatar; pero, si le encuentras, no le traigas aquí.

—Pues, ¿dónde, entonces?

—Al otro lado del Gurugú: á la casa del valle. Allí permanecerá más ignorado.

—Pero piensa, señora, á lo que te expones.

—¿Qué me importa el riesgo que corra, si consigo salvarle?

—¿Y si no le encuentro?

—No me lo digas. Alá no permitiría que la que tanto le ha servido siempre, la que tan fielmente ha seguido sus preceptos, hubiera de sufrir tan fiero dolor. Tú le encontrarás, estoy segura de ello.

—No tengas semejante seguridad. Por la primera vez te digo, que no confíes en tu fiel Mohatar. Voy á luchar con lo imposible, y es lo más fácil que quede vencido.

—Sea como quiera, vete, Mohatar, vete, no pierdas tiempo; cada uno de esos disparos que estoy escuchando, no puedes imaginarte de qué manera resuenan en mi pecho.

El musulmán miró tristemente á su señora, y poco después abandonaba aquel lugar.

CAPÍTULO XII

Encontrado, sí, pero moribundo



IRANDO estaba Almina el campo desde la terraza, cual si su vista quisiera penetrar á través de las densas nubes formadas por el humo, y aplicando el oído, como si entre el estruendo de los disparos y la gritería de los suyos, pudiera distinguir el sonido de una voz querida.

Mohatar, seguido de cuatro de los servidores de Almina, todos ellos con el remingtton al hombro y la tosca gumía colgada al cuello, avanzaron por el camino que más pronto podía llevarles al campo de batalla.

—¡Alá guíe sus pasos!—exclamó Almina, al verles, cayendo de rodillas sobre el suelo de la terraza.

En el mismo momento llegaba á su oído la voz del

muetzín, que desde el minarete de la mezquita de Mazuza llamaba á los fieles á la oración del medio día, exhortándoles, al mismo tiempo, á dar muerte á los españoles, con la seguridad de que Alá tenía reservado en el paraiso un nuevo mundo de inefables placeres para los que muriesen en defensa de su religión y de su suelo.

***

Dijimos ya que desde Melilla habíase considerado extraordinariamente comprometida la situación del pequeño destacamento encerrado en la caseta provisional, y no sólo la suerte de éstos, sino hasta la de todos los defensores de la plaza, dado el número considerable de enemigos que habían penetrado en nuestro campo.

Con vivísima inquietud seguíanse desde las murallas las peripecias de la lucha que había comenzado ya, y todo el mundo opinaba que la situación del general Margallo y del puñado de valientes que mandaba, era excesivamente crítica.

Era necesario prestarle algún auxilio.

Pero ¿de qué manera, siendo tan reducida la guarnición y tantos los servicios que debían prestarse en la plaza?

¿Era prudente desguarnecer ésta por completo y lanzar las fuerzas que prestaban servicio, al campo de batalla?

***

Los paisanos que había dentro del recinto, comprendiendo, como todo el mundo, la inminencia del peligro, mostrábanse impacientes.

Entre ellos estaba Alberto, el español por quien tanto suspiraba la hermosa Almina.

Éste, había llegado algunos meses antes á Melilla.

Era pariente de un oficial de ingenieros que estaba de guarnición en la plaza, había hecho ya varias excursiones por el litoral africano, y al llegar á Melilla, en su calidad de *touriste*, pretendió también seguir haciendo lo mismo que en todas partes.

Pero su pariente, y lo mismo otros oficiales conocedores de aquel terreno, le dijeron:

—No haga V. semejante cosa, que esto es muy distinto de cuanto recorrió hasta ahora.

—No tengan Vds. cuidado,—decía Alberto.—He estado en Río de Oro, me he internado por el desierto y también, lo mismo que Vds., me decían el jefe de la factoría y cuantos había en ella; estuve en Orán, estuve en Ceuta, he visitado Alhucemas, siempre se me han hecho las mismas observaciones, y hasta ahora, nada de particular me ha ocurrido,—proseguía el animoso joven.—Lo primero que se necesita con esa gente, es tener serenidad y no demostrar que se les teme. Este sistema me ha salido bien hasta ahora, y continuará sirviéndome en lo sucesivo.

—Aquí no te valdrá,—le contestaba su pariente.—En toda esta parte del Riff domina la traición; es el carácter distintivo de todas estas tribus; rehusarán atacarte de fren-

te, pero caerán sobre tí en el momento que vuelvas la espalda.

—No seas tonto, conozco muy bien la gente con quien he de tratar, y si hasta ahora no me ha sucedido nada, no creo que aquí fuera tan mala mi suerte, que me sucediera.

* * *

Cuantas exhortaciones se le hicieron, todas fueron inútiles, y Alberto comenzó á hacer sus excursiones por los poblados inmediatos, previa autorización y con la protección del bajá del campo.

Durante los primeros días, todo salió perfectamente, llegando á adquirir una gran confianza lo mismo Alberto que sus amigos.

Sin embargo, un día salió Alberto hacia el campo, con el propósito de traspasar el Gurugú.

Prometíase de aquella expedición adquirir datos curiosísimos.

Pero llegó la noche, y no regresó el joven á la plaza.

Esto no llamó por el momento la atención.

Pero, cuando se vió que pasaba el siguiente día y el inmediato, y que no se tenían noticias de Alberto, la inquietud comenzó á cundir, y las autoridades de la plaza empezaron á dar pasos para averiguar el paradero de Alberto.

El bajá contestó que ignoraba lo que había sido de él;

sin embargo, informóse de los jefes de las kábilas, pero inútilmente, porque ninguno sabía nada.

Este silencio aumentó las inquietudes, pasaron los días, y al dar comienzo las operaciones, habían pasado más de tres meses sin saber nada de Alberto.

La causa de su silencio estaba justificada, sin embargo.

* * *

El mismo día en que salió de Melilla, á la caída de la tarde, y cuando regresaba hacia la plaza, á corta distancia de la casa en que hemos visto á Almina, distraído el joven con la encantadora perspectiva que á su vista se ofrecía, se olvidó de refrenar el caballo, asombróse éste por la repentina aparición de dos moros que salieron de entre un grupo de piteras, dió un bote, y Alberto cayó al suelo.

Pero, con tan mala suerte, que su cabeza fué á chocar contra una piedra, perdiendo el sentido ante la fuerza del golpe.

—Buena ocasión,—dijo uno de los moros, precipitándose sobre el inerte cuerpo de Alberto.

—Siempre será un perro cristiano menos,—añadió su compañero, alzando la gumía.

—Dices bien, Mohatar,—repuso el otro,—agradable ha de serle á nuestra señora que le llevemos la noticia de lo que hemos hecho.

—Cierto, y Alá nos lo premiará también.

Y las manos de los dos infieles alzábanse ya, para herir

el indefenso pecho de Alberto, cuando de súbito se escuchó una voz de mujer que decía:

—¿Qué hacéis? Alá castiga á los que derraman la sangre del enemigo indefenso.

Los dos moros alzáronse inmediatamente, con muestras del mayor respeto.

—Es un español de Melilla,—dijo Mohatar, como disculpándose.

—Ya lo sé, lo he presenciado todo, y vuestra acción no merece disculpa. Nadie como yo aborrece á esos hombres; pero, sin embargo, no puedo consentir su muerte de esta manera. Cogedle y conducidle á mi casa.

*
* *

Almina, pues era ella la que tan oportunamente intervino para salvar la vida de Alberto, cuidó afectuosamente al joven; ella misma curó su herida, y poco á poco, interesándose por él, sintió nacer en su corazón aquel amor que la obligó á templar sus odios respecto á los cristianos.

Alberto, á su vez, halagado por la hermosura de la joven, agradecido á las atenciones de ella, envuelto en aquella atmósfera de seducción y de cariño, llegó á olvidarse por completo de su patria, de sus amigos y del mundo entero, para consagrarse á aquel amor tan nuevo en su existencia.

Almina se entregó sin reserva alguna al amor de Alberto.

Era el primero de su vida, jamás había amado, puesto que se casó sin consultar para nada su voluntad, y para ella era una existencia nueva la que se le había ofrecido con el amor de Alberto.

Pero como todo sueño tiene por consecuencia lógica un despertar tanto más terrible cuanto más agradable fué el letargo, sucedió que, á oídos de Alberto llegaron los propósitos de las autoridades de Melilla y el espíritu de hostilidad en que se hallaban las kábilas fronterizas, y resolvió romper aquellos lazos que le sujetaban á los brazos de una mujer, para acudir donde su deber le llamaba.

Comprendía lo violenta que había de ser la separación, y un día, aprovechando la circunstancia de que Almina había ido á la feria de Frajana, tomó el caballo y se dirigió á Melilla.

* * *

Su aparición llenó de gozo á sus amigos, que trataron de inquirir lo que había sido de él durante aquel tiempo.

Pero el joven supo mantenerse dentro de una prudente reserva, y aun cuando se figuraron que detrás de todo aquello se ocultaba quizás, alguna aventura de amor, se abstuvieron de hacerle ninguna pregunta más.

En esto le sorprendió la llegada de Mohatar con el aviso de Almina, según vimos en otro lugar.

La contestación también la conocemos.

* * *

En el día que hablamos, Alberto se hallaba formando parte del grupo de paisanos, que en la plaza seguían con vivísima ansiedad, los movimientos ordenados por el general Margallo.

Deseosos de ayudar á la defensa, instaron para que se les diesen armas, y bajo el mando del teniente de la reserva señor Palacios, salieron al campo, prestando importantísimos servicios durante aquella famosa jornada.

Cuando ésta hubo terminado, cuando las tropas hubiéronse retirado á la plaza, Alberto no estaba entre los sobrevivientes.

Alguno de sus compañeros, recordaba haberle visto caer al avanzar sobre un grupo de riffeños.

No pudieron acudir en su auxilio, porque tuvieron que replegarse.

Cuando al día siguiente salieron á enterrar los cadáveres, no se encontró tampoco el cuerpo de Alberto.

CAPÍTULO XIII

Condiciones especiales de la plaza de Melilla y proyectos para su defensa

Como complemento necesario para el capítulo VI, en que tratábamos de la concesión de límites á la plaza de Melilla, por efecto del tratado de Wad-Ras, creemos de verdadera necesidad indicar la marcha que habían seguido las fortificaciones, el estado en que se hallaban el día 2 de octubre y lo que á nuestro juicio fuera necesario hacer, para dejar á cubierto para lo sucesivo, la plaza, de cualquier agresión por parte de los riffeños.

Porque hay que tener en cuenta que, aun cuando se las castigue duramente con el movimiento de avance de nuestro ejército, dentro de un plazo más ó menos lejano, esas mismas kábilas montaraces, díscolas, fanáticas y feroces, volverían á agredir á la guarnición de la manera traidora que antes lo hicieron.

Rodeada la plaza antes de 1863 por extensos cañaverales y grandes macizos de chumberas, una vez verificada la demarcación de límites, en aquella fecha fué la tala de todo ello, rellenando las trincheras que llegaron hasta el mismo foso.

Con esto se quitó un gran resguardo al enemigo, toda vez que, ocultos por los cañaverales de la orilla del río, y por aquellas mismas trincheras, los moros se acercaban hasta el mismo límite del recinto, y desde allí asesinaban impunemente á los centinelas.

Era preciso y de necesidad imprescindible hacer el despejo absoluto del campo de nuestra pertenencia, para evitar semejantes criminales agresiones.

***

Pero solamente se hizo del trozo exterior, hasta el alcance del fusil de entonces.

Y no era esto solo, sino que las faldas de Cabrerizas conservaban todavía aduares de moros, rodeados de árboles frutales, origen de constantes disputas entre moros y españoles; pero todo esto se hizo desaparecer á la vez que las malezas y cañaverales de la parte más inmediata á la plaza.

En el fondo del valle de Oro existía una mezquita que, colocada á la distancia de un kilómetro, próximamente, de Melilla, fué derruida, conservándose empero el pozo de abluciones.

Para llevar á cabo todas estas operaciones y otras varias, encaminadas al cumplimiento de lo estipulado en el tratado ya dicho, hubieran, indudablemente, costado gran trabajo, dado el carácter pendenciero, egoísta y testarudo de los riffeños, á no ser porque gran parte del ejército de Muley-el-Abbás, que aún existía en aquel campo, secundó perfectamente los planes de los españoles.

En la altura de San Lorenzo tenían emplazados, los fronterizos á Melilla, dos cañones, con los que continuamente hostilizaban á nuestras tropas, los que fueron retirados de aquel sitio para encerrarlos en el alcázar, bajo la custodia de los moros de rey.

Pero estos cañones, bien con consentimiento del bajá, bien extraídos á la fuerza, de aquel punto, han vuelto á hacer fuego contra nuestras tropas, y siguen haciéndolo cuando se les ocurre ó encuentran ocasión.

Estas operaciones mejoraron bastante las condiciones de la plaza, pero quedaba por realizar una de gran importancia, de necesidad imprescindible, que consistía en el desvío de las aguas del río de Oro, que desembocaban muy cerca de la plaza, invadiendo las huertas del Mantelete, convertidas en cenagosas charcas.

* * *

Como era natural, aquellas aguas, caldeadas por los abrasadores rayos del sol africano, estaban en constante estado de descomposición, y de ellas se desprendían ema-

naciones tan pestilentes y dañinas, que las calenturas diezmaban la guarnición de Melilla.

Hízose inmediatamente el proyecto de desvío, en el año 1863, con el propósito de llevar á efecto las obras necesarias, sin levantar mano.

Y efectivamente, porque era una mejora tan importante, porque urgía, por humanidad, por interés y por economía, las obras no empezaron hasta ocho años después, es decir hasta el de 1871.

Con tan injustificado como punible retraso, se dió lugar á que la mortandad fuera más numerosa de cada día, y que las kábilas, traduciendo en temor lo que no era más que dejadez é inercía, olvidadas del fuerte castigo que recibieron de Muley-el-Abbás, se opusieran de una manera tenaz y salvaje á que se llevaran á efecto.

Y sucedió á España, por la inacción de sus gobernantes, lo que necesariamente tenía que suceder: que no quiso atender «á la gotera, y luego tuvo que reparar la casa entera,» como dice un antiguo refrán castellano.

Comenzaron por fin los trabajos de desviación; pero ¡cuánta sangre y cuánto dinero costó vencer á las kábilas y obligarlas á ser razonables!

* * *

No conceptuamos de nuestra incumbencia entrar, en una obra de esta índole, en averiguaciones de lo caro que costó á España aquella operación que pocos años antes

podía haberse hecho, del mismo modo que se realizaron las demás obras que ya dejamos mencionadas.

Empero, efecto de la precipitación con que habían de ejecutarse aquellos trabajos, no pudo darse á los muros que encauzan el río la cabida que necesitaba, y de aquí que ha habido que ir reformándolos en los años sucesivos.

En el año 1866, el capitán señor Roldán formuló un proyecto de nuevas fortificaciones, así para la defensa como para la vigilancia del campo de Melilla, plan que fué aprobado en el mes de enero de 1868.

El plan aprobado, abrazaba dos partes.

La una consistía en la reforma de la plaza, modernizándola, para obtener, tanto la mayor amplitud en los alojamientos y almacenes, cuanto para el ensanche del caserío de la población y la vigilancia del campo exterior, confiada á una serie de torres, distribuidas de tal suerte, que desde ellas se podrían registrar todas las inmediaciones, favoreciendo la colonización del terreno.

* * *

Todo aquel plan llevaba un gasto, para ser realizado, de unos tres millones de pesetas.

El sacrificio no era grande, como se comprenderá, dadas las ventajas que podía reportarnos, y sin embargo han transcurrido más de 26 años desde aquella época, sin que se haya llevado á la práctica aquel proyecto de las reformas interiores, llevándose á cabo, únicamente, la ocupa-

ción del campo exterior, en el que sólo falta el emplazamiento del fuerte, origen de los trastornos actuales.

Dos torres defensivas en las alturas de San Lorenzo y Cabrerizas Bajas, propusiéronse en el primer proyecto, para apoyar y sostener una línea más avanzada, que la constituían otras cuatro torres de mucha más importancia, situadas en los montes de los Camellos, Guariach Bajo, Cabrerizas Altas y Rostro Gordo.

En 1885, 1886 y 1887, y con arreglo al modelo primitivo, algún tanto modificado por los ingenieros de aquella época, termináronse las torres de San Lorenzo, Cabrerizas Bajas y los Camellos.

* * *

Con objeto de descubrir mayor extensión, y atendido á que en la altura de las Horcas era indispensable la construcción de un fuerte para la defensa del polígono del ensanche, sustituyéronse las torres de Cabrerizas Altas y Rostro Gordo por dos reductos mucho más importantes y capaces, algo adelantado éste al límite del territorio. Dichas obras fueron empezadas el año 1890, encontrándose ya terminadas en la actualidad.

El fuerte de Sidy-Guariach, objeto de la cuestión que hoy se ventila, propúsolo el señor Roldán, en el montículo que se levanta en la base entrante de la mezquita de aquel nombre; pero con objeto de batir mejor los caseríos de Frajana que dicho fuerte tiene á su frente, y á propuesta

del comandante de ingenieros de Melilla, señor Souza, se ha modificado su situación, emplazándolo en la loma más elevada de Guariach Alto.

Inútil es decir, que si todas estas obras se hubiesen realizado en tiempo oportuno, y con la energía necesaria, es muy posible que no hubiera llegado el caso que deploramos.

Pero desgraciadamente, en nuestro país, es ya proverbial no acordarnos de Santa Bárbara si no cuando truena, como se dice vulgarmente.

CAPÍTULO XIV

En el que continuamos tratando del mismo asunto



ADA noticia de la situación para el emplazamiento del fuerte, no hemos de entrar en discusión sobre la conveniencia de uno ú otro punto.

Y no entraremos, porque no nos consideramos con fuerzas suficientes para ello, ni menos la índole de esta obra se presta para ello. Meros escritores, desposeídos por completo del papel de críticos, hemos de someternos á ser narradores imparciales de los hechos que vayan sucediéndose.

Sin embargo, como que creemos de nuestro deber ineludible, poner en antecedentes á nuestros lectores de la historia del territorio que se trata de substraernos, como que importa mucho que el lector esté en antecedentes de la justi-

cia que nos asiste, de los raudales de sangre y oro, de los sacrificios, indecibles, en fin, que nos cuesta, lo que importa recuperar, preciso nos será continuar poniéndole en antecedentes para que pueda formarse cabal juicio y comentar los sucesos con conocimiento de causa.

Ahora bien, la fortificación actual de nuestro campo de Melilla, ¿está construida con arreglo á los modernos adelantos á la época reciente, en que han sido levantados algunos de aquellos fuertes?

Pregunta es esta que surgirá á la mente de cualquier español que visite aquellos sitios, ó á la de un curioso extranjero, y á la que aquél y este mismo se contestarán de una manera poco satisfactoria para España, si están al tanto de los modernos tratados de fortificación, ó sin estarlo, han visitado las grandes plazas del extranjero.

***

Al comparar nuestras fortificaciones de Melilla con las de aquellos puntos, en que ni por las distancias de los fuertes entre sí, ni por el sistema de construcción, ni por el aspecto exterior, ni por las buenas condiciones exteriores pueden compararse, no existe punto alguno de comparación con aquéllas.

No comprenderá, de seguro, cómo en un espacio tan reducido, cual es el del macizo cerro del sector del Norte, háyanse emplazado nada menos que cuatro obras con una distancia entre sí de mil metros, la que más.

No puede tampoco encontrar justificado que en el sector del Sur, correspondiente á la orilla derecha del Río de Oro, háyanse levantado dos fuertes tan inmediatos como los de San Lorenzo y Camellos, y sobre todo, que se traten de construir tres más entre Guariach y la colonia Reina Cristina.

Llama desde luego la atención que los ingenieros españoles, al hacer aquellas obras, se hayan olvidado, al parecer, de las obras de fortificación, puesto que lejos de ocultar los fortines á la vista del enemigo, presentan con sus obras descubiertas, altas y elevadas escarpas.

Finalmente, si el observador se fija en la plaza de una manera minuciosa, si se hace cargo de la índole de los enemigos que han de combatirla, de su táctica peculiar, y de los elementos de lucha con que cuentan, no podrán menos de sorprenderle las razones poderosas de los autores de aquel sistema de construcción tan raro, al parecer, y de las causas que les hayan impulsado para obrar de tal suerte.

* * *

Por lo visto, en el territorio de Melilla, no se ha tratado nunca de organizar un campo atrincherado á la moderna, porque además de carecer de espacio, tal vez resultaría inútil, dado el dominio que sobre aquél ejercen las alturas riffeñas que lo dominan, entre ellas el Gurugú.

Lo que se ha hecho, porque es lo único que se podía

hacer, es el establecimiento de una segura vigilancia que impida la invasión del enemigo á nuestro territorio, ó pueda mortificar ó impedir el desarrollo de nuestras colonias agrícolas.

Compréndese desde luego que el propósito seguido en Melilla con aquel sistema de fortifición, no fué otro que el de batir con eficacia las hondonadas y barrancos, puntos favoritos de avance de los riffeños en sus constantes invasiones y correrías.

Finalmente, el propósito que presidió el plan y ejecución de aquellas obras, el fin que se pretendía, y que hasta el presente se ha conseguido, fué el de que las obras exteriores de la plaza se presten mutuo apoyo, y no exista en toda la zona punto alguno que no resulte batido de una manera eficaz por la fusilería, que es el arma más poderosa contra el enemigo que se esperaba, y que hoy tenemos enfrente.

***

El plan de los ingenieros fué, á no dudar, el de asegurar las obras contra las sorpresas, porque han tenido en cuenta que esta es la forma de ataque favorito y casi exclusivo, del riffeño.

Y de aquí la colocación de los cuerpos, procurando eficaz franqueo á los fosos, sin que se hayan preocupado para nada de la artillería, en primer término, porque de ella carecen los enemigos probables, y después, porque en el caso de poseerla en lo porvenir, habría necesariamente que dar

á la plaza mayor desarrollo, comprendiendo dentro de sus límites el Gurugú y las alturas del Oeste y Norte, en cuyo caso lo hoy existente quedaría como reducto interior de la posición.

En su consecuencia, la actual organización del campo de Melilla responde de una manera cumplida á las necesidades presentes de defensa, así como igualmente á las de lo porvenir.

Y responde, porque el día de mañana, que como no podrá menos de suceder, ensanchemos nuestro territorio para encerrar dentro de sus límites la laguna de Puerto Nuevo, la cúspide del Gurugú y las alturas de Frajana y Benisicar, las obras que en la actualidad existen, son las llamadas á formar el núcleo del verdadero campo atrincherado.

Y este núcleo, como fácilmente puede comprenderse, no puede menos de ser el más eficaz y perfecto de todos los recientes, de seguridad, que en la actualidad tienen las plazas modernas europeas.

***

Ahora bien, y advirtiendo que no es nuestro ánimo hacer, como ya hemos dicho, crítica intencionada, daremos á la ligera un estudio relativo de las condiciones militares de aquella localidad, teatro de futuras operaciones, poniendo de manifiesto todas las ventajas, pero también todos sus defectos, mas bien que como cargo á las autori-

dades, como aviso para que mañana puedan subsanarse.

Ordinariamente, la guarnición de Melilla, se compone de un regimiento de infantería, un batallón de cazadores, otro batallón del Fijo de Ceuta, dos compañías de artillería de plaza, y otras dos de ingenieros, ó sean más de tres mil hombres, los que de una manera imperfecta podrían alojarse en los cuarteles de la plaza.

De la imperfección de éstos, de su escasa capacidad, de sus deficiencias, en fin, nada hemos de decir que la prensa, sin distinción de matices, no haya manifestado, después de lo cual, claro y evidente se ve que tenemos necesidad absoluta de ampliar aquellos alojamientos, si no queremos encontrarnos con las dificultades actuales, al tener que aumentar los defensores de la plaza, no olvidando, empero, de dotar aquéllos de las condiciones necesarias para evitar posibles molestias al soldado.

CAPÍTULO XV

Antecedentes históricos respecto á Melilla



OMO nuestro libro debe ser, no precisamente ni la obra de mero pasatiempo, ni la exclusivamente de circunstancias, que no tienen más que el interés del momento, si no la historia detallada de la plaza, objeto del conflicto actual, estudiándola desde el momento en que llegó á nuestro poder á la terminación del siglo XV; las vicisitudes porque ha pasado, la importancia que debió tener y que no se la concedió oportunamente, hasta que los sucesos últimos, han demostrado los perjuicios que pueden irrogarse á la nación con sus indiferencias respecto á las plazas fronterizas, mayormente cuando están, como Melilla, en la costa de África, nos obligan por más de un concepto á dar, siquiera sean breves, algunos antecedentes históricos, respecto á ella.

* * *

Destruida, abandonada por completo, por efecto de diversos contratiempos, la plaza de Melilla, en 1497, no ofrecía nada importante.

Sin embargo, como que España, de acuerdo con el Pontífice, había destinado una flota al objeto de contener las piraterías de los musulmanes, el jefe de la expedición se posesionó de aquel sitio, y la guarneció convenientemente.

Pocos esfuerzos habían hecho los infieles para conservar aquella plaza; pero sin embargo, desde el momento en que nos posesionamos de ella, dieron comienzo los ataques para recobrarla.

Así fué, que la primera operación que hubo de hacer el capitán que gobernaba en la plaza, fué reedificar los derruidos muros, á fin de poder resistir ventajosamente á los contrarios.

El perímetro de la ciudad, á lo que parece, según los documentos de la época, era el mismo que en la actualidad, exceptuando los nuevos barrios, que por efecto del tratado de Wad-Ras, se nos concedieron.

* * *

Por los datos que ofrecen los mismos archivos, el islote de Melilla, aislado entre la ensenada de los Galápagos y la

misma playa del sur, que tenía comunicación por el foso, ofrecía una posición excelente, y reunía condiciones de defensa muy notables, como pudo comprenderse en las repetidas embestidas de los moros fronterizos, que cada día iban deplorando más la pérdida que habían sufrido.

En el reinado de Felipe II, comprendióse la necesidad que existía de reformar aquellas fortificaciones, constantemente combatidas, é insuficientes para contener las hordas que aumentaban de día en día.

Así fué que, adoptándose el sistema de fortificación italiano, dominante á la sazón, se comenzó aquella reforma construyéndose los dos recintos intermedios, que en la actualidad existen bajo los nombres de plaza de Armas y baluartes de San Pedro y San José, el más interior, y de baluartes de las Cinco Palabras, San Fernando y San José, el Bajo, el más avanzado, dotando á este último de camino abierto con las huertas de Santiago, San Felipe y Santa Isabel.

* * *

En los años de 1687 y 1694. cual si las kábilas riffeñas quisieran poner á prueba la solidez y resistencia de aquellas obras, pusieron sitio formal á la plaza.

El enemigo fué rechazado en condiciones relativamente buenas, á pesar de la circunstancia aparente de que los recintos últimos estaban dominados á muy corta dis-

tancia, por el Norte, dada las alturas de las Horcas y Ataque Seco, posiciones que fueron coronadas por las baterías enemigas.

A la sazón, España estaba sosteniendo guerra con su vecina la nación francesa, y á consecuencia de esto, no falta quien supone que oficiales franceses fueron los directores de las operaciones del sitio, sobre todo el del último, en el que los bárbaros dieron mayores muestras de conocimientos en el arte de la guerra.

Sin embargo, aunque esta suposición pudiera muy bien explicarse con la intención de distraer tropas españolas de los campos de batalla de Alemania, Flandes y Cataluña, lugares de la lucha, no está probado, no pasando, por consiguiente, de mera suposición.

Las crónicas de los sitios nada dicen, y además, no es de presumir que una nación noble y cristiana, y en el mayor estado de brillantez, fuese á prestar su apoyo á la morisma en contra de una nación que defendía sus mismas creencias y propagaba una misma religión.

De todos modos, de aquellos dos sitios, sacó España la enseñanza de adelantar más su línea de defensa.

***

En los reinados de Fernando VI y Carlos III, se procedió á la construcción sobre la altura de Ataque Seco, á modo de ciudadela, de los tres fuertes combinados del Rosario, Victoria Grande y Victoria Chica, así como

también los reductos de San Carlos y de San Miguel.

Todos estos fuertes se desarrollaban escalonados por la citada loma, dando vista á la barrancada inmediata, y al par que ensanchaban hacia el interior nuestro dominio, se construyeron como obras avanzadas, envolviendo el llano de la plaza, cuatro torreones cuadrados en las alturas de San Lorenzo, Santiago, San Francisco y las Horcas.

Con éstos se conseguía la dominación dé los mismos terrenos que hoy poseemos, en virtud del tratado de 1860, pudiendo por medio de estas obras tener en jaque á los riffeños, y extendíamos nuestros dominios hasta las kábilas de Benisicar, Frajana y Mazuza.

En tal estado la plaza, á fines del siglo XVIII, el emperador de Marruecos, Sidy-Mahomed-ben-Abdallá, dirigió á Carlos III una carta, en la que le manifestaba que de acuerdo con el rey de Argel, había resuelto recuperar todas nuestras posesiones de la costa Norte de África, no consintiendo que por más tiempo flotara la bandera cristiana desde Orán hasta Ceuta.

Cumplida esta fórmula, que él llamaba de hidalguía, en el mes de diciembre de 1774 se presentó delante de Melilla con un numeroso ejército, que ocupaba desde la Kasba de Zalmán, y estableciendo el bloqueo por las alturas de Camellos, Cabrerizas y Rostrogordo, que á la sazón envolvían nuestras fortificaciones.

El grueso de la caballería mora, se instaló por el enemigo, en la meseta dominante de Rostrogordo, con el

fin de observar y al par que rechazar las salidas que la guarnición de la plaza pudiera intentar hacia aquel lado.

En cuanto á la infantería, estableció su campamento en las faldas y vertientes del Gurugú, desde Cabrerizas hasta la playa, levantando al propio tiempo las baterías en la parte del Norte y en el punto denominado la Puntilla, en Cabrerizas Bajas, y en Camellos por la parte del Oeste.

***

Su objeto era haber fortificado también el campamento por la parte del Sud; pero su propósito no pudo realizarse porque nuestros buques, situados en la bahía, se lo impidieron.

Comenzó el ataque, y de los primeros disparos, los torreones de San Lorenzo, San Francisco y las Horcas, vinieron abajo.

El de Santiago fué el único que resistió algo más, con una escasa guarnición de doce hombres y una pieza.

Pero por mucho que fuera el valor de los nuestros, por grande que fuera su entereza, no era posible la resistencia, sucediendo lo que lógicamente había de suceder.

Aquellos valientes combatían denodadamente; pero luego sus fuegos se apagaron, unidos á sus vidas, que quedaron envueltas en las ruinas del fuerte que con tanto heroísmo habían defendido por espacio de tres días.

Veintitrés veces fué asaltado aquel fuerte y otras tantas

rechazó aquel puñado de valientes al enemigo, y según la crónica de aquella época refiere, D. Juan Scharlak, gobernador general de la plaza en nombre del rey, fué anunciando con una bocina al cabo que mandaba el torreón, sus ascensos á sargento, teniente, capitán, coronel y general, en cuyo empleo, tan breve como penosamente ganado, pereció en la forma que ya hemos dicho.

CAPÍTULO XVI

Terminación del asedio

Los moros comenzaron á atacar la plaza, puesto que ya eran dueños de las obras avanzadas, y estaban en condiciones de apretar la situación.

Construyeron baterías en Santiago y San Lorenzo, para atacar los fuertes y baluartes del Sur, y como su principal objeto para entrar dominando, era destruir los fuertes del Rosario, Victoria Grande y Victoria Chica, en los cerros de las Horcas y San Francisco levantaron otras, en combinación con la primitiva de la Puntilla.

Avanzó el sitiador sus trincheras hacia el recinto, al propio tiempo que desde sus baterías arrojaba sobre la plaza más de 9.000 proyectiles entre bombas y balas rasas, y

por la playa del Sur, desde San Lorenzo, construyó los ziszás que llegaron muy cerca del reducto de San Miguel, con el nombre de ataque de Tarara, desde Santiago y San Francisco, las que se encaminaban contra San Carlos, denominadas de la Bocamina y las más decisivas de Ataque Seco, desde la Puntilla, que le permitieron establecer la gran batería de brecha del Macuso, para atacar el fuerte del Rosario.

* * *

Por fortuna el general Scharlak, utilizando con acierto un sistema de minas defensivo existente en la plaza, que por lo bien acabado y perfectamente entendido puede citarse como modelo en su género, voló la batería de brecha, cuyos cañones fueron á parar al mar.

El emperador, en vista del poco resultado obtenido con los medios empleados hasta entonces, el 12 de febrero de 1775, decidió dar el asalto general con sus tropas, y á fin de engañar al defensor y al mismo tiempo servir de escudo á los asaltantes, mandó, como avanzada de su ejército, más de 5.000 vacas, con divisas, y todos los judíos que pudo reunir; pero sea por la poca confianza en el éxito ó por falta de las vacas, que no hubieran venido mal á los soldados españoles, pues en aquella época estaban algo escasos de víveres, lo cierto es que el asalto no llegó á darse, desistiendo el emperador de la conquista, y después de levantar el asedio escribió una segunda carta al rey Carlos III pidiéndole emisarios para ajustar definitivamente la paz.

* * *

No podía satisfacernos gran cosa el resultado de aquel famoso sitio.

Es verdad que se obtuvo el triunfo, puesto que los mismos enemigos hubieron de pedir la paz; pero en cambio de eso, los fuertes avanzados quedaron destruidos, y todo el terreno exterior quedó también perdido para nosotros.

A partir de aquella época, si la permanencia en la plaza era desagradable, el asomar la cabeza, siquiera fuera de las murallas, era horriblemente peligroso.

Los moros comprendían todas las ventajas de su situación; un terreno accidentado, multitud de resguardos entre los cañaverales, las chumberas y los enormes macizos de pitas que había por todas partes, les permitían aproximarse, perfectamente á cubierto, y fusilar á mansalva á nuestros pobres soldados.

En diversas ocasiones hízose algo que requirió acción más enérgica por parte de las autoridades de la plaza.

Mas á pesar de esto, y pasados los primeros momentos del escarmiento, volvían los moros á las suyas, porque como lo primero que debió hacerse fué evitar su peligrosa vecindad, y en esto no se pensó, tomaban la indiferencia y la apatía de los gobiernos como signo de debilidad, y se envalentonaban, entregándose á toda clase de atropellos.

* * *

De este modo ha podido decirse muy bien que la situación de Melilla, en toda la primera mitad del presente siglo, fué la de una plaza bloqueada constantemente.

Pero con la más denigrante é inicua de las condiciones.

Aquellos mismos moros que fusilaban impunemente á nuestros soldados durante la noche, eran los que por el día penetraban en la plaza á vender comestibles, buscando por este medio el despacho de sus productos.

De este modo conseguían dos objetos:

Llevarse el dinero de la plaza y observar las fortificaciones y los sitios por donde mejor podían verificar sus expediciones nocturnas.

A más de esto, obtenían otra ventaja:

Que no les costaban nada las municiones de que se servían para hostilizarnos.

Esto era verdaderamente vergonzoso, debiendo añadirse á lo indicado, las depredaciones cometidas en la costa con los infelices náufragos ó con los barcos que pasaban á corta distancia de ella.

A cada hecho de este género que ocurría, enviábanse notas al emperador, seguíanse negociaciones, se indemnizaba ó no á los perjudicados, y todo volvía á seguir del mismo modo.

* * *

Semejante estado constituía una especie de borrón sumamente vergonzoso por el papel que estábamos jugando ante las demás naciones.

Pero nuestros gobiernos tenían tanto de qué ocuparse, eran tantas y tan graves las atenciones que sobre ellos pesaban, que no podían atender á asuntos tan baladís.

Fué necesario que el espolazo fuera tan irritante como el de 1859 para que la nación despertara de su letargo, y de tal modo mostró su opinión, que el gobierno resolvió la guerra que por entonces tuvo como lugar de desarrollo el terreno comprendido desde Ceuta á Tetuán, con el aditamento de las jornadas de Samsa y Wad-Ras.

El valor de nuestros soldados, el espíritu general del país puesto al lado del gobierno, hubieran podido dar resultados más fecundos para nuestros intereses en África, á no haber sido por las oficiosidades de la nación que, poseyendo para oprobio nuestro, en nuestro mismo suelo, un peñón del que ha hecho posición inexpugnable, interpuso su veto, y no hubo otro remedio que ceder á sus indicaciones ó á sus amenazas.

Felizmente, y como que estábamos en el caso de imponer condiciones á un enemigo de quien habíamos triunfado desde el Serrallo hasta Guad-el-Gelú, conseguimos algo para Melilla, y en otro lugar nos hicimos cargo ya de las estipulaciones que respecto al particular se ajustaron.

Mayor partido hubiera podido sacarse; pero como ya parece haberse erigido en sistema en nuestro país pedir muy poco á los extraños y exigir, en cambio, mucho á los

propios, nos contentamos con el espacio á que alcanzara una bala de á 24, en cuyo espacio habíamos de construir fortificaciones que pusieran á cubierto nuestra plaza de los ataques enemigos.

* * *

¿Cuánto tiempo tardamos, sin embargo, en llevar á la realización lo consignado en aquel convenio?

Cuando se decidió, finalmente, la construcción de los fuertes, ¿se tuvieron en cuenta las condiciones especiales del terreno que se nos había cedido?

Al menos, si todas las obras se hubieran llevado con la rapidez que el caso exigía, con mayor motivo, recordando la historia del pasado, tal vez se hubiesen visto los defectos de que adolecía aquella línea imaginaria, tomada bajo la base del disparo del cañón, línea que nos obligaba á tener dentro de nuestro territorio, mezquita y cementerio musulmanes, que andando el tiempo habían de proporcionarnos tan graves disgustos.

Quiera Dios que escarmentados en lo sucedido, al verificar el movimiento de avance nuestras tropas, ya que con sangre preciosa hay que ganarlo, el terreno que conservemos quede en tales condiciones que su seguridad esté para siempre garantida.

CAPÍTULO XVII

Entre el día 2 y el 28 de octubre

Las condiciones especiales de nuestra publicación y el deseo de dar á conocer con algunos mayores detalles las dos jornadas que de tal modo hirieron la nacional dignidad, haciéndola abandonar el censurable indiferentismo de que tanto nos hemos lamentado, que el espíritu público, imponiéndose tal vez, á las mismas vacilaciones oficiales, obligó á cambiar de actitud y por lo tanto á tomar disposiciones verdaderamente enérgicas, nos obligan á demorar algún tanto el relato de los sucesos subsiguientes á los dos últimos combates.

Para completar los datos que creemos de verdadero interés en una obra de esta índole, nos ocuparemos así de la totalidad de las fuerzas que existían en Melilla en el momento de la agresión, cuanto de las kábilas fronterizas que entraron en fuego el día 2 y de las disposiciones

tomadas por el Gobierno por efecto de aquellos sucesos.

El día 2 de octubre había en Melilla, además de los servicios auxiliares de ingenieros, sanidad, parque de artillería y otros que contaban con escaso personal, las fuerzas siguientes:

El regimiento infantería de África, compuesto de 1.400 hombres.

El batallón disciplinario de Melilla, 493.

Una compañía de artillería de plaza, con 90.

Una compañía de ingenieros, 70.

Una sección de cazadores á caballo, 50.

Total, 2.103 hombres.

***

Pero como de esta cifra debe descontarse un 10 por 100 en que pueden calcularse las bajas naturales, resulta que, comprendiendo los jefes y oficiales, quedaban disponibles en la plaza de Melilla unos 2.000 hombres.

Los fuertes estaban dotados de la siguiente guarnición:

En Rostrogordo.	140	hombres.
En Camellos..	90	»
En San Lorenzo.	50	»
En Cabrerizas Altas y Bajas.. .	140	»

Dichas fuerzas disponían de seis cañones de bronce de 14 centímetros, y quince de 10 centímetros, de retro-

carga; cuatro de bronce comprimido de 15 centímetros, sistema Verdes, y cuatro obuses de hierro de 21 centímetros, á cargar por la boca, existiendo además varias otras piezas de diferentes calibres y menor importancia.

Cada una de estas piezas contaba con una dotación de 200 disparos, y á pesar de que los disparos de todas ellas batían con eficacia el terreno inmediato á la plaza, notábase la falta de granadas de metralla, muy útiles para batir grupos enemigos.

La infantería se hallaba dotada de fusiles Remingtton, sistema 1879-80, con alcance eficaz 1.200 metros.

Existían además en Melilla unos 400 penados, la mayor parte de los cuales cumplen las penas graves de cadena temporal á perpetua, por diferentes delitos.

* * *

Igual ó parecida á la de Ceuta es la organización del presidio de Melilla. Los penados viven libremente y se confunden con la población honrada, viviendo con ella, participando de todas las profesiones, contribuyendo de esta suerte al desarrollo y prosperidad de la plaza.

Aún después de cumplidas sus condenas, para los penados tiene alguna atracción el presidio, pues comprenden que es más fácil encontrar medios de vida, relaciones y amistades entre quienes les conocen, muchos de los cuales se encuentran en el mismo estado que ellos, que no ten-

tando fortuna en la Península donde habían de llevar perpetuo estigma.

Por esta razón son muchos los penados que al cumplir su condena se quedan en la plaza, donde ejercen diferentes industrias; de suerte que es muy frecuente encontrarse con un comerciante que honradamente ejerce su industria y saber que es un antiguo preso cumplido, que al alcanzar su libertad se quedó allí.

A fin de que no puedan tener ocasión para el desenvolvimiento de sus instintos, está á cargo de los penados la vigilancia municipal de la población, ejerciéndola de día los reos de robo y estafa, y de noche los de estafa y homicidio.

En todas las ocasiones que ha habido necesidad de castigar á las kábilas, los penados han sido siempre los primeros en exponer su vida en defensa de la patria, siendo ellos la mejor defensa de la plaza.

***

Las kábilas de Mazuza, Benisicar, Benisidel, Benisaid y Benibuifuror, que en junto constituyen la provincia de Guelaia, son las más inmediatas á la plaza de Melilla.

Estas kábilas no pertenecen verdaderamente á la raza árabe, puesto que, según sus tradiciones, descienden de Cam, hijo de Noé, el cual se hizo notar, según las tradiciones bíblicas, por la desatención usada respecto á su padre.

Realmente son bereberes, y si bien profesan la religión mahometana, es bastante reformada.

Las tribus bereberes habitan las comarcas que se extienden, bien por las ramificaciones de la parte septentrional del Atlas, ó extendiéndose por la parte del Sur, llegan hasta el desierto de Sahara.

Los que habitan lindando con la Argelia, y por lo tanto en el territorio donde se encuentra la plaza de Melilla, se denominan *Amacilgas*, y *Shelojes* los que se encuentran en la provincia de Tafilete.

El carácter de los riffeños, generalmente, es brusco, sagaz y altivo, y ya sea porque en pasadas épocas les hayan engañado en su escaso tráfico, ya por haber sufrido varias imposiciones de los árabes, son extremadamente desconfiados.

Siendo independientes por naturaleza, apenas respetan la autoridad del sultán, quien, para cobrar los impuestos, casi siempre tiene que sostener con ellos sangrientas refriegas.

Ignorantes, sobrios y trabajadores en el cultivo de sus campos, cuando se lanzan á la guerra, y sobre todo si esta guerra es contra los que ellos llaman *perros cristianos*, son completamente feroces y salvajes.

* * *

Imposible es detallar exactamente el número de tribus, aduares y familias que componen esta raza, ni marcar el

total de habitantes de las estribaciones del Atlas, pues supónese hasta por los mismos viajeros que han vivido entre las kábilas y han recorrido su territorio, la existencia de asilos ocultos de bereberes, cuya verdadera situación es completamente ignorada.

Afeitada la cabeza, excepto la coronilla, donde crece áspera coleta, afilada la gumía, que lleva pendiente de grueso cordón, y con la espingarda ó fusil sujeto por medio del cañón, sin más ropa que la chilaba y un sucio calzoncillo, se lanza el riffeño al combate dando fuertes aullidos, acometiendo furioso, sin compasión ni generosidad, pues es una fiera, sin otro sentimiento que el de la matanza.

Para demostrar que no es exagerado lo que decimos, si otros ejemplos no se nos hubieran ofrecido más recientemente, el 11 de marzo de 1860 los riffeños que peleaban unidos á las tropas de Muley-Abbás hiciéronse notar por su ferocidad, degollando á los pobres soldados que habían caído en el río Martín.

La codicia y la ferocidad son los caracteres distintivos del riffeño.

Impulsado por la primera, se ceba con un refinamiento de crueldad inconcebible en el enemigo indefenso, y excitado por la segunda, no vacila en vender la misma arma con que acaba de dar muerte á su contrario, si se la pagan bien, para comprar otra nueva, destinada al mismo objeto.

Las citadas kábilas pueden poner en pie de guerra los siguientes combatientes:

Mazuza, con su hijuela Frajana, 5.000 hombres.

Benisicar, 4.000.

Benisidel, 6.000.

Benisaid, 7.000.

Benibuifuror, 5.000.

Total, 27.000 hombres.

***

Estas kábilas abarcan alredor de Melilla unos 16 kilómetros por la parte del Sudeste, donde está Mazuza, otros 16 por la del Oeste, donde se halla Benibuifuror, y hasta 14 kilómetros por la parte del Noroeste, que está Benisaid.

En el límite de la provincia de Guelaia, donde concluye la kábila de Mazuza, hállase la kábila de Beni-Sniassen, constituyendo por sí sola una provincia, que se extiende desde las márgenes de la laguna de Timxart hasta la orilla izquierda del Muluya.

Dicha kábila puede poner en pie de guerra 20.000 combatientes, 5.000 de los cuales se presentan en campaña, con caballos.

Entre los moros de ambas provincias hay mancomunidad de intereses, costumbres, sentimientos y aspiraciones.

En varias ocasiones se han ayudado una á otra; Guelaia á Beni-Sniassen en sus revueltas contra el sultán, y ésta á aquélla, en sus luchas contra los árabes.

Si bien contando á retaguardia con el auxilio de los

Beni-Sniassen, en la lucha del día 2 de octubre sólo concurrieron las cinco kábilas de la provincia de Guelaia.

Además de éstas, existen otra porción, con mayores ó menores simpatías respecto á las ya mencionadas, pero que tratándose de una guerra santa, cuyo carácter han pretendido darle los marabutos ó santones de las batalladoras tribus ya citadas, podrían formar un contingente de 45 á 50.000 hombres, doblemente terribles, así por combatir en su propio suelo, cuanto por el fanático aliento que les moviera.

* * *

Comprendese perfectamente que la gravedad de lo ocurrido en Melilla tenía que provocar como consecuencia lógica, de parte del gobierno, la adopción de procedimientos enérgicos para castigar á los que, insulto tan grave nos habían inferido.

El Consejo de ministros reunióse inmediatamente, convocado por el señor Moret, ministro de Estado, en la secretaría de dicho Ministerio.

Fácilmente puede presumirse, atendida la urgencia de aquella reunión y la gravedad de la materia de que se trataba, que para tomar resoluciones en asunto de tan trascendental interés, habían de preceder estudios que analizaran con gran detenimiento todos los puntos relacionados con el motivo que los obligaba á reunirse.

El ministro de Estado, por su parte, examinó la cuestión bajo el punto de vista internacional, abrigando el convencimiento de que á ninguna de las demás potencias europeas con intereses en África, puede molestar que España haga efectiva su soberanía en aquel país.

Manifestó el señor Moret que debía procederse, respecto de la cuestión de Melilla y de otra cualesquiera que pueda surgir sobre la seguridad de nuestras posesiones en África, con gran virilidad, con empeñada perseverancia, pero al propio tiempo con marcada prudencia, que en materia tan transcendental excluye toda ligereza.

El ministro de la Guerra, lo mismo que el de Estado, penetrando en el terreno de la hipótesis, pesaron el pro y el contra, de seguir una política de aventuras que exigiera el envío de un ejército que en ningún caso podía ser menor de siete ú ocho mil hombres.

Después de largo rato de estudio, y comprendiendo la necesidad de disponer algo que pudiera mantener á raya á las kábilas riffeñas que hostilizaron á los españoles, decidieron acordar, según la nota oficiosa que se facilitó á la prensa, lo siguiente:

«Inmediatamente,—dice aquella nota,—el ministro de la Guerra informó al Consejo de todas las noticias relativas á los sucesos de Melilla, mereciendo unánimes elogios la conducta del general Margallo, de las tropas y de los moradores de la plaza, que secundaron valientemente la acción de nuestron bizarros soldados.

»El Gobierno, en vista de lo propuesto por el coman-

dante general de Melilla, acordó que se continuaran sin interrupción las operaciones necesarias para asegurar, en los términos que la ciencia militar recomienda como más eficaces, la terminación de las obras del fuerte de Sidy-Guariach, facilitándole al efecto los recursos, en hombres y material, que gradualmente vaya necesitando.»

CAPÍTULO XVIII

Actitud del país después de los sucesos del 2 de octubre.— Opiniones respecto á lo ocurrido



AL recibirse en la Península noticias de lo sucedido en Melilla, un grito de indignación se exhaló de todos los pechos, y este grito, repercutiendo en la parte opuesta de nuestras fronteras, nos trajo un eco de simpatía de las naciones vecinas, que tomaban parte en nuestro dolor y en nuestra cólera.

El gobierno comprendió que debía, por medio de su actividad y de su energía, según ya dejamos expuesto en el capítulo precedente, atenuar la anterior pasividad ó indiferencia.

Es verdad también, que la opinión general le impulsaba.

El pueblo de 1893 recordaba su noble abolengo, y se

mostraba el pueblo de 1808 y de 1859, dispuesto á hacer toda clase de sacrificios para castigar á los miserables que tan sangriento ultraje le infiriera.

En los grandes acontecimientos que han tenido lugar en nuestra nación, siempre hemos visto una nota que, en medio de la tristeza consiguiente al desastre, ha venido á prestarnos algún consuelo.

Esta nota ha sido siempre la de prescindir los hombres más significados en política, de sus simpatías ó de sus antagonismos, de sus discrepancias ó de sus enemistades, para no ver más que la patria, y ante el peligro de ésta, unirse en apretado haz al lado del gobierno, para ayudarle, para alentarle, para combatir, en fin, al ofensor del pabellón de España.

***

Cada uno de esos hombres importantes más caracterizados en su respectivo campo político, consultados por dignísimos periodistas para que emitieran su opinión respecto á lo sucedido, cada uno la dió, formando con aquellas opiniones la nota brillante del patriotismo, síntesis del levantado espíritu que presidió á aquellas manifestaciones.

«Debemos defender nuestro derecho,—contestó con su autorizada y elocuente palabra, el republicano señor Salmerón al ser interrogado sobre la cuestión de Melilla,—y sostenerlo por medio de la fuerza, sin contemplaciones de ningún género.

»No creo que haya sobre eso diferencia alguna de opi-

nión entre los españoles. A mi juicio, la humanidad es perfecta. Si acaso, será el Gobierno la única excepción que sustenta criterio distinto.»

Por su parte el señor Beranger hizo la siguiente manifestación:

«Para salvar el honor de España, es indispensable hacer un sacrificio de una vez y para siempre.

»La ofensa que hemos recibido, exige una reparación inmediata; el escarmiento se impone.

»Un escarmiento que lave por completo la afrenta.

»O renunciamos á Melilla y dejamos abandonada la plaza, demostrando que somos impotentes para conservar nuestras posesiones en África, ó es absolutamente preciso enviar allí 20.000 hombres que impongan á las kábilas una obediencia tan completa como tenemos derecho á exigir de ellas.

»Si hay que arrasar sus campos, destruir sus moradas y batirlas hasta dejarlas en la impotencia, todo debe hacerse sin contemplaciones, y, sobre todo, sin perder tiempo.

»Nada de raquítico para salvar, á todo trance, nuestro honor. Eso deben hacer los gobiernos que se respetan y que quieren que sea respetado su país.

»Eso exige de consuno nuestra historia y el decoro nacional.

»Al gobierno toca no dejarnos en ridículo á los ojos del mundo civilizado.»

* * *

Al ser preguntado el señor Villaverde, manifestó:

«Ante los sucesos de Melilla, no hay ni puede haber si no una opinión, que ya ha tenido eco unánime en la prensa de todos los matices. Es fuerza castigar el atentado, de una manera ejemplar, y castigarlo por nuestra mano, con nuestros cañones, sin perjuicio de exigir por la vía diplomática, al sultán, las indemnizaciones que nos debe, por haber faltado á la obligación que su soberanía le impone y los tratados nos garantizan, de contener y reprimir las agresiones de esas tribus bárbaras del Riff.

»Es de obligación emprender, sin demora, las obras necesarias para construir el fuerte de Sidy-Guariach, procediendo con todas las precauciones y seguridades que la ciencia militar enseña; pero llevando adelante los trabajos con la mayor rapidez posible.

»En nada debe alterar lo ocurrido nuestra política de respeto y aún de apoyo al *statu quo* en Marruecos, consignado en las actas de la Conferencia de Madrid.

»Todas las naciones de Europa han castigado por sí, severamente, atropellos análogos, sin variar por tal causa sus miras ni sus propósitos internacionales.

»No cabe confundir con el imperio sus hordas salvajes, en cuya defensa se invocaría en vano el derecho de gentes, que ellas ni conocen ni esperan.

»Creo, en suma, que el Gobierno debe obrar con energía y rapidez, procurando ante todo la eficacia de sus resoluciones.»

* * *

Habla el señor Romero Robledo, diciendo:

«Me he propuesto en estos días guardar la reserva que entiendo me impone la ausencia del jefe de mi partido, señor Cánovas del Castillo.

»Pero no puedo ocultar que en los gravísimos sucesos de Melilla, ha procedido el Gobierno con imprevisión notoria, incurriendo en gravísima responsabilidad, que será forzoso exigirle.

»Antes que eso, sin embargo, el interés supremo de la patria reclama que se lave la ofensa, por cuantos medios tiene ese gobierno á su alcance, para obtener la debida reparación.»

Puede comprenderse, después de leído lo que antecede, la uniformidad de la opinión emitida por personas que militan en campos opuestos de la política, pero que, sin embargo, ante el santo amor de la patria, piensan y obran de idéntica manera.

Del mismo modo el presidente del Círculo de la Unión Mercantil, señor Muniesa, dijo también, hablando de los sucesos que habían determinado el conflicto que lamentamos:

«No puede convenir al comercio, en general, que el conflicto pendiente por los sucesos de Melilla, se agrave hasta el punto de que sea necesaria la acción inmediata de la fuerza. Esto implicaría una perturbación, y el comercio, que es símbolo de paz, no quiere la guerra.

»Pero esto no quiere decir que si las exigencias del amor patrio y el derecho de España requieren resoluciones

enérgicas en defensa de nuestro honor, el comercio no esté dispuesto á apoyarlas con vivísimo interés. Sobre eso no puede haber la más leve sospecha.

»Lo que sí hace el comercio, de todos modos, es lamentarse de que la apatía é indiferencia de nuestros gobiernos hayan sido causa de que ataques como el ocurrido en Melilla se repitan con inusitada frecuencia.»

También el marqués de Urquijo, verdadera importancia financiera de nuestro tiempo, se expresó del mismo modo al tratarse de este asunto.

«El mundo bursátil,—dijo,—no ha sentido, por el momento, los efectos de aquellos acontecimientos.

»La baja de treinta céntimos que hoy han sufrido en Bolsa nuestros valores, no obedece á aquella causa, sino á las noticias que á primera hora se recibieron en dicho centro de contratación, respecto á la enfermedad del señor Sagasta.

»La gente bursátil se encuentra en actitud expectante. Se ha hablado mucho en la Bolsa, esta tarde, de los probables giros que hoy puede tomar el asunto que actualmente reclama la atención pública y de los efectos que han de causar aquéllos en la marcha de los negocios. Pero, hasta ahora, repito que estamos á la expectativa.»

* * *

Si para juzgar la importancia de un suceso deben tenerse en cuenta los juicios formados respecto á él por enti-

dades de las diversas fracciones que constituyen el núcleo de la Nación, forzoso es convenir que el Gobierno ha tenido á su lado, en las circunstancias de que nos hemos ocupado, una unanimidad de pareceres como quizás no se había conocido otra, hace mucho tiempo, en nuestro país.

Hasta el mismo Arzobispo-Obispo de Madrid, dijo también:

«Es indispensable poner á raya á los moros, evitando á toda costa, nuevos desmanes contra los españoles.

»Hay que construir el fuerte, aunque hubiera necesidad de erigirlo de oro y con el concurso de todo un ejército.

»No debe repararse en gastos de ningún género, toda vez que se trata de un caso de honra nacional, en el que, como siempre, la Iglesia ha de estar al lado de la espada.

»El Gobierno tiene derecho á edificar el fuerte de Sidy-Guariach, y es dueño de hacer en su casa lo que tenga por conveniente, rechazando la fuerza con la fuerza, sin necesidad de declarar la guerra al enemigo ni exponerse á la provocación de un conflicto europeo.

»Las naciones extranjeras no pueden oponerse á que España adopte las medidas que considere oportuno en el territorio que le pertenece, por más fuerzas y soldados que el Gobierno español utilice para hacer prevalecer sus derechos.»

***

Efectivamente que razón tenía el noble prelado al manifestar que las naciones extranjeras no pueden, por nin-

gún estilo, oponerse á nada de cuanto haga España para sostener la integridad del territorio que le pertenece, tomando las posiciones que juzgue necesarias, en el mismo terreno enemigo, para garantir la seguridad de las construcciones que haga en el propio.

Esto parece lo innegable, lo que realmente se debe hacer, lo que nosotros, y con nosotros todas esas mismas eminencias cuyas opiniones estamos resumiendo en este capítulo, esperan ver realizado.

Lo mismo el señor Becerra que el doctor Ezquerdo, ambos caracterizados políticos, manifestaron también, al pedírseles su opinión, lo siguiente:

«No le doy importancia á lo pasado,—dijo el primero. —En otra circunstancia, lo consideraría un bien para España, porque con tal motivo podríamos extender nuestra frontera.

»Pero en las circunstancias actuales, apruebo la conducta del Gobierno, intentando arreglar esto por las negociaciones diplomáticas. Lo que sí debe cuidar España, es de que por el lado de África no se nos forme un nuevo Pirineo.

»Y como *á Dios rogando y con el mazo dando*, y las negociaciones diplomáticas son muy tardías, y las enviadas al sultán quizás no lleguen, bien hará el Gobierno en mandar tropas.

»Y cuando esto pase, ó sin que pase, si los hechos lo reclaman, hágase nueva demarcación de límites y constrúyanse cuantos fuertes nos dé la gana.

»Esas kábilas riffeñas me admiran por el odio que nos tienen y por su valor fuera de duda, pero también las considero indignas de toda atención.

»Debemos colocarlas, por entero, fuera del derecho de gentes. Si no, el día menos pensado, son ellas las que nos echan á nosotros.»

«Analizada la cuestión en su aspecto general y elevado,—repuso el segundo,—he creído siempre que, por razón de raza, España tiene que cumplir una gran misión en África.

»Sólo los gobiernos de nuestro país, por apatía é indolencia proverbiales, han podido descuidar nuestros intereses hasta el punto de no prevenir con solicitud sucesos como los provocados por las kábilas del Riff.

»Creo que debemos proceder con mucho tiento y cuidado en este asunto para no comprometernos demasiado, como asimismo que en lugar de enviar mucho ejército en Marruecos, precisa gastar mucho dinero en cañones, y cañones de gran alcance.

»El fuerte de Sidy-Guariach es de necesidad absoluta, é indispensable que se construya.

»En la cuestión diplomática no tengo ninguna esperanza. ¿Qué confianza puede inspirar la promesa de un sultán, que para los asuntos propios no tiene fuerza ni autoridad bastante? Su voluntad no se impone á la rebeldía de las kábilas insurrectas.

»Creo, por consiguiente, que la actitud de España debe ser la de una gran energía de acción, pero sin ir más allá

del límite necesario para obtener la debida reparación de nuestro sentimiento patriótico ofendido.

»Defender nuestro derecho y sostener nuestro decoro á cañonazos.

»Y procurar, por último, economizar la vida de los hombres, haciendo sacrificios de importancia para el emplazamiento de una buena artillería.»

***

Todos estaban conformes, como puede verse por lo anteriormente transcrito, en la necesidad de emplear una acción enérgica á fin de hacer respetar nuestros derechos; pero el doctor Ezquerdo, muy atinadamente y teniendo presente acontecimientos pasados, decía que no debíamos esperar nada de la gestión diplomática, puesto que ni el mismo emperador tiene influencia moral ni material con aquellas kábilas levantiscas é insubordinadas, que no podrían dominarse sino por medio de la fuerza.

Emprender negociaciones diplomáticas, exigiendo satisfacciones, pretendiendo hacer valer la fuerza de nuestro derecho escrito, en un país cuya organización es tan deficiente, era una locura, y si bien para cubrir las fórmulas y aparecer siempre ante Europa en el lugar que nos corresponde, era necesario entablar la gestión diplomática, ésta debía apoyarse con hechos de fuerza, únicos capaces de hacerles comprender á nuestros indómitos vecinos la razón que nos asistía.

CAPÍTULO XIX

Continuamos tratando de lo mismo.—La opinión del jefe del partido conservador

Es verdad que el Gobierno, según ya manifestamos en otro lugar, dispuso el envío de algunas fuerzas para aumentar la guarnición de Melilla, pero ni éstas fueron tan numerosas como se necesitaban para emprender de momento las operaciones, ni los temperamentos gubernamentales estuvieron, á los pocos días, en la tesitura que al principio.

Y no era porque para reforzar la acción del Gobierno, para fortalecerle, para alentarle, no estuvieran á su lado los personajes más importantes de todas las fracciones políticas.

El general Bermúdez Reina había dicho, en los momentos en que la indignación dominaba por doquiera:

«Es cuestión de dignidad, repetiré con todo el mundo, no tolerar lo que los moros hacen:

»Cuentan que el motivo de su ataque de ahora, la construcción del fuerte, lo fundaban en que siendo éste inmediato á una mezquita y á un cementerio suyos, los soldados de España profanaban, mirándolas, á las mujeres moras que iban á rezar á la una y á llorar al otro.

»Pero ese motivo lo quitan fácilmente los soldados, destruyendo la mezquita, destruyendo el cementerio, destruyendo los aduares, haciendo trizas á los moros.

»Las negociaciones diplomáticas, cuando se asesina á nuestras tropas y se escupe y se hiere á los cadáveres, no son para un país digno.

»En estos casos no se envían vetos, si no balas, ni se mandan embajadas, sino batallones.

»Ahora parece que nos hemos quitado la careta de todo orgullo y hasta de todo buen parecer, y nos excusamos por pobres.

»Y cuando se arrolla la bandera nacional y se insulta y se ultraja á nuestras tropas, no podremos resistirnos á vengar la afrenta, porque en los capítulos del presupuesto no haya podido entrar el precio, sin precio, de la honra...

»Y lo que se logra así, es seguir el derrotero del hombre arruinado que, debiendo mantener su dignidad entera, por la misma razón de que ha caído, se echa al arroyo, pide limosna y no devuelve la bofetada... porque no tiene dinero.»

No puede exponerse con mayor energía, ni con mejor

elocuencia, la verdadera situación en que nos encontrábamos por efecto de los sucesos ocurridos, y la necesidad en que la nación se hallaba de abandonar los perjudiciales temperamentos anteriores para abrir nuevas vías á la ultrajada dignidad y al mancillado prestigio.

* * *

Para cerrar esta sección de condensación de ideas, síntesis, como hemos manifestado, del apoyo que todos los hombres políticos estaban dispuestos á prestar al Gobierno, nos haremos cargo de las manifestaciones hechas por el señor Cánovas del Castillo, refiriéndonos para ello á autorizadísimas personas que tuvimos ocasión de escucharles de sus labios.

Según estos, la cuestión de Marruecos ha sido y es para el ilustre estadista, motivo constante de preocupación.

Entiende y hace el primer responsable al Gobierno de lo ocurrido y de la afrenta recibida, por haber dispuesto la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, sin previa preparación para las contingencias que pudieran ocurrir, y que desgraciadamente han sobrevenido, siendo indudable que así debía de suceder, pues no les iba á gustar á los moros el que tan próximo á su mezquita y á su cementerio, construyésemos un fuerte.

La opinión del señor Cánovas, es la de que el Gobierno debió esperar que nuestro ejército estuviera dotado del fusil Maüsser, y el Tesoro provisto de lo que carece.

Sobre todo, decía, debió por lo menos el Gobierno, al decidirse á emprender las obras, aumentar la guarnición de Melilla, que tenía que luchar con armas iguales, puesto que los moros tienen fusil Remingtton, como nuestro valeroso ejército, que no los debía tener, pues están mandados retirar.

* * *

Extraordinario era el entusiasmo despertado en la Península á consecuencia de los sucesos de Melilla.

Acordado por el Gobierno el envío inmediato de tropas, en Málaga se embarcaron el batallón de cazadores de Cuba el día 7, produciéndose con este motivo una explosión de entusiasmo indescriptible.

En las calles de la capital, notóse extraordinaria animación desde las primeras horas de la tarde.

Llevando estandartes y banderas los estudiantes del Instituto, recorrían en manifestación las calles de la ciudad.

La multitud prorrumpía en vivas y aclamaciones, aplaudiendo con entusiasmo á los escolares.

Un repique general de campanas, anunció á las dos de la tarde, la salida del Regimiento de Borbón, que á dicha hora se dirigía al muelle para embarcarse con dirección á Melilla.

Con delirante entusiasmo contempló la muchedumbre la marcha de nuestros valientes soldados, y por todas par-

tes resonaba el grito de «¡Viva España! ¡Viva el Ejército!»

Rompiendo las filas de la carrera, muchas mujeres del pueblo se lanzaban sobre los soldados, y los abrazaban estrechamente.

Con vivas á España los soldados contestaron á las manifestaciones de la multitud.

Como la realizada por el pueblo de Málaga, es de todo punto imposible de describir una manifestación tan extraordinaria y tan delirante.

Para presenciar la partida de nuestros soldados, cerráronse los comercios, los trabajos públicos se paralizaron, y lo mismo el muelle que las calles y balcones del tránsito estaban atestados de gente.

En el muelle del Oeste, para despedir al batallón, se encontraban todas las autoridades.

A pesar de la lluvia torrencial que caía, era poco menos que imposible dar un paso por el muelle, ocupado por la multitud, ávida de presenciar la salida del vapor.

Llorando amargamente y prorrumpiendo en gritos desgarradores, las mujeres se despedían de los que iban á defender la integridad de la patria.

* * *

El gobernador de Málaga, al despedirse del jefe del batallón de cazadores de Cuba, señor Cano, le dijo:

—¡Á continuar la historia de la patria!

El señor Cano contestó á esa frase, invocando el valor de los soldados y el entusiasmo de que todos están poseídos.

Al despedirse asimismo el general Ortega del señor Cano, le dijo:

—Me alegro de que marchen Vds. Lidiaremos juntos.

Con esta frase se confirmó la noticia que circulaba de que el general Ortega había recibido la orden de estar dispuesto para marchar á Melilla, al frente de una brigada compuesta de cinco mil hombres.

Según las versiones de los ancianos, residentes de muchos años en la ciudad de Málaga, las escenas ocurridas al despedir á las tropas, recuerdan las que se hicieron á nuestros soldados cuando salieron para el África el año 1859.

Los vivas y aclamaciones de la muchedumbre se reprodujeron, con mayor entusiasmo si cabe, al partir el vapor *San Agustín*.

Los regimientos de Borbón y Extremadura también iban á Melilla, y el entusiasmo de los que marchaban y de las poblaciones donde estaban de guarnición, era extraordinario.

Porque en la mente de todos, lo mismo del soldado encargado de la defensa del pabellón español, que del modesto industrial ó del rico potentado, estaba, que únicamente haciendo un sacrificio, únicamente por medio de un poderoso esfuerzo, podía conseguirse que los fieros habitantes del Riff, comprendieran que no había llegado nues-

tro pueblo á un extremo tal de rebajamiento que pudiésemos tolerar sus vergonzosas y sangrientas demasías.

De aquí, que el entusiasmo cundiese por todas partes, que todas las clases sociales y todos los partidos políticos se encontrasen unidos é inspirados por un mismo aliento, y la guerra contra el Riff fuese esencialmente popular.

CAPÍTULO XX

Llegan los refuerzos á Melilla.—Observaciones de los moros.—Noticias curiosas



PENAS sabida en Melilla la noticia del envío de tropas, con grande impaciencia esperábase su llegada.

Para esperarlas, bajó al muelle toda la población, y en todos los semblantes retratábase la alegría de que estaban poseídos.

Alegría muy natural, pues la llegada de refuerzos, anunciaba la venganza que iba á tomar España por el escandaloso atentado cometido por las hordas riffeñas.

Al desembarcar las tropas, es de todo punto imposible describir el entusiasmo que reinaba en todas partes.

A los acordes de la Marcha Real, fué entregada su bandera á los dos batallones de Borbón, que para incorporarse se hallaban formados en el muelle.

Con la apostura que les caracteriza, desembarcó luego el batallón cazadores de Cuba, recordando aquellos duros, valientes é incansables cazadores, á los que el año 1860 se batieron valientemente en las guerrillas.

Dejáronse oir los acordes de la charanga de cazadores, aplaudiendo ruidosamente el público y vitoreando con entusiasmo á las tropas.

***

Un verdadero aspecto de guerra presentaba en aquellos momentos la plaza de Melilla.

Con gran cuidado observaban los moros la llegada y desembarco de nuestras tropas desde el cerro de Mari Guari.

Un hormiguero de moros veíase desde Melilla, extendiéndose por toda la falda del Gurugú, ocupando por ambos lados la mezquita de Frajana, corriéndose por una parte hacia Cabrerizas, y por la otra hasta llegar bajo el fuerte de San Lorenzo.

Los riffeños se preparaban á la guerra, pues no cesaban de hacer trincheras y fosos.

La táctica desarrollada por los moros, apreciábase desde el lugar ocupado por el vigía de la plaza de Melilla.

Todo el terreno comprendido en la zona del fuerte Sidy-Guariach, estaba atrincherado por los moros, teniendo protegida su retirada por la falda más accesible del Gurugú, con fosos y trincheras.

Los riffeños encendieron hogueras, en Chilabas Blancas, que produjeron á todas las kábilas el efecto de llamamiento de guerra.

Gozosa respiraba Melilla entera, al ver que se castigaría seriamente á las kábilas, y que aquello no quedaría solamente limitado á la construcción del fuerte de Sidy-Guariach.

Con mayor motivo, cuando se estaba esperando la llegada del vapor *Legazpi*, con los regimientos de infantería de Extremadura y Alava, y el de caballería de Sagunto, constituyendo dichas fuerzas una brigada, cuyo mando estaba confiado al general Ortega.

* * *

Los fuertes de San Lorenzo, del Polígono, Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas y el de los Camellos, responden perfectamente al objeto á que están destinados, algunos de los cuales, construidos bajo la inteligente dirección del comandante Souza, son verdaderos cuarteles.

La construcción del fuerte de Sidy-Guariach, envuelve grande importancia, pues así se ha ganado terreno á los moros.

El sitio ocupado por este fuerte, era hasta hace poco tiempo teatro de las correrías de los moros, y en el momento de cerrar la noche, no era posible salir de la plaza sin correr grave peligro.

Paseándose por nuestro territorio, donde campaban por

sus respetos, había gran número de moros, á pie y á caballo.

Como quien toma posiciones contra el enemigo, tenían por todas partes plazas montadas.

Por todo el campo, y como sirviendo de bandera para llamar á las *jontas*, veíanse grandes hogueras, mientras los ebreos que ocupan el Polígono, reservados, temerosos, se alejaban de sus habituales domicilios para internarse en la plaza, durante las noches, al objeto de evitar la venganza de los moros, aunque hay quien asegura que, interiormente, marchan perfectamente de acuerdo.

* * *

Aquellas gentes, si tal calificación merecen los que, como los riffeños, no conocen la dignidad, el honor, ni siquiera los principios más rudimentarios de la sociedad, tienen, empero, la sagacidad de la fiera y la avaricia más refinada para conseguir sus propósitos.

Cuando el día 8 de octubre advirtieron, como hemos dicho, el refuerzo que se recibía en la plaza; cuando observaron un movimiento entre las tropas y se convencieron de los propósitos para tomar venganza de sus infamias salvajes, trataron de cerciorarse de cerca de lo que ocurría, y quisieron convencerse de lo que se tramaba.

Aquellas circunstancias, empero, no eran las más á propósito para realizar su plan, para satisfacer su curiosidad, y no debieron encontrar mas razón que el de la no-

bleza española, el de la hidalguía de nuestros soldados.

Un moro de rey, escudado con la bandera blanca de parlamento, apareció en el límite de nuestro campo.

La espectación de nuestras tropas y de los habitantes todos de Melilla era grande, como puede comprenderse, dadas las circunstancias porque atravesaban.

Avisado el general Margallo de que las pretensiones del moro eran comunicar un consejo al jefe de la plaza, dió-sele permiso para avanzar hasta la misma.

Pero ¡cuál sería el asombro del general al saber que todo el mensaje, toda la embajada de que era portador aquel salvaje, quedaba reducido á saber si todas aquellas tropas que llegaban, si todos aquellos preparativos que se hacían, tenían por objeto el *matar moros!*

* * *

Semejante pregunta, mas bien era un nuevo insulto, una nueva humillación que debía hacérseles pagar cara.

Pero el general Margallo, con la nobleza que le caracterizaba, con la benevolencia que tan peculiar le era, dijo al moro que se retirase á su campo, *que no tenía necesidad de darle explicación àlguna*.

A partir de este momento, los moros, en sus constantes mensajes, no cesaban de acudir á la plaza, con palabras de disculpa, pretendiendo que se les permitiera seguir haciendo su comercio como antes.

Las negativas constantes, empero, no tenían valor alguno para ellos, y si lo tenían, lo olvidaban, porque tal vez así convenía á sus fines particulares.

Y tras de esos mensajes, se sucedían otros, para después volver los mismos, de nuevo, consiguiendo de este modo enumerar y conocer al dedillo todas las fuerzas de que disponíamos y todo lo que se esperaba hacer, bien por lo que ellos veían y por lo que sus paisanos, los moros de la Aduana, les comunicaban.

***

Gracias á aquel constante jubileo, podían estar al tanto de todo lo que les convenía.

Y prueba evidente de que todas aquellas idas y venidas no obedecían al deseo que manifestaban, prueba de que todo su deseo era el cerciorarse de las medidas y disposiciones de la plaza, que toda la animación, toda la buena voluntad, todo el sentimiento de lo ocurrido que manifestaban durante el día, quedaba desmentido en cuanto la noche cerraba.

Aunque los soldados estaban encerrados en los fuertes, los riffeños, armados y prevenidos para todo, recorrían el campo, del que no se retiraban hasta los primeros albores del día.

Pero recorrían el campo, no por el placer de hacerlo, sino por satisfacer su vengativo afán.

Acechaban, como el tigre á la víctima que ansía devo-

rar, el rumor más insignificante, para hacer fuego hacia aquella parte.

El *¡alerta!* de los centinelas era siempre contestado por alguna detonación, y no pocas veces las balas de sus fusiles quedaban incrustadas en el muro de alguna garita.

***

Aquella situación se hacía cada día más peligrosa, y los habitantes de Melilla todos esperaban con ansia la llegada del día de castigar tanta perversión.

Creíase entre aquéllos, que la construcción del fuerte, objeto de todo, se empezaría al día 9; pero el desencanto que sufrieron fué extraordinario al saber que el general Margallo esperaba la respuesta del informe que remitió al Gobierno.

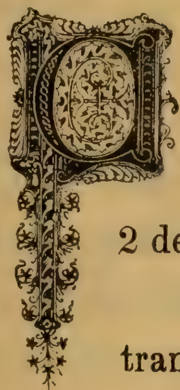
Faltábale material de guerra, carecía de camillas y vendas para curar los heridos, y como si esto fuera poco, no existían tampoco edificios donde acuartelar las tropas...

Sin embargo, alguien dijo en aquellos días, que todo aquello no eran más que paliativos, ya que para la guerra las tropas no necesitan cuarteles.

Pero fuese de ello lo que quisiera, era el caso que el papel que en aquellos días representaban nuestros soldados era desairado en extremo, hasta el punto de que los mismos moros, traduciendo la inacción por miedo, calificaban constantemente á nuestros soldados, diciendo que los españoles *estar gallinas*.

CAPÍTULO XXI

Proyectos.—Entusiasmo popular.—Opiniones de un ministro.—Patrióticos ofrecimientos.—Los fusiles Mausser



OMO fácilmente se comprende, la nota patriótica se destacaba poderosamente en los días subsiguientes á los sucesos ocurridos el día 2 de octubre.

Empresas navieras ofrecían sus buques para el transporte de tropas; ayuntamientos y particulares se ofrecían, unos para marchar á la guerra, otros para organizar compañías de voluntarios.

Los soldados pertenecientes á los cuerpos que debían marchar á Melilla, eran objeto de toda clase de obsequios; las poblaciones por donde pasaban, les aclamaban con entusiasmo, y la guerra contra los riffeños había tenido el raro privilegio de borrar antagonismos, de acortar distancias políticas, de anular inquinas personales.

Sólo había un anhelo: castigar á los que nos habían ultrajado.

Sólo existía una aspiración: vengar á las víctimas de los riffeños.

Para alcanzar esto, no se reparaba en sacrificios, no se veían peligros, no se querían contemplaciones.

El castigo sobre la ofensa; la venganza inmediata al desacato; el cauterio, tan fuerte como lo exigiera la herida.

***

Encontrábase deficiente el armamento, puesto que se había visto que los moros le tenían de todos y de los más adelantados sistemas, y la *Gaceta* publicó el siguiente decreto del ministro de la Guerra:

«Artículo 1.° Se autoriza al Museo de Artillería para que amplíe el contrato celebrado con la casa Ludovig Loewe y compañía, de Berlín, contratando la adquisición de 400 fusiles Maüsser español, modelo 1892, con bayoneta, 500.000 cartuchos de guerra y 2.000 cartuchos de ejercicio para dichas armas.

»Art. 2.° Las condiciones de pago y plazos de entrega de estas armas y municiones, serán las mismas que se expresan en los reales decretos de 21 de junio y 28 de agosto del año actual.

»Art. 3.° El Gobierno español adquirirá por consecuencia de esta compra el derecho de construir en la fábrica

nacional de Oviedo otras 1.000 armas de este modelo para el ejército.

»Art. 4.° Los 400 fusiles, 120.000 cartuchos de guerra y 2.000 de ejercicio que forman parte de esta adquisición, se destinan á la Marina, y su pago será por cuenta de los créditos correspondientes al mismo ministerio.

»Art. 5.° El pago de los 380.000 cartuchos de guerra restantes se efectuará con los créditos que para adquisición de armas y municiones se expresan en el real decreto de 30 de noviembre de 1892.»

* * *

Los fusiles Maüsser constituyen, según las opiniones facultativas, un gran adelanto en las armas de fuego, si bien, como se puede comprender perfectamente, no les han faltado ni les faltan sus detractores.

La adquisición de estas armas fué para hacer el estudio de ellas, destinando un número de soldados para que se ejercitaran en su manejo.

Según los datos que respecto á esta clase de armas tenemos á la vista, reúnen las condiciones siguientes:

Las dimensiones del arma son:

Longitud total, sin bayoneta, 1'238 metros.

Peso íd., íd., íd., 3'997 kilógramos.

Longitud del cañón, 739 milímetros.

Calibre, 7'65 íd.

La hoja de tiro da, para la primera división del alza, ó

sean 500 metros, y en 10 disparos, 6 excelentes, y 4 fuera de blanco, pero de ellos, uno casi toca al filete y el otro no está muy distante.

Este dato y los que á continuación publicamos, están facilitados por la Comisión argentina que hizo las experiencias en el polígono de Taugerhütte (Alemania).

Con un ángulo de 23°, y á distancia de 3.500 metros, la totalidad de los proyectiles se agruparon en una superficie de 25 metros de base por 70 de alto, penetrando en tierra arenosa 30 centímetros.

Sus perforaciones son las que siguen:

A 50 metros, una placa de acero Krupp de 10 milímetros.

A 150 metros, una placa de hierro de Suecia de 8 milímetros.

A 250 metros, una placa de hierro de Suecia de 6 milímetros.

En madera de abeto, perpendicularmente á sus fibras:

A 100 metros, 1'080 metros.

A 300 íd., 0'733 íd.

A 600 íd., 0'439 íd.

A 900 íd., 0'332 íd.

A 1.200 íd., 0'228 íd.

A 2.000 íd., 0'140 íd.

En las experiencias hechas en Carabanchel, con mulos desechados por absolutamente inútiles, á 1.600 metros, el proyectil atravesó de parte á parte uno, é hirió á otro.

Tales son, *grosso modo*, las penetraciones de esa arma poderosa, que en su disparo apenas si despide el humo de un cigarrillo de papel.

El Gobierno, inspirándose en el sentimiento público, disponía el envío de fuerzas á Melilla, preparando baterías en Barcelona y Sevilla, acumulando proyectiles, y formando de los distintos cuerpos de ejército, brigadas para marchar al suelo africano.

***

Para que pueda comprenderse el criterio del Gobierno en los momentos que vamos hablando, un periódico de Madrid, *El Liberal*, que desde los primeros momentos se ha distinguido por el entusiasmo con que ha pedido el castigo de las salvajes hordas del Riff, y que se enarbolara gloriosamente vencedor el pabellón español donde la ofensa se le había inferido, publicó las manifestaciones hechas por uno de los individuos del Gabinete, manifestaciones importantísimas, con mayor motivo, cuando posteriormente el Gobierno, obrando con una lenidad incomprensible, dió lugar á las más acerbas censuras por parte de la opinión pública y de la prensa de todos los matices.

Según el periódico citado, el ministro decía, refiriéndose á los dos proyectos para la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, remitidos el uno por el general Margallo y el otro estudiado en la secretaría del ministerio de la Guerra, que se había aprobado este último, puesto que la di-

ferencia más asencial que entre ambos existía, era respecto al procedimiento en la cuestión de obras.

El nuevo fuerte, insiguiendo las noticias comunicadas por la entidad á quien el citado periódico se refería, debía ser, como el de Camellos, capaz para albergar una guarnición de 200 á 300 hombres, con la artillería necesaria, almacenes para víveres y municiones, aljibes y cuanto pudiera constituir una verdadera fortaleza.

La construcción de este fuerte implicaría, cuando menos, cuatro meses de trabajos.

Puede comprenderse, sin necesidad de grandes esfuerzos, que el Gobierno, aun cuando de otra manera hubiese pensado, en los momentos á que nos referimos no tenía otro remedio que seguir el patriótico impulso dado por la nación.

* * *

«España, y con España el Gobierno,—siguió diciendo el ministro,—tiene actualmente en Melilla un compromiso de honor, ineludible, que abarca las condiciones siguientes:

»1.° Construcción del fuerte de Sidy-Guariach.

»2.° Castigo inexorable de los jefes riffeños y de los principales moros que han lesionado nuestro derecho y asesinado nuestros soldados.

»3.° Indemnización pecuniaria en favor de las familias de las víctimas y de los hombres inutilizados por la traición riffeña, y la correspondiente de guerra á que el

Estado tiene perfecto derecho por el movimiento de tropas á consecuencia del atentado.

»Pues bien; el general O'Donnell, que previó las contingencias de nuestro porvenir en África con gran alteza de miras, dejó resuelta esta cuestión de Melilla y todas las que se relacionen con la integridad de nuestra soberanía en los territorios marroquíes que nos pertenecen, por el tratado de Wad-Ras, que obliga al emperador á todo, absolutamente todo lo que de él reclamamos en estos momentos.

»Absurdo sería,—continuó diciendo el ministro,—que la ventaja más positiva que obtuvimos por consecuencia de la gloriosa guerra de 1859, la desconociéramos y no la utilizáramos en esta ocasión; imponga el sultán rigurosísimo castigo á los promovedores principales de la traición del día 2; reprima, por la influencia de su autoridad ó por la fuerza de las armas, á las hordas riffeñas, imponiéndolas el respeto absoluto á la soberanía de España en los territorios que la pertenecen, y pague la indemnización que razonablemente se le exija, y de este modo se habrá cumplido el tratado de Wad-Ras con gran economía de la sangre y de la fortuna de la patria. Esto sin perjuicio, por supuesto, de que las armas españolas se anticipen á imponer aquel respeto á las kábilas riffeñas, si durante los trabajos que van á emprenderse dan el más mínimo motivo para hacer en ellas durísimo escarmiento.»

* * *

Según el tratado de Wad-Ras, el emperador de Marruecos venía obligado á hacer que las kábilas del Riff no opusieran obstáculo alguno á la realización de lo estipulado en aquél.

Y si se resistían, él, por medio de la fuerza, había de obligarlas á someterse.

Pero dado el extremo de desorganización en que aquel imperio se encuentra, sería muy posible, y todavía lo creemos así, que no pudiera cumplir lo prometido.

También lo creía del mismo modo el Gobierno, cuando el ministro citado añadía:

«Cabe en lo posible, aunque en modo alguno lo considero probable, que el sultán de Marruecos no quiera ó no pueda cumplir estrictamente el tratado de Wad-Ras.

»Este es un aspecto de la cuestión que es preciso admitir de antemano y que, también previamente, debe tener, y tiene en realidad, previsto y resuelto el Gobierno.

»Por el momento, preciso es reconocerlo, nada autoriza á pensar que el emperador de Marruecos haya de negarse á satisfacer nuestras justísimas reclamaciones, que ha de apoyar, por reconocimiento de nuestro derecho y hasta por conveniencia general, toda la diplomacia europea.

»Hasta ahora, es cosa indudable que el ministro de Relaciones Extranjeras, Sidy Mahomed Torres, se muestra totalmente propicio á darnos cumplida reparación y que por remisión de despachos, por envío de emisarios y por cuantos medios prácticos ha tenido y tiene á su alcance, ha hecho saber á los jefes de las kábilas del campo de Me-

lilla que el sultán castigará con todo rigor, por el injustificado atropello de que han sido objeto los obreros y soldados del fuerte de Sidy-Guariach.

»Además, el Gobierno sabe que en Tánger la opinión de los marroquíes de mayor prestigio y de más autoridad entre los suyos, condenan enérgicamente el brutal atentado de los riffeños, abrigando todos ellos, sin excluir á Sidy Mahomed Torres, el convencimiento de que España tiene derecho á una reparación, sin regateo alguno, y que así lo reconocerá el Cheriff sin la menor violencia.

»Pero en el supuesto improbable de que tales manifestaciones y tales indicios resulten frustrados; si el sultán no quisiera ó no pudiera darnos lo que nos corresponde por el tratado de Wad-Ras, entonces no habría vacilación posible; España querría y podría darse á sí propia la satisfacción reclamada; consideraría al sultán como á un rebelde más, y sin que nadie tuviera ni aún pretexto para contener nuestros legítimos impulsos, declararíamos la guerra al imperio de Marruecos.

»Y entonces, claro está, no elegiríamos á Melilla para base de las operaciones de nuestro ejército.»

***

Esto precisamente era lo que, no entonces, sino mucho antes, debiera haberse hecho, á preocuparse un poco más los gobiernos, de los verdaderos intereses de la nación llamados á gobernar.

Si oportunamente se hubiera obrado de este modo, si en el momento de cometerse un atentado se hubiese aplicado el condigno castigo, si se hubiese procedido simultáneamente y á raíz de la demarcación de nuestro campo, á la construcción de todos los fuertes; si, en una palabra, se hubiese visto energía, decisión y severidad en nuestros gobiernos, positivamente que no se hubiera llegado al extremo que últimamente hemos tenido que deplorar.

Que el Gobierno actual, y por los labios de uno de sus caracterizados individuos, se expresara en el sentido que vamos indicando, nada de particular tiene, puesto que había comprendido la necesidad en que se hallaba de dar una satisfacción al país y al mismo tiempo demostrar á la Europa entera que no impunemente se nos ultrajaba.

En todas las frases del ministro, y en las cuales parece transparentarse el criterio del Gobierno, en esta cuestión, dominaba el temperamento enérgico, la resolución justa de seguir adelante sin contemplaciones de ningún género, hasta conseguir la satisfacción que nos era debida.

* * *

«No creo,—añadía el ministro,—que las obras de fortificación que van á emprenderse, se lleven á cabo sin que los riffeños hostilicen á nuestros soldados; entre aquellas hordas hay siempre fanáticos partidarios de la guerra santa, capaces de desoir y desobedecer á sus propios jefes cuando se trata de matar cristianos.

»Pero el Gobierno tiene motivos para creer que se halla muy quebrantado el espíritu belicoso de los riffeños.

»Ninguno de éstos ignora en estos momentos que no pueden contar con el apoyo, ni siquiera con la simpatía del gobierno del emperador, ni de potencia alguna extranjera.

»Saben, además, que el sultán degollará sin piedad á los fautores de la jornada del día 2, y que entregará al saqueo de sus soldados los aduares de las kábilas que se rebelen contra su autoridad.

»Y tienen, por último, las suficientes noticias para saber que España está resuelta á enviar contra ellos, para imponerles un duro castigo, las tropas necesarias al cumplimiento de este propósito.

»No sorprendería, por consecuencia, á ninguno de los que conocen á fondo las condiciones de carácter y de vida de los marroquíes del campo de Melilla, que el temor al sultán, cuya autoridad moral entre ellos es mucho mayor de lo que se cree generalmente, y la amenaza de las represalias de España, dieran por resultado su sumisión, sin que fuera preciso librar grandes combates antes de terminar las obras de fortificación que van á emprenderse.

»Esto,—dijo el ministro,—no es un convencimiento del Gobierno; pero es una esperanza, fundada en indicios y noticias que hacen verosímil su realización.»

* * *

De la actitud que tomaran los riffeños y del castigo que nuestros soldados les dieran, era fácil presumir que resultasen complicaciones más ó menos importantes, con mayor motivo si el sultán no se encontraba en disposición ó no quería extremar sus rigores contra aquellas kábilas insubordinadas y semi salvajes.

Por otra parte, la circunstancia de encontrarse el Scheriff á bastante distancia del teatro de los sucesos, el no saberse á punto fijo el sitio donde residía en aquellos momentos, dificultando todo ello, como es consiguiente, las soluciones radicales, era un dato que debía tenerse en cuenta por parte del gobierno español.

También había que tener en cuenta otra cosa.

Las influencias que cerca del sultán pudieran existir, influencias más ó menos interesadas, era muy fácil que, ó bien contribuyeran á entorpecer la marcha de las negociaciones, ó á darles un sesgo poco armónico con los intereses de nuestro país.

Esto lo veía también el Gobierno, comprendiendo que en este caso las operaciones habían de revestir otro carácter, exigiendo, como es consiguiente, mayores sacrificios por parte de todos, y en este sentido decía el ministro:

«Los militares conocedores del terreno, están conformes unánimemente en que por Melilla *no se va á ninguna parte*, ni tiene objetivo un ejército poderoso.

»En el campo de Melilla apenas podrán desenvolverse 8.000 hombres, y una acción de avance sobre las kábilas fronterizas por aquel territorio inhospitalario, ningún re-

sultado práctico nos reportaría, pues conseguiríamos únicamente, si acaso, destruir algunos miserables aduares.

»Natural y preciso es, sin embargo, que vayan á Melilla las fuerzas indispensables para asegurar, contra toda tentativa de los riffeños, el éxito de los trabajos de fortificación que van á emprenderse; pero de esto á enviar un ejército de 20.000 hombres, como algunos pretenden, hay una inmensa diferencia: si fuese necesario, no 20.000, sino 40 ó 50.000 hombres irían á África, pero no dejando en Melilla más que la guarnición necesaria para imponer respeto á los moros.

»Por ahora es ya público que el ministro de la Guerra, investido de omnímodas facultades para estos efectos por el Gobierno, acumula elementos para que las fuerzas expedicionarias de Melilla tengan un efectivo de 7.000 á 8.000 hombres; 6.000 de infantería, un regimiento de caballería, doce piezas de artillería y dos compañías de ingenieros.

»Este ejército quedará, positivamente, bajo el mando del general Chinchilla, siendo indudable que más adelante, y si lo reclaman las necesidades de la campaña, irá á dirigirlo personalmente el ministro de la Guerra.»

Después de estas manifestaciones, parece que debía esperarse una acción decidida, enérgica, resuelta.

El país esperaba que reunidos en Melilla los batallones necesarios para verificar el movimiento de avance, éste no se demorase ni un solo momento.

Creía la nación que, con un presupuesto como el que

tiene el Ministerio de la Guerra, todos los servicios debieran estar perfectamente ordenados y que, exceptuando esas pequeñas deficiencias consiguientes á llevarlos á la práctica, responderían cumplidamente á las necesidades del momento.

Por desgracia, esto no resultó así, se tropezaba á cada momento con dificultades nuevas, y si bien se disponía mucho, era la verdad que se realizaba muy poco.

CAPÍTULO XXII

Comisión técnica.—Movimientos de tropas.—La instrucción de los soldados en el manejo del fusil Maüsser.— En Melilla y en la Península

RESUELTA por el Gobierno la cuestión del envío de una Comisión técnica á Melilla, para que estudiase sobre el mismo terreno, el plano de la plaza y cómo debía estar fortificada, el comandante general de artillería del segundo cuerpo de Ejército, D. José Sánchiz, con una comisión de oficiales, recibió la orden de realizar este servicio.

El señor Sánchiz salió para Sevilla, siendo portador del plan de operaciones, llevando también instrucciones particulares del ministro de la Guerra para comunicarlas al general Chinchilla, comandante general del segundo cuerpo de ejército.

La Comisión que debía auxiliar al señor Sánchiz, la

constituían dos oficiales de artillería de su confianza; otros dos ó tres que designó el general Chinchilla, y los comandantes de artillería é ingenieros de Melilla, señores Fernández Negrete, y Souza, respectivamente.

En el mismo buque en que había de embarcarse en Cádiz la Comisión técnica, debía salir para Melilla el regimiento infantería de Extremadura, que estaba esperando órdenes, hacía días en aquel puerto, y una compañía de ingenieros del tercer regimiento de zapadores minadores, que también estaba en Cádiz, preparada.

Además se circularon las órdenes por Guerra para que se embarcasen, si era posible, en el mismo vapor, útiles para 4.000 hombres, con objeto de emprender los trabajos de fortificación de campaña, de una vez, atrincherándose las tropas en cuanto ocupasen las posiciones que se les marcaba en el plan que llevaba á Melilla el general Sánchiz.

También debía salir de Barcelona, para Melilla, una batería del primer regimiento de montaña.

En el mismo vapor que se embarcara esta batería, se enviarían diez carros de trinchera con sus correspondientes atalajes, del parque de la Ciudad Condal.

Se mandarían también diez mil sacos para atrincheramientos de campaña.

***

El día 14 de octubre embarcóse en Cádiz, en el vapor *Legazpi*, la Comisión técnica, y en el mismo vapor iban

el regimiento de Extremadura y la compañía de zapadores.

El general Sánchiz llevaba instrucciones terminantes del señor López Domínguez para que en un plazo brevísimo quedara aprobado en definitiva el plano de fortificación, ya conformándose la Comisión técnica con uno de los dos proyectos que llevaba,—el que mandó el general Margallo y el que formuló la Comisión de jefes del ministerio—ó ya separándose de los dos, en cuanto lo aconsejaran las condiciones del terreno y las necesidades de la guerra.

El general López Domínguez creía que la Comisión podría cumplir su cometido en cuarenta y ocho horas, y con arreglo á sus instrucciones, debía regresar inmediatamente después á Madrid el general Sánchiz, para informarle del plan que aprobara, resolviendo allí alguna duda, si la hubiera, y disponer sin pérdida de tiempo la ejecución del mismo.

Para que esto se realizara con premura, tenía el ministro de la Guerra acumulado en Cádiz y Málaga el suficiente material de todas clases y dado órdenes á las autoridades militares de las provincias andaluzas para que, de acuerdo con las civiles, contratasen todos los operarios que hiciesen falta.

Las obras, suponía el general López Domínguez que podrían comenzar dentro de ocho ó diez días.

***

No podía por ningún estilo producir buen efecto en la opinión, las repetidas interrupciones que sufría el cable que unía á Melilla con la Península, interrupciones que por una fatalidad inconcebible, casi siempre ocurrían cuando más impaciencia había en España por saber lo que allí pasaba.

Además de esto, empezaba ya á impacientar el quietismo que se observaba en el campo español.

Habían llegado fuerzas para cubrir las bajas ocurridas en la acción del día 2; estaban ya en Melilla algunos batallones; se contaba con varias piezas de artillería, y sin embargo, nada se hacía, y los moros, no sólo ocupaban el campo neutral, sino que se paseaban por nuestro mismo territorio, desde el cual observaban todas nuestras operaciones.

Además de esto, tenían un espionaje perfectamente organizado.

Repartidas por el campo había varias parejas de caballería, que vigilaban cuidadosamente los fuertes de la plaza, y los trabajos y operaciones que en ella se realizaban, enterándose de las novedades que ocurrían.

Y para conocerlas mejor, las parejas recorrían el campo, pasando los límites de nuestro propio territorio.

Los moros colocaron cuatro piezas de artillería en las alturas de Frajana, tomando buenas posiciones.

Las piezas eran de hierro y muy antiguas.

Tres de ellas las tenía el bajá, y la otra es una de las dos que poseían los moros en el año 1873.

En el torreón de la Chiva, de Melilla, se emplazaron también dos cañones, con alcance de cinco mil metros, dominándose desde la citada posición la falda del Gurugú.

Cada día iban los riffeños acentuando su actitud rebelde, disponiéndose á entorpecer la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, manteniendo para ello empeñada lucha.

Esta actitud amenazadora de las kábilas, determinó también en el Gobierno la resolución de acelerar la construcción de los fuertes, y castigar con toda la dureza necesaria la osadía de los salvajes riffeños.

* * *

El día 7 de octubre, los moros que habitaban en Melilla, previa consulta con el general Margallo, celebraron una conferencia con los de las kábilas.

Expusieron á la primera autoridad de la plaza, que su situación era muy difícil, toda vez que no entrando nada del campo musulmán, no podían comer, y deseaban que el general les manifestase lo que se pensaba sobre la construcción del fuerte, á fin de poder hacer algunas proposiciones á sus compañeros.

Margallo les dijo que el fuerte se construiría á pesar de todo.

Semejante respuesta, como se comprenderá muy bien, no satisfizo á los moros, que quedaron en ver á los rebeldes.

En la mañana del 11 de octubre, dicen las noticias que

tenemos á la vista, salieron de la Aduana de Melilla tres moros y otro muy importante entre ellos, un tal Silazme, comerciante de la plaza. Fueron con bastante recelo y no poco temor á la kábila de Frajana.

Iban temiendo no volver. Al llegar les rodearon centenares de moros que les pedían noticias. Hablaron, entendiéndose con dificultad, porque los moros de Melilla, que son de Tetuán y Tánger, hablan de distinto modo que los otros moros, que tienen una especie de dialecto derivado del árabe.

Los rebeldes menudearon sus interrogaciones. Preguntaban por las tropas y armamentos recién llegados; por el modo de cargar el Maüsser, y cuánto alcance tiene y qué cantidad de disparos hace en un sólo fusil.

No se sabe cómo, pero ya las kábilas sabían algo de esto.

«Tirar mucho sin ver perros cristianos,» decían de los fusiles nuevos.

Preguntaban también por la llegada del cañonero, y sobre todo insistían mucho en saber cuántos *carabos* puede contener en su interior un vapor de España.

Después que hubieron satisfecho su curiosidad, trataron lo capital de la cuestión, ó sea de cuándo se haría el fuerte.

* * *

Los bajás de las kábilas, los santones, la multitud, todos declararon por unanimidad que no permitirían la cons-

trucción del fuerte ni ahora ni nunca, aunque su propósito les hubiera de costar toda su sangre.

Dijeron que los españoles violaban el tratado de Wad-Ras en la cuestión de límites, puesto que les imposibilitaban de orar en su mezquita.

Añadieron que nosotros *estar gallinas* hasta ahora, porque queremos vengar el combate del día 2.

Los moros,—añadían,—han tenido iguales pérdidas, pues se contaron 50, entre muertos y heridos. Declararon también que no quieren la guerra con España y que deseaban la amistad con los españoles, pero á condición de que habíamos de desistir de construir el fuerte.

Decían que era preciso que comprendiésemos que su religión les prohibía tolerar inspecciones en sus cultos. En cuanto á los continuos choques habidos en el campo entre cristianos y marroquíes, lo explicaban diciendo, que cómo habían de remediarse, viviendo tan inmediatos los unos de los otros.

Hicieron otra declaración importantísima.

El bajá del campo no puede someter á los bajás de las kábilas, y estos no consiguen dominar á los cabos, y los cabos no tienen autoridad en los soldados.

Éstos, guíanse por los santones que les predican la guerra. Verdad que les contiene algo el verse privados del comercio de la plaza, pero esto no impide que continúen armados, á fin de regularizar su campaña y contener á los riffeños, á los que su desenfrenado afán de pelea lleva constantemente á hacer agresiones á la plaza. Los bajás

han tenido que organizar unas guardias para impedir que sean atacados los fuertes, porque ahora, atrincherados ya los rebeldes y con repuesto de municiones, quieren permanecer á la defensiva y ver cuándo llegan tropas españolas para construir lo derribado.

Entre tanto, proponían el siguiente arreglo: Aplácese la contrucción del fuerte un mes ó dos, ó lo que sea preciso. *Tanto tiempo ha esperado España, que un poco más nada supone.*

Entre tanto,—añadían,—escribiremos al sultán, remitiéndole el caso y pidiéndole venga á Sidy-Guariach para ver el sitio en que se emplaza el fuerte. Suponían que una vez examinado por el sultán, tenían la seguridad de que él mismo había de dar órdenes de que no se transigiera, y haría que se procediese á la rectificación de límites para que el territorio español no avance más allá de la mezquita, ni penetre en el campo y jurisdicción que de hecho, si no de derecho, pertenece á las kábilas desde 1860.

* * *

Repetidas eran las quejas que los periodistas formulaban respecto al general Margallo, por las dificultades que oponía á la transmisión de noticias á la Península.

Y esto, á nuestro juicio, tenía su razón de ser.

Si mediaban comunicaciones, como todo lo hace comprender, entre el Gobierno y el jefe de la plaza, y en estas comunicaciones se le recomendaba al general que no hi-

ciese nada hasta recibir los oportunos refuerzos, ó bien conocer el resultado de las gestiones diplomáticas, ¿podía acaso Margallo, ni tomar disposiciones, ni dejar circular apreciaciones que pudieran hacer más crítica su situación?

Lo que se desprendía de todo esto, era que el Gobierno, después del entusiasmo de los primeros días, tras la nota belicosa lanzada al aire en los momentos en que mayor era la indignación popular, resolvió recurrir á otros temperamentos, enviar los refuerzos en dosis homeopáticas, y sobre todo impedir que el castigo siguiera inmediato á la falta.

Es indudable que, si á raíz de los sucesos del día 2 se hubiesen enviado algunos batallones, y se hubiese dotado la plaza de la artillería necesaria para cañonear los poblados y posiciones de los moros, nada de lo que después ocurrió, habría pasado.

Pero el Gobierno creyó conveniente esperar, y esta espera, como tendremos ocasión de ver en los capítulos siguientes, produjo los funestos efectos que hemos tenido que deplorar en las acciones de los días 28 y 29 de que, aun cuando muy á la ligera, tratamos ya, en las primeras páginas de nuestra obra.

Quejábanse, corresponsales y periódicos, de las reservas del general Margallo, cuando éste creemos que no podía hacer otra cosa, porque, como vulgarmente se dice, se encontraba con las manos atadas.

El Gobierno le había ordenado que nada hiciese hasta no tener el completo de las fuerzas que pensaba enviar, y

si bien los soldados que ya estaban allí ardían en deseos de entrar en acción, y la nación, en general, censuraba la lentitud con que estaba obrándose, nada era posible hacer cuando los que debían dar órdenes, si las daban, era en sentido completamente contrario.

* * *

Recibidos los fusiles Maüsser y las municiones enviadas para ellos, procedióse á la instrucción de los soldados que habían de hacer uso de aquellas armas.

Fueron destinados para esa operación setenta y cinco soldados del regimiento de África y sesenta y uno del batallón Disciplinario de Melilla.

Con el total de los soldados que se instruían, se completaba el número de los fusiles Maüsser remitidos de Madrid.

En vista de la pasividad con que obraba el Gobierno español, los moros cesaron de molestar nuestros fuertes con su continuo tiroteo de día y noche, diciendo que ahora no hacían disparos contra los fuertes de la plaza, porque querían guardar la pólvora para la guerra.

En la noche del 11, un centinela de uno de los fuertes de la plaza daba el *¡alerta!* y un moro del campo que estaba cerca, le contestó:

«Moro también estar alerta. No necesitar dar gritos para estar alerta. Moro querer guerra contra cristianos gallinas.»

CAPÍTULO XXIII

Antecedentes respecto á los sucesos del día 2, según las noticias adquiridas sobre el terreno



lo que parece, las personas que mayor influencia ejercían sobre las kábilas que rodean á Melilla, eran cuatro: Maimón Mojatar, Shadly, Alí el Moreno y el Fraile.

Contando cada uno con un buen núcleo de partidarios, y rivalizando entre sí para ejercer la preponderancia, todos sus trabajos habían tendido y tendían á aumentar sus huestes respectivas, para dominar á los demás.

Dos años antes de estos sucesos, Maimón Mojatar logró imponerse á todos, y por orden del sultán hizo prisionero á un individuo perteneciente á la poderosa familia de los Shadly; pero ayudado por las fuerzas de éste, á las que hizo creer que Maimón iba á cortar la cabeza á su jefe, Alí li-

bertó á Shadly, quedando desde entonces inutilizado Maimón.

Pero no consideró, sin embargo, Maimón, perdida la partida, y por una serie de trabajos que honrarían á un diplomático florentino, llegó á atraerse nuevamente á su bando, á Shadly.

Los partidarios de éste no se unieron á Maimón, y al declarar la guerra á Alí el Moreno, fué derrotado y vencido en todos los encuentros.

No es de extrañar la victoria de Alí, pues viendo que llevaba la mejor parte, agregáronse á él los moros que hasta entonces habían permanecido neutrales.

* * *

El poder adquirido por Alí duró poco tiempo, pues los mismos moros á quienes había hecho creer que tenía grande influencia dentro de la plaza, convenciéronse pronto del engaño, y añadiendo á esto las perfidias que cometió con algunos, llegó á gastarse de tal modo su autoridad, que sus mismos partidarios decían de él que era un farsante.

La gente de Maimón ha sido siempre más valiente que la de Alí, y Shadly se pasó definitivamente á su bando.

Desde entonces Maimón no tomó parte activa en ningún asunto de las kábilas, y su política se limitaba á emitir su opinión á los que le consultaban de uno y otro bando sobre las cuestiones que se presentaban, consiguiendo de esta manera aumentar el número de sus partida-

rios, sin haber tenido para ello que recurrir á la violencia.

Verdaderamente astuto, procuraba obrar de modo que no se le pudiese hacer cargo de ningún género, caminando derecho á su objeto, no enemistándose con nadie.

Dados sus antecedentes, lo presumible era que tendía á apoderarse del mando; mas para ello necesitaba mayores fuerzas de las que podía disponer.

En su consecuencia, todos sus trabajos no han tenido otra tendencia que la de inutilizar tanto á su compañero, el Fraile, como á Alí, pero de una manera que éstos no pudieran comprenderlo, ni por ello le hicieran cargo de ningún género.

* * *

Precisamente al tratarse de la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, hace ya algunos meses, Maimón creyó llegado el momento de poder conseguir el objeto que se proponía.

Su astuta mirada adivinó lo que podría suceder.

Las kábilas no podían ver con buenos ojos, según la frase vulgar, la construcción de aquel fuerte, por considerarlo atentatorio á sus derechos, toda vez que ya consideraban que el gobierno español había abandonado aquel asunto, y que podían seguir obrando del modo que lo hicieran hasta entonces.

España, ya sabía Maimón que si se proponía llevar adelante aquello que tenía perfecto derecho para hacer, si llegaba á sentirse herida, aumentaría más en su empeño, y

de aquí sobrevendría algún choque del cual podía sacar gran partido.

Entonces comenzó á jugar con dos barajas.

A los españoles les decía que obraban perfectamente, que no debían desistir, puesto que el derecho estaba de su parte, y que los moros no tenían razón alguna para oponerse.

***

Al mismo tiempo á los riffeños, según se desprende de las noticias que sobre el particular tenemos, les excitaba para que se opusieran.

Eso sí, lo hacía de un modo tan solapado, tan habilidoso, si así nos podemos expresar, que era menester estar muy sobre aviso para comprender el verdadero alcance de sus palabras.

Por efecto de éstas, iba cundiendo la exaltación entre los riffeños.

Tuvo el buen tacto de hacerse suyos á los santones, y sabido es el prestigio de éstos entre las ignorantes kábilas.

Merced al papel que estaba jugando Maimón, si llegaba el caso de un rompimiento, él aparecería siempre como el hombre prudente que se reservaba dar opinión alguna respecto á sucesos en que no creía, y sin embargo, estaba azuzando á los partidarios de Alí, para que no consintieran aquella profanación.

Como que desde luego era simpática para los moros la idea de oponerse al levantamiento de aquel fuerte, los san-

tones ó marabutos, encontraron fértil el terreno, y á propósito para la siembra que estaban haciendo.

Tal vez el propósito de los que le escuchaban no era el de romper por completo las hostilidades contra España; en su mayoría tal vez, ni se les ocurrió siquiera que las cosas llegaran á un extremo tal como llegaron.

Otros supusieron que todo se quedaría reducido á un atentado como tantos otros, que en época anterior habían realizado.

Pero la verdad era que el germen de la oposición existía en todos, y que si por el momento no estaban dispuestos á pelear, era fácil presumir que si llegaba el caso no faltaría ninguno.

* * *

De esta manera llegó el día 2 de octubre.

Precisamente era lunes, y la feria de Frajana tenía lugar aquel día.

El terreno donde se verificaba la feria, se extiende á corta distancia del fuerte de Sidy-Guariach.

Esta feria es de las más concurridas, ó tal vez la primera de las que celebran los infieles.

Allí afluyen los moros, no sólo para verificar sus transacciones, y no solamente los que tienen necesidad de verificar compras, de proveerse de víveres, de ganados ó de armas, sino también todos aquellos que viven á costa de los infelices que trabajan, puesto que allí, como aquí, hay vividores de oficio.

* * *

El día 2 de octubre estaba la feria más concurrida que de costumbre, como hemos dicho.

Y lo estaba más, porque en el ánimo de aquellos salvajes, ó al menos en el de gran número de ellos, estaba el dar aquel día el golpe definitivo á los españoles, y destruir el fuerte en construcción.

En las primeras horas, formáronse distintos grupos en el campo de la feria, en los que se hablaba y se discutía la conveniencia del ataque fijado.

Las opiniones, empero, eran distintas, puesto que no todos participaban de la opinión de los más belicosos.

Pero, como sucede siempre, los más osados, los más fuertes, los más interesados acabaron por convencer, enardeciendo el ánimo de los indiferentes, hasta el punto de que, olvidándose por completo del asunto que allí les había reunido, en todos los grupos se comentaba de antemano el triunfo que les esperaba.

El número de los soldados españoles en el fuerte, era reducido.

Las fuerzas que se encontraban en la plaza no podían contrarrestar el empuje de los moros, que las centuplicaban.

* * *

Los jefes de kábila, sus lugartenientes y más allegados,

al ver el giro que el asunto tomaba, al cerciorarse del buen estado de ánimo de los riffeños, recorrían los grupos enardeciéndoles más y más, exagerando las ventajas de que disfrutaban y hablar de combate sin pensar siquiera en las graves consecuencias que este podía acarrearles.

El murmullo consiguiente á los miles de hombres que hablaban á la vez, fuese sucesivamente acentuando hasta convertirse en su belicosa, pronunciada y salvaje gritería.

Había llegado el momento deseado por algunos.

Aquellos gritos eran el prólogo de la horrible matanza á que aquellos salvajes iban á entregarse.

De pronto, un grito unánime y algunos disparos fueron la señal del ataque.

Y á partir de aquel momento, las detonaciones, la salvaje gritería, los lamentos de los heridos, los gritos de rabia, las corridas, la lucha y la matanza, fué lo único que reinó en el campo y alrededores del fuerte en construcción.

* * *

El primer avance lo hicieron los moros más cercanos al territorio español, á los que poco después siguieron sucesivas avalanchas formadas por los más lejanos, que al oir el tiroteo y los gritos de guerra, se reunieron para acudir en auxilio de los que peleaban.

Como á los últimos agregados hubieron de sumarse las restantes kábilas, tomó aquella acometida unas proporcio-

nes tan colosales, que ni los mismos moros pudieron creer que la batalla llegase á adquirir tanta notoriedad.

Parece evidente que después de la batalla aquellos salvajes sintiéronse sobrecogidos de terror, asustándose de su propia obra.

Pero hay que confesar que el pánico y el sobrecogimiento sólo obedecía al castigo que se les esperaba, á la idea de que al siguiente día la artillería de la plaza pudiera arrasar sus viviendas.

Basta conocer el carácter riffeño, para comprender las consecuencias que deducirían al observar que el campo español permanecía solitario y mudos los cañones de los fuertes.

Para ellos aquel silencio significaba que los españoles tenían miedo, y como que por otra parte les convenia acrecentarlo, hicieron alardes de fuerza paseándose en crecido número por nuestro propio territorio, como desafiando al enemigo.

* * *

Sin embargo de todos aquellos alardes, la verdad era que el ánimo de los riffeños continuaba sobrecogido, porque estaba en su conciencia que España, más tarde ó más temprano, había de castigarles como se merecían, y si esto no sucediera, por lo menos reclamaría del sultán la protección de las obras del fuerte.

Y el procedimiento que en pasadas ocasiones ha usado el sultán, ha sido el de mandar á su hermano con un nu-

meroso ejército, que después de vivir á expensas de las kábilas rebeldes é imponerles terribles contribuciones, se llevaba las cabezas de los jefes de la rebelión y amenazaba con cadenas, á los más inferiores.

Además de todo esto, veíanse por de pronto imposibilitados de continuar su negocio con la plaza, elemento principal de su comercio, ya que de aquella dependía la vida de gran número de familias riffeñas.

En su consecuencia, vueltos en sí y mirando su situación bajo el punto de vista del terror y de la conveniencia, y sobre todo del interés, dividiéronse las opiniones, poco antes tan unidas, pensando muchos de ellos en el medio de desenojar á los españoles, tan bárbaramente ofendidos, trabajando muchos con verdadero ahinco por la paz, que ellos mismos habían turbado.

CAPÍTULO XXIV

Consideraciones acerca de la lentitud con que procedía el Gobierno



NECESARIAMENTE, al fijarse en la marcha seguida por el Gobierno, en la cuestión de Melilla, se comprendía desde luego el dualismo de las gestiones que estaban verificándose, dualismo que por necesidad había de advertirse, porque estaba reflejándose en todos los actos subsiguientes al famoso día 2 de octubre.

Que la diplomacia había sucedido á los belicosos arranques de los primeros días, no se necesitaba, por cierto, ser muy lince para conocerlo.

Las exigencias de la política, tanto interior como exterior, desde luego tenían que imponerse y se imponían, y el país, que todo lo esperaba del Gobierno, puesto que éste le había dicho que se tomaría venganza cumplida de lo

sucedido, contemplaba, lleno de asombro, aquella lenidad, aquella calma chicha que había sucedido al primer entusiasmo.

Quizás el Gobierno, que no estaba, como por desgracia hace tiempo que sucede en nuestro país, que no estaba, repetimos, prevenido para un suceso de semejante magnitud, debió experimentar una gran contrariedad.

* * *

Un periódico de tanta popularidad como *El Liberal*, decía en uno de sus artículos:

«Puede suponerse que el conflicto provocado por los moros fronterizos de Melilla constituyó una contrariedad para el Gobierno. Así como en la política internacional la fórmula, más ó menos aparente, estriba en mantener el equilibrio europeo, en la política gobernante, más ó menos aventurada, la fórmula consiste en establecer el equilibrio económico.

»Económicamente son incalculables las exigencias de una guerra, sobre todo si son incalculables las complicaciones que pueden surgir y que determinarían un desarrollo extraordinario en la campaña. Esta consideración ha debido pesar antes que nada en las deliberaciones de los ministros responsables. Su primer propósito debió consistir seguramente en encontrar el modo de aplazar ó de soslayar la cuestión. El espíritu público, vivamente manifestado, les advirtió que era sumamente peligroso ese recurso.

»A partir de ese convencimiento, aparece más claro lo que el Gobierno piensa y se propone, porque sus procederes lo descubren.

»Todo indica que desde el día 6 se está desarrollando una doble acción, cuyos hilos manejan desde España el señor Moret y el general López Domínguez.

»El primero va en busca del sultán, y el segundo va con las tropas que organiza, al encuentro de las kábilas riffeñas.

»Cuéntese lo que se tarda en llegar desde Tánger á Tafilete, y desde Málaga ó desde Cádiz á Melilla, y siendo aquel camino largo y éste corto, se comprenderá que tratándose de una operación combinada, el ministro de la Guerra va despacio, porque su compañero el de Estado, aunque vaya deprisa, tiene que andar dificultosamente, por la distancia á que se encuentra su objetivo.»

***

Desde luego estaba sobreentendiéndose una cosa.

Que el Gobierno tenía más esperanza, ó mejor dicho, creía alcanzar más por la vía diplomática que empleando ciertos recursos de fuerza.

Tal vez esto naciera del deseo de evitar gastos, pues harto sabemos el estado económico de nuestro país.

Pero para esto, no debiera haberse puesto de manifiesto, como se hizo en los primeros días, por parte del ministro de Hacienda, que podía disponer de un número grande

de millones para emplearlos en la obtención de la reparación que se nos debía.

Quizás también el Gobierno fijó su mirada en las complicaciones que podrían resultar de avanzar de un modo extraordinario en nuestras operaciones; pero volvemos á repetir que todo esto es muy bueno y muy loable cuando á *priori* se piensa y se medita, pero muy improcedente cuando se reflexiona sobre ello, á *posteriori.*

El caso fué que se vió palpablemente que una nueva acción daba principio, que el ministro de Estado ponía en juego todos sus recursos, y que, más que en Melilla, era en Tánger donde se concentraba, por el momento, todo el interés.

Y á propósito de esto, seguía diciendo el periódico ya citado:

***

«Tánger no es propiamente una ciudad marroquí: es una ciudad que ha perdido su pureza nativa, está contaminada por el contacto con Europa; los moros, para calificar á los irreligiosos, los apellidan *Tanjagui* (tangerinos.)

»Pero dentro de la política general mogrevina, es Tánger la ciudad más conservadora, más diplomática y la que caracteriza más definidamente la política del *statu quo.*

»Por mucho que le contrariara al Gobierno el conflicto actual, no le contrarió tanto, ni con mucho, como á los tangerinos de todas clases y naciones. Hay allí intereses de diversa índole, que en modo alguno pueden simpatizar

con la política guerrera, y hay influencias que pesan, llegada la ocasión, en la propia corte y en el propio ánimo del sultán, y es de presumir que el Gobierno haya querido apoyarse en esas influencias.

»De aquí nace la suposición de que en Tánger se hayan desarrollado dos acciones diplomáticas, una ostensible y otra reservada: la primera reclamando íntegramente el cumplimiento de las garantías del tratado de 1860, y la segunda despertando el sentido conservador de las más poderosas influencias tangerinas, para echar el peso de todas sus razones en pro de una solución que limite el conflicto.

»Puestos á suponer lo que lejos de parecer inverosímil está justificado por más de un indicio vehemente, cabe descontar la eficacia con que el Gobierno ha de ser secundado por las influencias tangerinas; y sin precisar la clase é importancia de esas influencias, lo probable es que considerándose más ó menos mediadoras, gestionen, hoy por hoy, que el sultán se manifieste decidido á dar su apoyo para lo que á España le interesa, como gestionarán mañana que nuestro país reduzca sus reclamaciones á algo más que á una satisfacción que amortigüe los arrebatos del decoro nacional.»

***

Pero esto, no era solo aquello que debíamos, que teníamos derecho á exigir.

En primer lugar, pedíamos ó debíamos pedir una satisfacción cumplida, tanto, como grandes y repetidas habían sido las ofensas.

Además de esto, y para evitar en lo sucesivo la reproducción de aquellas escenas que tan poco hablaban en favor de nuestro decoro, habíamos de exigir una intervención verdadera y eficaz en la parte del Riff que se relacionaba con nuestras posesiones, que nos permitiera inmiscuirnos en sus asuntos, en cuanto éstos pudieran tener relación con nuestros intereses en esta parte de África.

Esto era muy difícil obtenerlo por la vía diplomática, pues de sobras hemos demostrado ya, que para aquellas kábilas, ni los tratados, ni las conveniencias de los pueblos civilizados, podían tener valor alguno.

No es con firmas, ni con arreglos sensatos, como puede convencerse á los pueblos salvajes.

Otros son los procedimientos que se han de emplear, puesto que no existe para ellos otra ley que la de la fuerza.

El Liberal, y con él todas las personas que con verdadero interés han seguido esta cuestión, y conocen el pueblo de que se trata, lo juzgaba como nosotros, que hace muchos años conocemos aquellas kábilas.

Por eso decía el periódico de referencia:

* * *

«No obstante, y por mucha confianza que se ponga en la acción diplomática, el Gobierno seguramente no ha pen-

sado en la posibilidad de que el conflicto se resuelva sin que nuestras armas lo diriman; y aunque así lo pensara, es elemental el saber que cada diplomático representa la fuerza y la decisión de su país, y que nunca se consigue mayor éxito en tales casos que cuando las notas son como avanzadas de los fusiles y cañones.

»De aquí el desarrollo de la acción militar, que en el primer momento pareció á los ánimos impresionables una movilización rápida; que después el desencanto la supuso como ligero alarde para satisfacer los anhelos del país y que ahora se presenta con los caracteres de una movilización calculada, meditada y desarrollada con la lentitud que puede que corresponda á nuestros medios y que seguramente corresponde á los propósitos que dejamos apuntados.

»¿Qué indica el desarrollo de esa movilización? En primer lugar, que no se apela más que á los recursos ordinarios, indicándolo bien claramente el que los primeros batallones fueron á Melilla en pie económico, por decirlo así, y que los segundos irán en pie de paz, con el ingreso de los soldados que estaban con licencia.

»Ni económica ni militarmente se ha forzado la máquina. La movilización afecta al primer cuerpo de ejército que irá á Melilla y al segundo cuerpo que ocupará las guarniciones que aquél deje y que lo reforzará si preciso fuera. Aparte de esto y de la acumulación de municiones de boca y guerra, material de campaña, sanitario, etc., todo se habrá reducido seguramente á dar las órdenes para que cada

cuerpo de ejército esté preparado para movilizarse, según las circunstancias lo aconsejen.

»En suma: la cuantía del contingente armado, da idea de la importancia del supuesto táctico, y siendo aquél pequeño, éste no tendrá, al parecer, otro desarrollo que el que afecte al restablecimiento de nuestros límites en el campo de Melilla. Aun con todo, una resistencia mayor y más continuada en el enemigo, pudiera obligar á mayores avances y exigiría, al propio tiempo, mayor contingente de tropas. La mayor y más continuada resistencia depende de la unión de todas las kábilas del Riff, cuyos contingentes son conocidamente muy importantes.»

***

Esta unión, desde luego que representaría un gran peligro para nuestra influencia en aquellas regiones y para nuestros soldados en los momentos actuales.

Posible es que el Gobierno lo juzgara así; pero, como ya hemos dicho, si así lo pensó, si así debió verlo desde el principio, no debió haber soltado tantas prendas, no debió prestar alas al entusiasmo popular asociándose á él y comprometiéndose á seguir por la senda de la energía y de la fuerza, si después había de cambiar de rumbo y emprender una política de tira y afloja, contraria á lo que la opinión estaba reclamando.

Sin duda quería con aquella lentitud inconsciente, con dar órdenes y después suspenderlas, que la acción diplo-

mática se pusiera al nivel de la bélica, al objeto de ver si las dos unidas conseguían el resultado apetecido.

Creemos, sin embargo, que iba equivocado por completo, en esto, ó que desconocía en absoluto la índole del pueblo de que se trataba.

Semejante dualismo, aun cuando simultáneo, en los procedimientos, podrá servir de algo tratándose de naciones que tengan más ó menos derecho á consideraciones, sean las que quiera; pero con los riffeños, que por sus condiciones especiales se habían puesto fuera de la ley, no debía procederse así.

Así lo juzgaba el país.

«Si esto es verdad,—decía *El Liberal*,—debe reconocerse que la opinión no se ha fijado ni un instante, ni ha dado importancia al desarrollo de las negociaciones diplomáticas.

»Su atención está fija en el ejército; su esperanza en los soldados: de ellos lo espera todo, y aun más, de ellos lo quiere todo.

»Va con los soldados aclamándolos hasta el punto en que se embarcan; los anima, los festeja, los vitorea, los sigue cuando el barco que los conduce se disipa en alta mar y los continuará siguiendo en el combate para coronarlos vencedores, para cuidarlos heridos, para llorarlos muertos.

»Siguiéndolos también nosotros con el mismo interés, con el mismo afán y entusiasmo, á contar sus evoluciones dedicaremos nuestras crónicas.»

Y en otro lugar decía también el mismo periódico, órgano en estos momentos de lo que el país pensaba y sentía:

* * *

«Cuando se recibió en España la grave é inesperada noticia del sangriento ultraje, hecho á nuestro país por las semi salvajes kábilas del Riff, la indignación que tal hecho produjo, no dejó lugar á otro sentimiento que el dolor por la muerte de nuestros valientes soldados y el deseo muy natural y justo de vengarla.

»Por eso en el primer momento, sin dar lugar á la reflexión y sin oir más que la voz del patriotismo, gritó: «¡Venganza!»

»Hoy ya ha pasado ese primer momento en que la opinión pública se reveló unánime, reclamando con apasionada energía el pronto y severo castigo de la ofensa; ya ha transcurrido el plazo necesario para que en este grave empeño nacional no obre sola la pasión impetuosa y ciega, sino que la prosecución del intento se encomiende á la firmeza serena y á la política prudente y advertida.

»Después de esperar con inusitada paciencia á que el Gobierno, sin verse arrastrado por el sentimiento popular, vuelva por nuestro decoro y exija completa satisfacción de los agravios hechos, el pueblo español quiere demostrar con calma que persiste en su primera actitud, que no ha variado lo más mínimo en sus sentimientos, y que está dispuesto á todo para sostener el honor de España.

»Eso es lo que significan esas manifestaciones que hay por todas partes, y en las que sólo se intenta hacer ver la inquebrantable resolución de no consentir jamás ofensa alguna á nuestra bandera, y el firmísimo propósito de ayudar con todas sus fuerzas á cualquier Gobierno en la empresa de volver por la honra nacional.

»Bien claro lo dice la unanimidad con que en ellas, excluyendo toda aspiración política, se dan vivas al ejército, pues en éste tiene puesta toda su esperanza el país, y al vitorearle es lo mismo que si gritase: «¡Viva España!»

CAPÍTULO XXV

Consecuencias de la inacción que se observaba en Melilla

La inacción que se observaba en Melilla, no podía ser duradera, pues mucho más que todas las fuerzas turbulentas, aquella inacción consumía, aniquilaba y cansaba todas las fuerzas morales y materiales.

Lo mismo á las fuerzas del ejército que á los habitantes de Melilla, los días se les hacían siglos. ¿Qué piensa el Gobierno? ¿Qué se espera para el comienzo de las operaciones? ¿Se aguarda acaso el exequátur de alguna potencia extranjera?

Estas preguntas se hacían todos, yendo de una á otra parte, sin fin, sin propósito, sin rumbo ni plan.

Ansiosos de recibir orden de empezar la campaña, acudían todas las mañanas al muelle, esperando que un barco

les trajera tan buena nueva. Pero el barco llegaba, y la orden se dejaba siempre para un mañana lejano, con todas las incertidumbres de lo desconocido, encerrando las desconfianzas del desprestigio, del descrédito, de la debilidad del que manda.

Llegaba el barco, y desembarcaba tropas en número exiguo, por series escalonadas de batallones mermadísimos, que tenían que amontonarse en la plaza, pues allí se carecía de cuarteles, de hospedaje y hasta de medios de vida.

* * *

Todas las tardes acudían al campo de instrucción y á los fuertes, donde con auxilio de anteojos, divisaban á los moros, que tranquilamente se paseaban por los alrededores de la mezquita, y por el sitio donde estuvo el fuerte de Sidy-Guariach.

Allí acudían, y al ver que los moros seguían atrincherando el campo, excavando fosos que luego cubrían de malezas como trampas, donde habían de caer nuestros soldados, llenábase su espíritu de amarguras, de desconsuelo y desfallecimiento, y al regresar á la plaza y cerrarse ésta, apretábaseles el corazón como si nunca más hubiera de abrirse, para dar paso á los vengadores de los ultrajes inferidos al pabellón nacional.

«Los toques de la diana,—decía un diligentísimo corresponsal, el señor Morote,—que nos habían de despertar, conviértense en plácidos sones de las esquilas de cabras que

recorren la plaza, porque han sido retiradas del campo. Los disparos de artillería que habían de arrasar no sé cuántas casas de moros, truécanse en los gritos de los vendedores del mercado, que anuncian la pesca del atún. Los galopes de la caballería enemiga, que habíamos de escuchar aplicando el oído al suelo, quedan cambiados por un sarcasmo de nuestra suerte en las pisadas de los jumentos que transportan cargas de agua. ¡Días mortales de una vergonzosa, estéril é infecunda espera!

* * *

»¿Para qué amanece, si cuando sale el sol no alumbra la bandera española en campaña, la bandera española en el fuerte de Sidy-Guariach, la bandera española camino del monte Gurugú? ¿Para qué amanece, si en vez de órdenes de batalla, de ruido de armas, nos encontramos el cuartel general convertido en una oficina, donde se entregan al despacho de expedientes administrativos, ó de juicios de faltas? ¿Para qué amanece, si nos ha de hallar á todos en esta inacción, ya por lo prolongada, culpable, ya por lo antitética por los entusiasmos de la nación, desairada y ridícula? ¿Para qué amanece, si no ha de haber cable que transmita á la patria nuestra situación desesperada por lo inexplicable y por lo imposible?

»Cuando nos pregunten que hacemos, aquellas madres que despedían á sus hijos, soldados de España en África, con lágrimas de entusiasmo y de dolor, les contestaremos

que estamos retratando los moros de la Aduana, moros de paz que nos obsequian con té y con pastas. Cuando en toda la Península esperen con ansia noticias de las proezas de la campaña de Melilla, les contestaremos que la única proeza es vivir bebiendo una agua infecta y comiendo unos manjares que les sobraron á los moros, cuando abastecían la plaza. Cuando fuera de España, el recelo de las potencias manténgase sobre aviso, por impedir una conquista del imperio, les contestaremos que nuestro Gobierno espera conquistar á las kábilas por la persuasión.»

* * *

Decíase que al terminar el combate del día 2 de octubre, hubo de cambiarse entre Madrid y Melilla el siguiente diálogo:

—Entiendo que mañana debemos cañonear á las kábilas, desalojarlas de sus posiciones, arrojarlas más allá de los límites, mantener, por lo menos, el espanto que en esas hordas produce el estallido de una granada.

—No hay que provocar,—contestaron,—hay que defenderse. Ya se organizará otro día el plan de ataque á las kábilas.

Y tan prudente respuesta, cumplíase al pie de la letra. Queríase, sin duda, justificar la afrentosa palabra con que los moros nos designan, pero arrojándola al rostro del Gobierno que, no satisfecho con jugar con nuestra credulidad, juega á la guerra, que cuando no es la inmediata

vindicación de un ultraje, es el más peligroso de todos los juegos; no arrojándola al rostro de esta nación tan despierta, tan susceptible, con tanta plétora de dignidad y de decoro, con tan alta idea de su destino futuro sobre la historia pasada, gloriosísima, fundada con estímulos tan nobles, tan generosos, que no cuenta con lo que tiene, sino con lo que vale.

Diariamente circulaban por la plaza diversos rumores y se mantenían las más injustificadas alarmas. Después de agotados los comentarios del día 2 de octubre, los detalles de tan heroica acción se repitieron hasta la saciedad. Sentíase el cansancio de una jornada sin fruto y con sangrientos y tristes recuerdos. Como las tropas no entraban en fuego, ya no existía la impaciencia de verlas llegar. Ya no había pretexto para deliberar sobre lo que debió hacerse en defensa del fuerte de Sidy-Guariach. Y como estaban agotados todos esos temas, se acogían como verídicos los rumores más extraños sobre la conducta de los riffeños.

* * *

Unas veces se decía que se habían andado á tiros en el fuerte de A ó B; que se había preso al uno ó al otro jefe de kábila; que Inglaterra pretendía enviar un buque de guerra á Melilla y, en resumen, las especies más estupendas circulaban, como sucede siempre cuando nada de positivo se sabe.

¿Y quién tenía la culpa de esto? Quien impedía que se

supiese nada positivo. Quien, en una deplorable inercia, dejaba pasar días y días sin tomar ninguna medida enérgica y sin concretar lo que se pensaba hacer.

«La febricitante exaltación de los ánimos,—decía un ilustradísimo corresponsal,—que se halla sin empleo útil alguno, se utiliza en hacer conjeturas acerca de las causas de la interrupción del cable, y afinando, afinando la puntería, créese como artículo de fe que el cable está interceptado por el Gobierno. Dan pábulo á esta creencia, casualidades muy raras. Media hora antes de celebrarse, el domingo, la conferencia del general Margallo con los bajás, nos anunciaron que á las dos horas se restablecería el cable de su dolencia intermitente.

»Inmediatamente después de terminado aquel parlamento, vimos al general que marchaba en dirección á la caseta de amarre, y que allí permanecía buen rato.

»A las pocas horas de funcionar, el lunes, el cable, volvió á interrumpirse, cuando comenzábamos á transmitir las impresiones que no nos había suprimido la censura previa.

»Al salir un barco de Málaga para Melilla, lo sabe por cable el general, y nosotros no podemos saber el día que estamos, si del cable dependiera.

»Tan extrañas coincidencias, son para tenernos á todos los vecinos accidentales ó permanentes de esta plaza, en una intranquilidad constante.

»Únase á esto que no sabemos lo que ocurre y que lo que ocurre no nos lo explicamos.

»No sabemos cuándo comenzarán las obras del fuerte, ni si habrá fuerte al cabo.

»No sabemos cuando se inaugurarán las operaciones, ni si éstas se dirigirán al castigo de las kábilas, que debía ser su objeto principal.

»No nos explicamos tantas idas y venidas de moros del rey, que llevan y traen misteriosos sobres lacrados.

»No nos explicamos que se pierda el tiempo en conferencias con los bajás, si éstos mismos declaran que su autoridad es perfectamente nula sobre las kábilas.

»No nos explicamos que se rechace, al parecer, el cambio de notas diplomáticas con el sultán, y como contraste se acepta la conversación, porque es pura conversación de puerta de tierra, con esos bajás que á nadie representan, y ninguna influencia tienen y á nadie obligan con sus palabras y pretenden ganar tiempo con dilaciones.

»Se ha dicho, y han dado pábulo á tales rumores los hechos extraños que están ocurriendo, que el general Margallo había sometido á la aprobación ó á la denegación del Gobierno las proposiciones formuladas por el bajá del campo y por los bajás de las kábilas.

»Prescindamos del representante del sultán, cuya autoridad es de tal modo nominal, que comienza por anunciar que él se retirará al interior en cuanto comience el fuego.

»Y prescindiendo de él, ¿qué queda de serio, de digno de tener en cuenta por un gobierno en las proposiciones

de esos bajás? ¿Qué tratado internacional, qué cláusulas del convenio de 1860 ó de la conferencia de Madrid obligan á nuestro Gobierno ó á su representante en Melilla á oir las desatinadas palabras de los jefes de las kábilas? ¿Son, acaso, embajadores, de una nación organizada y establecida?»

Necesario es convenir que estaba perdiéndose el tiempo de una manera lamentable, y lo peor de todo, que estábamos apareciendo á los ojos de Europa y á la vista de los riffeños, como un pueblo que sólo espresaba sus energías por medio de palabras, pero que era sumamente parco en los hechos.

CAPÍTULO XXVI

En Melilla.—El Casino Militar.—El Polígono



ocos alicientes ofrece una población como Melilla, penitenciaria por una parte y por otra plaza fronteriza, con mayor motivo en circunstancias como las que concurrían en los momentos que vamos hablando.

Merced á la demarcación de límites, que dejamos expuesta en algunos otros capítulos, habíanse podido construir algunos barrios, como el Polígono, que si bien tenían alguna vida y animación, antes de la ruptura de las hostilidades, desde el momento en que aquélla ocurrió, desapareció por completo.

De aquí que la existencia en Melilla hubiera de ser un tanto monótona, y por esta misma razón hubieron de pensar en reunirse los que, por razón de su cargo tienen que

permanecer en la plaza, por más ó menos tiempo, y constituir una sociedad de recreo, en cuyo seno poder encontrar la distracción de los recuerdos constantes de la madre patria, y de las personas queridas que allá quedaron.

¿Quién fué el iniciador? ¿quién el que dirigió y reglamentó la asociación recreativa que hoy lleva el nombre de Casino Militar?

Preguntas son estas de difícil contestación.

Pero como esto importa muy poco, y si lo que más puede interesar es el conocimiento detallado de lo que es aquélla, vamos á hacerlo, creyendo armonizar nuestro trabajo con el deseo de nuestros lectores.

***

Desde luego podemos decir, sin temor de equivocarnos, que el Casino Militar, de Melilla, es superior á lo que la plaza vale y merece.

En él se acortan de una manera extraordinaria los prolongados y monótonos días; y es tal el espíritu de animación, y tal el decorado, servicio y comodidad que en él existen, que durante el tiempo que uno permanece en aquel centro, llega hasta á olvidar que se encuentra en África, en un verdadero destierro.

En él se aprende á estimar y á conocer á nuestra bizarra oficialidad, que olvidada de todo en época normal, sólo piensa en el más estricto cumplimiento de su deber, en las horas de peligro, como la que motivó la presente obra, y en

el momento tan ansiado en que debe comenzar el combate.

Allí no se habla de política, pues únicamente se escuchan los acentos de la patria.

En él, se disfruta de ese medio ambiente, donde se forjan las más nobles y meritorias acciones, porque nacen del corazón.

En él se siente uno identificado con el verdadero espíritu militar, que es espíritu de fraternidad para todos los buenos españoles.

***

Lejos de hallarse allí divididos en partidos, confúndense todos en una suprema unidad, que sólo ansía el engrandecimiento de la patria.

Allí se advierte una cosa que nadie puede ignorar, y cuya confirmación place sobremanera, y es la imposibilidad de que nuestro ejército desmerezca, al compararsele con los ejércitos extranjeros, en cultura é instrucción, puntos tan esenciales á las condiciones de la vida moderna.

Un solo grito salía de todos los pechos, el grito de «¡Viva España!» grito que á no contenerlo los deberes de la disciplina, hubiéran bien pronto repetido los ecos del monte Gurugú.

El Casino Militar es el verdadero centro de la opinión y en él se compendia la vida de Melilla.

Los concurrentes leen en alta voz, y se disputan para llevárselos á sus casas, y leerlos á los individuos de su fa-

milia, los periódicos que llegaban, reflejando en sus páginas el entusiasmo de España.

La mejor y más alta recompensa que hallan nuestros valientes soldados á sus hechos gloriosos, es que la prensa los extienda por el mundo entero, no por el mérito extraordinario de sus hazañas, sino que éstas, al ser contadas, revelan que los que las llevaron á cabo son dignos hijos de España.

***

Toda la vida de Melilla parecía hallarse concentrada en el Casino Militar.

Fuera de éste, nada, lo mismo dentro de los muros que fuera de ellos.

Antes, como hemos dicho, el Polígono era lugar de alegría, de vida, de movimiento.

Sus cuatro calles paralelas, tiradas á cordel, con las casas pintadas de encarnado y de un solo piso, era el verdadero centro comercial de la plaza, y como es consiguiente, allí se concentraba la vida de ella.

Tal vez en mejores tiempos constituya el verdadero núcleo de la población, cuando la demarcación de límites sea una verdad y la línea de fortificaciones preste seguridad absoluta á los que habiten fuera de los muros de la plaza.

Desde el día 2 de octubre, el Polígono se encuentra triste y solitario.

Como que fuera del recinto murado no existe seguridad, todos sus habitantes se han refugiado en la plaza.

Dominando el barrio, y como si pretendiera servirle de defensa, hay un fortín en el cual existe un retén.

Pero ¿qué seguridad tendrá este fortín y de qué modo han ido descuidándose la unión entre todos los fuertes, que la misma guardia de aquél, cuando llega la noche, ha de replegarse á un cuartelillo que hay, próximo á la carretera?

El barrio del Polígono es el punto de residencia de los hebreos, y allí se encuentran tiendas, cafetines, merenderos, etc., constituyendo un barrio de expansión, muy concurrido en otros días, porque para facilitar la comunicación entre él y la plaza, hay multitud de carruajes de cuatro asientos.

* * *

«La construcción de este barrio,—dice un ilustrado corresponsal,—me la explico de una parte por la tendencia de toda población á desarrollarse y ensancharse, de otra por la tendencia de los hebreos á formar barrios suyos, que les mantengan en aislamiento del resto de un pueblo, que les permita la emigración rápida en un momento de peligro, que les salve del contacto con las demás razas, á cuyo título conservan la integridad de un tipo que no desaparecerá nunca.

»Parece además que les expulsan gradualmente de la plaza, que los habitantes de Melilla van arrojando al campo á todos los que no son españoles. Y, sin embargo, sin los hebreos todavía seríamos acá mucho más feudatarios de lo que somos de los moros. Sin los hebreos no tendrían

cómo vestirse, ni cómo calzarse, ni cómo albergarse, los desterrados en este rincón. Ellos proveen de todo, desde azúcar y té hasta rasos y blondas, desde ropa blanca hasta armas, desde tabacos para los hombres hasta juguetes para los niños, desde tejidos hasta pasteles.

»Como para probar que aquí á toda la población civil les imprimen carácter los hebreos, bastará citar que en Melilla hay dos Casinos, el uno el militar, el otro el de los hebreos, donde van todos los paisanos. Aquí, ó se es militar ó se es judío. O se sirve á la milicia ó se sirve á la ley de Judá. No hay término medio. Los moros son los intermediarios para estas dos clases de población que asienta sus reales en Melilla.

»Podría quedar abandonada un día. Los últimos que se marcharían serían los hebreos. Esta raza errante, condenada á una eterna emigración, es la que sin embargo echa más profundas y arraigadas raíces en cualquier punto. Para su expulsión, es casi necesario su exterminio. Un Drumont les acusaría de los sucesos de Sidy-Guariach, y no obstante, son ellos los más resueltos enemigos de esos vecinos molestos de las kábilas. Si fuera posible, les pondrían á despachar en sus tiendas. Son los únicos capaces de conquistarlos, tentándoles la codicia.»

***

Otro de los barrios notables de Melilla, es el Mantelete, situado entre las murallas y la puerta exterior.

Como dicen muy bien los datos que sobre todos estos lugares da el señor Morote, este barrio ofrece también fisonomía propia, que con nada se puede comparar.

«Allí han construido pabellones militares para los oficiales, allí hay puestos de castañas, y cabras que se pasean sueltas por la calle, allí hay tiendas de judíos, cafés moros, casetas para la consignación de los vapores correos y mercantes, parada de coches, el mercado de Melilla y su Aduana... El conjunto no puede ser más abigarrado, extraño y original. Parece en pequeño y en pobre, un barrio del Cairo.

»El Mantelete es como la primera avanzada de Melilla hacia el campo, de la cual es la segunda el Polígono. El Mantelete abriga una población que á pesar de vivir junta, es la que se halla más separada y dividida entre sí. Los judíos platican con los moros, los moros con los cristianos, todos se entienden, pero ninguno se confunde.

»Para dar el último toque á la fisonomía característica del Mantelete, para imprimirle un sello que distinga á este barrio de todo lo demás de la plaza, no falta, en realidad, sino una cosa: que haya mercado de esclavas.

»Pero no; el mercado se parece á todos los mercados de las poblaciones pequeñas de España. En el suelo, forman en hilera las banastas con verduras, con frutas, con pescado. En el suelo se sientan los vendedores, y en bueno y correcto castellano, aunque algunos vayan vestidos de moros, pregonan sus mercancías. Le da, sin embargo, un carácter *sui generis*, en tiempo normal, la afluencia de

moros auténticos, que venden á precios inverosímiles por lo baratos, los huevos y las gallinas.

»Por delante de los moros del mercado pasan los chiquillos de los habitantes españoles de la plaza, y los insultan y los amenazan con el puño. Además, los rapaces no saben distinguir entre moros y hebreos; á todos les confunden por igual, diciéndoles que les van á cortar la cabeza y que vienen muchas tropas.

»Para un pintor, había en el Mantelete asunto continuo para cuadritos y acuarelas, imposibles de encontrar en parte alguna. A falta de pintor ó de dibujante, recurrimos á la representación imaginativa de estas escenas, que cerrando los ojos nos transportan lejos de Melilla, al interior de Marruecos, en un día en que hubiéramos ocupado una capital importante del imperio.»

CAPÍTULO XXVII

Lo que pensaban los moros.—Su manera de combatir.—Imprevisiones



NICAMENTE teniendo en cuenta el desdén con que habían llegado á considerarnos los riffeños, por la apatía, ó la indiferencia, ó el abandono con que habíamos considerado las repetidas ofensas que nos habían inferido en diferentes ocasiones, se puede explicar el inaudito atentado del día 2 de octubre.

Y en prueba de esto, decía persona que residía en la plaza de Melilla, y que había tenido ocasión de apreciar sobre el terreno, las opiniones, que se decía, que después del combate del día 2, formulaba el bajá del campo un verdadero capítulo de cargos contra el general Margallo, por haber destruido parte de su casa y por haberle matado una mula, y que concluyó diciendo:

«Yo quitarte de tu cargo si estar enemigo mío.»

«Y esto que dice el bajá,—continuaba el mismo sugeto á quien nos referimos,—no es resultado de una presunción vana ni de un mal fundado prurito de dominar el campo y la plaza, sino que se basa en hechos repetidos, lo bastante graves para dar á la rudimentaria inteligencia de los moros ocasión de creer que ellos son los amos de la situación, y que á ellos obedece en último extremo el Gobierno español.

»Habían observado que el imperio de los generales en Melilla es efímero, si los generales se proponen meter en cintura á los moros. Habían visto que nada puede prevalecer, si los intereses mandan que no prevalezca, y habían aprendido en la triste experiencia de tantos escándalos...

»Esta vez destruyeron el fuerte de Sidy-Guariach, hicieron armas contra los españoles, porque estaban seguros que su ataque no tendría consecuencias. Su asombro estriba en ver cuán á mal lo ha tomado España. «¿Por qué,—dicen,—si hemos hecho otras veces lo mismo ó peor, ahora se han incomodado tanto los cristianos?»

»Hay, entre otros, el siguiente antecedente que explica su actitud. Llegó un momento, ya hace tiempo, en que debía construirse el fuerte poligonal de Rostrogordo. Los moros, como siempre que se ha iniciado la idea de un nuevo fuerte, se opusieron, protestaron, armaron una formidable celada. Y sus deseos se cumplieron... El fuerte se desvió de su primitivo emplazamiento, y allá fué á lindar con el mar, en sitio en donde no pudiera molestar á nuestros respetables amigos.

»¿Qué extraño, pues, que se maravillen de la energía de la nación que tantas veces se mostró débil? Lo que dicen los moros: «¿Por qué España no estar amiga de nosotros, que tantas veces nos burlamos de su poderío?»

»Aprenda el Gobierno lo que esto significa. Sepa de una vez que la agitación contra el fuerte de Sidy-Guariach existía ya hace un año, y que no habíamos hecho nada, ni pensábamos hacer nada para contrarrestarla.»

* * *

Efectivamente, el Gobierno debía pensar que ya era tiempo de obrar de un modo verdaderamente enérgico y resuelto; que no debían guardarse más consideraciones con quienes traducían nuestra apatía por debilidad, y nuestra indiferencia por miedo, y demostrarles, no con negociaciones diplomáticas, si no con argumentos de fuerza, únicos que ellos comprenden, que no podían quedar impunes sus demasías.

Los elementos con que cuenta nuestra nación, su ejército, su organización, todo era y es muy superior á las fuerzas que las kábilas riffeñas pudieran presentar en el campo de batalla, y por lo mismo, ayudados por la táctica de nuestras tropas y sobre todo por la razón que nos asistía, podíamos contar con la seguridad del triunfo.

Puestas frente á frente nuestras fuerzas y las de los riffeños, puede comprenderse, por lo que sigue, quien había de quedar al fin victorioso.

***

«La bravura, el desprecio á la muerte,—dicen las noticias que tenemos á la vista,—la intuición natural para aprovecharse de los accidentes del terreno, son los rasgos característicos, sobre el campo de batalla, de nuestros vecinos los marroquíes; en cambio, el desorden, la carencia absoluta de formaciones regulares y el libre albedrío como norma durante el fuego, constituyen, por decirlo así, la segunda naturaleza de aquella gente fanática y audaz.

»Por regla general, la hondonada, el risco, los matorrales, les sirven de resguardo durante el fuego; buscan un emplazamiento ventajoso, descargan sus armas tras el escondite y sobre seguro, no se alejan mientras tengan municiones ó el adversario no les obligue, con movimientos bruscos, á iniciar la retirada. En sus acometidas suelen ser prudentes; en sus ataques, cuando el enemigo emprende un movimiento de retroceso, ellos avanzan temerariamente, corren, gritan, celebran de antemano el triunfo, más ó menos fundado, y entonces... ¡infeliz del que caiga en sus manos!

»Cuando descienden al llano, siempre que las circunstancias les obligan á batirse á pecho descubierto, su orden de formación viene á ser una extensa guerrilla en forma semicircular; formación que ante su ignorancia de principios tácticos, les induce á suponer que de ese modo envolverán fácilmente las alas de la línea contraria. Los jefes de

kábila, los de tribu, y, en general, cuantos ejercen mando, se colocan á retaguardia de dicha guerrilla, jinetes en ligeros caballos, y la recorren de continuo agitando banderas ó estandartes, y animando á su gente con el grito de guerra: «¡No hay más Dios que Dios!»

»La caballería riffeña es numerosa, es verdad; pero si tenemos en cuenta su armamento, es poco temible.

»Lleva el mismo que los infantes, pero éstos también, para apreciar lo certero de sus disparos, respecto á los cuales tanto se ha dicho por su certera puntería, es necesario tener en cuenta que les sirve de mucho la elección del terreno, circunstancia que ya no puede por ningún estilo servir para la caballería.

»Sin embargo, aquellos caballos de poca alzada, vivos, nerviosos, trepan de modo admirable hasta por las rocas, y de igual manera que el moro nunca suelta las babuchas marchando entre espinos y jarales, rara vez su corcel de batalla vacila y cae en los precipicios por donde emprende la carrera.

* * *

»En el arranque septentrional de Sierra Bullones, á corta distancia del boquete de Anghera, hay unos cerros pelados, pero cuya cúspide viene á formar una meseta de piedra en declive rápido hacia el mismo boquete; allí subían y corrían desahogadamente los caballos de los marroquíes mientras nuestro ejército de África permaneció á la defensiva en las cercanías de Ceuta.

»No hay posibilidad en Marruecos, lo mismo tratándose del ejército regular que de las kábilas, de imprimir una marcha uniforme, ordenada, sujeta á principios fijos á cuantos se lanzan á la pelea, pues cada *kaid* ó jefe superior de un núcleo de fuerzas, dispone de ellas tal cual le acomoda, y aun ejerciendo el mando el emperador, suelen dichos *kaids* no conformarse con sus instrucciones, volviendo la espalda, si así lo juzgan oportuno, al enemigo y retirándose con toda tranquilidad del terreno de la lucha.

»Sin verdaderos elementos de guerra, sin instrucción, con el sentimiento de salvaje independencia latiendo en todos los corazones, únicamente el fanatismo religioso y el deseo del pillaje los lleva á la lid, y atendiendo no más que á su valor personal, bien podría expresarse que son grandes manadas de leones, dirigidas casi siempre por testarudos asnos.

»Ya hemos manifestado la firmeza de los moros desde que encuentran un resguardo para hacer fuego contra el enemigo; sin embargo, lo regular es que emprendan precipitada fuga cuando se les carga á la bayoneta, arma que les infunde mucho terror, pues siempre rehusan el combate cuerpo á cuerpo. En toda la campaña de África sólo resistieron ataques de ese género el día de la batalla de Wad-Ras, donde ya se batían á la desesperada y querían impedir á todo trance nuestra marcha sobre Tánger.

»No sabemos si las kábilas riffeñas, que, *por desgracia*, ya tienen *fusiles españoles*, sabrán utilizarlos con su bayoneta; pero lo dudamos mucho, dadas las condiciones apun-

tadas de la táctica de combate entre los moros, condiciones que con ligeras variantes son idénticas en todo el imperio de Marruecos.»

Comparando, en virtud de lo que hemos expuesto, las condiciones de unas y otras fuerzas, fácilmente se comprende que no aventuramos mucho, al decir en otro lugar que podíamos contar asegurado el triunfo.

Y esto hubiera podido ser mucho más fácil en los primeros momentos, que no dando tiempo á los enemigos para que se ensoberbecieran ante nuestra pasividad ó condescendencia, y que aprovecharan hábilmente las condiciones de su mismo terreno para podernos ofender con mayor ventaja cuando se rompiesen las hostilidades.

Por supuesto, que desde los primeros momentos cometiéronse una serie de desaciertos, incomprensibles, dado el conocimiento que debía tenerse por parte de las personas que venían obligadas á conocer las circunstancias especialísimas de aquel país.

* * *

«Si la campaña se ha de emprender al fin,—decían los párrafos de una carta que tenemos á la vista,—es necesario, según el dictamen de personas competentísimas, cuyas opiniones he tenido ocasión de conocer, que las tropas actúen sobre la ribera derecha del Río de Oro y que se tomen *todas, absolutamente todas* las posiciones que dominen el campo y puedan proteger las operaciones de construcción

del fuerte de Sidy-Guariach. Y esto no lo dicen sólo las competentes personas á que aludo. Lo proclaman el general Margallo, la Comisión técnica y el Gobierno mismo.

»Pues bien. Para pasar de un lado al otro del Río de Oro, no hay un mal puente de tablas... Llegará, con tanta tardanza, la época de las lluvias, acrecerán las aguas y nuestras tropas quedaranse mirando al Gurugú desde la orilla izquierda del Río de Oro sin poder transponerlo, porque en tantos días no se le ha ocurrido al Gobierno, no se le ha ocurrido á nadie construir un mal puente. ¿Puede darse mayor desidia, abandono mayor?

»Pasarán los días y acaso los meses sin que nadie se fije en una cosa tan esencial y tan primitiva como facilitar el acceso de una orilla á otra del Río de Oro, para el paso de cañones, caballos y soldados.

»La triste imprevisión de siempre, que pone nuestro punto de mira en el Gurugú y no nos mueve á ocupar el Atalayón. La triste imprevisión que nos ha hecho perder tantos días...»

***

Todo cuanto se diga es poco, efectivamente, para demostrar los descuidos y faltas cometidas en momentos en que precisamente había necesidad de un tacto y de una prudencia extraordinarias para sacar partido de los elementos con que contábamos y que nos podían facilitar el triunfo sin tantos sacrificios como después pudiera costar.

Comprendemos perfectamente que nadie está exento

de incurrir en errores y que generalmente es más fácil criticar que ejecutar; pero no se nos podrá negar tampoco que todo lo que hemos apuntado es de aquello que salta á la vista, que si los legos en materias de guerra lo veían, más lógico y más natural era que lo hubiesen visto las peritísimas personas en aquel arte y sobre todo el Gobierno á quien competía en primer término, estudiarlo y prevenirlo todo.

CAPÍTULO XXVIII

La cuestión de Melilla ante las naciones europeas.—Política de la corte de Marruecos



A cuestión de Occidente, tenía que llamar precisamente la atención de las naciones de Europa, si bien en algunas de ellas en mayor grado que en otras, por los intereses que para estas últimas podía tener.

La diplomacia estaba trabajando activamente desde el día 2 de octubre, y todos los gabinetes de Europa, en mayor ó menor escala, y con interés más ó menos directo, fijábanse en la conducta que seguiría España, en lo que podía hacer Inglaterra, y, sobre todo, inquiríase con verdadero afán cuánto pasaba en Tánger, punto de tránsito, digámoslo así, entre Europa y el imperio marroquí.

* * *

En Tánger, decía un periódico de tanta importancia como *El Liberal*, y generalmente muy bien informado, reina verdadera inquietud y verdadera preocupación, y se comprende que así sea.

En Tánger puede provocarse el conflicto, y estallar la mina.

Los disparos del día 2, repercutieron sobre todo en las legaciones de Inglaterra, Francia é Italia.

Entonces salieron apresuradamente los emisarios portadores de pliegos para la corte del sultán, y hoy se espera con impaciencia su regreso.

Calculadas las etapas, ya debían haberse recibido los informes, y descontada la calculada reflexión de la diplomacia marroquí, los correos deben estar muy cerca.

De Tánger á Fez, por el camino alto, y vadeando el Sebú, hay una jornada de cuatro días; de Fez á Kasabí-Chorfa (Caserío de los Santos), hay cinco días; de aquí á la falda septentrional del Atlas, otros cinco. Un hombre solo y bien acondicionado, puede hacer la jornada en once días.

No obstante, hay que tener en cuenta la poca seguridad de los caminos, lo que altera casi todos los cálculos que se han hecho.

Indudablemente, que el sultán ya está al tanto de los sucesos de Melilla, y ha empezado á maniobrar para prevenirse.

Se supone que los emisarios le encontraron en Tiallalín, y que con su ejército y su corte se situará en Meknas ó en Fez.

¿Qué hará el sultán? ¿Qué le piden que haga?

La contestación á esas preguntas se deriva de las tendencias que en cada nación interesada se suponen, y de las tendencias predominantes en el ánimo y en la corte del sultán.

Teniendo en cuenta la gran importancia de la Argelia, puede comprenderse muy bien, que la que se encuentra más indicada para sostener el *statu qvo*, es la política francesa.

Sin embargo, hay un distingo muy importante en la manera de entender y apreciar ese mismo *statu quo*, por parte de España y de Francia.

Los franceses se diferencian de los españoles, en la manera de entender y aplicar el *statu quo*, en que España mantiene la paz pasiva ó espectante, y Francia la paz activa de fomento territorial y comercial.

En Fez y otros puntos del territorio marroquí, los árabes de la Argelia, súbditos de Francia, procuran adquirir propiedades territoriales, y comercialmente procuran instalarse con solidez en el imperio.

En el propio Fez, el sultán mandó construir un Fondak para Mr. Jaluzot y el *Printemps*, á fin de que pudieran vender sus géneros, consistentes en café, té, azúcar, telas, perfumería y otros.

Además de esto, los franceses han llegado á constituirse en salvaguardia contra las intrusiones de la política inglesa, fracasando en sus demandas, ofrecidas siempre con carácter imperativo, gracias á los alientos que los franceses en más de una ocasión han prestado al sultán.

***

«Respecto á Inglaterra,—dicen unos trabajos que referentes á este particular tenemos á la vista,—los ingleses desde hace más de dos años no hacen otra cosa que buscar los medios de romper el *statu qvo.*

»La embajada de Vond Smith, fué tan exigente, y á la vez tan poco correcta, que más que otra cosa, parecía representar el desplante de un descarado *casus belli.*

»Inglaterra, que hace poco se ha tragado sus humos en Siam, se los tragó también entonces.

»Más tarde, la sublevación de las kábilas de Anghera, se atribuyó con bastante fundamento á trabajos púnicos de la codiciosa Albión. Como prueba, se enseñaban las libras esterlinas de los secuaces de Hamam.

»¿Tiene parte la política británica en la provocación del conflicto del Riff?

»No sería temeridad el afirmarlo.

»El Riff, en cuyo interior no han penetrado los viajeros, mantiene desde hace bastante tiempo relaciones, por medio de sus emisarios, con España y con Gibraltar.

»El contrabando de armas, ha sido indudablemente un medio de ingerirse en los asuntos del Riff, y este contrabando ha tenido su centro en Gibraltar, más que en ninguna otra parte.

»La comunicación de los riffeños con Melilla, los ha preparado otra clase de comunicaciones; y que tienen su co-

rrespondencia, es sabido de algunos, y que tienen sus emisarios, lo han sabido todos.»

* * *

Ahora bien, ¿se ha ingerido Inglaterra por esta vía de comunicación? Es muy presumible, y es desdichadamente cierto que sus agentes son españoles, ó pseudo-españoles, porque la lengua diplomática, por decirlo así, en esta clase de asuntos, no ha podido ser otra que la nuestra.

Inglaterra, desde Gibraltar, prepara hace algunos años la ocupación de Tánger, y allí tiene sus depósitos de tropas y sus buques de guerra. Le hace falta un conflicto y lo prepara, por lo que Gibraltar debe ser considerado, más que como una llave del Estrecho, que lo es, aunque un poco oxidada actualmente, como un centro perturbador, como un nido de contrabando, siendo el principal, el que es más invisible, el contrabando diplomático.

Probablemente, al provocar el conflicto del Riff, si como es de temer lo ha provocado, ó lo alienta indirectamente, se propone distraer á nuestro país con sus fuerzas en aquel punto, y provocar la susceptibilidad francesa por la frontera del Muluya.

Las dos cosas prometen salirle tan mal como otros intentos. España está advertida, lo está Francia, y una sorpresa no parece fácil.

De todos modos, en Gibraltar está fija la atención de la

diplomacia, como en Tánger está puesta la mirada codiciosa de Inglaterra.

***

Háce próximamente un mes que un lord del Almirantazgo, acompañado de un alto funcionario del ministerio de la Guerra, hizo una visita á Tánger, que á nadie le pareció visita de tourista.

Con sobrada razón teme el sultán que el conflicto que ha de comprometer su imperio, se provoque en la parte septentrional, en el Riff ó en Anghera, y procura impedirlo por todos los medios posibles.

«Bien lo demostró,—decía un periódico que pasa por muy bien enterado,—al conceder cuantos sacrificios de tropas y dinero fueron indispensables, á fin de ahogar en sus comienzos la insurrección del Hamam.

»El sultán, en su política exterior, tiende á mantener el equilibrio haciendo todas las posibles concesiones y regateándolas cuanto puede. Para esto último le sirve á maravilla la trapacería diplomática de el Garnit, sumamente habilidoso en el constante ejercicio del engaño.

»El sultán resiste á Inglaterra, se lleva bien con España, se apoya en Francia, no hace caso de los Estados Unidos, porque están muy lejos, ni de Portugal, no se sabe si porque fué amigo de Inglaterra, ó porque cuando no tiene amigos su enemistad no significa nada.

»Dentro de su imperio tiene una política propia y una política de transacción.

»Su política propia sería más expansiva de lo que se cree, si no se lo impidiera el rigor que se ve obligado á desplegar y lo intransigente de los partidos religiosos. Cada concesión que hace al progreso material de su país le cuesta un contratiempo, aunque esta concesión signifique tan poco como la fábrica de armas y la fábrica de moneda concedidas á los italianos.

»Entre los personajes que más pueden influir en sus determinaciones, figuran su favorito Bajamed, hijo de Simusa (favorito de su padre); Sid-Mohamed-Marani, jefe de partido religioso, sumamente reaccionario; y su tío Muley-el-Hami, iniciado en uno de los partidos religiosos que más se caracterizan por su intransigencia.

»El sultán ha debido sentirse sumamente contrariado al saber los sucesos de Melilla, y se le considera dispuesto á poner de su parte cuanto pueda para evitar que adquieran mayor desarrollo.

»Lo impulsará en este camino Bajamed, que ha de aconsejarle lo que le digan los franceses, y tal vez lo puedan cohibir las influencias religiosas, mucho más si se explota el pretexto religioso de la santidad del emplazamiento de nuestro proyectado fuerte, vecino á una mezquita y al enterramiento de un santón.

»El mayor argumento que S. M. Scherifiana puede esgrimir contra sus intransigentes súbditos, es el de nuestras victorias. Cada victoria que obtengamos sobre los rifeños, será una nueva ventaja diplomática, porque de este modo los espantará con el peligro de una guerra

y con el peligro mayor de que podamos invadir á Fez.

»En tales condiciones, en el ánimo y en la corte del sultán no hallaremos ningún obstáculo y todo nos será propicio.»

* * *

Que la influencia inglesa ha sido altamente perjudicial para el adelanto de nuestros intereses en África, constantemente, y que en las dos ocasiones en que la nación se ha mostrado dispuesta ha hacer toda clase de sacrificios, éstos han resultado estériles, está en la mente de todos.

En 1859, cuando nuestras armas victoriosas habían llegado desde el Serrallo hasta Wad-Ras y todo parecía augurar un paso verdaderamente avanzado en nuestra política en aquellas regiones, nada sacamos, ó cuando menos no estuvo lo obtenido en relación con el esfuerzo que habíamos hecho.

En los momentos actuales, cuando todo parecía favorecer nuestra acción en África, todo se paraliza, las operaciones se reducen al envío de fuerzas que son insuficientes para emprender una acción enérgica, ó sobran si nada se ha de hacer, y un periódico tan bien informado, por lo general, como *The Standard*, de Londres, hace las afirmaciones siguientes:

«1.ª Que España no hará nada en Marruecos sin haberse puesto previamente de acuerdo con Inglaterra y que no hará sino lo que ésta le consienta.

»2.ª Que si el sultán no accede á lo que le exige nues-

tro ministro de Estado, España ocupará algunos puertos marroquíes é Inglaterra tomará posesión de Tánger.

»3.ª Que á fin de evitar, sin duda, que Francia pueda tomar cartas en el asunto, se está agitando á las kábilas que ocupan la región entre Melilla y Argelia, alentadas por Araschi-ben-Bachir, sucesor del famoso y fanático Bou Amema.

»Y 4.ª Que las autoridades francesas han adoptado ya medidas enérgicas para impedir un conflicto análogo al de Melilla, en la frontera argelina.»

CAPÍTULO XXIX

Coincidencias diplomáticas



UBO un periódico en Madrid que en el mes de julio publicaba ya un artículo en el cual hacía alusiones á una especie de conjuración anglo-marroquí contra nuestra patria. Este periódico era *El Liberal.*

Y en verdad que se advirtieron ciertas coincidencias muy dignas de tenerse en cuenta, como el mismo periódico decía en el mes de octubre de este año.

Algunos días antes de lo ocurrido en Melilla el día 2 de octubre, Sir Henry Drummón Wolff, fué llamado á Londres apenas llegado á Madrid.

Semejante precipitación en el viaje, no pudo menos de llamar la atención de la colonia española en Londres, máxime cuando, lejos de conferenciar Drummón con el direc-

tor de Comercio, puesto que se decía obedecer aquel viaje al tratado anglo-español, lo hizo con el de política y Lord Roseberry, y ¡rara coincidencia! aquella semana los riffeños atacaban nuestras fortalezas, y el representante británico en Turquía se retiraba de Constantinopla. ¿Podrán solucionarse estos hechos entre sí? Veamos la opinión del citado periódico:

* * *

«Si fuesen exactos los rumores y las especies que se recogen en los centros diplomáticos y en los clubs políticos, la Gran Bretaña no mira con indiferencia la contienda hispano-marroquí. Cree que nuestro Gobierno tiene derecho incuestionable á obrar; á una justa reparación monetaria y diplomática, y á una mayor garantía, mediante la extensión razonable de su territorio frente á Melilla. Francia en China y Siam; Inglaterra en Egipto, Grecia y Afganistán, han establecido la teoría de derecho internacional de que, la impotencia de los poderes locales, autoriza á los estados extranjeros á proteger sus derechos por medio de la fuerza y la ocupación temporal de los territorios. Sin declarar la guerra, ni romper sus buenas relaciones diplomáticas y su correspondencia pacífica y amistosa dentro de tal doctrina, España puede ahora proceder de la misma manera en Marruecos, ya que el sultán se declara impotente y casi semi soberano de las kábilas del Riff. La ocupación temporal y la fuerza que se emplee, en nada afectarán los intereses generales, si con antelación ó al mismo

tiempo se notifica á todas las naciones, á quienes puede afectar, que España ni declara la guerra, ni conquista, y que ofrece formalmente á Europa, no atentar en manera alguna á la independencia y al *statu quo* de Marruecos, limitando su acción á exigir y tomar garantías temporales.

»La prensa oficiosa británica nada ha dicho, sin embargo, á este propósito; concretándose á dar cuenta de los hechos en conformidad con la versión oficial española. La conservadora é independiente, por su lado, refleja aquellos rumores y deja entrever que la Gran Bretaña apoyará á España; pero indica que esa protección tiene por objetivo preparar el desenvolvimiento de ciertos acontecimientos que se avecinan y que dará por resultado una situación más despejada para Europa, mediante la reivindicación para España de localidades que le son más importantes y más queridas, en cambio de rectificación de los límites de su territorio. Esta alusión, y el afirmar los mismos periódicos que España no tiene condiciones para colonizar, ni conseguirá una inteligencia estable con la corte de Fez, parecen justificar otros rumores, según los cuales, Inglaterra se propone intervenir en esta cuestión para exigir un cambio de posiciones en el Estrecho y aparentar generosidad, devolviéndonos Gibraltar en cámbio de nuestros territorios marroquíes y el archipiélago canario.

»Es imposible que haya ministerio español que consienta en tal rectificación de fronteras, sobre todo si la nación sigue mostrándose unida y viril en este asunto. La

prensa inglesa de todos matices lo hace constar, y muéstrase atónita ante el espectáculo de su absoluta unanimidad, y ante la excitación política, real y efectiva del pueblo. Mientras subsista tal estado, no habrá que temer atropello alguno y España conservará su presente condición. El recuerdo de la guerra de la Independencia y del acto nacional de las Carolinas, es nuestra salvaguardia más eficaz. Pero es preciso de igual modo, que el Gobierno se muestre viril y resuelto ante los moros como ante los ingleses. Nada de vacilaciones ni de tolerancias.

»La agresión de Melilla, que nos llena de oprobio, no se hubiese perpetrado si los marroquíes no tuviesen armas y municiones, si no contasen con otros elementos de resistencia, y no se les instigase á ello. Los fusiles Remingthon han tenido que comprarlos; y los recursos para su adquisición alguien se los ha dado, pues ni se obtienen éstos, ni se fabrican los primeros con la miel de abeja que produce aquella región del imperio. Lo mismo sucede con las municiones, cuya manufactura requiere maquinaria y pericia, y sobre todo, es indispensable instruir en el manejo de tales armas á los que sólo están acostumbrados al uso de la espingarda. ¿Quién les suministró esos recursos, esos medios y esa instrucción? No cabe ya duda, se les dió en Gibraltar, y lo comprueba la presa hecha el 7 del corriente en aguas de Algeciras, por el cañonero *Tarifa*.

»El Gobierno español tenía noticia del contrabando que se hacía en el Peñón, y por eso sin duda, cuando *El Liberal* publicaba el artículo antes citado, dió orden á nuestro ce-

loso embajador en Londres, para que exigiese al *Foreing office* que lo hiciese cesar. Nuestro activo diplomático cumplió con su cometido con la energía propia de su carácter, el empeño adecuado á su acendrado patriotismo. Su presión fué tal, que Lord Roseberry, creyendo eludir la concesión de lo que era de derecho entre naciones limítrofes, y amigas aparentemente, pidió que se discutiera el asunto en Madrid. Consintió en ello el Ministerio de Estado; pero no pudiendo hacerse solidario del desaire que se infería á nuestro representante, exigió al embajador inglés que ofreciese por escrito, y de una manera categórica, la supresión de ese contrabando, que en España tomaba caracteres alarmantes, y en África representaba una amenaza positiva. Hízolo así sir Henry Drummon Wolf; pero ¿en qué términos? En su nota del 2 de julio ofrecía «*estudiar*,» no hacer cesar, «las causas que resultasen bien fundadas y que daban lugar á las quejas y al desafecto existente entre ambas partes,» sólo al abrirse las negociaciones para la celebración de un nuevo tratado de comercio y amistad, *no antes*.

»El señor Moret aceptó la oferta en nota del mismo día que acaba de publicarse en el *Bluc Brook*, declarando que hacía depender de ella la aprobación del *modus vivendi*, recientemente concertado, y que se halla ahora pendiente de aprobación en el Parlamento español. Y para que no cupiese duda, convocó en seguida para el 15 ó 18 de septiembre á los comisionados ingleses, á fin de abrir así las negociaciones que el embajador británico señalaba como fecha en que debía comenzar su obligación.

»Los ingleses, sin embargo, no han acudido, y hasta coincidió con eso la vuelta de sir Henry á Londres.

»El contrabando en el entretanto ha seguido; y ha sido preciso encomendar esa reclamación al señor D. Cipriano del Mazo, por lo mismo que se susurraba que se despachaban para Gibraltar remesas importantes de carabinas de repetición de un sistema acreditado, y se enviaban para allá de Inglaterra, seis ú ocho cañones Maxim Nordenfelt, con cerca de un millón de tiros; cañones que bien pudieran situarse en esas baterías que por el momento dícese que se artillan con cañones viejos. El señor Mazo, colocándose á la altura que las circunstancias exigen, apoyado con decisión por el Gobierno, y alentado por el sentimiento patrio del país, no perdió instante, y con virilidad y decisión reclamó contra ese estado. El resultado ha sido que el Gobierno inglés ofrece ahora cumplir con sus deberes internacionales.»

* * *

Puede comprenderse por lo anteriormente expuesto, el profundo afecto de esa nación, comerciante nada más, cuya política tiende única y exclusivamente á su provecho, que ha hecho necesaria una acción tan enérgica y decidida como la del señor Mazo, para evitar que aquellos que nos tienden una mano de amigos, faciliten con la otra, armas y municiones á los que nos combaten.

«El éxito de la gestión de nuestro embajador en Londres,—prosigue el señor Corregidor, cuyo artículo, escrito

en la misma capital de la Gran Bretaña, tiene, como se comprende, motivos para conocer perfectamente el asunto de que se trata,—es de tal importancia, que el ministerio de Estado ha creído deberlo hacer notar en el suelto oficioso circulado estos días en nuestra prensa, á dicho propósito. En efecto: ha merecido unánimes elogios; y si nuestros bizarros soldados han luchado con heroísmo bajo los muros de Melilla, el antiguo progresista y diplomático ha probado que es un buen español y un diplomático que defiende bien nuestros intereses.

* * *

»Hay que convencerse,—termina el citado señor Corregidor.—La cuestión actual es una complicación anglo-marroquí. Francia en Siam nos ha dado la norma de nuestra conducta. Nada de vacilaciones, transacciones, ni rectificación de fronteras. Nuestra honra no puede quedar al arbitrio de los contrabandistas gibraltareños. Procédase sin recelos y conservemos á todo trance el *statu quo* en África sin por ello renunciar á hacernos justicia por nosotros mismos. Que demostremos en todo que somos una nación europea, y que no hemos perdido el espíritu altivo, indomable é independiente que caracteriza nuestra idiosincrasia nacional histórica.»

CAPÍTULO XXX

Lo que piensa un general y lo que dice un cabo

APENAS puede concebirse que cuando la opinión tan unánime se mostraba en la cuestión de Melilla, cuando todos, generales y soldados, hombres civiles y grandes estadistas, conservadores y republicanos, mostraban los mismos deseos é idénticas aspiraciones, el Gobierno solamente, obrando con una lentitud incomprensible, fiando, ignoramos en qué, dejara pasar días y días sin dar órdenes enérgicas y sin atender lo que la pública opinión estaba reclamando.

«El general Primo de Rivera, que,—según decía un periódico,—había estado, siendo oficial, de guarnición en Melilla y fué á Tetuán, á poco de ser ocupado por las tropas españolas, aunque no le cupo el honor, que solicitó, de for-

mar parte del ejército expedicionario de África, conoce, por consiguiente, los puntos de mayor relieve del carácter del pueblo marroquí, y con especialidad las condiciones del terreno y de los naturales de éste, que se extienden enfrente de la plaza española, hoy objeto de predilecto interés en nuestro país.

»Para el general Primo de Rivera, como para todo el mundo, el problema del conflicto de Melilla se divide en estas dos partes:

»1.ª Absoluta necesidad de vengar el ultraje inferido á España por los riffeños.

»2.ª Forma y medios para conseguirlo.

»El general Primo de Rivera, analizando la cuestión en todos sus aspectos, se pronuncia resuelta y decididamente contra toda idea que tienda—en el caso concreto de que se trata—á las operaciones de guerra en gran escala y en que nuestras tropas tengan que tomar la ofensiva.

»Aparte de las complicaciones de orden interior y exterior que tal procedimiento pudiera reportar, entiende el general Primo de Rivera que no sería racional ni práctico, internar un ejército en un país donde sólo hallaría, á lo sumo, miserables rancherías; en el que no encontraría un enemigo en condiciones de hacerle frente, y del cual habría de retirarse sin haber obtenido revancha del ultraje, sin el desquite de haberle producido daño alguno, ni la satisfacción siquiera de haber dado motivo para revelarse la bravura de nuestros soldados, y todo esto, además, con la seguridad de que las kábilas impotentes para librar

un combate, picarían la retaguardia de aquel ejército, causando en sus filas víctimas inútiles para el provecho de la patria y para el honor de nuestra bandera.

»No es ese, por consiguiente, el medio de vengar el ultraje de los marroquíes del campo de Melilla, ni hay para qué pensar, por consecuencia, en operaciones á la ofensiva.

»La venganza de ese ultraje estriba en la construcción, tan rápida como pueda ser, del fuerte de Sidy-Guariach, para lo cual considera el general Primo de Rivera indispensable el envío á Melilla de seis ú ocho mil hombres; pero no seis ú ocho mil hombres en revista, sino de modo que cada uno de ellos represente un fusil dispuesto á hacer fuego, sin bandas de música, ni cantineros, ni cargos inútiles que aumentan la aglomeración, estorban en la lucha y representan una cifra en conjunto, muy superior al efectivo de los verdaderos combatientes.»

* * *

No se necesita ser muy entendido en el arte de la guerra, para comprender que las observaciones del general Primo de Rivera eran justísimas.

En un ejército, sea pequeño ó grande su número, dadas las condiciones en que debía encontrarse el que fuera á Melilla, entraba por mucho el que todas las individualidades que le compusieran fueran verdaderamente útiles.

Toda esa multitud de cantineros, músicos, etc., que

forman un contingente muy respetable, que consume y en realidad no sirve de gran cosa en un momento determinado, constituye un inconveniente, tratándose sólo de una acción enérgica, pronta y decisiva, que precisamente era lo que allí se necesitaba.

«Las fuerzas,—en la situación indicada por el mencionado general,—deberían proteger los trabajos de atrincheramiento, sin interrupción, lo mismo de día que de noche y relevándose alternativamente para tan penosa tarea, en que muchas veces tendrán que batirse con los riffeños á pecho descubierto, pues el terreno, bajo una capa superficial de tierra arenosa, es roqueño y no se hará sin gran esfuerzo la construcción de las trincheras: aun así, cree el general Primo de Rivera que el fuerte de Sidy-Guariach no estará levantado y en condiciones de defensa, antes de cuatro meses.

»En cuanto á la organización de aquellas fuerzas, opina el general Primo de Rivera que deberían formarse unidades de á 500 hombres por batallón, sin la impedimenta anteriormente indicada, entendiendo, además, que el señor ministro de la Guerra hubiera debido prescindir circunstancialmente de la rigurosa organización á que sujeta á los actuales cuerpos de ejército, enviando desde luego á Melilla los dos batallones del regimiento de Saboya y el batallón de cazadores de Puerto Rico, que se hallan en Madrid y que están provistos del fusil Maüsser; porque, á su juicio, y aparte de la que dan la disciplina y la táctica, revelaría á los riffeños nuestra inmensa superioridad, el ver en

tierra muertos y heridos entre los suyos, sin percibir el ruido, ni el humo de las descargas y á dos mil metros de nuestros soldados; y si el ministro cree que darán excelente resultado 400 tiradores Maüsser, ¿cómo no ha de reconocer que muchos mejores resultados darían tres batallones provistos de dicho armamento? Tanto más, cuanto que lo que ahora interesa, sobre todo, es tener siempre el enemigo á raya, batiéndole y destrozándole desde la más larga distancia posible, tanto para economizar sangre española, cuanto para imprimir á los trabajos del fuerte la mayor rapidez posible.»

* * *

Razón tenía el general Primo de Rivera.

Si había un número de fusiles Maüsser suficiente para armar algunos batallones, si se había comprendido la ventaja de este armamento, ¿por qué no utilizarle de momento para castigar á las hordas riffeñas que tanto daño nos habían causado?

La cuestión era economizar sangre española á todo trance; lo esencial era que el castigo siguiera inmediatamente á la ofensa, pero siempre en las mejores condiciones posibles.

¿Por qué no haber enviado de primera intención á Melilla las tropas que estaban armadas con aquellos fusiles?

¿Era ocasión la presente de pararse en los distingos de si

estos batallones pertenecen á este ó al otro cuerpo de ejército?

En circunstancias excepcionales, se salta por encima de todo.

Cuando se estampa la mano sobre una mejilla, no debe, el que ha recibido el ultraje, ir á su casa á ponerse un traje á propósito para pelear.

Rechaza la agresión tal como está, y ó perece en la lucha, ó castiga rudamente al ofensor.

Respecto al mando de las tropas que operen en Melilla, cree el señor Primo de Rivera que no hay general alguno español que no ambicionaría la designación, por más que tan noble, honroso y patriótico encargo no esté destinado á aumentar el prestigio personal del elegido, y pueda, en cambio, reportarle contrariedades infinitas y hasta complicaciones trascendentales.

Por eso el general Primo de Rivera abriga el profundo convencimiento de que el ministro de la Guerra no subordinará su criterio al respeto á su reciente organización militar, hasta el punto de no elegir para aquel mando al que considere el más idóneo para desempeñarlo, sin someter la designación al azar de las circunstancias.

«Hágase el fuerte á todo trance, á costa de todo esfuerzo, de todo sacrificio; en ello está empeñado el honor español,—dice el general Primo de Rivera,—pero hágase siempre en las condiciones más favorables y ventajosas.»

* * *

Imposible parece que no pesasen todas estas razones, en el ánimo del Gobierno.

Si se hubiese tratado de excitaciones, de censuras, de planes emitidos por personas indoctas ó por contrarios políticos, pudiera decirse que la prudencia exigía no obrar con ligereza tratándose de asuntos tan importantes.

Pero si en esta cuestión sucedió todo lo contrario.

Si precisamente, generales, periodistas amigos y enemigos del Gobierno, entidades de todos matices políticos, estaban á su lado, todos tenían la misma opinión, y todos le excitaban en el mismo sentido.

No hubo una persona en esos días, que no opinara del mismo modo.

Idéntica nota se observaba en todos los periódicos.

Era preciso castigar pronto y rudamente á los que nos habían ofendido.

El Gobierno sabía que tenía á su lado el espíritu público.

Todas las luchas de partido, todos los antagonismos de ideas, habían desaparecido.

Lo que el Gobierno hiciera para alcanzar inmediatamente la más cumplida satisfacción, por todos sería aprobado, puesto que como hemos repetido, el deseo era uno solo.

Hacer el esfuerzo con las mayores seguridades de triunfo.

Y como todo el mundo sabía que había fuerzas suficientes para obrar enérgicamente, lógico era creer que se

armonizaría la acción del Gobierno con la ansiedad y el anhelo públicos.

* * *

El mismo periódico á quien antes aludimos, deseando escuchar todas las opiniones, á fin de poder emitir una opinión exacta, fundada en las apreciaciones de tantos, envió uno de sus redactores al cuartel de Inválidos, donde se encontraba una celebridad de la guerra de África de 1859, el famoso cabo Pedro Mur, capitán en el día, y doblegado por el peso de los años y las fatigas de la guerra.

La opinión del veterano, fué idéntica á las tantas más emitidas por diversas personalidades.

«El viejo soldado, el veterano que combatiera en África bajo las órdenes del general Prim,—decía aquel periódico,—y que ganara allí sus grados y sus prestigios de valiente, ha tenido también para nosotros palabras y conceptos, á propósito de lo ocurrido en África.

»Cuando fuimos á visitarle, el famoso capitán de inválidos estaba en cama. A la parálisis que le invalida, se unen ahora achaques de vejez. Sin embargo, aún muestra sus alientos y arranques de energía, aún brillan sus ojos y agita en crispaciones su único brazo sano, cuando se acuerda de África y cuando nombra ahora á las kábilas que fustigara un tiempo con su espada.

»—Si no fuera por la parálisis que me sujeta,—nos dijo en sus primeras frases,—¡cómo iría yo á África, con mi vejez y todo!

»No es que yo dé gran importancia á lo que ocurre. El que combatió en Wad-Ras,—añade sentenciosamente,—no ha de asustarse porque unos salvajes sin respeto, tomen un fuerte, casi sin defensa.

»Pero á pesar de esto, miro muy necesaria la energía por deber, por conveniencia, por dignidad de la patria.

»Me parece á mí lo más conveniente mandar á Melilla 8 ó 10.000 soldados; construir y sostener el fuerte, demarcar á perfección los límites, no dejar á un marroquí con armas en nuestros campos fronterizos, ni hecho criminal de las kábilas sin un castigo que centuplique el daño que nos hagan.

»Y nada de internarse en tierras que ni nos hacen falta ni podemos conquistar. Y nada tampoco de negociaciones diplomáticas. Esas de nada sirven. Muchas batidas y mucho fuego. Eso es lo preciso.»

»Hablando de la política en Marruecos,—nos dijo el veterano cabo, el hoy capitán D. Pedro Mur,—que hay que desconfiar de los ingleses; que ellos, á su juicio, son los que mal aconsejan al sultán, y que éste no rechaza, como se dice, si no que aprueba y hasta excita á las kábilas para que nos traten del modo que hemos visto.

»Preguntámosle después, si había visto la prensa de estos días, y por su opinión acerca de lo que se dice:

»—¡Ah!—nos interrumpió.—Lo que me gusta mucho son los ofrecimientos de Martínez Campos. Y sobre todo, sobre todo,—añadió con un fuego que daba color á sus mejillas, que ha empalidecido la vejez,—esas palabras del

general Bermúdez Reina, que han dado Vdes. en *El Liberal.* Hay tal energía y tal fuerza y tanta dignidad de soldado en las palabras del ilustre jefe, que traen á mi memoria las frases del inolvidable Prim, cuando nos animaba en el combate.

»Nos despedimos, y allí quedó el soldado, á quien la parálisis sujeta y la vejez agobia, recordando en él todas las riñas de otros días, los triunfos en el campo de batalla y la figura del caudillo que no olvida: Prim con sus prestigios y sus glorias.»

* * *

Lo mismo, como ya dejamos expuesto, el general que el soldado, é igual el paisano que el militar, todos unísonos pedían lo mismo, lo mismo decían y conformes estaban en sus deseos.

Solo el Gobierno permanecía sordo á la voz unánime de la nación.

Nota enérgica, patriótica, entusiasmadora se escapó de su seno á raíz de la gran afrenta del 2 de octubre.

Con ella hizo concebir grandes esperanzas al país.

Éste se puso incondicionalmente á su lado, ofreciéndole cuanto podía dar: sangre, entusiasmo, dinero.

¿Qué sucedió después?

El hielo cayó de repente sobre la ardorosa hoguera, y la lentitud, el quietismo, la inercia sustituyó al patriótico alarde del primer día.

Toda Europa aplaudió el entusiasmo de España en aquellos primeros momentos.

Toda Europa se admiraba después, de la calma incomprensible, de las torpezas indisculpables, de los desaciertos que se siguieron.

CAPÍTULO XXXI

Marcha de tropas.—El general Ortega



L general Ortega había sido nombrado jefe de la división que se debía formar con los batallones que llegasen á Melilla, y allí marchó también el citado general, esperándose mucho de su pericia y de su valor.

Empero, lo mismo las dotes de este bravo militar que las del general Margallo, se encontraban sin medios para desarrollarse; merced á las trabas que el Gobierno imponía á los mismos á quienes enviaba con la misión de sostener y lavar la mancha inferida al pabellón español.

Todas, pero absolutamente todas eran las responsabilidades para el Gobierno, y de un modo bien explícito lo manifestó el ilustre jefe del partido conservador, D. Anto-

nio Cánovas del Castillo, que apenas llegado á Madrid, en una reunión de amigos íntimos en la cual según contaban los periódicos de la corte, se expresaba en los términos siguientes:

«Es muy grave,—decía aquel hombre político,—lo que viene ocurriendo en aquella plaza y su campo.

»Según el testimonio unánime de los corresponsales, los moros entran y salen, construyen trincheras, establecen guardias dentro de nuestro territorio, se acercan á los fuertes, vigilan nuestras operaciones, nos amenazan y con una irritante libertad celebran su feria de Frajana y reconstruyen su mezquita al alcance de nuestros fuertes.

»Eso no se ha debido consentir. Eso no puede continuar.

»Desde los primeros momentos en que por la fuerza del número del enemigo no pudo la guarnición de Melilla hacer otra cosa que salvar valerosamente á los 40 hombres destacados en el fuerte de Sidy-Guariach, y creyeron los moros que nos habían derrotado, debió emprenderse una acción defensiva y ofensiva.

»Los fuertes han debido mantener constante cañoneo, y á los fuertes se han debido adelantar baterías provisionales, que para eso tenemos depósito de artillería en Sevilla y Cádiz, artillería que en cuatro ó seis días pudo estar funcionando en Melilla.

»Bueno que nuestras tropas no salieran en columna para penetrar en el campo enemigo y castigar la agresión, mientras no se hubieran reunido todos los elementos ne-

cesarios para el combate. Pero la artillería de los fuertes y de las baterías provisionales, ha podido y debido hacer fuego constante para tener á los riffeños en perpetua alarma, en continuo sobresalto; en una palabra, para aguarles la fiesta.

»Y procediendo así, hubiéramos ejecutado un acto que afirmara nuestro pabellón en aquel territorio.»

* * *

No es posible desconocer todo lo de acertado que tenía el criterio con que el jefe del partido conservador, juzgaba la cuestión que nos ocupa.

Sus mismas palabras, justifican lo dicho por nosotros en otros capítulos de esta obra.

Si desde los primeros momentos y mientras se reunían en la plaza las fuerzas necesarias para emprender el movimiento de avance, los cañones de la plaza y de los fuertes hubieran estado haciendo fuego sobre aquellos poblados, aparte de las pérdidas que con ello hubieran ocasionado á los riffeños, habríanlos tenido en perpetua alarma y hubieran comprendido que la razón, puesto que ellos no comprenden otra que la de la fuerza, estaba de nuestra parte.

«Si no se habían de emprender inmediatamente las operaciones,—prosiguió diciendo el señor Cánovas del Castillo,—si no habíamos de colocarnos siquiera á la defensiva; si toda nuestra acción en el campo de Melilla había de reducirse por ahora á que un oficial invite á los moros á

que se retiren cuando se acercan á los fuertes amenazando con su gritería ó con sus ademanes, no comprendo para qué se han enviado á Melilla cuatro ó cinco batallones.

»No es prudente tener un ejército más ó menos numeroso condenado á esa inercia, y lo que es peor, condenado á soportar las arrogancias del enemigo y á presenciar sus trabajos de defensa.

»Con ese espectáculo tiene que sufrir forzosamente la disciplina moral, que es en el ejército tan necesaria como la disciplina material.»

Se extrañaba el señor Cánovas del Castillo de que no hubieran ido á Melilla los dos regimientos dotados de fusil Maüsser, y como alguien le observara que el ministro de la Guerra sostenía que no les había dado la orden de marchar, porque no pertenecen aquellos dos regimientos al segundo cuerpo de ejército, que es el que ha de entrar en operaciones, replicó el señor Cánovas:

—Eso no se puede oir. Eso no es serio.

Y continuó:

—«Madrid no es ni costa, ni frontera. Este es un cuerpo de ejército central, creado con la misión principalísima de acudir á donde las necesidades de la patria lo exijan.

»Bueno fuera que por respetos á una discutible y discutida organización, dejáramos de utilizar los mejores elementos para la guerra.

»En cuanto al propósito de llevar á Melilla los diez mil fusiles que se dice hemos adquirido en Alemania para que allí se ensaye su manejo, paréceme descabellado.

»Lo natural es que el ensayo se haga en la Península, en Málaga, por ejemplo, y no á presencia del enemigo.»

* * *

Efectivamente que este es otro de los casos peregrinos á que nos ha obligado el Gobierno.

Disponer que el ensayo de los fusiles Maüsser se haga en su presencia, es lo mismo que demostrarles que ha sido necesario que ellos nos ofendan para que nosotros reformemos nuestro armamento.

No se pueden, realmente, concebir tantas ligerezas, por no darle otra calificación, que las advertidas en el espacio larguísimo que media entre los primeros y los últimos días de octubre.

Muy posible es que obrando de otro modo, no atando las manos de los jefes encargados de la defensa de la plaza, se hubiese evitado la triste hecatombe del día 28 de octubre.

Culpábase al general Margallo de su inacción y de su falta de energía, y el ilustre jefe del partido conservador decía á propósito de esto:

«No puedo admitir que el general Margallo desobedezca las órdenes del ministro de la Guerra.

»Lo que acontece en Melilla, es porque el ministro ha dispuesto que suceda.

»Creer lo contrario, sería atribuir al ministro de la Guerra una gravísima responsabilidad.

»Pudiera admitirse en tiempo de paz una lenidad racional en el cumplimiento de la Ordenanza.

»Pero en una plaza fuerte y en momentos de guerra, la disciplina es y tiene que ser severísima.

»Si el general Margallo no cumpliese las órdenes del ministro, no sería el comandante general de la plaza.

»No. Lo que pasa en Melilla, es porque el Gobierno quiere que pase.

»Deben seguirse las negociaciones,—proseguía el señor Cánovas del Castillo,—para obtener del sultán la reparación que nos debe.

»Pero esa es una acción lenta, y no hemos de esperar á que castigue á las kábilas, suponiendo que pueda hacerlo, renunciando mientras tanto á nuestra legítima defensa.

»Antes del tratado de Wad-Ras estaba ya consagrado nuestro derecho, por todo el mundo reconocido, de imponer á los riffeños respeto á nuestra bandera, empleando para ello la fuerza.

»Hay otra consideración de honor patrio que nos manda no dejar las cosas á que el sultán las resuelva, imponiéndose á las kábilas para que nos respeten.

»Con esa sumisión no quedaría bien el honor de nuestro ejército.

»Hemos de vengar por nosotros mismos la ofensa.

»Los cadáveres de españoles horriblemente mutilados, los heridos perseguidos y muertos con la más salvaje crueldad, piden que á nuestro ejército se le dé la debida satisfacción.»

***

Tenía mucha razón el señor Cánovas al asegurar que por ningún estilo debía dejarse que el sultán resolviera el castigo que debía imponerse á las kábilas que así nos habían ofendido.

Si él mismo se veía obligado á hacer uso de la fuerza para ser respetado, ¿cómo era posible que los pudiera obligar á que nos respetasen?

Por otra parte, era dejar muy desairado á nuestro ejército, pedir apoyo al sultán para imponer un castigo que sólo á nosotros atañía, y que podíamos tomarlo por nuestra mano.

«No se compagina lo que el Gobierno espera de las negociaciones con el viaje emprendido por algún ministro, —terminaba diciendo D. Antonio Cánovas del Castillo.

»Parece que no ocurre nada, que nada hay que hacer.

»¿Pueden abandonarse así negociaciones de tanta importancia?

»El Gobierno hace muy mal en no fijarse en toda la gravedad de la cuestión de Melilla, en no apreciar bien todas sus probables consecuencias.

»El estado de la opinión pública es alarmante. Podrá esa opinión incurrir en exageraciones; pero cuando las inspira el patriotismo, hay que atenderlas con grandísimo cuidado.

»Y sólo puede contenerse á la opinión en lo justo, cuando se hace todo lo que es justo.

»Ir en contra de la opinión, puede determinar un desbordamiento y comprometerlo todo.»

***

Á todo el mundo sorprendía lo que estaba pasando en Melilla, y la prensa de todas las naciones, ya fuera en uno, ya en otro sentido, lo estaba comentando.

L'Estafette, un periódico francés, decía á este objeto, después de referir los acontecimientos que han provocado la expedición á Melilla:

«Aún se ignora cuál será el objetivo de la expedición. Los hombres que rigen los destinos de España no parecen dispuestos á verificar una salida exigida por un deseo legítimo de venganza, ni á emprender una guerra de conquista, pues no ignoran que España no podría por sí sola llevar á efecto el desmembramiento del imperio de Marruecos.

»El Gobierno de la regencia sabe, sobre todo, que Inglaterra está en acecho para establecerse en Tánger, á pretexto de poner á salvo sus propios intereses, y España no facilitará pretexto alguno que justifique la intervención británica.

»El Gobierno español ha dado bastantes pruebas de acierto para justificar la esperanza que formulamos de que reducirá la expedición actual á los estrictos límites de una reparación necesaria.»

CAPÍTULO XXXII

Conferencias.—Contrabando de armas.—Donativos de provincias.—El reflector eléctrico



MPOSIBLE parece, á no estar plenamente justificado, tanto por las noticias oficiales, como por las particulares, que cuando todavía no se habían vengado los ultrajes hechos á nuestro pabellón, estuviérase entreteniendo la autoridad superior de Melilla en celebrar conferencias con el bajá del campo, que primero había ido casi á dar quejas al general Margallo por aquello que ellos mismos habían provocado, que estaban sin cesar enviando parlamentos, que volvió á celebrar otra entrevista para decir que nada se haría hasta no recibir instrucciones del sultán y que finalmente el día 17 pidió otra nueva entrevista, que le fué concedida.

A las tres de la tarde aparecieron por el cerro inme-

diato á Cabrerizas, el bajá y su comitiva, formada ésta por un jefe de caballería y seis moros de rey.

Entre aquellos moros de rey, llamó la atención la tercerola que uno de ellos llevaba, no faltando quien supusiese, tal vez no sin fundamento, que aquella arma era la del soldado de caballería de nuestro ejército, muerto por los salvajes riffeños.

El despejo, mejor dicho, la tranquilidad de que alardeaban aquellas gentes al presentarse con pretexto de conferenciar una vez más, para ir sir duda consiguiendo su objeto, que podía ser el de enterarse de los preparativos de guerra y de las fuerzas con que contábamos para castigarlos, no podía menos de llenar de ira á los españoles, que bien á su pesar contenían los impulsos de su irritación al verse frente á frente de sus enemigos y sin poder vengarse de ellos.

Y esta irritación subía de punto, la cólera se enseñoreaba más y más de los españoles allí presentes, al ver las atenciones de que eran objeto por parte del gobernador de la plaza, aquéllos á los que ni siquiera debía habérseles permitido hollar nuestro suelo con su asquerosa planta.

***

Para que no puedan parecer exageradas estas afirmaciones, para que nuestros lectores formen aproximado juicio de la deferencia que se les guardaba, á continuación transcribimos algunos párrafos de una carta escrita

por un testigo presencial, carta que tenemos á la vista:

«El bajá esperó en el campo de Instrucción la llegada del general. Al rededor, y sólo detenidos por los soldados de la partida, agrupábase mucha gente de tropa española, de la guarnición del Polígono y los fuertes. Los moros presentaban una perspectiva pintoresca y hermosa, un verdadero cuadro de color.

»Veíanse primero las blancas chilabas de los jefes, y tras ellos las blusas encarnadas de los moros de rey. A la derecha un rebaño de becerritos, que pastaba. A la izquierda, los penados trabajando en la carretera de Sidy-Guariach. Algo más distante el fotógrafo Company, sacando infinidad de vistas. En otro lado, los dibujantes de *Blanco y Negro*, tomando apuntes.

»Á las tres y media vimos aparecer al general Margallo por las puertas de la plaza. Venían con él su ayudante, el comandante de Estado Mayor y el capitán de caballería, señor Ruíz. Detrás toda la caballería que hay en Melilla, que la componen hasta treinta jinetes.

»Adelantándose el bajá y el coronel moro, estrecharon la mano á Margallo y sus ayudantes. Tanta amistad, tanta conferencia, tanto abrazo, ¿qué significan? Toda España empeñándose en sacrificios por su honra ofendida y aquí jugando á «parlamentos» entre moros y cristianos. Esto es inconcebible.»

Después de la lectura de los anteriores párrafos, que con tanta elocuencia ponen de manifiesto los motivos fundados que tenían cuantos presenciaban semejantes es-

cenas para irritarse y murmurar de tales complacencias, claro y evidente se ve que sólo un pueblo noble como el nuestro, sólo el heroísmo y la subordinación de nuestros soldados, sólo los españoles, podían contenerse para no acabar de una vez para siempre, lo que más que conferencia, tenía visos de convertirse en burla, lo que más que deseos de dar satisfacciones, parecía constante provocación.

Pero los moros debían tener grandes seguridades de su impunidad por entonces, debían contar de antemano quizás, con el respeto de los españoles en la plaza, porque no de otro modo puede explicarse de un modo satisfactorio, el que humeante la sangre que ellos derramaron, calientes todavía los cuerpos de sus víctimas, llegase su atrevimiento á traspasar los límites y penetrar en nuestro territorio, pretextando arreglos y solicitando amistosas componendas.

Después de algunos momentos de espera llegó Margallo con sus ayudantes, y después de cambiar sendos apretones de mano con el bajá, penetraron todos en la caseta de los ingenieros.

* * *

«Una hora llevarían de conversación el bajá y Margallo,—dice el autor de la carta en otro lugar citado,—cuando llegó el general Sánchiz, vestido de paisano. Margallo hízole entrar para que alternase con los moros. Salió des-

pués el ayudante y habló con el capitán Ruíz. Este destacó una pareja para que trajese á los moros de la Aduana y asistiesen también al acto. Poco después aparecieron ocho moros; adelantáronse cuatro, uno de ellos el administrador de la Aduana, y entraron en la caseta. Los restantes quedaron junto al palo del telégrafo.

»Antes de entrar en la caseta, los moros se besaron. Y cuando entraron, para que hablasen con toda comodidad, salió Margallo, poniéndose á pasear con sus acompañantes. Y para que nadie pudiera relatar lo hablado, el intérprete salió también. Y para que nadie molestase, se colocó de centinela, junto á la misma puerta, un moro grande y bien plantado, de chilaba blanca y de sonrisa irónica, que miraba, sin dejar de sonreirse, al general.

»Cuando salieron los conferenciantes, reanudaron la conversación. Esta vez sólo con Margallo.»

Aquella intervención de los moros de la Aduana parecía indicar, desde luego, que lo que se pretendía era un arreglo; pero un arreglo por medio del que ellos pudiesen seguir explotando á moros y cristianos, ya que en su conveniencia estaba lo de que la cosa quedara en tal estado, sin que España declarase la guerra, siguiendo ellos en su puesto, y de aquí que fueran acérrimos partidarios de la paz.

* * *

«Ellos aquí son todo y para todo sirven,—dice otro párrafo de la carta.—Sirven como embajadores del general

en las kábilas, como funcionarios del sultán, como negociantes.

»Y sirven también para dar noticias á los de las kábilas, como lo probará el hecho de haber estado hablando con el bajá, completamente solos. Si á éste le faltaban noticias exactas de las fuerzas que hoy tiene la plaza, de las baterías colocadas, de los buques llegados, de las tropas que se esperan, ya las llevan, y ciertas y oficiales, de los moros de la Aduana, á ciencia y paciencia del general Margallo.

»Estos hechos, ni aun por los mismos á quienes la disciplina obliga, pueden ya censurarse en confianza. En alta voz y para que lo oigan todos, recriminábanlo con dureza esta tarde los oficiales y los soldados, como los paisanos, que han visto lo ocurrido en la conferencia.»

En realidad, creemos que estaba obrándose con una ligereza extraordinaria; si el general por sí y ante sí obraba aceptando estas entrevistas y consintiendo aquellas comunicaciones, incurría en un grave error, y si lo hacía de acuerdo ó autorizado por el Gobierno, la responsabilidad de estos errores es mucho mayor todavía.

Todas estas concesiones después de lo que había pasado; aquellas consideraciones que ya no deben considerarse como tales, sino como faltas indisculpables, dieron pie para las sangrientas escenas que tuvieron lugar algunos días después.

Al separarse el bajá y el general, el primero expresábase con gran vehemencia, señalando hacia el sitio donde



EL GENERAL MARGALLO MIRABA ATENTAMENTE AL BAJÁ.

estaban los riffeños, que contemplaban con curiosidad aquel cuadro.

El general Margallo miraba atentamente al bajá, siendo difícil comprender, si en el interior del valiente militar existía el convencimiento de lo que el infiel le estaba diciendo, ó si estaba contrariado por el papel que se le obligaba á jugar.

Al terminar la conferencia y marchar el bajá del campo, tenía en la mano derecha las riendas del caballo y en la izquierda una carta. Tal vez fuera de los moros de la Aduana; pero para quien era, se ignoraba, aunque bien pudiera ser para alguno de los jefes de las kábilas.

Poníase el sol, cuando al trote largo, seguido de los suyos, salía el bajá de aquella nueva é inútil conferencia.

* * *

Otro corresponsal, tratando del mismo suceso, decía:

«He visto al general Margallo. En mi visita procuré enterarme del resultado de su última conferencia con los moros. Según parece, éstos pedían de nuevo, que todo procedimiento se suspendiese hasta que venga el sultán, ó hasta que mande instrucciones. Me dijo además el señor Margallo que la entrevista celebrada entre el bajá y los moros de la Aduana, fué motivada por una carta que se recibió de Tánger. Yo he oído decir que si el bajá conferenció con los moros aduaneros, fué para que éstos le entregasen el dinero que tenían de los últimos ingresos.

»El general Margallo, acompañado de los señores Sánchiz, Castro y Ortega, ha ido esta noche á tomar té y dulces con los moros de la Aduana.»

* * *

Cuanto más se medita respecto á todos estos detalles, menos se comprenden.

Después de lo ocurrido, tratar mano á mano con gentes que por razón natural, debieran tener todas sus simpatías en los poblados habitados por los riffeños, y que si nos ponían buena cara y nos trataban con afecto, era por su propio interés y para descubrir nuestros secretos, para decirlos á los otros, es de lo más inocente, por no darle otra calificación más dura, que se puede concebir.

Tal vez, aquellos mismos moros de la Aduana, de acuerdo con algunas otras personas, y para mayor vergüenza nuestra, españolas también, á la par que hablaban con el infortunado general, estaban pensando en el lucro que sacarían de la nueva partida de fusiles que, debían esperar de un momento á otro.

Porque, indudablemente, como más tarde se vió, quizás el armamento que los riffeños usaban, y del cual ya nos hemos ocupado, lo habían obtenido por semejante conducto.

Coincidiendo con aquellas entrevistas, á que ya hemos hecho referencia, *La Correspondencia de España* decía que en Algeciras se había descubierto un contrabando de armas destinadas á los moros.

Un vecino de aquella población, llamado Evaristo García, recibió, por equivocación, una carta dirigida á otro de los mismos nombre y apellido, firmada por un individuo de Guipúzcoa, gerente ó director de una casa constructora de armas de fuego, en la cual comunicaba al destinatario que, por ferrocarril llegarían 200 fusiles Remington, destinados á Marruecos. En la carta, se incluía el talón para recoger los fusiles, acondicionados en cuatro cajas, consignadas á Grimaldi, Vento, Haurie, comerciantes en Algeciras.

El señor García, indignado por la infamia que representaba un envío de fusiles á Marruecos en las actuales circunstancias, dió conocimiento de la carta al juez instructor, entregándole el talón adjunto.

Las cuatro cajas con los 200 fusiles, llegaron, efectivamente, á la estación de Algeciras, siendo aprehendidas en el acto.

Cuestan los fusiles en la fábrica, 28 pesetas. Cómpranlos los moros, ordinariamente, á 250, y mucho más caros en las actuales circunstancias.

Para descubrir tan criminal é infame negocio, tomáronse las mayores precauciones.

Decíase que Haurie iba en un barco, aprehendido pocos días antes, por llevar armas. La nave izaba pabellón inglés, y fué puesta á poco en libertad.

* * *

¡Y entretanto en la Península todo era entusiasmo, y todas las clases y todas las poblaciones hacían esfuerzos para contribuir á los sacrificios que exigiera la campaña, que en la mente de todos estaba que se debía emprender!

Sociedades, corporaciones, individualidades de posiciones distintas y de edades diversas, se ofrecían al Gobierno y todos querían contribuir con su óbolo á tomar satisfacción del ultraje inferido.

Pero el Gobierno, siguiendo el sistema que había empezado, se mostraba parco en las disposiciones para enviar tropas y acopiar todo el material de guerra con la prontitud que el caso requería.

Después de los días transcurridos, se dispuso que el proyector eléctrico que había servido en la escuela de Tiro, se alistase para enviarlo á Melilla, siendo así que esto debió ya hacerse mucho antes.

CAPÍTULO XXXIII

Los fusiles Maüsser y los cañones de tiro rápido.—Algo sobre la última conferencia entre el bajá y el general Margallo

A pesar de los propósitos del Gobierno, que sin duda se habían ido modificando, como hemos dicho, conforme iban pasando los días, la verdad era que la opinión, al acusarle por su lenidad, le obligaba á dar algunas disposiciones para que se pudiera comprender que no descuidaba la cuestión de armamento y de acumular pertrechos, por si llegaba el caso de romperse las hostilidades.

En su consecuencia se ordenó la adquisición de diez mil fusiles Maüsser y se dieron órdenes al crucero *Reina Mercedes* para que fuese á Hamburgo con objeto de embarcar aquellas armas, que debía entregar el agregado militar de nuestro embajador en Berlín.

El *Reina Mercedes* debía encontrarse en Melilla dentro de ocho ó diez días.

Muy en breve también, iban á ser remitidos á Melilla cuatro cañones de tiro rápido, arma hacía poco inventada, de gran precisión y alcance, que disparaba granadas de pequeño calibre, las cuales se creía que habían de ser de gran efecto en el campo riffeño.

Empero, todo esto, no era suficiente á destruir el mal efecto que estaba causando la falta de actividad y de energía de que nos hemos lamentado tantas veces.

De esto nacían, como consecuencia lógica, las exigencias de los moros, hechas por el bajá en entrevistas como la de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior, y que impresionaban de un modo tan desagradable, á los militares que habían ido á Melilla á pelear, á derramar su sangre, á perder la vida si era necesario, por vengar la muerte de sus compañeros, ocurrida el día 2 de octubre, y resarcirse en lo posible del ultraje hecho á su pabellón.

* * *

Según las noticias que circulaban con verdadero carácter de autenticidad, lo que se había tratado en la conferencia citada, era lo siguiente:

Lo primero que se pedía por parte de los moros, era la tregua. Esta querían que durase hasta recibir instrucciones del sultán, que lo más tarde, podrían llegar á fin de mes. Esto, en caso de que nuestro Gobierno no quisiera esperar

la llegada del emperador mismo. Como garantía de la situación que solicitaban, añadían que Alí el Moreno se pondría al frente de los partidarios de la paz, para lograr que no se impidiera la construcción del fuerte.

Además, el bajá se comprometía á que dentro de dos días desaparecerían las trincheras construidas por los moros. Advirtió también que si se escuchaban tiros en el campo, no se alarmasen en la plaza, pues se deberían á cuestiones entre ellos, cuestiones que se ventilarían al reunirse todos los riffeños partidarios de España y de la paz, que eran en mayor número que los que deseaban la guerra. Terminaba diciendo que no estorbaría la construcción del fuerte, á no ser que el sultán mismo se opusiese, fundándose en los tratados.

El general Margallo contestó que comunicaría aquellas proposiciones al Gobierno, y que esperaría su respuesta.

Pidió, por de pronto, ir él en persona con el bajá, á ver cómo desaparecían las trincheras, en ese prometido plazo de dos días. El bajá se resistió, opinando que aun era pronto, diciendo que cuando entrasen los moros en Melilla, si no les había castigado España, pensaban hacer una manifestación de duelo. Únicamente desistirían de ella ante la prohibición del general Margallo.

* * *

Imposible parece, leyendo esto, que hubiese ministros que pudieran dar crédito á semejantes pamplinas.

Si la política tradicional ya entre los moros, es únicamente la de ganar tiempo; la de engañar para cansar al contrario; si esto lo conocían mejor que nadie las autoridades que con ellos habían estado en mayor contacto, y que indudablemente así se lo manifestaron al Gobierno, ¿cómo éste no preveía el lazo que se le estaba tendiendo?

«Había de ser el sultán quien prometiera que las kábilas quedarían reducidas á la obediencia, y semejante promesa sería improbable hipótesis. Había de ser todo el imperio de Marruecos quien diese prendas de la paz del Riff y de la construcción de Sidy-Guariach, y todavía dudaríamos de que pudiesen responder de la sumisión de las kábilas insurrectas.»

Así decía el señor Morote en una de sus correspondencias, y en realidad estaba en lo cierto.

No hay más que recordar hechos pasados, no hay más si no ver todo cuanto hasta ahora hicieron, las palabras empeñadas, los compromisos adquiridos, los propósitos de enmienda y el incumplimiento, la falsedad, el engaño con que á todo ello han respondido.

El famoso trapo blanco de parlamento, enarbolado una y otra vez, debía haberse hecho jirones á balazos, y de este modo aprendieran los infieles que no se juega con la dignidad de una nación, en vez de celebrar entrevistas y trasmitir al Gobierno los deseos de quien se comprometía á lo que no podía cumplir, á lo que estaba seguro que no cumpliría jamás.

* * *

«El bajá,—decía el señor Morote,—se compromete á someter el campo, cuando su autoridad no es respetada y está bajo los pies de los caballos. La única misión del bajá es prender y colgar á todos los jefes de las kábilas. Éstos lo saben y viven prevenidos.

»Otro personaje que se compromete también á conseguir la paz, es Alí el Moreno.

»Pues bien. Hoy el poder de éste, es muy limitado en el campo.

»También era confidente del general antes de los sucesos del día 2, y los sucesos ocurrieron. También se proclamaba como amigo de España, y él fué encargado el día mismo del ataque, de copar el cuartel general.

»La construcción de Sidy-Guariach es de tal suerte asunto de vida y honra para los riffeños, que aun sometidos por los jefes del campo, hostilizarían su construcción. Lo único que impondríales algo, sería una victoria de nuestro ejército, ó ser cruelmente perseguidos por las tropas del hijo del sultán y que se llevaran éstas, las cabezas de todos los jefes de las kábilas.

»Ponen como condición, la vuelta á la plaza antes de la construcción del fuerte, y esto vale tanto como conseguir la paz sin ninguno de sus sacrificios.

»Así tendrían mayores facilidades para el contrabando de armas. Así lograrían que las tropas se marchasen. Así prepararían otro golpe de mano.

»Habían de prometer que sería arrasada la mezquita y que la feria de Frajana no se celebraría frente á nuestros

fuertes, y aun así no se habría quitado la ocasión de constantes escaramuzas.

»Además, los siguientes hechos demuestran el engaño:

»Primero. Dicen que no obran en nombre del sultán, que estando en Tafilete, ignora lo ocurrido.

»Segundo. Dicen que se reservan la aprobación suprema de sus actos para cuando los conozca el sultán. Al propio tiempo afirman que éste tardará un mes en venir y ofrecen dos días para terminar la rebelión de las kábilas.

»Tercero. Se niegan á subscribir ningún pacto, y tiene que fiarse el Gobierno español de las palabras de los moros, cien veces embusteros.

»Cuarto. Este arreglo y su aparente sumisión, significa para ellos una victoria en toda la línea, por cuanto la construcción del fuerte queda como promesa del porvenir, y como realidad positiva la retirada del día 2. No se sabe, además, si el nuevo fuerte se emplazaría en el mismo sitio donde antes estuvo.»

* * *

Perfectamente en lo cierto estaba el señor Morote al apreciar todas estas ofertas del bajá, del modo que han visto nuestros lectores.

Si la autoridad de aquél es puramente nominal, si de él, lo mismo que de las órdenes del sultán, se burlan los rifeños, ¿qué importancia podía dar el Gobierno á semejantes proposiciones?

¿No estaba el bajá en el campo, el día 2?

¿Por qué no evitó entonces lo ocurrido? ¿Por qué no se impuso con su autoridad, que era la del sultán, á quien representaba, á que se realizase un acto tan inicuo, lo mismo que todos los demás que siguieron al combate?

¡Bueno fuera que las tropas regresaran á la Península sin haber hecho fuego sobre aquellas hordas de piratas sin fe, sin conciencia, sin otra ley ni otro yugo que la fuerza; sin haber castigado á los que ultrajaron los cadáveres de nuestros soldados y pisotearon indignamente nuestra bandera!

¡Hubiera tenido que ver, que de esa negociación con el bajá, de una promesa de éste, hubiese resultado la paz!

Por supuesto, que no tenían ni el bajá ni los riffeños la culpa de nada de esto.

La tenía el Gobierno que permitía semejantes contemporizaciones, y que aceptaba entrevistas, y que recibía las proposiciones que se le hacían, más en són de burla, que con la seriedad que generalmente revisten actos semejantes.

Hubo periódicos que por efecto de estas entrevistas, y de otros hechos, pusieron el grito en el cielo, como vulgarmente se dice, echando la culpa al general Margallo, y hasta indicando al Gobierno la conveniencia de ser relevado.

Esto hizo decir á *El Liberal*, que no ha escaseado en la cuestión de Melila, ni los elogios cuando los ha creído justos, ni las censuras cuando las ha encontrado justificadas, lo siguiente:

«Si el Gobierno cree conveniente relevar al comandante general de aquella plaza, hágalo enhorabuena sin excusas, pretextos ni distingos de ninguna especie y sin escudarse con opiniones ajenas, porque en este asunto las debe tener propias y contrastadas por hechos evidentes; y si quiere allí mantenerlo, manténgalo con decisión y firmeza, que para ello debe tener conciencia de que obra mirando exclusivamente por los intereses de la patria.

»Lo que no puede ni debe hacer, es llevar á efecto un propósito preconcebido, fingiendo que obedece á presiones de la opinión.

»La conducta del general Margallo en Melilla, es indudablemente la que el Gobierno le traza. Si así no fuera, lo habría destituido. No hay, pues, que acusarle de errores que no son suyos. Su valor, su heroico comportamiento el día 2, su patriotismo, nadie, absolutamente, nadie los pone en duda. Si algún error cometió, en tiempo oportuno debió exigírsele la responsabilidad debida.

»Los hechos á que se refieren los corresponsales son públicos y notorios, y no cabe suponer que en su ejecución proceda el general Margallo por inspiración propia.

»Ahora bien: si esos hechos no son del agrado de la opinión, si parecen incongruentes, el Gobierno es el único responsable, porque los ordena ó los consiente.

»No cabe suponer otra cosa.»

* * *

Por supuesto, que la serie de torpezas que estaba cometiendo el Gobierno en este asunto, no eran más ni menos que la consecuencia lógica de la otra serie mayor, cometida por los gobiernos que han venido sucediéndose en nuestro país, desde el año 1860.

Para nada se han ocupado de la cuestión de África, ni aun creemos que se tomaran el trabajo de repasar el tratado de Wad-Ras, en lo que se refería á Melilla.

En la esfera particular, todo propietario tiende siempre á mejorar la finca que posee.

Si le es posible, por más que sea incurrir en usurpación, procura ver si puede ensanchar sus límites, y en todo y por todo se muestra ganoso de dar mayor valor á lo que legítimamente le pertenece.

Los gobiernos españoles, por desgracia, administradores de los bienes de la nación, cuyos destinos rigen, y que como tales administradores, mayor deber tenían de velar por la finca nacional, no se han preocupado por su mejora.

Es más, de lo que poseíamos, han ido perdiendo algo en vez de haber ganado bastante.

Tal ha pasado en África.

La guerra de 1859 y el tratado de 1860, nos pusieron en condiciones para haber dado un gran paso en beneficio de la nación en aquella región.

¿Y qué han hecho nuestros gobernantes?

Encuéntranse en el día, después de treinta y dos años, con que haya tenido que ir una Comisión técnica á decir cuál es el territorio que se nos concedió en virtud de aquel

tratado, y si realmente estábamos en nuestro derecho para construir el fuerte, objeto de la agresión.

¡Á cuántas consideraciones se presta todo esto!

Los abandonos anteriores, han producido la situación presente, y sólo habría faltado que se continuasen las entrevistas con el bajá, que se diese crédito á sus palabras, y que se hubiese suspendido todo hasta que llegase la decisión del sultán.

CAPÍTULO XXXIV

La opinión de un entendido general respecto á la campaña de Melilla.—El «Conde de Venadito».—A cubrir bajas en el Disciplinario.—Preparativos belicosos



IENTRAS en el ministerio de la Guerra, fuera por las razones que quisiera, se obraba con tanta lentitud, así en la elección de cuerpos, como en las remesas de material y en el envío de fuerzas, los moros, aprovechándose de aquel largo interregno, como se aprovecha el niño cuando por alguna travesura, el padre se contenta con decirle que ya le castigará, pero ve que el castigo no llega, del mismo modo, repetimos, se aprovechaban para preparar sus medios de defensa.

A ciencia y paciencia de nuestros soldados, los riffeños construían trincheras en nuestro propio territorio, territorio del cual se habían apoderado, porque así les plugo, sin

que nadie, ni los proyectiles de nuestros cañones, ni las bayonetas de nuestros soldados, se los disputaran.

El crucero *Conde de Venadito*, destinado por fin á las aguas de Melilla, en reemplazo del cañonero *Cuervo*, modesta representación de nuestras fuerzas navales que envió el Gobierno desde los primeros días, podía haber cañoneado, como por fin lo hizo más tarde, aquellos grupos de moros que se ocupaban en la construcción de obras de defensa; pero sin órdenes para ello, veíase obligada su tripulación á contemplar como trabajaban, según dice un testigo ocular de aquellos sucesos.

«Hemos estado hoy,—dice el señor Morote,—á bordo del crucero *Conde de Venadito*. Vimos desde allí perfectamente, con un magnífico anteojo, los atrincheramientos moros. Una de las mejores trincheras es la que están construyendo *dentro de nuestro territorio*, inmediato á Casablanca. Distante algunos kilómetros, había un centenar de moros trabajando y varias parejas á caballo, como vigilando las faenas. Según nos ha dicho el comandante del *Venadito*, señor Díaz Moreu, hace varios días que se ocupan en levantar esta trinchera.

»Es curiosa la construcción de estas trincheras y demuestra en los moros ciertos conocimientos tácticos. Hacen un cerco de piedra, en forma de perfecto círculo, y detrás, escalonándolas á izquierda y derecha, ponen filas de trincheras más pequeñas, y en último término el hito blanco, punto que debía limitar nuestro territorio, hecho de los moros, por nuestro abandono y por su voluntad.

»La situación de estas defensas en forma de T, de frente al mar, demuestra que los rebeldes se preparan contra un desembarco por la playa.

»Diseminados aquí y allá, desde el crucero veíanse numerosos grupos de marroquíes, muchos de ellos á caballo. Durante la noche, á favor del foco eléctrico, se les ve perfectamente. Sorprendidos por la luz en sus trabajos de atrincheramiento, huyen despavoridos.»

***

Verdaderamente asombra, como ya hemos repetido hasta la saciedad, que se consintiera la construcción de aquellas trincheras, y mucho más tratándose de un territorio nuestro.

En buen hora, que los infieles, preparándose para las contingencias que pudieran sobrevenir y que ya podían prever, hubieran construido las defensas en su campo, por si eran atacados.

Pero levantarlas en el nuestro, era llevar la provocación á los últimos límites de la insolencia y exigir un castigo verdaderamente ejemplar.

Sin embargo, no se hizo esto, y así se envalentonaron del modo que más tarde tuvimos ocasión de ver.

Y que la campaña era inevitable, que el movimiento de acometida debía verificarse, todo el mundo lo comprendía, y todo eran cálculos y fórmulas respecto á cómo debía tener lugar.

Un ilustre general, el señor Sánchez Bregua, decía en uno de sus artículos, tan notable como todos los que han brotado de su pluma, en asuntos de su competencia.

* * *

«La próxima Batalla,» titulaba el general el artículo á que nos referimos, y así decía:

«El movimiento de protesta enérgica contra la indigna agresión de los riffeños, está perfectamente justificado, y es una prueba más de la virilidad que conserva nuestra patria cuando defiende su dignidad ultrajada. Nuestro amor propio debe estar satisfecho, y lo estará más aún después del éxito, siempre que la opinión, dentro de los límites que puedan aconsejar las circunstancias, coadyuve con la explosión de su entusiasmo á la preparación de los elementos de guerra necesarios para dar la batalla con fe en la victoria.

»Nuestra acometida á los moros en sus trincheras, que de seguro nos esperarán en ellas, debe ser preparada con meditación y ánimo sereno, dado el modo irregular de combatir de los riffeños, siendo de rigor, en nuestra humilde opinión, emplear la artillería en la mayor escala posible.

»Las impaciencias nacidas de un sentimiento ardiente de patriotismo, deben tener presente que el éxito de las batallas depende, con frecuencia, de la preparación ordenada y combinada de las fuerzas que han de darlas. Pue-

den perderse por incidentes imprevistos ó desgraciados; pero las que se pierden por falta de preparación, por impericia ó por impresionabilidad de carácter, siempre serán condenadas por la historia y maldecidos los nombres de los que no han sabido dirigirlas con ánimo reposado, nunca tan necesario como en momentos en que hay que salvar á todo trance el honor de la patria ofendida. ¿Qué importa que transcurran días más ó menos, si los necesitamos para asegurar la victoria? ¿Quién es capaz de calcular las consecuencias funestas que caerían sobre nosotros en caso de un fracaso, por precipitaciones indebidas, cuando la actividad y energía pueden siempre responder á los deseos de la opinion pública?

»Las operaciones de guerra tienen en el orden técnico, ciéntifico y práctico, marcados todos sus trámites; y seguirlos y desarrollarlos con talento, es buscar el éxito y evitar los fracasos. Nosotros tenemos sobrados elementos para no temer desastre alguno, porque además, esos ejércitos de riffeños, cuyo número exagera la fantasía meridional, no tienen ni pueden tener otra organización táctica y estratégica sino la que surge de su propio instinto, de su fanatismo y ferocidad, y la única resistencia organizada que pueden oponer, puesto que en línea de batalla y á pecho descubierto no suelen bartirse, son las trincheras y los reductos escalonados que puedan construir en las mesetas.

»Nuestro país, cuando se trata de su dignidad é independencia, despierta siempre de manera tan enérgica y

potente, que ninguno otro en el mundo va más allá que él. Las futuras generaciones creerán, cuando menos, exagerados los siguientes datos de la fuerza puesta en pie de guerra en la última civil, en la Península (pues hacemos caso omiso de la campaña y ejército de Cuba), datos tomados de un estado oficial que tenemos á la vista.

»Entre infantería, caballería, artillería, ingenieros, batallones de provinciales, 13.000 voluntarios movilizados con sueldo, 1.700 hombres de infantería de Marina, y 14.000 de la Guardia civil, componían un total de 284.000 hombres.

»Los carlistas, por su parte, tenían en campaña en las Vascongadas, Navarra, Cataluña, Valencia y partidas sueltas, más de 70.000 hombres, que al fin y para el caso de una guerra extranjera, son españoles. Citamos este número como prueba de que somos una nación esforzada para la lucha.

»No se debe olvidar que el general O'Donnell improvisó y organizó por el procedimiento riguroso de la *selección*, tres magníficos cuerpos de ejército para la guerra de Marruecos, que tanta gloria dieron á la patria, sin necesidad de sujetarse á los moldes de organizaciones dadas.

»La prensa dice con frecuencia que el señor ministro de la Guerra irá á inspeccionarlo todo en Melilla. Si pone el pie en África, no puede limitarse á la inspección de los elementos allí reunidos, porque su honor y su condición de general ilustre, le imponen rigurosamente el deber de

mandar la próxima batalla. Nadie, sin ofenderlo, podría suponer otra cosa.»

***

Efectivamente, nuestra nación ha demostrado, cuando ha llegado el caso, que contaba con elementos poderosos para poseer un ejército, con el cual hacer frente á toda clase de contingencias, y sin embargo, en los momentos en que venimos hablando, trabajo costaba sin duda, reunir 10 ó 12.000 hombres para enviar á Melilla.

Allí donde se necesitaba la acción rápida, se caminaba más despacio.

Donde hubiera debido hacerse un alarde de fuerza, se estaba procediendo con debilidad, y de aquí que los riffeños se rieran de todas nuestras amenazas.

Pero cuando ya vieron que efectivamente llegaban cañones, pertrechos y soldados, cuando el vapor *Rabat* llevó á la plaza, fuerzas y artillería, ya empezaron á mirar las cosas de otro modo, y si los envíos hubiesen sido más rápidos, de otra manera hubieran ido los sucesos.

A las once de la mañana del día 20 de octubre, llegaron nuevas fuerzas en el vapor *Rabat*. A las doce y media comenzó la descarga. Desde el amanecer había empezado á soplar el Levante, estando el mar muy alborotado y amenazaba aumentar el oleaje á medida que avanzase el día, y en este caso sería posible que el *Rabat* tuviera que ir á Chafarinas á hacer la descarga de 361 soldados, entre arti-

lleros y disciplinarios, utensilios, 3.000 camas y 26 cañones. El capitán decía que habían tenido buen viaje.

El general Margallo presentóse inmediatamente en el muelle, para presenciar las operaciones de desembarco, mostrándose impaciente por el mal estado del tiempo.

Felizmente, y contra todos los cálculos, este mejoró algún tanto y dieron comienzo las operaciones.

***

Al obscurecer terminó la descarga del *Rabat*. Sobre el muelle, como en línea de batalla, quedaron 26 cañones. Á su lado estaban los artilleros dispuestos á cargarlos en los mulos. El suelo estaba todo cubierto de mochilas y atalajes. En el Polígono se veían los soldados del Disciplinario y cazadores, y por el camino avanzaba á caballo el general comandante de la plaza, que iba á inspeccionar los alojamientos. Por un lado veíanse carruajes ocupados por oficiales; por otro cazadores que iban á dormir al Polígono; más allá el regimiento de Extremadura, que regresaba de instrucción; por todas partes oficiales de ingenieros, artillería é infantería, que presenciaban cómo se hacía en la explanada la descarga de las piezas de cañón por los soldados y oficiales artilleros.

Estos examinaron cuatro piezas de 15, sistema Verdes Montenegro, acabadas de colocar, limpias y relucientes.

Las calles se llenaban de soldados que marchaban en todas direcciones. Junto á la Administración militar, había

una porción de mulos cargados de víveres. Toda Melilla estaba en el muelle. Contrastaba con esto el cuadro que se veía enfrente, donde pareciendo salir del mismo mar, en la desembocadura del Río de Oro, los moros se reunían intranquilos, mirando con recelo cómo el *Rabat* descargaba.

Realmente, aquel día fué el primero que ofreció Melilla preparativos de guerra.

Si así hubiese sido desde los primeros días subsiguientes á la agresión, es muy posible que los riffeños no hubieran persistido en su actitud.

*
* *

«Los moros del interior de la plaza,—decía el corresponsal ya citado por nosotros,—se encuentran atemorizados. Esta frecuencia con que aquí pasamos de las impresiones de paz á los preliminares de guerra, la motiva la flojedad y tardanza con que se hace el envío de fuerzas. Pero en cuanto llega un vapor trayendo tropas, todo cambia de aspecto, todo muda en los ánimos de la gente, que siente la proximidad de la acción.

»Estoy seguro de que mañana vienen los moros con banderita blanca á pedir parlamento. Al venir hoy cuatro riffeños á traer una carta para el teniente coronel Mir, estuvo á punto uno de ellos de ganarse un tiro. Llegaron hasta las inmediaciones de la plaza, plantaron un palo en tierra, pusieron la carta en el extremo de aquél y se marcharon corriendo.

»Era esto junto al fuerte de San Lorenzo, dentro, naturalmente, de nuestro territorio. Los soldados del fuerte, que los vieron, tuvieron que contenerse mucho para no apresarlos.»

Entre los soldados que desembarcaron del vapor *Rabat*, iban algunos para cubrir las bajas del batallón Disciplinario. Eran 227, y de un aspecto imponente. Llegaban con ánimo prontísimo á *entrar en fregado.*

El teniente coronel Mir, dirigióles una entusiasta arenga, y todos contestaron á ella gritando:

—¡A matar moros!

El general Ortega les pasó revista, quedando satisfechísimo. Con este refuerzo, el batallón Disciplinario constaba de 450 plazas.

CAPÍTULO XXXV

Falta de habilidad de nuestros gobiernos para sacar partido de Melilla



UANTO más se reflexiona respecto á lo que sucede en Melilla, á lo que hasta ahora ha ocurrido y á lo que nos tenga reservado el porvenir en la plaza de referencia, no puede menos de comprenderse que las faltas de hoy no son consecuencia de los sucesos actualmente cometidos, sino que tienen una historia muy antigua.

El abolengo de la torpeza, parece ingénito ya en nuestras esferas gubernamentales, y de aquí nace la situación desairada hoy, hija de faltas anteriores y agravada por las ligerezas presentes.

Para el gobierno de plazas fronterizas, mucho más tratándose de una como Melilla, se necesitan, no sólo militares valerosos, si no políticos hábiles que á la par que sepan

imponerse por medio de la fuerza, cuando llegue la ocasión tengan el tacto bastante para no dejarse engañar por los que deben considerar como enemigos, y dispuestos á aprovechar todas las coyunturas que les sean favorables.

Imposible parece que no se hayan tenido en cuenta y que no hayan servido de enseñanza, á una nación que como la nuestra, parece que sólo piensa en imitar á los demás pueblos, las prácticas seguidas por ellos respecto á las plazas fronterizas.

¿Qué hace Inglaterra en la India? ¿Qué han hecho los Estados Unidos en su ensanche incesante de fronteras? ¿Qué ha hecho la misma Francia en la Argelia?

Primero, la espada para imponerse, después un trabajo incesante de selección y de administración, sin que por esto se deje el fusil de la mano ni se separe la mecha del cañón.

No es que nosotros pretendamos preconizar el exterminio de la raza indígena, medida que Inglaterra emplea en la India, y eso que las kábilas del Riff son quizás peores que los fanáticos sectarios de Shiva y de Vischnú.

La selección á que nos referimos, es la de saber utilizar los gérmenes de discordia que entre esas mismas kábilas existen siempre, excitarlas entre sí, aprovechar diestramente sus necesidades y mientras por su parte se destruyan ellos mismos, por otra ir creando elementos nuevos, si á mano viene, unidos á los elementos viejos, para formar un núcleo de sociedad distinta que acepte todos los adelantos mo-

dernos para aplicarlos al beneficio y explotación de los manantiales de riqueza que hay en el país.

***

Pretender anular un pueblo, en absoluto, lo juzgamos tan absurdo, como dejarse imponer sus desafueros, sus rapiñas y sus crímenes.

Pero entre uno y otro extremo, existe el justo medio, la política, la astucia, la habilidad que es la que debe emplearse en gobiernos de la índole del que nos ocupa.

Francia, en la Argelia, ha obrado con decidida energía al principio, castigó duramente á las tribus que embarazaban su camino; pero después se dedicó á favorecer el desarrollo de los elementos de prosperidad que encontró en aquellos terrenos, y buena prueba están ofreciendo todas sus posesiones, tan distinta del que ofrecen nuestras penitenciarias.

Porque lo mismo Melilla que las demás plazas que poseemos en África, no se ha pensado jamás en que fueran otra cosa que plazas de guerra y presidios.

Y como lógica consecuencia de esto, el gobernador militar lo es todo; su voluntad es omnímoda, y debe entender de todo, lo cual por muy buenos deseos que tenga, por una gran capacidad que se posea, por más que se halle dominado por el mejor deseo, da lugar siempre á descuidos, á omisiones y quizás á errores que, si por el momento no se encuentran, más tarde dejan gran rastro sus consecuencias.

Un ilustradísimo escritor, tratando de este asunto, dice, después de enumerar las ventajas de aquel suelo, y los graves inconvenientes que ofrece nuestra organización en esas plazas:

* * *

«Pensad si no en lo que serían estos terrenos fertilísimos en manos de valencianos, de murcianos, de andaluces ó si no se quería llegar á ese extremo, en manos de los moros de Tetuán ó Tánger. A fe que Francia no tendría esa Argelia, que no parece tierra africana, si empleara los procedimientos atrasadísimos que adoptamos nosotros.

»Una doble política de energía en las revueltas y levantamientos de las kábilas, y de colonización y de paz en el comercio diario y normal de las kábilas con la plaza; es lo que se imponía para que no fuera años y años Melilla una presa del Riff.

»El caso es que tienen los gobiernos organizada la plaza militarmente, con un régimen absolutista, en el que el gobernador general lo es y lo puede ser todo, y, sin embargo, á la hora de guerrear, ese rey absoluto, ese ungido de España, sirve para una empresa de fuerza y de energía menos que un comerciante.

»Gobernar no es pelear, y no se ha de estar peleando á la continua para no poseer en definitiva más que el terreno que se pisa. Gobernar es ó puede ser además aquí, contaminarse con el ordinario tráfico de una población vecina al moro. Y es mucho que no salgan de esta plaza todos los

generales, manchados injustamente con la mancha del descrédito público. Casos ha habido ya en que al transponer las murallas de Melilla, ha marchado su comanaante general tocado del delirio de persecuciones, de esa enfermedad que prende fácilmente en todo aquel que es ó puede ser blanco de la calumnia.

»Desearíamos, por honor al ejército, por respeto á su prestigio, que á este ejército valeroso se le hubiera apartado del gobierno. Desearíamos, por el bien de España, que no se les obligara á los generales á intervenir en la Aduana, en el contrabando, en el comercio interior y exterior de la plaza, puesto que sus funciones son defender la integridad del territorio, librarles de aquello que está muy lejos y muy por debajo de misión tan altísima.

»En la Argelia francesa, el Gobierno tiene y desempeña una misión tutelar. Aprenden los naturales la lengua patria, se contagian con sus amores y hasta con sus preocupaciones, son sus intereses los intereses de Francia.

»En la Argelia francesa hay garantías constitucionales, libertad para el comercio y para la industria, incentivo de provecho material y moral para acercarse y abrazarse á la Metrópoli. En el África española, y particularmente en Melilla, no hay más ley que el libre albedrío de un general, que como puede ordenarse para el bien, puede ser conducido á las arbitrariedades que matan toda iniciativa mercantil, á las persecuciones que ahuyentan á todo el que de buena fe quiere establecerse en Melilla.»

* * *

Si del cuadro, aun cuando á la ligera, descrito tan magistralmente por el escritor citado, pasamos al que ofrecen nuestras plazas fronterizas, donde si existe algún comercio, es el de los judíos, y donde el cambio de productos con los moros está concretado á las ventas de volatería, huevos y algunos otros artículos por el estilo, y esto con restricciones y cortapisas, se comprenderá perfectamente que no es posible que prosperen las transacciones, que se establezcan relaciones, que se formen vínculos, bases todas para el progreso y adelanto de esa región.

De aquí que siempre haya dominado el sentimiento de hostilidad entre unos y otros, y que todo cuanto haya pasado durante un largo período, como que no ha sido para ganarse voluntades, no haya engendrado si no antagonismos y rencores.

Y si al menos, ya que como plaza de guerra queremos considerar esos puntos, cuando se nos ha hecho una ofensa, se hubiese castigado con mano fuerte, pase todavía, porque al menos nos hubiéramos impuesto por el terror; pero nada de eso se ha hecho.

De aquí, como dice muy oportunamente el escritor á quien nos referimos en otro lugar, que los errores cometidos se aumentan y acrecen en los momentos en que se hace indispensable proceder con energía para castigar actos verdaderamente criminales.

* * *

«Hízose el tratado de Wad-Ras,—dice el escritor mencionado,—y dejóse la mezquita como lengua de tierra que penetra en el territorio español para eterna manzana de discordia entre moros y cristianos. Envióse en el año 64 una Comisión de límites, y cuando éstos iban á deslindarse, el caballo del general fué detenido por los moros, amenazándole con la muerte. Ocurrieron los sucesos del 20 de Julio del 90, y España cruzóse de brazos, esperando que el sultán hiciera justicia. Sucede la refriega del día 2, y estamos esperando á que los moros nos invadan.

»¡Y qué decimos de acciones enérgicas! El emplazamiento de los fuertes es una pura desdicha de errores y torpezas. Nos hemos quedado al construirlos á la mitad del camino, y bien puede afirmarse que el de Sidy-Guariach es el único que podría defendernos contra las kábilas, y aun ofenderlas, en caso necesario.

»Rostrogordo nos defiende de un ataque por mar, que ó es imposible, ó al sobrevenir sería dificilísimo de rechazar. Allá irían volando todas las murallas de la plaza ó de los fuertes si recibiéramos una agresión por el mar. Cabrerizas Altas no nos defiende de cosa alguna, pues apenas si protege un barranco, dejando el inmediato tras un cerro más alto dentro de nuestros límites, á merced de las correrías de los moros. Cabrerizas Bajas sólo puede servir de refugio á una tropa desbandada y que viniera de alturas más le-

janas. San Lorenzo es una prolongación de la plaza. Tal vez Camellos es el único bien situado, como lo prueba el que pudiera proteger la retirada del día 2. ¿En qué, pues, se ha empleado el tiempo, si el primero en construirse debió ser el fuerte de Sidy-Guariach? Hasta su mismo nombre moro nos prueba y nos indica quo es el único en contacto verdadero con las kábilas del Riff.

»Nuestra conducta, la conducta de nuestros gobiernos en este punto, parece obedecer al propósito de encerrar toda la vida dentro de la plaza y que los millones que ésta cuesta no se justifiquen de manera alguna. Si por un momento, y dejando á un lado, por innecesarios, conocimientos técnicos, se asomara España á este rincón de sus posesiones y viera que en siglos no hemos avanzado una pulgada, maldeciría la imprevisión, la torpeza, los errores acumulados, que han hecho de la plaza una ridícula fortaleza contra las serias agresiones de gente civilizada que de la parte de Europa viniera y que han hecho de sus fuertes, cárceles de soldados.»

***

Ni hemos sabido vencer y castigar con mano fuerte á los que tantas ofensas nos han inferido, ni hemos sabido emplear una política de atracción, que á la corta ó á la larga nos hubiera dado fecundos resultados.

De aquí la escasa importancia que tenemos para los riffeños, á los que somos casi indiferentes, cuando no nos desdeñan.

Todas las acciones de los cristianos, en lo que se llama gobierno y política, son pequeñas y mezquinas; se reducen á tener por confidentes á algún caudillo de kábila que no sábese nunca en qué grado miente ni en qué grado dice la verdad.

Para nosotros, para el Gobierno, el Riff es un mundo ignorado, tanto como lo pueda ser para los exploradores el Desierto. Lo único que sabemos es que hordas salvajes nos mantienen á raya. En lo único que hemos progresado es en el conocimiento de explotarlos mejor cuando dejan que se les explote.

¿Es posible de este modo continuar? ¿Podemos tener esperanza alguna de que semejante estado de cosas cambie?

No lo creemos, y los mismos sucesos que se han venido ofreciendo con posterioridad á las jornadas de los últimos días de octubre de 1893, nos lo están demostrando.

Sin preocuparnos para nada del gran porvenir que se nos ofrece en África, estamos dejando que otros se aprovechen de nuestros errores y de nuestras torpezas, y por desdicha nuestra y para nuestra propia vergüenza, continuamos siendo objeto de mofa y juguete, no de un pueblo más ó menos civilizado, sino de unas hordas de salvajes, lo bastante astutos, sin embargo, para sacarnos el dinero, que después emplean en la adquisición de armas y municiones para dar muerte á nuestros soldados.

CAPÍTULO XXXVI

Tropas necesarias para emprender una acción decisiva, en Melilla



OMO sucede generalmente en situaciones como la que ha servido de base á la presente obra, cada uno formaba á su manera distintos planes, como consecuencia natural de las mismas vacilaciones que se observaban en las esferas gubernamentales.

Respecto al fondo, todos los planes estaban conformes.

Era preciso reprimir, para lo sucesivo, con mano fuerte, hechos como los realizados hasta la fecha.

Donde había disparidad de opiniones, era en la forma en que esto debía verificarse, y en los elementos que debían entrar en juego para llegar al resultado apetecido.

La prensa estaba dando, á diario, opiniones más ó me-

nos caracterizadas, pero en las cuales se reflejaba siempre el entusiasmo, la aspiración única, la verdadera.

Al mismo tiempo decía también, apoyándose en esos *se dice*, de las versiones oficiosas, que se suponía que el ministro de la Guerra había indicado algo del plan que tenía, las ventajas ó desventajas que de él podían resultar.

El inteligente escritor, en asuntos de esta especie, señor Aldodern, decía en uno de sus artículos, haciéndose cargo de lo indicado por otro periódico:

«Suponiendo que el plan de operaciones del señor general López Domínguez fuera, como *El Día* nos indica, materializándolo, lo podríamos representar por un arco de hierro, que serían las posiciones de las kábilas enemigas en los límites, y dentro de esta férrea cintura las tropas españolas, con su artillería y atrincheramientos en proyecto, haciendo el oficio de cuñas, para contener, primero, el empuje del arco exterior, y dilatado, después, por uno de sus puntos hasta hacerlo saltar en Sidy-Guariach, ó debilitarlo por la dilatación en las alturas de los Pajares, hasta que el cerro de Sidy-Guariach quede completamente libre de toda presión externa y se pueda construir el fuerte.

»Si el plan de operaciones era tal como nos lo hace suponer *El Día*, confesamos que no nos satisface por completo, porque nosotros á la dilatación del arco, que exige mayor esfuerzo, hubiéramos preferido hacer saltar uno de sus extremos, doblándolo hasta romperlo; pero de todas maneras, como uno y otro sistema exigía las mismas ope-

raciones preliminares, á ellas nos atuvimos para indicar el ejército de 12.000 hombres que pedíamos en Melilla.»

* * *

«El punto de apoyo para el empuje,—prosigue diciendo el señor Aldodern,—en cualquier plan que se adoptase, era siempre el macizo montañoso de Rostrogordo, donde forzosamente se tenían que establecer los campamentos para las tropas expedicionarias, que carecían de alojamiento en la plaza; en este accidentado terreno teníamos ya cuatro fuertes permanentes, guarnecidos y artillados, y debíamos construir, además, dos líneas atrincheradas; la primera, cerrando el campamento desde Rostrogordo á San Lorenzo, por la divisoria de Cabrerizas Bajas, San Francisco y Santiago, y la segunda más avanzada, para prevenir cualquier sorpresa, que debía desarrollarse desde Rostrogordo hasta Camellos, apoyada por estos dos fuertes extremos y los intermedios de Cabrerizas Altas y el nuevo fortín que se levantaría á 800 metros de este último, en un cerro próximo al río del Oro. Con estas obras de fortificación permanentes y de campaña, el sector del Norte de nuestro campo, desde el acantilado de la costa de la Puntilla hasta el valle del Oro, resultaba fuertemente sostenido, y como además las condiciones del terreno, por ese lado, nos eran favorables para permanecer en la defensiva en dicho sector y contener el empuje del enemigo si algo intentaba contra el campo, calculábamos suficientes 2.500

soldados; á razón de un hombre por metro de línea de combate.

»En el extremo opuesto del campo, ó sea por la playa del Sur, el terreno es más abierto y se presta perfectamente al empleo de la caballería, para rechazar cualquiera agresión, y como además por este lado podíamos contar con el eficaz apoyo de los fuegos de la escuadra, que impediría el avance de la kábila de Mazuza por el llano; de aquí que en los 2.000 metros primeros, comprendidos desde la costa hasta el vértice III del polígono de los límites, consideráramos suficientes 2.000 soldados, incluyendo en ellos dos regimientos de cadállería; porque con estas fuerzas, con una batería establecida á 600 metros, á la izquierda del fuerte de los Camellos, sobre una altura que domina el llano de la colonia Reina Cristina, con el apoyo decidido de nuestros barcos, que podían desarrollar su acción hasta la laguna de Puerto Nuevo y con el sostén de las dos torres de San Lorenzo y de los Camellos, que barren y dominan toda la playa hasta el mayor alcance de las piezas, había la seguridad absoluta de rechazar al enemigo que pretendiese introducirse en nuestro campo, para envolver por este lado las posiciones avanzadas que fuéramos tomando hacia Guariach.»

* * *

Puede conocerse, por lo que antecede, el profundo estudio hecho por el ilustrado escritor de las condiciones del terreno á que se contrae.

En cambio, por la parte de Frajana y Benisicar, comprende que con 1.500 hombres había suficientes para tener á raya á las gentes que de allí pretendieran llegar hasta el valle de Oro, porque en este espacio despejado, ya los fuertes de las dos Cabrerizas y el de Camellos, y muy especialmente la batería que estaba en construcción, podían batirles perfectamente.

Siguiendo sus consideraciones el escritor citado, consideraciones que juzgamos muy atinadas, con mayor motivo conociendo el terreno á que se refiere, con los 6.000 hombres que podían quedar sobrantes, había suficientes para arrojar á los enemigos de las posiciones que ocuparan y tomar á vanguardia del fuerte de Sidy-Guariach los puntos necesarios para poder continuar las obras hasta su terminación.

De esta manera, quedando envuelta y dominada toda la parte derecha de los contrarios, nos encontraríamos en situación desahogada para cualquier contingencia de las que, dada la índole del adversario, pudieran sobrevenir.

***

«Estas fuerzas,—dice el citado escritor,—estaban en la relación de cuatro hombres por metro de línea de combate que, aun que es inferior á la admitida para la batalla ofensiva en los ejércitos europeos, si se tiene en cuenta la superioridad de nuestra organización, la artillería, de que carece el enemigo, el apoyo que puede prestar la fortifica-

ción y otras varias causas que inclinan de nuestro lado el fiel de la balanza, se ve que era lo suficiente para la operación que hace algunos días se intentaba realizar.

»Creemos haber demostrado el fundamento de los 12.000 hombres de ejército que pedíamos para las operaciones de Melilla, y nos parece inútil manifestar á nuestros lectores que si estas fuerzas era el mínimo que calculábamos indispensable para realizar la operación de Sidy-Guariach, con la mucha más limitada á que se ha dado principio á la campaña, pues escasamente llegarían á 2.000 hombres, sin caballería, la que tuvo á su disposición el bizarro general Margallo, no podía suceder otra cosa que lo que sucedió: un combate heroico, una lucha desesperada en que nuestros soldados han demostrado de lo que son capaces, un triunfo moral para nuestras armas, pero un fracaso positivo que cambia la faz de los sucesos y nos obliga á emprender otro derrotero.»

* * *

Empero, este mismo contratiempo podría servirnos de provechosa enseñanza para lo porvenir.

Merced á él se ha podido prevenir el error, pesar las consecuencias y prepararnos con mejores elementos para evitar mayores males.

El fuerte de Sidy-Guariach requiere constantemente en Melilla una guarnición mayor, pero mucho más que la existente antes de ahora, y nuevas obras de defensa, que enlacen, por decirlo así, éste y el de Camellos.

De otra manera, sucederá que siempre el enemigo podrá penetrar en nuestro territorio y permanecer en él, si no se le arroja por medio de la fuerza.

* * *

«Esto nos debe servir de lección,—dice el señor Aldodern,—para pensar en el porvenir, no dejando á Melilla, después de la futura campaña, en las mismas circustancias en que ahora se encuentra: á merced de unos salvajes que á cada paso nos pueden originar nuevos conflictos.

»Es preciso asegurar de una vez para siempre la libre posesión de nuestro territorio, y esto no se puede conseguir sin alejarlos de los límites é imponerles un duro castigo, para que en lo sucesivo respeten la bandera nacional por el derecho de la fuerza, que es el único que ellos acatan. Se necesita hacerles sentir el peso de nuestro poder, en sus mismas madrigueras, que hay que arrasar, y para esto ya no bastan los 12.000 hombres que indicábamos antes bajo la hipótesis de realizar el plan con carácter puramente defensivo; son ya precisos de 30 á 35.000 soldados de todas armas, para tomar una ofensiva enérgica en toda la línea y arrojarlos á mayor distancia.

»Algunos creerán que exageramos al fijar este número como mínimo; pero si se tiene en cuenta que no serán muchos menos los enemigos que hay que combatir, en posiciones favorables para su táctica; si se considera que el desarrollo de la línea de batalla de seguro ha de pasar de

diez kilómetros, se verá que no andamos muy descaminados al pedir este ejército; pues sólo pedimos tres hombres por metro lineal de línea de combate, que es lo menos que se puede pedir para una batalla de carácter decididamente ofensivo, como es la que tenemos de librar ahora.

»Con los 30 ó 35.000 hombres que reclamamos para Melilla, dotados de suficiente caballería y artillería de batalla, apoyados en las obras de la plaza y con la cooperación de la escuadra, obrando con energía y decisión, sin respetos á violación del territorio que los riffeños tampoco han tenido, no es dudoso que en breve plazo nos impondremos á las kábilas; y como el agravio ha sido grande, como nos lo han inferido dentro de nuestro propio territorio, como el sacrificio que necesitamos ahora hacer es ya considerable, como en compensación de todo esto tenemos pleno derecho de reclamar garantías para que no se vuelva á repetir, no creemos que nadie se oponga á que pidamos una justa compensación que deje la plaza en plenas condiciones de seguridad.»

* * *

Efectivamente que las condiciones en que en el día y con un buen cuerpo de ejército nos podíamos encontrar, difícilmente se nos presentarían y no se debiera, por lo tanto, desperdiciar.

Pero por desgracia, todo se hacía con lentitud, como si se pretendiera cansar el entusiasmo público, hacer que

la opinión fuera enfriándose, crear el hastío para que por fin cualquiera solución que se le diera al conflicto, fuera aceptada por la nación, cansada y desilusionada por tan repetidas decepciones.

Reflexionando acerca de lo que ha pasado en esta cuestión, se ve desde luego la idea de ir arrojando el hielo sobre el candente ardimiento de los primeros días, excitándole algo, en momentos determinados, para volver á la inercia y al marasmo que estaba siendo la nota dominante en la segunda decena de octubre.

CAPÍTULO XXXVII

Se rompe el fuego.—El «Conde de Venadito».—Relatos de testigos presenciales



ECÍAMOS en el capítulo anterior, que parecía como que el Gobierno, al ver que se apagaba el entusiasmo y que las censuras respecto á su pasividad iban acentuándose, tocaba como una varita mágica, la cuerda del sentimiento nacional, y cuando ésta había vibrado, siquiera fuese por algunos momentos, volvía á apagarla, con las flojedades de su proceder.

Venía diciéndose que los moros, á ciencia y paciencia de nuestras autoridades, estaban construyendo trincheras en nuestro territorio, y tanto llegó esto á decirse por corresponsales y particulares, que el Gobierno no tuvo ya otro medio si no dar órdenes al general Margallo para que de acuerdo con el comandante del crucero *Conde de Venadito*, obrase enérgicamente contra los enemigos.

La noticia de la ruptura de hostilidades fué acogida por la nación con un grito de entusiasmo.

«El primer cañonazo,» titulaba *El Liberal*, el primer artículo del día 22 de octubre, expresándose en estos términos:

* * *

«¡Ya era hora!

»Con esa exclamación única, insustituible, espontánea, respondió todo el mundo á la noticia de que el *Conde de Venadito* había cañoneado las trincheras de los moros.

»Era ya mucho tolerar y mucho consentir de nuestra parte, y era ya mucho atreverse de la suya.

»Nuestra paciencia les pareció miedo, nuestra tolerancia humillación, nuestra disciplina poquedad, nuestra plaza refugio, nuestro suelo abandono, y nuestra bandera blanco de sus tiros.

»¡Ya era hora! ¡Ya era hora! Y hora tan ansiada que, entre el último disparo de sus fusiles en el combate del día 2 y el primer disparo de nuestros cañones en el día de ayer, no hay solución de continuidad, porque hoy sucede lo que el espíritu público anheló desde el primer momento; porque hoy se manda lo que la opinión unánime del país ordenó desde entonces; porque hoy impera la única voz que convence, la única elocuencia que seduce.

»Á la hora en que escribimos, la noticia va con rapidez por donde van los alambres del telégrafo, por donde van las pisadas del que lleva el propio, y con no anunciar

ni una victoria señalada ni un lauro inmarcesible, vibra, calienta y enardece. Es la nota regocijada del soldado que desde los muros de Melilla vió la señal de combatir; es el grito entusiasta de nuestro ejército animoso que saluda los anuncios de la guerra; es el comienzo de la acción; es el primer cañonazo.

»Si quisiéramos sintetizar el espíritu colectivo, no del país, que se confunde en sus anhelos con los que han de sostener y coronar nuestra bandera, sino el espíritu militar, siempre admirable y más admirable que nunca en la ocasión presente, les diríamos á los afortunados tripulantes del crucero que ha inaugurado la campaña:

«Vosotros tantas veces favorecidos; vosotros tantas veces designados por la elección para algo que produce engreimiento, no supongáis que se os envidiaba ayer, en fiestas solemnes, en revistas aparatosas y en recepciones cortesanas.

»Se os envidia hoy, que habéis alcanzado el honor más grande, el honor á que aspiraban juntos, en su noble y entusiasta emulación, todos vuestros compañeros de mar y tierra.

»Se os invidia, porque el *Conde de Venadito* ha tenido el honor de disparar el primer cañonazo en nombre de la patria y por la patria.»

***

Hé aquí ahora las noticias referentes al entusiasmo y á las operaciones de ese día, transmitidas por los testigos

presenciales de aquellos sucesos, á quienes hemos aludido en diversas ocasiones:

«Antes de amanecer estábamos hoy en el Polígono. El barrio, ocupado por las tropas, tenía mayor animación desde ayer, en que le ocuparon los recién llegados, batallón de Extremadura y artillería de montaña.

»Hay en las tropas espíritu excelente. Anoche, á las diez, cuando los artilleros llegaron al Polígono, después de un día de trabajo y de fatiga, no habían tomado más que el rancho de por la mañana.

»—¡Ya estamos aquí!—decían al llegar á sus alojamientos, como si alcanzaran la mayor felicidad, ante la perspectiva de la campaña, y no se hubieran acordado de comer si los jefes, pensándolo por ellos, no hubiesen dispuesto que se les sirviera un rancho.

»Con este espíritu en las fuerzas militares, excuso decir lo que hoy, á la espera de sucesos de su gusto, decían y hacían los soldados; cuando tocóse la diana, instantáneamente, como si fuesen á romper el fuego, estaban todos fuera de las tiendas y las casas, en disposición de comenzar el día.

»El aspecto tranquilo del Polígono hase cambiado en una extraordinaria animación. Se ocupan las tropas en limpiarlo, poniéndolo en condiciones higiénicas. Las mujeres hebreas que habitan en el barrio, muy partidarias de nosotros, quieren ayudarles en sus faenas. Al ver á los cazadores por las calles, salían de sus habitaciones dando vivas, como anoche,—cuando llegaron los artilleros, prote-

gidos por los cazadores, hasta cerca de Sidy-Guariach,— salían también para vitorear á los soldados.

»De la plaza ha venido mucha gente. El popular capellán de cazadores, padre *Fúgiter*, como aquí le llaman todos, presentóse hoy muy temprano, animando á las tropas, que verdaderamente no necesitan que se les anime, pero que recibían sus frases con aclamaciones de alegría.

»A las siete de la mañana vemos pasar á los tiradores del Maüsser. Van á hacer ejercicios de blanco. Disparan á distancia de 1.100 metros, resultando de cada cinco tiros, cuatro acertados.

»Los artilleros esperan que el general Margallo les conceda permiso para hacer pruebas con los cuatro cañones sistema Verdes Montenegro, colocados en la nueva explanada. De no hacerlas, no les podrán recibir en las condiciones establecidas.»

* * *

El mayor entusiasmo reinaba en la plaza, pues la noticia de que las operaciones iban á dar comienzo, había circulado rápidamente.

¿Cómo? Nadie lo sabía, pero la verdad era que se había esparcido y que todo el mundo estaba impaciente por habérselas con el enemigo.

El señor Morote telegrafiaba á las once de la mañana del día 21:

«El general Margallo, con el general Ortega y el coro-

nel del regimiento de África, señor Casellas, están en este momento en la batería de San Felipe, examinando con anteojos el campo enemigo.

»El bajá se encuentra ahora en una de las trincheras, ordenando, sin duda, que las destruyan. Se tiene como indudable que hoy ocurrirá algo con los moros, porque éstos hacen la señal de aviso, que de noche es encender hogueras y durante el día agitar los jaiques, señal que de trecho en trecho va transmitiéndose á larguísimas distancias.

»Sin duda ya saben ellos á qué atenerse y conocen, por las facilidades que han hallado aquí, todo lo que se prepara. Desde un balconcillo de la plaza veo con los gemelos cómo desparramados por el campo, encaramándose en las eminencias del terreno, atándolos al extremo de unas varas, agitan sus jaiques y se llaman.

»Los rumores de que hoy se rompe el fuego se acentúan, y con muchos visos de fundamento.

»Cuando ha llegado la noticia al Casino Militar, la mayoría de los oficiales salen y se dirigen hacia el campo.

»Uno de los primeros en dirigirse á él, ha sido el hijo de Primo de Rivera.

»Sábese que hay terminantes órdenes del ministro de la Guerra para no consentir más los atrincheramientos del campo moro.

»Para confirmar estas noticias, he hablado con Margallo. El general que me habla hoy, no es el que hallé en los anteriores días. En su semblante, y en su aspecto y hasta

en el timbre de su voz, leo una terminante declaración de guerra. No es este el hombre de las contemplaciones: es el militar lleno de entusiasmo y de energía, que anuncia, con orgullo y satisfacción legítimas, que no se prolongará más la situación de calma.

»Me ha dicho que nada espera, estando ya todo dispuesto. Ha parodiado la frase de Moret, en un tono que afirma lo que dice:

»—Verá V.,—exclamó,—como ya no hay conferencias, sino balas. Si el bajá no me cumple su palabra, esas trincheras las destruyo yo.

»Nuestra conversación se ha interrumpido por la llegada del comandante del crucero *Conde de Venadito*, al gobierno militar. Inmediatamente se encierra con Margallo y celebran una larguísima entrevista.

»Díaz Moreu no deseaba otra cosa. Quemábale la sangre ver dos cárabos en la playa, en la plaza los moros y en el campo los mismos marroquíes, fortificándose en nuestro territorio mismo.

»Allá los dejo en su conversación, que espero sea fructífera, y voy á dar una vuelta por la plaza á ver qué cosas nuevas ocurren.»

* * *

Los generales, puestos de acuerdo con el señor Díaz Moreu, comandante del crucero citado, preparáronse para las contingencias que pudieran sobrevenir.

El señor Díaz Moreu, con las instrucciones necesarias, dirigióse á su embarcación, acompañándole varios de los corresponsales á quienes dejamos la palabra para la descripción de este primer hecho de armas, posterior á lo ocurrido el 2 de octubre.

* * *

«Ponemos este telegrama juntos,—decían los señores Morote y Lázaro.—Guiados de la misma idea, viendo los inmensos preparativos, la aproximación indudable de la ruptura del fuego y los indicios todos de que *se va á empezar*, hémonos reunido para acordar nuestra conducta del modo más beneficioso á nuestra información.

»Lázaro en Melilla; Morote al *Venadito*. Hemos acordado esto, y así no perderemos ni lo que en el barco pase ni lo que suceda aquí.

»Ya no hay tiempo que perder.

»La infantería del fuerte de San Lorenzo despliégase en guerrillas, parapetándose en las trincheras, cubiertas por los tiros del costado izquierdo del *Venadito;* en el campo se ven, ocupando una extensión considerable á los moros, que alistándose al combate, van y vuelven de un lado para otro; la plaza ha perdido algo de su bullicio extraordinario; hay algo de la solemnidad que debe preceder á todo suceso como éste... Hace un día pesado. El cielo está cubierto de nubarrones... dando los últimos toques á nuestra línea de conducta, nos dirigimos al muelle, donde Morote va á embarcar.

»La calma que domina en la plaza, y en la gente, hasta el cielo entoldado por las nubes, nos trae á nosotros con cierta ansiedad porque el *desquite* venga pronto á esta quietud inevitable. Cuando llegamos al muelle, nos dirigimos los últimos encargos, nó de corresponsales ya ni periodistas; de españoles:

»—Buena suerte tengamos.

»Y el buena suerte para los nuestros, más que para nosotros, que nuestro patriotismo pide se una, sin duda, con el deseo de que en los fuertes, en el barco, en las tiendas, en la plaza, en esa España que nos escucha ahora, surja de todos los corazones buena suerte para nuestras armas ofendidas.»

CAPÍTULO XXXVIII

Descripción telegráfica del ataque del «Venadito»



UESTRA obra, como anunciamos ya, habiendo de estar basada, más que en nuestros propios conocimientos, en los relatos de los testigos oculares, para los hechos de armas, preferimos valernos de éstos, deduciendo después por nuestra parte las consideraciones que nos sugieran aquellos hechos.

En su consecuencia, oigamos cómo se expresan los corresponsales presenciales de la operación llevada á cabo por el crucero citado:

«A la 1'15 de la tarde.

»El *Venadito* tiene encendidas sus calderas para ponerse en movimiento, á fin de aproximarse todo lo posible á la costa.

»Parece que se hará fuego con las ametralladoras y con los cañones de tiro rápido, y se espera que el resultado del fuego sea grande y siembre el pánico y la muerte entre los riffeños.

»Al lado de cada uno de los cañones, están las cajas de balas, granadas y segmentos.

»Las guardias están montadas como para el combate.

»El señor Moreu está sobre cubierta examinando con los anteojos el campo moro.

»Ha saltado el Levante fresco. El oleaje es muy fuerte.»

«A la 1'30 de la tarde.

»El comandante del *Venadito* se halla en el puente alto y á sus órdenes el señor Churruca. El segundo comandante, señor Guarro, se halla en el cuerpo de batería con el señor Armijo, jefe de batería á sus órdenes; el señor Saavedra, de la primera sección, y el señor Lisarraga, de la segunda.

»El señor Cadarso, jefe de los torpederos, está en la popa de la nave.

»El *Venadito* comienza á avanzar. Es un momento solemne é inolvidable. Suena el pito del vapor, la hélice apresura sus revoluciones.

»El crucero se aproxima á la costa y fondea á unos mil metros de ella.

»Apenas ha echado el ancla, suenan numerosos disparos.

»Un nutrido grupo de moros que hay en las alturas de la costa, hace fuego sobre el barco.

»El señor Moreu ordena que comience el cañoneo.»

«A la 1'40 de la tarde.

»El comandante hace que de nuevo se recoja el ancla y avance el crucero más hacia la costa.

»Los señores Guarro, Armijo, Lisarraga, Cardona, Saavedra y Churruca, el médico señor Robles y el contador, todos en sus puestos, aguardan la orden de hacer fuego.

»El *Venadito* presenta un aspecto hermosísimo.

»Se han recogido los toldos y se acaba de tocar la orden de combate.

»Las evoluciones de la marinería se hacen con un orden admirable.

»En la toldilla de popa hay un cañón Nordelfel, de tiro rápido, y junto á él cuatro soldados de infantería de marina con las cajas de balas abiertas.

»A estribor hay un cañón-revólver Hoskist, y dos soldados que le sirven.

»En la popa está la ametralladora.

»El crucero sigue avanzando hasta la costa.

»Distinguimos delante de las trincheras construidas por los moros, un gran número de éstos.

»Suena el pito de orden y el *Venadito* vira admirablemente, poniéndose en facha.

»El oleaje es cada vez más fuerte.»

***

Puede comprenderse muy bien, por todo lo anteriormente citado, el entusiasmo que reinaba, lo mismo en el buque de guerra que en la plaza.

Esperábase con impaciencia la señal, y todas las miradas se dirigían hacia la playa, donde los riffeños seguían atentamente las evoluciones del *Conde de Venadito*.

Hé aquí el relato de los hechos subsiguientes:

»A las 3 de la tarde.

»Acaba de anclar el crucero.

»El señor Moreu manda cargar el cañón de estribor, de tiro rápido.

»A las dos y treinta y cinco, el cañón hizo fuego con granada y con un alza de tres mil metros. La granada estalló en la ladera del monte, junto á un caserío.

»Resonó á bordo un ¡viva á Moreu!, que fué contestado por toda la tripulación.

»El segundo disparo se hizo á mil quinientos metros, y fué magnífico: dió en la trinchera mora, y vióse volar la tierra y las piedras que la formaban.

»El tercer disparo se hizo á mil trescientos metros, y dió en un grupo de hombres y caballos.

»Al quinto tiro contestó la fusilería riffeña. Su fuego fué nutridísimo, pero ninguna bala llegó al barco.

»Un disparo del cañón de tiro rápido dió en medio del grupo de los moros que hacían fuego.

»Los que contemplamos el cañoneo, aplaudimos con entusiasmo.

»Desde lo alto del monte hacen fuego nutrido sobre el *Venadito*.

»Se dispara el cañón Hoskist, y el proyectil cae en el sitio desde donde se nos hacía fuego.

»Los moros huyen á la desbandada. Salen por docenas de las casas del poblado y se suben á las alturas.

»Vemos, á lo lejos, el humo de muchas hogueras, con que se avisa á las kábilas inmediatas. Los moros cortan apresuradamente, hierbas secas para encender más hogueras.

»Digno de ser descrito con amplitud es el espectáculo. Forman singular contraste la corrección que se observa en las maniobras de á bordo, con el azoramiento y precipitación de los moros que escapan. Véseles á éstos huir á las alturas, creyendo ponerse fuera del alcance de las balas.»

* * *

»A las 3'15 de la tarde.

»El *Venadito* sigue haciendo fuego. Á bordo, el orden es completo.

»Un disparo de cañón, hecho por el señor Armijo, dió en un grupo de los moros que nos tiroteaban. El grupo se dispersó y no volvieron á foguearnos desde aquel sitio.

»Algunas balas de los moros llegaron como á unos 100 metros del barco.

»Una turba de riffeños bajan á escape desde las laderas del monte, y con una fiereza y una bravura inverosímiles, llegan hasta la playa, á fin de alcanzar más con sus balas, acortando las distancias.

»El señor Moreu, ordena que se espere á que lleguen más cerca para disparar sobre ellos. En efecto: así que se detienen, el cañón dispara y la bala cae cerca del grupo.

»Otro grupo de moros á caballo, que se halla al lado de una palmera, hace fuego con verdadera furia. Un proyectil del cañón de tiro rápido, dió en el mismo centro del grupo.

»El general Margallo envía un oficial, en un bote, para preguntar al señor Moreu sobre qué sitio se ha hecho fuego y para decirle que puede continuar el cañoneo cuando lo crea conveniente.»

***

Grandes habrían sido los destrozos causados por los fuegos del crucero, cuando los riffeños hubieron de suspender los suyos, aterrados por la certera puntería de los cañones españoles.

Así se desprende de las siguientes noticias, notable corolario de los sucesos de aquel memorable día:

«A las 4 de la tarde.

»Los moros han suspendido sus fuegos, en vista de lo cual, el crucero también ha interrumpido el suyo.

»Ninguna bala de los moros ha causado el menor daño.

»El *Venadito* se pone de nuevo en marcha para regresar al fondeadero.

»El cabo de cañón que ha hecho más disparos, se llama Eugenio Vives.

»El número de disparos hechos, es el de diez y ocho.

»La tripulación del crucero se ha portado de un modo digno del mayor elogio.

* * *

»El moro que ayer vino á las orillas del río del Oro para citar al teniente coronel señor Mir, llegó esta madrugada hasta cerca de las murallas del fuerte de San Lorenzo. Traía una cesta y venía armado con su fusil.

»Cuando los centinelas le dieron el alto, expresó su deseo de hablar con el oficial de guardia.

»Bajó éste al campo, y el moro le dijo que traía en la cesta algunas docenas de huevos de gallina para regalárselos al señor Mir.

»Añadió el moro que la mitad de aquel presente se lo dedicaba al oficial con quien estaba hablando.

»Éste contestó que no podía ni quería aceptar regalo alguno de los moros y que remitiría la cesta al general Margallo, quien, cuando tuvo noticia de lo ocurrido, ordenó que fuese arrojado al mar el presente del moro.

»En la brevísima conferencia que tuvieron el moro y el oficial, dijo el primero:

«Que él no era enemigo de España y que sentía lo que pasaba en las kábilas; que era un embuste todo cuanto había dicho el bajá respecto á que los moros del campo limítrofe estuvieran en actitud pacífica. Todo cuanto ha manifestado el bajá y cuanto han dicho los moros de la Aduana es una invención,—añadió el moro de la entrevista, que se llama Alí,—porque las kábilas están más guerreras cada día. En los pozos del Tirador hay un gran contingente de riffeños bien armados, que permanecen desde hace muchos días delante de las trincheras, y detrás de éstas hay mucha guardia. Yo he podido venir hoy porque mi kábila entraba ayer de guardia en las trincheras del campo cristiano, y mi hermano manda las fuerzas que defienden las trincheras de frente á San Lorenzo. Sino, no hubiera podido venir. Las kábilas no transigirán nunca con que el fuerte de Sidy Guariach se construya, y pelearán hasta morir.»

***

«La mejor trinchera que tienen los moros, es la que empieza en la mezquita de Sidy-Guariach y llega á la Huerta del Condor.

»Detrás de ella había hoy un respetable número de riffeños con casi todos los cabos de las kábilas.

»Los disparos hechos por el *Conde de Venadito*, no obstante las malas condiciones en que estaba el mar, han sido muy certeros.

»Algunos proyectiles dieron en los poblados de Mezqui-

ta y Mazuza. Otro cayó en un grupo de moros que huían é hizo rodar algunos caballos.

»El número de moros que se ha visto, ha sido escaso y en posiciones muy distantes entre sí, y es que los riffeños han aprendido á no presentarse en grandes masas.

»Todos los periodistas residentes en Melilla, dirigieron la siguiente felicitación al comandante del *Conde de Venadito*, como justo testimonio de simpatía á su enérgico y bizarro comportamiento:

«Al comandante del crucero *Conde de Venadito.*

»Excmo. Sr. D. Emilio Díaz Moreu.

»A V. nos dirigimos para felicitar á la marina española »y á V., su valeroso y digno representante, á quien le ha »cabido la honra de ser el primero en romper el fuego con»tra las kábilas del Riff que mataron á nuestros soldados »y que mancillaron nuestra bandera.

»¡Viva España! ¡Viva la marina española! ¡Honor á su »bizarro comandante, á su oficialidad, á su marinería.

»Hoy es el primer día que alentamos, que sentimos »orgullo, que vindicamos nuestra afrenta.

»Luís Morote, Ramón Gasset, Domingo Blanco, Anto»nio Rodríguez Lázaro, Manuel Altolaguirre, Eduardo »Martos, Federico Gely.»

CAPÍTULO XXXIX

Después del primer paso.—El Presidente de la Comisión técnica en Madrid.—El Gobierno



ARECÍA lógico, que después del paso dado por la Marina, las operaciones por la parte de tierra completaran la obra.

Mas no sucedió así.

Todo volvió á quedar del mismo modo que antes.

El Gobierno nada decía y natural era que el general Margallo no se atreviera á afrontar la responsabilidad de contravenir las disposiciones de Madrid ó anticiparse á ellas.

Y la verdad era que se desperdiciaba una ocasión muy favorable.

La impresión recibida por los riffeños con las descargas del *Venadito*, había sido grande, y si la acometida por la

parte de tierra, hubiese sucedido inmediatamente, el resultado habría sido importante.

Desgraciadamente, no se hizo así.

La torpeza, el error, ó la contemporización, continuaban, y no había medio de contrabalancear lo que el Gobierno estaba haciendo.

Llegaban refuerzos en dosis homeopáticas, todos los efectos que llevaban los vapores á Melilla, era por el mismo estilo, y para hacer más dificultosa la situación, hablábase de sustituir al general Margallo con el general Macías.

Todas estas especies, que abultadas y contadas llegaban á Melilla y extendíanse por España, no eran las más á propósito, como fácilmente se puede comprender, para que reinara en Melilla y en la Península, confianza bastante en que el Gobierno, miraría dignamente por el prestigio del país.

Así fué que las dudas, las desconfianzas, las censuras tornaron de nuevo y la opinión, con semejante tira y afloja, se cansaba y desfallecía.

***

El día 22 de octubre regresó á Madrid el general señor Sánchiz, presidente de la Comisión técnica, y sin tomarse apenas tiempo para descansar fué á conferenciar con el ministro de la Guerra.

Realmente se le esperaba con impaciencia, á fin de escuchar la autorizada opinión de las entendidas personas que formaban aquella Comisión.

El presidente hizo entrega al ministro de la Guerra, así del proyecto de fortificación, como de la memoria explicativa, trabajos hechos sobre el mismo terreno.

En el citado documento, y en términos muy claros y concretos, se razonaba todo el plan de defensa propuesto por la Comisión.

El proyecto era el mismo formulado por el ministro de la Guerra, modificado ligeramente, el cual consistía en la ampliación de las obras de algunas fortificaciones, porque así lo exigían las accidentaciones del terreno.

En el despacho particular del ministro de la Guerra, y estudiando la memoria y los planos de los fuertes que debían construirse, pasaron toda la tarde el general López Domínguez y el subsecretario de Guerra, señor Echaluce.

Mas como que había algunas dudas que aclarar, se comprende perfectamente que debieran celebrarse nuevas conferencias; pero de todas maneras la resolución definitiva debía partir del Consejo de ministros que se había de celebrar inmediatamente.

El ministro de la Guerra se fué á ver al presidente del consejo, á quien puso al corriente de los extremos principales del proyecto de la Comisión técnica.

* * *

Entre éstos figuraba, el de las fuerzas necesarias para repeler y castigar á los riffeños, en caso de que éstos intentasen oponerse á la ejecución de las obras de defensa.

Propuso la Comisión que se enviasen á Melilla 2.000 infantes para guarnecer la plaza, y 8.000 para operaciones, á los cuales debían agregarse, por lo menos, cuatro escuadrones de caballería.

Además, proponía también dicha Comisión, la construcción de buen número de baterías y el aumento de la artillería de montaña.

El señor Sánchiz estuvo también en palacio, conferenciando con la reina, á la que refirió detalladamente sus noticias é impresiones respecto de los sucesos de Melilla, y consecuencias que pueden tener.

El día 23, después del accidente sufrido, el señor Sagasta presidió el Consejo de ministros, dirigiendo todo el debate, imprimiendo iniciativas y proponiendo resoluciones, que fueron aprobadas por unanimidad, por los individuos del gabinete.

Desde el punto de vista de los acuerdos definitivos relacionados con las operaciones de guerra que dentro de breve plazo iban á emprender nuestras tropas en Melilla, el consejo tuvo verdadera importancia: los ministros no la ocultaban, á pesar de mostrarse muy reservados respecto á los detalles de sus resoluciones.

El ministro de la Guerra, sin poder ocultar su satisfacción por el resultado del consejo, dijo á los periodistas que ansiosos esperaban su salida, que cuando conocieran los acuerdos del Gobierno, estaba completamente seguro de que los aplaudirían.

Sin embargo, las manifestaciones del ministro de la

Guerra no se pudieron realizar en virtud de lo acordado en el mismo consejo, según lo que decían los periódicos referente á este particular.

***

«Bien por espontánea voluntad,—decía *El Liberal*,—bien porque se lo sugirieran los generales López Domínguez y Pasquín, en conferencias anteriores, el presidente del Consejo se manifestó desde luego resueltamente contrario á la publicidad de las noticias referentes á las operaciones militares, en el campo de Melilla.

»Además de que, á juicio del señor Sagasta, en ningún país se consiente la divulgación de noticias de aquella clase, considera el presidente del Consejo un desacato al jefe del ejército, que es la reina, el que aparezcan diariamente en los periódicos extensas relaciones de las fuerzas que se organizan, de los planes que han de aplicarse y de las operaciones que han de emprenderse, antes de que los conozca el jefe del Estado.

»Así, pues, de hoy en adelante y mientras no quede satisfecho en Marruecos por el esfuerzo de nuestros soldados el agravio inferido á España por los riffeños, el Gobierno, según propuso el señor Sagasta y acordó el gabinete, sólo consentirá la publicación de las noticias que tengan carácter oficial ó se refieran á hechos evidentes que no comprometan en forma alguna el éxito del plan de campaña. Las demás noticias que aparezcan en los perió-

dicos pueden incurrir, de parte del Gobierno, en la calificación de falsas, y las noticias falsas... casi no hay para qué decirlo, serán denunciadas y sus autores sometidos á los tribunales de justicia.

»Quizás, para darles la verdadera norma de conducta, el señor ministro de la Gobernación convoque á una reunión á los directores de los periódicos; pero sobre este punto no se tomó acuerdo decisivo, tal vez porque alguno de los individuos del gabinete considerase que aquel procedimiento implicaba el propósito de amenguar la independencia de la prensa.

»En realidad, lo acordado fué dejar á los periódicos en libertad de decir lo que quieran, bajo su responsabilidad, quedando el Gobierno en exigírsela tan estrecha como lo considere necesario.»

Reunidos en Consejo los ministros, el de la Guerra dió lectura al informe que la Comisión técnica, presidida por el general Sánchiz, había emitido; informe que podríamos decir, se ajusta en todas sus partes al plan de operaciones del general López Domínguez.

Una vez terminada aquélla, el expresado general, tomando la palabra como ampliación, digámoslo así, al informe, manifestó á sus compañeros de gobierno los elementos que tiene acumulados, susceptibles de aumento, con el objeto de poder emprender las operaciones con la mayor rapidez y en las mejores condiciones posibles.

En la explicación de su pensamiento estratégico para hacer efectivo el castigo de los rifeños, se extendió en

grandes consideraciones, manifestando que su proyecto era el llevarlo á cabo con el menor gasto posible, con gran energía, rapidez y con el mayor ahorro de sangre española.

* * *

Señaló también los procedimientos que habían de elegirse, según que el enemigo adopte la defensiva ó la ofensiva, manifestando igualmente el medio de que se valdría para que en los momentos precisos puedan concentrarse sobre el campo de Melilla, aparte de una fuerte guarnición en la plaza, las fuerzas relativamente considerables que hayan de entrar en combate y sostener la retaguardia, sin que para aquella aglomeración de tropas haya necesidad de hacer los enormes aprovisionamientos de pertrechos, víveres y hasta agua que exigiría la ocupación permanente, en nuestro territorio africano, de un ejército de 10 á 12.000 hombres.

Y no paró en esto lo propuesto, es decir, el proyecto que tenía formado, sino que fijó hasta la fecha aproximada en que tendría lugar el primer combate de empeño, señalando la persona que había de dirigir las operaciones, sin excluir la probabilidad de que él mismo fuera á ponerse al frente del ejército expedicionario.

* * *

El ministro de la Guerra, que manifestó tenerlo todo dispuesto y reunido, á falta sólo de órdenes complementa-

rias que muy pronto había de transmitir, emitió también atinados juicios sobre la naturaleza del terreno en que se había de operar, condiciones del enemigo, lugares que deberán ocuparse y todo, en fin, cuanto pudiera interesar al buen éxito de las operaciones.

¿Hubo alguien que fijase la fecha de estas?

¿El mismo ministro de la Guerra la fijó realmente?

Si lo hizo debió ser con el firme propósito de no cumplirla; si la calló, hizo perfectamente el Gobierno en tener al país pendiente de la esperanza, para que á fuerza de esperar, viniera el desaliento, el cansancio y si no el olvido, por lo menos la indiferencia.

La burla, permítasenos la frase, de que después hemos sido objeto, estaba ya preparándose para que fuese víctima de ella la opinión.

* * *

Para esto era preciso recurrir á los medios que tantas y tantas veces ha utilizado el jefe del partido fusionista, poseedor como el primero, del secreto de aplacar los ánimos del pueblo español.

Ninguno de los ministros dijo una palabra, ninguno de los periodistas pudo sacar en limpio otra cosa que vagas noticias respecto á los supuestos, hechos, por el ministro de la Guerra.

¿Fueron estos discutidos? ¿Se aprobaron tal cual López Domínguez los presentó? ¿Se acordó modificarlos?

Preguntas son estas que nadie podrá contestar y si el juramento pudiera tener firmeza, hecho por un político y para asuntos de la política, cabría decir que los que concurrieron á aquella especie de reunión familiar, debieron juramentarse para guardar silencio absoluto de lo que allí se hablase.

***

Pero si el tiempo todo lo borra, también suele descubrirlo todo, y lo que ayer era un misterio para todos, lo que entonces aparecía obscuro á la más perspicaz penetración, hoy, en vista de los hechos, empieza ya á vislumbrarse algo que permite conjeturar lo que en aquel consejo hubo de acordarse, acuerdos que no somos los llamados á calificar ya que la pública opinión los tiene calificados.

Meros cronistas, nos concretaremos á narrar los sucesos tal cual han ido ocurriendo, y aun cuando nos duele ponerlos de manifiesto en su vengonzosa desnudez, antes que todo debemos ser justos, debemos ser verídicos, y la historia debe ser tan imparcial como exacta.

CAPÍTULO XL

La misa de campaña.—Cárabos incendiados



L día 22 de octubre llegó á Melilla el vapor *Sevilla*, llevando á su bordo 140 soldados, dos cañones de plaza, algunas provisiones de pólvora, y personal y material de Administración militar, cuya falta se dejaba sentir en la plaza.

Esperábase también el vapor *Cámara*, que por causa del temporal que reinaba se vió obligado á fondear en Chafarinas.

Muchos eran los comentarios que se hacían en la plaza á propósito del cañoneo del día anterior, habiendo gran curiosidad por conocer los destrozos y las bajas causadas á los moros, pues todo el mundo creía que debieron ser muy numerosos los daños que se les ocasionaron.

A las primeras horas de la mañana, ocuparon los moros

en gran número, un tejar próximo á la plaza, presenciando desde allí las operaciones de desembarque del *Sevilla*.

A las ocho de la mañana todo estaba preparado en el barrio del Polígono para celebrar la misa de campaña.

En la calle principal del barrio, muy ancha y muy extensa, formando una pendiente que permitía ver á todos, el altar, colocado en lo más alto de la vía, estaban los oficiales y soldados de los regimientos de Cuba y Extremadura. El padre Fúgiter iba á decir la misa, ayudándole el capellán del regimiento de Borbón.

***

A pesar del fuerte viento de Levante, que deslució algo la religiosa ceremonia, todo presentaba un animado aspecto.

Las músicas militares tocaban aires españoles, los soldados hablaban y reían, las ventanas y azoteas de las casas estaban llenas de judíos, que miraban conmovidos los preparativos para la ceremonia.

Al llegar el capellán y su ayudante al altar, todo quedó en silencio.

El coronel del regimiento de Extremadura, ordenó á los soldados que intimaran á los hebreos á descubrirse; pero éstos rehusaron y se escondieron temerosos en sus habitaciones.

Algunas mujeres más curiosas y sin ninguna obliga-

ción, permanecieron en las azoteas llevando sus negras cabelleras cubiertas con las tocas.

Una de ellas, llamada Mercedes, mujer bellísima, tipo magnífico de la hermosa raza judía, llevábase las miradas de los oficiales y soldados, distrayéndoles de su atención devota.

Terminada la misa, las tropas desfilaron al compás de la música.

Durante aquella noche los moros ni hostilizaron nuestros fuertes, ni salieron de sus límites.

Para proteger la llegada al Polígono de la segunda batería, extendiéronse los cazadores por el campo hasta cerca de Sidy-Guariach, sin que lograran ver un solo moro, lo cual demuestra el miedo que tienen á nuestros cañones.

Y esto se comprende muy bien, recordando el escarmiento que habían tenido el día anterior con los disparos del *Conde de Venadito.*

Mas á pesar de esto no se daban por vencidos, mejor dicho, continuaban sus aprestos de defensa, y durante la noche que siguió al ataque de que hablamos anteriormente, construyeron una nueva trinchera.

***

El bajá del campo se había encargado de hacer que destruyeran las que tenían; pero era el caso que en vez de ejecutarse esto, las aumentaban, y por nuestra parte no se las seguía destruyendo.

La política de debilidades había vuelto á ponerse en acción.

Procediendo de este modo, era imposible obtener un éxito satisfactorio.

La tolerancia que se tenía con los riffeños, el dar un paso hacia adelante para detenerse después y quedar en la inacción, era mucho peor todavía.

Ellos se envalentonaban, consideraban, y no les faltaba razón para ello, como un triunfo aquel estado y de este modo iba haciéndose más difícil lo que en sus principios hubiera sido fácil.

Entretanto el temporal iniciado el día anterior, y que había aumentado durante la noche, produjo en el *Venadito* una ligera avería.

Sin embargo, era de fácil remedio, y bien pronto se encontró en disposición de repetir el ataque, si órdenes para ello hubiera recibido.

Durante la noche, los marineros quemaron dos ó tres cárabos de los moros que estaban en la playa.

Uno de los elementos que más se estaban echando de menos, y que probaba desde luego los errores cometidos desde su principio, era la falta de fuerzas de caballería.

Esta arma podía haber prestado muy buenos servicios explorando el campo enemigo, á fin de poder comunicar á la plaza los movimientos de las kábilas fronterizas.

Los destrozos causados entre los infieles por los disparos del *Venadito*, fueron de alguna consideración, y eran de oir las quejas de los moros de la Aduana, fundándose en

que no debía de haberse obrado de aquella manera, cuando el bajá del campo se había comprometido á hacer que los riffeños destruyesen las trincheras.

***

Esto constituía otro de los errores que había que lamentar desde el principio de las operaciones.

Tener en la plaza aquellos enemigos encubiertos, cuyas simpatías forzosamente habían de estar mas bien al lado de los riffeños que no al de España, era, en las circunstancias de que hablamos, lo más impolítico que podía haberse consentido.

Así que, los riffeños sabían perfectamente cuánto pasaba en la plaza, el número de soldados que llegaban en cada expedición; todo, en fin, cuanto podía interesarles, todo lo sabían.

Tan luego el *Venadito* empezó el ataque, los moros comenzaron á encender hogueras por toda la parte del Gurugú, llamamiento para las demás kábilas, que fué contestado inmediatamente.

Si á juzgar por las fogatas que desde la plaza se veían hubiera de considerarse el número de riffeños, éste había de ser considerable, porque según lo manifestado en las correspondencias que tenemos á la vista, el campo moro asemejaba un vasto incendio.

En tales términos hubieron de llamar la atención, que el general Margallo, el teniente coronel Mir y un

oficial de artillería, se dirigieron al torreón de las Cabras.

En este torreón había cañones Armstrong, que se cargaron á fin de disparar contra las grandes agrupaciones de hogueras.

Al mismo tiempo, y como que el estado del mar impedía la salida de ningún bote para dirigirse al crucero, se intentó ver si voceando se podía conseguir que en el *Venadito* oyeran la orden de que disparase contra las hogueras.

Pero no se pudo conseguir que la voz dominase el rugido de las olas, y entonces fué cuando se decidió porque fuera el citado fuerte quien hiciera los disparos.

Sin embargo, esto no se verificó, porque las hogueras fueron extinguiéndose, ya porque se les acabara el combustible, ya porque los enemigos temieran que desde la plaza les observaran, con mayor motivo cuando el *Venadito* dirigía su reflector eléctrico hacia aquellos sitios.

***

Según la opinión del general Margallo, creía que debían tomarse posiciones en la margen derecha del Río de Oro, en puntos verdaderamente estratégicos, á fin de poder dominar todo el campo.

Pero para esto, pensaba, y con mucha razón, que se hacía preciso el pronto envío de las fuerzas necesarias, porque de otra manera todo resultaría inútil.

Del mismo modo también opinaban todos cuantos, llenos de verdadero entusiasmo, y amantes del decoro y de

la honra nacional, estuvieron clamando desde los primeros días por el envío de las fuerzas necesarias para tomar inmediatamente la revancha de lo ocurrido el día 2.

La lentitud en el envío de tropas, la inacción que por todos estilos se imponía al general Margallo, teníanle profundamente disgustado, advirtiéndose de un modo marcadísimo, así en la expresión de su rostro, cuanto en las frases que de sus labios se escapaban, las contrariedades que experimentaba.

El día 23 hubo feria en Frajana, acudiendo á ella gran número de moros, que indudablemente aprovecharon aquella ocasión para celebrar una de sus *jontas* magnas, donde indudablemente tratarían de la conducta que habían de seguir respecto á España.

¡Quién sabe si de aquella feria, ó como consecuencia de ella, resultarían los sucesos ocurridos pocos días después y que dieron por resultado la muerte del pundonoroso gobernador de Melilla!

CAPÍTULO XLI

Reconocimientos practicados por los generales Ortega y Margallo.—Conferencia y reclamaciones del bajá



LA mañana del día 23, el general Ortega, seguido de algunos oficiales y corresponsales, salió de la plaza haciendo un reconocimiento hasta Río de Oro.

Subieron á los fuertes de San Lorenzo y de Camellos, extendiendo la correría hasta el cerro del Tesorillo. Desde allí se pudo apreciar la inspección que había practicado el general Margallo, que llegó hasta el quinto mojón. Hay seis de éstos. Desde el quinto hasta donde se acaban nuestros límites, hay 1.200 metros. A esta distancia empieza el campo moro.

Los fuertes recubiertos por los cazadores, según Margallo, no son de los construidos por los moros, sino que existían hace tiempo. Los moros vieron la descubierta de

Margallo sin hostilizarla, ni molestar tampoco á la pareja de caballería, que se internó bastante.

Durante estas operaciones y cerca de la mezquita del poblado de Mazuza, un grupo de veinte moros observaba el movimiento. Sentados sobre las piedras, miraban sin moverse.

Subieron á Camellos por un repecho. En aquel momento, que eran las nueve de la mañana, fondeaba frente al puerto el vapor norteamericano de guerra, *Benington*. El buque y la plaza se saludaron con 21 cañonazos.

Al oir los primeros disparos, los moros de Mazuza, creyendo sin duda que iban contra ellos, salieron corriendo. De unas huertas próximas, las mujeres y los chiquillos moros huyeron asustados, abandonando unos sacos que llevaban. Después, viendo que no caían granadas, volvieron á sus faenas.

Los expedicionarios bajaron del fuerte, atravesando la carretera en construcción de Sidy-Guariach. Al llegar al río, destacóse un moro de rey con banderita blanca, probablemente para solicitar parlamento, sin duda para enterarse de la nación á que pertenecía el buque recién llegado.

Corrieron al moro un oficial de artillería y otros de infantería, llevándoselo hacia el Polígono.

Cuando volvieron á la plaza y al muelle los que acompañaban al general Ortega, los oficiales del buque norteamericano embarcaban de vuelta de la plaza. Más tarde el almirante y los oficiales, de gran uniforme, pasaron á visitar al general Margallo.

El objeto de su venida no fué otro que la curiosidad. Hablaban algo el castellano y se manifestaban gozosos de ver á Melilla. Decían que formaban peor idea de la plaza. Viéndola, no comprendían que permaneciésemos sin avanzar hacia los moros, teniendo casi á la mano á Frajana y Mazuza.

Y no lo decían sólo por lo de ahora, sino por tantos años como llevamos encerrados allí sin extender nuestro territorio.

* * *

Las escasas fuerzas que había en Melilla, estaban ansiosas por entrar en acción; pero desgraciadamente en vez de esto se veían obligadas á presenciar las diversas conferencias celebradas por el bajá con el gobernador, conferencias que no tenían indudablemente otro objeto que el de ir ganando tiempo, proveerse de lo que les hacía falta y enterarse de cuanto pasaba en la plaza.

Algunos corresponsales han concedido, sin fundamento, una importancia extraordinaria á una carta del bajá. Suponíase que éste pasaba por todo menos por la construcción del fuerte.

Atribuíanse á la carta conceptos que nadie había podido leer, en árabe, excepto el intérprete.

Éste guardaba una reserva absoluta. Por lo tanto, no pasaba de ser una invención, cuanto como versión de la carta se telegrafió.

Además, cuanto el bajá dijera era puramente particu-

lar, sin importancia alguna, por su falta de influencia entre las kábilas.

A las tres de la tarde tuvo el bajá otra conferencia con Margallo. Era la *duodécima* desde el día 2.

La Comisión que debía acordar dónde había de establecerse el campamento, presidida por el teniente coronel de cazadores de Cuba, D. Buenaventura Cano, estaba compuesta de los jefes de artillería, conde del Peñón de la Vega; de ingenieros, Souza y Cordero; de Estado Mayor, don Juan Picazo.

Dicho campamento le ocuparían 8.000 hombres de infantería, 400 de ingenieros, 400 de artillería de á pie, dos baterías, una montada y otra de montaña, y un regimiento de caballería.

Estaba acordado que empezaran las obras en los fortines intermedios de Camellos y Sidy-Guariach, asistiendo á ellas, á más de los ingenieros, un batallón de infantería como obreros, y la escolta necesaria que se determinase.

Según la opinión facultativa, el campamento debía instalarse partiendo de la margen izquierda del antiguo cauce del río, extendiéndose por el campo de instrucción hasta el tejar.

Para evitar el paludismo, se harían canales de saneamiento, colocándose letrinas que desaguaran en el río.

En material de campaña había 200 tiendas cónicas y 16 dobles cañoneras. Las primeras, de cabida para 20 hombres; las otras, de 16. En suma, podrían acampar unos 4.000.

Había 6 hornos sistema Lespinar. Cada uno suministraría 160 raciones por hornada, pudiendo hacer tres al día.

Éstos no se utilizarían sino en caso de que la plaza no pudiera dar abasto. No estaba acordado todavía cuándo se instalarían.

***

Lo mismo el general Margallo que el general Ortega, convencidos de que no era conveniente por ningún estilo dejar que las fuerzas que guarnecían la plaza, permanecieran inactivas, cada día, las que estaban exentas de servicio, salían al campo á hacer ejercicios.

Los moros contemplaban las maniobras sin hacer la menor demostración agresiva.

El corresponsal de *El Liberal*, decía, refiriéndose á uno de estos días:

«Desde las dos de la tarde empiezan á salir de la plaza, para el campo de instrucción, casi todas las fuerzas que hay actualmente en Melilla.

»Van el regimiento de África con su música, el batallón Disciplinario y la artillería de montaña.

»Desde lejos óyense en el Polígono las cornetas de órdenes. Es que hacen el ejercicio los cazadores de Cuba y el regimiento de Extremadura.

»Á las tres menos cuarto aparecen á las puertas de la plaza los generales Ortega y Margallo. Presencian y dirigen un breve rato los ejercicios de las tropas.

»Éstas se diseminan en guerrilla por el campo de instrucción, formando cuadros, simulando ataques á la bayoneta y tendiéndose en el suelo para apuntar.

»Por lo alto de los cerros miran con sus anteojos los oficiales de los buques norteamericanos.

»En esto,—serían las tres y cuarto,—aparecen el bajá y el coronel de la caballería mora, seguidos de ocho moros.

»Extendidos en guerrilla, echados en el suelo, tengo á mi lado varios soldados de África.

»Oigo que dicen:

»—De qué buena gana tiraríamos de verdad á esos perros moros de rey,—mientras éstos pasan asustados por entre las guerrillas.

»Tranquilízanles Margallo y Ortega, estrechan la mano al bajá y da principio la conferencia.

»Mientras duraba ésta, vióse al bajá manotear y alzar la voz.

»Duró la conversación una hora. Á las cuatro y veinte se despidieron, montaron y partieron á galope.

»Tanto la actitud de los moros como la escasa duración de la conferencia, parece que indican que no fueron bien acogidas las reclamaciones de éstos contra el cañoneo del *Venadito*, la quema de sus cárabos y demás hechos, para los que ellos creían, dada la benevolencia anterior, que lograrían explicaciones.

»El martes vino el bajá á pedir víveres. Para ellos la feria de Frajana está en Melilla.»

* * *

Efectivamente; razón tenía el señor Morote, al decir que para los riffeños la feria de Frajana estaba en Melilla, puesto que entraban y salían, adquirían lo que les hacía falta, y sabían lo que no hubieran tenido necesidad de saber.

«La repetición de las conferencias,—decía un ilustrado corresponsal,—quítales todo interés. Nadie pregunta ya sus resultados.

»Todos las traducen como ardides de los moros para informarse del estado de la plaza, ganando tiempo, de este modo, para esperar á que el sultán conteste.

»De camino hacen aquí sus provisiones, llevándose café, azúcar, velas, cuanto les hace falta.

»Ahora están algo amilanados por el acampamento de fuerzas y dispuestos á no presentarse en línea de batalla cuando se les ataque, reservándose para una sorpresa, valiéndose de modo que nuestras tropas se internen en su campo, buscando por todos los medios quitar importancia á la campaña y á sus resultados provechosos.»

A esto y á mucho más estaba dando lugar el Gobierno, con su desatentada marcha de lentitudes y diplomacias.

Hasta los mismos marinos norteamericanos, que como hemos dicho, habían llegado á la plaza días antes, decían que el Gobierno español debía hacer con los riffeños, lo

que el de su país con los salvajes, el cual se asimila cada vez más su territorio y extermina á los pieles rojas.

***

Mientras se celebraba la conferencia entre el bajá del campo y el general Margallo, los askaris ó moros de rey, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas y el fusil entre ellas, muy serios, muy dignos, sin pestañear, contestaban con signos negativos á las cuchufletas de los soldados, que les preguntaban si tenían dados á lavar, los calcetines, viéndoles las piernas desnudas.

De pronto, no se sabe de qué grupo de soldados partió una piedra que dió en la cara á un moro.

Éste se levantó muy enfadado, dejó el fusil á un compañero y fué á contárselo al bajá.

Margallo, mandó, para proteger á los askaris, que pusieran á éstos al pie de la caseta de ingenieros, donde la conferencia se celebraba.

***

¿Cuál era el objeto, aparente, puesto que el verdadero era el que ya hemos dicho repetidas veces, que tenía la conferencia que se estaba celebrando?

Una de tantas impertinencias como en las anteriores entrevistas se habían pedido.

Querían los moros, según se dijo, la devolución de la

mula que dos días antes les cogieron los soldados del fuerte de San Lorenzo.

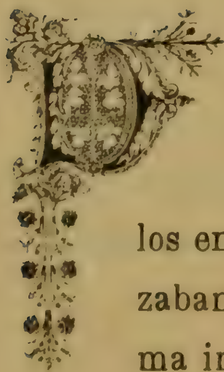
Margallo contestó extrañándose que pidiesen aquello, cuando ellos conservaban á nuestros prisioneros. Replicó el bajá que no era posible dominar á las kábilas amigas de la guerra, pero que creía que podía esperarse á que llegase el sultán para que lo arreglara todo de un modo pacífico y que él castigaría á los moros levantiscos.

Preguntóle Margallo que por quién sabían la venida del sultán y contestó que por moros de una kábila del interior.

El general Margallo se opuso á conceder nada y la conferencia fué agriándose en términos que el bajá se mostró bastante disgustado.

CAPÍTULO XLII

Continúa la inacción por parte del Gobierno, acentuándose el disgusto de la nación.—El general Macías.— Lo que decían los periódicos



IARIAMENTE, la prensa de todos matices estaba ocupándose de lo que ocurría en Melilla, y al lado de las noticias referentes á los envíos que iban haciéndose á la plaza, se lanzaban las más acerbas censuras respecto á la misma insignificancia de aquellos envíos.

Ora era una batería, ora unos cuantos soldados para cubrir bajas, otra vez un batallón, al día siguiente utensilios de Administración militar, después municiones, y todo á pequeñas dosis.

Y sin embargo, aun cuando la exiguidad de los envíos era grande, entre los moros no dejaba de producir su efecto el desusado movimiento que se observaba en la plaza.

Los más resueltos no dejaban de mostrarse inquietos.

Es decir, que hubiera bastado un alarde de fuerzas desde el primer momento, para que hiciera efecto el castigo.

Pero las fuerzas que había en la plaza, que estaban ansiosas de pelear, no tenían orden para ello, y se mostraban descontentas, con mayor motivo al ver que todo eran conferencias y cabildeos, cuando allí lo que realmente hacía falta, era luchar.

Cuando llegaban periódicos de la Península y veían lo que se hablaba en Madrid, y que se trataba de relevar al general Margallo, y que el Gobierno se preocupaba de la situación de la plaza, y que se iba á hacer tanto y cuanto, y sin embargo, nada se hacía, el disgusto aumentaba, como es fácil comprender.

***

El señor Morote, decía en uno de sus telegramas:

«Encontrábame, hace poco, en una reunión de militares. Como de costumbre y como solo tema de conversación, aquí hablábase de los sucesos de hoy, y particularmente de la última conferencia del bajá y Margallo.

»Aludiendo al contraste que ofrecieron esta tarde los moros y Margallo, en conferencia, con las tropas extendidas en guerrilla y los barrenos abriendo huecos en los cerros por donde cruzará la carretera de Sidy-Guariach, decía una persona de mucha autoridad aquí: «El de los

»estampidos y la guerra: ese es el camino que hay que en-
»señar á las tropas, no el de conferencias inútiles.»

»Se recordaba, á propósito de esto, el efecto producido en los moros por los sucesos de esta tarde.

»Atendiendo á la conferencia, se reían. Pero cuando los moros se fijaban en el aparato de fuerza y en el aspecto que presentaba el campo, todos pudimos apreciar sus recelos y su preocupación.

»El espectáculo que presenciaron cuando la Comisión de campamento se ocupaba en trazar líneas, era verdaderamente guerrero: desfilaba el regimiento de África, con sus fusiles á la espalda, escoltando á la Comisión; seguía, en otra parte, el batallón Disciplinario su ejercicio; veíase más allá la artillería de montaña, y tantas fuerzas reunidas y á tanta animación guerrera, correspondían los comentarios en los moros, que se veían en un verdadero campamento.

»Los militares recordaban lo mucho que el espectáculo imponía á los acompañantes del bajá.

»Cuando sonaban los barrenos, volvíanse atemorizados.

»Sólo recobraron su actitud cuando salieron Margallo y el bajá de la caseta, y vieron renovarse aquellas afectuosidades y aquellos apretones de manos con que ellos se tranquilizan y se burlan de nosotros.

»Todo esto lo recordaban todos, comentándolo con calor. Algunos se consolaban esperando que pronto *habrá jaleo*.

»Todos dicen: Hay que emprender francamente el camino del castigo severo, no el de las conferencias inútiles.»

* * *

Pero el Gobierno, que también decía esto mismo, que parecía tan dispuesto á emprender una acción enérgica y decisiva, la verdad era que hacía muy poco.

«Cada día, decían correspondencias que tenemos á la vista, es aquí mayor el disgusto por el marasmo que se observa en la plaza.»

¿Para qué había ido, la poca fuerza enviada hasta entonces?

Es verdad que la artillería había aumentado en gran manera y en los momentos que hablamos había ya en Melilla, 12 cañones de bronce de 16 centímetros; 4 obuses de 15; 4 de á 21; 2 de á 24; 4 cañones sistema Verdes Montenegro, de calibre 15; 18 piezas sistema Plasencia; un Armstrong de á 8; 4 ametralladoras Martini y 38 piezas Plasencia para montaña. Además, esperábanse de Cádiz dos baterías y nuevas piezas y municiones de otros parques.

Con todo esto ya se podía haber hecho algo; pero pasaban los días y la oficialidad comenzaba á estar cansada, así por la inacción, cuanto por la elevación que habían alcanzado los precios de los comestibles.

A los que creían ó indicaban que debíamos esperar que el sultán, comprendiendo la justicia de la razón que nos asistía, hiciera entrar en cintura á las kábilas insurrectas,

contestaban los periódicos que contemplaban la cuestión bajo su verdadero punto de vista:

«Desde que las hordas salvajes, que al otro lado del Estrecho son afrenta de la civilización, osaron inferir á nuestra España sangriento ultraje, hemos creído que para tomar satisfacción de ese brutal agravio y asegurar para lo sucesivo el respeto á nuestra bandera, no debemos acudir á nadie, «porque es cuestión de nuestro derecho, de nuestro territorio, de nuestra dignidad,» como dijimos al día siguiente de la destrucción del fuerte de Sidy-Guariach.

»Y esto que con calma, aunque no sin pena, hemos dicho, lo debemos repetir mil veces. Nosotros no podemos ventilar cuestiones que afectan á la integridad de nuestro territorio, con el gobierno del sultán, que carece de fuerza para que se le obedezca en el suyo. Insigne torpeza sería buscar la garantía de nuestro derecho en las promesas más ó menos sinceras de ese gobierno, que sólo reconoce el derecho de la fuerza, y que en constante lucha con los suyos, casi nunca es bastante fuerte para hacer valer ese derecho. La dignidad de España es cosa muy alta y muy sagrada para que le demos por escudo la flaqueza ridícula de un emperador, cuya soberanía casi nominal es pisoteada continuamente por sus salvajes súbditos.

»La cuestión marroquí, «tan violenta y sangrientamente renovada, no es cuestión que deba ventilarse entre nuestro Gobierno y el gobierno impotente del sultán; es cuestión absolutamente de nuestra incumbencia».

»Esto hemos dicho. Y si queremos que nuestros valien-

tes soldados no se vean continuamente expuestos á las agresiones brutales y traidoras de los moros; si los habitantes de Melilla no han de vivir en continua alarma y en gran peligro, y si deseamos que nuestro pabellón no sufra el vergonzoso insulto de las feroces kábilas riffeñas, preciso es que no pidamos esto á quien no tiene medios ni acaso voluntad sincera de concederlo. Contemos sólo con nuestras propias fuerzas y vayan nuestras tropas hasta donde deben ir, asegurando con todas las obras que sean necesarias la posesión del terreno que de derecho nos pertenece.»

* * *

No hemos podido explicarnos todavía lo que pasaba en el seno del Gobierno, respecto al general Margallo.

Su comportamiento del día 2 de octubre, sus avisos al ministerio competente, de la actitud en que se encontraban los riffeños desde el momento en que comenzó la construcción de la caseta, base preliminar de la erección del fuerte de Sidy-Guariach, parecía demostrar que no era ni tan inepto, ni careciera de confidencias que pudieran tenerle al tanto de lo que ocurría en las kábilas fronterizas.

Y sin embargo se pensó en sustituirle, y cuantos elogios de él se habían hecho al principio, parecía que se le trataba de rebajar.

A la vista tenemos un artículo publicado en *El Liberal* del día 26 de octubre, donde dice lo siguiente:

«Ayer por la mañana llegó á Madrid el nuevo coman-

dante general de la plaza de Melilla, señor Macías, y poco después se presentó al señor ministro de la Guerra, con el que celebró una larga conferencia.

»No conocía personalmente el ministro de la Guerra al señor Macías, y le ha elegido para el desempeño de aquel importante y delicado cargo, por los antecedentes que de él tenía y por las referencias que le han hecho personas respetables y de la absoluta confianza del general López Domínguez.

»Apenas comenzaron á hablar ayer mañana, vió plenamente demostrado el ministro de la Guerra que el general Macías es muy conocedor de la situación de las cosas de Melilla, cuyo mando ha desempeñado largo tiempo, y tiene muy buena idea de la conducta que conviene seguir.

»El señor López Domínguez comenzó á enterarle de las disposiciones que ha dictado desde que tuvo noticia de la lucha del día 2; elementos que ha reunido y se propone reunir para las operaciones; plan para las obras de fortificación y plan de campaña, y política de severo castigo que se ha de seguir con las kábilas.

»El señor Macías hizo muy cumplidos elogios de la dirección dada por el señor López Domínguez á todos los trabajos preparatorios de la campaña.

»Comenzaron á tratar de puntos concretos, dando el ministro instrucciones al comandante general de la plaza sobre instalación del campamento, trabajos de fortificación y colocación conveniente de municiones y víveres, cuando llegó la hora de ir el señor López Domínguez á Palacio, é

invitó al general Macías á que lo acompañara para presentarlo á la reina.

»Hecha, efectivamente, la presentación, el señor Macías permaneció breve rato en la regia cámara, de donde se retiró con la orden del ministro, de verle hoy de nuevo, para tratar de otros extremos importantes de las operaciones, entre ellos del embarque de tropas y conducta que se debe seguir con el enemigo desde el momento en que el señor Macías se posesione de su cargo.

»El señor López Domínguez cree que hoy quedará completamente terminado el expediente que se instruye para que sea un general de división el comandante general de la plaza, y en ese caso mañana pondrá á la firma de la reina el decreto nombrando al señor Macías, y mañana mismo saldrá éste para Málaga, donde se embarcará con rumbo á Melilla.

»Una vez en aquella plaza, uno de los primeros cuidados del señor Macías será el de procurar en abundancia agua potable. Para esto, se propone abrir varios pozos en la parte de la Huerta.

* * *

El general Macías estaba en Valencia y había sido llamado por el ministro, lo que demuestra que se tenía ya la idea de separar del mando de Melilla al general Margallo.

¿Estaba acaso descontento de su gestión, el Gobierno? Parécenos que si así era, debió manifestárselo desde el

principio, y si así no era, haber facilitado á aquella autoridad todos los elementos necesarios para llevar á cumplido efecto lo que la dignidad de la nación estaban reclamando.

«El general Margallo,—proseguía diciendo *El Liberal*, —no tiene todavía noticia oficial de su relevo.

»Hoy se la comunicará el señor ministro de la Guerra.

»En cuanto á la futura situación del general Margallo, es probable que dentro de muy pocos días se le ofrezca un puesto en la Península.

* * *

»De regreso de Palacio volvió el señor López Domínguez al Ministerio de la Guerra, donde conferenció largamente con el exministro señor Azcárraga.

»En esta entrevista hablaron los dos generales de los sucesos de Melilla, examinando algunos de sus antecedentes, á partir desde el mes de julio último, cuando el señor Margallo comenzó á dar cuenta al ministro de los preparativos para la construcción del fuerte Sidy-Guariach, sin mencionarle la actitud amenazadora de las kábilas, ni los peligros que se corrían con una reducida guarnición.

»Hasta dar la noticia de que construía una caseta para alojar un pequeño destacamento que defendiera las obras del fuerte, no comunicó el general Margallo ninguna nota alarmante.

»Entonces le telegrafió el ministro de la Guerra pre-

guntándole qué elementos necesitaba para garantir la ejecución de las obras.

»Al día siguiente ocurrió el ataque de las kábilas.

»Después de hablar de esos antecedentes, trataron los señores López Domínguez y Azcárraga, del plan de campaña en todos sus aspectos, conviniendo perfectamente en el sentido enérgico y patriótico.

»Para asegurar un resultado feliz, dijo el señor López Domínguez que había reunido los elementos necesarios, para cuya tarea había necesitado este tiempo.

* * *

»En el plan del ministro de la Guerra entra el invertir poco tiempo en la campaña.

»Asegurada la comunicación dentro de nuestro campo entre los fuertes, hasta llegar al de Sidy-Guariach; construida la parte exterior de este fuerte por el procedimiento más breve y emplazadas en él las piezas de artillería, queda totalmente dominado el campo enemigo, nuestros fuertes serán inexpugnables, y entonces puede retirarse, sin peligro alguno, el ejército de operaciones, regresando á la Península, quedando la plaza y fuertes con la necesaria guarnición.

»Pero no regresará ese ejército nuestro sin haber alcanzado antes una brillante victoria, sin haber castigado duramente á las kábilas, pocas ó muchas, valientes ó cobardes; sin haberlas hecho retroceder, sin acorralarlas, sin

haberlas dejado sentir todo el peso de la indignación de España, toda la inmensa superioridad de las armas españolas.

»A eso va nuestro ejército á Melilla,—dice el ministro de la Guerra,—y esa empresa gloriosa habrá de realizarla pronto.

»Luego puede el sultán entendérselas con las kábilas, pero antes serán los soldados de España los que den buena cuenta de ellas.»

***

Imposible parece que, pensando de este modo, hubieran pasado tantos días sin dar órdenes y enviar lo necesario para emprender la acción decisiva que tan indispensable se hacía.

«El señor ministro de la Guerra,—proseguía el artículo á que nos referimos,—niega en absoluto que anteayer hablara con la reina del general que ha de mandar en jefe el ejército de Melilla.

»El nombramiento no está hecho, ni se hará hasta el momento de emprender las operaciones.

»En cuanto á que el señor López Domínguez irá á Melilla, eso es cosa resuelta hace ya muchos días, y nosotros fuimos los primeros en dar la noticia.

***

»Dada la rapidez con que quieren llevarse las operaciones, calcúlase que han de terminar en noviembre.

»Y como todo ese mes ha de continuar en la subsecretaría de Guerra el señor Echaluce, no parece que tenga fundamento el rumor de que vaya á ser nombrado subsecretario un teniente general para que ejerza de ministro interino de la Guerra, durante la ausencia del general López Domínguez.

»Por el contrario, éste irá á Melilla en el pleno ejercicio de sus funciones de ministro.»

CAPÍTULO XLIII

Interrupciones injustificadas.—Actitud de los moros.—Estos reciben armas.—Descontento general



ODO parecía en Melilla, que se iba á continuar la acción enérgica iniciada por los disparos del *Conde de Venadito*, y con tanta sorpresa como disgusto, se vió que todo se interrumpía de nuevo y que todo se paralizaba.

Es mas; á decir la verdad completa, creíase que el cañoneo no se interrumpiría desde que empezó, y que los fuertes harían también fuego sobre el campo enemigo.

Para que no se crea que esto era una exageración, conviene recordar que el general Margallo dijo al bajá, el día 21, que si á las doce no estaban destruidas las trincheras que los moros *habían construido dentro* de nuestro campo, apoyándolas en el hito número 2, se empezaría el fuego de cañón.

Pues bien; resultó que las trincheras no fueron destruidas, antes bien, seguían fortificándolas los moros, á pesar de lo cual, el cañoneo se interrumpió, y la plaza de Melilla, con sus cuatro mil y tantos soldados, con sus fuertes y sus cañones, permitió que quedase incumplimentada una orden del general Margallo y que en el campo moro se burlaran del *ultimátum* del general. Lo que ocurría en Melilla ya no podía justificarse por el secreto natural de las operaciones militares ni por los preparativos necesarios para emprenderlas.

Habiéndose comunicado á los moros que no se toleraría que continuasen construyendo sus trincheras, debió cumplirse la orden.

Y en prueba de que los moros no se habían preocupado poco ni mucho por el breve fuego del crucero, que se presentaron de nuevo en las trincheras y se pusieron á reparar, con la mejor voluntad, los destrozos causados por el cañoneo.

De nada servía que el general Margallo hubiese dado órdenes al comandante del *Venadito* para que en el momento en que los moros penetrasen en nuestro territorio, rompieran el fuego contra ellos. ¿No hubiera sido más natural y más lógico, toda vez que se había desobedecido lo dispuesto por la autoridad de la plaza, seguir cañoneándoles?

Desgraciadamente, en Melilla, parecía que lo ilógico era lo que dominaba.

***

En la Península, todas las miradas estaban fijas en aquella plaza, todos los corazones latían impulsados por un sentimiento unísono, era idéntica la aspiración, y únicamente el Gobierno, si bien estaba diciendo que preparaba tropas, que iba á enviar diversas brigadas, que las operaciones iban á comenzar cuando todo estuviera dispuesto, la verdad era que habían pasado veinte y tantos días desde el 2 de octubre, y únicamente se habían enviado unos 2.000 hombres y se estaba tratando del relevo del general Margallo, sustituyéndole con el general Macías.

La opinión se extrañaba de todo esto, y se hacían toda clase de comentarios desfavorables al Gobierno, extrañándose la mayoría, de la especie de censura que parecía representar aquella sustitución de generales, cuando el mismo Gobierno, fué el primero en elogiar el proceder del general Margallo en el hecho de armas del día 2 de octubre.

* * *

Así decía el corresponsal de *El Imparcial*, refiriéndose á las especies que circulaban en Melilla sobre este particular:

«Produce aquí gran impresión la lectura de los periódicos de Madrid que acaban de llegar en el vapor *Sevilla*.

»Personas íntimamente ligadas por amistad con el general Margallo, dicen que las censuras que algunos periódicos de la Península dirigen al gobernador de la plaza, acusándole de lenidad para castigar á los moros, no son

justas. El general Margallo,—añaden,—ha cumplido en todo y por todo, las órdenes del ministro de la Guerra.

»El día 3,—siguen diciendo los amigos del general Margallo,—éste quería continuar el cañoneo, y así se hubiera evitado que los moros construyesen trincheras; pero, sin duda, el ministro de la Guerra le ordenó lo contrario. Es de advertir que el día 3 funcionaba bien el cable.»

Todo esto contrastaba de un modo notable con la excitación y los descarados alardes de los riffeños.

Era indudable que éstos tenían noticias, así de lo que ocurría en la plaza, cuanto de la apatía con que estaba procediendo el Gobierno.

Porque se reunían donde les agradaba, comunicábanse por medio de las hogueras, que brillaban durante la noche por distintos puntos; porque á las ferias acudían, armados y en gran número; porque seguían trabajando en sus trincheras y, finalmente, porque estaban insultando y amenazando á nuestros soldados, tratándoles de gallinas.

Aquellos moros, que seguían en la Aduana de Melilla, que podían comunicarse fácilmente con las kábilas insurrectas, imposible parece que no se hubieran hecho sospechosos desde el primer momento, no sólo á la primera autoridad de la plaza, sino hasta al mismo Gobierno, que sabía, como debía saber, que aquella gente continuaba allí y que era hasta natural que todas sus simpatías estuviesen de parte de los riffeños, como ya hemos dicho algunas veces.

* * *

«Acabo de recibir noticias de origen fidedigno,—decía un ilustrado corresponsal,—asegurando que los riffeños han recibido cantidad considerable de armas y municiones, con cuyo motivo es grande la algazara en su campo.

»Estas armas y municiones proceden de un alijo de mucha importancia que se hizo noches pasadas.

»El desembarco se verificó cerca del Cabo del Agua, y en paraje invisible desde Chafarinas.

»Sobre la procedencia de estas armas y municiones, no tengo todavía datos ciertos y creo difícil conseguirlos; por el sitio en que se desembarcó, puede calcularse que venían de Argelia.

»Como dejo indicado, las noticias que he recibido sobre este alijo, me merecen crédito completo.»

Creemos que huelgan todos los comentarios con respecto á la noticia que antecede, porque ya nos hemos ocupado varias veces de este particular, y con más extensión hemos de hacerlo más adelante, al tratar del descubrimiento hecho en Melilla.

Todo ello no era más que consecuencia de las consideraciones, de la indolencia ó del abandono con que desde hacía mucho tiempo venían mirándose los asuntos de Melilla.

* * *

El ilustrado corresponsal de *El Imparcial*, decía, al tratar de la situación de Melilla y de las anomalías que allí se observaban, lo siguiente:

«Nada se conoce aquí aún del plan definitivo por qué se han de regir las operaciones contra las kábilas que tan villanamente nos han robabo la vida de más de veinte hombres y han profanado sus cadáveres.

»Todo cuanto se diga del triste efecto que la lentitud en las resoluciones está causando en esta plaza, resultaría pálido delante de la realidad.

»Llegan tropas y materiales con una morosidad más propia de un ejército de paz, que de vengar un ultraje.

»Estamos viendo los moros armados dentro de nuestros propios dominios. Con unos malos gemelos de teatro, podemos apreciar sus movimientos, construyendo trincheras y fosos, y sin embargo, pasa el tiempo y nada se resuelve en definitiva.

»Nada más perjudicial para el vigor moral del soldado, que esta inacción á que por tanto tiempo se le tiene obligado.

»Los que aquí estamos, podemos dar fe cumplida del desencanto que domina á los soldados, cuando á cambio de la lucha que piden, se les proporciona todas las incomodidades de la imprevisión.

»No conocen, ó cuando menos parecen no acordarse los que con tanta calma proceden, de los fuertes levantes que con frecuencia castigan la costa y que pueden, el día menos pensado, impedir por largo tiempo el desembarco de todo género y hasta la permanencia de los barcos en este inseguro fondeadero. Si es cierto que en la actualidad no faltan víveres ni escasea el agua en la plaza, no debe

perderse de vista que no siempre que se necesiten podrán desembarcarse.»

Tan sumamente atinadas nos parecen las observaciones que anteceden, que con ellas justificamos y vienen á corroborar lo que tantas veces hemos dicho respecto á las imprevisiones cometidas, imprevisiones que todo el mundo veía, que todos las apreciaban y que producían su efecto desastroso.

¿Por qué, contando como se contaba ya en la plaza con la artillería suficiente, no se había dado orden, no ya cuando lo hizo el *Venadito*, si no mucho antes, para cañonear todos aquellos poblados, madrigueras de fieras cuyos perversos instintos habían tenido ocasión de apreciarse en distintas ocasiones?

¿Qué necesidad había de esperar mayor contingente de soldados, cuando los cañones, tenían más alcance y menos exposición individual?

El efecto que á los riffeños les causaban los cañones era mucho más grande que el de las balas de fusil, á las cuales podían responder con otras.

El bregar de la artillería creemos que habría allanado mucho el camino que había de seguir la infantería y quizás si de este modo se hubiera obrado, habrían adelantado mucho más.

Y prueba de que no es un error nuestro lo que decimos, que el mismo corresponsal, á quien vamos siguiendo en el relato de estos hechos, se expresaba también en estos términos:

* * *

«Un punto principal hay inexplicable en cuanto al plan de operaciones.

»Cualquiera que conozca la situación de Melilla, así como la extensión del campo que se domina desde la plaza, comprenderá perfectamente la inutilidad de exponer hombres para conseguir el objeto justísimo que se persigue.

»El fuerte de los Camellos y el emplazamiento del de Sidy-Guariach sólo distan entre sí 1.600 metros, sobradísimo alcance para los fusiles Maüsser. Asimismo el fuerte de San Lorenzo está colocado á 2.200 metros de las trincheras riffeñas, ó lo que es lo mismo, dentro del radio de tiro, de cualquier pieza de montaña.

»Por otro lado, las baterías de la plaza alcanzan perfectamente, á pesar de su mal estado, los 3.000 metros que escasamente tienen que recorrer los proyectiles hasta el lugar de la pasada acción.

»Así, pues, todos los demás fuertes están á distancias aproximadamente iguales, cuando no menores, de los límites, pudiendo evitar, disponiendo de suficiente número de piezas, la entrada en nuestro territorio de las tropas moras, y esto sin exponer la vida de un solo español.

»Añadiendo á lo dicho que el *Conde de Venadito* puede evitar el envío de refuerzos por la playa y el llano que se extiende hasta el Atalayón, queda perfectamente completada la táctica defensiva de las operaciones.

»Conviene distinguir y tratar separadamente dónde termina el necesario castigo á las hordas riffeñas y dónde comienza la ocupación de tierras que nos ponga á cubierto del mejor modo posible, y para el porvenir, de nuevos desmanes y atropellos.

»El sinnúmero de viviendas moras de que está salpicada toda la extensión que se domina desde nuestras posesiones, puede ser destruído por la artillería, que al demolerlas, obligaría á los moros á replegarse en la parte baja del Gurugú. Á la kábila de Mazuza le sería poco menos que imposible el envío de refuerzos. Bastan á impedirlo, *si así se ordena*, las piezas de á 12 centímetros que monta el *Venadito*.

»La idea de hacer salidas con la infantería es sólo para tener arrasado todo lo que se pueda desde los fuertes, plaza y *Venadito*.

»Sin embargo de todo lo expuesto, con lo que están conformes personas autorizadísimas y de indiscutible pericia en la materia, los moros fortifican á su manera y ponen sus guardias *dentro de nuestro mismo territorio*; cuando sin necesidad de haber perdido un solo hombre podíamos hacerles retroceder y no permitirles estar ni un sólo momento á tiro de nuestros cañones.

»Cerca de 4.000 hombres hay en la plaza. Tres baterías nuevas han venido á completar la artillería con que se repelió la agresión del día 2, y hay aquí un barco de guerra, cuya importancia capitalísima en caso de acción nadie pone en duda, no sólo con sus cañones, sino que

también con los proyectores eléctricos, que espantan á las hordas moras hasta el punto de dejarlas en un éxtasis de estúpido asombro.

»¿Qué más se espera? ¿Más refuerzos? ¡Vengan en buen hora! Pero téngase en cuenta que cada día que pasa disminuye el vigor y deseo de luchar con que viene el soldado, al ver que tiene los enemigos casi al alcance del fusil que lleva al hombro, y sin embargo, le prohiben que vengue á sus compañeros muertos.

»Todos los que están en esta plaza piden que no se les haga sufrir el martirio de tener que acallar el justísimo derecho de vengar un ultraje á la patria, y que no se les obligue á presenciar impasibles el contínuo y osado atrincheramiento de sus enemigos dentro de nuestros dominios.»

CAPÍTULO XLIV

Una carta de sensación.—Perfidia riffeña y necesidad de la construcción del fuerte de Sidy-Guariach



la vista tenemos una carta, notabilísima como todas las suyas, escrita por D. Luís Morote, respecto á la necesidad de la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, cuyos conceptos merecen ser tenidos en cuenta.

Precisamente la carta en cuestión, escrita á raíz de la salida para la Península de la Comisión técnica, tenía en aquellos momentos mayor importancia, sin que por ello la haya perdido á pesar del tiempo transcurrido y de los acontecimientos pasados.

Consecuentes con nuestro propósito de condensar en la obra que escribimos cuanto de verdaderamente importante juzguemos referente á nuestra misión en África, y á lo que nuestros intereses en aquella región debieran hacer,

transcribiremos algunos párrafos de la carta citada, por lo que puedan contribuir á que se forme un juicio aproximado al menos, de la necesidad de emplear una política especial, que para nada han tenido en cuenta los gobiernos de España, á fin de aumentar nuestro prestigio en el país africano.

Empieza así la carta á que nos referimos:

***

«Regresa hoy la Comisión técnica en el vapor *Sevilla*, después de haber visitado en coche los fuertes que defienden la plaza. Regresa la Comisión técnica á Madrid, para decirle al Gobierno que han visto á los moros—que para su bien no tienen Juntas ni dictámenes—atrincherarse en los límites ó más allá de los límites de nuestro territorio, eligiendo con todo sosiego y sin ninguna incomodidad las posiciones ventajosísimas que hánles de servir de defensa el día de la campaña.

»No han podido examinar de cerca el sitio donde habíamos empezado á construir el fuerte de Sidy-Guariach. Los generales Sánchiz y Castro no podían llegar hasta la planicie donde se celebra la feria de Frajana; ni tirar líneas en Sidy-Guariach; ni amojonar con banderitas el terreno nuestro y el terreno de los moros... Para eso hubiera sido preciso que les protegiera un cuerpo de ejército, que es precisamente el que hace falta para castigar las kábilas y empezar la construcción del foso que resguarde el fuerte.

»Hay que suponer que los planos sirven para algo, y que las obras de fortificación, como los planes de campaña, pueden dirigirse desde el gabinete de estudio con idéntica seguridad que al pie de las trincheras. De lo contrario, habría que dar como sentado que la ciencia matemática, que el cálculo, son pura fantasía. De lo contrario, habría que establecer que los generales no pueden sistematizar, organizar una batalla, sino colocándose en las avanzadas de una descubierta. Adiós todos los progresos de la ciencia militar. Moltke, dirigiendo la guerra franco-prusiana, una leyenda. Napoleón, un personaje de novela.

»No puede creerse tampoco que el viaje de la Comisión técnica haya sido una censura contra la labor detenida y meditada de largos años de los ingenieros encargados de fortificar este campo. Habría que admitir entonces que se habían equivocado todos, que la construcción de Sidy-Guariach era una insensatez, que por culpa de todos se había comprometido el honor y la dignidad de la patria y la seguridad del territorio. Esto no puede ser y no es. No puede ser, porque de tal censura no se podría librar nadie, ni siquiera las Juntas facultativas, con cuya sanción se empezaron las obras de Sidy-Guariach. No es, porque hasta el sentido común proclama la necesidad de ese fuerte, que es el único verdaderamente útil, con carácter *ofensivo.*»

***

Precisamente el pretender que es innecesario el fuerte de Sidy-Guariach, también nos parece un absurdo que hasta envolvería una ofensa á cuantos han juzgado conveniente su construcción.

Bien sabemos que este fuerte podría y puede ser y está efectivamente, dominado por otras posiciones que existen en el terreno moro; pero como que los riffeños no han utilizado ni utilizan, hasta ahora por lo menos, aquellas posiciones, y aun cuando las utilizasen, no está de más que tengamos la fortaleza avanzada, objeto del litigio bélico que está debatiéndose.

Bajo este punto de vista debieron verlo también los facultativos encargados de fortificar el campo, las Comisiones, etc., que en ocasiones distintas de ello se ocuparon.

Por otra parte, basta que á los riffeños les moleste aquella construcción, basta que pretendan oponerse á ella, para que España pase adelante en su propósito y no ceda en lo que tiene un derecho incuestionable.

Ceder en estos momentos, sería una mengua que nos haría jugar un papel muy triste á la faz de Europa.

Aun cuando fuera un absurdo, aun cuando á todas luces resultara inútil aquella construcción, debiera llevarse á cabo por lo mismo que las hordas del Riff á ello se oponen.

«Todas las razones que alegan los moros para que no se construya el fuerte,—prosigue diciendo la carta citada,—esas y no otras, son precisamente las que aconsejan su construcción. Dícese que el principal motivo de la oposi-

ción de las kábilas es un motivo religioso: el temor á que sea profanada por cristianos su mezquita, la repugnancia invencible á que nuestras tropas rasguen el velo que cubre á sus mujeres, mancillen el respeto que exige el culto de sus muertos... Siendo ese uno de los motivos de la actitud de las kábilas, no es el único, ni es el principal.

»No. Mucho puede en las hordas del Riff el fanatismo religioso; pero aun siendo hondo y arraigado, claman más alto contra el fuerte otros intereses y otras necesidades. Sin la construcción de Sidy-Guariach, España no puede hacer nunca efectivo lo pactado en Wad-Ras. A lo más, á lo más, con los otros fuertes construidos, se podrá defender á Melilla de una agresión; pero jamás podrá impedirse que sean dueños del campo, que tengan en Frajana una plaza fuerte natural, de tanta entidad como la de Melilla.

»No es tampoco, y sobre esto no hay que hacerse también muchas ilusiones, que una vez hecho el fuerte de Sidy-Guariach, estén los moros vencidos, dominados, contenidos. No. Al mismo fuerte en litigio le dominarán los moros desde el cerro de los Pajares, y en último resultado desde el Gurugú. No está de tal modo situado, que él constituya una posición invencible, subyugadora de las invasiones y demasías de los moros.»

* * *

Ya hemos dicho que el fuerte de Sidy-Guariach, no constituye ni mucho menos una posición inexpugna-

ble, una barrera que los riffeños no pudieran franquear.

Pero siempre sería el vigía incesante de todos los movimientos del enemigo, sería la muestra palpable de nuestro poder en aquel territorio, el centinela avanzado de esa civilización, que más ó menos tarde, ha de llevar España al interior de aquellos países, y, sobre todo, volvemos á repetir, el ejercicio de un derecho que nos asiste.

«Maimón Mojatar,—dice en otro lugar el señor Morote,—resume en una frase cuanto es para los moros el fuerte de Sidy-Guariach, y al pensar esa frase, y al expresarla, nos infiere profundo ultraje, como estigma de nuestra debilidad. Dice el famoso rebelde, el héroe de las sublevaciones contra el sultán, el guerrillero y el filósofo de las kábilas, el hombre de Estado del Riff, *que los moros son en Sidy-Guariach lo que Inglaterra en Gibraltar*. Así como el inglés,—dice,—no permitiría que España inutilizase el Peñón, levantando en la línea una fortaleza que destruyese la eficacia de los fuegos de Gibraltar, así tampoco las kábilas pueden consentir que en el límite de su territorio se coloque una muralla de piedra á su poder, á su merodeo, á su invasión.

»Pero aparte de todo eso, hay una razón, en mi sentir todavía no expuesta, y que si no muchos, algunos habitantes de Melilla han debido oir diferentes veces á los Alí, á los Maimón, á los jefes todos del campo. Y esta razón, ¡quién lo pensara! encierra un propósito moralizador. Dicen esos jefes que los moros, con la continua comunicación con la plaza, se van corrompiendo, se van enervando, se van

haciendo cristianos por la molicie de sus vicios, de sus costumbres, de sus extravíos. Antes los moros eran sobrios, comían su pan de cebada y un trozo de carnero, cuando lo tenían. Nada más ansiaban, porque no conocían otra cosa. Hoy los moros se han aficionado mucho al té y al café, al azúcar y aun á las bebidas alcohólicas. Si esa obra de infección, de corrupción continuara,—dicen,—acabarían los moros por ser vasallos de España, sin que ésta necesitara disparar un tiro. Como el opio embrutece á los indios, el té, el café, el azúcar y aun el alcohol, acabaría por afeminar á los moros. Languidecerían, se postrarían en ese contagio moral y material. Quien pelea debe contentarse con el alcuzcuz.»

* * *

Semejante razonamiento revela desde luego el egoísmo de los que pretenden aislar á sus súbditos de todo contacto, para seguir los que les dominan, ejerciendo sobre ellos la influencia que hasta ahora tuvieron.

Pero no tienen en cuenta los que esto mismo dicen, que á la par, entran y salen en la plaza, negocian en ella, recogen grandes utilidades, y esto ni lo encuentran censurable, ni juzgan que puede contribuir á que los moros se enerven y se afeminen, y vayan perdiendo paulatinamente su anterior rudeza y energía.

Esos mismos jefes de kábila que han estado entrando en la plaza, que han servido á las autoridades, que se han mostrado amigos de los españoles, no encontraban censurable

su proceder, y contrario á lo que pretendían para los suyos.

En todo esto no se ve más ni menos que el abandono y la falta de energía de que tantas veces nos hemos quejado.

Hubiérase construido el fuerte desde su principio, hubiérase mostrado energía para hacerse respetar, y todos esos jefes, traidores y perversos, todas esas kábilas levantiscas y feroces, no hubieran tenido otro remedio que sucumbir.

Las razones expuestas por los jefes á quienes hace referencia la carta en cuestión, no pueden ser más fútiles, tratándose de las personas que las emiten.

Esas personas, realmente serias, que huyeran de todo contacto con los pueblos civilizados, que no salieran de sus poblados, y esquivaran toda clase de relaciones con los demás pueblos, tendrían algún valor; mas en los que para su interés no encuentran censurable que se reúnan con los españoles, que confraternicen con ellos, y que de ellos reciban dinero, y en cambio, cuando aquellos reclaman el cumplimiento de un derecho, recuerdan el aislamiento y la severidad con que debiera tratarles, es sencillamente tonto.

* * *

«Pero sea ó no pensado y reflexivo ese motivo,—añade el señor Morote,—lo cierto es que representa un atisbo de la influencia de la civilización, contra la cual se resiste todo pueblo bárbaro. Contra esa influencia no podrían

nada los moros, que al cabo todos esos propósitos moralizadores de los jefes se estrellarían contra la tentación de las ganancias que obtienen en la plaza. Pero el hecho de que lo piensen, demuestra lo muy conveniente que sería la doble política de la atracción por el mercantilismo y de la firmeza por el palo. Grandes facilidades para traerlos á Melilla en tiempo normal y de paz; terribles castigos para hacerles sentir nuestra fuerza en tiempo anormal y de guerra.

»Sí. Por eso mismo que temen el influjo invencible del contagio con la civilización, hay que proceder á civilizarlos por todos los medios, incluso el del enervamiento de sus costumbres. Al fin, en el caso de España, puesta en los linderos de Frajana, una nación como Inglaterra acudiría á otros procedimientos menos lícitos, pero acaso más conformes con su naturaleza y su vida. Puesto que ellos se debaten en la guerra civil constante, habría que acudir á los vedados medios de una luchá salvaje. Por quinientos duros se comprometía no há mucho tiempo un moro á quitar de enmedio á Alí el Rubio. Y aún parece el precio exorbitante. Con un par de miles de reales, arma el brazo de cualquier moro contra todos los jefes de las hábilas.

»Lo que son los moros, lo que es su perfidia sin límites, se demuestra, entre otros, con el siguiente hecho: Se sabe, por confidencia de los moros de Chafarinas, que el día de la batalla, Alí el Moreno era el encargado, como misión difícil, honorífica y gloriosa, de copar el cuartel general con 200 caballos moros. Pues bien. Hoy, Alí el

Moreno ha hecho creer en la plaza que está preso, cautivo, con la cabeza en subasta, por amigo de España. Y este Alí, que había de copar á Margallo, era su confidente y cobraba por serlo. Este Alí, el día en que terminaran los sucesos, sería capaz de persuadir al general de que aceptó aquella comisión para mejor defenderle y salvarle.

»Es hora de que hayamos aprendido algo, de que conozcamos al enemigo. Si no ordenase la honra nacional la construcción del fuerte, lo ordenarían todas las razones expuestas, que aún podrían completarse con otras muchas. El fuerte de Sidy-Guariach, debe construirse porque no quieren los moros que se haga. Cuanto les perjudica, nos conviene. ¿Les daña? Pues esta es la razón más poderosa que debemos tener para levantarlo.

»Maimón Mojatar, ultrajándonos, lo ha dicho en términos comprensibles para todo el mundo. La situación de esa mezquita de Frajana, que por nuestro mismo territorio penetra, dejando á ambos lados y aun detrás, tierra española, es como un Gibraltar en las kábilas del Riff... Y así como á pesar de toda nuestra debilidad, los cañones de Ceuta hacen poco menos que inútil á Gibraltar, así también nuestro deber es que los cañones de Sidy-Guariach hagan imposible la vida de las kábilas.»

CAPÍTULO XLV

Noticias alarmantes.—Reservas del Gobierno.—Comentarios

La espectación general, era grande; pues á la vez que el Gobierno anunciaba, según hemos visto en los capítulos anteriores, que estaba resuelto á obrar con energía, y se hablaba de sustitución de jefes y de la posibilidad de que marchase á Melilla el ministro de la Guerra, etcétera, etc., el tiempo iba pasando y nada ostensible se veía si no conferencias, parlamentos y provocaciones, por parte de los enemigos, alentados por la pasividad de nuestros soldados.

En estos momentos, recibiéronse telegramas, tanto en Madrid como en provincias, que hacían presumir acontecimientos importante.

Estos telegramas, con fecha 27 de octubre, decían así:

«Han avisado á la plaza desde el fuerte de Camellos que se ve bajar de la montaña un grupo de moros, que juzgan están de observación.

»Su Alteza el infante hijo del conde de Caserta, que se encuentra franco de servicio, está con nosotros.

»Esta mañana se supo en la plaza la avería que ha sufrido el reflector eléctrico.

»En estos momentos es cuando dicho aparato hace más falta, pues las obras que se están haciendo, si se alumbraran de noche desde Camellos, no habría peligro de que los moros las destruyesen.»

«Melilla, 27, á la 1'10 tarde.

»A las diez de la mañana llegó al sitio donde ha de emplazarse una de las nuevas baterías, una compañía de ingenieros.

»Esta batería puede calcularse que dista unos 900 metros, á la izquierda de Camellos, y unos 900 metros próximamente de los límites.

»Después llegaron el general Margallo, el señor conde del Peñón de la Vega y el comandante señor Souza, que componen la comisión.

»Los ingenieros formaron de frente, colocando los fusiles en pabellones, dándose en seguida principio al trazado de la batería.

»Las fuerzas trabajan con gran ardor.

»A las diez y media empezamos á notar que las cumbres de Sidy-Guariach se coronaban de moros.

»Una compañía formada por tiradores Maüsser, se destacó en observación.

»Omito los detalles de la construcción de la trinchera; sólo diré que se levantará una casa aspillerada para los defensores de la batería.

»El general ordenó que viniera otra compañía Maüsser, que estaba preparada en el fuerte de Camellos.

»Una sección de artillería, mandada por el capitán señor Ripoll, queda allí en espera de órdenes.»

* * *

Puede comprenderse que estos primeros telegramas habían de llamar la atención.

Parecía presentirse que al fin iba á entablarse la batalla, deseada por todos, pero en mejores condiciones, puesto que hubo tiempo suficiente para ello, de como fué la anterior.

El telégrafo siguió funcionando y transmitiendo las siguientes noticias:

«Melilla, 27, á la 1'16 tarde.

»Acaba de llegar á las trincheras un moro de rey, con un pliego. Un soldado de caballería le llevó á la plaza para traducirlo.

»Está entrando en fuerte Camellos el batallón de Cuba, mandado llamar del barrio del Polígono.

»Dos oficiales de artillería están en las cuevas y en la caseta, acelerándose mucho los trabajos.

»Varios moros penetran en nuestro campo, adelantándose tanto, que ha sido preciso mandar una pareja de soldados para detenerlos.

»A la izquierda del grupo principal de moros, vense á varios jefes de kábila, que se distinguen por el vestido, del resto de los riffeños.

»Se llevan ya unas dos horas de trabajo, en cuyo tiempo han adelantado mucho las obras de atrincheramiento.

»Estoy en la línea más avanzada, y envío con un propio los telegramas.»

«Melilla, 27, á la 1'20 tarde.

»Siguen observándose tres distintos grupos de moros, que de cuando en cuando se adelantan.

»Para explorar el terreno, destácase una pareja de caballería.

»La ambulancia del fotógrafo señor Company, ha sacado vistas del terreno antes de que empezaran los trabajos.

»Desde aquí vemos entrar el vapor *África*.

»La sección de artillería que esperaba en el fuerte de Camellos, recibe orden de venir aquí.

»Allí queda otra, mandada por el teniente señor López de Ayala.

»El general Margallo se retira al fuerte.

»En este momento llega al campo de operaciones el general Ortega, á quien le han entregado la traducción del pliego de que he hablado en otro telegrama.»

«Melilla, 27, á las 2 tarde.

»Como he dicho ya, los moros se muestran en actitud amenazadora, aumentando por momentos el número de ellos.

»Al efecto, agitan los jaiques desde las cumbres.

»Nuestros soldados se han desplegado en guerrilla, por si los riffeños tratan de hostilizar á la fuerza de ingenieros que construye las trincheras y baterías del nuevo emplazamiento.

»Los refuerzos y piezas de artillería pedidas por el general, sólo tienen por objeto el estar prevenidos, porque existe la convicción de que los moros no han de atacar por el momento, esperando que la casualidad pueda hacer que coja á nuestros soldados desprevenidos, y esto lo considero difícil y casi imposible.

»Los generales Margallo y Ortega han presenciado los trabajos de las trincheras de avanzadas.

»Frente al fuerte de Camellos se han desplegado fuerzas, por ser el sitio donde más aumentan los grupos de riffeños.

»Dado el entusiasmo y ardor con que trabajan los soldados, es muy probable que hoy terminen las trincheras frente á Camellos.

»Para Mazuza han salido moros de la kábila de Mezquita con el objeto de dar cuenta, tal vez, del movimiento de tropas que observan en nuestro campo.

»Se cree que esta noche reunirán fuerzas las kábilas

enemigas y acordarán, en definitiva, la actitud que deben adoptar.

»Martos de la Fuente.»

***

Como se ve, la situación se iba agravando por momentos, y en breve espacio comenzaron á circular, tanto en la corte, donde, como es sabido, se recibían las primeras noticias, cuanto en provincias, donde llegaban con más retraso, los rumores más absurdos, consecuencia lógica de la falta de verdaderas noticias, que el Gobierno debiera haber sido el primero en facilitar.

Para hacer más crítico el estado, recibióse de Málaga un despacho que decía:

«Málaga, 27, 11'20 de la noche.

»Corren rumores de haberse roto el fuego en Melilla.

»En los centros oficiales nada saben, ó aparentan ignorarlo.

»Tengo motivos fundados para creer que sea cierta la noticia.

»La ansiedad es tan grande como el entusiasmo.

»En todos los círculos la conversación general versa sobre los sucesos de Melilla.»

Ante la general ansiedad, el Gobierno no tuvo otro remedio que decir algo; pero esto fué tan poco y tan confuso, que á nadie podía satisfacer.

Al contrario, el disgusto, la inquietud y la zozobra aumentaron, como se puede comprender, por lo que decía un periódico tan autorizado como *La Correspondencia de España*.

«Las últimas noticias recibidas por el Gobierno de los sucesos de Melilla, son las siguientes:

»Poco después del mediodía, la multitud de moros que, según anuncia nuestro corresponsal, lanzaba gritos contra nuestros soldados, llegaron, por fin, á atacarlos. Entonces rompieron el fuego los cañones de todos los fuertes, excepto el de San Lorenzo.

»Junto á uno de los fuertes, creemos que el de Camellos, se empeñó un reñido combate.

»El crucero *Conde de Venadito* rompió también el fuego contra los moros que llegaban á la playa, disparando con los cañones Hontoria proyectiles gruesos, que causaron duro efecto entre el enemigo.

»A las cinco y cuarto de la tarde, hora en que está fechado el último telegrama, los moros parecían retirarse, continuando el cañoneo de los fuertes, si bien con mayores intervalos.»

* * *

«Toda la noche,—decía un periódico de la mañana, refiriéndose á la del 27 de octubre,—han circulado en Madrid rumores de una empeñada acción entre nuestras tropas y los riffeños.

»El último telegrama de nuestro corresponsal, señor Martos de la Fuente, fechado en Melilla á las dos de la

tarde de ayer, alcanza, según su contenido, hasta las doce ó doce y media del día, puesto que se hallaba con la avanzada que estaba construyendo una trinchera, y desde allí enviaba los despachos con un propio.

»En recorrer los dos kilómetros é ir á las oficinas telegráficas y entrar en turno, habrá tardado el propio la hora y media que suponemos.

»El telegrama también hace presumir que estaba próximo el momento del ataque por parte de los moros, y que al llevar nuevos refuerzos el general Margallo, se preparaba para una acción seria.

»También, del telegrama último de nuestro corresponsal, antes de romperse el fuego, se infiere el sitio donde ha sido el principal centro de la acción.

»Debe estar en las lomas que dominan un barranco entre Sidy-Guariach y la torre de los Camellos, y en un punto medio de distancia entre esta última y la línea que limita nuestro campo.

»Pero como el *Venadito* ha hecho fuego, es indudable que los moros han bajado hacia la playa y habrán intentado cortar las comunicaciones entre Camellos y las alturas donde se empezaban á levantar nuestras trincheras.

»Si como parece cierto, han hecho fuego todos los fuertes, el ataque de los moros ha debido ser general, porque sin que avanzaran los de Benisicar por la derecha de nuestro campo, no se explica como han cañoneado al enemigo los fuertes de Rostrogordo y Cabrerizas Altas.

»Después se han sabido extraoficialmente, pero por referencias semioficiales, las noticias que antes quedan consignadas.

»Casi se hizo público que se había verificado un hecho de armas, y desde ese instante, los centros oficiales se encerraron en un mutismo absoluto.

»Los periodistas que habitualmente concurren al ministerio de la Gobernación y algunos otros que, por lo excepcional de las circunstancias, fueron anoche, interrogaron al señor Puigcerver. Éste replicó que nada sabía, puesto que los telegramas oficiales iban directamente á Guerra, y ni siquiera tenía conocimiento de ellos.

»Lo más extraño y una de las cosas que más nos preocupan, es el no haber recibido ni un solo telegrama de nuestro activo y diligente corresponsal.

»A estas horas, todos los días, hemos recibido ocho, diez y doce despachos del señor Martos de la Fuente, cuando no ocurrían sucesos trascendentales.

»No es verosímil, ni creíble, que después de una acción, chica ó grande, pero en la cual ha jugado toda la artillería de los fuertes, hubiera dejado de telegrafiarnos. Por lo tanto, tenemos la convicción de que ha telegrafiado y que los despachos no han llegado á esta redacción.

»Sabemos que el cable no está interrumpido, y que durante algunas horas han estado funcionando los aparatos para el Gobierno.

»No es posible, tampoco, por mucho que se le haya

telegrafiado, que no quedara una hora para el servicio de los particulares y de la prensa.»

* * *

Todo el mundo lamentaba la falta de franqueza de parte del Gobierno y que no se permitiera circular otros telegramas que los cambiados entre el ministro de la Guerra y el gobernador de Melilla.

La impaciencia y hasta la indignación eran generales, y, en prueba de ello, decía otro periódico:

«Avanzan las horas de la madrugada. Son ya las cinco, sin que nos llegue una sola noticia de Melilla.

»Los periodistas han ido varias veces al ministerio de la Guerra, y también se les ha dicho que no había novedad alguna que comunicarles.

»Por nuestra inquietud é impaciencia, juzgamos la que ha de tener todo el público.

»No se trata en esta ocasión de una curiosidad indiscreta; no se pide siquiera el que se satisfaga un deseo injustificado de conocer lo que pasa.

»Poco ó mucho, dos líneas tan sólo, diciendo la importancia y el resultado del hecho de armas llevado ayer á cabo, bastarían para calmar la vehemente ansiedad que á todos nos atormenta en estos instantes.

»Confiamos que siquiera en el día de hoy podremos salir de dudas, y en el entretanto hay sólo una cosa, sobre la cual no dudamos, una cosa de la cual estamos ciertos, y

ésta es que nuestros soldados se han batido con valentía y heroísmo, manteniendo una vez más la gloria y el honor de nuestra bandera.»

***

Por fin el Gobierno comprendió que algo debía decir al público, puesto que la misma prensa estaba comentando y censurando aquel silencio, mucho más culpable dados los rumores que circulaban, y en la mañana del 28, facilitó á la prensa el siguiente parte oficial:

«Melilla, 27, á las 11 noche.

»(Recibido el 28, á las 12'30 madrugada.)

»Coronel regimiento África al ministro de la Guerra:

»A las once de la mañana de hoy se empezaron los trabajos de la batería y trincheras frente al fuerte de Camellos por una compañía de ingenieros, protegida por las secciones de tiradores Maüsser, el batallón cazadores de Cuba y una batería de montaña.

»Una segunda compañía de ingenieros con algunos penados trabajaba en el reducto X, y la tercera, en unión de fuerzas de los regimientos de Borbón y Extremadura y de penados, seguía la construcción de la línea de trincheras de Rostrogordo y Cabrerizas Bajas.

»A las cuatro, próximamente, de la tarde, el enemigo ha roto el fuego contra los nuestros desde sus trincheras en todo el contorno de nuestro campo exterior.

»El general Margallo estaba en Camellos; el general Ortega en Rostrogordo.

»Las fuerzas de Camellos lograron dominar el fuego del enemigo y retirarse con orden.

»En Rostrogordo se reunió todo el regimiento de Extremadura, del que un batallón se alojaba en el Polígono.

»Suspendido el fuego en Camellos, el general Margallo, al regresar á la plaza, viendo que no se retiraban á los fuertes los nuestros de Cabrerizas Altas y de Rostrogordo, se dirigió hacia allá para ordenar en persona la retirada.

»El fuego ha cesado, y el general Margallo queda en los fuertes.

»Mañana daré detalles.»

CAPÍTULO XLVI

Lo que dijo el señor Moret á los periodistas.—La versión de «La Correspondencia de España».—Comentarios



ÁCIL es de presumir, que el mismo parte del Gobierno, mas que para calmar impaciencias, debía ser para excitarlas.

Todo en él son nebulosidades; nada se veía concreto, y dejaba expedito el campo para todos los pesimismos.

Las censuras eran más fuertes y la opinión estaba más firme, en contra de los que habían dado lugar al desastre presentido.

A las doce del día 28, el señor Moret fué á Palacio á despachar con la reina.

Al ver un grupo de periodistas en Palacio, exclamó:

«Han perdido Vds. el tiempo.

»No hay más noticias que las comunicadas á la prensa por el general López Domínguez.

»Lo único que reservó, pudo hacerse público, sin inconveniente alguno.

»Añadía el parte oficial, que los generales Margallo y Ortega no creyeron sin duda que debían de noche cruzar el campo con las fuerzas y han debido quedarse en los fuertes.

»De la plaza se habían destacado dos penados á ver si podían deslizarse y llegar hasta los fuertes para enterarse de lo que ocurría.

»El ministro de la Guerra ha pedido ampliación de noticias sobre el combate de ayer y no ha recibido despacho alguno por interrupción del cable.

»A las once y media estaba pidiendo con urgencia comunicación por Almería.»

* * *

¡Triste situación la de España, sin poder conocer toda la verdadera extensión de su mal y, por lo mismo, haciéndole todavía más grande de lo que era en sí!

La misma prensa, contribuía á dar pábulo á toda clase de conjeturas.

Un periódico de tanta importancia como *La Correspondencia de España*, decía:

«Las noticias oficiales de Melilla, únicas que han llegado á Madrid, acusan una segunda retirada de nuestras tropas hacia la plaza y la nueva suspensión de las obras de defensa junto á los fuertes exteriores.

»Dícese, por los amigos del Gobierno, que el general Margallo no tenía orden de iniciar en el campo exterior obra alguna, sino de continuar las interiores con arreglo al plan del ministro de la Guerra, que consistía en no avanzar sino dejando perfectamente defendido el terreno y dispuesto para no tener que retroceder más en ningún caso.

»Se dice también que el general Margallo avanzó por su iniciativa hasta el punto en que se vió combatido y del que ha tenido que retroceder.

»Esto es lo que se dice en los centros oficiales; las noticias posteriores, y todas ellas, cuando lleguen, permitirán juzgar de lo ocurrido con entero conocimiento de causa. Nosotros no podemos ahora decir sino lo que oímos y esperar los informes completos.

»Hoy quedará encargado del mando de la plaza de Melilla, el general Macías.

»Parece que el Gobierno está ahora más resuelto á que vaya á Melilla el general López Domínguez. Y hay personas que creen que sólo en un caso grave, en una guerra formal y por motivos extraordinarios, debería moverse de Madrid el ministro de la Guerra.

»Antes que él, un jefe de cuerpo, un capitán general, y el último el ministro; por lo mismo que el ministro, es el primero de todos los militares, siempre. Se atribuye esta opinión al señor Cánovas del Castillo.

»El ministro de Estado ha conferenciado esta mañana con el de la Guerra, y aquél ha llevado á S. M. los partes recibidos desde anoche.

»La opinión está impresionada. Lamenta el resultado de los primeros pasos, cuando el tiempo trascurrido se consideraba muy suficiente para tener ya en Melilla sobrados elementos de resistencia; ya que hemos tomado la actitud de la defensiva, desde el primer momento.

»Ahora se extrañan muchos de que existiendo tres batallones armados con el Maüsser, no hayan sido ellos los primeros enviados á Melilla para formar una línea avanzada de tiradores frente al Riff.

»Hoy sale de Madrid otro regimiento para Melilla.

»Lo ocurrido debe servir para dar firme unidad á cuanto en Melilla se dirige y hace, si es que ha fallado á esta hora, y no debe producir ninguna duda ni temor alguno sobre el resultado. Hay muertos en el combate y habrá heridos, y si desde el primer momento aconsejaba el patriotismo no exponerse á un combate estéril, ahora lo exigen todas las razones, todas las conveniencias y todos los sentimientos.»

***

Nadie creía en la interrupción del cable, juzgándolo como un ardid del Gobierno para ganar tiempo y preparar las noticias que le conviniese dar.

Esto hacía presumir que el desastre era de mucha mayor consideración, y, en Madrid especialmente, la opinión estaba tomando proporciones verdaderamente alarmantes.

En mercados, plazuelas, en todos los círculos madrugadores, se creía á pie juntillas en una verdadera derrota,

en bajas numerosas, en regimientos copados, en generales muertos. En fin, una verdadera explosión de esos sentimientos de desconfianza que, tantos errores de los que mandan, vienen, desde hace mucho tiempo, acumulando en la opinión pública.

Todo lo que decía el telegrama oficial se completaba de la manera más negra. El parte lo firmaba el coronel de África: la gente suponía que esto sólo podía ocurrir porque los generales Margallo y Ortega estuviesen fuera de combate.

Añadía el recelo popular que nuestras tropas se retiraron de Camellos, como la guarnición de Guariach se retiró de la caseta el día 2. Borbón y Extremadura se refugiaron en los fuertes de Rostrogordo y ambas Cabrerizas, y de ahí se partía para temer que estaban sitiados por los moros.

Estos eran los comentarios de la inmensa mayoría; y eran, por lo menos, disculpables, gracias á la atmósfera que reinaba en torno á todo lo que á Melilla se refiere, con contrapuestas exageraciones, con falseamientos y disimulos de la verdad, resultado de apasionamientos, de ignorancias por un lado y de excesivas suspicacias por otro.

***

¿Quién daba lugar á todo esto? ¿Á quién podía darse la culpa de aquel nuevo desastre, que bajo aspecto tan horrible se presentaba?

«El Gobierno,—decían,—debiera haber enviado con

tiempo los refuerzos necesarios y dar órdenes terminantes; luego, no habiéndolo hecho, él y solo él era responsable de cuanto ocurriera.»

No tenemos la pretensión de suponer que conocíamos los hechos con exactitud completa; creemos que aun el Gobierno no los conocía en totalidad en aquellas horas, y que quizás tampoco los conocía á fondo, el coronel de África, que telegrafió al ministro. Pero un poco más que lo que era público, sí lo sabíamos; y, con arreglo á eso que sabíamos, vamos á comentar, ateniéndonos á varios informes de referencias verosímiles y fidedignas, los sucesos ocurridos en Melilla, salvando, naturalmente, cuanto deducimos de hipótesis.

* * *

De todo cuanto llevamos expuesto al ocuparnos de Melilla, de las fuerzas que en la plaza había, de las contemporizaciones usadas con los riffeños, de la disposición de los fuertes y del conocimiento que del terreno tenemos, podíamos apreciar, en parte, lo que allí debía haber ocurrido.

Conocidas como nos son las costumbres de los moros, pudiendo suponer los descuidos ó las confianzas que podrían aprovechar, fundábamos nuestro comentario.

La acción debieron iniciarla los moros con mayor aparato, en el centro de la posición; es decir, contra las fuerzas que se hallaban á vanguardia del fuerte de Camellos. Allí

tropezaron con los fusiles Maüsser y con las piezas de campaña, y sea porque estos elementos de superioridad les contuviesen realmente, sea que desde luego hubieran tenido el propósito de aprovechar el crepúsculo para envolver nuestras fuerzas por el flanco derecho, lo cierto es que los regimientos de Borbón y Extremadura, que estaban en este flanco, armados con Remington como los moros, y sin más protección que los cañones de los fuertes, (que no valen lo que la artillería de batalla para estos lances), tuvieran que contener un recio empuje de los riffeños, dando motivo á que el general Margallo, dejando en buen estado de combate en Camellos, fuese á dirigir personalmente el ala derecha (Cabrerizas y Rostrogordo).

No tiene nada de extraño, que á favor de la noche, los moros, después de un combate cortísimo, y merced á su gran número, hayan podido correrse entre los fuertes del norte de la plaza y la costa.

Por esto se explicaba que el general Margallo, que no podía temer nada respecto al recinto de la plaza (donde estaba el coronel de África), decidiera pernoctar con sus fuerzas en las inmediaciones de los fuertes, para no envalentonar al enemigo retirándose á la plaza.

No sabíamos las bajas sufridas y causadas; tampoco conocíamos si los riffeños lograron destruir por la noche los trabajos hechos por el día, y sobre todo ignorábamos qué ocurriría al día siguiente. Esto último es lo que nos dará la medida para apreciar hasta qué punto el combate de ayer debemos apuntarlo en las ganancias ó en las pérdidas de

ese terrible juego de la guerra, que hemos entablado con los riffeños.

***

Las noticias que posteriormente fueron recibiéndose, nos demostraron que no habíamos andado muy descaminados en nuestras apreciaciones.

Todo ello, desde luego, acusaba las ligerezas en que se había incurrido, los errores que se cometieron, y, sobre todo, la falta de energía y actividad frente á un enemigo que sabe aprovecharse diestramente de cuantos descuidos cometan los que han de combatirle.

***

Los periódicos, ante la gravedad de los sucesos, mucho más graves, como hemos dicho, por ser desconocidos los detalles, procuraron calmar un tanto las impaciencias; pero inútilmente.

El primer paso estaba dado, y era muy difícil poder contener el empuje de la multitud.

La Correspondencia de España, decía:

«Es preciso que todos los que hemos tomado la ocupación de interpretar y guiar hasta cierto punto la opinión, nos penetremos é imbuyamos á los demás la necesidad de contener el exceso de impresionabilidad. Ni debe temerse como verosímil un gran desastre, ni por ahora debe soñarse con un gran éxito, para el que no estamos aún preparados.

»Sólo una gran imprudencia de los que ahora mandaban en Melilla, provocando fuera del radio de acción de las escasas tropas que allí hay, la reacción de un enemigo, que se envalentonase con el primer y fácil éxito, hacía posible algo que pudiese calificarse de desastre.

»El tentar alguna empresa superior á las fuerzas del momento y el tener que desistir de ella, podía ser una prueba de impericia por parte del jefe de las tropas; pero sin consecuencias, sin que dejen de ser lamentables, no tienen influencia decisiva en el resultado de nuestra empresa.

»Mientras mayores sean los obstáculos, más glorioso será nuestro triunfo y más implacable el castigo á aquellas hordas montaraces.»

Este mismo lenguaje, lanzado con el propósito que hemos indicado, daba un efecto contraproducente.

Todo el mundo comprendía que cuando así se le hablaba, era para calmarles, y se irritaba mucho más por las reservas del Gobierno ante ese acontecimiento, que debía ser de consideración, cuando no se lo decían.

CAPÍTULO XLVII

La opinión se exaspera.—Desórdenes en Madrid



o es difícil adivinar el efecto que había de producir en todas partes, especialmente en Madrid, la carencia de noticias verdaderas del teatro de la guerra.

Todos los partes recibidos, habían anunciado como inminente la batalla; esperábanse con ansiedad las noticias, y de repente, callan los telegramas, enmudece el Gobierno, se anuncia la interrupción del cable, y la fantasía empieza á su capricho á lanzar especies, á acoger rumores, haciéndose eco de todos los pesimismos más desastrosos.

Los últimos telegramas publicados por la prensa, alcanzaban hasta el día 27, á las 3'30 de la tarde, y decían lo siguiente:

«Málaga, 27, á las 11'30 mañana.
1'30 tarde.
3'30 tarde.

»A primera hora de la mañana, se han formado en Melilla las tropas destinadas á la construcción del fortín exterior, que está á 1.800 metros del cerro de Sidy-Guariach.

»Llegados al emplazamiento ya señalado, han empezado los trabajos de excavación. Los riffeños, que, como siempre, tenían sus retenes, han empezado á correr de un lado para otro avisándose de lo que sucedía.

»La obra del fortín durará cinco días.

»Hay mucha expectación; aunque es casi seguro que hoy no atacará el enemigo.

»Mañana ó pasado, se situarán las tropas á 600 metros de Sidy-Guariach, en el emplazamiento del segundo fuerte.

»Para entonces se esperan sucesos de importancia.

»Después de la primera algazara, los riffeños de la frontera se han apaciguado. Las confidencias dicen que se reservan para concentrar todos sus esfuerzos contra las primeras tropas que ataquen el cerro de Sidy-Guariach, y que no harán absolutamente nada antes.

»A pesar de estas seguridades, á la una de la tarde ha renacido más violenta aún la agitación entre los riffeños, que se veían correr desalados, dando gritos agudísimos de amenaza y de guerra, y llamándose unos grupos á otros.

»Nuestros ingenieros proseguían sin descansar, los

atrincheramientos, que van dejando protegidos todos los trabajos de aproche al cerro de Sidy-Guariach; de manera que delante de la obra hay siempre artillería en posición.

»Las últimas noticias son algo alarmantes. Las kábilas de Mazuza y de Frajana estaban concentrando todos sus hombres armados.»

***

¿Era posible que las ansiedades suscitadas por estos telegramas pudieran calmarse con la noticia oficial de que dejamos hecho mérito en el capítulo anterior?

Sin que pudiera decirse de dónde había partido la noticia, se hablaba de fuerzas importantes por parte de los rifeños, de furiosos combates, de grandes derrotas, y en voz muy baja se decía que habían muerto nuestros generales Margallo y Ortega, ó cuando menos que estaban mal heridos.

Al circular estos rumores, como las bolas de nieve, iban adquiriendo mayor volumen, resultando de esto una indignación general.

Coincidiendo con esto, se sabía que el general Macías había salido para Málaga, que se iban á escalonar tropas pertenecientes al primer cuerpo de ejército, y todo el mundo preguntaba qué había pasado, y nadie sabía qué contestar.

Por fin, á las primeras horas de la madrugada del día 29, un extraordinario de la *Gaceta*, pretendiendo cal-

mar algo la pública ansiedad, no hizo sino aumentarla.

Decía así el suplemento á la *Gaceta de Madrid:*

«Comandante *Venadito* al ministro de Marina:

»28 mañana, recibido 5 tarde.

»Á las 3 horas y 50 minutos de la tarde de ayer se ha roto el fuego de fusilería por la guarnición de Cabrerizas Altas y Bajas, y momentos después un nutrido fuego de cañón por fuerte Camellos; y apercibiéndome de que un grupo algo numeroso acudía en la dirección del frente é izquierda del fuerte en construcción, rompí fuego de cañón sobre fuerza enemiga, á dos mil doscientos metros, con los del tiro rápido, y á tres mil ochocientos metros sobre poblado de Mezquita, logrando contener este grupo hasta las cinco y media de la tarde. En el intervalo dispararon cañonazos los fuertes de Cabrerizas Altas y Bajas, continuando los fuegos hasta las seis de la tarde. Durante la noche han hecho un nutrido fuego de fusilería contra el buque, dando en el costado varios proyectiles, contestándoles en la misma forma.»

* * *

«General Ortega á ministro de la Guerra.—Melilla.

»Acabo de llegar á la plaza. Roto el fuego ayer á las tres y media de la tarde, ha continuado sin interrupción toda la noche. Recibido auxilio de la guarnición de la plaza, hemos hecho abandonar al enemigo las trincheras construidas, en las que se había establecido durante la

noche. La situación es grave. Es urgentísimo el envío de grandes refuerzos.»

«Coronel Casellas á ministro de la Guerra.—Melilla:

»El general Margallo ha muerto heroicamente al frente de las tropas al salir del fuerte de Cabrerizas.»

«Melilla, 28, 1'50 de la tarde.

»Comandante *Venadito* al ministro de Marina:

»Acaba de llegar á la plaza el cadáver del general Margallo.

»Aprovisionado el fuerte de Cabrerizas Altas, se retira en buen orden el convoy.

»Hay en el fuerte algunos heridos de la fuerza que intentó la salida con el general Margallo, antes de que llegase la fuerza protectora del convoy.

»Sigue sin cesar el fuego de cañón, teniendo el enemigo gran número de bajas; pero han llegado hasta 20 metros del fuerte de Cabrerizas.

»La comunicación telefónica entre los fuertes y la plaza está interrumpida, y facilito gente de mi buque para que hagan señales desde todos los fuertes y aseguren la comunicación día y noche entre ellos.»

***

Ante la gravedad que entrañaban semejantes noticias, se reunió apresuradamente el Consejo de ministros, leyén-

dose en él los anteriores telegramas, aun entendiendo que merecía ser tenida en cuenta la impresión bajo la cual fueron redactados, y adoptó los acuerdos siguientes:

Aprobar la resolución tomada y ejecutada ya por el ministro de la Guerra, de embarcar hoy mismo para Melilla tres batallones de cazadores y una brigada completa de infantería en Cádiz y Málaga.

Aprobar también la orden dada el mismo día 28, por el ministro de Marina, para que el crucero *Alfonso XII* saliese de Algeciras para Melilla.

Disponer, á propuesta del ministro de la Guerra, que embarcase tan pronto como llegara á Málaga el regimiento de caballería de Santiago, próximo á aquella ciudad, y que otras dos brigadas de infantería esperasen la orden dispuestas, como ya estaban, para embarcar también.

El general Macías saldría de Málaga aquella misma noche, en el crucero *Isla de Cuba*, para encargarse del mando de la plaza de Melilla el día siguiente á primera hora.

* * *

«El efecto doloroso que han producido en la opinión las tristes noticias de Melilla—decía un periódico de Madrid,—ha encarnado, como siempre, con mayor fuerza entre las clases populares.

»En las tiendas, en los mercados, en los talleres, en las obras, comentábase el despacho oficial, que como ayer insinuábamos, dejaba traslucir hechos tristísimos, tal vez

una sangrienta catástrofe para nuestros soldados en África.

»La actitud general, era de ira. Con más ó menos razón, la gente popular, llena de fe en su ejército, culpaba á la imprevisión de quien tiene el deber de ser previsor, ante todo, de los sucesos ocurridos.

»Renovaban unos la acusación de tardíos para los ministros; pedían otros grandes é inmediatos envíos de fuerza; clamaban todos por resoluciones enérgicas, con esas frases del pueblo llenas de sentimiento y de energía, que son tan elocuentes.

»Suponiendo, desde luego, un número de muertos considerable, lloraban las mujeres. Los hombres, fundándose en los misteriosos términos de las noticias oficiales, consideraban como cierta una derrota luctuosísima.

»Al avanzar el día, las noticias privadas de políticos, periodistas y todos los que por su posición pueden alcanzar ciertos informes, trascendieron al público.

»En los cafés, en las oficinas, en los grupos callejeros, en todas partes se sospechaba algo terrible.

»Entonces se dijo que el general Ortega estaba herido; que nuestras tropas, fieramente batidas por los moros, tuvieron que retirarse con heroica bizarría, á la plaza unas, otras á los fuertes; que no se sabía nada de Margallo, y que las bajas en nuestro ejército eran muy numerosas.

»El estado de excitación popular se hizo patente cuando el pueblo madrileño fué á despedir á nuestras tropas. Había una concentración, una preocupación muy honda

en el espíritu popular, que se traducía en el respeto con que miraba á los soldados y en los vivas frenéticos con que los aplaudía.

»Ya por la noche, la ansiedad que domina al público es inmensa. En los cafés no hay corros sin periódicos, ni nadie que no haga comentarios.

»Se pide la dimisión del Gobierno; se censura agriamente á los ministros por su abandono; se reclaman con urgencia tropas para África y en todos sentidos se manifiesta la indignación sin límites contra los que, según la general creencia, están mandando poco á poco á nuestras tropas á que los moros, superiores en número, las destrocen.

»Las opiniones de los que tienen mayor cultura y más calma para juzgar, coinciden por completo con las que dominan en el pueblo. Y en diverso sentido manifestado, todo el mundo coincide en una pena intensa por lo que supone sucedido, en una crítica severa para el Gobierno, y en una insistente é imperiosa reclamación de que inmediatamente se manden á Melilla las tropas que socorran á los soldados y que nos venguen de los marroquíes.»

***

Difícil nos es describir la impresión producida en toda la Península, al tenerse en ella conocimiento de lo que el Gobierno se empeñó en mantener oculto durante tantas horas.

La prensa de todos matices mostrábase indignada; pero

á pesar de los terribles cargos que podía haber dirigido á quienes hubieran podido evitar aquel rudo desastre, limitábase á aconsejar, á pedir temperamentos de energía, á recordar la calma y la prudencia, esperando resarcir con una gran victoria los desastres anteriores.

«No nos aconseja el pesimismo,—decía *El Liberal;*—no nos inspira la musa desconsoladora de la decepción; no queremos ni atribular el ánimo ni enlutar el alma: nuestro espíritu está por encima de la mortificación que produce un contratiempo doloroso y alienta con el espíritu siempre firme de la patria.

»Ayer fué un día de inquietud: no se sabía nada, no se quería decir nada. Ayer fué un día de sobresalto: se supuso lo más desconsolador, lo más horrible, lo más desesperante. ¡Ayer fué un día de luto! Se conoció algo de la verdad... ¡Y qué verdad tan triste!

»Triste, pero prevista. Lo demostraríamos con los pronósticos que hicimos, si nos aconsejara el amor propio.

»Si se trata de contar las fuerzas y el poder del enemigo, lo contamos; si se trata de medir dificultades, las medimos; si se trata de suponer vicisitudes, allí están, para quien quiera recordarlos, nuestros informes, nuestras advertencias y también nuestros consejos.

»Una acción pronta, enérgica, empeñada, sin regatear ni autorizaciones, ni recursos, ni apoyo material y moral, nos pareció economizadora de sangre, de dinero y de vergüenza. Un acción lenta... ya se ve, ¡y se ve tristemente! lo que ha dado.

»Pero ni nos aconseja el pesimismo, ni es llegada la hora de recriminar, acusar y censurar.

»Hoy es día de dificultades, y las dificultades se vencen. Por fortuna de nuestro carácter nacional, cuando las dificultades arrecian, surge más brioso que nunca ese gran Quijote que se llama el general *No importa.*

»No importa el desastre de ayer, si es aviso para la victoria de mañana. El desastre sólo ha tenido una razón; la de luchar bien, como siempre lucha nuestro valeroso ejército, pero la de luchar desventajosamente. La victoria sólo tiene un fundamento; la de luchar con fuerza proporcionada á cada obstáculo.

»Fuerza, fuerza, fuerza es lo que hemos pedido uno y otro día; fuerza es lo que hace falta en el campo de operaciones, no un contingente mínimo como el que se ha enviado, sino un gran contingente, y á ser preciso toda la fuerza nacional, que la nación está allí donde esté puesta el alma de la patria.

»No pedimos otra resolución, ni mantenemos otra fórmula. El general Ortega en su lacónico y acentuado telegrama dice: «Es urgentísimo el envío de grandes refuerzos.»

»¡Sí! Grandes refuerzos de tropas, de víveres, de municiones, de material de guerra á la plaza de Melilla; grandes refuerzos de actividad al Gobierno, para que no incurra en irresolución ni en lentitud; grandes refuerzos de serenidad á las masas, para que se mantengan en la actitud de un pueblo firme; grandes refuerzos de entusiasmo,

para que el entusiasmo, á ser preciso, lo dé todo, la sangre y el dinero; grandes refuerzos de caridad; grandes refuerzos de virtud, que todos estos refuerzos existen en el fondo de nuestras virtudes y de nuestras condiciones nacionales.

»De ese modo se vence.

»De ese modo vamos á vencer todos juntos en la idea de la patria; todos juntos, con el pensamiento en nuestro ejército.»

***

Otro periódico, hablando y comentando la muerte del general Margallo, se expresaba así:

«Profunda y muy penosa impresión ha causado la noticia de la trágica muerte del general Margallo.

»En todo Madrid, así en las más aristocráticas como en las más humildes moradas, se ha sentido verdadero dolor y conmiseración profunda, ante esta tristísima desgracia.

»Muchos son los comentarios que se hacen acerca de los incidentes de la muerte de tan valeroso soldado; pero todos convienen en que ha sucumbido víctima de su pundonor y de su valentía.

»No hace un mes que era sólo conocido entre sus compañeros del ejército y por los distintos mandos que ha desempeñado, en los que siempre procedió caballerosamente.

»Los sucesos del día 2 dieron á su nombre resonancia inusitada. Los elogios entusiastas lo envolvieron en una atmósfera de gloria. Hubo periódicos que pidieron para él

el ascenso inmediato á general de división; pocos días después se pedía hasta por sus más ardientes defensores, que se estudiara el asunto y se depurara la responsabilidad de sus actos en aquella jornada.

»Los que no hemos participado de aquellos delirantes entusiasmos del principio, ni nos hemos entregado á las críticas acerbas de los días posteriores, nos descubrimos con respeto ante ese cadáver y saludamos en esos mortales despojos la memoria de un valiente y de un hombre de honor.

»¡Pobre viuda! ¡Infortunados hijos!

»Reciban la expresión de nuestro sentimiento, que es la de muchos españoles, y obtengan de la misericordia divina la resignación cristiana para conllevar pena tan grande.»

CAPÍTULO XLVIII

Marchan de Madrid los regimientos de Canarias y Wad-Ras.—Despedida regia.—Varios detalles



A gravedad de las noticias recibidas, obligó, como hemos dicho, al Gobierno, á que con vertiginosa actividad diese nuevas disposiciones.

El general Macías marchó en el tren correo, y entretanto estaba preparándose el tren militar, compuesto de 27 vagones, con dos máquinas para su arrastre.

El regimiento de Canarias, que era el primero que iba á marchar, estaba hacía ya algunos días esperando la orden, que llegó por fin.

Los soldados, locos de entusiasmo, corrían de un lado á otro, exclamando con júbilo:

—¡Esta noche! ¡Al fin nos vamos esta noche á Melilla!

Los oficiales, tan satisfechos como los soldados, pudieron á duras penas contener el entusiasmo.

Dióse libertad á todo el regimiento para que durante el día prepararánse á marchar, y soldados y oficiales salieron del cuartel locos de alegría, para despedirse de sus familias, deudos y amigos.

El ministro de la Guerra anunciaba en la orden al coronel del regimiento, que á las nueve y media saldría de la estación del Mediodía el tren de tropas, en el que debían embarcar las pertenecientes al regimiento de Canarias.

Una multitud extraordinaria se agolpó á la parte exterior de la estación, pugnando por entrar en ella, á la hora en que se sabía que había de llegar el regimiento.

Cuando se percibieron á lo lejos los acordes del paso doble que iba tocando la música del regimiento, ya fué completamente imposible contener aquella muchedumbre.

La avalancha humana saltó por todos los obstáculos que á su paso se oponían, y en bullicioso tropel apareció por la inmensa nave del andén.

—¡Ahí están!... ¡Ahí están! ¡Son los de Canarias!—gritaba la multitud y agitaba con entusiasmo loco, los pañuelos y los sombreros.

El regimiento de Canarias entró en la estación á los acordes de un himno patriótico.

La muchedumbre enronqueció de alegría.

—¡Vivan nuestros valientes soldados! ¡Viva España! ¡A Melilla!

Y allí concluyó la uniformidad en la marcha, la gallardía en los movimientos y la disciplina severa y rigurosa.

Los paisanos abrazaban á los militares.

Las madres, que muchas había entre la multitud, arrancaban á viva fuerza á sus hijos de las filas donde formaban y conducíanles aparte, á un rincón, donde entre las expansiones propias del maternal cariño, hacíanles las recomendaciones naturales del caso.

Los vivas á España y al ejército, y los gritos de entusiasmo de la multitud, sucedíanse sin interrupción.

El general Bermúdez Reina y el gobernador, señor Aguilera, hallábanse rodeados de un numeroso grupo de oficiales generales y autoridades civiles.

El señor Aguilera dirigió á la muchedumbre un patriótico discurso de despedida á los valientes soldados, que minutos después habían de marchar al campo de batalla.

Las últimas palabras del gobernador fueron acogidas con una estruendosa salva de aplausos.

El tren de tropas estaba ya formado. Constaba de 27 vagones y dos máquinas.

Los 840 soldados de que consta el regimiento fuéronse colocando en los departamentos correspondientes, á 50 hombres por vagón, y los oficiales en los que al efecto tenían preparados.

Y entonces fué cuando la alegría de unos y otros llegó á su límite.

Entonáronse coplas patrióticas al compás de la guitarra, y los que oían á los enardecidos *cantaores*, acom-

pañaban *con olés* y *viva tu madre*, el final de cada copla.

Llegó la hora de marchar. Sonó la campana tres veces, y las portezuelas se cerraron. El general Bermúdez Reina dió un viva á España; el tren se puso en movimiento. Y cuando desapareció de la vista de la multitud, ésta quedóse muda y perpleja algunos momentos; pero se rehizo al fin, y agitando con furia los sombreros, exclamó á un tiempo:

—¡Vivan los valientes soldados españoles!

* * *

El día siguiente, debían también presenciar otro espectáculo parecido al de la noche anterior.

El regimiento de Wad-Ras estaba á las tres de la tarde dispuesto á salir para Málaga, perfectamente equipado.

La fuerza veíase formada en los patios del cuartel del Rosario, predominando en ella el mejor espíritu.

En la carrera de San Francisco y en las inmediaciones del cuartel se apiñaba el público, deseoso de ver el desfile de los defensores de la patria. El pueblo comentaba las últimas noticias oficiales recibidas de Melilla.

El patriotismo animaba los diálogos y enardecía los espíritus.

La concurrencia era inmensa y el tránsito se hacía muy difícil por aquellos sitios.

Los balcones veíanse llenos de gente ansiosa de despedir á los valientes que iban á derramar su sangre en defensa de la patria.

***

Precisamente era sábado, día en que, según costumbre, la corte se dirije á la iglesia del Buen Suceso, como antes lo hacía á la de Antocha, para asistir á la *Salve*.

Reunida ya la regia comitiva, S. M. la reina concibió la idea de ir á despedir á las fuerzas expedicionarias, y dió la orden de ir al cuartel del Rosario con su brillante acompañamiento.

En un coche iba la augusta señora con el rey, la princesa de Asturias y la infanta D.ª María Teresa; en otro la condesa de Sástago, la marquesa de Perales y el marqués de Oviedo; en otro los duques de Medina Sidonia y Sotomayor y el grande de servicio, señor conde de Pinohermoso, y en el último carruaje el general Cuenca y el coronel señor Colomer.

La comitiva regia se abrió paso entre la multitud, en medio de generales y entusiastas aclamaciones al rey y á la reina.

Al llegar al cuartel del Rosario, descendieron del landó las augustas personas y toda la comitiva. Allí recibió á SS. MM. el comandante general del primer cuerpo de ejército, señor Bermúdez Reina, que momentos antes había recibido aviso de la visita regia.

Su Majestad la reina y sus hijos cruzaron el cuartel y se dirigieron á los patios, donde se hallaba el regimiento de Wad-Ras, formado en columna por compañías.

La fuerza tributó á los monarcas los honores de ordenanza, oyéndose entusiastas vivas de la tropa, al rey y á la reina.

Las augustas personas recorrieron el frente de las diversas compañías, prodigando á todos, S. M. la reina, cariñosas frases.

En pos de SS. MM. iban las damas y personajes de la corte.

Unos instantes más tarde, salía la familia real del cuartel del Rosario, y al subir al coche se repitieron las aclamaciones populares.

El carruaje de SS. MM. y AA. se colocó frente á la verja de San Francisco el Grande.

A los estribos se situaron el capitán general, los jefes de Palacio y el general Cuenca.

Los vivas al rey, á la reina, á España y al ejército se sucedían sin cesar.

El entusiasmo rayó en delirio al aparecer en la calle el regimiento de Wad-Ras.

Desfiló la tropa con marcialidad. Los soldados iban sonrientes y contentos. Los semblantes revelaban orgullo en aquellos jóvenes militares, llamados á defender la patria con su valor y con su sangre.

La reina y sus augustos hijos presenciaron el desfile puestos de pie en el coche.

Don Alfonso XIII seguía con afán el movimiento de las tropas, revelando su rostro infantil, viva emoción.

La manifestación patriótica hecha á las tropas en las calles de Madrid, no pudo ser más entusiasta.

Los vivas frenéticos al rey y á la reina pusieron una vez más de relieve el engranaje de amor que existe entre el trono, el ejército y el pueblo.

La corte se dirigió desde San Francisco, á la *Salve* del Buen Suceso, regresando después á Palacio.

***

Todo era entusiasmo en aquellos momentos.

Los soldados iban ganosos de pelear, correspondiendo á las esperanzas en ellos concentradas, prodigando su sangre para lavar con ella el ultraje inferido á la nación.

Todas las calles por donde debía pasar el regimiento desde el cuartel á la estación, estaban intransitables, y los balcones ocupados por multitud de hermosas mujeres.

Donde se retrataba más vivamente el entusiasmo patriótico, era en los alrededores de la Plaza de la Cebada.

Allí estaban las descendientes de aquellas chulas memorables que lucharon á principios del siglo por la independencia de la patria.

Las frases pintorescas y vivas con que el pueblo español y su representación más genuina, el pueblo madrileño, sabe expresar sus más íntimos y caros sentimientos, brotaban de labios de aquellas graciosas mujeres, viniendo á constituir una riquísima nota de color, en medio de aquel cuadro animadísimo y pintoresco.

Momentos antes de las cuatro, el regimiento abandonaba el cuartel de San Francisco á los acordes del popular

pasacalle de *Cádiz*. El público prorrumpió nuevamente en atronadores vivas y aplausos entusiastas.

En más de una ocasión la formación marcial del regimiento vióse interrumpida por las espontáneas y cariñosas manifestaciones de los buenos patriotas.

Era imposible poner freno á aquella muchedumbre que hubiera deseado poder seguir á los soldados que marchaban, compartir con ellos las fatigas y los peligros, y que no pudiendo hacer esto, querían demostrarles que con su pensamiento les acompañaban.

Difícil se hacía el tránsito por aquellas calles donde la multitud se apiñaba, donde á cada momento llegaban nuevas oleadas que interrumpían la formación, sin que fuera posible oponer dique bastante fuerte á aquel desbordamiento del entusiasmo y de las simpatías patrióticas.

Los vivas, las aclamaciones, el agitar los pañuelos desde los balcones, los consejos, las exhortaciones, los donativos, todo se mezclaba, todo se confundía, todo contribuía á dar tonos muy brillantes á aquel cuadro tan recargado ya de tintas enérgicas y vigorosas.

***

Todo cuanto pudiéramos decir acerca de la animación extraordinaria que se observaba en estos parajes, sería pálido para describir las emociones que experimentaban las 10.000 personas que esperaban la llegada de los soldados.

Parejas de la Guardia civil é individuos del cuerpo de

Seguridad, apostados convenientemente, trataron en vano de encauzar aquella imponente y simpática manifestación.

El gobernador civil, señor Aguilera, no obstante su previsión y su intervención personal, no pudo impedir que al aproximarse el regimiento, encontrara grandes dificultades para penetrar en los andenes.

Sin embargo, la presencia del popular gobernador de Madrid logró evitar los desórdenes que consigo trae la gran aglomeración de gente y el entusiasmo de las multitudes arrastradas por una idea tan santa como la de la patria.

Los amplios y majestuosos andenes de la estación del Mediodía resultaban estrechos para contener las 15.000 personas que seguramente habría en ellos.

Las gentes se encaramaban sobre los vagones de trenes que no habían de partir.

De vez en cuando se escuchaban atronadores aplausos al ejército español, y de vez en cuando también, sobre el oleaje de aquellos ruidos ensordecedores, se escuchaban vibrantes y sonoros los lamentos desgarradores de las madres, hermanas, esposas y novias de los que iban á partir.

Al penetrar en los andenes la bandera del primer batallón, el espectáculo era en extremo conmovedor.

Las mujeres, agitando sus pañuelos, y los hombres todos profundamente emocionados, prorrumpieron en un viva unánime: «¡Viva la bandera española!... ¡Viva el ejército!... ¡Viva la honra nacional!», aclamaciones que se repitieron millares de veces.

Iguales demostraciones de delirante entusiasmo se hicieron al descubrir la bandera del segundo batallón.

En medio de aquel *maremágnum*, costó gran trabajo instalar en los coches á jefes, oficiales y soldados en el tren, que se componía de dos furgones para equipajes, tres vagones para caballos, un vagón para dos carros de transportes, diez y ocho coches de 3.ª, dos de 2.ª y uno de 1.ª

Aunque estaba anunciada para las cinco la partida, tuvo que retrasarse hasta las cinco y media, efecto de una porción de concausas, no imputables á nadie.

Todas las clases sociales estaban representadas en el andén.

Cuando se dió la señal de partida, los vítores, las exclamaciones y las manifestaciones de alegría y lágrimas de emoción se redoblaron.

En todas las inteligencias estaba fijo en aquellos solemnes instantes un sólo pensamiento, y en todos los corazones palpitaba el mismo sentimiento: el hermoso y bendito sentimiento de la patria.

CAPÍTULO XLIX

Después de la despedida de las tropas.—Manifestación y desórdenes.—Llegada del general Macías á Málaga y su embarque para Melilla



ANIFESTACIÓN de simpatía y de afecto había dado el pueblo de Madrid á los soldados que partieron para la guerra, y manifestación de los deseos generales, de las aspiraciones del país, había de suceder á la hecha á los regimientos de Canarias y Wad-Ras.

En armonía con los dos cuadros, habían de estar las notas dominantes en ellos.

El entusiasmo, el afecto, la simpatía, resaltaban en la primera.

La energía, el deseo de que se siguiera una política firme y resuelta, que pusiese en el lugar que debía el pabellón español, rehabilitándonos, por decirlo así, del mal papel que habíamos estado jugando ante Europa, destacábase de la segunda manifestación.

Un periódico, decía ocupándose de este segundo acontecimiento de aquel día:

«A las seis de la tarde se hacía dificilísimo el tránsito por todas las avenidas que afluyen á la estación del ferrocarril del Mediodía.

»La ola humana que desde la explanada, desde el andén, desde la misma vía sobre que tuvo que rodar lentamente el tren, dió en frenéticas aclamaciones su despedida al regimiento de Wad-Ras, lo inundó todo después, llevando á todo Madrid sus movimientos nerviosos, sus entusiasmos y sus rencorosas inquietudes.

»De entre aquella apiñada muchedumbre se destacó en columna y precedido de una bandera española, un numeroso grupo de gente joven en su inmensa mayoría, que prorrumpiendo á intervalos en nutridos vítores á España y al ejército, emprendió desde la estación el regreso al centro de la capital por el paseo del Botánico y el Prado, con dirección á la calle de Alcalá.

»Aquella improvisada manifestación,—no cabía dudar sobre su carácter,—era la natural consecuencia del efecto producido en las masas por las escenas de lágrimas y los episodios tiernísimos que ante sus ojos se habían desarrollado en la estación; era el resultado de las vivísimas impresiones producidas en la muchedumbre en presencia de aquella brillante oficialidad, de aquellos bizarros soldados marchando hacia el fragor de la guerra con la alegría en los ojos y la sonrisa en los labios.»

***

El sentimiento de la patria dominaba sobre todo.

En aquella compacta multitud, en aquel hervidero de cabezas, donde bullía un mundo de ideas distintas, solo, en los momentos que hablamos, había una aspiración; castigar á los que nos habían ofendido y demostrar á las demás naciones que aún *había patria.*

A la multitud que, llena de entusiasmo, lanzaba al aire sus fervientes vivas y sus aclamaciones, se unía la muchedumbre de espectadores que transitaba por las calles donde cruzaba la manifestación, acompañando á ésta con sus propios entusiasmos y sus simpatías.

Los manifestantes llegaron delante del Ministerio de la Guerra, dando vivas al ejército; varios de ellos conversaron con los oficiales de la guardia, y aclamando á España y desoyendo la voz de alguno que les exhortó á que se disolvieran, se dirigió á la Puerta del Sol, primero, y después al Círculo Militar, á cuyas puertas se repitieron con atronadores acentos, sus vítores á nuestros soldados.

La manifestación marchó luego en dirección de la calle Mayor, engrosándose á cada momento; llegó á la plaza de la Villa, y unos cuantos jóvenes que de ella formaban parte, pretendieron subir por las rejas bajas de la Casa Municipal al balcón del primer piso, para que ondease desde allí la bandera española que llevaban; pero una sección de guardias de seguridad, que salió del gobierno de provin-

cia, cargó, sable en mano, sobre el núcleo principal de los manifestantes, dispersó á éstos y se apoderó de la bandera, produciéndose con aquella inopinada y violenta agresión, las carreras, los sustos de las soñoras y gentes extrañas al acontecimiento, que eran consiguientes, y mayor irritación en el grupo, que se rehizo prontamente.

Hubo después gritos pidiendo la bandera á las mismas puertas del Gobierno civil; volvieron á reunirse en seguida los manifestantes en la plaza de la Villa, y se aumentó el tumulto con los gritos de *¡A la calle de Toledo! ¡A rescatar la bandera!*, en el momento en que, avisado el gobernador, llegó en su carruaje, se apeó y dirigió una enérgica y persuasiva arenga á los que gritaban.

El señor Aguilera les exhortó á que se disolvieran, recordándoles que están prohibidas por la noche las manifestaciones públicas y el respeto que se debe á las leyes; les declaró que si los momentos eran desagradables para la patria, nada había que temer respecto á la seguridad de nuestra plaza de Melilla, y les aconsejó que el verdadero patriotismo estaba en no producir tumultos, que podían distraer en estos momentos la atención que el Gobierno debe fijar en objeto más alto.

Algunos de los manifestantes se mostraron persuadidos por los razonamientos del señor Aguilera, y se dispusieron á disolver el grupo; pero la mayoría emprendió el camino hacia la calle de Toledo, en uno de cuyos comercios pusieron á otra bandera,—que no sabemos de dónde salió,—una corbata de crespón negro.

* * *

Difícil es, en momentos semejantes, establecer entre la multitud el justo límite donde debe llegar la manifestación del público sentimiento.

El torrente, cuando se desborda, no con tanta facilidad se le puede volver á encauzar.

Se le opondrá un obstáculo; pero entonces se subdivide en cien arroyos distintos que discurren por sitios diferentes, multiplicando las dificultades para dominarle.

Tal sucedió con la manifestación de que hablamos.

Desde aquel momento puede decirse que se multiplicaron las manifestaciones, pues se organizaron grupos diversos que con varias banderas cruzaban en todos sentidos las calles más importantes de la capital.

Las autoridades civiles se mostraban perplejas respecto á la conducta que habrían de observar; en algunos puntos los agentes de orden público se apoderaron á viva fuerza de las banderas, que los manifestantes defendían denodadamente, á veces rechazando á los guardias, otras eludiendo su encuentro, y en alguna ocasión quitándola del asta, que se convertía en arma ofensiva.

En otros lugares, por el contrario, los agentes subalternos del gobernador contemplaban impávidos á los manifestantes, á quienes en todas partes, con actividad prodigiosa y con pulmones verdaderamente privilegiados, buscaba y exhortaba el gobernador,—ya un tanto ner-

vioso,—anunciándoles que se vería precisado á hacer uso de la fuerza para disolverlos.

Los grupos se diseminaban un momento, volvían á rehacerse, pasaban de nuevo por frente al Ministerio de la Guerra y del Casino Militar, dando vivas al ejército y á España, y concluían por reaparecer nuevamente en la Puerta del Sol, donde á ratos eran ensordecedores sus gritos.

A las once y media de la noche, el grupo más numeroso se hallaba próximo á la Puerta del Sol, y ya apenas escuchaban los consejos del señor Aguilera. Este último se retiró, acudieron varios guardias, acometieron á los de las banderas, arrebatándoles algunas y cambiándose palos, y un pelotón de gente marchó por la Carrera de San Jerónimo y otro por la calle de Alcalá, el primero con dirección al Casino Militar y el segundo en demanda del Ministerio de la Guerra.

El núcleo de la manifestación permaneció en su sitio en actitud de resistencia, pero hubo de deshacerse y de tomar diversos caminos al destacarse del Ministerio de la Gobernación unos cuantos jinetes de la Guardia civil que despejaron rápidamente la ancha plaza.

Los manifestantes, que marcharon por la calle de Alcalá, encontraron cerrada la verja del Ministerio de la Guerra, custodiada por centinelas dobles y guardada la puerta por una sección de la Guardia civil que impedía á todo el mundo aproximarse al edificio.

* * *

Empezaba á transformarse en inquietud el entusiasmo producido en los primeros momentos de la manifestación.

Hablábase de desórdenes ocasionados por alguno de aquellos grupos, y empezaba á temerse que la manifestación terminara de un modo menos pacífico que como empezó.

Decíase que en las inmediaciones de la Fuente de Cibeles, hubo una pequeña colisión entre manifestantes y guardias de seguridad, quienes quitaron á los primeros una bandera.

El otro grupo, el que marchó por la Carrera de San Jerónimo, se dirigió al Casino Militar, precisamente en los momentos en que salía el público del Teatro Español, proporcionando un susto más que regular á las señoras que habían asistido al espectáculo de dicho coliseo.

El gobernador pudo, al fin, imponerse por la persuasión á los manifestantes, que hartos de dar voces y rendidos de cansancio, se disolvieron y retiraron á sus respectivos domicilios.

Debe advertirse que ya en las horas avanzadas de la noche, los gritos de los grupos no se limitaban á vitorear á España y al ejército. Al par de éstos,—que eran los dominantes,—se oían con frecuencia los de: ¡Viva Martínez Campos! ¡Abajo el Gobierno!

***

Entretanto el general Macías había llegado á Málaga; las noticias de las disposiciones del Gobierno habían lle-

nado de entusiasmo á todos los pueblos, donde lo ocurrido últimamente en Melilla, aun cuando se carecía de datos exactos, produjo honda impresión.

Los telègramas recibidos de Málaga en los días 28 y 29 de octubre, decían así:

«En el tren correo ha llegado el general Macías acompañado de su estado mayor.

»En la estación le esperaban las autoridades civiles y militares, la Diputación, el Ayuntamiento y una infinidad de entusiastas.

»Desde la estación al hotel de Roma, donde se hospeda, cubrió la carrera inmenso gentío, que le hizo una calurosa ovación.

»Esta noche saldrá el general Macías para Melilla en el crucero *Isla de Cuba*, con 50 hombres de escolta del batallón cazadores de Cataluña.

El general Monroy, se embarcará en el vapor *Luis de Cuadra*, con el batallón mencionado.

»La fragata *Gerona* espera la llegada del regimiento de Dragones de Santiago.

»Estamos incomunicados con Melilla.

»Sábese, sin embargo, por telegramas de esa, recibidos en la redacción de *El Diario de Málaga*, lo ocurrido en Melilla, y el efecto causado en toda la población, es indescriptible.

»Por las calles principales no se puede andar; las obstruyen numerosos corros, en que se comentan los últimos sucesos.

»No telegrafío las versiones que circulan, por ser muchas, inverosímiles, ó no estar confirmadas.

»Quién asegura que el general Margallo está herido y preso por las kábilas, y quién jura que se ha suicidado por haber perdido en la batalla de ayer 200 hombres y un cañón.

»La falta de noticias tiene la culpa de las exageraciones del pueblo, que está sobrexcitado extraordinariamente.»

«Málaga, 28, á las 11 noche.

»Al salir á paseo el general Macías y entrar en la calle de Larios, un gentío inmenso se agolpó á su alrededor dando vivas á España y al ejército.

»El general visitó el Círculo Mercantil.

»La sociedad le hizo cariñoso recibimiento.

»El vapor *Isla de Cuba* está haciendo presión en sus calderas, para zarpar á las dos de la madrugada.

»A esta misma hora saldrá el vapor *Luis de Cuadra*, conduciendo al general Monroy y á un batallón de cazadores.

»La excitación aumenta á medida que son comentados los sucesos de Melilla.»

«Málaga, 29, á la 1'30 mañana.

»Acaba de embarcarse el batallón cazadores de Cataluña. La despedida que se le ha hecho, ha sido delirante.

»Á pesar de lo avanzado de la hora, Málaga entera esperaba el paso, para despedir á nuestros soldados.

»Al pasar por la calle de Larios se encendieron bengalas y se dieron vivas á España y al ejército, que fueron calurosamente contestados.

»Los balcones estaban atestados de las personas más distinguidas de esta sociedad.

»Fueron á bordo á despedir á los generales Macías y Monroy, comisiones de la Diputación provincial, Ayuntamiento, círculos y sociedades.»

CAPÍTULO L

Los Dragones de Santiago.—La opinión del señor Cánovas del Castillo.—La situación del Riff, en el momento de romperse las hostilidades el día 27 de octubre

Lo que tantas veces se había pedido, lo que tan necesario era en Melilla, el envío de fuerzas de caballería para practicar reconocimientos, para multitud de operaciones que hacían indispensable el empleo de esta arma, lo decidió por fin el Gobierno, cuando precisamente los últimos acontecimientos demostraron, entre otros errores en que se había incurrido, el que implicaba la falta de caballería.

Dispúsose, por telégrafo, que el regimiento de Dragones de Santiago, que estaba de guarnición en Granada, marchase inmediatamente á Málaga para embarcarse.

Del mismo modo que sucedía en los demás puntos y

con el mismo entusiasmo que los demás cuerpos, recibió el de Santiago la noticia.

La población se aprestó á hacerle una despedida no menos entusiasta que la hecha en Madrid á los regimientos de que hemos hablado.

La despedida del regimiento frente al templo de la Virgen de la Angustias, patrona de Granada, la describe así un testigo presencial:

«La carrera presentaba el más admirable golpe de vista; un mar de cabezas y de brazos en alto; en el centro, los remates de las banderas y de los estandartes de las corporaciones y de los gremios; la iglesia de Nuestra Señora, con sus puertas abiertas de par en par, dejando ver allá en el fondo, resplandeciente de luz, la imagen de la Virgen, Madre de los afligidos; la clerecía, silenciosa, en el atrio, y cabe la iglesia el regimiento desfilando, pausado y majestuoso, saludando al pasar, llevando cada soldado una oración en los labios, y en el espacio, mezcladas con los gritos de entusiasmo y los estallidos de los cohetes, las notas de la marcha real.

»Cuando pasó saludando el estandarte, la explosión del entusiasmo fué sin igual; hasta las mujeres dejaron un punto de llorar para decir ¡viva! Allí dentro había también otros estandartes ganados á los árabes por esa misma caballería.

»—¡Hijo mío!—gritó una anciana viendo pasar á su hijo; y mientras ella, entrando en el templo, se deshacía en lágrimas, el bizarro soldado marchaba imperturbable,

abrigando todos otros sentimientos que no fueran los del deber y de la patria.

»Un detalle:

»Un grupo de dragones, que después de despedirse de sus familias marchaba anoche al cuartel, fué detenido por varios paisanos en la calle de la Duquesa, que los obsequiaron espléndidamente. Al tomar las copas con que los paisanos les obsequiaron, dijo uno de los soldados:

»—Por tu *salú* y por la cabeza del señor Maimones, que me la traigo *pa jacer* la Toma.

»Los dragones se despidieron, siendo vitoreados por los paisanos que no los dejaron hasta la puerta del cuartel.

»En Santafé, fué entusiasta el recibimiento y despedida á los soldados.

»El sábado pernoctó en Loja el regimiento, y hoy á las tres deberá llegar á Málaga.»

***

El mismo paréntesis en todas las luchas políticas, la tregua que tácitamente determinaron todos los partidos cuando se tuvieron noticias del ultraje inferido el día 2, se reprodujo al conocerse en toda su extensión, lo ocurrido en los días 27 y 28 de octubre.

Las aspiraciones particulares, los apasionamientos de escuela, las ambiciones, los rencores se acallaron porque sólo dominaba el patriotismo.

Buscábanse soluciones al conflicto, partiendo siempre

de la base del castigo ejemplar, y se pedían y se escuchaban y se comentaban las opiniones de las personalidades importantes de todos los partidos.

Uno de los redactores de un periódico de Madrid, fué á visitar al eminente hombre público, D. Antonio Cánovas del Castillo, para escuchar su opinión respecto á los sucesos mencionados.

«El insigne estadista,—dice el indicado redactor,—que en los actuales momentos da la única nota consoladora de confianza en la suerte, y de esperanzas en los destinos de la patria, se ha expresado en los siguientes términos:

«Confieso que en estos instantes me falta calma para razonar friamente acerca de las desdichas que se repiten en Melilla. Decir esto es muy triste, pero como protesta que brota del corazón es preciso consignarlo, como es preciso confesar que el Gobierno que en días normales no se ha distinguido por su acierto en la dirección de los negocios políticos, dirige muy mal la campaña.

»Al Gobierno le faltó en un principio habilidad para hacer la guerra pequeña que requerían los sucesos del día 2, molestando incesantemente al enemigo, sin dejarle un momento de reposo, y le han faltado arranques y energía para emprender la guerra grande, inspirando confianza al país, mientras hacía los preparativos necesarios para el combate.

»Ahora los acontecimientos demuestran cuánto ha sido imprevisor, y cuán forzoso le es sacudir su inercia. Ha llegado el momento de obrar con resolución y al país le

sobra energía y voluntad para salvar el conflicto si el Gobierno no le salva.

»Es absurdo creer que pudieran hacerse fortificaciones en el campo de Melilla sin que las viera ni las estorbara el enemigo. Dos mil hombres son pocos, son deficientes para defender una extensa línea frente á un enemigo decidido y fanático. Ha sido grandísima y lamentable imprevisión la de comenzar en estas condiciones la guerra.

»Creí en los primeros días necesarios 12.000 hombres para hacernos respetar por los riffeños; ahora entiendo que hacen falta muchos más. Impónense grandes sacrificios y esfuerzos para salvar la honra de la bandera y los intereses de España, y tengo la seguridad de que el país no ha de regatearlos, antes bien ha de facilitarlos generosamente.

»Háse hablado de la probabilidad de que las Cortes reanuden sus tareas en breve; yo no creo conveniente la apertura del Parlamento, pues tendríamos que decir allí muchas cosas y juzgo imprudente decirlas delante del enemigo.

»La muerte del general Margallo me ha afectado mucho; pero entiendo que es inhumano dirigirle cargos sin pruebas, y entiendo que la hidalguía impone que se guarden al cadáver toda suerte de respetos.

»Ahora que las operaciones militares parece que van á tomar nuevo impulso, quizás decisivo, conviene hacer constar que el ejército necesita á su frente un general que levante su espíritu y le inspire confianza. El general que

debe mandar nuestras tropas debe ser Martínez Campos.

»Prestigios militares no se compran ni se improvisan. A la cabeza de nuestros soldados hace falta un hombre que tenga un prestigio conquistado en los campos de batalla. Ese hombre está señalado por los hechos de armas, por su fortuna en otras guerras; el soldado le conoce, le quiere y le espera, la opinión le ha designado desde los primeros momentos y yo no he de ocultar que estoy conforme con la opinión, pues, aunque se trata de un amigo mío y su modestia se ofenda, reconozco que sólo él sintetiza las aspiraciones de la nación.»

»Estas declaraciones son comentadísimas y han causado bastante sensación á los amigos del general López Domínguez.»

***

No podía menos de comprender toda la nación, la inmensa responsabilidad en que había incurrido el Gobierno con su falta de actividad y de energía, desde el instante en que los riffeños realizaron su primer atentado, cuando todas las correspondencias de Melilla, así las de los periódicos, cuanto las particulares, estaban llamando la atención respecto á lo que cada uno observaba y cada uno podía apreciar.

Á la vista tenemos una carta dirigida á *El Imparcial*, en la cual se dice, entre otras cosas, refiriéndose al día 23 de octubre:

«A la vista de los fuertes se han reunido hoy muchos miles de moros, en la feria de Frajana.

»Efecto de las hogueras que anoche ardían en todas las cimas del campo riffeño, han acudido á la expresada feria muchos moros de las kábilas, para tomar acuerdo, en vista del cañoneo del *Venadito*.

»No se tiene noticia de que las granadas de nuestro crucero hayan causado bajas entre los moros.

»Nadie se explica que estando la feria de Frajana al alcance de nuestros fuegos, se permita su celebración, que sólo sirve para que los riffeños dispongan con toda comodidad su plan de campaña.

»Sábese que hoy han acudido á Frajana los cabos de nueve kábilas y que han discutido la manera de defensa.

»Media docena de cañonazos hubieran bastado para disolver la feria.

»El estado del campo moro es tan hostil, que no se han atrevido á ir los administradores de la aduana del sultán á leer la carta de Sidy Mohamed Torres. Esto prueba que los que esperaban que esta carta produjera efecto en las kábilas, no saben lo que se dicen.

»He ido á visitar al general Margallo para pedirle su opinión sobre el actual estado de cosas.

»Cree que hay que ocupar posiciones en el campo moro, sobre todo en la divisoria del río del Oro que forman los cerros Pajares y Sidy-Al-hacén. Esta ocupación debe ser definitiva, porque sino nuestro campo en la ribera derecha del río del Oro, quedará siempre en malas condiciones.

»—Creo,—siguió diciendo,—que el Gobierno mandará pronto estos refuerzos, pues la Comisión técnica habrá dado ya su parecer al ministro de la Guerra.

»Otra cosa me dijo el general Margallo: que conforme vayan desarrollándose las operaciones, podrá llegar á ocuparse el monte Gurugú, que domina nuestro campo y cuya posición, si los moros dispusieran de artillería, habría precisión absoluta de ocupar á toda costa.

»Después de celebrar la anterior conferencia, hablé con el general Ortega.

»La opinión de éste no discrepa de la del general Margallo.

»Cree el general Ortega que mientras no se ocupen á la derecha las alturas que dominan á Sidy-Guariach y á la izquierda las cumbres del Gurugú, que dominan á Melilla, estaremos siempre al alcance de los vejámenes y ultrajes de las kábilas.

»—Ya que se hace el sacrificio,—dijo,—hay que buscar en esto la compensación.»

***

Todas estas ferias, todas aquellas reuniones de moros, todo cuanto pasaba entre aquellas hordas feroces, estaba demostrando el espíritu de hostilidad que contra nosotros abrigaban, espíritu que no podía dominarse sino por medio de la fuerza.

Para esto habría sido preciso que desde los primeros ins-

tantes se mandase allí fuerza suficiente para obrar con energía, y esto lo dijeron todos; la opinión lo estaba indicando, la necesidad y la conveniencia lo exigían, y solamente el Gobierno permanecía impasible.

El mismo corresponsal á quien antes nos referíamos, decía en una de sus cartas:

«Como demostración de cuanto llevo dicho en cartas anteriores que justifican la necesidad imperiosa de que un cuerpo de ejército venga al campo de Melilla, llegan las últimas noticias de las kábilas llenas de tonos de energía y de notas bélicas, reveladoras de terquedad y resolución en el bárbaro enemigo que con sangre y vida se opone á la construcción del ya famoso fuerte de Sidy-Guariach.

»En balde es alegar razones de derechos; á la altura que han llegado las cosas, el derecho aquí no puede ser ya otro que el del más fuerte, pues las trincheras de que está rodeado todo el campo, los 1.500 hombres que en ellas prestan servicio diario, el acuerdo de economizar cartuchos no disparando un tiro hasta el momento del combate, los pactos con los del interior, la soberbia de que hacen gala no pidiendo ya ni aun tregua, pues sólo la pide el bajá en nombre del sultán, no en el de las kábilas, son datos que hasta la saciedad prueban que los moros están dispuestos á mantener su criterio con tesón y fortaleza dignos de mejor causa.

»Su carácter indomable y fiero ha hecho causa nacional de una cuestión baladí, y cuando en este terreno plantea un pueblo un asunto cualquiera, cuanto más salvaje y

bárbaro, es más difícil hacer entrar en su cerebro, lleno de tinieblas de fanatismo, la luz de la razón, por muy poderoso que sea el foco que la refleje.

»Y como por un lado España tiene que vengar los sangrientos sucesos del 2, y por otro no hay que pensar desistan las kábilas de sus propósitos, el choque es inevitable y nosotros debemos procurar á todo trance que deje memoria en las kábilas, para que de generación en generación guarden los moros el recuerdo, y se eduquen desde niños en el respeto y consideración que siempre debimos merecerles y que hay que inspirarles con la fuerza de las armas; y pues el temor es el único camino, como demostró la anterior campaña de África, para llegar á conseguir estos fines, llevemos el terror á sus aduares, consiguiendo con ello en primer término, y como deuda sagrada que no puede quedar sin cobrar, vengar los ultrajes hechos á nuestros muertos; en segundo realizar una obra de caridad, pues tras de los hechos de armas va siempre la civilización, y los riffeños están de ella harto necesitados.

»Para conseguir estos fines hay que traer un cuerpo de ejército numeroso y dotado de todos los adelantos, que el enemigo no es despreciable y su actitud de guerra demuestra que la resistencia ha de ser dura y tenaz.»

***

Forzoso es convenir, ó que nuestros gobernantes creían, como en otro tiempo dijeron los periódicos franceses á

propósito de la guerra franco-prusiana, que á escobazos se les echaría á sus poblados, ó que no se atreverían á contrarrestar el poder de España, cuando tanta pasividad habían observado, y en tan exiguas cifras enviaban los contingentes de tropas al campo de Melilla.

«No hay que hacerse ilusiones respecto á la organización de los moros,—decía una carta que tenemos á la vista;—en ella hay elementos que les perjudican y otros que por lo valiosos les favorecen en sumo grado.

»Son los primeros, la falta de disciplina en las lineas de combatientes, que se inspiran en su particular criterio y huyen ó avanzan sin preocuparse del plan general del combate: la mala distribución y aprovisionamiento de municiones, que hace que cada grupo tenga las suyas en abundancia ó escasez en relación con la riqueza de los que lo forman, no con la importancia de la posición que se defiende, causa de grandes males en momentos decisivos de una batalla; la ninguna instrucción militar y la falta de una voluntad única que ordene y de una obediencia ciega por parte de los combatientes.

»Al lado de estas cosas que les perjudican, á las que hay que sumar la falta de artillería, hay otras que les dan ventaja sobre nosotros.

»El exacto conocimiento del terreno da al combatiente una gran confianza en la lucha, y saber dónde hay un arbusto que oculta, una piedra que atrinchera, una cañada que favorece la huida, una cueva que puede dar refugio, es tener bastante adelantado.

»No preocuparse del frío, ni del calor, ni de los zapatos; vivir en la campaña, como se ha vivido siempre, con un poco de pan de cebada y una cebolla por todo alimento; un poco de heno por todo lecho, un fusil que limpiar por todo cuidado, tener la seguridad de una retirada colectiva á país amigo, donde encontrar descanso, y la certeza de que todos los brazos útiles manejan armas que hieren y que no hay posibilidad de que uno solo deje de esgrimirlas por hábito, afición ó temor á las penas que se han acordado; contarse y ver que sólo para mantener posiciones hay 20.000 combatientes, que se reúnen en veinticuatro horas y se duplican en tres días, sin que les acompañe impedimenta alguna, pues cada uno trae en la capucha de la chilaba el alimento que necesita y en la cartera y en la cintura las municiones de que ha de hacer uso, da valor colectivo, inspira confianza, y del ejército más salvaje hace un ejército aguerrido y valiente.

»Tales son los recursos con que cuentan los moros para mantener su empeño; y si bien no pasan de la categoría de medianos, son de un efecto moral para ellos muy valioso y para nosotros deben ser estímulo y razón para poner en campaña 14.000 hombres lo menos, cifra que garantiza, á nuestro juicio, el éxito.»

* * *

No puede negarse que quien decía todo lo anterior, respecto á los rifeños, les había estudiado perfectamente,

y sabía que á pesar de cuanto se estaba diciendo, no eran las gentes del Riff enemigos tan despreciables.

Si habían braveado ante el mismo sultán, ¿qué no harían respecto á nosotros?

***

«¿Qué hará el sultán si viene?—decía el señor Méndez.—Difícil es predecir su actitud ante un núcleo de gente más poderosa y mejor armada que él, ante gente que puede excusar sus actos diciendo que si cometió desmanes, fué contra el enemigo de siempre, usurpador del territorio en estas costas, vencedor en luchas épicas de ocho siglos, odiado por sus hechos de armas y su superioridad, y más odiado aún por su religión, contraria á su ascendiente el gran Mahoma, razones todas que á los ojos de Muley Hassán han de atenuar el delito; pues es sabido que los pontífices de Marruecos, crueles y sanguinarios cuando una kábila se niega á pagar tributos que aplaquen la hambrienta codicia del Tesoro imperial, son blandos de corazón para los que guerrean contra el extranjero y vacían sus bolsillos en las arcas sin fondo de la hacienda del señor.

»El emperador, no hay que pensar vengue nuestro ultraje, ni es decoroso confiar á manos ajenas la reparación de ofensas propias. Si obligado por nuestra diplomacia llega á venir sobre las kábilas y ve que su presencia separa de los Mazuzas y Benisicar los aliados, lo más que hará

será esquilmar el país, sacar hasta el último céntimo, consumir las cosechas; pero el castigo personal no hay que pensar que llegue, pues ni él ha de tomar como ofensa lo que en el fondo halaga su amor propio, ni los limítrofes son tan tontos que esperen las justas iras del sultán; montañas inexpugnables tiene el Riff, á las que nunca llegaron los sultanes, que den guarida segura á los comprometidos.

»Por eso el castigo hemos de imponerlo nosotros, pues encontraremos á los acreedores de él cerrando el paso á nuestras tropas y defendiendo su propósito, paso que el sultán dejaría franco si éste, lo que no es de esperar, viene con propósitos de sangriento exterminio.»

CAPÍTULO LI

Las fuerzas del Riff en los momentos en que se rompieron las hostilidades

Por mas que en otro lugar dijimos ya el efectivo que podían presentar en batalla las kábilas más inmediatas á Melilla, datos posteriores nos permiten hacer otra apreciación diferente, y que justifica las hogueras encendidas por los moros en señal de llamamiento á sus hermanos, y la agitación de jaiques, especie de medio telegráfico para entenderse y comunicarse hasta las tribus más lejanas.

Debiendo narrar los sucesos ocurridos en las jornadas del 27 al 29 de octubre, conviene que conozcamos los elementos de que podían disponer los riffeños, para calcular las enormes masas que debieron caer sobre nuestros soldados.

«Juntamente con los trabajos gráficos realizados para la publicación del plano de Melilla, con objeto de que éste salga lo más perfecto posible bajo el punto de vista geográfico, hemos procurado hacer investigaciones acerca del interior de aquel macizo montañoso del Riff, para venir en conocimiento de los principales rasgos de las kábilas y de las fuerzas que disponen, datos difíciles de adquirir, no absolutamente exactos, sino aproximados, pero que podemos asegurar á nuestros lectores que retratan todo lo mejor posible aquella comarca en el concepto dicho, siendo los únicos que existen, pues aquellas montañas están casi en absoluto cerradas á toda investigación extranjera.

Entra en esta exploración casi todo el macizo del Atlas que forma el Riff, desde la frontera argelina hasta dos jornadas de Wassan y desde el mar hasta la latitud de Teza. Y decimos casi, porque ciertamente no están todas, por las dificultades que hay de penetrar en ellas por el fanatismo religioso de sus habitantes, razón por la cual los datos no están completos.

Dividiremos las kábilas por su proximidad á Melilla desde las que la rodean hasta las que se hallan á cinco jornadas de distancia, pudiendo reducirse éstas en caso de guerra, pues son jornadas que pudiéramos llamar comerciales, que recorren las caravanas.

Kábila de Frajana, á tres kilómetros de distancia, con 1.200 hombres á pie y 100 caballos disponibles para la guerra.

Kábila de Mazuza, con la de Mezquita, á siete ki-

lómetros y medio, con 2.500 infantes y 500 caballos.

Kábila de Benisicar, que comprende los aduares de Said, Nandona y Sidasmar; distancia media, siete kilómetros, con 4.000 infantes y 150 caballos.

Todas estas kábilas están armadas con Remington, dando un total de 7.700 infantes y 750 caballos. Sus circunstancias son hoy bien conocidas.

***

A una jornada próximamente de la ciudad, encuéntranse:

Kábila de Benibuyafar, con la de Neobram, á 18 kilómetros, con 4.500 hombres de guerra. Son valientes y están bien armados.

Kábila de Benisidel, con los aduares de Suaban y de Iral, á 15 kilómetros, con 4.500 infantes y 300 caballos.

Kábila de Benifuror, á 28 kilómetros, con 2.500 infantes y 100 caballos.

Kábila de Eubdassem y Emtalsa, á 40 kilómetros, con 12.000 hombres de guerra, una mitad á caballo. Los indígenas de estas kábilas son verdaderamente feroces.

Kábila de Benisaid, á casi igual distancia que la anterior, con 6.000 hombres armados.

La mayor parte de estas kábilas tienen mayoría de armamento Remington, algunos Berdam y fusiles de pistón. Son, en general, feroces y fanáticos.

A unas dos jornadas próximamente, están las kábilas

de Kebdana, con 6.500 infantes y 1.350 caballos. Son valientes, nobles y de buen corazón; todos tienen Remington.

Kábila de Temzano, con 1.100 y 400 respectivamente.

Idem de Beniquirel, con 3.000 y 100.

Idem de Benibuijú, con 2.500 y 1.000.

Idem de Mujayabué, con 2.000 y 2.000.

Idem de Benibusgo, con 3.000 y 2.000.

Estas kábilas, como las anteriores, tienen en su mayor parte armamento moderno.

Tres jornadas separan de Melilla á las kábilas de Benisnasseur, las más fuertes y guerreras del Riff, que forman 16 kábilas distintas que llegan hasta la frontera argelina. Tienen casi todos el fusil Remington y pueden reunir para la guerra 12.000 hombres á pie y 8.000 caballos. Aunque con la ferocidad propia del riffeño, son algo más nobles y caballerescos.

Kábilas de los Araibis: guerreros también, pero no caballerescos como los anteriores; viven mucho del robo y reúnen, con regular armamento moderno, unos 1.500 infantes y 3.500 caballos.

Kábila de Elgada, es bastante rica por el mucho ganado que posee y puede reunir 4.500 hombres, mitad bien armados.

Kábila de Igarvien, que algunos llaman Riff, de gran extensión, son muy ladrones y ricos en ganado lanar y caballos. Pueden reunir 10.000 hombres bastante bien armados y casi todos á caballo.

Kábila de Bocoya, con 4.500 hombres bien armados. Está cerca de Alhucemas.

Kábilas que rodean á Tafersit, punto estratégico de gran importancia. Reúnen entre todas unos 15.500 hombres medianamente armados.

Kábila de Uriet, fabrica gumías de gran fama y puede disponer de 4.000 hombres, con algunos Remingtons.

Kábila de Beni-Tussín, gente muy pobre, viven casi bajo tierra; apenas hay armas modernas, abundando las espingardas, pero pueden reunir unos 10.000 hombres.

Kábila de Beni-Sitam, rica en ganados. Puede reunir 5.000 hombres.

Kábila de Emtina, no lejana de Alhucemas, que con la de Mortaza reúnen 3.500 hombres, casi todos con Remington. Está cerca del Peñón.

Kábila de Ben-Hamet-el-Tarquín: muy salvajes, tienen mucho ganado y poseen algunos Remingtons; tienen alguna industria, tal como tejidos y adornar armas, fabricando gumías. Pueden poner 6.000 hombres en pie de guerra.

Kábilas de Beni-bu-yacar, están, como las otras, cercanas á Alhucemas: poseen bastantes Remingtons. Pueden poner en armas unos 6.500 hombres.»

* * *

Puede comprenderse perfectamente por la enumeración que venimos haciendo, la clase de enemigos que rodean la

plaza de Melilla, cuyos contingentes son verdaderamente dignos de tenerse en cuenta.

Aun cuando unos estén más alejados que otros, sin embargo, no es tan grande la distancia que permita derrotar á los primeros para quedarse en disposición de recibir á los que llegan después.

Por el contrario, los primeros, en terreno propio y perfectamente conocido, podrían resistir muy bien la acometida, dando lugar á que llegasen de refuerzo los contingentes de los segundos.

«A cuatro jornadas, se encuentran también las kábilas de Guerinaga, la más fuerte, al decir de los riffeños, de todas las que por aquella parte hay en el Riff. Muy rica en pastos y ganado lanar, puede reunir unos 40.000 hombres á pie y 10.000 á caballo. Tiene algún armamento moderno.

Kábilas del Braus. Son éstas bastantes en número y ocupan gran extensión de terreno, llegando casi hasta cerca de Fez. Al lado de un pueblo de esta kábila, llamado Ain-Lassen, hay un famoso lago de mercurio. Son kábilas ricas y pueden poner en pie de guerra unos 8.000 hombres.

Kábila de Mekinasa, cerca de Teza, muy rica en ganados. Reúne 1.600 hombres de guerra.

Teza, punto el más estratégico de todo Marruecos, plaza fuerte *á su manera*, nudo de los valles del Sebú y del Muluya, tiene por guarnición un bajá con 600 moros de rey. En la ciudad y alrededores pueden reunirse hasta unos 4.000 hombres armados.

Kábila de Braus-Tassén: son idénticos en pobreza y manera de vivir á los Beni-Tussín. Con muy poco armamento nuevo, fusiles de pistón, pueden poner unos 8.000 hombres en pie de guerra.

Kábila de Beni-Sibel: país muy rico, abundantes ganados y excelentes caballos, suelo feraz; pueden armar 4.000 hombres á pie y 6 000 caballos.

Kábila de Beni-Seker: país abundante y rico en cereales y ganados; presenta adelanto sobre los demás; la gente no es tan feroz y cuenta con 6.000 guerreros.

Kábila de Ben-Sabur: país muy fértil, cerca del fanático Chechouam; en esta kábila hay bastantes fusiles modernos y pueden poner 10.000 infantes y 2.000 caballos. El territorio es extenso.

Finalmente, á cinco jornadas se encuentran las kábilas de Megayesa, bastante rica en ganados y puede reunir unos 5.000 hombres. De ellos cerca de 4.000 á caballo.

Kábila de El-Jahama: á pesar de ser rica en territorio, los habitantes son ladrones en grado superior, y aunque mal armados, en cambio pueden poner 7.000 hombres, á caballo casi todos, como sucede con todas estas kábilas que casi están en la llanura.

Kábila de Xafrata: tierra pobre, pero país rico en caballos y camellos. Puede poner, también á caballo, unos 6.500 hombres en pie de guerra.

Kábila de Ain-Medina: país muy montuoso, gente pobre, gran abundancia de ganado vacuno. El territorio es

extenso y en él pueden poner en armas unos 16.000 hombres, todos con espingardas. Son muy ladrones.

Kábila de Ain-Mosa-Barna: país muy montañoso, pobre la tierra, pero con mucho ganado. La gente es de lo más salvaje del Riff; llevan el pelo largo, como las mujeres, afeitándose sólo la parte anterior. Forman como tres tribus y pueden poner en armas 20.000 hombres, todos con espingardas.

* * *

Bastante más diríamos respecto á las fuerzas que en campaña podrían presentar los infieles; pero no nos extenderemos más, porque para hacerlo, tendríamos que salir fuera de la comarca comprendida bajo la demarcación del Riff.

Todos los anteriores datos, recogidos con referencia á noticias de comerciantes judíos y de exploraciones aún no conocidas, están comprobados en todo lo posible.

Resumiendo las cantidades antes citadas, tendremos:

	Infantes	Caballos
Kábilas limítrofes á Melilla. .	7.700	750
Idem á una jornada.	23.500	6.400
Idem á dos jornadas.	18.100	6.850
Idem á tres jornadas	74.500	19.000
Idem á cuatro jornadas. . . .	81.600	18.000
Idem á cinco jornadas.	37.700	17.000
Total. . . .	241.400	68.000

Doscientos cuarenta y un mil cuatrocientos infantes y sesenta y ocho mil caballos, que vienen á sumar más de trescientos mil hombres, constituyen un ejército muy respetable. Siendo en el Riff, la gente apta para coger las armas, una tercera parte de la total de población, puesto que desde los quince á los sesenta años todos son guerreros, da cerca de millón y medio de habitantes, que es lo que viene á tener el pequeño Atlas.

Concediendo bastante á la exageración oriental y aunque redujéramos á la mitad lo consignado y aun de esta mitad, otra, para los que no estuvieran conformes con la guerra, siempre quedaría, caso de acudir las kábilas á la guerra santa, un contingente de 60.000 hombres á pie y 16.000 á caballo, para los cuales, guerreros de toda la vida, valientes y fanáticos y no mal armados, son necesarios más de los 10.000 de que se habla, si la victoria ha de ser ser segura.»

CAPÍTULO LII

Combate del día 27.—Noticias



OMO quiera que hemos dicho en los primeros cuadernos de nuestra obra, lo más sustancial de los combates del día 27 y 28, donde perdió la vida el general Margallo, expiando de este modo su ligereza, si entabló la acción sin autorización para ello, ó la imprudencia del Gobierno, si órdenes tenía para atacar no contando con las fuerzas suficientes, nos limitaremos en estos capítulos á completar las noticias que dimos entonces, y las diversas correspondencias que obran en nuestro poder, referentes á aquellas memorables jornadas.

***

Ampliando todas las noticias ya descritas de los sucesos ocurridos en Melilla durante aquellos días, podemos añadir las siguientes, que tienen relación con el batallón Disciplinario.

Con los ingenieros llegó éste, acompañando el convoy, y destacándose en guerrillas, avanzando para asegurar todo lo posible la retirada.

A este fin el Disciplinario dió una brillante carga, rebasando las trincheras de los moros, en las cuales vieron muchos cadáveres y heridos.

Entonces ocurrieron varias escenas dignas de mención.

Entablóse lucha cuerpo á cuerpo entre un soldado y un moro; acudió otro de éstos, pero pronto vinieron más soldados y los dejaron hechos trizas, trayendo de ellos á la plaza algún recuerdo.

Había dos moros en tierra muertos ó heridos: corrió un cabo del Disciplinario á quitarles las gumías, y en este momento una bala le hizo caer; viene un moro y prende fuego á los vestidos del cabo; pero dos soldados llegan, disparan contra el incendiario, que se pone en fuga: uno de los moros heridos, que había estado arrastrándose, al ver cerca á los soldados se fingió muerto, empuñando la gumía para herirles cuando los tuviera al lado; pero los nuestros habían visto la maniobra, y uno de ellos lo clavó en el suelo de un bayonetazo: el moro bufaba y pugnaba por encaramarse para alcanzar al soldado.

Cuando murió el general Margallo, prodújose en todos, la natural consternación.

El suceso era gravísimo, y lo hacía más, la circunstancia de que los moros probablemente habían tirado sobre el general, á sabiendas, y tenían la seguridad de haberlo herido ó muerto.

En efecto, los defensores del fuerte veían venir una avalancha de moros: éstos traían la gumía en la boca y avanzaban á la carrera, sin fusiles, tirando piedras.

Fué un momento terrible: un oficial, ayudante del general Ortega, se acercó á éste con el sable y el revólver en la mano, diciéndole:

—Mi general, moriremos matando: escoja V.

El general cogió el revólver.

Antes de la muerte del general había acontecido otro suceso grave.

El conde del Peñón había dispuesto que saliesen dos piezas de campaña que había en el fuerte, y con ellas avanzó el teniente Saltos, futuro yerno del general.

A la primera descarga de los moros, el teniente cayó herido, y en vano pugnaba por levantarse, las piezas estaban desamparadas y los moros avanzaban á la carrera á apoderarse de ellas.

Entonces ocurrió el rasgo notabilísimo del oficial jerezano, Primo de Rivera, sobrino del general de este nombre, y abanderado del regimiento de Extremadura, del cual hablamos ya.

* * *

Antes de conocerse la heroica muerte del general Margallo, todos los periódicos estaban conformes en que éste había incurrido en grave responsabilidad, provocando á los moros con las obras que había emprendido.

Uno de estos periódicos, decía después de la catástrofe ya mencionada:

«El Gobierno se ha decidido por fin á dar á conocer el plan técnico de la campaña de Melilla, cuya conclusión es un acta de acusación contra el general Margallo, por haberse apartado de las disposiciones de este plan.

»Lo fijado consiste en cerrar por completo la avenida al recinto interior con una línea sistematizada de trincheras, que empiezan y acaban en el mar, desde los acantilados de la derecha á Rostrogordo, siguiendo en los intervalos de Rostrogordo á Cabrerizas Altas, de allí á Cabrerizas Bajas, bajando por Camellos, á San Lorenzo, y acabando en la playa, á la izquierda.

»Este recinto, enlazado con las fortificaciones del Polígono, cerraría por completo el campo, en que podría acampar sin el menor riesgo y con desahogo, un ejército considerable.

»En la línea de Cabrerizas Altas, fuerte avanzado á corta distancia de la frontera, los atrincheramientos protegerían á la izquierda la construcción de los tres fortines, llevada á cabo paulatinamente, contando con las fuerzas del ejército acampado.

»Las trincheras y los fortines, á la izquierda de Cabrerizas Altas, enlazados con el recinto, dominarían comple-

tamente el cerro, y la mezquita de Sidy-Guariach, y permitirían el aproche y el levantamiento del proyectado fuerte.

»El general Margallo no se atuvo á este plan, mandando abrir trincheras más allá del fuerte de Camellos, fiado en las promesas de los que se decían seguros de los intentos de las kábilas.

»El emplazamiento de las dos baterías aisladas, amenazando directamente á la mezquita de Sidy-Guariach, provocó á las kábilas y determinó el ataque.»

***

Otro periódico, *El Noticiero*, de Barcelona, cuando todavía se ignoraban los detalles de lo ocurrido aquellos días, se expresaba también de este modo:

El primer encuentro

«Aunque no es hora de formular reproches, no podemos menos de recordar lo que dijimos al día siguiente de los sucesos, origen del conflicto. La imprevisión determinó el fracaso de las obras del fuerte Guariach. La imprevisión, imperando en cuanto viene haciéndose con el plausible y no realizado intento de castigar el ataque morisco, ha motivado el lance de ayer. ¿Nos ha sido este adverso? ¿Ha sido favorable? Imposible decirlo, estando como están en funciones el gabinete negro y careciendo de informaciones directas. Pongámonos en lo mejor, por ser absurdo admitir

que nuestras fuerzas, bien armadas y bien distribuidas, hayan cedido el terreno al enemigo; y censuremos una vez más, con todas nuestras energías, la pasividad y la imprevisión que en la incipiente campaña predominan. El mismo general López Domínguez ha censurado el proceder del general Margallo, á quien la opinión acusa de haber precipitado los sucesos para lograr el entorchado de oro.

»Y creemos, que con lo sucedido el día 2, con lo acaecido ayer, hay bastante para no correr albures aventureros y aventurados. Hemos perdido un tiempo preciosísimo. En veintiséis días, los riffeños han podido disponerse á la defensa y, quien sabe, si á la ofensiva también. Lo que pudo hacerse sobre la marcha con elementos limitados, costará hoy grandes esfuerzos y grandes desembolsos. Cúidese de prevenir nuevas y lamentables imprevisiones. Eso de que el ministro de la Guerra quiera tomar el mando de las operaciones, es improcedente y ocasionado á incidencias que deben ser evitadas. El ministro, en su despacho; para organizar, para acumular recursos, para llevar allí donde hagan falta los elementos que aseguren la victoria.

»En 1859 pudo ser que el ministro de la Guerra y Presidente del Consejo saliese á campaña, pero se trataba de O'Donnell. Presagiamos nuevos disgustos si el general López Domínguez va á Melilla. Y sino, al tiempo. El más leve descalabro que sufra el ministro al oficiar de general en jefe, tendrá la resonancia y los efectos de la derrota más completa.

»Evítese lo evitable y no se agrave la situación por sa-

tisfacer ambiciones, muy lógicas y plausibles y en armonía con el general sentir, pero que deben ceder á lo que aconsejan las circunstancias.

»No sabemos del primer encuentro lo que ha resultado, pero sea favorable ó no lo sea, dejando libre la acción de los encargados de depurar y hacer efectivas las responsabilidades que procedan, lo que importa es plantear de una vez la resolución del problema. Si ayer hemos vencido, para consolidar el imperio del prestigio español en el Riff; y si el triunfo quedó indeciso, para obtenerle á todo trance cueste lo que cueste.»

* * *

En uno de los relatos que tenemos á la vista, entre otros detalles referentes á las jornadas de aquellos memorables días, encontramos estas palabras:

«El regimiento de Borbón ha tenido 14 soldados muertos, 2 capitanes heridos y 27 soldados.

»Es la verdad que se ha batido bien el cobre.

»El general Margallo trató desde luego de que lo mataran. Así lo revelaron muchos actos de asombrosa temeridad y de inmenso valor personal.

»A su muerte, se encargó del mando el general Ortega, y tomamos mejor parte en el combate dando de firme á los riffeños.

»Nuestro regimiento se ha portado admirablemente, y nuestro coronel está orgulloso de la gente que manda. He-

mos estado cuatro días á media ración y dos sin agua. Nos cercaban unos 14.000 moros.

»Con nosotros estaba un batallón del regimiento de Extremadura. El teniente Primo de Rivera ha demostrado gran bizarría. Con 15 hombres salvó dos piezas de artillería, hecho por el cual se ha ganado la cruz laureada de San Fernando.»

* * *

Por si algo faltara á la especie de acusación terrible, respecto á un militar que ya no podía defenderse de los cargos que se le hacían, y al cual no pretendemos ni defender ni acriminar, porque siempre nos han merecido respeto, aún en sus errores, los que han muerto en defensa de la patria, el señor Morote, en un notabilísimo escrito como todos los suyos, titulado, *Cómo se hace la Guerra*, decía así:

«¡La guerra con los moros! Nadie se ha formado idea cabal y completa de lo que es la lucha con un enemigo bárbaro, que pelea por la vida, por la religión y por la tierra, teniendo la audacia de los salvajes y la acometividad de los animales reunidos en rebaño. Y nadie se ha formado idea exacta de esta guerra, hasta que los ha visto en la misma explanada del fuerte de Cabrerizas Altas.

»Entre nosotros y los moros, fuera parte de la artillería, no ha habido desigualdad de condiciones en la lucha. Remingtons tenían nuestros soldados y Remingtons tenían ellos. Si nosotros proveíamos á algunos de nuestros solda-

dos con fusiles Maüsser, en cambio los moros disponían de Winchester, perfectamente ensayados y probados.

»Ellos son tiradores. Viven de la guerra y por la guerra. Nosotros les oponemos soldados de uno ó dos años, que reciben ahora por primera vez el bautismo de sangre; que salen de arar para coger el fusil; que á los pocos días se distinguen por su marcialidad, por su apostura, por su fácil adaptación á la táctica y á la disciplina; que se caracterizan por su ligereza y por su arrojo; que se singularizan por su sobriedad; que son los únicos por su desprendimiento.

»Si se tratara de oponer condiciones á condiciones, valor á valor, temeridad á temeridad, empuje á empuje, nuestra sangre, nuestros nervios, nuestros músculos, nuestra piel, se templarían, se curtirían, se acerarían, como se templaron, se curtieron y se aceraron en guerras de siglos, en que el español acabó por vencer al africano, no solamente por más fuerte, si que mas bien por mejor organización, por mejor táctica, por mejor estrategia.

»Hoy que las distancias son más grandes; hoy que entre la potencia militar española y la potencia puramente guerrera del riffeño median siglos y siglos de adelanto, no se debe aspirar á vencer á estos salvajes por el valor, porque son valientes; ni por el número, porque siempre serán más que los nuestros, así se envíen tres cuerpos de ejército. Se les vence ó se les debe vencer por los mayores medios de victoria con que debe contar una nación civilizada. De otra suerte se repite la historia de querer vencer

á las bestias por la fuerza y de poner en parangón inmediato energías animales.

»Bien está que se les demuestre que somos los españoles de su misma raza combatiente y ardorosa. Pero no es esa y no será la guerra con los moros, sobre todo cuando estos moros son las kábilas del Riff, jamás sujetadas por el sultán, nunca sometidas por el terror, siempre indómitas, teniendo por tiendas de campaña el cielo, por abrigo las rocas, por fuertes las trincheras naturales y por defensa su cuerpo durísimo, encallecido en una lucha diaria... No. No somos nosotros ni debemos ser los antiguos guerrilleros. Somos ciudadanos armados que se defienden con todas las armas de la civilización y del progreso. Quien lo entienda de otro modo morirá cazado en la entrada de un fuerte, contra el cual batan los tiros de un enemigo invisible.

***

»No se extrañen mis consideraciones, ni se atribuyan á comezón de arrogarme una competencia improvisada en la crítica propiamente militar.

»En tres días de sitio, he visto muchas enseñanzas á mi lado.

»Viendo pelear, y pelear con desesperación, se aprende mucho. Viendo morir, se aprende mucho más.

»Para aprender, he tenido muy vivos y muy dolorosos ejemplos á la vista. Dos generales con sus tropas sitiados en un fuerte; unos fuertes incomunicados con la plaza;

unos sitiados queriendo á todo trance y con obcecada terquedad, romper el cerco; unas salidas á la muerte cierta; unas entradas á la desesperación, inevitables; sacrificios sin necesidad y sangre vertida estérilmente.

»Esa aflicción no es para contadà ni para descrita. Nosotros vimos, y no se borrará la imagen de nuestra memoria, á los pobrecitos soldados ir á entregar el alma bajo un diluvio de balas, viéndolos acatar la orden y caminar serenos á la muerte. ¡Se comprendía la impaciencia de salir de aquel encierro; pero la impaciencia no debe, no puede ser locura!

»El soldado español se bate siempre con coraje, con denuedo, pero cuando sabe que, aun cuando le venza la muerte, no le vence la emboscada traidora, el fusilamiento infame, la carnicería sin defensa. El soldado español se bate como todos y mejor que todos, cuando sabe que le espera la gloria, que le espera el placer del desquite, que le espera la satisfacción de haber peleado como bueno. Los soldados bisoños, los que ayer recibieron el bautismo de sangre, pelearán como aguerridos veteranos, estoy seguro de ello, el día que peleen con orden, con concierto, teniendo enfrente y á la vista al enemigo, aunque sea terrible y salvaje. ¿Por qué el batallón Disciplinario vino venciendo, desde las crestas del cerro de Cabrerizas Bajas? Indudablemente que es un batallón de gente dura, de cuero recio, de piel acribillada, de espíritu animoso, pero además es que vino hasta las alturas de Cabrerizas Altas desplegado con orden y ley de guerra, teniendo á las espaldas una re-

serva, por los flancos una defensa y en su acometida un objetivo.

»Pero los soldados de Borbón y Extremadura salían para que los mataran, por secciones, como si se les sorteara para que en ellos se ensañaran los moros.

»No quiero recordarlo. Sentía uno al ver salir á los soldados todos los escalofríos que se sienten al presenciar una ejecución. Y lo era, efectivamente. Sentenciados iban desde que transponían el puente, y aun antes de pasarlo, porque sobre la puerta convergían todas las balas. Algo como pena capital era la orden de salir en guerrilla.

»Y esta orden comprendía á los oficiales, que con su guerrera negra y su pantalón encarnado y su espada reluciente, descollando sobre el traje gris de fatiga de los soldados, incitaba, convidaba, solicitaba al blanco de las balas de los moros. Y esta orden comprendía á los jefes, que para dar ejemplo y sostener el espíritu de los soldados, tenían que ir delante de las guerrillas y algunas veces á llevar cajas de municiones. Toda una serie de errores que traían aparejados una serie de desastres. Errores y desaciertos disculpables en quien no se hubiera batido con los moros; indisculpables é indefendibles en quien los había visto batirse.»

* * *

Debe tenerse en cuenta que el señor Morote, fué uno de los periodistas que estuvieron encerrados en Cabrerizas, durante tres días, sitiados por los moros y viendo cer-

ca de sí la muerte bajo el más terrible de sus aspectos.

Testigo de los hechos que cita, sus apreciaciones encierran un valor extraordinario.

«El error del Gobierno al no mandar inmediatamente fuerzas suficientes,—seguía diciendo el señor Morote,—no está condenado nunca bastante. Pero á ese error corresponde el de quien no acierta á ahorrar la sangre del soldado.

»Si las operaciones no se emprendían por falta de fuerzas y se admitían parlamentos, ¿por qué la acción del 27 y del 28? ¿Qué fuerzas nuevas habían llegado, que no estuvieran antes? ¿Por qué se acometía entonces una empresa que no se consideraba oportuno acometer días anteriores, en un mes de espera?

»¡Ah! Bien hemos pagado nuestra confianza. Unos con la muerte, otros con el cuerpo lacerado y herido, nosotros con un sitio y con un cautiverio de tres días largos como una eternidad de infierno. El sitio en una plaza donde arde el entusiasmo, donde se pelea por la honra, donde la muerte es la única esperanza, no es tan doloroso como este encierro tristísimo, á la vista de la plaza, en la proximidad de otros fuertes, sin poder asomar la cabeza sin peligro de ser volada. ¡Qué orgullo, ni qué gloria nos podía caber á los que estábamos en Cabrerizas Altas! Allí nos había llevado la imprudencia, la imprevisión; no otra cosa.

»Se comprenden y forman páginas inmortales aquellos heroísmos de ciudades que se defienden hasta la muerte antes de rendirse; pero aquí ni cabía la rendición ni la defensa.

»Heroísmos individuales ha habido muchos. El del general Margallo muriendo al frente de las guerrillas, el heroísmo del comandante Valero entrando en el fuerte á mucha distancia del convoy, para caer en la misma puerta, el heroísmo del soldado Antonio San José que forma en su retirada una historia dramática inolvidable, el heroísmo de los tenientes Primo de Rivera y Eloy Caracuel, el heroísmo de tantos y tantos valientes... Pero en la guerra ordenada, calculada, meditada, no se cuenta con el heríosmo; se cuenta con la serenidad y la inteligencia del que manda y con el orden y la precisión de los que ejecutan.

***

»Hé aquí mis impresiones y mi aprendizaje militar en tres días de asedio.

»Nuestra defensa me ha parecido suicida. En el empuje, en el coraje, en el valor, en la temeridad, hemos llegado al frenesí. En la ciencia... ¡ni siquiera hemos atendido sus preceptos!

»Éste ha sido un capítulo de errores militares, y los errores se pueden traslucir en desconfianza y se computan en muertos que no debieron morir, en bajas que no se nos debieron causar y en angustias que no debimos padecer.

»Si triunfáramos de este modo, revelaríamos grandeza de corazón y poquedad de inteligencia.

»La guerra debe ser para nosotros ventajosa por la superioridad de nuestros medios, por la superioridad de

nuestros organismos y por la superioridad de nuestras competencias militares.

»Los riffeños se presentarán con su número para imponer, con su astucia para pelear, con su valor, con su furia... No tienen otra cosa. Nosotros hemos de presentarnos como ordena el arte militar, que sobre ser preciso, gallardo y avasallador, cohesiona todas las unidades tácticas en la unidad de una inteligencia directiva y economiza la salud y la vida del soldado.

»Al salir de mi encierro; al refrescar con el ambiente libre los áridos pulmones; al consolar la mirada de tantos espectáculos lastimosos; al ver tropas que marchan ordenadamente y dominan y triunfan, pienso, dilatándoseme el corazón, que no volverá á ocurrir lo que ha pasado; que lucharemos con superioridad y con ventaja; que no nos volverá á dejar acorralar la imprevisión y, sobre todo, que no se derramará ni una sola gota de sangre inútilmente.

»¡Ni una sola!»

CAPÍTULO LIII

Continúan las noticias de los hechos de armas de los días 27, 28 y 29 de octubre.—Aprovisionamientos de los fuertes

LA oportuna llegada del general Macías, hizo que, dejando aparte la penosa impresión producida en todos los ánimos por la muerte del general Margallo, no fuera tan sensible para la defensa de la plaza, la pérdida de su primera autoridad.

Apenas tomó el mando, y mientras llegaban las fuerzas que, como dejamos expuesto, se apresuraba á enviar el Gobierno, comprendió que era preciso levantar un poco el espíritu de las tropas, aprovisionar los fuertes y prepararlo todo para la llegada de los próximos refuerzos.

A cada momento se recibían nuevos detalles respecto á los combates librados en los días 27, 28 y 29 de octubre, detalles que si bien hablaban muy alto en pro del valor de

nuestros soldados, demostraban los errores en que se había incurrido, y las faltas gravísimas de que, habían sido dolorosa expiación, las jornadas mencionadas.

Una correspondencia publicada por *La Publicidad*, decía en uno de sus párrafos:

«Como todo el mundo recordará, el plan propuesto por la Junta técnica (aprobado por el Gobierno) para la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, consistía en la construcción preliminar de una serie de obras de fortificación, permanentes unas y pasajeras otras, que lentamente nos fueran acercando al sitio del emplazamiento del citado fuerte. Dejando para más adelante la crítica de este plan, crítica que la ha hecho ya el funesto resultado obtenido, diré que, aparte de algunas pequeñas obras construidas en los días anteriores, principió á llevarse á efecto el día 27, empezando por la construcción de dos baterías; una hacia los dos fuertes de Cabrerizas y otra, y ésta era la mayor y á la que equivocadamente el general Margallo atribuyó más importancia, en la falda meridional del cerro en que se halla el fuerte de Camellos. La construcción de la primera batería estaba protegida por el regimiento de Borbón, que daba guarnición en Cabrerizas Altas, y un batallón de Extremadura, que guarnecía Rostrogordo; y la segunda, por el batallón de cazadores de Cuba, y por la tercera batería del primer regimiento de montaña. La construcción de ésta, que es la que pude presenciar, principió demasiado tarde,—á las diez de la mañana,—pues por dificultades inherentes al comienzo de esta clase de trabajos, no

fué posible hacerlo antes. Se trabajó todo el día sin incidente alguno notable. Las trincheras enemigas construidas en frente de la batería en cuestión, que distaban unos mil metros, estaban repletas de moros, igualmente que el camino que va de Benisicar á Frajana.

»A pesar de esto, el día pasó sin incidente alguno, dándose la orden de terminar los trabajos y retirada general á las cuatro de la tarde. Estaban cumpliendo la orden los ingenieros, sin haberse puesto en movimiento las fuerzas protectoras, cuando se sintió de repente un fuerte tiroteo hacia los fuertes de Cabrerizas,—al lado derecho de nuestra línea,—que llenó de sorpresa á las tropas. Por fin había llegado el momento de romper las hostilidades. Los moros de la parte de Cabrerizas, que desde el día 2 habían guardado una actitud relativamente espectante, acababan de hacer una descarga á los ingenieros, generalizándose el fuego en toda aquella parte de la línea.»

***

De todo esto hemos indicado algo en los primeros cuadernos de nuestra obra; pero creemos que nuestros lectores han de disculparnos que volvamos sobre el mismo asunto, puesto que hay variedad en la forma conque están expuestos los hechos, y hasta en las mismas apreciaciones.

De todas maneras, resulta siempre que estuvo mal elegido el momento para emprender aquellas construcciones, faltando fuerzas suficientes para protegerlas.

«Los que á nuestra izquierda defendían la construcción de la batería de la falda de Camellos,—prosigue la citada correspondencia,—tanto porque los moros de aquella parte seguían en su actitud espectante, como porque lo extendido del fuego en nuestra derecha, parecía indicar el propósito de atacar aquella parte de nuestra línea, se replegaron hacia el centro y derecha, dejando nuestra izquierda apoyada en Camellos, San Lorenzo y el *Conde de Venadito.*

»El fuego, que continuaba intenso por la derecha, era muy débil en el centro, donde apenas daba señales de vida el enemigo; tanto, que la batería de montaña, que rompió el fuego sobre una larga trinchera que ocupaba una cresta vecina, desalojó al momento á los moros, y sus tiros certeros empezaron la demolición de la célebre mezquita de Sidy-Guariach, no acabando con ella, por haber dado el general la orden de replegarse hacia Camellos, para dirigirse á la plaza. El repliegue se efectuó con el mayor orden, y aunque el fuego continuaba por la parte de Cabrerizas, nada indicaba que por allá ocurriera novedad importante, cuando, con gran estupefacción de todos, corrió la voz de que el general Margallo, que habíamos dejado en Camellos, no regresaba á la plaza, cosa que hacía suponer que estaba encerrado en algún fuerte.

Al día siguiente se supo que una vez replegadas las tropas que formaban frente á Camellos, y como continuara el fuego muy vivo hacia la parte de Cabrerizas, el general, á pesar de echarse la noche encima, quiso enterarse de lo que ocurría y emprendió la marcha, teniendo que sufrir

fuego enemigo durante todo el camino, fuego que se hizo tan importante al llegar á Cabrerizas Altas, que le obligó á refugiarse en dicho fuerte con el Estado Mayor y la escolta, entrando algo desordenados y ocasionando la caída al foso de un caballo, que aún no ha podido ser extraído y al que se le baja la comida todos los días con una cuerda.

»El conde del Peñón, mayor general de artillería, que ha observado una actitud digna de encomio en estos acontecimientos, vióse muy apurado para poder entrar en el fuerte, pues herido su caballo, llegó tarde, y se encontró el puente levadizo medio *levantado*. Una vez dentro fué imposible salir, porque la noche se echó encima, y un enjambre de moros rodeó por todos lados el fuerte, acercándose á pequeñísima distancia, y algunos guarecidos en nuestras mismas trincheras, haciendo un fuego tan infernal, que era peligrosísimo tirar por las aspilleras y materialmente imposible el servicio de las piezas á pesar de que las cañoneras, en previsión de casos semejantes, ya fueron construidas á propósito.»

***

Difícilmente puede darse una serie más lamentable de equivocaciones, que la ocurrida en las operaciones de estos días.

Si tanto se había contemporizado anteriormente, si tantos parlamentos y tantas conferencias tuvieron lugar, si se estuvo dejando que tranquilamente los moros construyeran

las trincheras, si impunemente se les toleraba que insultasen á nuestros soldados, ¿por qué de repente se cambia la decoración, y sin que para nada hubieran mejorado las condiciones, se hace la provocación que implicaba la construcción de los fuertes?

Si se veía la muchedumbre que había en el campo enemigo, si se sabía que estaba perfectamente armada, que en su mayoría eran excelentes tiradores, ¿por qué desafiarles, por decirlo así, cuando no existía pasibilidad de vencerles?

Los riffeños pudieron á su placer causarnos bajas, y esto había de influir de un modo notable en el ánimo de nuestros soldados.

***

«Los moros tiraban á las cañoneras,—proseguía la correspondencia á que nos referimos,—y á pesar del blindaje de las puertas, algunos proyectiles las perforaron. Así continuamos gran parte de la noche, hasta llegada la madrugada, que cesó el fuego del enemigo, pero no abandonó éste sus posiciones.

»Entretanto, en la plaza, que había quedado al mando del mayor coronel Casellas,—el general Ortega estaba también en Cabrerizas,—reinaba bastante animación; se preparó una salida para la mañana siguiente, á fin de reconocer la situación de los fuertes, llevarles municiones y además socorrer y averiguar el paradero de los generales.

Tanto la preparación como la ejecución de la citada salida, fué muy desordenada. Comenzó á ejecutarse el movimiento muy tarde, y las tropas salieron á mucha distancia unas de otras, sin poderse prestar el inmediato apoyo necesario.

»Los jefes de las fracciones recibieron en el último momento *órdenes* incoherentes, pero á pesar del escaso número de combatientes, el valor de los soldados lo superó todo, arrollando al enemigo y llegando hasta el fuerte de Cabrerizas Altas, donde supimos ¡¡horror!! que había sido muerto pocos momentos antes el general Margallo. Se retiró su cadáver, se retiraron algunos heridos del fuerte, se entraron las municiones y empezó la retirada, que se efectuó con mucho orden, pues el enemigo hacía un fuego violentísimo y el combate entablado le costó muchas bajas.

»El Disciplinario, cargando á la bayoneta contra los moros, con valor sin segundo y con pasmosa heroicidad, puso á la desbandada á los feroces riffeños, tomándoles una gran trinchera. Esto hizo que pudiéramos retirarnos con holgura hacia la plaza.

»Todos cumplieron con su deber. Los ingenieros que escoltaban el convoy, cuando este principió á correr riesgo, se desplegaron en guerrilla y se batían como la mejor infantería. El Disciplinario, superior á todo encomio; los cazadores de Cuba, al mando de su sereno jefe, el teniente coronel D. Juan Cano, y del comandante Díe, que con su valor libertó á las tropas de un gravísimo riesgo, pues al

desembocar del Polígono á la carretera de los fuertes, se encontró con una masa de enemigos que avanzaban impetuosamente, sin duda con el propósito de cortar nuestra línea de la plaza, entre los fuertes de Cabrerizas Bajas y del Polígono; pero la actitud y las cargas que les dieron, y sobre todo, el fuego de las dos baterías de montaña que acompañaban al batallón, les contuvo y les obligó á retirarse. Estas baterías se vieron obligadas á disparar contra los moros á 600 metros de distancia.

»Por el hecho de colocarse la artillería á esta distancia ha sido criticado, indebidamente, el jefe de cazadores de Cuba. Claro que la artillería debe estar á cubierto del fuego del fusil enemigo, pero en un caso como el presente, era necesario sacrificarse para salvar á la otra parte de fuerza y rechazar con energía al enemigo que se venía encima. Además, dada la configuración del terreno, para ocupar otra posición á retaguardia, se hubiera necesitado lo menos media hora.

»Excusado es decir con qué descargas no sería saludada la aparición de la artillería; emplazóse ésta con extraordinaria rapidez, y entonces empezó un fuego brevísimo, pero terrible para el enemigo, parapetado en un vecino cerro y abrigado en sus trincheras, que casi le fueron perjudiciales, pues escondidos tras ellas y por no asomarse mucho, apuntaban alto y toda la masa de plomo pasaba por encima de nuestras cabezas; rectificado instantáneamente el tiro se pasó al de granada de metralla y á los pocos minutos desparramábase terrible por el cerro el ene-



—¡Á SALVAR LOS CAÑONES!

migo aterrorizado, abandonólo rápidamente, no apareciendo nuevamente en todo el resto de la jornada.»

***

Durante aquellos largos días de lucha y de terror, tuvieron lugar rasgos heroicos que si á enumerarlos fuésemos, necesitaríamos un espacio mayor del que podemos disponer.

Al hablar en otro lugar del combate del día 28, citamos el nombre del bravo ayudante del regimiento de Extremadura, señor Primo de Rivera, que al ver los cañones que momentos antes se habían sacado del fuerte, próximos á caer en poder de los infieles, por haber sido herido el teniente de artillería señor Saltos, en un arranque de heroico ardimiento, dirigióse á un pequeño grupo de soldados, y al grito de ¡á salvar los cañones!, bajo la lluvia de balas que lanzaban los riffeños, consiguió retirar una de las piezas.

Otro valiente oficial siguió su ejemplo, y los moros vieron frustrado su intento.

Otro de los episodios de aquellas dos jornadas de horrores, fué el del soldado del Disciplinario, Antonio San José.

La situación del fuerte de Cabrerizas Altas y de sus defensores, no podía ser más terrible en aquella memorable mañana del día 28.

Los soldados del Disciplinario que habían hecho una salida, viéronse obligados á retirarse, no pudiendo resistir

el nutrido fuego del enemigo cada vez más envalentonado, cuanto más comprendía lo apurado de la situación de nuestras tropas.

En aquella retirada, el soldado San José, que iba á retaguardia, cayó herido de un balazo en una pierna.

Sus compañeros no se apercibieron de ello y siguieron su movimiento hasta guarecerse en el fuerte.

Los moros, lanzando alaridos de triunfo, continuaron disparando sobre el fuerte, cuando de pronto lo mismo éstos que aquéllos, vieron aparecer, arrastrándose trabajosamente, al infeliz soldado, que había caído á 400 metros de distancia, y que, comprendiendo la suerte que le esperaba si caía en poder de los riffeños, emprendió la penosísima marcha buscando refugio entre sus compañeros.

Como hemos dicho, éstos le vieron; pero también los enemigos le distinguieron y lanzáronse á rematarle.

Intentar una salida en aquellos momentos, era imposible; pero como tampoco se le podía abandonar, los cañones de Cabrerizas iban á ayudar al pobre herido.

Sin más armas que la bayoneta, el soldado se defendía de sus contrarios.

Las balas del fuerte les ponían en fuga por un momento, pero inmediatamente y con más rabia, se revolvían contra él.

Multitud de veces, durante aquel calvario que se prolongó por espacio de dos horas, estuvo á punto de morir á manos de sus contrarios.

En uno de aquellos ataques, tanto se le aproximó uno



SACÓ LA BAYONETA Y CON ELLA SE DEFENDIÓ DEL MORO.

de los riffeños y tan fatigado se encontraba el infeliz, que los que estaban observándole desde el fuerte, creyeron que estaba perdido sin remedio.

Pero ante la inminencia del peligro, el soldado volvió á esgrimir la bayoneta y con ella se defendió del moro.

Por fin, tan larga y dolorosa odisea, tuvo su término.

El soldado San José, pudo llegar al fuerte, murmurando al caer defallecido en brazos de sus compañeros:

—¡Bien me he ganado la vida!

CAPÍTULO LIV

Más detalles sobre el combate del día 28.—El combate del día 30.—La puerta rota, defensa heroica



UCHO hemos dicho y mucho se ha hablado también respecto á las homéricas jornadas de los días 27 y 28; pero creemos que mucho más pudiera decirse todavía, teniendo en cuenta los diversos relatos que de ellas se han hecho, y lo que en cada uno de ellos encontramos diferente de los otros.

A la vista tenemos otra correspondencia, de la cual entresacamos algunos párrafos que dicen así:

«Melilla, 30.

»La situación en que se ha encontrado durante dos días el fuerte de Cabrerizas Altas, ha sido verdaderamente terrible y comprometida. Hallábase el fuerte rodeado por los

riffeños, y la carencia de provisiones era tanta, que los sitiados pasaron terrible escasez.

»Acaban de llegar los primeros soldados que vienen de aquel fuerte y me comunican el espantoso relato de sus privaciones y de sus angustias.

»Durante dos días, el fuerte de Cabrerizas ha estado incomunicado completamente con los otros fuertes y con la plaza.

»El día 27 entraron en Cabrerizas Altas los generales Margallo y Ortega como es sabido. Replegáronse con ellos muchos jefes y oficiales, y la sección de caballería. Varios corresponsales de periódicos que habían ido anteriormente á Cabrerizas Altas, no juzgaron prudente salir, en vista de la gravedad de las circunstancias.

»El día 28 la situación era más grave todavía.

»En el fuerte había muy pocos víveres y escaseaba el agua. Era seguro que si en un plazo brevísimo no se conseguía librar á los sitiados dentro de los muros de Cabrerizas Altas, se producirían terribles escenas por el hambre y la sed.

»Inútil, más que temerario, era intentar una salida.

»Muchedumbre de riffeños rodeaban á Cabrerizas Altas. Había legiones de ellos parapetados en las mismas trincheras que dos días antes habían construido nuestros soldados. Otros, también en número considerable, hallábanse resguardados en trincheras que ellos mismos habían construido.

»En unas y en otras estaban los moros colocados de

modo que hacían fuego sin ser vistos. Menudeaban sus disparos y procuraban elegir por blanco de ellos á los oficiales, cuyos brillantes uniformes eran blanco más fácil que el traje de campaña en que iban los soldados.

»Los moros tenían tomadas sus disposiciones de suerte que cruzaban sus disparos en la entrada de Cabrerizas.

»La trincheras que habían construido, les permitían sin riego alguno foguear á cuantos probaran entrar ó salir del fuerte.

»Entonces fué cuando el general Margallo intentó la gloriosa y terrible salida en que fué muerto.

»El día 28 fué todo él de espantosa ansiedad para los sitiados. Los moros aumentaban en las trincheras y era terrible el fuego que hacían.

»Por eso no pudieron salir del fuerte los corresponsales, y sólo fueron á la plaza el general Ortega, los jefes y oficiales que habían quedado allí, y el ayudante señor Cuadrado, que conducía á la plaza el cadáver del general Margallo.

»Los demás se quedaron en el fuerte, donde se pasaron horas angustiosas.

»Ya no había ni qué comer ni qué beber. La noche del 28 al 29 no será jamás olvidada por los sitiados de Cabrerizas.

»El número de muertos y heridos en los combates del día 28 era grande.

»Enterráronse algunos muertos y juntáronse allí unos 50 heridos entre graves y leves.»

* * *

Triste debía ser efectivamente la situación de aquellos soldados, abandonados en un país totalmente hostil, en medio de una muchedumbre de infieles ensoberbecidos por la victoria, y casi sin esperanza de gran mejora en su situación.

La falta de víveres era tan grande, que hubo que suprimir por la tarde el rancho y la ración de agua de los soldados.

La situación era insostenible. Al angustioso estado del sitio uníase el martirio del hambre y la sed. Por ninguna parte se veían llegar refuerzos, y los moros, conocedores de lo que pasaba, llamaban con hogueras y con sus jaiques blancos á las kábilas inmediatas para que vinieran, aumentando así la gravedad del trance.

Jefes y oficiales resistían con denuedo aquella situación.

No quedaba más que media cuba de agua y fué preciso establecer cerca de ella una guardia que impedía aproximarse á los sedientos soldados.

Para beber un pequeño jarro de agua era necesario hacerse acompañar de uno de los médicos y decir que se necesitaba el agua para algún herido.

Así estaban en el fuerte de Cabrerizas cuando desde las aspilleras del fuerte se vió cruzar el mar tres vapores que venían á Melilla.

Eran el *Isla de Cuba*, el *Luis de Cuadra* y el *San Agustín*, que traían tropas de Cádiz.

La vista de estos barcos reanimó á los sitiados.

Los soldados comprendieron que llegaban refuerzos y que el martirio iba á tener término.

De la escasez de agua puede formarse idea sabiendo que tres de los caballos que había en el fuerte, murieron de sed.

En la tarde del 28, cuatro soldados y un cabo quedaron muertos en el glasis del fuerte. Como los enemigos tenían enfilada la puerta, era imposible salir á recogerlos; y temiendo que los moros se llevaran aquellos cadáveres para despojarlos de armas y ropas y profanarlos, estableció-se una guardia permanente que tenía orden de hacer fuego en cuanto se viera que algún riffeño se aproximaba.

En determinadas aspilleras había varios soldados con municiones suficientes para hacer un fuego continuo sobre los moros.

Prudente había sido la determinación, porque cinco moros se aproximaron á uno de los cadáveres, y cogiéndole de los piés, trataron de arrastrarle para llevársele. Una descarga cerrada impidió á aquellos bárbaros el logro de su propósito.

Tres moros cayeron muertos y los otros dos salieron huyendo.

Uno de éstos intentó apoderarse del fusil que había cerca del cadáver de un soldado; pero temiendo ser víctima del fuego de Cabrerizas, siguió huyendo.

La vigilancia en el fuerte para impedir que los moros se llevaran los cinco cadáveres duró todo el día y toda la noche, consiguiéndose al fin salvar de los salvajes, los restos de nuestros bravos é infortunados combatientes.

Como hemos dicho, había en el fuerte unos 50 heridos.

Fueron asistidos con tanto cariño como acierto por los médicos García Puig y Mamelis.

Desgraciadamente, estos médicos, que hicieron hermosa muestra de su valor, de su ciencia y su caridad, no disponían apenas de medios para que sus curas resultasen tan acabadas como desearan.

El servicio sanitario hubo de hacerse en malas condiciones.

El día 28, hubo en el fuerte tanto peligro, que se temió un asalto de la morisma.

Distribuyéronse armas entre cuantos podían manejarlas.

Los periodistas señores Morote, Oliver, Blanco, Lázaro y Andrade, usaron de los fusiles que les habían entregado.

Los oficiales heridos se levantaron de las camillas en que yacían, y saliendo al patio del fuerte armados de revólvers, manifestáronse en disposición de vender caro lo que les quedaba de vida.

* * *

Era imposible que una situación semejante pudiera prolongarse, y como ya digimos en otro lugar, desde que

el general Macías tomó el mando, lo primero que hizo fué ocuparse en aliviar la suerte de los soldados que en situación tan grave se encontraban.

Toda la tarde del día 29 estuvieron las baterías haciendo fuego de cañón, y apenas amaneció el día 30, volvió á tronar el cañón contra los poblados moros y contra todos los grupos musulmanes que se divisaban dentro de nuestro campo.

El general Macías había dispuesto para el día 30, una importante operación militar, y con el objeto de que no fuera posible que á noticia del enemigo llegase, no se comunicó á las tropas que habían de tomar parte en ella la orden, hasta las diez de la noche.

«Tratábase,—decía el corresponsal de *El Imparcial*,—de hacer llegar á los fuertes de Cabrerizas Altas y Rostrogordo un importante convoy de víveres y municiones. La situación en que se hallaban aquellos fuertes era como ya se ha dicho, tan grave, que el enviarles refuerzos y socorros, era de inaplazable necesidad.

»Corriéronse las órdenes, y cuando apenas empezaba á clarear el día y sólo se divisaba del campo moro la mole altísima del Gurugú, salían los soldados por la puerta de la plaza.

»Pusiéronse en marcha el batallón de cazadores de Cuba, protegiendo la cuarta batería de montaña, que debía emplazarse en las alturas de Las Horcas; el batallón Disciplinario, encargado de defender el convoy y el batallón de cazadores de Segorbe.

»Iban también los tiradores Maüsser.

»Clareaba el día cuando la sección de caballería, al mando del bizarro capitán señor Ruíz, hizo la descubierta.

»El convoy estaba preparado en el Mantelete, dispuesto á emprender la marcha apenas se le hubiera franqueado el camino.

»Hé aquí el orden de la operación militar.

»Era preciso tomar ambos lados de la carretera que conduce á los fuertes.

»La cuarta batería fué emplazada en la altura de Las Horcas para proteger por el flanco derecho y evitar la llegada de los moros que pudieran venir del Cabo de Tres Forcas.

»A la izquierda se fueron colocando los tiradores Maüsser, desde el fuerte de San Francisco á todo lo largo del cerro de Santiago.

»Una compañía del Disciplinário se estableció entre San Francisco y Cabrerizas Bajas, y otra compañía de cazadores de Cuba entre este punto y Cabrerizas Altas.

»El resto de las fuerzas de estos batallones se situó entre Rostrogordo y Cabrerizas Altas, sirviendo de sostén á las guerrillas el batallón de cazadores de Segorbe, que llegó anoche, y á las pocas horas ha entrado en fuego valerosamente.

»El convoy, escalonado en dos secciones, tomó la carretera, que quedó admirablemente defendida en la forma arriba citada.

»El general Ortega dirigió la acción, mientras los gene-

rales Macías y Monroy observaban los movimientos y organizaban la acción desde las puertas del Mantelete.

»El fuego desde Cabrerizas Bajas se hizo continuo, llegando el general Ortega hasta los mismos fuertes, donde el tiroteo arreció mucho algunos ratos.

»Cerca de las nueve de la mañana fué muerto uno de los tiradores Maüsser.

»Viendo el general Macías que los enemigos se corrían hacia el llano de Camellos, castigados por los tiradores y y por el fuego de la artillería, ordenó que saliera una compañía de cazadores de Segorbe para colocarse entre el fuerte de San Lorenzo y El Tejar.»

* * *

Hostigados por el terrible fuego que desde el fuerte se les estaba haciendo, los moros hubieron de correrse, á fin de sorprender á los nuestros en su retirada, puesto que la compañía había tenido que desplegarse en guerrilla.

En este momento salió de la plaza, todo el resto del batallón de Segorbe, para tomar posición en las Guarreras, rompiendo un nutrido fuego graneado contra los enemigos.

El general Macías veía con grande asombro que del fuerte de San Francisco salían varios soldados con dirección al campo, al mismo tiempo de romperse el fuego.

En un principio no comprendió el general el motivo de tal salida, estando más seguros los soldados dentro del

fuerte, y siendo inútil, por lo tanto, el exponerse en el campo; pero un oficial de estado mayor, entre el atronador ruido de los disparos y al galope de su caballo, llevó al general Macías la noticia de haberse roto la puerta del fuerte.

Los soldados, que se resguardaban de las balas tras de los muros de la fortaleza, al ver que la puerta había cedido y dejado su vado completamente abierto, se adelantaron hasta la entrada y taparon con sus pechos el hueco, contestando con un fuego terrible y constante á los enemigos que se adelantaban.

Hasta ahora se ignora la causa que motivó la rotura de la puerta, pero puede presumirse que fué debida á la enorme trepidación que con fuego de cañón tan continuo habrán sufrido los muros que la sostienen, quebrantándose sus goznes, ayudando á este trabajo los continuos choques de los proyectiles moros, azotando las hojas de las puertas.

Poco después de este arranque heroico de nuestros soldados, se retiraban los moros de la mejor manera que pudieron, no sin que las piezas de campaña les causaran en esta retirada una cantidad enorme de bajas.

Varios paisanos y presidiarios compusieron provisionalmente la puerta.

Cuando los moros empezaron el fuego, llegaban los auxilios del convoy á los fuertes, verificándose las operaciones con absoluto detenimiento y en medio del orden más perfecto, así como el relevo de las guarniciones, quedando en los fuertes las fuerzas del regimiento de Asia.

Concluida la operación del relevo y aprovisionamiento,

se organizó la retirada, verificándola por escalones con la misma perfección y orden que si se tratara de un simulacro. Desde el general hasta el último soldado, todos ocuparon su puesto correspondiente, habiendo sido una operación que, en opinión de muchos militares, no hubiera resultado tan perfecta ni aun explicada en una cátedra de táctica.

Los fuertes, que estaban en una situación verdaderamente angustiosa, han quedado perfectamente abastecidos para varios días.

Las pérdidas que hemos tenido ascienden á 4 muertos y 12 heridos; pero los moros han sido completamente derrotados y han sufrido infinitas bajas, presenciando cómo nuestras tropas se retiraban con todo orden sin que pudieran siquiera picarles la retirada. Al llegar el general Ortega estrechóle la mano el general Macías, diciendo aquél:

—«Hemos conseguido lo que se quería; pero ¡si viera usted lo que he rabiado algunos ratos!»

***

Merced á esta brillante operación, pudieron sacarse del fuerte de Cabrerizas todos los heridos durante aquellas jornadas.

Entre nueve y diez de la mañana, comenzó á llegar el doloroso cortejo á la plaza.

Todos los heridos iban en camillas; los graves tapados

completamente con mantas; los leves destapada la cabeza y libres los brazos.

Á medida que encontraban algún amigo, le saludaban cariñosamente, dando gracias á Dios, que les permitía volver á ver la plaza.

El valeroso capitán del Disciplinario, D. Lucas Hernández, hermano político del teniente Golfín, iba en una camilla, gravemente herido por dos balazos.

La esposa y la madre del bizarro capitán, al saber que habían llegado los heridos, salieron por las calles, presas de la mayor ansiedad, deteniendo á todos los camilleros que encontraban al paso.

Por fin divisaron la camilla que ocupaba el capitán. Detuviéronse los camilleros, y aquellas desoladas mujeres se lanzaron sobre el inanimado cuerpo del herido, colmándole de caricias.

Habían pasado dos noches de horrible tortura creyendo no volverle á ver. La escena del encuentro fué conmovedora.

El teniente Golfín, que empezaba á convalecer, fué á visitar á su cuñado, apoyándose en una muleta.

La triste comitiva de camilleros, que parecía interminable, llegó por fin al hospital, que se llenó completamente, hasta el punto de hacer levantar á los heridos leves para acostar á los de mayor peligro. Aquellos salieron aquel día para Málaga, quedando en Melilla únicamente los que por su estado podrían sucumbir en la travesía.

Según los datos oficiales, los muertos y heridos desde el día 27 hasta el 30, fueron:

Muertos.—Cuatro oficiales, tres sargentos y quince soldados.—Total, 22.

(Entre éstos se encuentra el soldado desaparecido.)

Heridos.—Un jefe, catorce oficiales, un sargento, cinco cabos y sesenta y siete soldados.—Total, 88.

CAPÍTULO LV

Después de los combates de los días 27 al 29 de octubre.—Entusiasmo en las provincias.—Ofrecimientos

Después del estupor producido por las dolorosas noticias recibidas de Melilla, operóse, como no podía menos de suceder, la reacción en todas las provincias.

Desde el pueblo más insignificante se alzó un grito de venganza, y no hubo ayuntamiento que, hasta donde sus fuerzas lo permitiesen, dejara de ofrecerse al Gobierno para prestarle su ayuda.

A la esperanza, sucedió el dolor al conocerse el triste desenlace de aquellas jornadas; al dolor sucedió la cólera, y á ésta, el entusiasmo y la exaltación.

Era preciso castigar con mano fuerte á los salvajes del Riff.

Era menester agotar todos los recursos, reunir todas

las fuerzas para que el Gobierno dispusiera de ellas, y no se encontrase cohibido ni por falta de hombres, ni por escasez de metálico.

La nación en masa se colocaba al lado del Gobierno, y de esta manera se podía dar á aquella gente el escarmiento merecido.

Diputaciones y ayuntamientos, particulares y corporaciones, todos se reunieron, todos acordaron y las declaraciones de aquellos días, los ofrecimientos, los acuerdos tomados, constituyen una de las páginas más brillantes de esas horas de ansiedad y de entusiasmo.

Reunida en sesión la Diputación Provincial de Barcelona, su digno presidente, el señor Planas y Casals, tomó la palabra para que aquella Corporación acordase la actitud que debía seguir, dadas las proporciones que tomara el conflicto Hispano-Marroquí.

Invocando préviamente la urgencia de esta cuestión, dijo el señor Planas que creía del caso hablar de ella, aún rompiendo la práctica establecida por la Corporación, de no ocuparse en la primera sesión del período, de otros asuntos que los designados de antemano.

El señor Planas y Casals pronunció un discurso hermosísimo, muy celebrado por cuantas personas estaban presentes; sus palabras, impregnadas de ardiente patriotismo, evocaron el recuerdo, siempre mágico para el buen catalán, de nuestros voluntarios de la pasada campaña en África; dijo que ellos son hoy el precedente más honroso para la provincia y para la Diputación.

Manifestó tener la seguridad más absoluta de que los pueblos de la provincia han de responder entusiastas á cualquier llamamiento que en nombre de la patria en peligro, les dirija la Diputación. Entiende, no obstante, que aun ante circunstancias de guerra, afortunadamente no desesperadas para España, deben los diputados acordarse de la paz, de las necesidades de los pueblos, de los servicios que hay que cumplir, de las calamidades y desgracias que vienen obligados á remediar ó suavizar al menos, y fundado en tales consideraciones propuso se limitarán de momento, para no pecar de irreflexivos, á ofrecer al Gobierno, incondicional apoyo moral y material en nombre de la provincia, añadiendo que se proponen prestar este último hasta el límite superior que posible le sea á la Diputación.

Después de este ofrecimiento abstracto, único posible en aquellos momentos para proceder con acierto, dijo el señor Planas que las comisiones de Fomento y Hacienda podrán pasar á estudiar con toda urgencia, aunque siempre con la reflexión precisa, la forma concreta de llevar á cabo lo que es hoy una noble agrupación de los vecinos de la provincia al par que un patriótico deber.

A las palabras del señor Planas contestaron, mostrándose del todo conformes con la proposición, los diputados señores Rumeu, en nombre de los fusionistas; Bohigas, en el de los carlistas; Benet y Colom, por los conservadores; Vidal y Valenciano, en representación de la minoría republicana, y Saforcada, en la de los reformistas.

Todas las palabras dejaron entrever que los corazones de todos los políticos, sin distinción de matices, palpitaban al unísono ante las supremas necesidades de la patria.

¡Bien por nuestros diputados! ¡Hermoso espectáculo el que ofrecieron! ¡Cuán genuinamente españolas eran aquellas frases del señor Vidal y Valenciano! «Si la escasez del presupuesto nos impidiera hacer por la patria cuanto ésta necesite de nosotros, una subscripción provincial cubrirá con creces el contingente de dinero que haga falta.»

Tomado el acuerdo por unanimidad, determinaron los señores diputados pasar á comunicarlo en corporación al capitán general y al gobernador civil, suplicándoles lo transmitan al Gobierno.

Los diputados, presididos por D. Manuel Planas y acompañados por los periodistas que se encontraban presentes durante la sesión, pasaron á cumplimentar el patriótico acuerdo.

En la Capitanía general fueron recibidos por el señor Martínez Campos.

Expuesto el objeto de la visita por el señor Planas, el general contestó que transmitiría al Gobierno el acuerdo y que se congratulaba de él, pues hacía honor á los catalanes y á la Diputación. Dijo entender que el Gobierno agradecerá muchísimo el concurso ofrecido.

El general se extendió en algunas interesantes manifestaciones referentes á la guerra actual y á sus necesidades.

Creía que no hacían falta hombres, aun cuando siem-

pre debía agradecerse los servicios personales, ya que en la guerra representan el sacrificio de la propia vida por la patria; que el dinero es mucho más útil que todo lo demás, aún más que los fusiles Maüsser, pues con metálico, que por desgracia no abunda, puede la Administración Militar subvenir á toda clase de necesidades de la campaña, á medida que el desarrollo de ésta las presenta. Por esto entendía acertadísima, la forma de prestar su concurso la Diputación de Barcelona.

El señor Larroca, gobernador civil, recibió á los visitantes con la amabilidad que le es característica, diciendo que se consideraba honrado con aquella visita, que la agradecía en nombre del interés de la patria, y que telegráficamente participaría su objeto al Gobierno.

***

De igual manera también, reunido el Ayuntamiento de la ciudad condal, el 31 de octubre, acordó ofrecer al Gobierno un cuerpo de 1.000 voluntarios equipados y armados; encabezar la subscripción regional con 10,000 pesetas para sufragar los gastos de campaña; contribuir con 50,000 pesetas mensuales mientras dure la guerra, á los gastos de ésta, y emplear en las oficinas municipales á todos los catalanes que resulten inútiles al terminar la campaña.

La comisión, presidida por el alcalde, se dirigió al gobierno civil para formalizar el ofrecimiento.

La Diputación provincial de Oviedo, en sesión celebra-

da algunos días después, y á propuesta del presidente, acordó por aclamación felicitar al ejército por su brillante comportamiento en África.

Firmada por todos los diputados se presentó una proposición ofreciendo al Gobierno 100.000 pesetas para la instalación en aquella fábrica nacional, de la maquinaria necesaria para la construcción del fusil Maüsser.

Si no se aceptara este ofrecimiento, la Diputación se comprometía á crear y sostener un batallón de voluntarios mientras durase la guerra en África.

También se aprobó por unanimidad poner á disposición del Gobierno 4.000 toneladas de carbón para la marina, en caso de que los sucesos se agravasen.

Se acordó asimismo abrir una subscripción para las familias de los muertos, y para los inutilizados en el campo de batalla, que fueran de la provincia.

La encabezó la corporación con 10.000 pesetas.

Estos acuerdos fueron unánimemente aplaudidos, y demostraban los sacrificios que estaba dispuesta á hacer la provincia para sostener el honor y la prosperidad de la patria.

* * *

Cuanto queramos decir respecto al espíritu de la nación durante aquellos días, todo resultara pálido al lado de la realidad.

¡Lástima que el Gobierno, con su política de tira y afloja, dejase enfriar aquellas ardientes protestas y se de-

jara guiar solamente por el reducidísimo criterio de que tantas muestras ha dado!

El Ayuntamiento de Sevilla contribuiría con la suma de 25.000 pesetas, para los gastos que ocasionara la guerra de África.

Varios pueblos de aquella provincia contribuirían también con cantidades importantes para el mismo objeto.

Morón, ofrecía un fusil Maüsser por cada 500 vecinos, respondiendo de tal suerte á la invitación que hizo la población de Ceuta.

En La Luisiana, ascendía la subscripción á 168 pesetas.

En Constantina, se verificó una imponente manifestación pública al recibirse la noticia de la victoria alcanzada por nuestros soldados el día 30 en Melilla.

La Diputación Provincial de Palma, en sesión del 2 de noviembre, acordó abrir una subscripción para contribuir á los gastos de la campaña de África, encabezándola con 5.000 pesetas.

El Ayuntamiento debía acordar la compra de una partida de fusiles Maüsser, para regalarlos al ejército.

El día 2 de dicho mes, comenzó también el período de sesiones de la Diputación de Vizcaya.

Abrió la sesión el Gobernador civil, quien habló de los gloriosos sucesos de Melilla.

Por unanimidad acordó la Diputación transmitir las felicitaciones de la provincia al ministro de la Guerra por el triunfo logrado por el ejército el día 30.

Además ofreció al ministro contribuir al éxito de la

campaña, bien creando un batallón de voluntarios, bien regalando fusiles y cañones, que podían construir las fábricas del país.

De la misma manera que el Ayuntamiento de Sevilla había tomado los acuerdos que indicamos en otro lugar, la Diputación Provincial, tomó los que á continuación se expresan:

Telegrafiar al Gobierno ofreciéndose material y moralmente en cuanto sea necesario.

Crear premios para los hijos de la provincia que mayormente se distingan en África.

Iniciar una subscripción provincial, cuyos productos serían destinados á la compra de material de guerra.

Dotar á los huérfanos pobres que dejen los militares, hijos de la provincia, que sucumban.

Declarar un derecho de preferencia para ocupar destinos, á favor de los soldados que queden inútiles por acción de guerra.

***

Mucho espacio necesitaríamos si hubiéramos de enumerar los ofrecimientos de todo género hechos al Gobierno, tanto individual como colectivamente, y á falta de él, terminamos este capítulo con algunos de los más importantes.

El Ayuntamiento de Bilbao acordó felicitar al Gobierno por las victorias alcanzadas por nuestro ejército en Melilla, y adquirir fusiles Maüsser para el regimiento de Garellano,

de guarnición en esta capital, si fuese destinado á la campaña de África.

Para ese caso se pondrían de acuerdo el Ayuntamiento y la Diputación.

También se indicó la idea de formar, si fuese preciso, un batallón de voluntarios.

El Ayuntamiento de Sestao, acordó adquirir cinco fusiles Maüsser para el ejército.

En todas partes era cada día mayor el entusiasmo.

Por acuerdo de la Diputación provincial de Almería, se resolvió abrir una subscripción para socorrer á los heridos en Melilla, y oficiar á los pueblos para que contribuyeran con sus medios é iniciasen otras subscripciones.

El Ayuntamiento daría 5.000 pesetas; y para la adquisición de fusiles Maüsser, abriría otra subscripción que encabezarían los concejales.

La misma corporación, daría una peseta cincuenta céntimos diarios, á cada herido hijo de Almería ó á la familia, en caso de muerte.

El concejal D. Manuel Belmonte, abrió otra subscripción particular, y con sus productos se compraría ropa interior para los heridos.

Los empleados del Ayuntamiento y Hacienda cedieron para estas cosas un día de haber.

Los concejales dijeron que para cuando fuesen heridos, no estando construido el hospital de sangre, cada uno se haría cargo de otro de los heridos que llegasen.

Siguiendo esta misma progresión de ofrecimientos, los

empleados de la delegación de Hacienda de la provincia de Ávila, dejarían un día de haber con destino á las atenciones de los sucesos de Melilla, conforme ofrecieron espontáneamente en 20 de octubre último al ministro del ramo.

El personal recaudador, inició una subscripción con igual fin.

* * *

Para terminar todo lo referente á las proposiciones y entusiasmos de aquellos días, que tan mal comprendidos y secundados fueron por el Gobierno, citaremos como nota saliente, entre todo lo ya citado, la proposición que por medio de la prensa local ha hecho el maestro de instrucción primaria del Ayuntamiento de Ares, en la provincia de la Coruña, D. Emilio Ponce, á sus compañeros de magisterio en la provincia, para llevar á cabo entre ellos una subscripción, en la medida de sus escasas fuerzas, para contribuir á los gastos de la campaña de Melilla.

La carta del señor Ponce contiene hermosas manifestaciones patrióticas.

Uno de sus sinceros párrafos, dice de este modo:

«Yo no sé si mis hijos tendrán que cenar esta noche. Solo sé que tengo diez pesetas, que con esta fecha pongo á disposición del señor Gobernador civil, para el fin expresado.»

El generoso desprendimiento de este maestro de instrucción primaria fué objeto de calurosos elogios.

La Sociedad de recreo, de la Coruña, Sporting Club, en la que figura numeroso elemento militar, deseosa de satisfacer la curiosidad de sus socios, en lo relativo á los sucesos que se desarrollan en Melilla, ha establecido un servicio telegráfico, exponiendo en cuadros los despachos, ante los cuales se forman grupos de personas que comentan calurosamente las noticias.

La medida de la Junta directiva del Sporting, que demuestra el gran interés con que aquí se siguen los incidentes de la campaña, es aplaudida por todos los socios.

La minoría fusionista de la Diputación Provincial ha presentado una proposición en la que pide:

1.° Adquirir 50 fusiles Maüsser para el ejército expedicionario ó bien poner á disposición del Gobierno 5.000 pesetas para que él los compre.

2.° Conceder 10 pensiones de á 30 pesetas mensuales para los primeros 10 soldados naturales de esta provincia, que se inutilicen en campaña.

3.° Excitar á los Ayuntamientos de la provincia para que contribuyan á la subscripción nacional.

4.° Que si salen fuerzas de Coruña, la Diputación las despida en corporación, auxiliando á los expedicionarios en la forma que acuerde la Comisión provincial.

Después de tomado en consideración, pasó lo expuesto á informe de la Comisión de contabilidad.

CAPÍTULO LVI

Nuestros periodistas en Melilla.—Las disposiciones del general Macías.—La situación de España en África, considerada por ingleses y franceses.—Opinión de un periodista español.



ERFECTAMENTE sentado dejaron el pabellón los corresponsales de distintos periódicos, que, como hemos manifestado en otro lugar, encerrados en el fuerte de Cabrerizas Altas, allí hubieron de permanecer por espacio de algunos días, viendo muy de cerca la muerte, bajo su más terrible aspecto.

Sin embargo, aun cuando más avezados á manejar la pluma que el arma de combate, eran españoles, tenían frente á sí el enemigo, y se batieron con denuedo defendiéndose y ayudando á los pobres soldados que necesidad tenían de su ayuda.

En el parte oficial de la acción de Cabrerizas Altas, redactado por el coronel de Extremadura, aparece el si-

guiento párrafo, dedicado á los corresponsales en Melilla:

«Los señores D. Luís Morote, D. Antonio Rodríguez Lázaro, D. José Boada y D. Eugenio Oliver, redactores de *El Liberal*, los dos primeros, del *Heraldo de Madrid*, *La Vanguardia* y *El Resumen*, respectivamente, los demás, habían acudido el 27 con las fuerzas á Cabrerizas Altas, permaneciendo allí hasta hoy. Durante el combate del 28, todos ellos, por propia petición, fueron armados de fusil y bayoneta, combatiendo con los nuestros y distinguiéndose como bravos soldados.»

***

Opinión unánime lo mismo de propios que de extraños, era que nuestros soldados dieron pruebas de su indómito valor y de su energía, en los combates que tuvieron lugar desde el día 2 de octubre.

Las referencias de Gibraltar son honrosísimas para nuestros soldados, cuya valentía ha sido insuperable en los combates de estos días, y cuyo espíritu animoso ha soportado sin ceder, pruebas terribles y falta de municiones.

Teníamos ya en Melilla quince batallones de todas clases, con más de seis mil hombres, treinta piezas de campaña, y cincuenta caballos.

Los riffeños poseían en cambio numerosa caballería, valiente y poseída de una táctica especial que no deja de serles ventajosa. Mas aún que la caballería, debía de preocupar á nuestras tropas, la línea de posiciones que ocupaba el

enemigo, y que envolvían á las nuestras, y las dominaban mientras no se desalojase á las kábilas de las alturas del Gurugú.

Solamente un ejército numeroso y bien pertrechado, que avanzara sobre seguro sin exponerse á perder un palmo de terreno, podría evitar la repetición de los desastres.

Hasta ahora no ha conseguido realmente España, más que un honroso desquite.

* * *

Mientras sucedía lo que dejamos dicho, Inglaterra, á pesar de alagarnos y de pretender demostrar que nos sobraba la razón para castigar á los riffeños, y asegurar las posiciones que en la costa africana teníamos, no demostraba por otra parte la sinceridad de estos conceptos.

La France comentaba un artículo de un periódico londonense, que decía que la prensa republicana española, se había dejado impresionar por la prensa bulliciosa de los bulevares de París en la cuestión de África.

El periódico inglés, añadía que los franceses se imaginaban que, con la amistad de Rusia, Francia era apta para llevar á cabo cuanto tuviera por conveniente en el Mediterráneo. Continuaba aconsejando á España que se aliase con Inglaterra y con la triple alianza continental, pues de todos modos sabría que Francia le pagará á precio de oro una alianza.

Terminaba con un aviso al *Forcing Office*, de que fijara

toda su atención en que Francia y España no se pusieran de acuerdo, á espaldas de la Gran Bretaña.

A esto decía *La France* que España no se dejaría coger en las redes de la nación más hipócrita del Universo, y que no perdería de vista los intereses que en esta cuestión le unen con su vecina natural en el continente como en África.

Realmente esta era la actitud que desde los primeros momentos debía haber tomado el Gobierno español.

Los intereses de España en África, mas bien debieran ir unidos á los de Francia, que dejarse guiar por las sugestiones inglesas.

Enseñanzas debiera tener el Gobierno español respecto á la sinceridad de Inglaterra, enseñanzas que no debieran haberse olvidado, al romperse de nuevo las hostilidades en África.

Por desgracia no se ha hecho así, y tal vez llegue el día en que se comprenda la justicia de estas indicaciones.

***

Manifestamos ya en otro lugar que en Melilla había diferentes corruptelas y vicios que podían haberse cortado en beneficio de nuestras armas.

No se hizo, ignoramos por qué causas; pero la verdad era que aun después de rotas las hostilidades, aun debiendo considerar como enemigos á los riffeños, y aun sospechando y más que sospechar, abrigándose la seguridad de

que los espías enemigos estaban dentro de la ciudad, se les seguía consintiendo.

Los corresponsales de varios periódicos, pusieron, como vulgarmente se dice, el dedo sobre la llaga, y por fin, cuando el general Macías se hizo cargo del mando, resolvió cortar por lo sano, sin contemplaciones, y cerró la Aduana, y envió todos los empleados marroquíes fuera de la plaza.

Esta medida era justa y equitativa, y no se le escasearon los elogios por ella.

Otra disposición tomó también, no menos digna de loa.

Sabido es que donde se reúnen gran número de tropas, acuden como los cuervos al olor de la sangre, gran número de vampiros, bajo la forma de jugadores, mujerzuelas, etc., que sólo van buscando su propio medro, sin tener para nada en cuenta el daño que causan.

También para éstos llegó la justicia del general Macías.

Dispuso la salida inmediata de aquellos elementos de desmoralización, y con ello ganó de un modo extraordinario el soldado.

El nuevo general estaba atento á todo.

Se encontró en la plaza con grandes descuidos, y trató de remediarlos.

La situación era comprometida, y, sin embargo, en pocos días la hizo cambiar de aspecto.

Inspeccionaba el terreno, estudiaba las condiciones del suelo y de los fuertes, y buscaba á la par, que ventajas para el soldado, medios en que distraer su actividad, fogueán-

dole constantemente con el enemigo, en la conducción de convoyes á los fuertes, que siempre eran ocasión de nuevos combates.

Día por día iban llegando refuerzos, y todo hacía suponer que no estaba lejano el momento en que se emprendiera la campaña con la energía y la decisión que se necesitaba.

* * *

La conducta seguida hasta entonces por el Sultán, no había sido la más correcta, á pesar de haber recibido noticias de lo sucedido en Melilla el día 2 de octubre.

Todo habían sido dilaciones; decíase muchas veces que se ignoraba donde estaba, otras que para una fecha determinada estaría en Fez ó en cualquier otro punto, y el caso era, que así se iba pasando el tiempo.

Sin embargo, llegó el momento en que se supo de un modo oficial, que todo aquello no había sido más que un juego de escondite, empleado para que, determinadas influencias le preparasen en este ó en el otro sentido.

Y entretanto llegaron los últimos sucesos, y ya la prensa empezó á hablar muy claro.

Un periódico, *El Liberal*, se expresaba en los términos siguientes:

«La incógnita se va despejando poco á poco. La cuestión del Riff, enmarañada, obscura, traidora, incierta, sin rumbo, sin objetivo, sin responsabilidad, sin garantía, va saliendo de la estrechez en que nos colocó desde el principio

una especie de miedosa poquedad y una especie de incomprensible indecisión.

»Afortunadamente, han desaparecido las miradas de soslayo y las actitudes misteriosas. Ya se sabe dónde está Su Majestad Scheriffiana, porque aunque se oculte, aunque continúe jugando al escondite, aunque esté lejos, estará tácita ó manifiestamente con nosotros ó contra nosotros y nosotros con él ó contra él.

»Ya no sirve ocultarse.

»Si algún provecho nos han podido reportar las pasadas mortificaciones, es el de poner de relieve nuestra razón y nuestro derecho, y sobre todo, el de fijar nuestra actitud.

»El problema hispano-marroquí, en lo que se relaciona y pudiera rozarse con el equilibrio europeo, se ha despejado en pocos días. Casi puede decirse que podemos maniobrar desembarazadamente. Casi puede afirmarse que el mantenimiento de ese equilibrio nos permite, si no una absoluta, una amplia libertad de acción.

»Á veces la neutralidad, con honores de aislamiento en que vivimos, proporciona la compensación de las alianzas indirectas.

»Sin comprometernos ni con la *dúplice*, ni con la *tríplice*, ni con la bi-marina-potencial anglo-italiana, somos aliados indirectos de los franceses y los rusos, de los italianos, austriacos y alemanes, y hasta de los ingleses, que por no chocar en el pequeño escollo de los asuntos marroquíes, nos dejan libre el campo.

»Hé aquí cómo vemos la cuestión. Sólo así se explica la actitud resuelta del Gobierno, que para preparar lo que prepara, debe sentirse más que temeroso, confiado; más que comprimido, desenvuelto.

»De otro modo habría que pensar cosas más graves, y había para entrever anuncios de la conflagración tremenda.

»Esto último, sin que sea posible descontarlo, que todo puede suceder y más en estos tiempos indecisos y calamitosos, en que el temor domina á la esperanza, nos parece mucho menos probable. Lo que todos temen, ninguno lo provoca y muchos lo concilian.

»En el conflicto hispano-marroquí, hay un modo de conciliación para que la susceptibilidad de las grandes potencias no se manifieste con asechanzas y con vetos. Este modo consiste en la neutralización de Tánger, á cuya ciudad no necesitamos ir para realizar nuestra demanda.

»Actualmente, con una justificación que nadie contradice, y con un derecho que nadie pone en duda, estamos, no en frente de las kábilas riffeñas, irresponsables é insolventes, sino cara á cara del Sultán.

»La importancia de semejante evolución, si se llega á realizar, como presume todo el mundo, equivaldrá á variar el centro de operaciones y á seguir un camino franco.

»En el Riff, el principal objetivo es la edificación de un fuerte, cada vez más costoso; en Marruecos hay derechos que hacer sólidamente efectivos.

»Y en todo caso, siempre nos es más conocida y favorable que la Cuenca del Muluya, la del Sebú.»

CAPÍTULO LVII

El general Ortega.—Nuevos combates

Hasta hace muy pocos días, decía un periódico, al preguntar por el general Ortega no era fácil obtener grandes datos que dieran á conocer al jefe de la primera división del primer cuerpo de ejército. Conocíanle no obstante caudillos y soldados que juntamente con él habían tomado parte en los diversos hechos que constan en su larga y buena hoja de servicios. Y todos los compañeros de Ortega comprenden y pregonaban que era un militar de valía.

Pero las situaciones difíciles son las que hacen á los hombres, y repentinamente aparece Ortega de protagonista, por causas bien lamentables, sobre el teatro sangriento de la guerra.

La muerte del infortunado Margallo entrega al ilustre caudillo, el mando superior de las fuerzas de Melilla, y lejos de amilanarse Ortega por las responsabilidades de su cargo ni por los peligros que le ofrece un enemigo numerosísimo y valiente, sabe vengar la sangre de los soldados que perecieron en la jornada dolorosa y levantar gloriosamente el pabellón patrio.

Desde aquel día, no ha de apagarse la esplendorosa aureola que envuelve el nombre de Ortega; los españoles lo pronuncian con veneración y con respeto.

La salida del general el día 30, al frente del batallón Disciplinario, vivirá eternamente en la mente de los buenos patriotas.

Comprendió Ortega que con tan valientes soldados se caminaba á una muerte gloriosa ó á una señaladísima victoria, y no vaciló un solo momento.

La situación era desesperada: en los castillos nuestros soldados, hasta los periodistas, morían irremisiblemente de hambre. No era dable sin víveres, combatir á este enemigo.

Los riffeños, con coraje fiero, no cesaban de tirotear á los nuestros; pero Ortega, con un brío y un corazón de valiente, ordenó que las fuerzas españolas se distribuyeran en forma de poder dar un avance. Nuestros soldados conducían á los fuertes un gran convoy.

Una arenga breve, elocuente del general Ortega enardeció los ánimos, ya bastante exaltados, de los del batallón Disciplinario, y á la frase: «¡Armen á la bayoneta; adelan-

te!» como leones se precipitaron sobre el grueso del enemigo.

La carga á la bayoneta del día 30, formará época en los anales de la historia militar.

No sólo consiguieron los nuestros limpiar de moros el campo español, sino que se internaron más allá de los límites jurisdiccionales de España, hasta las faldas del Gurugú, acorralando á la masa de hombres, hasta entonces envalentonada por la muerte del infortunado Margallo.

En tanto, el convoy había llegado á los fuertes; cuando el valiente Ortega bajaba del caballo á las puertas de Cabrerizas, las provisiones de guerra y boca llevaban la tranquilidad á los corazones de los sitiados.

Conste que la intrépida serenidad, el empuje del general Ortega, no sólo salvaron á nuestro ejército de una situación difícil, sino que lograron cambiar la faz de unos sucesos cuya adversidad preocupaba seriamente á la opinión pública.

La jornada del 30 es acaso la página más brillante de la historia de Ortega.

Macías, en el parte oficial que de los hechos mandó al Gobierno, recomendaba eficazmente al general Ortega, calificando de arriesgada la operación de que fué ilustre protagonista.

El valor y pericia de este general son hoy una esperanza para los españoles.

***

Necesariamente, después de los combates de que hemos hecho mención en los capítulos anteriores, no era posible ni que unos ni otros permanecieran inactivos.

Los riffeños habían visto que si no vencieron en absoluto, habían podido causar numerosas bajas á nuestros soldados, y éstos á su vez estaban ansiosos por vengar á sus compañeros muertos ó heridos.

Dada esta situación, se comprende que las escaramuzas podían degenerar como degeneraban en combates, y la conducción de convoyes, como dejamos manifestado, era siempre el origen.

El día 31 de octubre, decía un telegrama que tenemos á la vista:

«Aprovecho la salida de todos los vapores para telegrafiar, por si los telegramas, que por duplicado deposito aquí, sufren detención en el cable directo.

»El presente despacho lo confío á un amigo que va á bordo del vapor *Numancia*.

»Urge que vengan medicamentos.

»También en nombre de la patria, de la humanidad y de los más caros intereses, tener esto bien aprovisionado de víveres.

»Unos cuantos días de Sudoeste, y una mar brava, pueden crear aquí una situación gravísima. No digo más.

»El fuego cesó ayer al anochecer.

»Hoy al rayar el alba ha comenzado de nuevo.

»Nuestros barcos *Conde de Venadito* é *Isla de Cuba*,

bombardean enérgicamente toda la parte del Norte de la Península que termina en el cabo de Tres Forcas.

»Las tropas y pertrechos conducidos por la fragata *Gerona*, y los vapores *Baldomero Iglesias* y *Luis de Cuadra*, desembarcaron sin novedad.

»El crucero *Alfonso XII* ha salido con rumbo á Chafarinas. Recorrerá la costa por el cabo del Agua.

»Del fuerte de Cabrerizas Altas se han conducido á la plaza 57 heridos en los hechos de armas del 27, 28 y 29, que con los que ya existían, ascienden á unos 90.

»A la hora de entregar este despacho, y en el momento de zarpar el vapor *Numancia*, continúa el fuego de cañón de los buques y de lòs fuertes exteriores.

»Gran entusiasmo y vivas felicitaciones por la salida de ayer á los generales Macías y Ortega.

»Según mis informes, el general Macías, conocedor del campo, supo que escaseando víveres y municiones, las kábilas del Noroeste habían ido á aprovisionarse.

»Nuestras tropas cayeron con denuedo admirable sobre los de Benisicar y Frajana.

»Aunque la resistencia fué enérgica, se ha hecho en ellos gran matanza.

»Se cree que aquellos poblados han sufrido terribles destrozos.

»Daré detalles en otro vapor ó por el cable.»

* * *

El 1.° de noviembre, el general Macías ordenó una operación muy atinada, puesto que obedecía á la idea de atemorizar á todas las tribus del litoral, cañoneando sus poblados, valiéndose para ello de los buques de la escuadra.

Las noticias que obran en nuestro poder, referentes á esta operación, dicen así:

«Los cruceros *Conde de Venadito* é *Isla de Luzón*, han cañoneado desde la primera luz del día de hoy, 1.° de noviembre, la parte Norte del campo.

»Los fuertes exteriores han mantenido el fuego lento de cañón, que es constante, en cumplimiento de intrucciones recibidas por el general Macías.

»El batallón cazadores de Cuba, sostiene el tiroteo, con los riffeños más cercanos á nuestras posiciones.

»Han jurado la bandera los soldados que acaban de incorporarse al regimiento de Extremadura.

»El crucero *Alfonso XII* llegará hoy á Málaga con noticias de esta plaza.

»La victoria del 30 sigue comentándose aquí con los mayores elogios para los generales Macías y Ortega.

»El episodio decisivo que causó más bajas, consistió en que se verificó una maniobra felicísima, haciendo creer á los moros que retrocedíamos. Después de aprovisionar los fuertes, y cuando los moros, que tiraban escondidos, embistieron, cayó sobre ellos nuestra tropa, causándoles grandes destrozos.

»En vista del número de bajas tan grande que ha habido en los oficiales, ya desde hoy visten el traje de

mecánica para que no sirvan de blanco á los moros.

»Escasea el agua.»

* * *

Ya era necesaria una operación de este género.

La prensa lamentaba que la escuadra se limitase á permanecer frente á Melilla, cuando tanto podía hacerse en la costa, con mayor motivo cuando se decía que nuestros presidios mismos estaban también amenazados, y que la actitud de los infieles era verdaderamente provocativa, y también hubo de entrar en acción.

Los partes oficiales referentes á esta función de guerra, decían lo siguiente:

«Melilla, 1.°, 6'15 mañana.

»(Recibido á las 2'22 tarde.)

»Comandante general al ministro de la Guerra:

»Vapor *Alfonso XII* fué á Chafarinas, por orden mía, para cañonear á su regreso toda la costa en el caso de que allí se comprobara la noticia de que la kábila de Kebdana había concurrido á las acciones del 27 y 28. Cerciorado de ello, el comandante del vapor ha batido los aduares á 800 metros de distancia, causándoles algunas bajas y destruyéndoles sus viviendas, siendo hostilizado con fuego de fusil. Kábila Usajlsh, próxima al Cabo del Agua, izó bandera blanca en señal de paz.

»Mando vapor *Alfonso XII* conduciendo pliegos en lu-

gar del *Isla de Luzón*, por ser de mayor capacidad para transportar fuerzas con destino á esta plaza.»

«Alborán, 31, 11'35 noche.

»El comandante del *Venadito* al ministro de Marina:

»Fondeó el crucero *Luzón*, que saldrá pasado mañana para Málaga. Está entrando el *Alfonso XII* de Chafarinas y saldrá mañana para Algeciras. No ocurre novedad en la plaza que continúa disparando cañonazos, como el buque, sobre el poblado de Mezquita y el alto de Frajana.»

«Alborán, 1.°, 12'45 tarde.

»El comandante del *Venadito* al ministro de Marina:

»A la una de la madrugada salió para Málaga el crucero *Alfonso XII*. Sin novedad en la plaza y en los buques.

»La fragata *Gerona* concluirá la descarga al mediodía.»

«Málaga, 1.°, 4'15 tarde.

»El comandante del crucero *Alfonso XII* al ministro de Marina:

»Situado á 800 metros batí ayer los aduares de la kábila Kebdana, causando grandes destrozos y bajas. El enemigo hostilizó con mucho fuego de fusil. A bordo sin novedad.»

«Melilla, 1.°, 10'35 mañana.

»El comandante general al ministro de la Guerra:

»En el vapor *Gibraltar*, salieron ayer de esta plaza para Tánger los administradores y escribanos de la aduana ma-

rroquí, acompañados de 43 moros de ambos sexos, que vivían aquí y quisieron regresar á su patria.»

«Melilla, 1.°, 4'40 tarde.

»Ayudante de Marina al ministro:

»Salió la fragata *Gerona* á las tres de la tarde de hoy.»

«Melilla, 1.°, 5 tarde.

»Comandante del *Venadito* al ministro de Marina:

»De acuerdo con el general gobernador de Melilla, he salido con este buque á las nueve de la mañana, recorriendo la costa desde Melilla á Tres Forcas y también por su parte Norte y Noroeste, regresando al fondeadero á las tres de la tarde.

»Durante este tiempo se han batido todos los caseríos de la kábila de Benisicar, quedando destruido el pueblo y la casa del santón de esta kábila, gran excitador de los moros en contra de España.

»Se han consumido 87 granadas de los rápidos de 57 milímetros y 5 granadas ordinarias de 12 centímetros.

»El crucero *Isla de Luzón*, salió recorriendo la costa Sudoeste, batiendo á la kábila de Mazuza, logrando incendiar varias casas. Regresó al fondeadero sin novedad.

»La fragata *Gerona* sale á las tres para Algeciras.»

«Melilla, 1.°, 8'30 noche.

»Comandante general á ministro Guerra:

»Los cruceros *Conde de Venadito* é *Isla de Cuba*, han sa-

lido por orden mía, el primero á Albocaya y el segundo hacia Chafarinas, cañoneando los poblados de la Laguna, de la kábila de Mazuza, que han sido destruidos, y el caserío del santón de Puntilla y viviendas de Bocayas.

»En la plaza se ha seguido el cañoneo en dirección de las trincheras de los moros, sin otra novedad.»

CAPÍTULO LVIII

La batalla del día 2 de noviembre



ADA la situación en que se hallaba la plaza de Melilla, y el sistema empleado para aprovisionar los fuertes, como ya dejamos manifestado, cada conducción de convoy, tenía necesariamente que llevar aparejado un nuevo combate.

A las seis de la mañana del día 2 de noviembre, organizóse uno dirigido por el general Castillejo y escoltado por los regimientos de Álava y Pavía, dos baterías de montaña, una compañía de ingenieros y una sección de caballería al mando del teniente Ruiz.

La compañía de ingenieros, llevaba el encargo de destruir las piteras donde se guarecen los moros.

El convoy llevaba víveres y municiones para aprovi-

sionar los fuertes de Cabrerizas Bajas, Cabrerizas Altas y Rostrogordo.

Además marchaban detrás y delante del convoy los tiradores Maüsser del Disciplinario.

Desde las cinco y media estaban en Puerta de Mar organizando el convoy, los generales Macías y Ortega, con su Estado Mayor.

El convoy se componía de 11 carros cargados y tirados por mulos.

Al llegar los periodistas á Puerto de Mar, un centinela mandó que se quedasen atrás los paisanos, diciendo que para estar allí se necesitaba un permiso especial del general Macías. Éste no se lo había concedido á nadie.

Entraron los citados corresponsales en el torreón de las murallas y después en el fuerte de Victoria Grande, y desde ambos puntos presenciaron toda la operación.

Se rompió el fuego por el Disciplinario, al llegar al fuerte de Cabrerizas Altas.

La plaza y los fuertes hicieron fuego al llegar el convoy á Cabrerizas Bajas.

Los moros, como debe suponerse, observando como estaban y teniendo al mismo tiempo confidencias, al conocer de lo que se trataba, lógico era que procuraran impedirlo á todo trance.

Utilizando hábilmente las trincheras por ellos fabricadas, y las nuestras de que se apoderaron, hacían terrible fuego.

* * *

Sin embargo de esto, los nuestros no se quedaron en zaga.

Dispararon los fuertes de Camellos, Cabrerizas Bajas, Cabrerizas Altas, Rostrogordo, Victoria Chica y Victoria Grande, sobre las trincheras del enemigo en el cerro de Mari Guari, los poblados de Benisicar y Frajana, y las trincheras próximas á Cabrerizas Altas.

Mientras tanto, el *Venadito* cañoneaba hacia la playa, haciendo nutridos disparos.

El convoy, dividido en tres secciones, entró sin novedad en el fuerte de Cabrerizas Bajas, defendiéndolo la izquierda de una extensa guerrilla, colocada en posición muy avanzada.

La guerrilla hizo fuego rápido y nutrido.

El convoy entró en Cabrerizas Altas sin retirarse un sólo carro, con orden perfecto; pero teniendo las guerrillas para eso que librar un combate con el enemigo, casi en la misma puerta del fuerte.

Los ingenieros enterraron dentro del fuerte, y en el foso, á tres muertos, que se habían recogido en la puerta del fuerte, después de la batalla del 28, y cubrieron de cal unas fosas que despedían un olor pestilente.

De una de ellas, salían de la tierra, los pies de un cadáver.

El convoy entró en Rostrogordo protegido por las guerrillas de Cabrerizas Altas, que se tendían en avanzada del campo.

También fué protegido por el fuego de una batería de

montaña que estaba emplazada en el cerro de las Horcas Coloradas.

Del combate resultaron, como fácilmente se comprende, varias bajas.

Se ha probado una vez más, que estas expediciones debían hacerse para aprovisionar los fuertes cada quince días y no cada cinco, como se hace ahora.

Así se causan muchas víctimas.

Es posible, sin embargo, que no haya material bastante para las conducciones.

La experiencia ha demostrado que es necesario fortificar el cerro intermedio de Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas.

Demasiado tiempo hacía que esto debió tenerse en cuenta, y tomar todas las disposiciones necesarias para que no sucediese lo que entonces estaba pasando.

De sobra se había visto que por las condiciones especiales en que estos fuertes se encontraban, era preciso que se hicieran obras intermedias que les enlazasen y les protegiesen.

Pero nada se había hecho hasta entonces, y sólo cuando la experiencia lo demostró, de un modo, desgraciadamente, práctico, se habló y se pensó en ello.

* * *

La operación militar podía darse ya por terminada desde el momento en que se pudo aprovisionar el fuerte.

A las ocho de la mañana regresaban las tropas, protegidas por el fuego de cañón de los fuertes y por la batería de montaña.

Los cazadores estaban acantonados en el Polígono. Un batallón se situó en el cerro de Santiago para proteger la retirada del convoy.

La artillería permanecía en el cerro de Horcas Coloradas.

En aquel momento, los moros rompieron el fuego contra el fuerte de Camellos y éste contestaba desde las aspilleras, teniendo el puente levantado.

También hacían fuego los tiradores Maüsser, situados á la izquierda del fortín de San Francisco.

La artillería de montaña hizo tres disparos sobre Frajana, desde donde los moros hacían un fuego muy nutrido.

Llegó el regimiento de Pavía al campamento y el regimiento de Álava se retiró por el Polígono, protegido por las guerrillas de cazadores.

Solo quedaban fuerzas en el reducto del fortín y avanzadas en el cerro de Santiago.

El fuerte de Camellos hacía fuego de cañón, y descendían de San Lorenzo dos compañías que defendían el paso del río.

Quedaron sólo en el campo, cuando se retiraron todas las fuerzas con el convoy, los tiradores Maüsser y los cazadores.

***

«Muchas bajas había costado la conducción del convoy, predominando el número de muertos y heridos en el regimiento de Pavía y el batallón Disciplinario.

»Si esto sigue así,—decía un corresponsal,—van á concluir con el batallón Disciplinario, al que siempre le ordenan que vaya á las avanzadas y á las guerrillas.

»Oficiales viejos, que tomaron parte en la guerra de 1860, dicen que está repitiéndose la misma historia que en los comienzos de aquella guerra.

»Cuando nuestras tropas estaban en las cercanías de Ceuta y del Serrallo, perdíase en emboscadas mucha gente sin provecho ni gloria. Sólo cuando se tomó la acción ofensiva y se libraron batallas, pudo causarse bajas á los moros y castigarlos.

»Urge, por consiguiente, ó que comience la acción ofensiva, ó que cesen las expediciones pequeñas á los fuertes.

»De otra manera, poco á poco se acabará con todo el ejército, sin ganar una sola posición.

»A 15 ó 20 bajas cada día, en el transcurso de un mes dan cuenta los moros de las fuerzas que hay aquí reunidas.»

***

Dolorosas reflexiones sugieren las palabras del corresponsal citado, palabras y advertencias y censuras, que encontramos en cuantas correspondencias tenemos á la vista, así particulares como publicadas por los periódicos.

Porque como la razón es la misma, como que siempre estaba resaltando, el abandono, la desidia, la falta de tacto para saber prevenirse con tiempo, natural era que todos los que presenciaban cuanto sucedía, apreciasen de idéntico modo lo que había faltado por hacer.

Mientras esto pasaba en Melilla, por el Ministerio de la Guerra se circulaba las órdenes para el llamamiento de la reserva, acordado en el Consejo de Ministros.

El señor López Domínguez llevó á la firma de la reina el correspondiente decreto, que publicó la *Gaceta.*

A la vez que se recibían en Melilla municiones, víveres y material de campaña, se activaba la colocación de barracones para albergar á las fuerzas del ejército expedicionario, y los ingenieros, con brigadas de presidiarios, se ocupaban en trabajos de fortificación, completando el círculo de trincheras de los fuertes más inmediatos á la plaza.

Cuando terminara el atrincheramiento, comenzaríase la construcción de los fortines, y entonces, á no ocurrir antes algo imprevisto, era cuando se suponía que habían de reanudarse los combates.

Para entonces habría ya en Melilla 10 ó 12.000 hombres que asegurasen la posición del terreno que ocuparan nuestras tropas, sin que tuvieran necesidad de retroceder.

Los fortines habían de ser la avanzada que resguardase el campo donde las tropas se habían de alojar, sin perjuicio de que luego fueran acampando donde las necesidades de los mismos movimientos lo exigieran.

* * *

En el combate del día 1.°, de que ya hemos hecho mención, combate, ó mejor dicho, bombardeo de los buques, el *Venadito* y el *Isla de Luzón*, según el parte oficial, dice que batieron las kábilas de Benisicar y Mazuza, al Noroeste del campo.

Completaron la batida del *Alfonso XII*, limpiando de la gente armada y de los caseríos de las kábilas que sostienen la guerra, el litoral que tiene Melilla en medio, y que cierran Alhucemas por un lado y las Chafarinas por otro.

Las viviendas de Mazuza acabaron de derrumbarse á cañonazos, y fué destruida la casa del famoso *Santón*.

Las granadas prendieron fuego en algunas chozas.

En total, hicieron los buques 69 disparos, aquel día.

El santón cuya casa fué destruida por los acertadísimos disparos del crucero *Alfonso XII*, es un hombre de extraordinaria corpulencia, en que se equilibran lo elevado de la estatura y lo abundante de sus carnes.

Se distingue entre los suyos por su rudeza y ferocidad. Como dato para apreciar sus condiciones de carácter, bastará decir que tiene varias mujeres de las que de vez en cuando se entretiene en matar algunas á palos.

* * *

Una de las correspondencias que obran en nuestro poder, referentes á los sucesos de estos días, fechada en Cádiz, dice:

«Según noticias que he recogido á bordo del *San Agustín*, el general Macías estuvo ayer en el campo de batalla, replegándose las tropas en guerrillas.

»El general estudió las condiciones del terreno, no se sabe si con objeto de elegir el sitio más defensivo para la conducción de los convoyes, ó para las edificaciones.

»Hizo la visita entre nueve y diez de la mañana, no disparando los moros un sólo tiro.

»Hay muchos moros prisioneros, con algunos de los cuales hablaron los *touristas* gaditanos, á que antes me refiero.

»Dichos prisioneros manifiestan que son inocentes, que eran trabajadores de Argelia y que iban á Siam cuando los cogieron nuestras tropas en el Polígono.

»Hablan correctamente el francés.

»La conducción de los convoyes se hace de dos en dos días.

»De esto están ya advertidos los moros, y se aperciben á la lucha, llamándose con señales, para tomar posiciones y poder batir á los nuestros con ventaja.

»Anteayer, ó sea el sábado, estaba el monte Gurugú cuajado de hogueras, porque ayer domingo era día señalado para el convoy, conduciendo agua á Cabrerizas Altas.

»Gracias á la lluvia, pudo demorar el convoy la salida.

»Ésta se habrá efectuado hoy, costándonos, segura-

mente, como en los días anteriores, de treinta á cuarenta bajas.

»El espíritu de las tropas es cada vez más entusiasta, y muy especialmente en la oficialidad.

»Es de temer que por aglomeración de fuerzas se desarrolle alguna epidemia.

»Nadie se explica cómo no se llevan víveres á los fuertes para diez ó doce días, con lo cual no se derramaría tanta sangre inútilmente; pues con la salida de convoyes, ni se adelanta terreno, ni se persigue fin práctico alguno.

»Desde la plaza, y desde el *Conde de Venadito*, no cesan de hacer fuego sobre el Gurugú, Mazuza y Frajana; pero la mayor parte de los disparos resultan inútiles, puesto que los moros nunca van en grandes masas, sino en grupos de tres ó cuatro, y éstos separados, de manera que es punto menos que imposible causarles bajas.

»Los moros llegan osadamente todas las noches, sin faltar una, hasta el Mantelete, desde donde hacen fuego sobre la plaza.

»Si el Polígono no estuviera atrincherado, les costaría muy poco trabajo copar á nuestras tropas.

»El puerto de Melilla está lleno de barcos.

»En él se encuentran el *San Agustín*, *Cámara*, *Montevideo*, *Antonio López*, *Aviso*, *Numancia*, y los barcos de guerra *Conde de Venadito* é *Isla de Cuba*.

»El *Antonio López* vuelve con rumbo á Málaga.

»El *Montevideo* ha traído la fuerza de Dragones de Santiago.

»Son las nueve de la noche cuando telegrafío, y todavía se está haciendo el desembarque de los caballos.

»Por la noche se practica la operación con auxilio del reflector eléctrico, y se hace con mucha dificultad, porque no hay grúas, ni medio alguno en el puerto.

»Los enfermos del hospital de Melilla han sido trasladados á Chafarinas en el vapor *Cámara*, y mañana irán catorce heridos en el *San Agustín* á Cádiz.

»El señor Macpherson ha entregado un duro á cada uno de los heridos.

»Los Dragones de Santiago tendrán que quitarse sus brillantes cascos, porque con ellos ofrecen un gran blanco para los tiros de los moros.

»He hablado con el bizarro coronel del regimiento de Dragones, señor Ampudia, quien para comenzar los trabajos de exploración, ha preguntado si pueden ir parejas á los fuertes, pues cree que deben hacerse descubiertas.

»Probablemente pasado mañana irá el *Isla de Cuba* al Peñón, para explorar la insurrección de los moros, y cañonear la costa si fuere preciso.»

CAPÍTULO LIX

Una opinión del general Macías.—Muerte del bajá.—Llegada de heridos á Cádiz.—Matrimonio al borde de una tumba.—Trabajos en Melilla

La medida tomada por el general Macías, de cerrar la Aduana y ordenar la marcha de los moros empleados en ella, se tradujo como signo de acontecimientos próximos, de gran resonancia, pues se suponía que los fugitivos informarían de todo lo ocurrido al sultán, con pormenores y comentarios que se hallasen de conformidad con los deseos imperiales.

Respecto al desarrollo, tendencia y resultados de la campaña, opinábase que las operaciones sufrirían una tregua de algunos días, sólo interrumpida por las hostilidades de los moros, siempre que se verificase conducción de convoyes por nuestras tropas, como iba haciéndose hasta entonces.

El general Macías declaró que para emprender operaciones formales contra los riffeños esperaba á que llegasen á Melilla, además de un fuerte contingente de tropas, algunos millares de fusiles Maüsser; entonces se verificaría un movimiento de avance sobre el campo moro.

Sobre esos futuros sucesos, la fórmula generalizada en Melilla se condensaba en la siguiente frase:

—«Hay que dar un buen *achuchón* y permanecer sobre el terreno ganado.»

Esta será la primera etapa de la campaña.

El crucero *Conde de Venadito* llevaba disparados en estos días, y desde que rompió el fuego contra los riffeños, 1.000 granadas, quedándole todavía un repuesto de 7.000 proyectiles para sus cañones de los sistemas Hoskints y Nordentfelds; pero se le agotarían si continuaba abasteciendo á los demás buques.

La fragata *Gerona* hizo su viaje sin piezas de artillería y casi desarbolada, buscando mayor espacio para la tropa y para los pertrechos de guerra ha venido materialmente abarrotada.

Los administradores moros de la Aduana de Melilla, al abandonar dicha plaza para trasladarse á Tánger, dijeron con insistencia que los riffeños habían matado al bajá.

En la plaza se aseguraba que los disparos de los fuertes habían obligado al bajá á refugiarse en su casa; pero que al huir de ésta, por considerarla en peligro por los disparos de la artillería, fué asesinado por los moros.

Los riffeños empezaron la campaña quemando las casas de los que querían la paz con los españoles y asesinando al bajá.

***

Según un telegrama de Melilla, fechado el día 2, aquella mañana contrajo matrimonio la hija de Margallo con el teniente Saltos. La ceremonia se verificó en casa del general. Fué tristísima; una escena de duelo.

En el primer vapor, decía el telegrama, embarcará la familia para Málaga.

En carta que obra en nuestro poder, nos decían de aquella plaza, que el 4 estuvo lloviendo largo rato, con lo cual se pudieron llenar los aljibes de los fuertes, aunque era posible que se hallasen tan sucios que no pudiera utilizarse el agua.

«Es casi seguro, dice uno de los párrafos, que mañana saldrá un convoy para los fuertes, que están necesitados de muchas cosas, incluso de sal.

»Estas frecuentes salidas, tienen muchas desventajas, que en parte se podrían evitar.

»El general Macías ha dispuesto que se inspeccionen las carnes todos los días, para evitar los efectos de alguna enfermedad que pudiera desarrollarse.

»Están ya construidos los barracones para carbón, harina, cebada y demás efectos de la Administración.

»Ha llegado el comandante D. Julio Cervera, tan co-

nocedor de las cuestiones africanas, á las inmediatas órdenes del general Macías.

»Está observando cuidadosamente y apreciando el verdadero estado de la cuestión, y es partidario de no comenzar las operaciones hasta contar con más fuerzas.

»Se nota gran movimiento de los moros, que desde la costa, donde han encendido muchas hogueras, observan la llegada de los barcos.

»En el Torreón de las Cabras, se han hecho varios disparos.

»Los Dragones de Santiago se alojan en el monte.

»Esta mañana, al salir á la descubierta cuatro tiradores Maüsser del batallón Disciplinario, les hicieron los moros varios disparos, resultando herido en una pierna, Francisco Sabals de Mesa.

»Está cañoneando el Torreón de las Cabras.»

La fragata *Gerona* llevó á Melilla un millón doscientos mil cartuchos de fusil, y gran número de cajas de granadas y de espoletas.

Para hacer el desembarque, hubo que recurrir á las tropas, pues la tripulación del buque la componen sólo cien hombres, y por lo tanto, es insuficiente para aquellas operaciones.

Según las noticias que circulaban por Melilla, las kábilas vecinas á la plaza, iban á ser secundadas por todo el Riff.

De la provincia de Orán, fueron muchos riffeños á pelear contra los españoles.

Los marabuts, ó santos ermitaños, predicaban la guerra santa en toda la Kabilya, ofreciendo la remisión de los pecados á todos cuantos exterminen á los infieles. De confirmarse esta predicación, era de temer un alzamiento en masa, pues todos los marabuts están unidos en una poderosa cofradía, dueña del Norte de Africa.

***

Los repetidos combates que habían tenido lugar en los días que dejamos indicados, y los que seguían sucediéndose, habían aportado un gran contingente de heridos, que unidos á los atacados de enfermedades comunes, hacía necesario el transporte á varios hospitales de la Península.

En Cádiz, en Málaga y en Almería habíanse ofrecido para recibir los heridos que fuesen, pero especialmente en los dos primeros puntos, se habilitaron salas para este objeto.

El día 6 de noviembre, llegó á Cádiz el vapor *San Agustín*, conduciendo heridos, según aviso que oportunamente recibieron las autoridades.

«Cuando se divisó este buque,—dice un corresponsal,—había en el muelle inmensa multitud, ansiosa de conocer á los heridos, de preguntarles por su estado, de abrazarles, de socorrer, en fin, sus necesidades.

»Los heridos son once: cinco del regimiento de Pavía, cuatro del Disciplinario, uno de Cuba y otro del batallón de artillería.

»Todos se sienten aliviados, á excepción de uno que se halla herido en un pie y otro que tiene partidas las rodillas, y están graves.

»Sólo tres de los heridos fueron conducidos en camillas; los demás fueron en la falúa de la comandancia de Marina, cediéndoles los puestos preferentes las autoridades y Comisiones, mientras los individuos de *La Cruz Roja* les prestaban los necesarios auxilios.

»Todos les obsequiaban con cigarros y vinos, procurando reanimarlos.

»El espectáculo de la llegada de estos valientes soldados, heridos por defender la honra de la patria, es tristísimo y produce honda impresión.

»Los tres heridos de más consideración iban en las camillas, sobre cubierta, y se hallaban postradísimos.

»Los demás estaban asombrados; sin embargo, reían frecuentemente mientras los curaban en sus asientos, y entretanto el general y el gobernador estaban en pie observando la triste escena, profundamente conmovidos.

»Imposible presenciar el espectáculo sin derramar lágrimas.

»En la muralla y en el muelle espera la muchedumbre con ansiedad que se aproxime la falúa, la cual es saludada con gritos patrióticos y con el agitar de pañuelos.

»Los heridos, emocionados ante la multitud que los vitorea, derraman abundantes lágrimas, y al atracar la falúa, todos, los que á tierra saltamos y los que en tierra es-

peran, gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones:

»—¡Viva España! ¡Viva el ejército!

»Al saltar á tierra los soldados, se abre calle con dificultad entre la concurrencia, por donde pasan los que van en las camillas y los demás heridos, unos á pie y en coche otros.

»Durante el tránsito el público da ruidosas muestras de su delirante entusiasmo, siguiendo inmensa muchedumbre á los heridos, hasta que llegan al Hospital Militar, donde todo el mundo pugna por visitarlos.

»Los heridos vienen, como del campo de batalla, vestidos con poco esmero, descuidadamente, lo que hace aún más agradable y más interesante su aspecto.

»Visten el traje de mecánica con el capote de uniforme, y descubiertas las cabezas ó liados á ellas los pañuelos.

»Su aspecto inspira, al propio tiempo, compasión y entusiasmo, lástima por sus heridas y orgullo por su arrojo, por la valentía del soldado español, que sacrifica ahora y siempre su sangre en aras de la patria.

»Los soldados que van al Hospital, sienten sus heridas; pero no por el dolor que les producen, sino por encontrarse privados de cruzar sus balas con las del enemigo.

»Muchas madres que tienen sus hijos en la guerra, se agarran á los heridos, van mirándolos uno á uno, quieren detener las camillas, quieren ver si entre aquellos buenos soldados están los pedazos de sus entrañas.

»Y, entre tanto, la entusiasta confusión aumenta; la muchedumbre se agolpa y se estruja, los gaditanos se pe-

lean por tener el honor de conducir al Hospital las camillas de los heridos.

»Las parejas de Guardia civil de caballería tienen que hacer esfuerzos por contener el ímpetu del público.»

* * *

La Diputación Provincial de Cádiz, siguiendo el noble ejemplo dado por sus compañeros de las demás provincias, también se ofreció al Gobierno para cuanto pudiera necesitarse.

Al mismo tiempo también acordó conceder pensiones á las viudas y huérfanos de los soldados de nuestro ejército que mueran en Melilla, defendiendo el honor de la bandera de la patria.

En sesión del día 4, esta misma Diputación se dirigió al Gobierno pidiéndole el indulto de los sargentos, cabos y soldados que son hijos de aquella provincia, y que actualmente se encontraban en Melilla, por haberse casado, infringiendo así el precepto de la ley.

También el Ayuntamiento de dicha ciudad, concedió 15.000 pesetas para hospitales barracas. Dicha cantidad será remitida á Melilla inmediatamente.

Del mismo modo acordó abrir un crédito para obsequiar á las tropas que se embarquen.

Los donativos que se les dieran, serían en metálico.

CAPÍTULO LX

Cuestiones de Gobierno respecto á lo que estaba pasando en Melilla.—Otras noticias



ORZOSAMENTE había de preocupar al Gobierno lo que estaba ocurriendo en Melilla.

El conflicto había tomado proporciones y proporciones verdaderamente colosales, y el Gobierno había de comprender la inmensa responsabilidad en que incurriera, no habiéndole previsto desde el principio.

Los sucesos que venían desarrollándose desde el día 27 de octubre, eran de tal naturaleza, que en el Consejo celebrado bajo la presidencia del señor Sagasta, á raíz de aquellos, se trató extensamente de todo y fué uno de los que durante todo este período, tuvieron mayor importancia.

Quizás por vez primera, preocupóse el Gobierno de todo cuanto pasaba, y temiendo el fallo de la pública opinión,

entró de lleno en asunto que entrañaba una cuestión de decoro nacional.

No era posible seguir aquella política de contemplaciones y descuidos, cuyos funestos resultados, previstos por muchos, no lo habían sido sin duda por él, desde el momento en que oportunamente dejó de aplicar el verdadero remedio.

Era preciso enmendar los errores sufridos.

La opinión pública lo exigía, el decoro de la nación lo reclamaba, nuestro prestigio ante las demás naciones lo pedía con insistencia.

Todavía era tiempo de hacer algo.

La nación estaba dispuesta á toda clase de sacrificios, el ejército estaba ganoso de castigar á los moros, y sólo se esperaban las órdenes para marchar á Melilla y empezar las operaciones con verdadera energía y decisión.

En el Consejo de que hablamos, tocáronse diversos puntos, todos relacionados con aquellos sucesos, y según las indicaciones de los periódicos bien informados, aquellos puntos fueron la residencia del sultán, respecto á la cual, tanto se había hablado; la llamada de las reservas, para completar los regimientos; el estado de las plazas de África, la cuestión de armamento, el estado de las kábilas y el modo de obrar en lo porvenir.

* * *

Sobre lo primero, decía un periódico:

«Las noticias que el Gobierno tiene respecto al lugar

en que se encuentra el sultán, son perfectamente vagas y hasta contradictorias.

»Mientras algunos suponen que todavía se halla en las vertientes del Pequeño Atlas y en las inmediaciones de Tafilete, otros afirman que se encuentra cerca de Fez, sin faltar quien indique que se dirige al Riff al frente de numerosas fuerzas.

»Pero el hecho efectivo es que el ministro de España en Tánger, y por consecuencia el Gobierno de Madrid, ignoran por completo dónde se halla el emperador de Marruecos.

»El gabinete español, calculando con holgura, fijó al ministro Sidi Mahomed Torres, para que contestase categóricamente si el sultán estaba dispuesto á cumplir el tratado de Wad-Ras, en un plazo que expirará el 8 del corriente.

»Ayer, día 3, nada se sabía del sheriff, y por consecuencia, nuestro Gobierno recela que en los cinco días que restan para que se cumpla el emplazamiento, no reciba la contestación reclamada.

»Los representantes de todos los países que tienen residencia en Tánger, dice nuestro Gobierno que le auxilian eficazmente, que fortalecen sus reclamaciones y que reconocen el derecho de España á una acción decisiva si no obtiene las satisfacciones exigidas; pero la diplomacia esperaba,—y empieza ya á desesperar,—que el sultán se apresuraría á mostrar su conformidad á las reclamaciones de nuestro Gobierno.

»Éste, por consiguiente, se prepara ante la eventualidad,—ya muy probable,—de que el día 8 no haya contestado el sultán á la nota remitida por conducto de nuestro ministro en Tánger.»

***

Para poder hacer frente á aquella eventualidad, y que el ejército estuviera en disposición de acudir con la premura que el caso exigiera, se acordó nutrir las filas, elevando la cifra efectiva hasta 90.000 hombres.

Para esto, el llamamiento de la primera reserva, que comprendía los tres últimos reemplazos, era suficiente.

Esta medida se llevó á cabo inmediatamente, según ya hemos dejado expuesto en otro lugar.

Respecto á las plazas de África, la discusión fué larga y porfiada, pues efectivamente la materia se prestaba para ello.

Había que estudiar la cuestión bajo dos puntos distintos.

Como castigo de unas tribus feroces que habían cometido un atropello que exigía legítima venganza, y como una guerra al imperio, si á este extremo se llegaba.

En ningún caso, Melilla podía ser base de operaciones.

«Por el momento, el honor español,—decía un periódico,—se halla empeñado en castigar la audacia de los rifeños, y en construir el fuerte de Sidy-Guariach, sin dar á aquel propósito alcance y proporciones en que nunca ha pensado el Gobierno de Madrid.

»Para realizar aquel objeto, el Gobierno, ya lo hemos dicho en varias ocasiones, consideraba indispensable que en Melilla se reunieran 15.000 hombres, destinados á operar directamente contra los riffeños y otros 5.000 que constituirían la reserva.

»Pero si los sucesos adquiriesen otros caracteres de proporciones más extensas, el ejército de Melilla habría de reducirse al indispensable para poner á cubierto de todo golpe de mano, á la plaza y á los fuertes.

»En cambio, y en tanto que se llevan en Melilla las operaciones exclusivamente contra los riffeños, la previsión más elemental aconseja que se refuercen considerablemente las guarniciones de Ceuta, el Peñón de la Gomera y Chafarinas, y esto fué, efectivamente, lo que acordó el Gobierno, con la condicional, además, de que los refuerzos que se envíen á la primera de dichas plazas contituyan una verdadera base de ejército, que en caso necesario pudiera entrar en campaña.»

***

Si todo esto se hubiese hecho en tiempo oportuno, como todas las correspondencias lo estaban reclamando, como aun el más miope lo veía como indispensable, es muy posible que las cosas no llegasen al deplorable extremo que estábamos lamentando.

Muchas veces se había hablado del armamento de nuestro ejército y del que tenían los riffeños, y se recono-

cía la necesidad de dotar al primero, de otro más en armonía con los adelantos modernos.

Se había contratado una parte, pero puestas las cosas en el terreno que se hallaban, era necesario pensar en las contingencias que podrían sobrevenir.

Así fué que el Gobierno, en los momentos que hablamos, tomó el acuerdo de adquirir, en caso necesario, mayor cantidad del que ya se tenía contratado.

El ministro de Hacienda, señor Gamazo, manifestó que el Gobierno podía disponer para la adquisición de armamento y de pertrechos de guerra, hasta de ochenta millones de pesetas.

* * *

Otra de las graves preocupaciones del Gobierno, dada la situación en que se había metido, ó, mejor dicho, que él mismo había creado, no procediendo desde los primeros momentos con la energía y resolución necesarias, era la situación de las kábilas.

Era indudable que la generalidad de las kábilas del Riff se hallaban comprometidas á sostener la guerra santa, pero aún era más probable, casi seguro, que las de Anghera y de otras comarcas de Marruecos se asociasen al movimiento de las primeras, para guerrear contra los españoles.

El Gobierno español lo sabía y tenía la incertidumbre de si la actitud de las kábilas podría influir en el ánimo y en la conducta del sultán.

De ahí que se preparase para el caso de que el emperador de Marruecos excusara ó negase el cumplimiento del tratado de Wad-Ras.

También para la Marina, hubo su parte en el Consejo de que venimos ocupándonos, si bien respecto á ella los acuerdos no fueron tan resueltos.

Sobre este particular, decía un periódico:

«Habiendo manifestado el señor ministro de Marina que el crucero *Lepanto* había salido de dique, y que pronto estaría listo para prestar servicio, se habló de si en un plazo más ó menos lejano convendría que la escuadra española pasease nuestro pabellón por la costa africana, desde Melilla hasta la rada de Tánger.

»Acerca de este punto no se tomó resolución alguna, aplazando todo acuerdo hasta que el curso de los sucesos exija el desistimiento ó la adopción de la medida discutida.»

* * *

Entre tanto, y como que los últimos sucesos habían despertado tanto interés, y se presumía que la guerra iba á ser un hecho, á la vez que el Gobierno ordenaba aprestos y tomaba enérgicas disposiciones, la prensa de todos matices deseosa de poder adquirir noticias exactas de los hechos, que en África tuvieran lugar, enviaba sus representantes.

Telegramas del día 3 decían sobre este y otros particulares:

«A bordo del *Sevilla* han llegado hoy los señores Escobar, de *La Época;* Alhama Montes, de *El Imparcial;* Simonet, el laureado pintor, que viene como corresponsal artístico de *La Ilustración Española y Americana*; Vidaurreta, de *El País*; un redactor del *Noticiero Sevillano*, y otros muchos.

»El hospedaje hácese imposible. Dormimos unos sobre otros. La población aumenta, y Melilla no puede salir de sus murallas.

»Dícese que hasta dentro de ocho ó diez días no comenzarán las operaciones serias.

»Como se ha cañoneado la costa desde el Cabo del Agua hasta el caserío donde vive el santón de la Puntilla, es indudable que todas las kábilas, ya comprometidas é interesadas en la guerra, tomarán parte en ella.

»Se derramará mucha sangre y se contarán muchas víctimas, porque mientras quede por aquí un riffeño, no se construirá el fuerte de Sidy-Guariach, y los riffeños son muchos y están muy decididos.

»A las cuatro de la tarde del día 1.° se verificó el entierro del desgraciado Valero, el bravo comandante de Administración militar.

»Presidían el duelo los generales Ortega y Macías. Llevaban las cintas el capitán Pecci, el comandante Oyarzábal, el director del Hospital, el comandante de artillería Castillo, el director de *El Imparcial*, representando á la prensa, y el comandante de ingenieros Carraminanci. Llevaron la caja, Lázaro, Joly, director del *Diario de Cádiz*, Company, Morote y otros, renovándose.

»Iban sobre la caja tres coronas, una de ellas de la prensa. Por iniciativa de Blanco y Simonet, se sacaron fotografías para *La Ilustración.*»

***

Por efecto de las disposiciones del Gobierno, y ante la imperiosa necesidad de aumentar nuestras fuerzas en Melilla, según ya hemos dicho, se enviaron de momento refuerzos de alguna importancia, mientras se preparaban nuevos regimientos para embarcar.

Noticias referentes al ya citado día 3 de noviembre, decían:

«Las tropas recién venidas, con las existentes, forman:

»Catorce batallones de infantería; dos batallones de artillería de plaza; uno de ingenieros; dos baterías de montaña; una brigada de transportes; una sección de la Guardia civil y la escolta de caballería.

»Pasan de 8.000 los hombres que en la actualidad hay en la plaza.

»La tropa recién llegada está ansiosa por pelear.

»Anteanoche, frente al Polígono, trataban dos moros de llevarse dos muertos. Salieron los soldados y apresaron á uno, que es cuñado de Maimoncillo. El otro huyó.

»Todos los días hay fuegos aislados, guerrillas, tiroteos, acciones parciales, bombardeos por la plaza y por los buques. Esto sucede y sucederá cada vez que nuestra fuerza tenga necesidad de salir para llevar convoyes ó prestar

cualquier servicio. Acción formal es lo que no tendremos, según todos los anuncios, mientras no llegue el total de las fuerzas que se esperan.

»Esta mañana el *Venadito* ha cañoneado la costa. Disparaba sobre la hondonada donde se ocultan los moros y sobre la casa del santón de Puntilla, destrozándola completamente.

»Corrióse luego el buque hasta el Cabo de Tres Forcas. Allí continuó arrojando granadas que hacían muy buenos blancos. Á cada disparo con acierto, daban los tripulantes un ¡Viva España!

»El *Isla de Cuba* hizo fuego sobre la costa de Chafarinas y Cabo del Agua. Díjose que había echado á pique un falucho cargado de fusiles; pero no resultó confirmada la noticia.

»Ayer se retiraron 22 cadáveres que había en los alrededores de Cabrerizas Altas; pero no por salidas desde el fuerte, cosa imposible por completo, sino por medio de 20 confinados que fueron de la plaza, y que realizaron la triste operación, con una serenidad y un arrojo extraordinarios.»

CAPÍTULO LXI

Después del día 3 de noviembre.—Campamentos y artillado.—La carta del general Macías.—Los presidios.—Sucesos del día 5 de noviembre.—Los moros no descansan



EN Melilla no podía existir descanso, ni para las tropas, ni para la escasa población civil.

La llegada de buques con pertrechos de boca y guerra, la continua alarma que reinaba en el campo, la adopción de medidas, que exigía la misma situación, todo producía un movimiento constante y una animación extraordinaria.

Se estaba trabajando activamente en la plaza, á fin de poder emplazar en la muralla Real una batería de seis cañones del nueve y de dos piezas Armstrong.

Además, se estaba reparando la bóveda de la muralla, que estaba hundida, para que pudieran funcionar los cañones de gran calibre, Verdes Montenegro, y no eran sólo reparaciones lo que exigían las ruinosas murallas de la plaza.

Se escogieron algunas posiciones que se guarnecían con artillería, á fin de batir los cauces hondos de los barrancos que cortan el terreno entre las Cabrerizas Altas y Bajas, donde tienen impunemente sus guaridas los riffeños, libres del tiro de los fuertes.

El vapor *Sevilla* desembarcó 4.000 granadas y víveres.

Decididamente el campamento se establecería en los terrenos altos del Polígono, secos y bien aireados, abandonando los bajos del campo de Instrucción.

Los barracones necesarios estaban casi terminados, y pronto empezarían las obras de defensa alrededor del futuro campamento.

El general Macías visitaba dos veces cada día los hospitales de sangre.

El general envió una carta á las kábilas, por conducto de un moro que había quedado en Melilla, que decía así:

«Al jefe del campo fronterizo.

»Os ruego deis lectura de la adjunta carta á los cabos de kábilas para que la comuniquen á los rebeldes y puedan, en su vista, ajustar su conducta como juzguen conveniente.

»Melilla, 5. »M. MACÍAS.

»Dios os guarde: Antes de atacaros, quiero sepáis que estoy aquí, y que soy gobernador de Melilla y gobernador general de todas las fuerzas de S. M. el Rey D. Alfonso XIII (q. D. g.). España tiene perfecto derecho á construir

el fuerte de Sidy-Guariach, porque está en territorio suyo, estipulado por los tratados, y este fuerte lo construirá aun que lo tratara de impedir el mundo entero. Tengo aquí muchos batallones. Si miráis á este puerto, veréis diariamente llegar refuerzos y pertrechos de guerra de todas clases, y así que lo pida á mi rey, vendrán cuantos sean necesarios para castigar vuestra rebelión incomprensible, desprovista de todo derecho. Así lo reconocen todas las naciones, que condenan vuestra actitud. Así lo reconocerá el sultán. Ya me conocéis y sabéis que lo justo y lo honrado han guiado siempre mis actos, y que el derecho de todos fué siempre por mí respetado: nada me arredra más que proceder mal. Así, repito, que antes de atacaros quiero avisaros para que mañana cuando me encontréis en el campo de batalla, y seáis derrotados con pérdida de familias y haciendas, penséis que la responsabilidad es sólo vuestra. Tengo la paz en una mano y la guerra en otra. Escoged. La razón está de parte de España. Confío que el Dios de la guerra me dará la victoria.

»M. Macías.»

***

A pesar de la amenaza hecha por el general, los riffeños, no se mostraban dispuestos á ceder.

Al contrario, aumentando en vigor, insultaban sin cesar á nuestros soldados, y aprovechaban todos los momentos que veían oportunos para hacer fuego contra ellos.

Por disposición del general gobernador, conforme á las órdenes del Ministerio, se había de abrir juicio contradictorio, á fin de conceder la cruz laureada de San Fernando al heroico teniente Primo de Rivera, que rescató el día 28 un cañón que se llevaba el enemigo, como ya hemos visto oportunamente.

El domingo, 6 de noviembre, por la tarde, se vió una inmensa caravana de burros y camellos que salía del caserío de la Puntilla, llevándose mujeres y niños riffeños, de camino hacia el interior, huyendo de la guerra.

Cinco Disciplinarios salieron de descubierta, y hubieron de batirse, quedando herido en una pierna el soldado Francisco Sabas.

Los riffeños emplearon el día en la construcción de una trinchera más avanzada que las demás, en los límites del campo. Había un grupo numeroso para defender la obra.

Los fuertes, el *Conde de Venadito* y el *Isla de Cuba* cañonearon la trinchera, é hicieron cesar los trabajos; pero el enemigo no abandonó por eso la posición.

Los soldados de las murallas foguearon también á algún grupo avanzado.

Cuando el tiroteo del domingo por la noche, se preparó para salir la brigada de cazadores, temiéndose un ataque formal contra alguna de nuestras fortificaciones.

Los moros tirotearon la torre de los ingenieros, porque en seguida se dieron cuenta del telégrafo de destellos luminosos; pero sus balas no hicieron daño ninguno.

El general Macías recorrió el recinto exterior, acompañado del intérprete señor Marín.

Se ha supuesto que habló con un confidente de las kábilas.

No pasa noche en que los riffeños dejen de acercarse á hostilizar el fuerte de San Lorenzo, inmediato á la plaza por la parte baja.

Las guardias del fuerte y la plaza, desde el Mantelete, contestan desde las aspilleras; pero como no se puede ver á los asaltantes, este fuego no puede ser muy eficaz.

Las balas entran en Melila, alcanzando á los balcones de algunas casas.

El *Conde de Venadito* está prevenido y de repente proyecta la luz eléctrica de su reflector hacia el campo, dando tiempo á que los cañones de los fuertes puedan hacer puntería y disparar contra los riffeños.

La plaza se comunica ya con los fuertes por medio de faroles de la marina, que forman letras de sus destellos.

* * *

A pesar de las rectificaciones oficiales, se confirma ahora que la situación del Peñón de la Gomera es comprometidísima.

El presidio no tiene más defensa que una compañía de tropa, y cuatro cañones que no son de los mejores.

Las kábilas vecinas están en actitud belicosa, confirmando también que la agitación cunde por todo el Riff, y desde sus alturas dominan á la plaza.

Se envió á la Gomera el vapor *Sevilla*, que dejó víveres á la guarnición. Ha escoltado al vapor, el crucero *Isla de Cuba*.

***

Por los telegramas que á continuación insertamos, puede comprenderse perfectamente cuál era la situación en que estaban nuestros soldados, corroborando con ellos lo que en otro lugar decimos.

«El sábado los moros se acercaron mucho al fuerte de San Lorenzo, produciendo una confusa gritería.

»A un soldado nuestro que conoce el árabe, se le encargó que les llamara desde lo alto del fuerte.

»El soldado les gritaba llamándoles; pero los riffeños, conociendo quién hablaba, le contestaron con insultos en inteligible castellano y con disparos de fusil.

»—¡Baja, granuja!—le decían.

»El fuerte estuvo muy comprometido, entre el fuego de los moros y los tiros de la plaza, que hacía muy bajos sus disparos.

»El *Venadito* hizo más de 20 disparos de cañón sobre las trincheras de Mazuza y Frajana, impidiendo con sus tiros que pudiesen atravesar los moros los caminos que conducen á la feria de Benisicar.

»Pronto se establecerá un campo atrincherado en las alturas del Polígono y cerro de Horcas Coloradas. En éste, además, se construirá un reducto.

»Al obscurecer se volvió á cañonear á los moros que regresaban de la feria.

»Macías, Ortega y Díaz Moreu han examinado desde el puente del *Venadito*, la plaza y las trincheras que construyen los riffeños.

»En la izquierda de Mazuza es donde con más empeño hacen sus trabajos.

»Sobre las municiones con que cuentan los moros, hay opiniones muy diversas.

»Hay quien opina que los aprovisionan los ingleses, y que por esto no les faltarán nunca; y hay quien dice que están á punto de acabárseles, pues cada caja les cuesta 46 duros, y el almacén de municiones de Alí el Moreno debe encontrarse ya agotado.

»Hoy se ha dado sepultura á dos soldados del regimiento de Pavía, heridos en la última salida. Presidía el entierro el coronel del regimiento y acompañáronle todos los jefes y oficiales francos de servicio.»

* * *

El día 5 de noviembre, hubo una alarma extraordinaria en Melilla.

La carta que tenemos á la vista, y en la cual se habla de ella, dice así:

«La noche del domingo, 5 de noviembre, á la hora de comer, hubo una gran alarma en Melilla.

»Todo el mundo abandonó su casa. La gente corría por todos lados: los oficiales para reunirse con sus tropas, los paisanos para enterarse de lo sucedido. En las ventanas y puertas de las casas, se asomaban, llenas de susto, las mujeres.

»Pasado el primer instante de indecisión, todos subieron á las azoteas ó á las murallas. El Torreón de las Cabras se llenó de gente. Corrió otro instante más, y las mujeres bajaron de las azoteas, y las ventanas y puertas se cerraron, en tanto que los hombres, discurriendo por todos lados de la plaza, imaginaban y temían algún suceso grave.

»Efectivamente, el primer momento de sorpresa habíalo producido una descarga que se escuchó en las inmediaciones. Luego, cuando sonaron otras, nutridísimas, cercanas, que parecían ser hechas en el casco mismo de Melilla, la gente temerosa se encerró, mientras el resto se preparaba casi á una defensa forzosa é inmediata.

»Decíase que los moros estaban á las puertas del Mantelete, que aproximándose en gran número era posible que se apoderaran de él; que no sería difícil que vinieran hasta la entrada misma de Melilla.

»Todas las tropas fueron á sus puestos, cada oficial que pasaba, cada soldado que corría, eran motivos de comentarios y de alarmas nuevas.

»Vimos al hermano de Macías que marchaba apresura-

damente, y no faltó quien afirmara que iba á transmitir órdenes del general para una salida contra los moros.

»Los que estábamos en la muralla ó los torreones no nos atrevíamos á encender una cerilla por miedo de ser blanco de los riffeños, que menudeaban sus descargas cada vez más cerca.

»Eran verdaderamente para producir alarma estos disparos y este ataque á una hora desacostumbrada. Estábamos llenos de ansiedad y desde los altos de la plaza mirábamos, registrando inútilmente el campo obscuro é insondable, y nuestras inquietudes aumentaban por los que, incorporándose á nosotros, nos referían que las balas caían en los patios, daban en las ventanas y en las puertas y por algunas sin cerrar penetraban en las habitaciones.

»Era casi indudable. Los moros estaban á las puertas de Melilla.

»El reflector del *Venadito* iluminó el campo, dirigiendo sus rayos á todos los rincones de la playa donde pudieran los moros ocultarse, y comenzó á disparar con los cañones de tiro rápido. La plaza cañoneó también.

»El fuego continuó por largo tiempo, nutrido y acertado, haciendo mucho daño á los riffeños.

»Cada vez que el reflector descubría un grupo, un cañonazo, casi siempre certero, y una granada destructora destrozaba á unos cuantos y hacía correr á los demás.

»La indignación y la alarma que produjeron lo inopinado del ataque, cobróse en una encarnizada cacería, en que la luz del reflector hacía el ojeo y las granadas la matanza.

»Se descubría un grupo, un cañonazo. Caían varios, huían el resto, y el reflector los perseguía y el cañón los acosaba. Fué una excelente acción la del domingo. No volverán los moros muchas veces á semejante escarceo.

»Hubo varios detalles notables como éste: Iban tres moros por junto á una casa destruida en las inmediaciones de San Lorenzo. Enfocóles el reflector y quedaron deslumbrados. Una granada cayó en medio de ellos.

»Desapareció un bulto. Los otros se inclinaron para cargar con él. Otro disparo les apartó de allí. El reflector continuaba proyectando su luz sobre el cadáver. Volvieron los riffeños, cargaron con el muerto, y al salir corriendo, el cañón les envió, casi instantáneas, cinco granadas. Los moros, espantados, no sabían dónde meterse.

»Un grupo más numeroso distrajo la atención del reflector y del barco, que atendiendo á donde más moros había, disparó sobre los ocho ó diez salvajes descubiertos, derribando á cuatro.

»En esto me retiré de las murallas, mientras se continuaba el fuego por los nuestros, y fuíme en busca del general Macías.

CAPÍTULO LXII

El domingo 6 de noviembre.—Gran alarma.—Audacia de los moros

DADA la situación en que la plaza se encontraba, todo eran motivos de alarma é inquietud, y como si no hubiera bastante con la hostilidad constante de los moros, en la mañana del día 6 de noviembre, un suceso de otro carácter, mas no por eso menos amenazador, sembró el espanto en la población, en los primeros momentos.

Un testigo presencial, lo describe así:

«Esta mañana, á las diez, cuando habían llegado los periódicos, y todos leían con interés los detalles de la catástrofe de Santander, se desarrolló un incendio en una taberna.

»Ésta, se encuentra situada en el callejón lindante con la Maestranza.

»Hubo considerable alarma, porque pudo arder toda la manzana y comunicarse el fuego á los almacenes de pólvora y dinamita.

»En la taberna había muchas latas de petróleo.

»El general Macías estuvo desde los primeros momentos dirigiendo el salvamento. Mandó que se destruyera la casa incendiada, para librar la plaza de una catástrofe.

»Ha dispuesto además que se imponga una multa de 25 pesetas á cada industrial en cuya casa se encuentre más de una lata de petróleo.

»Amenaza con embarcar al primero que contravenga sus órdenes.

»En estas medidas de policía y de buen orden de la plaza, no tiene rival el general Macías. Desde que está él aquí, parece otra la plaza.

»Todo el mundo anda derecho y nadie discute sus disposiciones.

»Durante el incendio, el general y sus ayudantes cogían á los soldados y les obligaban á llevar sacos de tierra y cubos de agua á los ingenieros.

»Durante el incendio, el pintor Simonet, subido á una azotea, tomaba fotografías.

»El teniente de ingenieros D. Zenón Maldonado, alentaba á los soldados que subían cubos de agua por las escaleras, desde una pared de la Maestranza.

»Sin la tierra que se ha echado á las llamas, es seguro que no se hubiera apagado el incendio, porque en Melilla apenas hay agua ni para lavarse.»

* * *

Verdaderamente que un siniestro de esta especie en una población donde el agua escasea, como sùcede en Melilla, debía revestir proporciones especiales.

Ampliando los detalles que hemos dado respecto al incendio, decía el mismo corresponsal en otro lugar:

«A las diez de la mañana se declaró el incendio referido en la cueva de una taberna de la calle de la Maestranza.

»El fuego amenazaba destruir las casas colindantes y tomar grandes proporciones.

»Los ingenieros y soldados de infantería han desalojado la casa donde había muchas bebidas y latas de petróleo.

»De la casa incendiada fué sacada una pobre mujer que vivía allí. Afortunadamente salió ilesa.

»El general Macías y muchos jefes de las fuerzas militares de Melilla, estuvieron en el lugar del siniestro, adoptando acertadas disposiciones.

»En vista del incremento del fuego, se ha ordenado que sean desalojadas las casas inmediatas, en donde hay establecimientos de bebidas y quincallería.

»Funciona una bomba del Parque de ingenieros.

»El agua es conducida en cubos de lona y en barriles.

»El general Macías ha dispuesto que se derribe la casa incendiada, pues es imposible de otro modo dominar el siniestro y evitar que las llamas se propaguen á las casas inmediatas.

»Por una casa que está situada en la parte posterior de la incendiada, se echan espuertas de tierra sobre las llamas.

»Los oficiales de ingenieros dirigen valientemente los trabajos.

»Un teniente de la Guardia civil ha recibido la orden del general Macías de practicar un registro en todos los establecimientos, con el objeto de imponer una multa á todos aquellos industriales que tengan más de una lata de petróleo.

»El incendio es dominado por los esfuerzos y trabajos de los ingenieros.

»La alarma ha sido grande, entre otras cosas, porque á unas cuatro casas más allá del incendio hay un depósito de cartuchos de fusil.»

* * *

Apenas se hubo extinguido el incendio, y por lo tanto concluida la alarma y la inquietud que produjo, todo el mundo comenzó á preocuparse respecto á la operación que debía tener lugar al siguiente día.

Ésta consistía en el aprovisionamiento de los fuertes, que carecían de algunos artículos indispensables para la vida.

Semejantes operaciones, siempre eran ocasionadas á bajas, y no se comprendía como, á pesar de lo que un día y otro se estaba diciendo respecto á este particular, se continuaba del mismo modo.

El señor Morote, ilustradísimo corresponsal del periódico *El Liberal*, decía á este propósito en una de sus correspondencias:

«Los fuertes se han hecho para defender la plaza. Sólo á este título se reconoce y se recomienda su utilidad. De tener, como ahora, que defenderlos y que mantenerlos Melilla, podría prescindirse casi en absoluto de su existencia. Con las puertas cerradas, levantado el puente, en perfecta incomunicación con la plaza, cada día que se va en su socorro déjanse numerosas bajas en el camino; cualquiera diría que se va á hacer una carretera de sangre á Sidy-Guariach.

»Alguien ha pensado, que si la caricatura pudiera llegar á estas cosas de África y poner de relieve torpezas y desaciertos, podría pintar una larga fila de tropas de infantería y artillería, llevando con cuidado sumo, bien á Camellos, bien á Cabrerizas Altas, no un considerable repuesto de víveres y municiones, que la más vulgar previsión debiera contener, sino un... sorbete.

»Y este es el caso, en efecto. La expedición para aprovisionar los fuertes se organiza en tales condiciones, que un día se olvidan la sal y otro el carbón y otro el agua. Y los convoyes quedan organizados para tres ó cinco días, cuando pudieran prepararse para quince días ó un mes, con lo cual se ahorraría sangre y dinero y no se daría el espectáculo de que murieran obscuramente unas cuantas docenas y hasta unos cuantos centenares de soldados, sin que puedan llevar siquiera á sus hogares la memoria de un combate glorioso.

»Compréndese bien que en los primeros días, cuando la necesidad era ley de todo, se organizaran los convoyes de cualquier modo. Más que para aprovisionar, servían para salvar. Y no era raro ni tenía nada de extraño que con la precipitación se olvidasen muchas cosas, sin duda las más indispensables á la vida de los fuertes.

»Mas aquellas circunstancias extremas pasaron. Ya nadie piensa como en aquella noche de pánico del 27 al 28, en quemar el Polígono, ni en otras cosas parecidas.»

* * *

Las circunstancias habían cambiado desde aquellas fechas memorables, y sin embargo, las cosas continuaban del mismo modo.

Apenas si aquellos fuertes compensaban con su situación las vidas que estaba costando el aprovisionarles.

Guerrillas que debían situarse, por espacio de algunas horas, sufriendo el fuego de los moros, para abandonar el punto que ocupaban, al cabo de ellas, dejando algunos individuos tendidos en el campo.

Fuerzas distribuidas en un espacio más ó menos largo, sin que después de todo, diera aquella operación otro resultado que dejar provisiones para dos ó tres días.

«Cierto que la operación del día 30,—decía en otro lugar el citado corresponsal,—resultó admirable en contraste con las acciones de los días 27 y 28; pero ciertamente también que repetida esa operación, sólo sirve para ir adoc-

trinando á los moros en el arte, en ellos nativo, de batir la retirada de los nuestros. Los moros los dejan acercar, ocultándose, y cuando ya están cerca, los arremeten, les pican los talones, les siguen de cerca, los matan en medio de la mayor impunidad.

»Todavía son muy *tontones* los moros, como ellos dicen, puesto que no hacen todos, lo que los mal aconsejados de Cabrerizas Altas. Dentro de poco será tan difícil, ó más difícil, ir á los fuertes que ascender al Gurugú. Dentro de poco, sólo podremos contar desastres, porque no habremos adelantado una pulgada y seguiremos no siendo dueños de nuestros límites.

»Hizo lo que hizo el *Conde de Venadito*, dispararon sobre la costa el *Alfonso XII* y el *Isla de Cuba*, y por todas partes, con ese fuego nutrido y rápido, se hostilizó á los moros, se tuvo en alarma constante y en zozobra nunca interrumpida á las kábilas, incendiando sus casas y arrasando sus poblados, mientras se esterilizaban tales frutos de un cañoneo provechoso, teniendo ensoberbecidos á los moros, en disposición de hacer eternas algaradas.

»Ó una cosa ú otra. Ó se suspenden los fuegos, ó se suprimen los convoyes. Los primeros aprovechan para sostener un *statu quo* de sitio, con bajas. Y si éstas responden siempre y en toda ocasión á la batalla librada para alguna finalidad objetiva, aquí la finalidad queda reducida á algunas cubas de agua, tintas en sangre de heridos y muertos, que no aplacan la sed de los prisioneros en el fuerte.

»¡Gran efecto pueden, en verdad, producir los hechos gloriosos de nuestro ejército! Muchos y muy útiles pueden ser, y no dudamos que lo sean, pero no han de conseguirse por el camino del diario aprovisionamiento de los fuertes. Saliendo bien tales operaciones, lo que es mucho suponer, siempre resultaría que eran anormales y extraordinarias acciones de guerra, sólo aconsejadas por un estado desesperado de relaciones entre Melilla y los fuertes.»

* * *

Atinadísimas nos parecen todas las observaciones del ilustrado corresponsal, y en efecto, muy ridículo por desgracia, era que se hablase de estos sucesos, que después de todo no significaban nada estable, nada permanente.

«Cronistas de glorias somos y no cronistas de desastres, —seguía diciendo el señor Morote.—Para éstos no tenemos sensibilidad, ni sentidos, ni emociones, ni siquiera vista; pero tampoco debemos tener vista, ni emoción, ni sensibilidad para imaginarias victorias, que comprobada su falsedad, conviértense, de más en más, en positivas desventuras. ¡Qué desventura más grande que engañar á la patria, cuando ésta se persuada de que la engañamos! Las victorias se ganan ó no se ganan; no se escriben con el fervor entusiasta de los patriotas, supuesto necesario en toda esta clase de campañas. Si dijéramos que habíamos ganado el Gurugú y resultara al cabo de un mes que estábamos encerrados dentro de la plaza sin haber tomado un palmo de

terreno, el descrédito sería mayor para la patria. Si en lugar de esto escribimos al día la historia verídica de los lances de la guerra con el Riff, al cabo adquiriremos la confianza y la esperanza, que sólo accidentalmente se sostiene con embustes...

»No. No debemos perder esta confianza y aquella esperanza, pero sosténgase con hechos y no con imaginaciones de las por ahora supuestas victorias. Las imaginaciones de honras y glorias que no se han conquistado, sólo sirven para nutrir el ánimo de mujeres, no para alimentar el ánimo de hombres.

»Allá van fantasías. Unas veces inclínanse éstas á sostener, con evidente embuste, que hemos desalojado á los moros de todas sus trincheras; como si esto fuera posible con un enemigo salvaje, tan pronto batido como reintegrado á su posición. Otras veces inclínanse á dar como ciertas, catástrofes y muertes que nunca ocurrieron; como si hubiera algún poeta del pesimismo, ayudante de la muerte y embustero por tristeza de espíritu. Ni Demócrito ni Heráclito tienen nada que hacer en esta guerra, ni en guerra ninguna. La guerra es hecho, es matemática, es lo más preciso y lo más cierto de este mundo. Por eso el aprovisionamiento de los fuertes, lento y continuo arroyo de sangre, sin gloria ni provecho, á lo más que puede servir es á demostrar que el soldado español se bate sin preguntar la causa ni sus resultados.

»Falta hace, realmente, que se comiencen las operaciones, que haya un plan, que exista una cabeza que, sin

más responsabilidad que la del éxito glorioso ó infortunado, se proponga el general que mande á las tropas un propósito inmediato, que tratándose del Riff, debe ser avanzar, avanzar siempre y conservar lo adquirido, como para demostrar á los riffeños que lo de volver la espalda es un accidente de la pelea, pero no un carácter de la España gloriosa y victoriosa en la guerra de África y en cien combates de diez contra mil...»

CAPÍTULO LXIII

Otro convoy.—El día 7 de noviembre.—Relato de un corresponsal



RECISAMENTE cuando estábamos leyendo la carta que antecede, comprendiendo la justicia de aquellas apreciaciones, otro convoy, como hemos dicho, iba á salir de la plaza para aprovisionar los fuertes de Cabrerizas.

Dejamos al mismo corresponsal que detalle, de qué modo se verificó esta operación, y cómo pudo presenciarla, á pesar de las prohibiciones del general Macías, para que fuesen paisanos en aquellas expediciones.

«Había yo prometido á mis amigos de Cabrerizas Altas volver á visitarles en cuanto que tuviera una ocasión. Hoy se me presentó ésta y lo hice, afortunadamente sin tiros, sin combate y sin encierro.

»He tenido que vencer muchas dificultades. El gene-

ral Macías había dado órdenes terminantes y severas para que no se permitiese pasar á ningún paisano más allá de la puerta del Mantelete.

»Algunos corresponsales pensaron esconderse en un carro del convoy y realizar así la expedición.

»—Pero esto podía comprometer á la tropa y ponernos á nosotros en una situación desairada,—así lo dijo alguien, y desistimos de lo proyectado.

»Además, el objeto era salir con las guerrillas y llegar hasta lo último.

»Abonaba nuestro intento,—y digo nuestro intento, porque Oliver y yo fuimos los únicos que pudimos llegar á Cabrerizas,—la tranquilidad del campo. Lázaro, conocedor del medio de que pensaba yo valerme, pudo venir conmigo; pero opinamos, en prevención de un fracaso, poco probable, pero probable al fin, que se quedara él en la plaza, para asegurar á *El Liberal* los telegramas.

»Lo más difícil, por lo pronto, resueltos ya á salir con la expedición, era pasar del Mantelete. Allí nos detendrían. Cuanto podíamos esperar, en caso de rogar mucho y de que nos concedieran algo, era marchar á retaguardia de las tropas, esto es, sin poder apreciar exactamente todo lo que ocurriera.

»—Vámonos por mar,—dije á Oliver.—Y por mar fuimos. ¿Cómo? No lo diré yo ahora, porque sería inutilizar un medio que tal vez me volverá á servir muy pronto.

»Ya embarcados, nos dirigimos por las costa hasta más allá del cementerio y del Polígono, y en el cerro de Horcas

Coloradas desembarcamos, dando frente á Cabrerizas Bajas, un tanto recelosos, temiendo que en el fuerte, tomándonos por moros, nos hicieran fuego.

»Fuimos á colocarnos al lado del fortín de María Cristina, defensivo del barrio del Polígono.

»Era absoluta la tranquilidad del campo. Eran las diez de la mañana. Un hermoso sol, un sol de España y de agosto, nos abrasaba la cabeza y nos tostaba el cuerpo.

»Sentámonos en una piedra y nos entretuvimos charlando con el capitán que manda el fortín.

»Nos contaba el oficial la acción del día 28, cuando por detrás de nosotros, ascendiendo por el cerro, vimos llegar á las guerrillas.

»Por nuestro flanco pasó el general Ortega, que iba mandando su brigada, compuesta de los regimientos de Borbón y Extremadura y baterías de montaña.

»En esto se reunieron con nosotros Muñoz, de *El Imparcial*, y Vidaurreta, de *El País*. Dejámoslos hablando con el capitán, nuestro acompañante, y yo, sin decir nada, tomé un trotecillo regular, dirigiéndome hacia Rostrogordo.

»Entonces ví que al acercarse las primeras guerrillas se levantaba una banda de cuervos. Tal vez se entretenían en devorar los tres cadáveres de los soldados nuestros que estaban desde el día 2 sobre la explanada.

»Yo seguía corriendo; las guerrillas y el Disciplinario adelantando, y el sol cubriéndose de nubes apelotonadas y espesas.

***

»Eran las once de la mañana cuando el convoy, desplegándose por completo, iba por una gran extensión, cubriendo el campo.

»A vanguardia, la brigada Monroy; á retaguardia, la de Ortega. Al llegar al fortín de San Francisco se abrió en guerrilla el Disciplinario, y avanzando por la izquierda de la carretera y del fuerte de Cabrerizas Bajas fué, en continuo movimiento de avance, tomando posiciones en los cerros que están sobre el Río de Oro.

»Siempre que se ve al Disciplinario entra en uno un gran sentimiento de seguridad y confianza. Andan marcialmente, con seguridad, con calma, seguros de sí mismos y de sus fuerzas, haciéndonos admirar á todos sus rostros curtidos por los ardores de este sol, y sus cuerpos acribillados por las gumías de los riffeños.

»A lo lejos, destacándose por entre los grupos de soldados, se distinguían los oficiales por el brillar de sus espadas en alto. El pantalón rojo ha desaparecido, y ahora, como los soldados, marchan en traje de mecánica.

»Detrás del batallón Disciplinario avanza la brigada de Monroy. Forman en ella cuatro batallones; cazadores de Cuba, Segorbe, Cataluña, Tarifa y una batería de campaña. Detrás los carros con las municiones, los víveres y el agua.

»Los tiradores del Maüsser vienen más atrás, por el

lado de Cabrerizas Bajas, avanzando sobre el sitio que llaman las Guarreras.

»Más lejos todavía, por Horcas Coloradas y los cerros de las inmediaciones, hasta el mismo Rostrogordo, formando línea perpendicular con el fuerte y recta con el mar, se colocan Borbón, Extremadura y la artillería de montaña. Estas tropas van mandadas por Ortega.

»Siguiendo inmediatamente al convoy, viene el escuadrón de Dragones de Santiago y otro se extiende por el flanco derecho de Cabrerizas Bajas.

»Todo animado, todo en movimiento, todo ocupado por las tropas. El día con su hermosura, el campo con su tranquilidad, las músicas con sus sones alegres, no interrumpidos por la corneta que ordene la retirada ó el ataque, hácenos creer que estamos en una gran parada, en un campo español y en día de fiesta y no enfrente de estos marroquíes, siempre en vigilancia, siempre en acecho, dispuestos á convertir en un instante el campo tranquilo en campo de batalla.

»Forman las tropas un abanico inmenso, cuyas varillas pudieran recogerse entre los fortines de San Francisco y de María Cristina, y cuyas mismas varillas abiertas se extendieran desde Rostrogordo á Cabrerizas Altas.

»Va resultando bordada la operación. No se dispara un tiro, y causa pena.

»Colocadas las tropas como están, si avanzaran disparando en movimiento envolvente sobre los moros que nos miran, se les batiría de un modo horrible y se les haría

huir desconcertados por el único lugar de escape; por los cerros de Mari Guari y de Frajana.»

***

El efecto que había de producir en nuestros soldados ver tan de cerca los moros, de quienes tantos ultrajes habían de vengar, y no recibir la orden de acometerlos, había de ser deplorable.

Pero nada podían hacer. No se les hostilizaba, y por lo tanto había que dejarles.

«Voy adelantando en dirección perpendicular á la línea en que se halla el general Ortega,—sigue diciendo el corresponsal.

»Marcho, evitando que me encuentre, porque me mandaría volver hacia la plaza. Voy encontrando amigos, entre ellos el coronel Serrano, que me aconseja que me marche, y el teniente Primo de Rivera, que me aconseja que me vaya, y el coronel de cazadores de Cuba, que dice que aquel sitio no es mi sitio, y el comandante Ambil, que me repite lo que me han dicho todos.

»Pero yo sigo, porque no hay peligro alguno. Las tropas hacen sin dificultades la operación, y los moros, desde sus observatorios, ni siquiera muestran armas, limitándose á mirar, como aprendiendo una lección de táctica.

»Así fuimos hasta cerca de Cabrerizas. El comandante de cazadores, con voz y tono más enérgicos, dice que me retire, que si no veo á los moros.

»Sí que los veo. Y ellos á nosotros desde ahí, desde las alturas de Benisicar, en mucho número y en actitud de espectadores.

»Pero estamos muy cerca ya del fuerte. En él están, el teniente Barrionuevo, el capitán Gallo, los amigos y compañeros de sitio, los lugares que no olvidaré nunca; y desobedeciendo al comandante, dando una carrera, metíme en Cabrerizas Altas.

»Mis compañeros de prisión me abrazan.

»—¿Cómo está V.?—me dicen lo primero.

»Y en seguida:

»—¿Nos trae V. *Liberales?*

»—No los traigo, porque ignoraba que podría llegar aquí.

»Subimos luego á la terraza. Las aspilleras están muy destruidas. En el foso hay muchos cadáveres.

»Ví cómo sacaban del patio, medio moribundo, por falta de agua, el potro del yerno de Margallo, y cojeando, con la pata rota, el caballo del conde del Peñón.

»Vuelvo á la terraza y veo á las guerrillas que siguen ocupando posiciones. De pronto se levanta un ventarrón y cae un aguacero.

»La lluvia cesa pronto. Salgo al campo y me guarezco en las trincheras avanzadas, en las que está el Disciplinario, y á su frente, en el sitio de mayor peligro, Mir, el teniente coronel.

»Algunos soldados que me conocen de Cabrerizas, me hacen beber en su bota de vino y me regalan tres cartuchos de Remington, cogidos á los moros.

»De un jaique que me encuentro en la trinchera, tomo un pedazo y lo pongo en el extremo del bastón.

»En cambio, como para consolarme, el carrero de los cazadores de Cuba me enseña una gumía que arrebató á los moros y que él conserva limpia y reluciente.

»Al mostrármela, la blande en dirección de las alturas de Mari Guari y Benisicar, cada vez más llenas, más cubiertas por los marroquíes, que también ocupan Río de Oro, en quietud, en silencio, corriéndose de un lado á otro, pero sin tocar siquiera los fusiles.

»A la vista de los mismos moros están enterrando nuestras tropas cinco cadáveres de los suyos y dos españoles. La cabeza de uno de los primeros sobresale de tierra y estaba comida por los cuervos.»

***

Según puede juzgarse por lo que sigue, á pesar de las órdenes del general Macías, los corresponsales se las arreglaban de modo que siguieron algunos la marcha del citado convoy.

«No soy el único que ha podido venir hasta estos sitios. En un carro llega Simonet, el pintor, que se prepara para tomar apuntes. Y más lejos veo á Company, que se mete, como si tal cosa, en la guerrilla, y se dispone también para sacar una *instantánea* con su máquina, que el día menos pensado le arrebatará otra bala *instantánea* de los moros.

»Todas estas operaciones se suspenden. Cae un agua-

cero formible, que dura diez minutos. Es la una y media. Las brigadas de Monroy y Ortega comienzan, ordenadamente, la retirada.

»La hacen de este modo: Una guerrilla se pone en pie, abandonando las posiciones avanzadas, y vienen á arrodillarse en el lugar que ocupan las reservas, mientras éstas custodian el convoy.

»Las tropas están llenas de extrañeza. Los moros, que están hoy en tan considerable número, no hostilizan, no acometen. Los soldados se preguntan por la palabra mágica que ha acallado los fusiles para herir y las bocas para insultar, de los riffeños.

»Unos piensan que es que no tienen municiones. Otros, que empiezan á cansarse de la guerra; otros, que esperan á ver qué hace el sultán; otros, que se están preparando; otros, que hay arreglo... Lo que sí es indudable, es que las impresiones de hoy son muy *pacíficas*.

»Dos horas duró la retirada que se ha hecho con más cuidado que nunca. Á las tres y media, las tropas estaban en Melilla, y todo el mundo, comentando este suceso de hoy, habla de la salida de Mari Guari al campo moro, con cuya salida ha coincidido la suspensión del cañoneo y la tranquilidad de los rebeldes.»

***

Verdaderamente era para sorprender la pacífica actitud de los moros, pero la explicación estaba en la salida del fa-

moso Mari Guari, de quien ya nos ocuparemos en otro lugar.

Según otras noticias, el día antes el general Macías mandó llevar á su presencia á Mari Guari. Estaban en conversación cuando llegó el general Ortega. Hablaron todos largamente. Después el intérprete Marín escoltó al espía hasta el camino de Camellos.

Un cabo de presidio, que estaba en la puerta del campo, vió, con esta vista que tienen los penados, que Mari Guari se reunía con unos cuantos moros que esperaban y que juntos tomaron el camino de Sidy-Guariach.

***

En otro lugar encontramos también otra noticia, refiriéndose al mismo día de la expedición del convoy, que acaba de completar la explicación dada anteriormente.

«Esta mañana, al practicar la descubierta los cazadores de Cuba, vieron escondido en una cueva, un moro que enseñaba una bandera blanca.

»Era Mari Guari, que fué inmediatamente conducido á la plaza.

»Lleváronle en seguida á la presencia del general Macías.

»Después de esto se ha dicho que las noticias que traía hacían cambiar por completo la faz de los asuntos de Melilla.

»Mari Guari, por su parte, ha repetido que los moros están dispuestos á que la guerra cese.»

CAPÍTULO LXIV

Detalles sobre la existencia en Melilla.—El martirio de un soldado

DESDE la salida de Mari Guari para el campo moro, puede decirse que se volvió á entrar en un período de expectación incomprensible, dado lo ocurrido poco tiempo antes.

Durante este período, aprovechando este compás de espera que se fué prolongando después, de un modo indefinido, el general Macías se ocupaba, como ya dejamos manifestado, en organizar los servicios de la plaza, y poner término á corruptelas inconvenientes, y á corregir abusos y defectos y vicios profundamente arraigados, de algunos de los cuales hemos hecho mención.

Sería ocioso repetir lo que, por lo manifestado ya por nosotros, han debido comprender nuestros lectores.

En Melilla había mucho que enmendar, mucho que corregir, y era necesario emplear para ello, á la par que mucho tacto y prudencia, mucha firmeza y energía.

La llegada de la Guardia civil á Melilla, fué muy beneficiosa, puesto que á ella se le encomendaron cierta clase de servicios especiales, que fueron desempeñados perfectamente.

El general Macías no cesaba de dirigir reclamaciones al Gobierno, en demanda de todo cuanto necesitaba en la plaza.

En el breve espacio de algunas horas, puso tres telegramas al ministro de la Guerra.

El primero, puesto á las diez y treinta y cinco de la mañana, dice así:

«Comandante general al ministro de la Guerra:

»Sin novedad. Continúa el desembarco de todos los efectos y los trabajos de instalación con la mayor actividad, sin descansar un momento de día ni de noche.»

En el último despacho, recibido anoche, dice el comandante general de la plaza que había continuado el fuego lento de los fuertes, y que el vapor *Montevideo* había salido para Málaga conduciendo catorce heridos.

En el otro despacho de la tarde, pide el general Macías material de campaña, y máquinas para destilar agua.

En ninguno de sus telegramas,—según afirmaban en el Ministerio de la Guerra,—habla el general Macías de haber conducido ayer un convoy al fuerte de Camellos ni

á ningún otro, y suponen que si lo hubiera hecho, no dejara de comunicarlo.

***

Para evitar en adelante la carencia de agua en Melilla y su campo, el general Pasquín dispuso que los buques de la escuadra dedicaran sus excelentes destiladores Normandy á preparar el agua para la guarnición y los habitantes de la plaza.

Como el *Pelayo* podía producir diariamente 72.000 litros, otros tantos el *Reina Regente*, el *Alfonso XII* y el *Reina Cristina*; 50.000 el *Venadito*, el *Luzón* é *Isla de Cuba*; 24 000 la *Gerona*, el *Destructor* y cada uno de los torpederos, resultaba que, en total, se podían facilitar diariamente á la plaza, más de 800.000 litros de agua buena, tan buena, que es la única que beben las dotaciones de nuestros buques.

En vista de las circunstancias que presentaban las operaciones de Melilla, el señor ministro de Marina dispuso, —según decía un periódico de la corte,—formar una escuadrilla para las operaciones de Melilla, que se compondría de los buques *Conde de Venadito*, *Isla de Cuba*, *Isla de Luzón*, *Marqués de la Ensenada*, *Marqués de Molins* y *Destructor*, que irían mandados por el inteligente y bravo comandante del *Venadito*, señor Díaz Moreu.

Era acertada la formación de esta escuadrilla, pues siendo sus buques de poco calado, les sería fácil recorrer toda

la costa, y hacer fuego al enemigo con poca exposición y gran acierto.

A la vez que se tomaban estas disposiciones, se activaban los envíos de tropas y municiones, y todo parecía indicar que realmente se trataba de una gran expedición.

El capitán del *Reina Mercedes*, que era el buque encargado de recoger los fusiles Maüsser, telegrafió al ministro de Marina participándole que estaba terminando el embarque de las 10.000 citadas armas y de otros 900.000 cartuchos, añadiendo que ya se había dirigido á nuestro embajador en Berlín significándole la conveniencia de no aumentar con más cartuchos la carga del buque.

El ministro le contestó conformándose con su indicación y disponiendo la salida de otro buque para que condujese á Melilla el resto de las municiones y probablemente también algún armamento.

* * *

En la plaza, con la aglomeración de soldados y con las especies que se propalaban de que los riffeños tenían espías dentro del recinto, los hebreos empezaban á ser mal mirados.

Efecto de esto, fué que, como decía un ilustrado corresponsal, más que de prisa y movidos por fuerza mayor, cambiaban los hebreos su faldamenta por trajes europeos, que por la novedad y por la falta de costumbre de vérselos parecían hábitos de ahorcado. ¡Triste raza ésta, expulsada

de todas partes, arrojada á punta de bayoneta de las extremidades de una plaza que, sin ellos, carecería de casi todo lo más esencial á la vida! ¡Pero dura, durísima y vigorosa raza ésta que no puede ser vencida nunca, ni por la muerte, ni por el dolor!

Son objeto de toda clase de saqueos y expoliaciones. Y sin embargo, no se quejan, ni desaparecen, ni se extinguen. Su amor á la vida, su fuerza de conservación les defiende de toda clase de peligros y aun parece que se crecen á medida que éstos aumentan. Su poder para dar impulso, aun á las poblaciones más faltas de vida, sería bastante, de carecer de otras fuerzas, para impedir que Melilla decayese en importancia.

Sin ellos, ahora la tropa no tendría para su refugio apenas otra cosa, que el cielo descubierto y el suelo insalubre del campo de Instrucción. Si hay casas que ahora sirven de cuarteles en el Polígono, á ellos se deben. Si no se carece de ropas, de alimentos, de géneros de todas clases, para la vida necesarios, á ellos es debido. Si hay un hospital, donde los oficiales heridos encuentran asistencia esmerada, es obra de su filantropía.

Al verles cambiar de traje, ocultar su nacionalidad, mudar de fisonomía y aspecto, piensa uno involuntariamente en que padece el arte, porque elemento artístico y muy principal eran sus túnicas características. Ya no los veremos por aquel camino del Polígono, como á la posesión del Riff por el comercio. Si algún pueblo era capaz de conquistar á los moros sin derramar sangre, era este pue-

blo que emplea la gran fuerza dominadora del cambio de productos, por el cual se engaña y se compra, y se modifica y se atrae, hasta las razas salvajes.

***

En una correspondencia que tenemos á la vista, tan llena de atinadas observaciones como todas las de que nos hemos hecho cargo en nuestra obra, leemos un párrafo dedicado al famoso batallón Disciplinario, que transcribimos á continuación, porque en él, más que por nuestras palabras, se puede comprender lo que valía dicho cuerpo:

«Cuando esta tarde, al obscurecer, iba una compañía de tiradores Maüsser, pertenecientes al batallón Disciplinario, cargados de lechugas, coles, melones y sandías, cual si hubieran ido á cogerlos á las propias huertas de Frajana, nadie hubiera reconocido en ellos á los bravos soldados que se batieron con tanto orden, con tanto denuedo, con coraje tan brioso en las acciones de los días 28 y 30; en la primera para salvar á los generales sitiados; en la segunda, para salvar al resto de los prisioneros.

Hubiera creído hoy cualquiera que eran merodeadores del campo. Nadie hubiera imaginado que son los mismos á cuyo nombre retroceden los moros, diciendo:

—»¡Disciplinarios estar *farrucos*!

»Los oficiales, cuando les mandan hacer fuego, tomar una trinchera, avanzar sobre el enemigo, no necesitan emplear otra frase de arenga que ésta:

—»¡Disciplinarios, á ellos!

»Y al oir disciplinarios, los moros, se atemorizan más que nunca, porque saben por experiencia de cuántas acciones arrojadas y heroicas son capaces esos soldados cuyo oficio es la guerra.

»Pelean lo mismo que los moros. Se arrastran por el suelo como ellos. Aprovechan los tiros como los de la chilaba gris. Conocen el terreno sin planos ni estudios, como los mismísimos riffeños. Son los únicos que avanzan y los que no emplean la triste táctica de la retirada. Son famosos guerrilleros. Son soldados, no pobres criaturas que reciben ahora su bautismo de sangre.

»Para pelear con los moros, se necesita ser un poco moro también, y estar curtido por el sol, por el aire y por la humedad (tan funesta en estos climas); se necesita jugarse la vida, avanzando, tomando posiciones, descubriendo terreno, impidiendo movimientos envolventes; se necesita tener la piel curtida.

»Para pelear con los moros se necesita batirles con sus propias armas, emplear el engaño, la perfidia, la artimaña del cazador, levantando la pieza.

»Para pelear bien con los moros, se necesita vivir entre ellos.

»Cuando en las tardes del 28 y 29 todo el mundo, más ó menos resignado con su suerte, no pensaba en forzar la peligrosa puerta de aquella dura cárcel que se llama fuerte de Cubrerizas Altas, los Disciplinarios comenzaban á insubordinarse por la falta de agua, y con ó sin el permiso

del gobernador del fuerte, querían ir á beber al mismo río. Y hubieran ido; ¡vaya si hubieran ido de durar un día más el cautiverio! Preferían las balas, al tormento de la sed.

»Son los únicos los del batallón Disciplinario que poseen, como resultado de las acciones de los días 28 y 30 en que entraron en fuego, trofeos de los moros, gumías y pistolones. Como el heroico capitán López Herrera, del batallón de Borbón, que después de ser herido, regresó á la trinchera para recoger una pipa que se había olvidado, los soldados del batallón Disciplinario son capaces de ir á pedir fuego para encender sus cigarros, á una trinchera mora. Cuando iban desde la plaza al fuerte con el tremendo fuego que tenían que arrostrar, deteníanse á rematar ¡*sport* peligrosísimo!, con las bayonetas á los moros que caían heridos. Para ellos, como para los moros, la guerra se hace sin cuartel y sin perdón.»

* * *

Lo que dice el párrafo anterior es positivamente una verdad innegable.

Los Disciplinarios, son los enemigos más formidables que tienen los riffeños, y de aquí que tanto se encarnicen con ellos, cuando alguno cae en su poder.

El 2 de octubre consiguieron coger á uno, y según todas las noticias, desde aquella fecha hasta los momentos en que hablamos, se le estaba sugetando por sus feroces enemigos á un martirio horrible.



MEDIO DESNUDO, MAL ALIMENTADO Y...

Medio desnudo, mal alimentado y con una argolla al cuello, como bestia salvaje, le llevaban de feria en feria, de poblado en poblado, enseñándole á la multitud que le llenaba de improperios, que le escupía, que le maltrataba, que le hería con las gumías, y después de semejantes exhibiciones, se le obligaba á ocuparse en los más penosos trabajos.

Esto prueba el odio feroz de aquellos moros, contra los soldados del batallón que tan duramente les castigaba.

* * *

Ocupándose de la importancia que el arma de caballería representa en una guerra, como la de que estamos hablando, un corresponsal tan ilustrado como el señor Morote, decía lo siguiente:

«En una guerra como la emprendida contra el Riff, es de una necesidad vitalísima, de una tremenda importancia, el empleo del arma de caballería. Con veinticinco soldados de caballería se ha estado durante un mes haciendo el servicio de las descubiertas por las parejas, recorriendo nuestro campo hasta sus límites, dando aviso cierto á los fuertes y á la plaza, del lugar y de la posición que ocupaba el enemigo. No se necesita encomiar la utilidad de este servicio de exploración, sin el cual, y guerreando contra un enemigo invisible, es estar en todo momento copado y vendido.

»Y si veinticinco hombres tan sólo han podido realizar función tan vitalísima, dígase lo que se hubiera hecho de haber podido disponer de uno ó varios escuadrones. El radio

de acción de los moros es extensísimo. Se guarecen detrás de nuestras trincheras, y hasta las puertas mismas de la plaza, bajan. Un hombre á caballo puede verlos desde lejos, dar la voz de alarma, determinar su posición exacta. Un infante no lo puede hacer jamás si no está á boca de jarro del enemigo. Un hombre á caballo puede escapar con relativa facilidad de un riesgo grave, de que le envuelvan ó le corten la retirada; y aunque es verdad que ofrece más blanco, también es cierto que tiene más pies.

»La caballería puede ir dividida en secciones y hasta en parejas; la infantería tiene que ir unida, y aun desplegada en guerrillas, tiene que conservar su unidad. La caballería puede comprender en su acción ofensiva ó en su acción de exploración un vasto campo; la infantería tiene que reducirse á lo que por delante ve en campo limitado. La caballería no ha de mirar atrás, porque bien pronto puede perderse de vista; la infantería ha de mirar más atrás que enfrente, porque en las retiradas le han de atacar siempre los moros. La caballería puede desconcertar en un momento dado toda una línea del enemigo, sobreviniendo sobre él rápidamente. La infantería ha de utilizar por necesidad movimientos lentos, y más cuando se encuentra desprovista de todo apoyo.

»La caballería es arma de combate de todos los tiempos, y si en la antigüedad servía, sirve en las guerras más novísimas. Preguntad si no qué hacía Gluko con los turcos; preguntad qué eran los célebres hulanos en la guerra franco-prusiana, y os dirán cómo delante de una pareja

pueden á veces correr muchas compañías. El objeto es ver siempre al enemigo, hacer que se divida, mantenerlo en constante alarma, porque haya de acudir á todas partes, y vea multiplicado á su contrario. Resolver, en suma, el problema de la ubicuidad en la guerra, que es gran ventaja para desconcertar al enemigo, por formidable, numeroso y arrojado que sea.»

* * *

También nosotros habíamos manifestado ya en otros de nuestros capítulos anteriores, la conveniencia y la necesidad de que se hubiesen enviado desde los primeros momentos fuerzas de caballería á Melilla.

Pero en esto, como en otros muchos extremos, habíase incurrido en olvidos que produjeron desgracias de consideración.

Finalmente, ya hemos visto que el envío del regimiento de Dragones de Santiago, de que nos ocupamos en su lugar correspondiente, demostró que el ministro de la Guerra cayó al fin en la cuenta de lo que importaba el consumo de esta arma en la guerra que se estaba sosteniendo en el territorio marroquí.

«Si durante el desastroso mes de octubre se hubiesen tenido fuerzas de caballería,—decía el señor Morote,—acaso, acaso se hubieran evitado muchas víctimas. No hay arma inútil, inaprovechable en una guerra, y la caballería es la que más se echa de menos. Cuéntase entre los

moros la caballería por miles, contaráse entre nosotros todo lo más por centenares y se ha contado tan sólo por decenas. Hasta en eso, por deficiencias del Gobierno, es harto notoria nuestra inferioridad. Del fuerte de Cabrerizas Altas pudo salir el capitán de Estado Mayor á caballo, la pareja de caballería y luego toda la escolta con peligro pero sin sangre. Del fuerte de Cabrerizas Altas no pudo salir una sola compañía de infantería, porque la mitad de sus hombres mordían el polvo.»

CAPÍTULO LXV

España en Marruecos

Como que enmedio de los grandes aprestos que se estaban haciendo para castigar á los infieles, la verdad era que no se veía de un modo claro y patente lo que el Gobierno se proponía hacer, ni se advertía en nada su plan resuelto y decidido, formábanse multitud de cálculos, circulaban especies á todas luces absurdas, y si bien se preparaban tropas, y se llamaban reservas, y se contrataban armas, y se hacía acopio de pertrechos, había en todo cierta vaguedad que no era lo más á propósito para tranquilizar los ánimos.

En todo cuanto sucedía durante aquellos días había algo de la viveza del ratón, mucho ir y venir, mucho agitarse, mucho mover ruido; pero después de todo, nada firme, nada concreto, nada franco.

Esto lo veía todo el mundo; la opinión pública tomaba nota de ello, y la prensa se extrañaba de todo cuanto estaba pasando.

Al azar tomamos uno de los periódicos que de esto se ocupaban, y de él entresacamos algunos párrafos para que pueda comprenderse la tesitura en que se hallaban todos los que miraban con sorpresa y disgusto lo que estaba sucediendo.

«Ayer,—decía el periódico á que nos referimos,—nos decidimos á solicitar de los hombres del Gobierno algunas explicaciones, susceptibles de arrojar alguna claridad sobre el obscuro problema de las operaciones de guerra emprendidas en Melilla.

»Movíanos, no el deseo de satisfacer una curiosidad que lo excepcional de las circunstancias justificaran: no el afán de adelantar noticias á nuestros lectores, que al fin y al cabo constituyen una masa de opinión con derecho á conocerlas; ni siquiera pensábamos en que al practicar aquella investigación cumplíamos un deber profesional, en el doble concepto de periodistas y ciudadanos, principalmente encaminado á calmar la ansiedad pública, siempre pendiente y jamás satisfecha de las resoluciones que en definitiva adopte el Gobierno con relación á los intereses españoles lesionados en nuestros propios territorios africanos.

»Nada de eso: impulsaba nuestro propósito el vehemente deseo de fijar de alguna manera para la patria, el inmediato porvenir de su acción armada en el campo de Melilla, y con ese elevado empeño nos dirigimos á las per-

sonas que dentro de la situación gobernante tienen mayor autoridad para dar desarrollo y explicación al curso de los sucesos.

»Hé aquí el resultado de nuestra tarea, que viene á ser el resumen de las diversas manifestaciones que dichas personas tuvieron la bondad de hacernos:

»El gabinete de Madrid tiene el convencimiento,—y aun pretende tener pruebas indudables,—de que todas las potencias que sostienen intereses en África prestan á España su concurso incondicional, para que el emperador de Marruecos satisfaga nuestras reclamaciones.

»El Gobierno español dice saber que los representantes en Tánger de Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Portugal han dirigido á Muley Hassán una apremiante excitación simultánea en aquel sentido, haciéndole comprender la justicia de nuestro agravio y el peligro de desatender nuestras legítimas exigencias.

»Sea cual fuere el resultado de la acción diplomática, el gabinete de Madrid se hallará en todo caso fortalecido por la conducta observada para con él por los demás países, quienes, reconociendo *á priori* lo fundado de la reclamación, no podrían, en un *casus belli*, discutir á España el derecho de darse por sí misma reparación á la ofensa.»

* * *

¿Pero acaso España estaba en situación de usar tantas contemplaciones, teniendo un enemigo al frente que tan

repetidos ultrajes la hiciera, y que no deponía su actitud belicosa porque no se le había enseñado á respetarnos?

Muy bueno y muy correcto que se procurase ganar las simpatías de todas las naciones, y que éstas reconociesen la justicia que nos asistía; pero mucho mejor hubiera sido que esas mismas naciones hubiesen visto que apenas recibido el bofetón, se devolvía con creces, y que á la ofensa siguió el inmediato castigo.

«Todos los actos,—decía el periódico á quien seguimos,—y todas las manifestaciones del gobierno británico acusan, á juicio del nuestro, una lealtad incuestionable.

»El gabinete español sabe perfectamente á qué atenerse sobre este punto.

»Sir Drumon Wolff, que llegó anoche á Madrid en el Sudexpreso, y que seguramente conferenciará hoy mismo con el ministro de Estado, repetirá al señor Moret,—á juicio de otros ministros,—lo que el Gobierno sabe desde hace muchos días por conducto de nuestro embajador en Londres, señor Mazo, esto es: que Inglaterra reconoce como natural y legítima la reclamación española con todas sus consecuencias, y que, por su parte, ha puesto y seguirá poniendo en acción y con toda eficacia sus consejos al sultán, para que ajuste su conducta á lo que estipula nuestro tratado con Marruecos.

»El Gobierno tuvo ayer noticias de nuestro cónsul en Gibraltar, que traduce como una prueba más de la sinceridad con que respecto de España procede el ministerio de la reina Victoria.

»El delegado del gobernador de la plaza, manifestó al aludido agente consular, que aquella autoridad había ordenado la concentración, en un sólo punto de las armas y municiones de guerra puestas á la venta, y la prohibición, bajo severas penas, de que esta última se haga sin un permiso suyo especialísimo.

»No ve, por consiguiente, el Gobierno de Madrid, que ofrezca dificultad internacional alguna su acción en Melilla, primero, y en caso necesario en el imperio marroquí, más tarde, pues claramente se deduce, de la conducta que para con España siguen las naciones que tienen intereses en África y muy particularmente la Gran Bretaña.»

***

Imposible parece que tanta credulidad pudiera abrigar el Gobierno respecto á la benevolencia inglesa, cuando de sobra tenía motivos para suponer lo contrario.

Sin remontarnos á tiempos muy antiguos en la historia contemporánea, encontramos á cada paso, muestras muy repetidas de la amistad y del afecto con que Inglaterra nos ha tratado, especialmente en cuanto se relaciona con nuestros intereses en África.

En este asunto, como en todos los relacionados con la cuestión palpitante, la verdad era que conforme hemos expuesto ya, nada absolutamente concreto encontramos, ni podía encontrar tampoco la nación.

Todas las explicaciones dadas por la prensa, todas las

noticias que circulaban, todo lo que se veía, no era ni á propósito para desvanecer temores, ni para dar seguridades para lo porvenir.

«El Gobierno,—decía el periódico á que nos referimos,—tiene alguna indicación que le permite presumir que dentro de cinco días llegará el Sheriff á la ciudad de Marruecos.

»En el supuesto de que el anuncio se cumpla, presume el gabinete que en un plazo de doce á quince días se conocerán en Madrid las resoluciones de Muley Hassán.

»Respecto á la impresión que sobre la actitud del Sheriff tenga el Gobierno, nada se resuelve este último á manifestar, limitándose á establecer el problema de lo porvenir en los términos siguientes:

»El sultán atiende sin resistencias las reclamaciones de España.

»El sultán se niega á satisfacer esas reclamaciones.

»O el sultán, considerando justas estas últimas, manifiesta que no puede por sí castigar á las kábilas riffeñas.

»En el primer caso entiende el Gobierno de Madrid que la acción del sultán paralizaría la nuestra y que sería un verdadero delirio pretender que se vertiese ni una gota más, siquiera, de sangre española.

»Respecto de los dos últimos casos, el Gobierno de Madrid los consideraría como uno solo, pues por uno ú otro concepto quedaría incumplido el tratado de Wad-Ras.

»Si esto ocurriese, la declaración de guerra por parte de España á Marruecos sería cosa inevitable é inmediata.»

***

No era este caso el que se debía haber esperado, ni esta tampoco, á nuestro juicio, la marcha que se debía seguir.

Verificada la ofensa, el castigo inmediato, pero enérgico, duro, sin contemplación de ningún género, enviando á Melilla en dos ó tres días fuerzas del cuerpo de ejército de Andalucía, de las que bien se pudo disponer en los primeros instantes, y una vez castigadas aquellas hordas, esperar los acontecimientos haciendo todos los preparativos necesarios para responder dignamente á los sucesos que pudieran sobrevenir.

Pero estar todavía, después de mes y medio que tuvo lugar el primer ataque, pensando en cómo se habían de verificar las operaciones y á qué concepto se habían de subordinar, nos parece de una inocencia incomprensible.

«Las operaciones de guerra en el campo de Melilla,—decía *El Liberal*,—tendrán que subordinarse á uno de los dos conceptos anteriormente expresados.

»Si el sultán se decide á reprimir y castigar á los riffeños, reintegrando en su absoluta soberanía en el territorio de su propiedad, á los españoles, la cuestión de Melilla quedará reducida,—desde el punto de vista militar,—á la construcción del proyectado fuerte de Sidi-Gauriach.

»Si, por el contrario, el Sheriff no quiere ó no puede dar estricto cumplimiento al tratado de Wad-Ras, en Me-

lilla y sus fuertes sólo quedarán las tropas necesarias para garantir su seguridad, dirigiéndose las demás al punto que se designe para base de operaciones.

»En uno y otro caso, el Gobierno parece resuelto,—según dice,—á que en Melilla no subsista el actual estado de cosas, en lo que se refiere á su línea fortificada.

»La experiencia ha demostrado,—á su juicio,—que los fuertes existentes ni se abastecen, sino á costa de un empeñado combate, ni se protegen entre sí, ni establecen una verdadera zona ofensiva que mantenga á distancia al enemigo, ni responden á las exigencias de una guerra sostenida, ni siquiera son bastante seguros para aguantar un asedio.

»Es necesario, por consiguiente,—en opinión del Gobierno,—convertir el de Melilla en un campo atrincherado, que establezca fácil y segura comunicación entre todas sus fortificaciones, á fin de que no parezca, como parece en estos momentos, que los soldados españoles se hallan sitiados por las hordas riffeñas.

»¿Dónde se colocan en Melilla 20.000 hombres?

»El Gobierno considera dificilísimo dar contestación satisfactoria á dicha pregunta.

»A su juicio, ni aquellas fuerzas podrían desenvolverse en el reducido espacio que pueden disponer para maniobrar, ni aun maniobrando tendrían verdadero objetivo, pues á su modo de ver no lo es el de matar unos cuantos centenares de moros á costa de no escasa cantidad de sangre española.

»Pero si hubiera necesidad absoluta de enviar un ejército de aquellas proporciones, se enviaría, puesto que España tiene el compromiso de honor de construir el fuerte de Sidi Guariach; mas tal vez convenga,—dice el Gobierno, —saber con seguridad á qué debe atenerse el gabinete de Madrid respecto á las resoluciones del sultán, para proceder entonces en el sentido que las circunstancias reclamen.»

* * *

¡A cuántos comentarios se presta todo lo que acabamos de transcribir!

Todo ello está diciendo de un modo claro y terminante que no existía plan, que se caminaba á ciegas, que se seguía una política de vacilaciones, dada á tropiezos y desastres, y casi podía adivinarse ya que de seguir por semejante camino iríamos á parar á un fracaso completo y á un desprestigio vergonzoso.

Y en prueba de ello, decía una correspondencia que se ocupaba de estos sucesos.

«El cable continúa *interrumpido.*

»Está interrumpido también aquel servicio de vapores que hace quince días se acordó en Consejo de ministros establecer, para que en ningún caso dejaran de tenerse noticias diarias de lo que ocurre en Melilla.

»Y como ni funciona el cable ni los vapores correos surcan las aguas que separan á Melilla de la isla de Alborán, en los centros oficiales no sabían anoche la suerte que

hubiera corrido el convoy preparado ayer para municionar y aprovisionar el fuerte de Camellos.

»Lo único que sabían es, que el contingente riffeño que sitia la plaza y sus fuertes, aumenta en número considerable con el auxilio de otras kábilas del interior del Riff y de la Argelia.

»El enemigo aprovecha todas las ocasiones para hostilizar á nuestros soldados.

»Presentándose provocador durante el día desde sus atrincheramientos, y arrastrándose durante la noche hasta llegar debajo de los fuertes y á las puertas de la plaza, no cesa de hacer fuego.

»Esto lo saben en los centros oficiales. Lo que no saben, ó no dicen, es por qué se sigue tolerando esa humillante situación, por qué no se emprenden las operaciones decisivas.

»El general Macías, según un corresponsal, ha dicho que no comenzarán esas operaciones hasta que tenga en la plaza víveres para 20.000 hombres.

»El ministro de la Guerra afirma que hay en Melilla 250.000 raciones y en Málaga, dispuestas para ser embarcadas, todos los miles que se quieran.

»En eso no debe existir la dificultad.

»El general Macías ha dicho en días anteriores y repetido muy recientemente que para operar resueltamente contra el enemigo se necesitan 20.000 hombres.

»El ministro de la Guerra dice, que no manda más fuerzas, porque el comandante general de la plaza no las pide.

»¿En qué consiste, pues, que no se emprenden las operaciones? ¿A cuándo se aguarda?

***

»El contrabando de armas y municiones se hace de un modo escandaloso. El criminal tráfico continúa. Los riffeños adquieren fusiles, pagándolos hasta á 250 pesetas uno. Esto lo sabe el Gobierno.

»Mientras tanto, la vigilancia en la costa africana está totalmente desatendida y la mayor parte de nuestros buques, en la más tranquila de las situaciones.

»¿Qué hace el Gobierno? ¿En qué piensa el ministro de Marina?

»Para hoy se anuncia la salida de Bremen del crucero *Reina Mercedes* con los 10.000 fusiles Maüsser y 2,900.000 cartuchos.

»¿Sufrirá la salida del buque un nuevo aplazamiento?

»El resto de los cartuchos hasta 10,000.000 se dice que vendrá en remesas semanales de un millón cada una, yendo buques nuestros para transportarlos.»

CAPÍTULO LXVI

Apreciaciones distintas.—Episodios diversos.—Donativos



ABLÁBAMOS en uno de nuestros capítulos anteriores respecto á la desagradable sorpresa experimentada por el ejército de Melilla, al ver que el convoy correspondiente al día 7 de noviembre había llegado á su destino y regresado á la plaza sin ser hostilizado por los moros.

Y esto era tanto más de extrañar, cuanto que el día anterior, pocas horas antes, los riffeños se mostraban más belicosos que nunca, y más dispuestos á entorpecer los movimientos de los españoles, que hasta entonces.

Como que nuestro libro está basado sobre relatos hechos por testigos oculares, y son diferentes las cartas que obran en nuestro poder, referentes á un mismo suceso, una de ellas dice así:

«6 noviembre.

»Escribo la víspera del cuarto convoy á Cabrerizas. Son las doce de la noche, la guarnición toda descansa preparándose para las fatigas de mañana. ¡Cuántos al acostarse esta noche, habrán pensado por última vez en sus madres, que allá en la Península les habrán encomendado al mismo tiempo á sus santos favoritos, al patrón de cada lugar! ¡Cuántas promesas, si se saca con bien al hijo querido, al sér adorado que quizá no volverán á ver! El soldado por su parte, también recuerda con más ilusión, en estas horas que preceden al combate, todos los incidentes de su vida pasada, su madre, su padre, el pueblo donde nació, sus costumbres de trabajador, la vida tranquila y sin mañana que llevó hasta aquí, y todo lo anterior que debe presentársele á la imaginación con tan irresistible fuerza, que los más cogen la pluma y garabatean sobre cualquier caja de municiones, mesas corrientes en los campamentos, cartas, modelos las más de táctica militar, en las que á su modo explican las operaciones en que tomaron parte, dicen que están buenos, hablan bien de su coronel ó del capitán de su compañía, y se despiden entre una porción de recuerdos, para todos los que, posiblemente se reunirán en corro, cuando solemnemente se dé lectura á la carta.

»Una de las cosas que más me admiran los días de combate, es la serenidad estoica de los heridos. Los unos pasan sobre las camillas; acudimos, con el corazón oprimido, á preguntarles dónde tienen la herida, y seguramente

que por la modulación de la voz, más parece herido el que pregunta que el que contesta. «En tal parte, me hirieron estando en las guerrillas; llevaba dos horas de fuego; no veíamos casi moros; pero silbaban muchas balas: me llamo Fulano de Tal, y soy de este ó el otro regimiento.» Contestan casi sin preguntarles, como suponiendo que esto sólo tenemos interés en saber. Uno sólo he visto quejarse, y se acordaba de su madre.»

* * *

«Ayer por la mañana, los cañones del fuerte Camellos acabaron de destruir la famosa mezquita de Sidi-Guariach.

»Hasta ayer, cuando hacia allá mirábamos con los gemelos de campaña, veíamos dos paredes casi blancas que milagrosamente sostenían una cúpula, también maltrecha; hoy, el montón de ruinas confúndese con el color de la tierra que le rodea, siendo necesario conocer mucho el terreno, para poderla ver.

»El espíritu del célebre santón vagará por las ruinas excitando á los suyos á una lucha, donde pretenden salvar vida, costumbres, creencias religiosas, todo, en fin, lo que constituye lo característico de una raza llamada á desaparecer.

»¡Y cuantas vidas, qué desolación no va á costar esa famosa construcción que agranda el fanatismo de los moros, y que sólo varios cañonazos bien dirigidos, son bastantes á quitarla de la vista!

»Los moros han hecho esfuerzos extraordinarios por conservar ese templo querido de sus recuerdos, la reconstrucción de las troneras abiertas por nuestros cañones el día 3, cuando ha venido á desplomarse á los certeros disparos de Camellos.»

* * *

El mismo señor Martos de la Fuente, haciéndose cargo del silencio observado por los moros el día 7 de noviembre, se expresaba en los términos siguientes:

«7 noviembre.

»Acaba de llevarse el cuarto convoy á Cabrerizas Altas, sin tener que disparar un tiro. Esto que digo, aun á los que lo hemos presenciado, nos parece mentira. ¿Cómo ha podido ser que los moros que esta misma mañana herían á un artillero por una cañonera de Cabrerizas Bajas y disparaban por primera vez un cañón que hace tiempo tienen establecido, sobre Cabrerizas Altas, hayan mudado en dos horas de opinión y no hostilicen á un convoy que saben nos da más tiempo para prepararnos?

»Verdad que hace dos noches envió Macías al moro Mari Guari, encerrado poco después de los sucesos del 2 en Victoria Grande, con instrucciones suyas al campo, en las que en medio de amenazas dejaba entrever ventajas que podrían obtener si no hostilizaban; pero así y todo, no se explica completamente la presencia esta mañana, dos

horas antes de salir el convoy, del propio Mari Guari, que venía de parlamentario á decirle al general Macías que los moros querían estar ya amigos de España y que no hostilizarían, si suspendía el fuego de cañón que estaba echando por tierra todos sus caseríos.

»Dióse la orden de no cañonear y al convoy también se le previno que no hiciera fuego, como no hostilizaran; pero nadie creyó verdaderamente en esta palabra musulmana. Sale el convoy, se toman todas las precauciones necesarias, despléganse nuestras tropas en guerrillas delante de los moros que en las trincheras y en todas partes se les veían como nunca, y no oímos un tiro.

»Siguen haciéndose las operaciones de descarga de los carros y llega la hora suprema en esta guerra, de la retirada, y tampoco hacen fuego; los moros resisten hasta la tentación de atacarnos cuando nos descubrimos mucho.

»Nadie, ni creo el general mismo, puede explicarse la actitud tomada por los moros hoy. Macías decía, cuando mandó que los fuertes y la plaza no dispararan: «Nada se pierde con suspender un rato, ya seguiremos.»

»Como consecuencia inmediata de no conocer la verdadera explicación de lo ocurrido, se han echado á volar las especies de que se han acabado las municiones á los moros y de que saben que el sultán está á cuatro jornadas del Riff.

»Nada de esto tiene base racional; los moros no hubieran emprendido una campaña con las solas municiones que han gastado hasta ahora, y nada indica tampoco que el sultán se haya movido de Tafilete.

»¿Será por ventura que una vez más seremos engañados por los riffeños y pretendan ganar tiempo para hacer unas trincheras en que parecían trabajaban ayer?

»Estas dudas que se me ocurren, no tienen por objeto, ni mucho menos, achicar el triunfo conseguido por el general Macías.

»De cualquier modo que sea, lo efectivo es que hemos llevado un convoy sin perder una gota de sangre, que nos permitirá esperar diez días más á que se haya reunido el ejército bastante para emprender una acción más definitiva. Pero bueno será tener en cuenta que de ningún modo debemos consentir que esto sirva de nueva arma de los riffeños contra nosotros.

»Es tanta la seguridad que tienen éstos en un ofrecimiento nuestro, que hoy estaban delante de nuestras guerrillas y fuertes sin sospechar que impunemente, y con sólo faltar á la palabra empeñada, lo mismo que hacen con tanta frecuencia, desgraciadamente, podíamos haber matado á centenares de ellos.

»Gracias á esta especie de tregua, se han podido enterrar hoy soldados nuestros, que estaban en el barranco de Cabrerizas Altas desde el día 28.»

* * *

La personalidad del moro Mari Guari, que tanta importancia parece haber ido adquiriendo en todo el período que historiamos, es la de un espía vulgar que ha querido

como aquel que encendía una vela á Dios y otra al diablo, vivir bien con sus compatriotas y con los españoles.

Como desgraciadamente estos dobles juegos suelen tener sus quiebras, la de Mari Guari fué más tarde, según tendremos ocasión de ver.

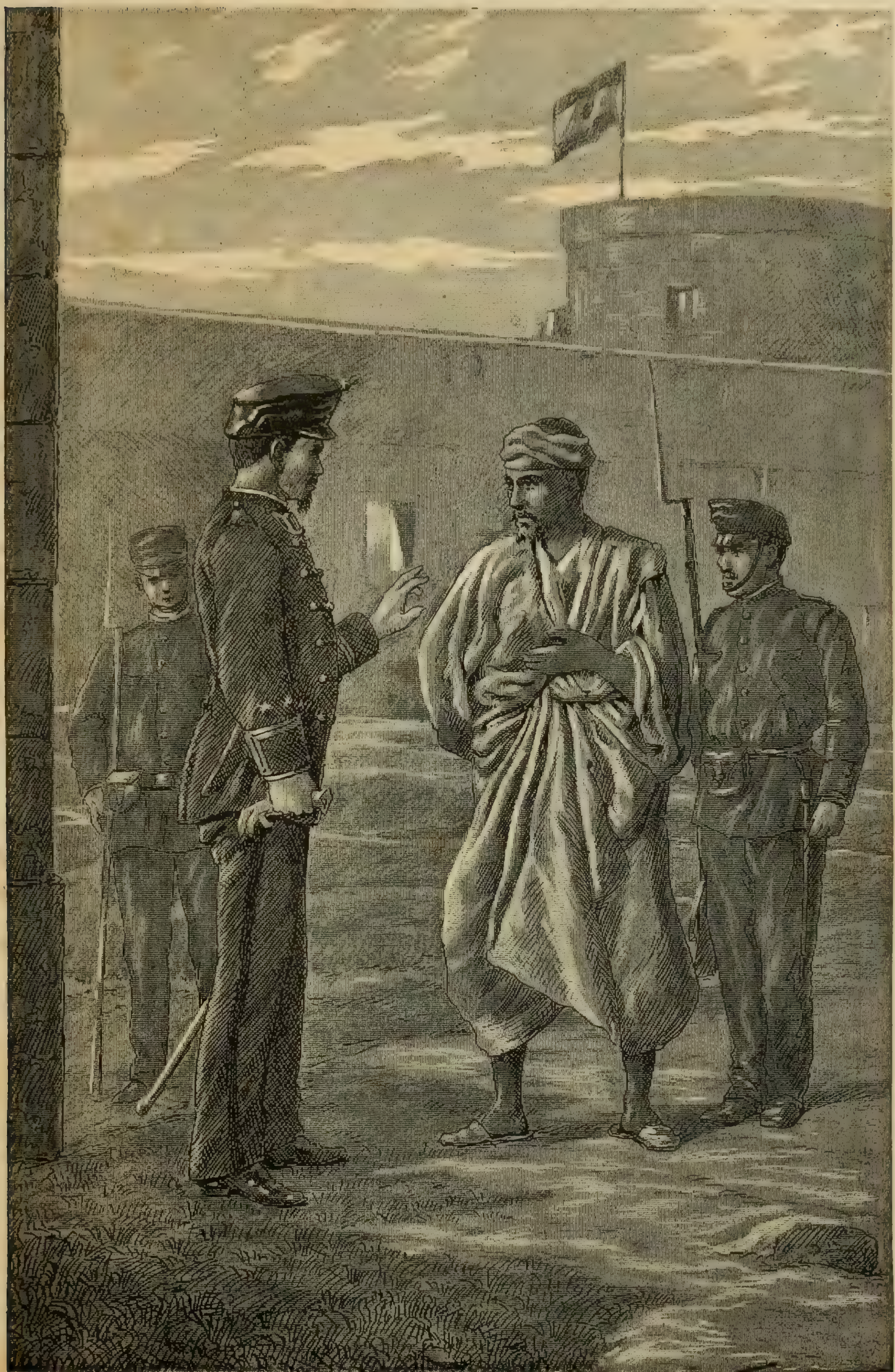
Entre tanto, diremos que algún tiempo antes había sido cogido por nuestros soldados, que ansiosos de vengar los ultrajes inferidos á la nación, y las atrocidades cometidas por los riffeños con sus compañeros, hubieran dado buena cuenta de aquel desdichado, á no evitarlo un capitán que se presentó oportunamente, y que se hizo cargo del prisionero, diciéndole:

—Ya sabes la suerte que te aguarda, por lo tanto, tú verás si encuentras algún medio de salvar la vida. Yo por mi parte cumpliré con mi deber.

El moro, que era listo y astuto, y que ya había prestado sus servicios en otras ocasiones á las autoridades de Melilla, encontró efectivamente la ocasión, y ya vimos como utilizado por el general Macías, salió de la plaza y regresó á ella, y el caso fué que las kábilas depusieron inmediatamente su belicosa actitud.

¿Qué fué lo que medió para esto? ¿Qué promesas ó que bases se establecieron? Las ignoramos, y presumimos que no es fácil que se puedan conocer, pero el resultado fué el que ya han visto nuestros lectores, y respecto al cual la prensa de todos matices, hacía toda clase de comentarios.

Un telegrama expedido en Melilla el día 8, decía lo siguiente haciendo referencia á la misión de Mari Guari:



—YA SABES LA SUERTE QUE TE AGUARDA.

«Parece que el resultado de la ida de Mari Guari al campo moro, es el siguiente:

»Dícese que á consecuencia de la herida recibida en el combate de estos días, murió ayer y fué enterrado, Alí el Moreno, uno de los más encarnizados enemigos de España.

»Afirma también que los moros han tenido muchísimos muertos, y sus caseríos han sido destrozados por las balas de nuestros cañones.

»Las mujeres y los hijos de los riffeños se han ido tras del monte Gurugú, y allí se mueren de hambre.

»Los moros, sin querer la amistad de los cristianos, tampoco desean la guerra con España.

»También dice, por último, que los santones recorren las kábilas predicando la paz.»

* * *

Como las noticias recibidas de Melilla las obtenemos por diferentes conductos y con más ó menos seguridad, para terminar este capítulo nos hacemos cargo de varias, que aun cuando referentes á sucesos de que ya nos hemos ocupado, no por eso han perdido su interés.

Un párrafo de una carta llegada de Cádiz, dice:

«Estamos sufriendo continuamente dolorosas bajas.

»El general Macías solicita refuerzos urgentes.

»El alcalde ha visitado á los once heridos del Hospital, obsequiándoles con dinero y tabaco.

»Cuentan los heridos detalles que horripilan, de la salida de los convoyes.

»Oficialmente se oculta la verdad, pues se ha declarado en el Hospital que los soldados sirven de blanco á los moros parapetados, tanto, que *de una compañía sólo quedaron ilesos un cabo y dos soldados*.

»Aquí la opinión está en la mayor zozobra, y he sabido que lo mismo pasa en Málaga.

»El muelle se llena á cada instante de gente ansiosa. Decíase que el vapor *Ciudad de Santander* venía de Melilla, y en un momento han corrido centenares de personas á esperar el desembarco.

»Nada se ha sabido porque la noticia era inexacta.

»Se censura por inoportuno el simulacro que el acorazado *Pelayo* ha salido á hacer ante la escuadra inglesa, anclada en Gibraltar.»

* * *

En la funesta jornada que costó la vida al general Margallo, Saltos, el teniente de artillería, mandaba dos piezas que habían sacado del fuerte y cayó herido, teniendo que retirarse precipitadamente los artilleros que las servían; las piezas quedaron abandonadas y próximas á caer en poder del enemigo.

El general Ortega, que vió el peligro, gritó desde la puerta:

—¡Soldados, que se nos llevan las piezas! A ellos y rescatar los cañones.



Y. LE CONDUJO AL FUERTE, SIN TEMOR...

Salió entonces con algunos hombres el teniente de Extremadura D. Miguel Primo de Rivera, quien, con un valor heroico, rescató una de las piezas, pareciendo imposible que no murieran todos.

El teniente D. Arturo González Pascual, con sin igual bravura, rescató la otra pieza.

En esto el teniente señor Saltos luchaba por llegar al fuerte; iban á apoderarse de él los moros, cuando el capitán don Eloy Caracuel salió por él.

Cogióle en sus brazos y le condujo al fuerte, sin temer á las balas enemigas, no pudiendo hablar del cansancio y la emoción que experimentaba.

* * *

Entre tanto el entusiasmo era grande en toda España, y lo mismo de las grandes ciudades que de las poblaciones más insignificantes, llovían los donativos para el ejército.

El paso de las tropas que marchaban á la guerra, por cada población, provocaba una explosión delirante de patriotismo.

En Barcelona, merced á la iniciativa de la redacción de *La Publicidad*, que tuvo la feliz idea de abrir, bajo la denominación de «La Cajetilla del Soldado», una especie de depósito de tabaco, formado por el óbolo de todos, reunióse en breve espacio, una cantidad considerable de este artículo, que se fué remitiendo periódicamente á Melilla.

El alcalde de Consuegra, en telegrama al ministro de la

Guerra, ponía á disposición del Gobierno, para fusiles Maüsser, 1.500 pesetas, que importaba la subscripción hecha en aquella población.

Tres vecinos de Río Tinto consignaron al gobernador de Málaga una partida de vino, con objeto de que se distribuyera entre las tropas de Melilla.

El ayuntamiento de Sitjes telegrafió al ministro de la Guerra su acuerdo, ofreciéndose incondicionalmente para contribuir, según sus recursos, á la campaña de África, fomentar subscripción pública del vecindario, y auxiliar á los hijos de aquella villa que sufrieran por las fatigas de la guerra.

El primer donativo de Jerez para las tropas de Melilla, fué de 1.000 cigarrillos, una arroba de chocolate, ocho cajas de galletas, dos arrobas de coñac, dos de rón, dos de aguardiente serrano y dos botas de vino tinto.

De América llegaban también cuantiosos donativos, y la nación en general, estaba dispuesta á hacer toda clase de sacrificios, para obtener el castigo de los que tan villanamente la habían ultrajado, y favorecer á los que lo consiguieran.

CAPÍTULO LXVII

Excitaciones de la Prensa.—Cánovas del Castillo y Pí y Margall

Lógico era que, en los momentos en que la opinión estaba tan excitada y en que el Gobierno parecía tan dispuesto á dejarse arrastrar por aquella impetuosa corriente, la prensa aplaudiera la actitud que tomaba y diera mayor aliento á las aspiraciones de la muchedumbre.

Pero desde el momento en que pareció que se habían amortiguado aquellos temperamentos de actividad y de energía, la prensa comenzó á mostrar en su actitud, el efecto que aquella especie de compás de espera le producía.

Un periódico tan grave y circunspecto como *La Correspondencia de España*, decía:

«Los pesimismos se han disipado en cuanto se ha sabido

la verdad de los hechos, y á la incertidumbre, nacida de la falta de noticias, ha sucedido la alegría franca que ocasiona saber que todo aquello que se dijo en hora angustiosa no era más que una pesadilla disipada al despertar, como se desvanecen á la luz del día las sombras de la noche.

»No; nada de aquello que se decía el sábado, ahogando indignación y revelando penas, era cierto; nada de aquello que se refería con doloroso acento ha sucedido, y la disciplina, el valor, la heroicidad de la pequeña parte de nuestro ejército que lucha en Melilla por la honra de la patria, no han decaído un sólo momento; y si España llora hoy ante la tumba de algunos de sus valientes hijos, no tiene que ocultar la cara ruborizada, y puede alzarla orgullosa como en sus mejores días.

»Ha habido, sí, un general muerto: gran desgracia, pero timbre más para nuestro glorioso ejército. Ha habido cañones apresados, pero ha habido héroes barbilampiños que á bayonetazos los han arrancado de manos de los bárbaros riffeños. Ha habido tropas encerradas en los fuertes, estrechadas un momento por el número, por la obscuridad; pero nuestros bisoños soldados, los quintos que hace tres meses jugaban aún como rapaces en su aldea, á la luz del día han roto el cerco, y con sus compañeros han arrojado á los fieros y montaraces enemigos más allá de esa línea imaginaria que ganaron sus padres con la victoria de Wad-Ras.

»No hemos sufrido un desastre, ni aun en un lance por demás temerario; muy pronto, con mayores fuerzas,

quedará tan claro como la luz del sol, que la disciplina, la organización de una pequeña parte de nuestro ejército, son elementos sobrados para castigar á los riffeños, por muchos que éstos sean, por grande que sea su coraje, por importantes que sean las ventajas de batirse en su propio terreno.

»Ya no hay motivo para pesimismos; ya no hay necesidad de hablar exclusivamente del honor de la bandera. Puede el pueblo español romántico, caballeresco, que piensa con el corazón, conservar aún el fuego sagrado de su irritación patriótica, que es en él, carácter indeleble.

»Pero el Gobierno de ese pueblo, debe «sentir con la cabeza». No es que aboguemos por el divorcio del pueblo y del Gobierno; es que pedimos que cada uno se encargue de la tarea que le compete. Al pueblo, el entusiasmo que alienta y estimula al soldado para las más árduas empresas; al Gobierno, el cálculo que aminora los sacrificios y saca de éstos el mayor partido posible.»

* * *

Nada más digno que el lenguaje usado por el periódico á que aludimos, ni nada más razonable que las indicaciones hechas al final de los párrafos que anteceden, y de las aspiraciones en ellos envueltas.

Desde el momento en que la verdad era ya conocida, en que se habían visto que si las pérdidas eran dolorosas, no entrañaban, sin embargo, una pérdida vergonzosa para

nuestras armas, era ocasión de que se tratara de evitar para lo sucesivo hechos como los que se deploraban.

Era preciso, con la prudencia para lo porvenir, evitar los descalabros del pasado.

En una palabra, había, como decía muy bien el articulista de referencia, que calcular por parte del Gobierno la manera de sacar el mejor partido posible de los sacrificios hechos.

«Un azar de la fortuna,—prosigue el artículo,—nos ha arrojado á una empresa peligrosa, á una guerra que nosotros no hemos provocado. Es indispensable asegurar el éxito, pero asegurarlo sin dejar á lo imprevisto el menor resquicio, y eso exige un esfuerzo realmente grande.

»Ahora bien, ¿contra quién vamos á extremar nuestras fuerzas? ¿Contra los riffeños? ¿Es admisible que allí acumulemos 20.000 hombres, que les surtamos de todo lo preciso para vivir, y combatir meses y meses, que puede durar la construcción del fuerte y la pertinacia de los riffeños? ¿Hemos de derramar sangre, oro, para imponernos á un pueblo semisalvaje?

»Nos parece esto insensato. Nosotros hemos conquistado en larga y gloriosa campaña el derecho á que el señor natural de los riffeños castigue, como si contra él se cometiesen, todas las agresiones que en el campo de Melilla contra nosotros se comentan. Agresión es interrumpir la construcción del fuerte de Sidi-Guariach.

»Santo y bueno que el Gobierno haya dado vado á la gran corriente nacional, que exigía un acto de energía;

pero desde el momento en que se presenta la perspectiva de eternizarnos en una esteril guerra contra los riffeños, que tan poco tienen que perder, no vacilamos en creer preferible mayor esfuerzo por nuestra parte, y acometer de frente empresa más gloriosa y más fértil en resultados.»

***

Razón de sobra resplandece en los conceptos anteriores.

No debíamos concretarnos á una lucha con aquellas hordas salvajes, tras de la cual no hubiéramos conseguido ni gran honra, ni gran provecho.

Debíamos aspirar á algo más estable, ó algo más permanente, como parecía ofrecer la circunstancia de proximidad y de importancia para nuestros intereses, que existía en África.

«Para algo se hizo el tratado de Wad-Ras,—decía otro párrafo del citado artículo,—y decidirnos á hacer sacrificios sin cuento para imponernos á las kábilas, mientras el sultán asiste impasible á nuestra lucha con sus súbditos, que á él, y no á nosotros pagan su contribución, nos parece simplemente renunciar á nuestros derechos; nos parece hasta pusilanimidad; pues si tan exigentes somos con hordas sin fe ni ley como son los riffeños, no debemos serlo menos con el sultán, soberano que vive en el concierto europeo, que tiene que perder, y que podría sospechar que el no reclamarle el cumplimiento del tratado procedía

de temor, no del placer que siente nuestro pueblo de tomarse justicia por su mano con las indómitas kábilas.

»Ya en el palenque, luchemos con quien merezca ese honor; ya puestos á bregar, que al menos de la brega podamos obtener algo que merezca la pena. ¿Que el esfuerzo será mayor, más grandes los sacrificios? Qué importa; lo más difícil es el primer paso, y ese ya nos lo han hecho dar los riffeños y nuestro pundonor nacional.

»No armemos 20.000 hombres. Si el sultán en plazo perentorio se presenta en el Riff y con sus tropas protege la construcción de Sidi-Guariach de modo que no nos cueste ni una víctima, ni una lágrima, ni un céntimo más de lo que nos costase construirlo en la Puerta del Sol, no nos hacen falta en Melilla 20.000 hombres.

»Si el sultán se niega á esto, ó lo dilata, ó lo regatea, no mandemos tampoco 20.000 hombres á Melilla; mandemos 50.000 á Ceuta, á Tetuán; mandemos nuestra escuadra á bombardear las ciudades costeras del imperio, ocupemos lo que podamos. Y mientras que tres ó cuatro mil se sostienen en Melilla, nosotros ocuparemos la ciudad marroquí en rehenes del cumplimiento del tratado de Wad-Ras, Tetuán, Larache, Arcilla, Tánger, la que sea, mientras no esté en pie el fuerte de Sidi-Guariach.»

* * *

Esto era lo práctico, esto lo verdaderamente patriótico, esto lo que podía dar verdaderos resultados.

Ya que el sacrificio se hacía, que fuera por algo y para algo.

«Aquí cabe decir que lo mismo monta ocho que ochenta, —terminaba el artículo;—queríamos reconstituirnos en paz, y la suerte no ha querido que así sea; pues entonces más vale arriesgar ochenta en algo grande, que ocho en lo que por necesidad tiene que ser muy pequeño.

»Además, desde que el sultán sepa lo que pasa en Melilla, no cabe término medio: ó está con nosotros, ó está contra nosotros.

»No temamos complicaciones europeas; al menos por lo que á nosotros hace. Lo probable es que con lo equilibradas que están las fuerzas, nadie chiste, y nos deje hacer lo que nuestro interés exige, lo que tenemos derecho á hacer. Si esto se busca como pretexto, nada nos importa; unos estarán con nosotros, otros contra nosotros, y al fin de la jornada no tendremos que hacer ni más ni menos que lo que hacíamos solos contra el sultán.

»Resumen: que el Gobierno sepa si el sultán está con nosotros ó contra nosotros. ¿Con nosotros? Pues á Melilla, y pronto, con sus tropas. ¿Contra nosotros? Pues nosotros con las nuestras adonde convenga.»

Esto era lo primero que debió saber el Gobierno, y para ello de bastante tiempo había dispuesto, desde que tuvieron lugar los primeros sucesos.

Sin embargo, mucho podía alcanzar todavía, y en este sentido se inclinaba la opinión.

* * *

Pero por desgracia, el Gobierno, que tan desdichadamente había conducido este asunto desde su principio, hubo de continuar del mismo modo, dando lugar á que sus adversarios políticos encontrasen materia para censurarle.

El conspícuo, jefe del partido conservador, el ilustre hombre de gobierno D. Antonio Cánovas del Castillo, dijo á propósito de los últimos sucesos ocurridos en Melilla:

«Confieso que no tengo calma para presenciar las desdichas que se repiten en Melilla.

»Esto es muy triste.

»Sin querer, y como protesta que brota y se escapa del corazón, hay que hablar de lo mal que el Gobierno dirige la campaña.

»No fué bastante hábil para hacer desde un principio lo que yo llamo la pequeña guerra, que consiste en molestar incesantemente al enemigo, en no dejarle momento de reposo.

»No ha tenido arranque, energía bastantes para emprender la guerra grande, demostrando desde los primeros instantes que llevaba esa dirección, para inspirar confianza mientras hacía los necesarios preparativos.

»Ahora los acontecimientos, acusándole con muy triste elocuencia de imprevisor, le salen al paso, y le dicen que es forzoso sacudir la inercia y hacer y dirigir, tal como lo demanda el decoro de la nación.

»Ha pasado la hora de la filosofía. Ha llegado el momento de obrar con enérgica resolución.

»Ya no hay que pensar más que en la guerra.

»Al Gobierno se le ha presentado el conflicto. A él le toca salvarlo, si puede.

»El país positivamente puede salvarlo. Para ello le sobran energía y voluntad.

»Es absurdo creer que podían hacerse las fortificaciones sin que el enemigo lo viera y tratara de estorbarlo; como ha sido absurdo creer que podía defenderse una extensa línea sólo con unos 2.000 hombres, que es la fuerza de que ha podido disponerse en Melilla para el combate de anteayer.

»Eso acusa una grandísima imprevisión, tanto más lamentable, cuanto que viene observándose en otras muchas cosas.

»Por ejemplo, los regimientos que han ido y van á Melilla se componen tan sólo de unas 700 plazas. Esto es deficiente, porque para reunir el número de hombres que allí se necesita, hay que mover muchos regimientos; y es además costosísimo, porque los cuadros consumen mucho dinero. ¡Cuánto más ventajoso sería haber formado con los soldados de los dos batallones uno solo, y para completar el regimiento haber llamado á las reservas!

»Otro tanto ocurre con la artillería de plaza. Si se la moviera llevándola á los sitios más inmediatos al combate y persiguiendo con ella al enemigo, otros resultados se hubieran obtenido anteayer.

»Si los cañones de 9 centímetros, desde los fuertes, y los de 12 centímetros desde el crucero *Conde de Venadito*, han sido eficaces para contener á los riffeños en su afán de apoderarse de nuestro campo, más eficaz hubiera sido el auxilio de esa artillería, que algunas de sus piezas hubieran estado más alla de los fuertes.

»Blanco bastante ya ofrecían los moros, porque los que atacaron á Cabrerizas y Rostrogordo, no iban seguramente diseminados, sino en grandes masas, á las cuales debió salir al encuentro la artillería.

»Para comenzar la guerra creí que serían necesarios 12.000 hombres.

»Ahora para emprender la campaña con el vigor y la resolución que las circunstancias exigen, me parece que han de hacer falta muchos más.»

* * *

Ocupándose después del presente y del porvenir que para España representaba la cuestión de Marruecos; de la reunión de las Cortes, y de la personalidad que debía ponerse al frente del ejército de Melilla, después de la muerte del general Margallo, continuaba aquel eminente hombre público:

«Representan los acontecimientos que tanto deploramos, un retroceso en nuestra política de 17 años, para mantener el *statu quo;* 17 años que hemos perdido y tendremos que comenzar de nuevo, para no perder del todo las ventajas que alcanzamos.

»Ningún pueblo de Europa que tenga intereses en Marruecos, se decidirá á tocar á ellos sin antes contar con España.

»Hasta ahora eso es lo que ocurre: de tal modo está reconocido y es indiscutible nuestro derecho, que quedó ratificado en el Congreso internacional que presidí en Madrid.

»Pero si no hacemos en Melilla todo lo que debemos hacer, podrán variar las cosas.

»De ahí el que todo sacrificio se imponga, y todo esfuerzo sea poco para que salvemos con la honra de nuestra bandera los intereses de España.

»No creo conveniente que se reúnan ahora las Cortes.

»Mientras la situación no se haya aclarado, no debemos pensar en eso. Abiertas las Cortes tendríamos que decir muchas cosas desagradables, y no seríamos prudentes diciéndolas, estando nuestro ejército al frente del enemigo.

»Y si habíamos de callar, más vale que no se reúnan.

»Ahora no debe pensarse en otra cosa que en castigar al que nos ofende, y en prestar todos nuestros alientos y todo nuestro incondicional concurso, á los que se han de batir en defensa de la patria.

»Me ha afectado mucho la muerte del general Margallo.

»Era un soldado bizarro y pundonoroso, como lo prueba la manera que ha tenido de batirse en las dos tristes jornadas de este mes.

»No es humano, no es generoso dirigirle cargos sin las pruebas indispensables.

»La hidalguía impone mayores respetos ante su cadáver.

»La memoria de Margallo, el prestigio del ejército que ese general representaba en Melilla, exigen que se publique la correspondencia que mantuvo con el ministro de la Guerra. Sólo así podrá demostrarse si faltó ó no á las instrucciones que se le dieran.

»No veo inconveniente en que esa correspondencia sea conocida de todos; lo considero, por el contrario, una necesidad, y hemos de pedir que se publique.

»Margallo hizo lo que se le ordenó que hiciera. Para mí esto no admite duda.

»De una vez tan sólo, se sabe que no se le dieron instrucciones concretas; pero esa vez se le dijo, que procediera como *su espíritu y su honor* le dictaran.

»Y su honor le mandaba pelear, y su espíritu le decía que tenía alientos bastantes para afrontar personalmente el peligro y sucumbir.

»Eso ha hecho Margallo; y mientras no se pruebe de modo concluyente que incurrió en falta que empañe el brillo de su acción, lo seguiré estimando como un héroe, cuya memoria es preciso enaltecer.

»Los dos encuentros desdichados para nuestras armas, han tenido que influir de modo visible en la moral del soldado.

»El ejército necesita un general que levante su espíritu, que le inspire confianza; un general, que con la garantía de otros éxitos, le asegure que va á la victoria.

»El prestigio no se compra, y hace falta un hombre que lo tenga conquistado en el campo de batalla.

»Ese hombre está señalado por sus hechos de armas, por su fortuna en otras guerras. El soldado lo conoce y lo quiere. La opinión lo ha designado desde los primeros momentos; y yo, porque se trate de un amigo mío, no lo he de ocultar.

»Ese que debe mandar las tropas de Melilla, es el general Martínez Campos.»

***

También el ilustre jefe de la Unión Republicana, el probo y honrado señor Pí y Margall, emitió su opinión respecto á los mismos hechos que provocaron las anteriores frases del señor Cánovas del Castillo.

«Es doloroso lo que sucede,—decía el señor Pí y Margall.—Una serie de imprevisiones y de faltas puede muy bien llevarnos á una guerra calamitosa para nosotros, aun siendo tan afortunados como fuimos en la de 1860.

»Culpa ha sido de los anteriores gobiernos que se haya dejado transcurrir más de treinta años en la construcción del fuerte de Sidi-Guariach, que habría sido facilísima á raíz de la victoria obtenida por el general O'Donell. Culpa ha sido del Gobierno actual ir á construirlo sin las debidas precauciones, cuando, según él mismo confesó, sabía lo resueltas que estaban las kábilas del Riff á impedirlo. El general Margallo, por su parte, cometió una verdadera in-

discreción yendo con sólo cuarenta hombres á repetir obras que por dos veces habían sido destruidas. Vino la derrota del día 2, y el Gobierno, en vez de tomar en el acto medidas enérgicas que hubieran podido poner coto al mal y evitar ulteriores desastres, y sobre todo peligrosas complicaciones, anduvo vacilante y tímido, sin acertar á saber por qué derroteros había de llevar su política.

. . . .

»Todo habrá de hacerse ahora precipitadamente, sin plan, sin concierto, y se necesitarán dobles y aun triples fuerzas para conseguir lo que antes se habría podido alcanzar con escasas tropas.

. . . .

»¡Grande sería la responsabilidad del Gobierno, ya por lo que ocurre, ya por lo que pueda ocurrir mañana; grande si no acierta á la vez á evitar la guerra y salvar el honor de España!

»Lo raro es que no haya pensado aún en convocar las Cortes. Nunca podrá necesitar más que ahora oir á los representantes de la nación, é inspirarse en las opiniones y consejos que emitan. Ya para no comprometer nuestra honra, ya para hacerse con los recursos extraordinarios que las circunstancias pueden exigir, le sería, no sólo conveniente, sino indispensable convocarlas. Se dirá que no da tiempo para tanto la rapidez con que se desarrollan los sucesos: cuanto más tarde en convocarlas, más habrá de tardar, naturalmente, en oirlas y en resolver los medios de hacer frente á los acontecimientos.

»La opinión está vivamente alarmada. Lo probable es que si los desastres aumentan no pueda conllevar el Gobierno la situación, y haya de ceder su puesto á un hombre de armas que manifieste empuje y resolución para resolver tan calamitosa crisis. No sólo el Gobierno, tal vez la monarquía se hundan en la sima que acaban de abrir los sucesos de Melilla. ¡Catástrofes parecidas han llevado á la ruina poderosos imperios!»

CAPÍTULO LXVIII

Las quejas del sultán según la prensa extranjera.— Diversos episodios



IENTRAS el Gobierno español se empeñaba en mantenerse en la mayor reserva, respecto á las apreciaciones del sultán de Marruecos, referentes á los sucesos ocurridos en Melilla, ó decía que todavía no había tiempo para que contestara á las reclamaciones hechas, la prensa extranjera se ocupaba de ello de un modo poco favorable para nosotros, y hablando por referencias del mismo sultán.

El *Standard*, de Londres, traía una noticia que estimamos de suma gravedad. No debe perderse de vista, para apreciar su importancia, que ese periódico estaba bien enterado de la cuestión de Melilla, y de todos los incidentes relacionados con ella. A sus informes, en lo que hace á

las cancillerías extranjeras, les denominaba él mismo *semioficiales*. Desde luego se observaba que las noticias que publicaba de Madrid, venían resultando avances de los hechos. Todo lo que decía á propósito de nuestras fuerzas, nuestros proyectos y hasta del futuro plan de campaña, se había confirmado.

Su telegrama de Berlín decía así:

«Con relación á los sucesos de Marruecos se cree aquí que es imposible evitar una guerra larga y sanguinaria entre España y aquel país, muy especialmente si fuese cierto que *el sultán se ha quejado contra España á los poderes interesados en el Mediterráneo*, *porque España está castigando por sí á los piratas del Riff*, *sin aguardar á ver qué medidas se propone él adoptar.*

»Los escritores semioficiales de Berlín, aconsejan la conveniencia de que se deje á aquellos dos Estados arreglar sus diferencias entre sí. Si esto no se hiciese, puede darse por cierto que hay que temer una conflagración general.»

Según lo que va transcrito, mientras el sultán parece perdido en el Atlas ó en Tafilete, para contestar á las notas de nuestro ministro de Estado, se entera de lo que ocurre en Melilla, y tiene tiempo, medios y calma para acusarnos ante Europa por nuestra precipitación!!! y nuestro proceder, contrario á los usos diplomáticos.

Esta queja revela ya claramente lo que debe esperarse del sultán.

El *Norddeutsche*, de Berlín, defiende el proceder del

gabinete de Madrid, cuya parsimonia considera la determinante de la paz que aún reina en Europa.

La *Tribuna*, de Italia, por su parte, usa un lenguaje reservado, pero en el fondo provocativo. Según la prensa británica, si surgiera un conflicto, Italia y el Reino Unido marcharían del brazo.

***

Imposible parece que de todo esto no tuviese noticia el Gobierno, y que no fuera preparándose oportunamente para responder á las exigencias de lo porvenir.

¿Era que no lo sabía? En este caso, de deplorar y de censurar es que tan poca atención prestara á lo que pasaba en el extranjero.

¿Lo sabía? Más digno de censura entonces, por no ponerle el oportuno correctivo.

***

Muchas de las noticias que durante todos estos días de impaciencia por parte del público, de censuras por la de la prensa, y de disposiciones por la del Gobierno, que no respondían á la general ansiedad, llegaban á nuestro poder, noticias que iremos condensando del mejor modo posible, para que en nuestro libro reúna todo cuanto de más interés tuvo lugar en los días de que hablamos.

«Entre la Guardia civil,—decía el señor Morote,—han

sido conducidas á Melilla, para *reexpedirlas* á la Península, algunas mujeres de vida airada que había en el Polígono, y que pasaban de cincuenta.

»La magnífica casa que era de los moros de la Aduana, se ha convertido en cuartel de la Guardia civil. Se han tapado las puertas de las murallas de la plaza, dejando sólo abierta la del mar.

»Era un lamentable espectáculo el de la caseta de Ingenieros, convertida en ceniza por los moros. La caseta estaba defendida por los fuegos del fuerte de San Lorenzo. Parece imposible la audacia de los riffeños, atreviéndose á llegar hasta allí. Esto supone que los moros se atreven á acercarse, y se acercan en efecto, por la noche, á las mismas puertas de Melilla. Por eso resulta acertada la disposición de cubrir las paredes en que tiene salidas la muralla.

»Esta tarde, cuando volvieron las guerrillas, fuí á visitar á la oficialidad de cazadores de Cuba. El teniente coronel Cano está disgustado, con razón, por la noticia de su muerte, que ha circulado en los periódicos. El simpático teniente coronel está salvo é ileso, y aunque ha entrado en fuego diferentes veces, no estuvo nunca en Cabrerizas Altas.

»Ha impresionado dolorosamente á los cazadores de Cuba, el traslado de su capellán á Chafarinas. El capellán era estimadísimo por todo el mundo, desde los generales á los soldados.

»Los cazadores de Cuba, por su posición de avanzada en el Polígono, y por su comportamiento bizarro en todas

las acciones, se han hecho acreedores á los elogios generales.»

***

De diferentes episodios más ó menos directamente relacionados con los hechos ocurridos en días anteriores, trataban otras de las correspondencias que tenemos á la vista.

«He hablado con el soldado Miguel Alot,—decía uno,—del batallón Disciplinario, que es asistente del médico del batallón.

»Su amo le ordenó que viera si había algún herido en el campo y se fué á las guerrillas.

»Incorporado á sus compañeros, tomó posición en el despliegue y se puso á hacer fuego.

»Mientras disparaba, una bala riffeña le dió en la anilla del fusil y le quitó la abrazadera, sin que á él le tocase.

»Sin impresionarse continuó haciendo fuego en la segunda guerrilla.

»Este soldado fué herido el día 2, extrayéndole la bala, que tenía alojada debajo de la oreja derecha.

»El soldado García, según relación que me hace, dice que al retirarse el batallón Disciplinario les preguntó el coronel de Estado Mayor:

—»¿Qué fuerza es esa?

»Al saberlo exclamó:

—»¡Bravo, valientes Disciplinarios!

»Otro soldado del citado batallón me refiere que estaba

bebiendo vino de una bota y que se la arrebató una bala, partiéndole el brazo.

»A la acción ha ido el cura del Disciplinario.

»El jefe de Estado Mayor, al venir á la plaza, dijo que pasado mañana se necesitará otro convoy, pues llevando tres cubas de agua para tres fuertes, tal vez las consuman en el rancho de la mañana, faltándoles para el de la tarde.

»Asegura, además, que se necesitarán construir dos fuertes, uno donde están las Guarreras y otro entre Cabrerizas, ó séase Cabrerizas Medias.

»He hablado con dos testigos presenciales de la acción de hoy.

»El uno es Celedonio García, soldado del batallón Disciplinario. Este sirve en la mesa de la fonda y deja el mandil para pegarse de tiros.

»Puede llegar un día en que iremos á almorzar y al preguntar por él, nos digan que los moros lo han matado.

»El otro testigo es cantinero de Cabrerizas Altas, y muy amigo nuestro desde que estuvimos prisioneros en el fuerte.

»El cantinero me ha dado noticias del estado de la fortaleza.

»El teniente señor Barrionuevo continúa impávido, haciendo fuego; tiene las manos ennegrecidas de tanto tirar.

»Las planchas blindadas por donde disparan los cañones están acribilladas á balazos.

»Ha venido hoy de refuerzo el capitán de artillería señor Polanco.

»Se han traído á la plaza, al hacer el relevo de las

fuerzas, la teresiana del general Margallo, que nos dejamos en Cabrerizas por la precipitación con que salimos del fuerte.

»También se han traído varias mantas de oficiales, unos anteojos, colchones, el reloj de Valero y otros efectos.

»La teresiana del general Margallo la expondrá al público en Madrid el fotógrafo señor Company.

»Tanto el cantinero como el soldado García, refieren hechos que revelan el brío de los moros. Éstos se han presentado de improviso, disparando desde nuestras trincheras á las guerrillas que iban confiadas sin esperar el ataque. Ha habido muchas bajas.

»Cerca del río se ve á la caballería mora.

»Por los altos de los cerros fronterizos á Cabrerizas Altas hay un vivero de moros.»

* * *

Ya hemos manifestado en otro lugar que se habían hecho algunos prisioneros moros, entre los cuales estaba el célebre Mari Guari, que el día 7 fué puesto en libertad para ir á tratar con sus compatriotas.

El señor Morote tuvo una conferencia con ellos, que la transcribe en los siguientes términos:

«Mientras la batería de Victoria Grande está haciendo fuego, me ocupo en conversar con los prisioneros moros.

»La generalidad de ellos no hablan castellano, pero Mari Guari lo hace por todos.

»Dicen los moros que no saben en la que se han metido, pero que pecho al agua y una vez metidos en la guerra sostendrán el fuego hasta que no les queden más cartuchos.

—»Moros,—dicen,—tener cabezas duras como piedras.

»Entablé con él, el siguiente diálogo:

—»Si á tí te soltaran, ¿qué harías?

—»Irme á Tetuán. Soy hijo de español y mora.

—»¿Crees en Mahoma?

—»Sí, creo, por el estilo de vosotros los cristianos, que rezáis; pero nada más.

—»¿Cuántos hermanos tienes en el campo moro?

—»Tengo quince de familia, pero no sé los que son míos.

—»¿Sabes que han tirado granadas sobre tu casa?

—»Sí; pero también han tirado sobre la mezquita y sobre la casa del santón de la Puntilla.

—»Los moros deben estar muy furiosos.

—»Vosotros tiráis sobre el cementerio y hacéis bailar los huesos de Sidi-Guariach.

»Desde entonces los santones se ponen las capuchas y se escapan al interior.

»Ellos predican guerra para que los otros se maten.

»¡Moros estar tontones!

»Yo,—añadió,—espero la muerte; pero á pesar de eso, si saliera y el capitán Manzuco que me salvó la vida viniera á casa, lo trataría bien.

—»Pero los otros moros le cortarían la cabeza.

—»No... ¡El huésped es sagrado!

»Después hablé con el moro de Ceuta, Ali-Sidi-Sidi, que está cumpliendo una condena de ocho meses, faltándole doce días para cumplirla.

»Vivía en la kábila de Benifuguba.

»Tenía mujer en Ceuta, pero la abandonó por vieja y tiene en su kábila una novia de 13 años, que todavía no la ha acabado de comprar.

»Habla perfectamente el castellano con acento malagueño.

»Viste pantalón de hilo, camiseta roja rayada y chaleco azul.

»Estaba en el calabozo con los demás moros y delante de ellos se puso á reprobar la guerra, diciéndo que vendrá el sultán y les cortará á todos las cabezas.

»Los moros protestaron; él reiteró sus opiniones; de la protesta se pasó á la amenaza; se agarraron, y Ali-Sidi-Sidi salió herido en un carrillo.

»Me asegura que si le dejaran una faca mataría á todos los moros presos.

»Le he interrogado acerca de la actitud de las kábilas y me dice que es muy imponente, que están comprometidas para hacer la guerra de cuarenta á cincuenta, incluso las tribus árabes del interior.

»Le pregunté si nos serviría de espía, puesto que es gran conocedor del terreno.

»—Mira,—me contestó,—esta guerra no se parece á ninguna otra: no puede haber espías. Cada moro hace la guerra por su cuenta, sin general.»

CAPÍTULO LXIX

La contestación del sultán.—Promesas.—Como recibió la noticia la opinión pública



Por fin llegó á poder del Gobierno, y éste la dió á conocer al público, la Nota del sultán contestando á las reclamaciones de España. El emperador de Marruecos reconocía el fundamento de todas las reclamaciones.

Aseguraba á España la plenitud de su derecho en fortificarse dentro de sus territorios. Anunciaba que iba á emprender el castigo de las kábilas agresoras; y aceptaba la demanda de una indemnización, por los daños sufridos por España en la plaza y campo de Melilla.

A este propósito no deja de ser curioso hacer notar que el Gobierno llevaba poca prisa en dar á conocer la recepción de la Nota, á lo menos, oficialmente; pues veinti-

cuatro horas antes, ya se telegrafió de Tánger á *La Depêche* de Toulouse, que la insertaba en su edición del miércoles, que sale á las nueve de la noche.

El hecho merece ser tenido en cuenta, porque se repetía de sobras en todas las noticias de cierta importancia, retrasadas por el Gobierno, y difícilmente transmitidas en el servicio particular.

De esta conducta, que nos permitiremos calificar de arbitraria, nacían los rumores alarmantes, la ansiedad de todos los momentos, las jugadas de Bolsa, y las exageraciones peligrosas.

Como es consiguiente, la lectura de semejante documento había de producir esa serie de apreciaciones por parte de la prensa y de la opinión, que si bien en la cuestión de forma podrían variar, en la de fondo había una homogeneidad completa.

***

El *Liberal* se expresaba en los términos siguientes:

«Sin vacilación nos integramos en el número de los que hayan recibido con mayor beneplácito, las referencias de la Nota del sultán.

»Nunca fuimos entusiastas de la aventura, ni devotos de la guerra por la guerra, y no siéndolo, nos pesaría, sin embargo, figurar en cualquier agrupación extremadamente egoísta, que computara los grandes intereses nacionales

por equivalencias de descuentos y réditos, recaudos y nivelaciones.

»En asuntos de la entidad del conflicto que con tanta ansiedad como el primero deseamos ver conjurado, tal vez muy pocos se colocan en situación de conocer las consecuencias.

»Lo que se gana y lo que se compromete, son particularismos que no pueden conceder autoridad bastante á ningún árbitro, tratándose, como se trata, de lo que se encuentra por encima de las conveniencias del presente y de lo que puede comprometer el porvenir.

»Acabar una guerra ó disipar el nublado de una complicación, significa devolver hijos á sus hogares, obreros á sus talleres, mozos á sus labores, enjugar lágrimas, reponer las arcas, teñir los lutos, fortificar la sangre. Pero acabar una guerra con las alegrías y las ventajas que supone, significa también un descontentamiento sin compensación; que á veces puede un padre abrazar al hijo que vuelve de un duelo sin cruzar las armas, y al abrazarlo recatar la vista. *Cabeza herida*,—dice el proverbio siciliano,—*se medicina y sana; corazón herido, nunca sana.*

»Y sin acudir á los argumentos de la dignidad y del honor, que en el juego de los intereses se relega con poco empacho á la categoría de lo superfluo, siendo lo superfluo cosa muy necesaria, como sagazmente manifestó Voltaire, cabe preguntar si las soluciones del ya aparecido Sherif, constituyen un buen negocio diplomático.

»No es hora de examinarlo y de decirlo, y menos lo

hemos de examinar nosotros, que á la hora presente no queremos traducir más sentimiento que el de una íntima satisfacción, por la esperanza de que el peligro pueda llegar á conjurarse, si por acaso se conjura, sin lesión de nuestro decoro, y sin merma de nuestra personalidad y nuestra historia.

»Tal vez esta íntima satisfacción y esta esperanza, estén obscurecidas por la duda, porque al desconocer los términos concretos de la Nota del sultán, la duda es lo pertinente y juicioso.

»¿Es la Nota la manifestación de un buen propósito? ¿Es la Nota la garantía incuestionable é indudable de que se afirmará nuestro derecho, de que se edificará sin inconveniente el fuerte proyectado, de que se mantendrán nuestros límites, de que se establecerá la zona neutral entre nuestro campo y el del Riff, de que se garantizará la seguridad de los pobladores de Melilla, de que se conjurará todo conflicto? ¿Es la Nota la equivalencia ó el anticipo de un acto? ¿Es una moratoria, un por decir, un ganar tiempo?

»Desgraciadamente, las dudas caen del lado de las negaciones de autoridad y de prestigio en quien promete casi á la ventura.

»En asuntos del Riff, las afirmaciones del sultán casi no tienen validez. Los mismos moros sonreirían al escucharlas, acordándose de la mala índole de los naturales que pueblan los terrenos inmediatos á Melilla, Alhucemas y Peñón de Vélez, *que no observan los tratados de paz*, y a quienes los gobernadores deben oponerse *á cañonazos y*

otros medios, según reconocía el ministro de Muley Solimán, Sidi Mohamet-Ben-Olomán, en el tratado de 1.º de marzo de 1799.

»Hé aquí por qué, animados á contradecir toda guerra sin objetivo, y á condenar toda aventura, y á esperanzarnos con los anuncios de soluciones halagadoras y tranquilas, que ojalá que para bien de todos vengan en seguida los hechos, que no disimulan, que no mienten, que hablan claro, nos dicen que hoy como ayer, y ayer como mañana, y mañana como siempre, la mejor Nota, mientras haya lugar para la duda, será la Nota de la resolución y la energía, y que toda Nota, para que tenga validez, ha de enseñar el brazo y dar la cara.

»¡Qué garantia ha de ofrecernos la Nota del sultán, si para disipar sus vaguedades hacen falta catorce días de ida y diez y nueve de vuelta!

»Los mismos acuerdos del Consejo de ministros de anoche, demuestran que el Gobierno no quiere incurrir en la insensatez y el abandono de repetir el viaje.

»Piense alto, hable claro, proceda enérgico, que esas son las mejores Notas del sultán.»

***

Para que pueda juzgarse el efecto á que hemos hecho mérito en otro lugar, extractamos de todos los periódicos el juicio por ellos emitido sobre la famosa Nota.

La Época, decía así:

«Las negociaciones entabladas por el comandante militar de Melilla, en la carta especial que dirigió á los moros, son contrarias al honor militar de nuestro ejército, acorralado hasta en los fuertes, y sin haber dado ninguna lección severa todavía á nuestros osados enemigos.

»Con esas negociaciones,—que sin duda responden á órdenes del Gobierno,—se repite el triste error de la primera semana, de mantener relaciones con los rebeldes del Riff, cuando nunca hemos debido tratar sino con el sultán y su ministro de Negocios Extranjeros.

»Bueno es que el sultán intervenga eficazmente, al fin, si interviene, aunque siempre habría sido mejor que interviniera antes de los sucesos. Pero por bien que salgamos en el actual estado de las cosas, el ejército español, la nación entera y las naciones militares de ambos mundos echarán ya de menos una verdadera victoria sobre los riffeños, que asegurara allí para en adelante el respeto de nuestras armas.»

El Estandarte, á su vez, consignaba su opinión de este modo:

«¿Cómo no hemos de desear para la patria el dulce beneficio de la paz? Pero las exigencias del honor de nuestra bandera, del prestigio de nuestras armas y de los sagrados intereses que en cualquier parte y en todo el territorio del imperio de El-Mogreb estamos destinados á defender, nos imponen deberes á que no nos es lícito faltar, sin caer en las responsabilidades del terrible dilema que nuestro

ilustre jefe formuló en su elocuente discurso último del Círculo Conservador.

»Si hay que hacer la guerra, hay que hacerla en serio; si debemos hacer la paz, debemos hacerla en serio también. Después de haber acometido esta empresa desdichada de Melilla á lo *D. Quijote de la Mancha*, no hemos de salir de ella á lo *Lazarillo de Tormes*.»

El Ideal, periódico contrario al Gobierno, decía á este propósito:

«Profundo es el estupor causado por las noticias telegráficas recibidas de África.

»¿Se trata de un nuevo ardid de los moros, imposibilitados por el momento de continuar sus hostilidades por la falta de municiones?

»¿Obedece la actitud de las kábilas á la intervención sincera del Sheriff?

»Nadie lo sabe positivamente, y las conjeturas y los comentarios hechos á este propósito, son infinitos.

»De todas suertes, urge aclarar la situación y que termine de una vez la macabra tragedia sostenida por Moret y López Domínguez, con sus reservas y sus ocultaciones. La verdad, toda la verdad en este asunto cada vez más intrincado é inexplicable.»

* * *

Puede irse viendo por lo que antecede, si decíamos bien, que en el fondo, toda la prensa estaba conforme.

A nadie satisfizo porque era imposible que satisfaciera, lo consignado en aquella Nota.

El Heraldo de Madrid, decía lo siguiente:

«Sería bueno para todos, que el Gobierno publicara en el periódico oficial, la Nota, toda vez que por el extraordinario de un periódico, tan autorizado como *El Correo*, se ha publicado su esencia.

»Si el Gobierno no atiende á este sano consejo, es casi seguro que se extraviará la opinión, y buena prueba de ello podríamos ofrecer reproduciendo lo que hemos oído á políticos que pertenecen á las minorías de las Cámaras.

»Estos exponen sus pesimismos y llegan á suponer que en la Nota del sultán existe alguna condición poco favorable para el honor de España.

. . . .

»No queremos que esa Nota, cuyos primeros rasgos han llegado,—ya lo hemos dicho,—á la hora de las burras de leche, sea para nosotros lo que la leche de burras para los tísicos. No queremos que sea una piadosa mentira, un artilugio más de la diplomacia marroquí, un nuevo recurso de los riffeños, para salir del aprieto y seguir cobrando.

»Íbamos á vengar un agravio, á construir un fuerte y á consagrar un derecho; pues es menester que el agravio quede vengado, el fuerte construido y consagrado el derecho. Una fuerte indemnización para tantas desgracias y para tan costosos desembolsos, es parte esencial del castigo. Un terreno que sea prenda en rehenes, de nuestra se-

guridad para lo futuro, es la única garantía, única satisfactoria.

»Si la Nota del sultán es esto, bien está. Si no, archívela en hora buena nuestra diplomacia en regocijo.»

Hé aquí los términos en que se expresaba *El Correo:*

«En la opinión de las gentes reflexivas y en cuantos han seguido atentamente los asuntos de Melilla, han producido las noticias de la Nota del sultán excelente efecto.

»En cuanto á los hombres de negocios, bastará decir que el consolidado ha subido cinco enteros; el Banco de España, seis, y las acciones de la Tabacalera, siete.

»Mas no por esto se ha de entibiar el celo del Gobierno en el cumplimiento de sus deberes.

»Hoy en el Ministerio de la Guerra, como los días anteriores, han continuado las disposiciones para proveer la plaza de Melilla de todo lo necesario, enviándose los efectos que ayer todavía pidió el general Macías, y disponiéndose también el envío de 50 presidiarios albañiles que saldrán del penal de Granada.»

***

El sentimiento era unánime. No era posible fiar para nada de los buenos propósitos del sultán, pues sabido era para todos, que su poder y su influencia con las kábilas era poco menos que nominal.

El Correo Militar, decía así:

«La gran masa del público, justo es decirlo, ha recibi-

do la noticia de la Nota con gran frialdad y hasta con desconfianza, pues no tiene ninguna fe en la autoridad del sultán contra las kábilas rebeldes.

»¿Qué va á pasar allí en Melilla, dicen todos por ahí, faltando como falta una gran victoria por parte de nuestras armas, que demostrase á las kábilas fronterizas nuestra superioridad?»

La Correspondencia Militar, á su vez se expresaba en estos términos:

«Parece ser que en el ánimo del Gobierno existe la idea de aprovechar una circunstancia cualquiera, dentro de breve plazo, para castigar duramente á los riffeños antes de que el sultán pueda hacerlo.

»Esto sería de muy buen efecto, porque de arreglarse la cuestión diplomáticamente, la situación del ejército expedicionario, al retirarse de Melilla sin haber tomado completa venganza de los moros, sería muy desairada.»

Decía *La Justicia:*

«El principal motivo de las conversaciones de esta tarde en los círculos políticos, era la actitud del sultán, y convenían los más, en suponer que la actitud de Muley Hassán, más ó menos sincera y espontánea, era de apreciar en el sentido de que, gracias á ella, si las palabras del sultán correspondían á sus actos, se evitaría una complicación más en el conflicto de Melilla.

»Lo que nadie quería creer era que la Nota del sultán fuera motivo bastante para suspender las operaciones militares comenzadas, no sólo por reclamarlo así el honor de

nuestras armas, si que también porque, dada la distancia á que se encuentran las llamadas tropas regulares de Marruecos, no sería ni decoroso, ni prudente esperar su llegada, para batir á los riffeños.»

Hé aquí cómo hablaba *El Correo Español:*

«A pesar de los optimismos ministeriales, la opinión se muestra reservadísima y temerosa de que al final resulte un tremendo pastel poco substancioso para la honra de España.

»Suspendemos todo juicio hasta ver en qué paran estas cosas: pero bueno será advertir que el sultán, en su famosa Nota, tras muchas protestas de buena amistad, nada dice del reconocimiento de nuestros derechos que es en verdad lo que más importaba.»

La Unión Militar, decía:

«Como se haya dicho que el Gobierno piensa sustituir las balas por notas, los elementos militares se muestran disgustadísimos, pues dicen, y llevan razón, que no podrán nunca aceptar la situación desairada en que se les coloca, dejando que el marroquí haga lo que corresponde á nuestro ejército.

»Porque el resultado verdad de las operaciones, hasta la fecha, es que nuestros soldados no han puesto el pie en territorio marroquí, ni han causado á los enemigos más bajas que las exigidas por la natural defensa; en tanto que los riffeños han matado á nuestros soldados en los fuertes y hasta en las mismas puertas de Melilla.

»Y la sangre española pide sangre marroquí, pero verti-

da por el ejército español, nunca por las tropas del sultán.»

***

Con la opinión de *La Izquierda Dinástica* y de *El Día*, ponemos término á esta revista de la prensa.

Decía la primera:

«¡¡Atrás ese mismo ministro de la Guerra que nos diezma por hambre y por el fuego enemigo antes, para cubrirnos después de ludibrio y afrenta por medio de una paz que sólo puede admitir un envilecido pueblo de cobardes!!»

El segundo, templando sus temperamentos, se expresaba de este modo:

«Claro está que la contestación del sultán no resuelve definitivamente el asunto. Es como el principio de las negociaciones que han de conducir: Primero, á afirmar los derechos de España á la construcción del fuerte Sidi-Guariach; segundo, al castigo de los riffeños que han atentado contra el territorio español, y tercero, á la indemnización de guerra que haya de darse á la nación.

»El Gobierno no ha concretado ni podía concretar sus reclamaciones, y mucho menos la relativa á la indemnización, cuya cuantía no es posible fijar hasta que se terminen las operaciones de la guerra; se ha limitado á hacer sus reclamaciones en términos generales, cuyo derecho reconoce el sultán.

»Pero como esto no es más que buena disposición,

cuyas primeras consecuencias se han conocido en la suspensión de las hostilidades, y es preciso asegurar el cumplimiento de todas las promesas, el Gobierno sigue enviando fuerzas á Melilla como si no hubiera negociación pendiente, y cuando llegue el momento oportuno, pedirá garantía material del cumplimiento de lo pactado, ya ocupando territorio, ya interviniendo en las aduanas.»

CAPÍTULO LXX

El artículo de «La Correspondencia de España»



E verdadera importancia hemos juzgado cierto artículo publicado por *La Correspondencia de España*, al recibirse la Nota del sultán á que hicimos referencia en nuestros capítulos anteriores, puesto que en él parecen reflejarse los temperamentos que parecían reinar ya en determinadas esferas.

Como puede comprenderse, con mayor motivo tratándose del periódico citado, tenía el artículo cierto sello de autoridad, y su espíritu contrastaba de una manera notable con otros de que hemos hecho mérito en capítulos anteriores, y extractados ó tomados del mismo periódico.

La Guerra y la Paz, se titulaba el artículo de referencia, y el contraste entre las ideas emitidas en él y las

de otros anteriormente insertos, no podía ser mayor.

El más miope puede ver en él, que las impresiones eran ya distintas, que el prisma bajo el cual se veía el asunto no podía ser más diverso, y que era lo más probable que estos fueran los nuevos derroteros porque trataba de lanzarse el Gobierno.

No se nos puede obscurecer, que desde el momento en que la Nota del sultán había llegado, la situación debía variar.

La cuestión estaba en haber obrado antes, con decisión y energía, de modo que cuando esa Nota llegara, el castigo se hubiera ya hecho sentir.

Pero no parecía si no que todo se había hecho para dar tiempo á que aquel documento llegara, para tener ya un dato en que apoyarse y que justificara la lentitud de los procedimientos.

***

Hé aquí el artículo á que nos referimos:

«Efectos muy varios ha producido en la opinión, la noticia de la Nota amistosa para España, enviada por Sidi Mahomet Torres al ministro de Estado. Y tan distintas han sido las impresiones, que no ya en un mismo círculo, sino en unas mismas personas se han sucedido las alternativas del júbilo á la desconfianza, del entusiasmo á la indignación. Tal hubo, que al saber el anuncio de la llegada del sultán, dió por acabada la guerra y entonó para sus

adentros un *Te Déum* por paz tan honrosa y fácil; á las dos horas temía ver menoscabada con esta intervención del Sheriff la gloria de nuestras banderas; y dos horas después, se congratulaba de que tronara de nuevo contra el infiel el cañón de Melilla, y á la postre no sabía si alegrarse ó afligirse del giro que llevaban los sucesos, y del desenlace próximo del conflicto.

»De los círculos políticos, no hay necesidad de referir juicios y comentarios, porque todo el mundo lo sabe por adelantado. Creyendo cada cual que sus ideales, detrás de los que, muchas veces, aun inconscientemente, van envueltos los intereses de partido, lo reduce todo á destruir al adversario, y forma especie de plancha metálica para que las balas disparadas en el Riff, vayan de rechazo á dar á quien le estorba en el logro de sus fines.

»Así, pues, el republicano, todas las soluciones, ya pacíficas, ya guerreras, las convierte en ataque á la monarquía; el conservador, sólo deduce de cuanto pasa y pueda pasar, que están demás el señor Sagasta y sus amigos en el poder; y entre los mismos ministeriales no faltan campeones briosos que declaran su firme convicción de que por haber muerto Alí el Rubio, ó vivir Maimoncillo el Moreno, debe venir cuanto antes una crisis parcial.

»Porque se vea que no exageramos, y se conozca hasta qué extremo se sacan las cosas de quicio, citaremos sólo dos ejemplos.

»Un periódico zorrillista, que suele distinguirse por el entendimiento y gallardo estilo de sus redactores, la em-

prende hoy, á propósito de la campaña del Riff, con las órdenes militares y excita á los calatravos, santiaguistas y hospitalarios á que marchen á Camellos y á las Cabrerizas para hacer la guerra al infiel marroquí.

»Y otro periódico, integrista, *El Siglo Futuro*, demuestra matemáticamente que la catástrofe del Teatro el Liceo de Barcelona, no es sino el justo castigo decretado por la Providencia por la matanza de frailes en el año 34, sin pensar que una vez merecida la pena por aquellos atroces crímenes, parecía más equitativo que la sufrieran sus vandálicos autores y no esos pobrecitos inocentes que quizá fueran fieles cristianos, católicos sinceros, acaso integristas, y hasta estuvieran en gracia de Dios.»

* * *

Justísimas son todas las apreciaciones hechas por el articulista en los párrafos que anteceden.

Efectivamente que hay exageraciones, cálculos, aspiraciones insensatas, exigencias ridículas en muchos periódicos y en gran número de personas que juzgan según su criterio, no siempre razonado y exento de apasionamientos de partido.

Pero también el periódico á que nos referimos participó de aquellos mismos entusiasmos, irreflexivos quizás, pero revelación exacta del patriótico afán que le dominaba.

También él se lamentaba de la lentitud, de la dejadez,

de la falta de tacto del Gobierno, en asunto que tanto afectaba á la honra nacional.

Empero, reflexionó sin duda mucho mejor después de haber estudiado la Nota en cuestión, y por esta razón decía:

«Pero no divaguemos: bástenos consignar que hay que apartarse de los extravíos de la opinión, sobre todo cuando está influida, y aun absorbida por el fanatismo ó por la posesión de una parcialidad ó de una secta.

»Vamos derechamente al asunto.

»La actitud del sultán ha mejorado, sin duda alguna, la situación.

»Si el sultán se hubiera negado á cumplir el art. 7.° del tratado de Wad-Ras, ó si se hubiese declarado impotente para someter á los riffeños, declarando que podíamos tomarnos la justicia por nuestra mano, habríamos tenido que hacer la guerra al imperio marroquí, ó por lo menos invadir su territorio por los sitios más estratégicos.

»Nada digamos del conflicto europeo, que habría sido probable que hubiera estallado en el acto. Supongamos que antes de formar ya un ejército expedicionario de 50 ó 60.000 hombres, no nos hubiéramos visto en el caso de optar entre la amistad de la triple ó de la duple alianza, y resolvernos á estar con Inglaterra ó contra Inglaterra.

»Demos por sentado que las potencias europeas nada nos hubieran exigido, y hasta hubieran visto con gusto nuestras victorias subsiguientes allende el Estrecho. ¿Era de desear esa guerra? ¿Habría sacado la patria algunos

fines positivos, después de la muerte de muchos de sus hijos y de gastar cuantiosas sumas de millones?»

* * *

Lástima fuera que el sultán se hubiese negado á cumplir lo estipulado en el tratado de Wad-Ras, y mucho más que confesara su impotencia para castigar á los riffeños.

Si esto no tenía necesidad de consignarlo, si estaba en la mente de todos, si sabido es que la multitud de tribus ó kábilas que habitan diferentes comarcas del Mogreb, maldito el caso que hacen de la autoridad del sultán, ¿qué confianza podía inspirar sus buenos propósitos?

Desde luego, que la situación de nuestro país no era la más á propósito para enredarnos en esa guerra que debía costar grandes sacrificios de hombres y de dinero, y lo mejor hubiera sido que el sultán se encargase de castigar á sus feroces súbditos.

¿Pero podía hacerlo? Y en caso de que pudiera ¿serían sinceras sus ofertas?

Esta era la cuestión.

«Los mismos periódicos de los extremos más opuestos en la política,—proseguía el articulista á quien nos referimos,—han rechazado, desde el principio, toda idea de conquista, y han declarado con firmeza y constancia que España no debía ir más allá que á garantir su territorio en el continente africano, á construir sus fuertes y á castigar

duramente, fieramente, la insolencia traidora de las kábilas salvajes del Riff.

»Por lo tanto, ó el sentido común ha emigrado de nuestro país ó debe ser motivo de satisfacción general el que el rey de Fez sea nuestro amigo y se ofrezca á darnos todo género de satisfacciones, y no que tengamos que hacer una guerra, si gloriosa, prolija, ruda y sangrienta.

»No es que la temiéramos; pero nadie, sin faltar á la voz de la conciencia y á los sentimientos de humanidad, puede decir que la deseara.

»Ahora bien; ¿está todo resuelto con la actitud del sultán? No.

»Tenemos que construir el fuerte de Sidy-Guariach, tenemos que adquirir seguridades completas para que en lo porvenir no sean alevosamente asesinados hasta en nuestro territorio los hijos de España; tenemos por último que imponer duro escarmiento á las tribus montaraces que han tratado de ultrajar nuestra bandera y que han pisoteado el derecho de gentes.

»Si el Gobierno se propone esto, es antipatriótico combatirlo en esa esfera de su acción: si logramos realizar todos esos planes de antemano convenidos, podremos quedar muy satisfechos, ya por nuestro propio honor nacional, ya también por el noble ejemplo que hemos dado á los pueblos de Europa.

»Si el sultán, cumpliendo sus ofertas y guardando la fe de los tratados, coopera á la acción de nuestras armas, y ya por el Sur ya por el Oeste, embiste á sus súbditos rebeldes

del Riff, los castiga, y los entrega á nuestro rigor, ¿hemos de indignarnos por esto? ¿Hemos de rechazar la acción del legítimo soberano de aquel imperio, porque sojuzgue la rebeldía de los suyos?»

***

Todas las razones aducidas en el artículo del cual tomamos los párrafos que anteceden, están llenos de buen sentido y efectivamente son atendibles.

Pero ¿por qué el mismo periódico, al igual que todos los demás que como él hablaban en estos días, no tuvo el mismo lenguaje prudente y mesurado desde los primeros momentos?

¿Por qué no trataron de templar ardores, en vez de excitarlos? ¿Por qué en vez de decir, como decía un redactor de la misma *Correspondencia*, en carta dirigida á este periódico, el párrafo que á continuación transcribimos referente á las jornadas de los días 27 al 30 de octubre, no opinaba porque debíamos dejar al sultán el castigo de los culpables?

«A mí se me ocurrió,—decía el señor Martos de la Fuente,—como único consuelo al presenciar la fúnebre decoración que se extendía ante mis ojos, que pronto, muy pronto, vamos á hacer á esos cadáveres unas exequias solemnes con salvas de artillería y disparos de millones de cartuchos; exequias que aguarda con ansia España entera y el ejército quiere verificar cuanto antes á la voz unánime de no hay cuartel, tocando á degüello general.

»¡Diez, ciento, mil por cada uno! Son todavía pocos; debemos aplastar entero al Riff para que esas víctimas estén vengadas y las lágrimas de tanta madre cesen de correr por sus mejillas.»

* * *

Mal se avienen los párrafos anteriores, verdadero grito de indignación producido por los actos de salvajismo presenciados, con los siguientes que sirven de término al artículo de que nos ocupamos en este capítulo:

«Ciertamente que no era necesario el concurso de sus armas,—refiriéndose á las del sultán;—nos bastaban nuestros valientes para reivindicar nuestros derechos. Pero si fiel á la obligación que tiene, acude y castiga, á sus rebeldes, ¿hay razón divina, ni humana, ni siquiera pretexto de ciego amor propio para ponernos foscos y clamar quejumbrosos sobre que se deprime el esplendor de las armas españolas?

»Seamos justos: no nos empeñemos en sacrificar, sin necesidad alguna, y por satisfacer el ansia de efectos dramáticos, las vidas de muchos millares de españoles, dejando á muchas madres sin hijos, á muchos hijos sin padre y á muchas mujeres sin esposos.

»Cuando el honor lo exige, todo sacrificio nos parece poco: pero cuando sin gran derramamiento de sangre quede inmaculada nuestra bandera, puro y brillante el honor español, y firmemente garantidos los derechos presentes y

la seguridad de lo porvenir, no pretendamos ser pródigos de las vidas y de la sangre de los hijos del pueblo para causar sensación en el público, que se divierte en los teatros, ó que necesita temas para discutir en el café, ó en el pacífico ciudadano que al calorcito de la chimenea, en las noches de helada, mientras se tirita de frío ó sufre hambre en el campamento, hojea los periódicos y exclama entre los gratos placeres de la digestión:

—»¿Pero por qué esos chicos no han ido ya al Gurugú?»

CAPÍTULO LXXI

El contrabando de armas en Melilla.—Donativos.—La actitud del clero español.—Caridad de las señoras

PRECISAMENTE en los momentos en que la situación era más crítica, cuando más enconados estaban los ánimos por efecto de los salvajes atentados de los moros, cuando todo el mundo se extrañaba de lo bien armados que estaban los riffeños, cuando ya se había dicho, según manifestamos en uno de nuestros capítulos anteriores, que por Gibraltar se hacía el contrabando, y que algunos españoles resultaban comprometidos en él, una noticia terrible fué á acrecentar la indignación general.

En la misma plaza de Melilla, entre nuestros mismos soldados, quizás sirviéndose de ellas para darles muerte, habíanse descubierto gran número de armas y municiones.

Y los complicados eran españoles, y entre ellos había algún militar.

Hé aquí lo que decían los primeros telegramas recibidos á consecuencia de este suceso:

«En Melilla mismo, en el barrio exterior del Polígono, se ha encontrado un depósito de armas, recogiéndose 231 carabinas Remington de contrabando.

»Hay viva indignación contra los judíos que hacen este tráfico, á quienes el general gobernador ha dado un plazo de veinticuatro horas para declarar las existencias que tengan en su poder. De lo contrario, se les aplicará rigurosamente la ley.»

. . . .

«A consecuencia del hallazgo de los Remingtons en el Polígono, se ha descubierto una asociación que hacía el contrabando en la plaza.

»Ha sido arrestado el teniente Fernández, jefe de una sección de policía, principal complicado en el negocio.

»Han sido también detenidos Antonio Álvarez, Antonio Villalba y José Bruno Álvarez, dueño este último de la casa en que se cogió el contrabando.»

. . . .

«El importante contrabando de guerra que se ha cogido en el barrio del Polígono, consiste en más de 400 armas de fuego de todas clases, 20.000 cartuchos y un depósito de pólvora.

»Lo ha descubierto la Guardia civil, por confidencias de un penado de Melilla.

»Este contrabando se hace de complicidad con unos agentes del campo de Gibraltar.»

***

Nada en realidad tan horrible como el inmoral y criminal deseo de dinero, que lleva á los hombres á poner en manos del enemigo, las armas con que han de dar muerte á los mismos compatriotas, á aquellos que quizás momentos antes habían estado confraternizando con los que tan villanamente les vendieran.

Así se comprende la indignación que en la plaza reinaba según se desprende de los siguientes párrafos de una correspondencia que obra en nuestro poder:

«Continúa instruyéndose la causa del contrabando de municiones y fusiles.

»Ha sido preso un hebreo llamado Isaac Agramunt, súbdito francés, muy amigo de los moros y de los principales comerciantes de la plaza, y muy caracterizado entre lo suyos.

»El teniente que manda la partida de policía, comprometido en la causa del contrabando, sigue arrestado.

»Continúan descubriéndose depósitos de armas. Se han encontrado, entre todos, 32.000 cartuchos.

»El teniente Ibáñez, en un registro que practicó en el Polígono, se apoderó de algunas arrobas de pólvora que estaban enterradas en el suelo.

»Macías ha publicado un bando conminando con las

severas penas en que incurren los que hacen este género de contrabando, á los contrabandistas, y dando un plazo de cuarenta y ocho horas para que se le presenten las armas que indebidamente y sin autorización se tengan.

»Entre los militares causa todo esto inmensa indignación. Les subleva y abochorna la idea de que las balas que mataron á Cabrelles, á Valverde, á tantos bravos oficiales y soldados de nuestro ejército, hayan sido vendidas por individuos de ese mismo ejército español.

»En la causa se descubren horrores. Hay complicada mucha gente y aparecen culpables muchas personas que debían pasar por intachables.

»Asegúrase que el día que se sacaron más fusiles para el campo moro, fué el 7 de octubre en que se celebraron las honras por los muertos del día 2.

»Subleva, indigna el que de este modo háyase podido municionar á las kábilas.»

Efectivamente que para sublevar el ánimo es, pensar que tal vez las armas que enviaron la muerte, no ya al general Margallo y á los valientes oficiales que pagaron con la vida su heroico ardimiento, si no las que segaron en flor, la existencia de los obscuros soldados, de esos héroes ignorados, única esperanza tal vez, de ancianos y miserables padres, habían sido proporcionadas por los mismos españoles residentes en Melilla, por los mismos militares.

* * *

Marcado contraste formaban con la indignidad de aquellos procedimientos para adquirir un dinero manchado con sangre, el entusiasmo y los procedimientos de particulares y corporaciones, que llenos de entusiasmo acudían con su óbolo en ayuda del Gobierno para llevar á feliz término aquella empresa de carácter verdaderamente nacional.

«Todas las clases, todas las posiciones, todos los espíritus; del centro de población al lugarejo que ni está en el mapa; desde los Círculos y Sociedades que reúnen miles de pesetas hasta el albañil de Cádiz que no teniendo qué dar á los heridos de Melilla se da á sí mismo, con su personal trabajo, y desde las damas de abolengo que envían dinero y ropas y vendajes, hasta un trabajador de Zaragoza que ofrece al Gobierno, para un soldado inválido, la cruz con treinta reales de pensión que ganó en Cuba, todos disponen para los sacrificios que la guerra exija, de una caridad que no se harta y de un patrio amor que se desborda.

»Armas, ropas, dinero, municiones. Regalos como de madre, en dulces, en vino, en tabaco, en las mil futesas que piensa la ternura, para animar á los que parten. Hospitales de sangre, socorros, pensiones para asistir é indemnizar á los que vuelvan y á las familias de los que se queden. De todo posee España para sus hijos que la defienden, y de todo da con mano generosa.

»En esta rivalidad de sacrificios ha dado el clero español uno de los más hermosos espectáculos.

»Fué su primera nota,—una de las primeras de la opi-

nión que citó *El Liberal*,—el ofrecimiento del ilustre Monescillo, poniendo sus oraciones, su dinero, su entusiasmo siempre joven, su patriotismo siempre lleno de fe, á disposición entera del Gobierno.

»Continuaron todas las eminencias del sacerdocio y todo el sacerdocio en general, dando limosnas y consuelos á los soldados que partían, multiplicándose en el desear y el ofrecer con todos para todos. Para el Hospital de sangre, para el socorro á los expedicionarios, para el armamento á las tropas, para el sufragio á los muertos, el clero español ha mostrado un patriotismo sin fin, una solicitud sin igual, una caridad sin hartura.

»Ahora da otra prueba de sus sentimientos generosos. Todo el sacerdocio aragonés, y con éste el de casi toda España, ofreciendo nuevas sumas, pone á contribución para las exigencias nacionales un día de haber de su sueldo mensual.

»Nota esta última de su caridad que no se agota, la recogemos como la primera,—como hemos recogido cuantas manifestara la opinión en su entusiasmo desbordado,—enviando nuestro aplauso á este clero español tan noble, tan sufrido, tan heroico, que nos ofrece un hermoso espectáculo en la ocasión presente con el olvido de sus necesidades, el recuerdo presente y vivo de cuanto pueden los esfuerzos de su patriotismo y de su caridad.»

* * *

Así se expresaba uno de los más populares periódicos de España, y razón tenía diciendo que al herir la fibra del patriotismo, todos los corazones españoles laten unísonos.

Seguían recibiéndose de todas nuestras colonias ultramarinas multitud de auxilios y ofrecimientos, que demostraban una vez más el acendrado patriotismo de aquellos buenos ciudadanos, y el interés que allí despertaban las desgracias que afligen á la metrópoli.

A los auxilios y ofrecimientos que hemos hecho públicos ya, tenemos que añadir el donativo hecho por la sociedad el «Iris de la Habana». Esta sociedad giró 2.000 pesos al señor ministro de Ultramar, para contribuir al socorro de los perjudicados en la catástrofe de Santander.

También se recibió un telegrama del gobernador del Banco Español de la Habana, manifestando que el Consejo de aquel establecimiento había acordado poner á disposición del Gobierno 5.000 pesos de la subscripción nacional, abierta para atender á las necesidades de la campaña de Melilla.

Por el cable se dió orden de tener dicha cantidad á disposición del Gobierno.

El ilustre prelado de Zaragoza, Su Eminencia el cardenal Benavides, encabezó con 1.000 pesetas la subscripción iniciada por la Diputación provincial, para ayudar á los gastos que ocasione la guerra de Melilla.

El cabildo catedral acordó ceder un día de haber mensual mientras durase la campaña.

Finalmente, todos los pueblos de la provincia rivalizaban en procurar auxilios.

Hasta las mismas familias residentes en el extranjero no permanecían, en los momentos en que hablamos, sordas á la voz de la patria.

En las tertulias de la señora de Iturbe, en París, se trabajaba en la confección de prendas para nuestros soldados de África, y de ropas para los hospitales de sangre.

La duquesa de Valencia, viuda del general Narváez, envió desde la capital de Francia importantes socorros á la Cruz Roja de Madrid.

La señora de Dotres y sus amigas, la señora viuda de Mendoza, la señorita de Álava y otras, empezaron también á trabajar para proveer de ropas de abrigo, y de prendas útiles á nuestros soldados.

Muy pronto enviarían á Melilla una buena cantidad de pañuelos.

CAPÍTULO LXXII

Un cuadro para los que pedían que se tuvieran consideraciones á los riffeños.—Una carta conmovedora



ESDE luego que ni somos de los que á todo trance, y sólo dejándonos llevar de los impulsos de nuestro corazón, hubiéramos pedido la guerra si no la creyéramos justificada, ni de los que, á ver una posibilidad de quedar honrosamente, la habríamos rechazado.

Decimos esto, porque no se nos tache ni se nos coloque entre los que desde su gabinete de trabajo piden y reclaman la guerra de que otros puedan ser las víctimas.

En ninguna de estas categorías nos hemos de colocar.

En primer lugar, porque acostumbrados á hacer historia y á compulsar lo que otros que, en semejantes estudios nos precedieron, han dicho, hemos procurado siempre pres-

cindir de nuestras simpatías, de nuestros apasionamientos, para juzgar los hechos con la frialdad que siempre ha de ser la norma del historiador.

Por lo tanto, desde el principio de la cuestión riffeña, hemos procurado dominar nuestros propios impulsos al objeto de mirar los acontecimientos con la imparcialidad tan recomendada en esta clase de trabajos.

En su consecuencia, como que para nosotros la cuestión de Melilla no arrancó precisamente del día 2 de octubre, si no que procede de mucho antes, creímos y hemos seguido creyendo, que debió hacerse el escarmiento á raíz de alguno de los muchos actos de vandalismo, llevados á cabo por los riffeños.

Ahora bien, ya que no se hizo antes, con lo cual tal vez se hubieran evitado las jornadas del 2 de octubre, inmediatamente que esto sucedió, debió castigarse enérgicamente á los que de tal modo ultrajaron nuestro pabellón, sin contemplaciones, sin distingos, sin notas.

Después del castigo, en buen hora podía haberse dado parte al sultán de lo hecho, y procurar el cumplimiento estricto del tratado de Wad-Ras.

Esto parecía lo lógico, esto reclamaba la magnitud de la ofensa.

La opinión pública, la prensa de todos matices así lo pidió también, y sin embargo no se hizo y se dió lugar á nuevos sucesos que ensangrentaron el suelo africano en el espacio que pertenecía á España.

¿Con qué podría pagar el sultán ni compensarían los

riffeños la sangre derramada y las horribles agonías de los infelices soldados agonizando en tan horrible delirio en el hospital de Melilla?

A los que pedían consideración para aquellas hordas salvajes, esperando el castigo que el sultán les diera, debemos recomendar los párrafos de la siguiente carta firmada por el señor Morote, tantas veces citado en nuestro libro.

* * *

Decía así:

«Vengo atribulado, afligidísimo de ver tanta desdicha... Si no hubiera otro motivo para apresurar el comienzo de la campaña, sería esta vecindad del Hospital la que obligara á llevar los soldados fuera de Melilla. El campo de batalla puede contener muchos horrores; pero nunca contendrá las náuseas y el espanto permanente que produce un Hospital. Del campo de batalla se retiran los heridos, se trasladan á la plaza, y el soldado deja de ver el espectáculo del dolor, la ferocidad de la guerra. Pero cuando la tropa vive como ahora dentro de Melila, y tiene en el Hospital á sus amigos, á sus compañeros, á los números de su compañía ó de su batallón, es fuerza que por curiosidad ó por cariño visite á los heridos, asista á la curas, tenga delante de sus ojos el dolor de tanto infortunio.

»No es lo mismo, no, ver morir en el campo que ver morir en el Hospital. La muerte de Margallo, la muerte de Cabrelles, la muerte de tantas víctimas de los días 27 y

28, tenían algo muy tremendo por la celeridad del golpe, por la semejanza con el rayo que aniquila; pero tenían mucho de hermoso, un como elemento supraterreno, en que al cesar la vida de este mundo parecía comenzar una vida inmortal. La supresión de la agonía poetizaba la muerte. En ella no había ningún elemento repugnante.

»Pero la muerte en el Hospital, esa muerte que se ve venir entre horrendos sufrimientos, en que no se acaba de vencer al dolor, en que los ayes del herido se confunden con el último estertor del moribundo, en que las moscas parecen heraldos de la corrupción cadavérica, es espectáculo de cuya vista se debe apartar, por humanidad y por interés de mantener vivo el espíritu del soldado que heroicamente se bate.

»Nada de hospitales en Melilla. El traslado de los heridos á Málaga, es la más acertada medida que se haya podido dictar. Aquí no deben quedar más que aquellos que no puedan ser trasladados sin peligro de muerte.»

***

Efectivamente, nada más horroroso, nada más desesperante que ver aproximarse la muerte en la triste sala de un hospital, entre el gemido que arranca el dolor al que se agita en la cama inmediata, y la imprecación del herido á quien acaban de amputarle un miembro que le inutiliza para siempre para poderse ganar el sustento.

Y al pensar que esto no ha sido producido por una des-

gracia imprevista, por un acaso de los que por desgracia sobrevienen en la existencia, si no por la felonía de unos salvajes, por el abandono con que los Gobiernos han mirado nuestras posesiones fronterizas al Riff, más desconsolador, más horrible todavía es el efecto que aquellos cuadros producen.

«Veía yo hoy,—decía el señor Morote,—en el Hospital, á Trinidad Pérez, un herido del día 2, con dos balazos en el pecho, cortado el brazo derecho por consecuencia de una bala, en cabestrillo el brazo izquierdo por obra de otra bala, la cabeza vendada ocultando el ojo izquierdo, vaciado por la quinta bala... ¡Se pueden contar los sufrimientos de ese hombre! Durante treinta y cinco días ha estado tendido en su lecho, teniendo sólo para distraer sus pesadillas, para bálsamo de sus dolores, el constante ingreso de otros heridos á quienes había que practicar operaciones dolorosas.

»No decimos nada de cómo ha estado y está asistido el artillero Trinidad Pérez. El celo de los médicos no será nunca bastante encomiado. ¿Pero acaso los medios, las condiciones de este Hospital no son deficientísimas?

»Alguna sala del Hospital Militar de Melilla, cual la que ocupa el mencionado Pérez, tiene ventana al mar, y con ello ventilación sana y suficiente; pero la mayor parte de las salas, las que dan al patio, las colocadas en la parte posterior del edificio mirando á la plaza, son lugares en que tienen libre acceso la infección y la peste.

»En una de las salas estaba expirando un soldado de

los heridos del día 28. Le administraban los Sacramentos. Deliraba, deliraba mucho... Decía que mañana le tocaba salir, que no corrieran tanto, que debajo de la cama tenía escondida una cabeza de moro; que su madre estaba bordando una bandera para su regimiento... Y la agonía de aquel hombre, á nada comparable, la podían presenciar hasta los chiquillos; la agonía de aquel hombre será esta noche la conversación de todos los soldados.»

* * *

Nota dolorosísima, en esta crónica de los acontecimientos de Melilla que venimos haciendo, es la que ofrece la carta de aquel diligentísimo y excelente corresponsal.

¿Era posible contemplar semejantes cuadros, sin sentir, á la par que un dolor inmenso por tan prolongados sufrimientos y tan desesperadas agonías, un odio profundo contra los autores de aquellas muertes?

Comprendemos muy bien, que tampoco los fusiles de nuestros soldados, ni los cañones de nuestros fuertes, estaban cargados de confites, y que también sembraron la muerte y la destrucción entre los contrarios.

Pero las circunstancias varían por completo entre unos y otros.

Los riffeños habían sido los provocadores de siempre.

Ellos se habían recreado con la muerte á traición de nuestros soldados, con los alevosos ataques á nuestros bu-

ques que, impulsados por la cólera de los mares, se aproximaban á sus inhospitalarias playas; por lo tanto, si vieron destruidas sus viviendas, si sucumbieron muchos entre horrendos sufrimientos, ellos y sólo ellos tenían la culpa.

Pero nuestros pobres soldados, víctimas de su deber, reclamaban un castigo eficaz, rápido, vigoroso, enérgico.

No que procediese del sultán, á quien ni respetaban, ni temían, sino del Gobierno español á quien habían ultrajado.

Para completar aquel cuadro de horror, tan magistralmente trazado por el señor Morote, terminaba su carta en estos términos:

«No lo decimos por sentimentalismo, pero bien es que se ahorren y eviten cuantos padecimientos del ánimo pueda tener nuestro heroico soldado. Los horrores del sitio en Cabrerizas Altas, tenían el carácter de lo inevitable y de lo fatal. Pero el Hospital al lado del campamento es una desgracia remediable. El Hospital debe desaparecer de Melilla por higiene; por piedad al sano y al herido; por la necesidad suprema de alejar el dolor del peligro... En cualquier parte, hasta en Chafarinas, que es lugar próximo, podría instalarse un Hospital.

»Pero, en fin, olvidémonos de aquella visita, porque si queremos acrecentar el terror y la angustia, sólo tenemos que recordar aquel cementerio de Cabrerizas Altas... Por la caponera del foso, por donde apenas podía pasar un hombre vivo, culebreando por el angosto agujero, sacaron

empujándolos, tirándolos de los pies, á nueve cadáveres. Como el suelo del foso es de dura piedra, no se pudo cavar muy hondo, y allí quedaron medio descubiertos. A esos no podíamos visitarlos. Hubiéramos tenido que espantar á los cuervos.»

CAPÍTULO LXXIII

Otro dato para demostrar el cambio de opiniones entre los que, desde el gabinete, juzgaban los hechos y los que estaban presenciándolos



IEMPRE se ha dicho que entre la opinión del que juzga un suceso á distancia y el que se encuentra en el mismo teatro donde aquél se desarrolla, existe una enorme diferencia.

El que se halla lejos del peligro y por lo tanto no puede apreciarle debidamente, juzga que todo es fácil y se lamenta de la calma con que el otro procede.

Pero en el caso de que hablamos, variaba por completo de aspecto la cuestión.

Los que estaban en Melilla comprendían la necesidad del escarmiento, siquiera éste hubiera de costar nueva sangre; mientras los que estaban en Madrid, tranquila-

mente sentados en los gabinetes y al abrigo de toda agresión, recomendaban la calma y la prudencia.

El señor Martos de la Fuente se expresaba en estos términos en una de sus cartas á *La Correspondencia de España.*

Por más que algunos de los hechos á que se refiere, hayan sido tratados ya en nuestros capítulos anteriores con mayor extensión, por no quitarle interés á la carta en cuestión, la transcribimos íntegra:

«1.º noviembre.

»Tres días mortales en Málaga aguardando una orden de salida que siempre se daba por la mañana para revocarse por la tarde, fueron los precedentes con que nos embarcamos, para este pedazo de tierra que teníamos olvidado todos los españoles, y alrededor del cual se mueve hoy todo lo que piensa y siente en España, desde la opinión de Cánovas, que diariamente en uno ú otro periódico dice la última palabra sobre política riffeña, hasta la anécdota sobre cualquier episodio de la guerra, contada en la tertulia del café, y el recibimiento ó despedida entusiasta hecho en esta ó la otra población á los soldados.

»Todos los periódicos, todas las conversaciones, toda la vida en fin, se hallan estos días concentradas en la Melilla olvidada de años y años anteriores, en la Melilla para quien los lustros eran siglos comparados con su lentísimo progreso y cuyos cañones vieron indiferentes pasar desde las fragatas de conquista de vela, hasta los modernos torpederos

en forma de tubo, que á todo se asemejan menos á un barco.

»Nos embarcamos á las cinco de la tarde para salir á las ocho de la noche, hora en que se acabó de cargar un barco que llevaba tres días en el puerto de Málaga, y que tenía 300 toneladas. Pero se me olvidaba decir que este barco era el *Sevilla* y lo tenía que cargar la Administración española, que aunque hiciera milagros no podía embarcar lo que quizá el día antes estaba terminando deprisa el fabricante á quien se pidió á última hora.

»Una noche á bordo de un barco que tiene doce literas para 24 pasajeros de primera, sólo se pasa regular con prodigios de amabilidad, como los que nos tuvo nuestro capitán D. Onofre Bachs, á quien envío desde ésta, la seguridad de mi constante agradecimiento.

»Muy temprano todavía, divisamos la inhospitalaria costa de África, preguntándonos todos los pasajeros con ansia, á los que alguna vez habíamos estado en Melilla, hacia donde se encontraba, consultando en seguida el horizonte con los gemelos, sin que pudieran distinguir el motivo incesante de su deseo.

»Doblamos el cabo de Tres Forcas, oyendo y divisando en seguida el cañoneo de la plaza y los barcos. ¡Qué ansiedad se pintó en todos los semblantes! Nos reciben dignamente, dice algún tourista que viene en busca de emociones. ¡Pobres soldados, pobres madres! dice alguno para quien la curiosidad no es principal incentivo, ni en quien el amor nacional ahoga ese cariño profundo que siente el padre por su hijo.

»Bien pronto nos dimos cuenta de los detalles del campo; empieza á dibujarse en el horizonte los contornos de la plaza y el fuerte de Rostrogordo, primero que se ve; comprendimos que un barco de guerra estaba cañoneando la costa por aquel lado, y á una pedimos al capitán que acerque todo lo posible para ver mejor.

»Hecho esto, acercados al *Venadito*, que disparaba sobre la casa del santón de la Puntilla, seguimos cada disparo con la respiración en suspenso, hasta ver dónde estalla la granada; en aquella cañada, en aquel grupo de casas, dice uno: mirad el polvo y el humo que se levanta; la casa del santón por tierra; y un viva espontáneo, sublime manifestación de la alegría que embargaba nuestro ánimo, atruena el espacio, contestando en seguida el *Venadito* haciendo otro blanco en la casa del santón y subiéndose los marineros á las vergas dando vivas á España, que se confundían con los nuestros á la marina española.

»El crucero siguió haciendo lo mismo con todos los caseríos de la costa hasta doblar el cabo, desapareciendo de nuestra vista, y nosotros dábamos fondo enfrente de Melilla y al lado de la gloriosa *Gerona.*»

***

¡Lástima grande que todo el entusiasmo que se refleja en los anteriores párrafos, todo aquel afán de combatir un enemigo que no por ser tosco é indisciplinado dejaba de ser númeroso y de hacer alarde de un refinamiento de

crueldad imposible de disculpa, hubiera de dominarse ante las órdenes superiores emanadas de Madrid!

La carta continuaba de este modo, refiriéndose á días posteriores:

«6 noviembre.

»Ya que, conocidos del todo los hechos ocurridos en este campo de operaciones, se habrá rehecho la opinión, y no creerá nadie en un desastre, como daba á pensar la retirada de los generales á los fuertes, y la muerte del desgraciado Margallo, ya es hora de que se piense de una vez en *formalizar las operaciones y no seguir en una situación insostenible*, *vergonzosa si cabe*, *para España*, *que á los veintiséis días de recibir una ofensa que determina una guerra*, *no tenía en el campo del combate más de* 4.000 *hombres*, *obligándoles á hacer una retirada*, que los profanos podían considerar como tremendo desastre, aunque no sea más que una consecuencia de no tener fuerza suficiente para sostener unas posiciones ganadas á costa de tanto valor, tanto heroísmo como demostraron nuestros soldados el día 28.

»La opinión pública, impresionable como toda multitud que siente más que piensa, contrastando con las languideces del día siguiente de conocerse detalles de la acción del 28, se mostraba en Málaga satisfecha y contenta con el resultado de la del 30, que descartando el que no iban á libertar ningún general sitiado en un fuerte y que la retirada, una vez aprovisionado Cabrerizas, se hizo con menos precipitación y más orden, como consecuencia de ser una operación pensada de antemano y no impuesta por las cir-

cunstancias, se parecía tanto á la anterior como que tuvo el mismo objeto y el mismo resultado.

»No tuve el gusto de asistir como testigo, más ó menos de cerca, á la acción del 30; pero sí he tenido ocasión de oir de labios de los que tomaron parte en ella, la confianza que les inspiró la dirección del digno general Ortega, que sin jactancias ni vanaglorias, supo estar donde su deber le llamaba como general y como soldado, dirigiendo con una seguridad y dominio de sí, admirables, aquella acción que, además, ha tenido la fortuna de levantar tanto el espíritu de España. Más vale así, porque en circunstancias tan críticas, cualquier desfallecimiento podía costarnos caro, y sólo es patriótico, sin fijarse en procedencias y disculpando deficiencias incausables, unirse todos, dando tregua á toda otra aspiración, hasta vengar la ofensa nacional pendiente.

»Seguimos teniendo una acción, siempre que hay que aprovisionar un fuerte. Apenas llegamos, le tocó el turno á San Lorenzo y Camellos, encargándose de las operaciones el digno general Moreno Monroy, con la brigada de cazadores.

»Todo se hizo en el mayor orden; hubo algún fuego que costó una herida grave en la boca á un pobre cazador de Segorbe, y una leve en la mano, á otro soldado del mismo batallón.»

***

Dignas de meditarse son las frases que hemos subrayado en otro lugar.

En ellas está condensado cuanto pensaba el ejército,

cuanto pensaban los que en cumplimiento de su deber, habían acudido á Melilla á ser testigos presenciales de los sucesos que allí se desarrollaban.

Hubiérase procedido como se debía, con la energía que reclamaba el caso, y no se hubiese dado lugar á la Nota del sultán, que venía á ser como una ducha helada arrojada sobre el entusiasmo popular.

El señor Martos de la Fuente, terminaba su carta en estos términos:

«Pero el convoy que despertaba todos los recelos de una acción grande, era el de ayer, 3, á Cabrerizas Bajas, Altas y Rostrogordo. Tenía por objeto el de siempre: llevar agua, víveres y municiones, y recoger los equipos de soldados muertos, que fueron enterrados en los fosos del fuerte de Cabrerizas Altas en la mañana del 30. Todavía era de noche cuando la brigada de Castillejo, compuesta de los regimientos de Pavía y Álava, además del batallón Disciplinario, ese puñado de héroes que siempre entra el primero en fuego, las dos baterías de montaña, los 300 tiradores Maüsser y la sección de caballería, ocupaban casi sin hostilizarles las alturas intermedias de Cabrerizas Altas á Rostrogordo y algunas de las cañadas de Cabrerizas Bajas.

»El convoy salió á las seis menos cuarto de la plaza y llegó á todos los fuertes con peligro, pero no con el tremendo fuego del día 28, dejando en los fuertes los aprovisionamientos; y empezada la retirada de nuestros soldados, empieza el vivísimo fuego de un enemigo casi invisible, pero que hacía bajas en los bravos de Pavía; des-

cúbrense alguna vez y les tira la artillería; tratan de cazarlos con sus nuevos fusiles los magníficos tiradores del Maüsser, y pocas veces ven blanco. Las guerrillas de Pavía hacen fuego tremendo; constantemente se ve el humo, no interrumpido, de sus disparos, retirándose poco á poco, en perfectísimo orden é interviniendo nuevas fuerzas para poder dejar unas posiciones que se habían tomado con ligeros tiroteos. Hé aquí lo raro de la guerra de Melilla. En toda guerra donde el enemigo tiene trincheras, desde donde tira, lo que cuesta trabajo es adelantar un paso hacia ellas; pero los moros, aficionados sólo á esa lucha cruel y cobarde de emboscadas, nos dejan acercar para tirarnos mejor cuando nos retiramos.

»El regimiento de Pavía y el batallón Disciplinario fueron los héroes del día: verdad es que en nuestro ejército siempre es héroe el que le toca pelear; pero era tanta la furia de los valientes del Disciplinario, que fué necesario tocar tres veces á retirada, para que atendieran la orden. ¡Honor al batallón y á su valiente oficialidad!

»¿Hasta cuándo durarán estas acciones para aprovisionar los fuertes, que dan ocasión á decir que el pan que se comen aquellos soldados está amasado con la sangre de sus hermanos?»

* * *

Ampliando los detalles respecto á la conducción del convoy del día 7, tomamos los siguientes datos de los documentos que tenemos á la vista:

«Son las nueve de la mañana.

»Se está organizando el convoy, que se compone de 37 carros.

»Dos piezas de á ocho quedarán en Cabrerizas Altas.

»Es el mayor convoy organizado hasta ahora.

»Conduce raciones y agua para diez días.

»Antes de salir el convoy, corre el rumor de que los moros no le atacarán.

»El general Macías vuelve ahora del Polígono, donde ha celebrado una conferencia con el general Monroy, jefe de la brigada encargada de conducir el convoy.

»Macías ha hablado también con un parlamentario moro que llegó al Polígono poco antes.

»Sé que hace dos noches se envió al campo, con instrucciones, á un moro que estaba encerrado en el fuerte de Victoria Grande.

»Como resultado de dichas instrucciones, hoy ha regresado el prisionero, trayendo el encargo de las kábilas de pedir la paz.

»Asegura el emisario que tienen los moros muchos heridos, y que no dispararán sobre el convoy si se suspende el cañoneo.

»El general Macías ha ofrecido suspender el fuego si los moros cumplen su palabra al pasar el convoy.

»Los riffeños conocen ya el carácter enérgico del actual gobernador de la plaza, desde que años atrás ejerció el mismo mando, y saben que si no cumplieran sus ofertas el castigo sería durísimo.

»A las once de la mañana, los batallones de cazadores que desde el Polígono salen hacia Las Horcas, empiezan á tomar posiciones.

»Del fuerte de Camellos se destacan dos piezas de artillería de montaña, al mando de un teniente.

»Una batería montada sube por el antiguo camino de Rostrogordo y toma posiciones en Horcas Coloradas.

»El convoy permanece parado en el campo de Instrucción, aguardando que las tropas flanqueen los sitios por donde tiene que pasar.

»Una batería de montaña ocupa el cerro de las Guarreras. Al lado se despliegan los tiradores Maüsser.

»El batallón Disciplinario avanza por las alturas que dominan el fortín de San Francisco, ocupando posición avanzada hacia Cabrerizas Bajas.

»Los fuertes permanecen con las puertas cerradas y despejados alrededor.

»Hay expectación grandísima, y á pesar de los ofrecimientos de los moros, todos esperamos que empiece el fuego.

»El general Monroy, con su estado mayor, sube por el antiguo camino de Rostrogordo hacia la altura de las Horcas, y al sitio donde tomó posiciones la artillería montada.

»El convoy empieza á ponerse en marcha á la una de la tarde.

»La tercera batería de montaña sube detrás del cuartel general, y ocupa posiciones entre éste y la batería mon-

tada, más en dirección á Rostrogordo, dominando las cañadas de Cabrerizas Altas.

»La batería montada hace una evolución, y se coloca más hacia la derecha entre Cabrerizas y Rostrogordo.

»El regimiento de Dragones de Santiago marcha al campo de Instrucción, colocándose un escuadrón en la falda del cerro de las Guarreras. El grueso de la fuerza quedó entre San Lorenzo y Camellos.

»Nuestras guerrillas ocupan á la una y media las trincheras delante de Cabrerizas Altas, y en los cerros que están á la derecha de Cabrerizas Bajas se ocupa una posición avanzadísima que no se ha ocupado ningún día.

»Hasta ahora no se ha disparado un solo tiro.

»La columna Ortega sigue colocada de reserva detrás de la artillería.

»Monroy se adelanta mucho haciendo ocupar algunas posiciones.

»El convoy avanza ya por el llano que existe entre Cabrerizas Bajas y Altas, escoltado por el grueso de la columna.

»El batallón de Segorbe ha dejado algunos carros en el primer fuerte.

»Varios oficiales presenciaron conmigo llenos de entusiasmo la operación, y aplauden el acto de ocupar tan ventajosas posiciones y la marcialidad de nuestras tropas, que se despliegan en guerrilla con gran facilidad, confundiéndose por el color de su traje de mecánica, con la tierra de las posiciones.»

* * *

Ya nos ocupamos en otro lugar de la disposición tomada por el general Macías, respecto á que los oficiales abandonaran el uniforme que servía de blanco á los moros y que tantas bajas causó en los anteriores combates.

«Las primeras guerrillas,—dicen los corresponsales á quienes consultamos,—llegaron á Cabrerizas media hora después de haber salido del barrio del Polígono. Se abren las puertas de los fuertes, perdiendo el tristísimo aspecto solitario que tenían.

»Los carros han estado una hora delante y en el patio de Cabrerizas Altas, descargando los víveres y el agua.

»Se han dejado allí también algunas piezas de á ocho.

»Durante esta operación, un grupo de 200 moros ocupaba la trinchera que domina la puerta del fuerte y el cerro llamado Narrofuente, agitando alguna vez banderines blancos, sin hostilizar desde este cerro á nuestras avanzadas. Están tan cerca de los nuestros, que podría hablarse con ellos.

»Vemos muchísimos moros por todas partes. La mayoría de ellos se dirigen hacia Benisicar, al sitio donde estuvo la mezquita de Sidy-Guariach.

»Se reúnen muchos contemplando las ruinas de su templo.

»En el llano, delante de Frajana, en los mismos límites del campo, hay muchos diseminados.

»La facilidad con que se dejan ver, indica bien á las claras que no pelearán hoy.

»Gran número de ellos llevan jaiques blancos.

»Vemos que varios adelantan á caballo por el camino de Guariach. Nos parece que vienen de parlamentarios hacia los nuestros. Se detienen en la mezquita y siguen hacia Benisicar.

»En la cañada izquierda de Sidy-Guariach, se ve un grupo de unos 1.000 moros.

»Casi todos están vestidos de blanco, y se distinguen perfectamente sus evoluciones.

»En el sitio donde se acostumbraba á celebrar la feria de Frajana, se reúnen también varios grupos de moros.

»No puede decirse lo destruidos que están los caseríos; ni uno solo tiene techo; se distinguen perfectamente los destrozos causados por nuestras balas.

»Empiezan á retirarse las tropas.

»La ansiedad es grande. ¿Harán ahora fuego los moros, según su costumbre? Pasa algún tiempo y las tropas continúan su retirada ordenada y correctísima.

»Los moros siguen sin hostilizarnos en lo más mínimo.

»Nuestras tropas ofrecen en su formación un aspecto imponente; maniobran de un modo admirable.

»Este ha sido un señalado triunfo obtenido por la diplomacia del general Macías. Nadie esperaba un resultado tan satisfactorio.

»La jornada de hoy ha sido la primera batalla que ha ganado la inteligencia sobre los rifeños.»

CAPÍTULO LXXIV

Conferencias con los bajás.—Telegramas oficiales

En otro lugar indicamos ya que los moros habían sufrido bastante por efecto de los cañonazos del *Venadito*, y ellos mismos no podían menos de confesarlo.

El día 9 de noviembre, el soldado Antonio Miguel mató á un moro que le disparaba desde una distancia de cincuenta metros.

El soldado era de la sección de tiradores, que estaba de avanzada. Poco después, estos mismos encontraron cuatro riffeños que recogían cartuchos descargados.

Dos de los moros huyeron, resistiéndose los otros. A uno le mataron los tiradores y al otro le llevaron á la plaza.

Por la tarde fué encontrado y detenido otro. Recogía

también vainas de cartuchos y llevaba gumía y espingarda que nuestros soldados le quitaron.

«Hablé con él,—dice un corresponsal.—Díjome ser de la kábila de Benisicar, cerca de Puntilla. Preguntéle si les había hecho mucho daño el *Venadito*, y me contestó que sí; que los barcos de los cristianos les hacen mucho daño.»

Sin la intervención de los oficiales de Cabrerizas, los soldados hubieran matado al moro.

* * *

Ya expresamos en uno de los capítulos anteriores, que se trataba de nuevas conferencias.

La táctica de los moros, sabido es que consiste en utilizar estas embajadas, así para adquirir noticias respecto á los aprestos que contra ellos se hagan, como para proveerse de algunos artículos de que carecen.

Así sucedió muchas veces en la época del general Margallo, y así por lo visto pretendían que continuase en la del general Macías.

Sin embargo, no se mostraba éste tan dispuesto á dejar que los enviados se enteraran de lo que pasaba en nuestro campo.

Tal vez conocía mejor á los infieles que su antecesor, y de aquí la conducta que con ellos usara.

* * *

A las dos y media de la tarde llegaban á la orilla del Río de Oro los bajás del Campo y de Mazuza, y el coronel de la caballería mora.

Allí esperábales el comandante de ingenieros, señor Cervera.

Por el campo de Instrucción hay desplegados tres escuadrones de caballería, y ante la vista de los recién llegados, que se unen en grupo característico, cruza una batería de montaña.

La tienda en que el general ha de recibir á los parlamentarios está junto al Cerro de las Guarreras, y se ha levantado hace poco, bajo la dirección del teniente de ingenieros señor Scandella.

Choca el contraste entre los procedimientos usados en estos casos por Margallo, y los que emplea Macías.

Aquél, dejaba acercarse á todo el mundo y les daba carta blanca para presenciar el espectáculo; Macías, ha prohibido á los paisanos hasta que salgan de la plaza. Margallo iba en compañía de una pequeña escolta; Macías lleva para la suya tres escuadrones.

Margallo, después de todo, no daba importancia á semejantes conferencias. Macías se preparaba casi como para una cosa sobrenatural.

La conversación duró una hora escasa.

Los soldados de Pavía y Álava, que no habían presenciado estos espectáculos, estaban coronando las alturas de la Alcazaba, para no perder detalle.

Fácilmente se comprende, las frases que se escaparían

de los labios de nuestros soldados viendo tan cerca á los que debían considerar como sus enemigos.

Sin embargo, ni la menor provocación, ni la más pequeña acción que pudiera considerarse como ofensiva se escapó de aquellos apiñados grupos, entre los que había muchos amigos y compañeros de los que tan villanamente habían sido sacrificados por los infieles.

Respecto á la conferencia, se hacían toda clase de comentarios.

Empero, parece que la verdad, era la que indica una correspondencia telegráfica que obra en nuestro poder y que dice así:

* * *

«El general Macías había deseado hablar con el bajá del Campo, para notificar á los riffeños que mañana empiezan los preparativos para la construcción del fuerte Sidy-Guariach.

»Esta especie de nota oficiosa habrá circulado por todas partes, como explicación del general en jefe, acerca de la conferencia.

—»Si mañana se dispara un tiro por los moros,—ha dicho,—mañana daré una batalla sin cuartel, entraré en vuestro territorio, os destrozaré por completo.

»El bajá ha contestado que no dispararán los moros, pero que como el sultán está cerca, lo mejor es esperar hasta que llegue.

»El general Macías ha contestado á esto que no espera



EL BAJÁ CONTESTÓ...

y que si mañana, á las tres de la tarde, no han dado muestras las kábilas de someterse por completo, iniciará el ataque y que no concedería otra tregua.

»El tiempo que pedían los moros era ocho días, tiempo muy bastante desde luego para que llegue el sultán y todos los sultanes habidos y por haber, pero también muy suficiente para que aprovisionen los moros, animen á las kábilas indecisas, reciban refuerzos, y cuando todo esté listo, una mañana, al practicarse una descubierta ó una noche mientras hace una señal un fuerte, se acerque un moro, grite á un soldado *estar gallina*, suelte un disparo, le secunden ciento, y sin nada ganado, más que espacio y ventaja para ellos, tengamos lo de ayer, y lo de siempre, y un desprestigio más.

»Esto es lo que se dice por la plaza; esto lo que la gente piensa; esto lo que aseguran los oficiales que ya conocían las conferencias, y que es una cosa intolerable.»

. . . .

«Por si esta tregua no conduce á nada, cosa perfectamente posible y seguramente probable, ha dispuesto Macías que se aproveche,—suponiendo que la guarden los moros,—y que mañana salgan convoyes á aprovisionar los fuertes y que, por si acaso, les acompañen el mismo número de tropas que en el anterior.

»El regimiento de Pavía acampará también en Horcas Coloradas, donde se construirá un fortín.

»Mañana veremos.»

. . . .

«Ampliaciones de lo que he telegrafiado.

»Según confesiones de dos parlamentarios hechas á Macías, los moros dicen que se les han hecho más de 300 muertos y más de 1.000 heridos, y que se les han causado destrozos innumerables en sus caseríos y poblados.

»Añadieron que si quieren esperar más tiempo, es porque está el sultán tan inmediato, y su llegada tan próxima, que la espera facilitaría la solución, pues el emperador conseguiría la sumisión definitiva de las kábilas que tienen decidido empeño por la guerra.

»Es probable que el teniente coronel de Extremadura, señor Alba, sea juez instructor en la causa del contrabando. El mismo jefe fué instructor del proceso de los anarquistas de Jerez.

»Se ha dicho aquí que ningún oficial rehusaría mandar el piquete que hubiese de fusilar al militar que resultase comprometido en lo del contrabando de guerra.

»Sigue creyéndose que murió Alí el Moreno, y que lo mató una de las granadas caídas en las trincheras de los moros.»

* * *

En nuestra opinión, ni aún eso debiera haberse dicho á quienes ninguna consideración nos habían tenido.

El parte oficial enviado al Gobierno por el general Macías, respecto á ésto, decía:

«Comandante general al ministro de la Guerra:

»Como resultado carta que día 5 mandé campo enemigo, solicitaron conferencia el bajá del Campo, el de Mazuza y el coronel de tropas del Rey, y concedida que fué ésta fuera de la plaza, me manifestaron que kábilas interior son las que quieren la guerra y que obligan á fronterizas, que están por paz, á hacer la guerra, y que rogaban que les concediera una tregua de ocho días plazo, dentro del cual habría ya llegado el sultán y castigaría severamente á los rebeldes, á lo que levantándome y dando por terminada la entrevista, respondí que si á las tres de la tarde de mañana no recibía contestación pidiendo la paz y presentando rehenes para construir el fuerte de Sidy-Guariach, sin perjuicio de lo que mi Gobierno tuviera por conveniente exigir al sultán, rompería el fuego en toda la línea.

»Esta tarde fué muerto de un balazo un moro y prisionero otro, que se acercaron á un fuerte y no se detuvieron á la voz de alto.»

«Melilla, 9, 12'45 tarde.

»Comandante general á ministro Guerra:

»Hoy he racionado nuevamente los fuertes de Cabrerizas y Rostrogordo, por diez días, en la misma forma que los anteriores, sin haber ocurrido la menor novedad, y sin que los moros hayan roto el fuego; de modo que se hallan abastecidos aquéllos por veinte días.»

CAPÍTULO LXXV

Dos apreciaciones totalmente distintas respecto á lo que debía hacerse después de la Nota del sultán

Consecuentes con nuestro propósito, de que en nuestro libro, como de provechosa enseñanza para lo porvenir, se encuentren condensadas todas las opiniones y todas las noticias, hasta las más contradictorias, para que en vista de ellas pueda formarse completo criterio, tócanos en este capítulo hacernos cargo de dos artículos publicados en los dos periódicos de mayor circulación de España, *El Liberal* y *La Correspondencia*.

«El efecto de las últimas impresiones,—decía el primero,—puede compararse, apreciando la actual y la anterior manera de sentir, á cosa parecida al sobresalto é inquietud con que caminan los que atraviesan un desfiladero peligroso é ignorado, y á la expansión que les produce el

desembocar en valle próvido, desenvuelto en lejanías y horizontes.

»La cuestión del Riff, tal cual nos la plantearon los sucesos del día 3 de octubre, era, si no una sima, un desfiladero bastante difícil de salvar. Tan estrecho era nuestro campo de maniobras militares, como nuestro campo de maniobras diplomáticas. Estábamos entre dos incertidumbres: la de las resoluciones del sultán y la de la actitud de las potencias interesadas en la cuestión de Occidente.

»De este modo, no teniendo ni rumbo, ni objetivo, estando á merced de los aires que soplaran, áridos como el Simoun ó fríos como los témpanos del Norte, era imposible que el país se manifestase de otro modo que con el calor de su hidalguía. Por eso en la actitud del país, con ser resuelta y generosa, hubo una indeterminación constante, porque á lo claro y á lo fijo de la honra nacional, acompañaba lo obscuro y lo dudoso del interés nacional.

»Buena parte de la expansión que han originado las últimas y favorables impresiones, es de atribuir á que hemos salido en pocas horas de un desfiladero en que nos asfixiaba el avance, y nos cohibía nuestro propio pundonor en lucha con el propio interés, y á que hemos visto despejado el Atlas, serena la nebulosa Albión y sonriente el Pirineo.

»Amagados de que las cañas se convirtieran en lanzas y las lanzas en astillas, expuestos á la inmovilidad y á que, como dijo baladronadamente *The Times*, una Nota detuviera un ejército de 100.000 hombres por un influjo que

nada tiene de sobrenatural, y que se halla al alcance de los más modestos investigadores de la psicología europea, Francia, la que tiene su recelo en el Muluya, sus avances en el Tuat y sus intenciones en el Océano, nos sonríe, nos alienta, nos ampara, nos protege contra la posible intrusión, nos recuerda las relaciones de vecindad, de raza y parentesco, y como si su simpatía fuese contagiosa, Inglaterra, la que se cierne sobre Tánger, la que nos detuvo con su veto, compite, ó por lo menos aparenta competir, en solicitud y en interés, preparándose á celebrar nuestras aventuras.

»No digamos lo que todo esto significa, porque no se trata ni de curiosear, ni de profundizar en el gran problema de las alianzas y equilibrios; importando únicamente conocer lo que á nosotros nos conviene.

»Por un orden de iniciativas y solicitudes, que por ahora no debemos definir, es el hecho que sin hallarnos comprometidos en la solidaridad de ninguna alianza, lo que hace pocos días llamábamos alianzas indirectas, ha producido una situación extremadamente favorable para nosotros en el asunto hispano-marroquí, y si antes la opinión, en lo reservado y hasta recóndito de sus manifestaciones, reclamaba que se comprometiese lo menos posible en una empresa con aspecto de aventura, hoy reclamará y exigirá que se saque el mejor partido.

»Está conjurado todo peligro de complicación con Europa, y Europa se mantiene en lo que pudiéramos decir una grata expectativa. Parece conjurado, por primeras

declaraciones, el peligro de una guerra inmediata con Marruecos. Estamos en lo favorable de una negociación que comienza ahora.»

* * *

Verdaderamente que tenía razón el articulista; pero, sin embargo, el Gobierno pensó de otro modo, como tendremos ocasión de ver más adelante, cuando tratemos de la forma pronunciada tan pomposamente.

«Nuestra actitud es firme,—continuaba *El Liberal;*—se apoya en el derecho que nos reconoce el tratado de Wad-Ras, y se apoya en nuestro ejército, que está dispuesto en la plaza de Melilla, y que en este mes estará en la Península en pie de guerra. Nunca estuvimos ni más puestos en razón, ni más atendidos, ni más preparados. Si con tales ventajas dejáramos en la negociación cabos sueltos y asuntos pendientes, la consecuencia no podría ser otra que la de declarar nuestra incapacidad política.

»No podemos pensar que nadie se sienta influido de apresuramiento para salir cuanto antes de esta negociación, de la que se puede salir con calma y se debe salir con honra y con provecho.

»No se debe salir sin que el honor de nuestro ejército quede á la altura de su inmortal historia y las kábilas duramente escarmentadas; no se debe salir sin que nuestros límites queden asegurados para siempre; no se debe salir sin que se nos otorgue todo lo que se estipuló á su tiem-

po, y no se debe salir sin que la indemnización se nos garantice en la cantidad, en la moneda y en la forma de abono.

»Porque sobre no reclamar nada que no nos pertènezca, es ley de los políticos sagaces y es historia de los pueblos previsores, aprovechar la oportunidad y no desdeñar á la fortuna.

»¡Veremos, pues, cómo se negocia!»

Las negociaciones no han podido ser más beneficiosas.

Pero no anticipemos los sucesos, que todavía tendremos ocasión de recargar un poco más los tintes del cuadro.

Veamos ahora el artículo de *La Correspondencia de España.*

LA OPINIÓN Y EL SULTÁN

CUESTION FINANCIERA

«No es un mérito extraordinario; pero ello es que habíamos acertado hace días al decir que muy pronto la atención de los españoles se fijaría con preferencia en un sultán que, como Mambrú, no se sabe si llegará por la Pascua ó por la Trinidad.

»Todos los periódicos militares, (algunos coinciden con nosotros en la fecha de la observación) y muchos de los civiles, ya dicen que el sultán tiene en su mano la clave de este enigma que se llama la guerra de Melilla; y que el sultán tiene que ponerse á nuestro lado ó enfrente de nos-

otros. El discreto africanista señor Bonnelli ha publicado hace tiempo en la *Ilustración Artística* un artículo que en sus líneas generales coincide con lo que sostenemos. El Gobierno ha llamado á las reservas, y esto indica que también se ha puesto en la disyuntiva. Hora es, pues, de calcular, ó cuando menos de pensar las probabilidades.

»El sultán, que debe estar al caer, (á no ser que haya surgido del fondo del mar la perdida Atlántida, y S. M. X. se haya ido á pasear por las Américas), el sultán, decimos, estará entre San Marcos y la puente. San Marcos, es la guerra con España, que puede dar lugar á que las demás potencias con vistas al África, digan *esta es la mía* y cada una se arregle su lote; cual, la frontera de Muluya, cual, un buen puerto en el estrecho, cual, otra nueva colonia eritrea *et sic de caeteris*. La puente es el espíritu fanático del islamita, es la predicación de los santones, contra la cual acaso se estrellaría el poder feudal del emperador de El-Moghreb, poder vacilante cual el de nuestros reyes de la Edad Media, sobre los magnates é indómitos barones.

»El sultán deseará con alma y vida no estrellarse contra San Marcos, contra la Europa ávida y codiciosa; querrá pasar la puente, meter en cintura á las kábilas. Pero ¿podrá, aunque quiera? Este es el verdadero enigma; no la voluntad del sultán, sino su poder. Quizás él mismo no lo sepa á estas horas, y *andando á un tiempo y pensando*, por eso tarda tanto en llegar al alcance de nuestra diplomacia, la cual tendrá que andar la mitad del camino si S. M. X. se duerme en la suerte, como dicen los flamencos.»

***

Como quiera que en el párrafo que vamos á transcribir á continuación, sirve de base para él, la cuestión financiera, nos parece oportuno advertir que cuando al principio de la cuestión riffeña se trató de la guerra, y de las eventualidades á que podía dar lugar, el ministro de Hacienda manifestó que tenía millones bastantes para el sostenimiento de nuestro ejército, si así era necesario.

***

«Otro aspecto de la cuestión de Melilla es el financiero. También aquí hay que hacer una llamada al buen sentido, á la serenidad; en una palabra, al valor cívico de la nación, que debe estar á la altura del valor marcial de los que combaten por la patria.

»Lo mejor en todos los casos es no ver delante de sí el salto en la obscuridad, en el vacío; midamos la altura de de donde hemos de saltar, y veremos que hay que saltar con precaución, pero que no es cosa de estrellarnos. Vamos á las cifras, sino exactas, probables, y aun calculadas con cierto pesimismo.

»La llamada de las reservas, y el tenerlas preparadas para jugar su papel como ejército de primera línea en la guerra y sus contingencias, nos costará próximamente lo siguiente: 100.000 pesetas diarias para gastos de las tro-

pas convocadas y alimentación del ganado; es decir, unos 3,000.000 de pesetas al mes.

»Además, como gastos de una vez habrá los siguientes: 800.000 pesetas para gastos de viaje de concentración de los reservistas; unos 4,000.000 para vestuarios y equipos del exceso de fuerza; 1,000.000 de pesetas para completar municiones reglamentarias; otros 4,000.000 por lo menos para ganado que hay que adquirir: total, unos 10,000.000, que con alguna compra de utensilios, alquiler de edificios para acuartelamiento, etc., pueden ponerse en 12,000.000 de pesetas. De suerte que si el sultán tarda dos meses en decidirse, nos habremos gastado unos 18,000.000 de pesetas por lo menos. Mucho es, pero no es para arruinarnos.

»Si estalla la guerra, pongamos que dure seis meses y que gastemos sobre todo lo dicho 250.000 pesetas diarias, pues serán 45,000.000 de pesetas; en total, que el incidente de Melilla, el dichoso fuerte nos habrá costado entre 80 ó 100,000.000 de pesetas, como si hubiéramos seguido dos años más por el camino que íbamos hace un año. No es agradable la cosa; pero no es para que los rentistas regalen su papal á los agiotistas que juegan á la baja.»

* * *

«Y hagamos por hoy puntos suspensivos en estas observaciones cívico-militares, que, como es natural, han de ser por mucho tiempo el motivo de nuestros artículos.»

CAPÍTULO LXXVI

Después del día 9 de noviembre.—Nuevas desgracias.—Un cantinero herido.—La familia del general Margallo



ABÍA mejorado en algo nuestra situación de Melilla, después de las repetidas acciones que se habían dado, y las serias escaramuzas que representaban cada conducción de convoyes para provisionar los fuertes?

Por ningún estilo; llegaban refuerzos casi diariamente á la plaza; en todas las provincias advertíase un gran movimiento de tropas; elegíanse generales para las varias divisiones que debían formar el ejército de operaciones, pero éstas no se realizaban y entre tanto los riffeños seguían haciendo de las suyas.

La acción decisiva, enérgica, la que debía enfrenar la audacia de los infieles y castigarles de modo que les que-

dara durante mucho tiempo el recuerdo del castigo recibido, esa no se verificaba.

Los temperamentos de contemplación continuaban.

Murmuraba el ejército que á la sazón había ya reunido en Melilla, murmuraba la opinión que empezaba á cansarse de aquel tira y afloja, que parecía ser la norma del Gobierno español, y la prensa clamaba sin cesar porque de una vez, y fuese en el sentido que quisiera, se pusiese término á semejante situación.

Pero el Gobierno hacía oídos de mercader, como vulgarmente se dice, y no se cuidaba para nada de la opinión, del triste papel que estábamos haciendo á los ojos de Europa, ni de la desdichada suerte de nuestros soldados en Melilla, cazados materialmente por los moros, sin tener el derecho de poder vengar la muerte de sus compañeros.

* * *

Refiriéndose al día 11 de noviembre, decía una carta que tenemos á la vista:

«El día de ayer pasó sin más operaciones que el tiroteo por la mañana en el campamento de las Horcas y fuertes de Cabrerizas Altas y Bajas. Los cañones de la plaza, San Lorenzo y Camellos, también dispararon mucho sobre los caseríos moros que todavía tienen algo que echar á tierra, siguiendo trabajando todo el día en las trincheras de las Horcas el regimiento de Borbón, que relevó al de Álava.

»A las nueve de la noche de ayer el heliógrafo de Ca-

brerizas Altas pidió con urgencia lumbre al reflector sobre los cerros próximos, donde se sentían muchos moros. Encendióse á todo escape, y una hora después presenciábamos desde las torres el tiroteo que hacía el fuerte sobre los riffeños que, sorprendidos por la luz, les tiraban nuestros soldados antes de que pudieran huir á las cañadas.

»Como la incomunicación con Cabrerizas es absoluta, no hemos podido saber hoy si vieron caer muchos en este combate, con el *sol de la noche*, como llaman los moros á la luz eléctrica que en destellos tan vivos les envían los reflectores.

»El telégrafo de banderas dijo ayer, cerca del obscurecer, que un teniente de artillería estaba herido. Llenos de ansiedad en la plaza, preguntaron, ya de noche, con el heliógrafo, que dieran detalles, y con mucha dificultad dijeron que el teniente es D. Carlos Soler, y la herida en la cabeza, grave. Por una paloma que enviaron del fuerte se llega á saber el detalle de que la bala entró por una aspillera, y que penetró por el labio superior, siguiendo grave el enfermo.

»El sentimiento de indignación que se siente contra los moros, se reanuda ante esta desgracia, recaída en uno de los oficiales más dignos, instruidos y valientes del cuerpo. Los muchos amigos que tiene en la guarnición á que pertenecía y todos los que le tratamos, recordamos á una su comportamiento en la acción del día 2, conteniendo con sus certeros disparos á los riffeños que pretendían envolver nuestras guerrillas, siendo él y Saltos los que tantos

destrozos hicieron en los poblados, que todavía no habían abandonado sus moradores, desconociendo el alcance de nuestros cañones, y se juntan las palabras de venganza con las de sentimiento por el pobre joven herido.

»Esta mañana nos ha despertado el cañoneo de los fuertes y la plaza. En el campamento se pasó la noche con tranquilidad, y sólo por Cabrerizas Altas y Bajas, se oyen disparos de fusil.

»El cantinero de Rostrogordo, que con tanta frecuencia como exposición solía ir á este fuerte, trató de hacerlo esta mañana. A la subida, entre Cabrerizas Bajas y Altas, los moros, que como el día anterior están en el barranco de la Calera, le hacen una descarga y cae herido. Desde el campamento le vemos arrastrarse hacia el fuerte. Dos presidiarios pretenden ir á salvarlo, y son tantos los disparos que les hacen, que retroceden de su empeño. Es la primera vez que he visto temerle á algo, un presidiario. Seguimos por mucho tiempo anhelantes al pobre hombre, perdiéndole de vista sin que pudiera llegar, á pesar de sus titánicos esfuerzos.

»No quiero recordar el cuadro que se le representará al pobre herido cuando llegue el obscurecer, solo en el campo, á él que ha visto los cuerpos mutilados de los cadáveres de nuestros soldados: se le aparecerá la muerte en el más horroroso de sus aspectos. Desde la plaza preguntamos á Cabrerizas Bajas si consiguió llegar; nos dicen que no y que tienen que estar con mucho cuidado para que no se apoderen de él los moros: le falta mucho terreno por andar y empieza á obscurecer. ¡Dios le proteja!

»El cadáver del pobre cantinero, los muertos mutilados del día 2 y los del combate del 28, ¡cuánta venganza no pedirían á la patria en las últimas contorsiones de la peor de las agonías! Y, sin embargo, triste es confesarlo, han pasado muchos días de los sucesos del 2, pasarán también muchos de los de ahora y no habremos tomado esa venganza que hace latir con violencia el corazón de los españoles.»

* * *

Decía perfectamente el señor Martos de la Fuente; después de tantos días, después de tanta sangre derramada, después de tantos ultrajes, ni se tomaba la venganza justa y legítima á que teníamos tanto derecho, ni se hacía más que llevar tropas, gastar millones de pesetas para ofrecer á los moros nuevas masas en que poder hacer blanco con sus armas.

Todas las correspondencias que los periódicos publicaban, decían lo mismo.

En todas se reflejaba el disgusto, la impaciencia y no dejaría de llegar el decaimiento á continuar mucho tiempo en aquel estado.

El Gobierno parecía no comprender la inmensa responsabilidad en que estaba incurriendo.

Sosteniendo negociaciones á la par que enviaba tropas, que al fin y al cabo no hacían nada, ofrecía el más triste de los espectáculos.

Temiendo quizás complicaciones en que no debió fijar-

se, porque es muy posible que no hubiesen sobrevenido, y si sobrevenían, nunca podían acusarnos por haberlas provocado, puesto que á aquel terreno nos habían llevado las mismas circunstancias, el Gobierno se divorciaba de la opinión, tan necesaria para sostenerle, y descontentaba al ejército, que sabía muy bien que había ido á Melilla para vengar las ofensas hechas al pabellón nacional y no para hacer ejercicios, para asistir á misas de campaña y para sufrir bajas en emboscadas traidoras y en funciones como la de escoltar convoyes.

Semejante situación no podía prolongarse.

A todas horas y en todos los tonos estaba repitiéndose, y la verdad era que á pesar de todo esto se sostenía, sin que nadie pudiera apreciar cuándo y cómo podría tener término.

* * *

El citado señor Martos de la Fuente, añadía en la carta á que pertenecen los párrafos copiados en otro lugar:

«Pero es más, todavía no nos hemos hecho cargo de la importancia de la empresa. Estamos enfrente de un enemigo que ni tiene nuestras armas, nuestra organización, ni siquiera nuestro valor, pero que defiende su propia casa, su religión, sus costumbres, de un enemigo para el que guerrear es su ocupación diaria y favorita, que sin necesidad de movilización lo mismo se reúne al día siguiente de encender unas hogueras en el Gurugú, que se disuelve y

desaparece en cada accidente del terreno, por cada camino desconocido para nosotros, para volver á reunirse cuando crea que puede hacer una emboscada.

»Estamos enfrente de un enemigo que si le ataca un ejército muy superior en fuerza, nunca le presentará batalla; asesinará de noche centinelas, atacará fuerzas aisladas, matará, saliendo siempre de lo ignorado, al que se separe algo del campamento, pero si cree tiene superioridad, caerán como lobos sobre su presa.

»Ante esta empresa estamos, y sin embargo, el honor de España no puede quedar deshonrado, decimos, sin pensar en retroceder; pero es menester para ello que sin reflexionar en la manifestación más pura del patriotismo, nos unamos todos para salvar á la patria.»

Unida efectivamente estaba la nación para sostener la empresa á que nos llevaron los repetidos atentados de aquellas hordas salvajes; pero la conducta de los que debían haber sabido aprovechar aquel espíritu de unión y entusiasmo, estaba descuidando elementos muy poderosos para darle el triunfo.

Tropas, como hemos dicho, había ya en Melilla en número suficiente para haber hecho un escarmiento terrible, y sin embargo no se movían.

Las instrucciones del Gobierno paralizaban, tal vez, la acción del general Macías y entre tanto, como muy atinadamente manifestaba el autor de la carta citada, los rifleños invadían nuestro campo, se acercaban á nuestros puestos y asesinaban á nuestros soldados.

***

El día 11 de noviembre, el mismo á que se refiere la carta anterior, la viuda del heroico general Margallo se embarcó en Melilla para regresar á España.

¡Cuánto debían sufrir la infortunada viuda y los huérfanos del valiente general, abandonando aquella tierra africana á la que debían profesar un odio tan terrible y donde sin embargo dejaban un ser tan querido!

Rodeada de sus hijos, acompañada de sus parientes, seguida de numeroso cortejo que acudía silencioso y conmovido á despedirla, la desolada viuda quería embarcarse y no tenía fuerzas para ello.

El odio y el dolor, el afán de dejar aquel suelo aborrecido y el pesar de dejar en él al esposo querido, luchaban en su corazón, y de sus labios se escapaban frases que conmovían á cuantos las escuchaban, y de sus ojos brotaban lágrimas que hacían á veces emanar otras nuevas de las personas que la acompañaban.

Por fin, la conmovedora escena tuvo término.

Embarcóse la familia del general, y el *Ville d'Oran* emprendió su rápida marcha hacia Málaga.

Su llegada, la describe así un testigo presencial:

«A las siete de la mañana llegó á este puerto el vapor *Ville d'Oran*.

»Trae á bordo á la desgraciada familia del heroico general Margallo.

»Acompañan á la viuda el teniente señor Saltos, que trae el brazo en cabestrillo; el ayudante del general, señor Cuadrado; un hermano de éste, teniente de caballería; la cuñada, un hermano y los ocho hijos del general.

»Forman un tristísimo grupo en la cámara del vapor, los pequeñuelos, agrupados en torno de su madre.

»Dicen que en Melilla se les ha hecho una cariñosísima despedida.

»Costó mucho trabajo embarcar á la afligida viuda del general, para alejarla de aquella tierra donde ha sufrido los más rudos golpes de la desgracia.

»Toda la población presenció el embarque, saludando á los viajeros hasta que el vapor se alejó.

»Una comisión del Ayuntamiento malagueño esperaba á la viuda para ofrecerle alojamiento.

»También subieron á bordo del barco varios parientes de la viuda, avecindados en Málaga. He hablado con alguno de los señores de la familia.

»Todos están agradecidísimos á la compañía Trasatlántica francesa, por las atenciones que les han guardado.

»No saben también en qué forma agradecer al Municipio malagueño su proceder generoso y desinteresado.

»La familia del general se aloja por cuenta del Ayuntamiento en cuatro habitaciones del piso principal del hotel Victoria.

»La compañía de los ferrocarriles Andaluces los trasportará gratis hasta Córdoba.

»La familia dice que estas muestras de consideración

alivian su dolor, y son el único consuelo que tiene en la desgracia que lamenta por la irreparable pérdida que ha sufrido.

»El ayudante del general no sabía que estaba ascendido.

»Las demás empresas de ferrocarriles transportarán también gratis á Valladolid á la viuda del general Margallo.»

CAPÍTULO LXXVII

Quebranto de las tribus del Riff.—Pérdidas que habían sufrido.—Muerte de un caudillo.—Efecto de la carta del general Macías



EMOURS,—todo el mundo lo sabe,—es el punto avanzado en la costa de la Argelia francesa, más próximo á nuestra plaza de Melilla.

Por su situación, que viene á establecer casi la divisoria entre aquella posesión de la vecina República y la comarca del Riff, en que Melilla se sienta, hay comunicación constante entre las tribus de una y otra región, siendo frecuente ver en Nemours á los riffeños para llevar á cabo sus transacciones comerciales al mismo tiempo que los moros argelinos.

Las operaciones de guerra emprendidas en Melilla, y la clausura, por consecuencia, de la plaza y su campo, para todo negocio mercantil, obligó á los riffeños á concurrir á

Nemours en mucho mayor número del acostumbrado en tiempos normales, porque en él encontraban fácil mercado á sus artículos de venta, y tal vez porque esperasen encontrar allí mayores facilidades para proveerse de lo que más falta pudiera hacerles para sostener la guerra contra los españoles.

Después del atentado del 2 de octubre, los riffeños que acudieron á Nemours, dieron cuenta de aquel suceso, pintándolo con los colores exagerados de la fantasía africana, y empezaron á recabar el apoyo de las kábilas argelinas, de igual modo que lo pretendían de las tribus del interior del Riff.

El mercado de Nemours se convirtió por entonces en un centro, no sólo de contrataciones comerciales, sino también en terreno de operaciones para la propaganda belicosa, utilizado por los riffeños, quienes, sin gran dificultad, daban cuenta de sus planes, de sus esperanzas y de sus propósitos, entre el que figuraba, favorecido por el fanatismo marroquí, el de apoderarse de la plaza de Melilla.

En los primeros momentos, algunas tribus parecieron inclinadas á compartir la suerte de los riffeños; pero para decidir respecto de su actitud, celebraron una Asamblea, en la que resolvieron no asociarse al movimiento iniciado por las cuatro kábilas que forman la comunidad de Guelaya, que son las de Mezquita, Mazuza, Frajana y Benisicar.

Contaban éstas con las simpatías de la generalidad de las kábilas, pero reducidas exclusivamente á sus propias

fuerzas, pues las del interior y las argelinas no consideraron prudente ponerse en lucha abierta con el ejército de España.

* * *

El desgraciado suceso que privó de la vida al general Margallo, envalentonó á los riffeños, quienes llevaron, por un lado á Nemours, y por otro á Tánger, el anuncio del acontecimiento, revistiéndolo de proporciones que los presentaban á la imaginación de sus compatriotas como héroes triunfantes sobre un poderoso ejército de cristianos.

Razas guerreras é impresionables, alentadas por el ejemplo y excitadas por la predicación, después de reunirse de nuevo para deliberar, acordaron enviar sus respectivos contingentes en ayuda de sus hermanos de frente á Melilla, ganosas de la lucha y del saqueo con que les brindaban sus santones y sus cabos.

Los riffeños habían conseguido su objeto: podían reunirse, en caso necesario, 35.000 infantes y 15.000 jinetes, curtidos en la guerra y diestros en las armas, provistos en su inmensa mayoría de fusiles Remington, de iguales condiciones á los utilizados por las tropas españolas.

* * *

Al frente del ejército riffeño y mandando especialmente la caballería,—compuesta ya de unos 3.000 jinetes,—había sido puesto Sidi-Ben-Abdalá, de la tribu de Beni-Ben-

Segú, moro de gran bravura, de prestigio inmenso entre los suyos y calificado de irreconciliable enemigo de los españoles.

La autoridad de Ben-Abdalá llevó al campo moro á los contingentes de las tribus de Kiss, Guelaya, Kerdona, Guad-Jelú, Beni-Haya, Beni-Nari, Trafa y Metalsa, que representan un aumento de 20.000 combatientes sobre el de las kábilas riffeñas.

Desde que los moros se consideraron suficientemente fuertes, tomaron la ofensiva, hostilizando á nuestras tropas, invadiendo nuestro campo, atacando á los convoyes destinados á abastecer nuestras líneas fortificadas, y molestando lo mismo á las guarniciones de los fuertes que á las tripulaciones de los barcos.

Por confidencias de Nemours y de Tánger, perfectamente seguras, se sabía en Madrid que los moros, aunque presentaban fuerzas de consideración, que se calculaban de 16 á 20.000 hombres, preparaban una sorpresa que sin duda estribaba en lanzar de una vez, y por diferentes puntos, la inmensa muchedumbre de su ejército sobre las tropas españolas.

El Gobierno previno al general Macías, quien, conocedor de la astucia y de la audacia de los moros, así como las condiciones de Sidi-Ben-Abdalá, adoptó todas las precauciones debidas, empezando por sostener un cañoneo incesante contra las posiciones enemigas.

El combate sostenido en dicho día para aprovisionar los fuertes, fué afortunado para nuestras armas.

Los cañones de los fuertes y de los barcos protegían la operación, haciendo, como ya nos dijeron los corresponsales, verdaderos estragos en las masas riffeñas.

* * *

Al frente de un fuerte pelotón de caballos se hallaba Ben-Abdalá, preparándose,—según todos los indicios,—á cargar sobre las tropas protectoras del convoy, cuando cayó sobre el grupo de moros una granada, que al estallar tendió sin vida á varios de los jinetes, entre ellos al caudillo que los dirigía.

Muerto Ben-Abdalá, se retiraron confusamente los riffeños, que apenas sostuvieron ya por algunos momentos sus hostilidades contra nuestros soldados.

El comandante general de Melilla, tuvo noticia de la muerte de Abdalá; supo, también, al mismo tiempo, que las kábilas adictas á aquel moro se hallaban quebrantadas de ánimo y vacilantes por aquella contrariedad, y aprovechó lo ventajoso de las circunstancias para dirigir á los jefes de las tribus enemigas la carta de que ya hemos hablado en otro lugar.

Los cabos y kaids de las kábilas se reunieron el miércoles último, decidiendo todos los que representaban á las tribus del interior, regresar inmediatamente á sus respectivas comarcas, dejando á las de Mezquita, Mazuza, Frajana y Benisicar en libertad de proceder como juzgasen conveniente.

Posible y hasta probable es que al verificar aquella retirada se cambiasen algunos disparos entre unas y otras kábilas, como ha asegurado en un telegrama el comandante del crucero *Conde de Venadito.*

Las mismas noticias que motivan el anterior relato, afirman que entre las cuatro kábilas de la comunidad de Guelaya, ha entrado el desconcierto y que son muy pocos los rebeldes que permanecen con las armas en la mano alrededor de la plaza.

La muerte de Abdalá, los efectos de nuestra artillería, que ha derruido los poblados y asolado los campos riffeños, y la noticia de haber salido de Ulla, con dirección al Riff, Abdul-Hamín, al frente de 2.000 jinetes, y apoyado por las tribus más valientes y batalladoras, son otros tantos motivos que han debido influir en el ánimo de los moros, para la nueva actitud en que parecían colocados aquellos días.

Además, considérase comprobado que habían tenido en los diversos combates sostenidos con nuestras tropas, 300 muertos y 700 heridos, ó sea un total de 1.000 hombres, dato que necesariamente habría de pesar también en sus decisiones definitivas.

***

Estos efectos eran los que debían haberse aprovechado oportunamente.

Si tras de un quebrantamiento de fuerzas como el que habían sufrido los moros, en las diversas acciones libradas

hasta entonces, hubiese sobrevenido una embestida resuelta, el triunfo hubiera sido de gran resonancia.

Pero sucediendo la inacción á la bravura anterior, los moros irían reponiéndose poco á poco, recobrarían su audacia y tornarían de nuevo á sus insolentes provocaciones.

Esto era lo que todo el mundo comprendía, y lo que contribuía poderosamente al general descontento.

Así como la muerte de Abdalá, sembró la consternación entre las tribus que en él tenían tanta confianza, debió aprovecharse el efecto causado en las tribus inmediatas á Melilla, la destrucción de sus poblados y las desgracias de tantos de los suyos, para acabar de atemorizarles con el movimiento de avance hábilmente combinado y realizado con el valor que siempre habían demostrado nuestros soldados.

Pero esto no se hizo, y estaban tocándose las consecuencias con los repetidos disparos que tantas bajas causaban en nuestras filas.

CAPÍTULO LXXVIII

En el Polígono.—La descripción de este barrio, hecha por un corresponsal



OMO no todo en la obra que estamos haciendo han de ser notas tristes, justo es que suavicemos algún tanto los sombríos tintes del cuadro general que describimos, con matices un tanto más alegres y simpáticos.

Un ilustrado corresponsal, á quien en distintas ocasiones hemos aludido, y de cuyas correspondencias hemos tomado diferentes párrafos, el señor don Luís Morote, describe de este modo una noche pasada en el Polígono, barrio del que hemos hablado ya y que desalojado por sus habitantes, habíase convertido en campamento.

Dice así la correspondencia citada:

«Todavía no escribo bajo una tienda de campaña, pero

sí paso la noche en un verdadero campamento, que lo es el barrio del Polígono. En un cuarto de dos metros de ancho, tocando la cabeza en el techo y levantando la mesa dos palmos del suelo, esperando el toque de diana para saltar de la cama, garrapateo estas líneas, para que no se me olvide la impresión que en mí han causado las vísperas de la campaña en que el soldado español, olvidado siempre del peligro, se entrega al baile y al cante con el mismo fervor que construye una trinchera.

»Transformaron el Polígono los soldados en cuanto en él se alojaron, y por mudarle todo su semblante y aspecto, variáronle hasta el nombre. No hay medio de que lo llamen á derechas.

—»*El Poligano*, *el Polingano*, *el Polingamo*... De todos estos modos lo saben decir y ninguno verdadero. Y lo cierto es que no se parece el barrio cuartel de ahora, al barrio desierto de hace quince días, en que á cada minuto se esperaba ver venir á los moros y en que después de obscurecido no se dejaba ni una puerta ni una ventana abierta, por temor de que se colaran los infieles y pasaran á cuchillo á todos los habitantes sin distinción de razas ni de idiomas.

»El Polígono ó Polingamo es hoy cuartel del batallón de cazadores de Cuba y del regimiento de Extremadura. Sin contar á los artilleros y sus mulos, que son de por sí harto alborotados para que no trastornen cualquier medio, por pacífico y tranquilo que sea. Sólo se oía antes hablar por este barrio exterior el árabe y el hebreo, y á estas len-

guas se unen hoy toda clase de idiomas y dialectos, desde el entero castellano que pronuncia un aragonés, hasta la dura pero expresiva habla catalana.

»Entre todos los hebreos y moros que aquí se quedaban, se podían reunir algunas docenas de ochavos morunos. Los unos, los moros, porque no tenían la moneda; los otros, los hebreos, porque la guardaban. Y hé ahí, que en el Polígono el dinero circula, y cuando falta, circulan las copas, que entre coplas se cambian.

»Todo es vida y todo es alegría. Las lleva consigo el soldado nuestro, que, molido y muerto por el trabajo diario de la instrucción, de las guardias, de los atrincheramientos, de las descubiertas, todavía conserva provisión de fuerzas para rasguear una guitarra, para lanzar á los aires una canción con sabor regionalista, para desentumecer sus miembros con mil bailoteos. Es el soldado que al día siguiente se bate, pero que en la víspera olvida sus penas, lanzándolas envueltas, ya en los melancólicos sones de una copla andaluza, ya en los viriles acentos del himno nacional que se llama la jota.

»Pasar una noche en el Polígono, y pasarla en tren de batalla, era una tentación para los que, como nosotros, vamos en busca de emociones, y si no existieran, seríamos capaces de inventarlas. La fatiga de una mala noche, tendido en un colchón, es mullido descanso para el que dentro de la plaza se aburre. Llegan hasta mi cuarto los gritos de los centinelas y se oyen perfectamente distintos, mezclados alguna vez con el ladrido de un perro que anuncia

sombras sospechosas en el campo. El ¡centinela alerta! en medio del campo, teniendo cerca al enemigo, es un grito serio. Dentro de una población, así sea una plaza fuerte, es un molesto despertar. Los ruidos más tenues se truecan en avisos graves. Cuando el viento da contra las puertas mal cerradas, parece que trae un anuncio de acción. Cada diana puede ser un repentino llamamiento á las armas, atropellado y confuso. Si acampar fuera de la plaza no es la guerra, es el preliminar que más se le asemeja.»

***

Efectivamente que quien acude á una campaña con el carácter de observador y cronista de los sucesos de ella, está ávido de emociones, y como dice muy bien el señor Morote, si éstas no existieran habría que inventarlas para satisfacer aquella aspiración poderosa.

Y tanto comprendemos lo que el ilustrado corresponsal dice, cuanto que todo ello pasó por nosotros cuando en la guerra de 1859 nos encontrábamos desempeñando un cargo semejante.

Dejemos la palabra al señor Morote, para que nos describa la noche del Polígono.

«El café de Jamar está en la primera calle del Polígono, como se entra en él viniendo de la plaza. A la hora de las seis ó las siete de la tarde está convertido en una gran cantina, donde se come recio, se bebe fuerte, se habla alto, se juega mucho, se fuma sin descanso y se entretie-

nen las horas hasta la retirada, jurando en todos los tonos y en nombre de todas las religiones.

»El café de Jamar, si no es la mejor tienda del Polígono, es por lo menos la más bulliciosa y hasta la más interesante. Está el café en el sitio más céntrico. Allí se confunden jefes y soldados, y mientras éstos digieren el rancho, aquéllos ayudan á digerirlo con algunas tazas de té ó café.

»El café de Jamar forma parte integrante del cuartel donde se hallan instalados los simpáticos cazadores. Si la casa de Macías es centro de atracción para cuantos viven en el Polígono, el café de Jamar es lo más importante de esa casa, fuera parte del cuartel.

»La atmósfera que se respira se puede cortar. Son todas las emanaciones, todos los vahos del cuartel los que allí van á parar. Necesita una ventilación, pero es la ventilación de las guerrillas, no la del ácido fénico, que el cuartel está limpio y huele relativamente bien y es, á poco que se empeñen los oficiales, no lugar de tránsito provisional y dispuesto por la improvisación, sino sitio destinado, al parecer, desde siempre, para tales usos.

»Como el café de Jamar hay muchos en el Polígono, como expendición de víveres, bebidas y toda clase de artículos revueltos. De uno á otro extremo del Polígono, una casa sí y otra también, son figones improvisados, tiendas de ultramarinos, tabernas, sucursales de un mercado cosmopolita.

»Era curioso pasear por las calles del Polígono, después

de anochecido, y ver en cada tiendecilla ó en cada casa, á la luz de un cabo de vela, organizarse una comida de oficiales, ó de soldados, cuya diferencia se conocía, no por los manjares ni por los manteles, sino por el bullicio que armaban los soldados, que contrastaba con el relativo y placentero sosiego de los oficiales.

»Cargan unos y otros con lo que hay, y cualquiera sabe lo que hay en el café de Jamar, en la tienda de Bernardi, en el establecimiento de junto á la fábrica de harinas, en el baño moro... Cualquiera sabe lo que allí se despacha, que no se hubiera consumido nunca. Cualquiera puede medir las comodidades de todos géneros que faltan, midiéndolas por las comodidades que sobran.

»El hecho es que de los interiores de los muchos cafés Jamares del Polígono sale un penetrante aroma, y no á ámbar. El hecho es que allí reina una democrática igualdad de clases. Y no se lleva el oficial ni lo mejor ni lo más escogido, porque si esto existiera, al fin el soldado lo tomaría antes de que el oficial lo comprara.»

* * *

Repletos los estómagos y un tanto calientes los cascos, desocupábanse los cafés y las cantinas, porque todos sentíanse con deseos de dar alguna expansión á la satisfacción que experimentaban.

El cuadro que va describiendo el señor Morote, presenciado por nosotros en otro tiempo, aun cuando en si-

tuación muy distinta, es de una fidelidad extraordinaria.

Imposible parece que personas que tan en peligro tienen la existencia, casi al borde del sepulcro, se entreguen con tal abandono al placer.

Y sin embargo, jamás hemos visto tanta animación en las sedentarias guarniciones de las ciudades, como la que reina en los campamentos.

«Era noche de jueves,—prosigue el señor Morote,—y si en la plaza de Melilla hay en tales noches una música, que con arreglo á programa, ameniza la reunión, en el Polígono hay dos músicas que tocan lo que el pueblo... militar pide.

»Anoche se tocaron sevillanas, se tocó la sardana, la jota, se bailó por todo lo alto y se cantó por todo lo hondo... ¡Con qué pasión bailaron los soldados de cazadores de Cuba, casi todos ellos andaluces, las sevillanas! Los habían de haber visto las malagueñas que los han tenido allí de guarnición. Ellos van á la guerra cantando. Formando seis ú ocho parejas, se destrozaban materialmente á bailar y en aquellas cadencias había una poesía transmitida en otros tiempos del otro lado del Estrecho, ó transponiendo el Gurugú. Parecían dirigirse aquellas tiernas, sentimentales y dolientes notas, no al cielo cristiano, sino al cielo de Allah, eternamente poblado de juventud y amor.

»Calló la música y cesaron los rítmicos movimientos de los soldados andaluces. Calló la música y todo el mundo pidió que se tocara la jota, para recibir en ella recuerdos de hazañas que fueron y que se han de renovar, invoca-

ciones patrióticas... Calló la música, y á los primeros compases de la jota se rompieron las filas para dar lugar á que se presentasen los artilleros, que compartían por su origen el amor á la Pilarica, por su profesión el amor ruidoso de Santa Bárbara. Un soldado, en mangas de camisa, subrayaba con clásico movimiento los trenzados y las vueltas y los entonados y elocuentes compases de esa marcha nacional.

»Detrás de la jota, la sardana y como fin de fiesta, un orfeón catalán. Decimos mal. El orfeón era de dos voces solas, de tenor y de barítono. ¡Pero qué voces! Francisco Cors, sirviente de una batería, y Pedro Torrens, conductor de ella, cantaron, el uno como tenor y el otro como barítono, con tanta perfección y gusto, que merecían monedas y coronas. Ambos catalanes, el uno de la provincia de Barcelona, el otro de la provincia de Gerona, demostraban que ya es de raza la afición á la música. Cantaron en catalán una plegaria de amor. La *Nineta*, por qué suspiraban, parecía por algunos momentos España adormecida, que no despierta sino por grandes sacudidas.»

* * *

Cuadros tan animados, parece imposible que en un breve espacio cambien por completo de carácter.

Para esas repentinas mudanzas, para esos silencios absolutos, tras la gritería, el bullicio y las carcajadas, no hay como la disciplina militar.

Un toque de corneta basta para poner término á los gritos y á la algazara.

Más poderoso que el cansancio, que las exhortaciones recomendando prudencia y circunspección, es el toque de silencio de una corneta.

Como imperioso mandato, al escucharle, enmudecen todos los labios, cesan los cantos, se extingue la algazara, y toda aquella multitud se dispone á retirarse.

»Al cuarto de hora de tocar la corneta el toque de silencio,—sigue diciendo el señor Morote,—todas las tiendas estaban cerradas y todos los soldados en el cuartel, cayendo desplomados en los jergones. Por las calles del Polígono alguna que otra patrulla y á lo lejos el ¡alerta! de los centinelas de los fuertes. ¡Lo que es la disciplina! Centenares de hombres, con pocos años y con muy poco seso y con muchas ganas de armar pendencia, no respiraban siquiera.

»El Polígono ó Polingamo, según los soldados, á las diez de la noche dormía por completo. Obligaba á pensar en aquel silencio sobre si encerrara algún secreto de las relaciones de moros y cristianos. ¡El contrabando! El Polígono es lugar á propósito para que en él se guarezcan los contrabandistas, entre otras razones, porque está casi exento de la jurisdicción y de la vigilancia de la plaza. En el Polígono tiene casa, y aun creo que ha vivido, Alí el Moreno, súbdito español, jefe, entre otros, de las kábilas insurrectas. El Polígono es camino para esconderse los presidiarios ó los soldados del Disciplinario que se escapan.

El Polígono tiene cuevas ó silos donde las aguas no anegarían personas, sino armamentos...»

***

Efectivamente que el Polígono era lugar á propósito para toda clase de ocultaciones.

Desde las armas allí conducidas por miserables explotadores, vergüenza muchos de ellos para el nombre español, hasta el penado que trata de evadirse, ó el Disciplinario á quien parecía dura la situación en que se hallaba, todo podía esconderse allí, todo podía respirar en completa seguridad, porque para todo hay lugar y ocasión en el sitio de que hablamos.

Pero no cambiemos de color el cuadro, y le busquemos tonos sobrios en estos momentos.

Dejemos al señor Morote que pronuncie la última palabra respecto á la noche del Polígono, anunciándonos la diana del amanecer.

Hé aquí cómo pone término á la noche tan perfectamente descrita por su pluma:

«Clareaba el día cuando tocaron la diana en el Polígono y en el fortín inmediato de San Francisco. Se oían también las dianas de la plaza, las de los fuertes, y más á lo lejos, la del *Conde de Venadito*. No ya en minutos, en segundos estuvo todo el mundo de pie y desaparecieron las guardias establecidas de noche en lo alto de las azoteas. Guardias peligrosas, no ya para los moros, sino para cual-

quier cristiano que ronde á las altas horas de la noche.

»La diana es el toque que precede al del reparto del café. Salen los soldados con su tartera repleta de pan, reciben el líquido negro que se reparte por cubos y hacen una sopa para el desayuno. Mientras dura el café, dura la cola. Los soldados no se satisfacen con una ración, sino que quieren apurar aquel enorme tazón. Y apenas han llenado, corren á la cola de la compañía y entran otra vez en turno. No se acaba nunca de desenroscar aquella serpiente interminable.

»Concluida la sopa con el café, todo el mundo á su trabajo. Quién á las trincheras, quién á la descubierta, quién á la instrucción del Maüsser. No se paran un momento. Esa faena de las trincheras la designan oficiales y soldados con un nombre muy expresivo.

»—¿Dónde vais?—se les pregunta.

»—A la siega.

»No es esta la que les gusta. La que les complacería sería la siega de cabezas. Su mayor alegría sería que en la orden de plaza se escribiera mañana mismo:

»—El reparto del rancho se hará hoy en Sidy-Guariach.

»Y los bravos y animosos cazadores de Cuba, con su teniente coronel D. Buenaventura Cano á la cabeza, se pondrían en seguida en marcha, deseando llegar los primeros y retirarse los últimos.

»Debe ser este entusiasmo contagioso, porque hasta

el borrachín del moro Manuel García, alcoholizado por ardor bélico y por aguardiente, dice a quien le quiere oir:

»—Yo llevar una bandiera española. Yo ser de Tetuán y desear la muerte de los del Riff.»

CAPÍTULO LXXIX

Una opinión de un ilustrado general.—Comentarios.—Noticias diversas

FÁCILMENTE se puede comprender, dada la situación en que nos encontrábamos en Melilla, á la concentración de fuerzas y á la misma inercia que parecía reinar en todo, las apreciaciones, las censuras, las opiniones, todo se mostraba incesantemente en las conversaciones de los cafés, en los artículos de los periódicos, en todos los sitios donde se reunían más de tres personas.

El general Sánchez Bregua, importantísima figura dé nuestro ejército, así por su inteligencia, como por su valor, decía en un artículo tan notable como todos los suyos:

LA GUERRA EN MELILLA

«No tenemos la pretensión, que sería ridícula, por lo inmodesta, de dar á nuestras opiniones el carácter de irre-

batibles, porque en las complejas cuestiones de guerra podemos equivocarnos, como se han equivocado en diferentes épocas generales ilustres. Emitimos nuestro parecer con la sinceridad que nace del corazón y con la prudencia que de nosotros exige lo grave de las circunstancias.

»Hechas estas sencillas salvedades, cúmplenos decir que, conocidos que nos fueron los tristes sucesos del 2 de octubre, nos afirmamos más y más en la opinión de que no *debía ponerse mano* en las obras de fortificación hasta dar la batalla al enemigo en su propio terreno y trincheras, poniéndolo briosamente fuera de combate, sin preocuparse poco ni mucho de las complicaciones diplomáticas á que suelen dar importancia exagerada los ideólogos que no tienen calor ni fuego en el alma, siendo de rigor reunir en Melilla y organizar allí mismo las fuerzas de combate en bastante número, con cuantos elementos de boca y guerra fuesen necesarios, para emprender operaciones en la escala que las circunstancias exigiesen. Aunque todo esto es elemental, lo consignamos para decir que no hemos variado de opinión.

»En cuanto á la preparación y organización de las fuerzas de combate, conviene tener presente como modelo glorioso el ejército que mandó en África el ilustre general O'Donnell, el cual, con su probervial serenidad de ánimo y con la inteligencia militar que le distinguía, superó sin apresuramientos, aunque con incansable actividad y energía, antes de invadir el imperio marroquí, cuantas dificultades le salieron al paso, que fueron muchas y que serían

insuperables para otro que no tuviese las condiciones guerreras de aquel caudillo. Tuvo que variar su primitivo plan de campaña; pero decía, sin embargo, que «dueños nosotros de Tetuán, no habría inconveniente en que una parte del ejército marchase por tierra á sitiar á Tánger; pues la toma de este punto no la creo difícil ni larga por tierra.»

»La paz pedida por el enemigo puso término á aquella campaña, que según la autorizada opinión del ilustre general *Yusuf*, que tanto se había distinguido en la Argelia, fué una de las mejor dirigidas y combinadas de que había memoria en el territorio africano.

»Conviene consignar que al general O'Donnell nadie le trazó su plan de campaña primitivo, ni las modificaciones que le obligaron á introducir en él las circunstancias, porque profesaba la opinión de que los planes de campaña propiamente dichos, corresponde de hecho y de derecho trazarlos y ponerlos en ejecución á los generales en jefe, á quienes tan sólo incumbe apreciar sobre el terreno, de qué modo y en qué forma, y en virtud de qué combinaciones tácticas y estratégicas, conviene acometer al enemigo.

»No conocemos los fundamentos de las recompensas recientemente concedidas; pero como entre ellas hemos visto *empleos*, al dar nuestra enhorabuena más cumplida á los agraciados, copiamos el párrafo de un artículo que publicamos en *El Liberal* del 9 de octubre, y en el cual decíamos:

«Cuando hechos de esta importancia surgen inesperadamente y se cumple con los deberes del honor militar, es

conveniente, es de suprema justicia no encerrarse mezquinamente dentro de los sistemas restrictivos, porque el heroísmo que se desplegó en Melilla merece extraordinarias recompensas, saltando en este caso excepcional por cima de los preceptos escritos.»

* * *

Efectivamente, lo práctico, lo que debía haberse hecho antes que todo, era dar la batalla al enemigo, atemorizarle, castigarle con dureza como hemos dicho repetidas veces, y después que esto se hubiese conseguido, entonces, en buen hora, dar comienzo á las obras de fortificación.

Empezar éstas sin haber alcanzado lo otro, era exponerse á lo que efectivamente sucedió.

Pero se mezcló el bu de la diplomacia; los temores de complicaciones pudieron más que lo que reclamaba la dignidad nacional, y las consecuencias fueron las que todos conocemos.

Muy atinadamente el señor Sánchez Bregua recuerda la campaña de África de 1859.

El general O'Donnell, á quien no se le podían negar dotes de entendido militar, con la mayor prudencia organizó el ejército y ya se vieron los resultados.

En nuestras obras referentes á aquella gloriosa campaña, y en las páginas de la historia, están consignadas todas las acciones llevadas á cabo y coronadas por la victoria.

Y esto fué porque todo estaba pensado, todo estaba dis-

puesto con calma, con habilidad, con prudencia, sin apresuramientos que comprometan, sin alardes de entereza que después se convierten en períodos de calma inconcebibles, y que parecen acusar temor.

Según la opinión de un entendido general francés, la guerra de 1859 fué una de las mejor dirigidas y combinadas que se registraban en el territorio africano.

¿Podrá decirse lo mismo de la de que nos estamos ocupando?

El público tiene ya formulada su opinión, y ella contesta por nosotros.

Mezcla de energía y de pusilanimidad, de brevedad y de contemporizaciones, de alardes de fuerza y de perjudiciales inacciones, todo se encuentra en esta guerra á vuelta del heroico valor de nuestros soldados y de los sacrificios de su preciada sangre.

* * *

No queremos proseguir en ese terreno, porque sabe Dios dónde nos conduciría la serie de consideraciones que nos sugiere el paralelo que casi inconscientemente hacemos entre las dos guerras, y vamos á coger al acaso, algunas de las muchas noticias y de los diversos episodios que habían tenido lugar en el campo de Melilla.

«Cuatro confinados y dos tiradores Maüsser, llegaron hasta el fuerte de Cabrerizas Altas, batiéndose con las avanzadas de los moros y haciéndoles cuatro bajas.

»Estos valientes soldados y penados regresaron á la plaza, después de haber comunicado con el jefe del fuerte.

»El general Macías recibió una comunicación, dándole cuenta del hecho realizado por aquéllos.

»El general quiso conocer á los protagonistas de tan arriesgada aventura, ordenando que se le presentaran.

»Éstos pidieron dormir en las chumberas, no accediendo el general Macías á la pretensión.»

Y sin embargo, estos individuos tan ansiosos de pelear, tan dispuestos á derramar su sangre y perder la vida si era necesario por la patria, se veían obligados á permaner inactivos, viendo como los riffeños se aprovechaban de su inacción.

Y no sólo se aprovechaban de este quietismo, sino que penetraban en nuestro campo, y se aproximaban á nuestros fuertes, hasta un extremo inconcebible.

Prueba de ello el siguiente telegrama:

«A las doce de la mañana da el telégrafo de banderas, instalado en el fuerte de Cabrerizas Altas, la triste noticia de que ha sido herido gravemente en la cabeza el teniente de artillería D. Carlos Soler. La bala debió entrar por la cañonera en el momento de estar apuntando una pieza.

»El señor Soler y el señor Saltos son los únicos oficiales de artillería que asistieron á la acción del día 2.

»Todos saben cuan valientemente se portaron en la acción indicada, y en las sucesivas.

»El mismo telégrafo dice á la plaza, que los moros están á 200 metros de Cabrerizas.

»Durante toda la mañana se les ha hecho mucho fuego.

»Para prevenir un ataque de los moros á los tiradores Maüsser, que ocupan las piteras del cerro de Santiago, la brigada de cazadores ha destacado á varias compañías, situándolas detras del fortín de San Francisco.»

* * *

Otro hecho que nos produjo dolorosa impresión, como indudablemente había de producirla entre los que tuvieron ocasión de presenciarlo, hemos recogido también al azar, entre los muchos que se referían en el campamento y en la plaza.

«El soldado del regimiento de Borbón, Blas Endrina, fué á Melilla con su compañía.

»Su pobre esposa y una niña de dos años, queriendo seguir la suerte de aquel ser querido que iba á poner su pecho frente al enemigo, se embarcaron en el correo siguiente, y después de grandes penalidades, llegaron al fuerte de Cabrerizas Altas donde se hallaba el batallón.

»Llegó la mañana del 28: las balas llovían sobre la puerta indefensa del fuerte: los de Borbón se batían como leones en las guerrillas y la esposa del soldado rezaba en un obscuro rincón de la fortaleza.

»¡Triste momento el de aquella funesta retirada! La esposa de Blas Endrina no tuvo que preguntar por su mari-

do. Éste no venía con su compañía y su cadáver no había podido ser rescatado.

»Como existe entre la oficialidad de Borbón un gran espíritu de caridad y conmiseración para aquella infortunada viuda, y su pobre niña, será tal vez proclamada hija adoptiva del regimiento.»

Confesamos ingenuamente que la lectura de esta noticia nos conmovió profundamente.

¿Qué reserva la patria para esa infeliz viuda de un obscuro soldado, y para esa pobre huérfana de uno de los héroes del montón?

Si la caridad del regimiento en que sirvió el infortunado Blas Endrina, no acude en su auxilio, la miseria y el abandono.

CAPÍTULO LXXX

Campamento de Horcas Coloradas.—Situación de las tropas en Melilla.—Alarmas, heridos.—Ofertas de penados



AS nuevas fuerzas que iban acudiendo á Melilla, se dirigían al campamento de Horcas Coloradas, cuya situación, según la descripción que tenemos á la vista, es la siguiente:

«El campamento de Horcas Coloradas está muy bien situado.

»Al frente, y teniendo por enmedio un cerro, está el fuerte de Cabrerizas Bajas.

»Por detrás está el mar, con el que forma una costa de rocas acantiladas.

»A la derecha tiene los fuertes de Cabrerizas Altas y Rostrogordo, y á la izquierda el fortín de María Cristina, por donde se baja al Polígono.

»Está bastante resguardado, y desde allí á la plaza cabe

una línea continuada de fuerzas, que pueden enfilarse por cañadas y barrancos, que dan á las carreteras de los fuertes, protegiendo el acceso á éstos con las baterías.

»Hay en él treinta y una tiendas de campaña, y tiene terreno suficiente para 10.000 hombres.

»Seguramente no enviarán tantos soldados como caben allí.

»Defiende este campamento una trinchera de quinientos metros de extensión, formando zig-zag, cubriendo todo el monte.

»En las tareas de desenfilar tiendas trabajan cien penados muy hábiles, el batallón de ingenieros y los soldados de infantería acampados.

»En Horcas Coloradas se hallaban esta tarde el genêral Castillejos, el teniente coronel de ingenieros señor Vises y el teniente del mismo cuerpo señor Maldonado, ocupados en el replanteo del fuerte de Sidy-Guariach.

»Los moros conocen á este último, á quien llaman *el teniente chiquito que tiene colpa del fuerte.*

»Desde el campamento,—dice la carta que copiamos,—me fuí esta tarde á la trinchera de Santiago, donde había una sección de tiradores del Maüsser.

»Éstos, desde el amanecer hasta el anochecer, no han cesado un momento de disparar contra el enemigo.

»Los moros se replegaban hacia Frajana, y nuestros soldados les hicieron correr, siguiéndoles muy de cerca, á menos de dos kilómetros.

»A pesar de la distancia que separaba á unos de otros,

muchas balas de los riffeños pasaron por encima de los tiradores del Maüsser.»

***

Según las disposiciones dadas por el general Macías, diariamente uno de los regimientos que hay en Melilla debe relevarse en el citado campamento.

«El día 11 de noviembre,—dicen los datos que obran en nuestro poder,—lo pasó el regimiento de Pavía en el citado campamento.

»En la mañana del 12, el regimiento de Álava relevó al de Pavía.

»Momentos después de hacer el relevo, y como los moros advirtieran el movimiento de nuestras tropas, dispararon sobre el campamento, pasando sus proyectiles por encima de las trincheras y llegando hasta las tiendas de campaña.

»El resto del día no han hostilizado las kábilas á nuestros soldados.

»Mañana corresponde acampar en Horcas Coloradas al regimiento de Borbón.

»Cada día será un regimiento distinto. En su virtud, pasará por aquel campamento todo el ejército existente hoy en Melilla.

»Durante la noche, produce cierta angustia pensar en la suerta de las tropas acampadas; sobre todo, en las noches en que reina fuerte viento y cae á torrentes la lluvia.

»En estos momentos, para quienes muy especialmente resulta penoso el trabajo, es para los escuchas.»

* * *

«Estando en la trinchera de Santiago con los tiradores del Maüsser,—dice un corresponsal refiriéndose al día 12,—recibí la noticia de que por la mañana había sido herido de un balazo en la cabeza el teniente de artillería señor Soler, que se hallaba en una tronera del fuerte de Cabrerizas Altas.

»Aunque la herida es de gravedad, el señor Soler se halla en un estado relativamente satisfactorio.

»Como los fuertes están ya aprovisionados hasta fin de mes, créese que durante lo que resta de noviembre se limitará el fuego al cañoneo desde los fuertes, desde la plaza y desde el *Conde de Venadito*, que continúa sin cesar día y noche haciendo fuego lento y cuando se descubren grupos de moros.

»Ayer se tomaron disposiciones para distinguir los moros adictos, partidarios de la paz, de los moros enemigos, ardientes partidarios de la guerra.

»Por la parte exterior del Mantelete avanzan los barracones para los caballos.

»Frente al Casino Hebreo, hoy convertido en hospital, hay un barracón para tropas.

»Cuando lleguen las dos brigadas que se esperan, es posible que comiencen las operaciones.

»Adelanta el proceso instruido con motivo del contrabando de armas.

»Fueron aprehendidos 34.000 cartuchos.

»Habían sacado, después del día 2, 32.000, que se sepan.

»Algunos hacen ascender la cifra de los cartuchos que salieron de contrabando, á 200.000.»

***

Según las correspondencias que obran en nuestro poder, en la noche del 11 de noviembre, hubo una gran alarma en Melilla, respecto á la cual dice uno de los corresponsales á quien más seguimos en la descripción de todos los acontecimientos ocurridos en Melilla.

«En la noche de ayer hubo una regular alarma en la plaza.

»Suponíase que un buque inglés estaba en la costa para descargar contrabando, mientras que otro buque, también inglés, el *Gibraltarik*, llamaba en el puerto la atención del *Conde de Venadito*, haciendo señales á la playa mora.

»Suponíase, además, que había en Melilla tres oficiales encargados de levantar no sabemos qué planos y de instruir á los ejércitos moros.

»Veíase ya al sultán, enviado por Inglaterra, para castigar, no á las kábilas que quieren la guerra á España, como antes hubiérase creído, sino á los propios españoles.

»Y es natural que con todas estas noticias que circulaban

cundiera la alarma en la plaza de un modo extraordinario.

»Al vapor Gibraltarik no se le dejó salir anoche del puerto y se le ordenó que apagara todas las luces, con lo cual es indudable que pudo mejor echar al mar el contrabando, si por acaso lo tenía.

»Los ingleses que había en la plaza han sido expulsados, aunque resulta que no son oficiales, como se decía, ni estaban encargados de levantar esos planos que había creído ver destinados á los moros la fantasía popular.

»Son nó más que dos *touristas* y el corresponsal del *Daily Telegraph*.

»Al saberse esto, ha renacido un tanto la calma.»

* * *

Otro corresponsal, ocupándose también de este mismo suceso, dice así:

«Reina gran alarma. Toda la parte de la muralla, desde el Torreón de las Cabras hasta el Faro, está llena de curiosos. Lo sucedido es lo siguiente:

»Varios paisanos y un sargento de ingenieros observaron que en la playa brillaba una luz como de farol, que iba de un lado para otro en todos sentidos.

»Coincidían con estas señales otras que con farol también, hacía el barco inglés *Gibraltarik*, anclado en el puerto.

»Los paisanos avisaron de lo que ocurría al cabo de mar, que está en el Torreón de las Cabras, y éste, por

medio de otras señales, llamó la atención del *Venadito.*

»El cabo aseguraba haber sorprendido algunas letras de las que marcaba la luz de la playa.

»Entre tanto el Gibraltarik tenía encendido el farol rojo y encendidos sus fuegos, anunciando una salida inmediata. El *Venadito* destacó un bote que fué al barco inglés, y le ordenó que no marchara.

»Éste obedeció la orden y apagó la máquina y las luces. El ayudante del general Macías fué al *Venadito* para decirle que no dejase de vigilar al Gibraltarik.

»Dícese que en la Puntilla había hogueras con las que se hacían señas.

»Hay quien asegura que antes de la guerra, el Gibraltarik había traído á los moros armas y municiones.»

* * *

Los trabajos en la plaza seguían sin interrupción, especialmente por parte de los ingenieros, porque la verdad era que hacían falta muchas reparaciones.

Según carta que obra en nuestro poder, éstos trabajan sin descanso en la construcción de barracones para el campamento é instalación de baterías.

Los jefes y oficiales de este cuerpo están demostrando mucha pericia y una laboriosidad incansable.

Con objeto de que puedan disparar las piezas Verdes Montenegro, se revestirán las baterías y se colocarán planchas de palastro.

De Cabrerizas Altas envían el siguiente telegrama:

«El teniente Soler, sigue lo mismo. Telegrafíen á su casa, en Segovia, Canonjía Nueva, 18, Clotilde Lagarra, desvirtuando noticias de su gravedad.»

»Este oficial despierta muchas simpatías. El día 2, en el fuerte de Camellos, estuvo hecho un valiente.

»Varios penados se han ofrecido á ir por él á Cabrerizas y traerlo á la plaza; pero no se acepta su ofrecimiento porque se correría un peligro cierto y completamente inútil.

»Esta tarde hemos sabido que el teniente Soler, herido esta mañana en la cabeza en una aspillera de Cabrerizas Altas, no se ha agravado.

»El teniente Marco, del regimiento de África, también recibió hoy una contusión en una mano, estando ocupado en hacer telégrafo de bandera.

»Pasado mañana marcharán á la Península la plana mayor de los segundos batallones, para organizar las reservas, instruirlas y equiparlas.

»Los moros no dejan de hostilizar con disparos sueltos á las avanzadas del campamento de Horcas Coloradas. Sin embargo, no han ocurrido bajas.

»La Guardia Civil sigue prestando excelentes servicios. Hace numerosos registros domiciliarios; castiga con multas los abusos de los vendedores; corrige, en fin, todas las faltas que aquí venían tolerándose.

»En cuanto llega un vapor, va á bordo una pareja para tomar el nombre de los pasajeros y reconocer los equipajes.

»Hoy, la misma Guardia Civil ha detenido, por sospechas, á tres españoles, consignatario uno de ellos de un barco inglés.

»Dichos individuos fueron entregados inmediatamente al juzgado militar.

»Dos parejas, situándose hoy en el camino del Polígono, han registrado á cuantos paisanos iban por aquel paraje. Siguen recogiendo numerosas armas.

»El proceso en instrucción, continúa con mucha actividad. Otro paisano más y el sargento de la antigua partida de policía, han sido presos como complicados en la causa.

»Sólo quedan en Melilla los hebreos acomodados que tienen establecimientos, habiendo sido expulsados los demás.

»Los que aún permanecen en la plaza, sufren una incesante vigilancia de la Guardia Civil.»

* * *

Respecto á las nuevas armas descubiertas en el barrio del Polígono, del cual decimos en otro lugar que era sitio á propósito para toda clase de ocultaciones, dice otra de nuestras correspondencias entre diferentes noticias:

«Están á la vista el vapor *Ville d'Oran* y *Puerto de Mahón*, de Málaga. Éste parece que remolca las chalanas.

»Esta mañana un disparo de los moros hirió á un paisano que iba á Cabrerizas Altas, á vender mercancías.

»Cabrerizas Bajas telegrafió que el herido estaba á 500

metros del fuerte, arrastrándose hacia un barranco. Probablemente habrá caído en manos de los moros.

»El fuerte de San Lorenzo está haciendo disparos de cañón acertadísimos sobre el caserío de Frajana.

»Hoy parece que hay más movimiento en el campo riffeño.

»En otra casa del Polígono ha encontrado la guardia civil otra partida de armas. Era ésta de 21 fusiles, 120 cartuchos, dos pistolas, 40 baquetas y seis saquitos con piezas de fusil.

»El hebreo Ismael, vecino de la casa donde se hizo el descubrimiento, ha sido detenido.

»A las cuatro de la tarde fondea el *Puerto de Mahón*. Trae de Málaga víveres y el correo.

»A las seis zarpará el *Ville d'Oran*. En él mandamos nuestros telegramas.»

CAPÍTULO LXXXI

Consejo de ministros.—La orden del sultán á las kábilas.—Anuncio del viaje del príncipe Araaf



nadie podía satisfacer la nueva faz que ofrecía la cuestión de Melilla.

Ni los partidarios de la paz, ni los entusiastas por la guerra, podían aplaudir aquellas vacilaciones, aquellos pueriles temores, aquellas repetidas inconveniencias que tanto nos perjudicaban en el interior, y que tan desairado papel nos hacían representar en el exterior.

Para hacer más crítica la situación, la llamada de las reservas fué ocasión de multitud de disgustos demostrando de un modo palpable las deficiencias que había para la movilización de las fuerzas que se necesitaran en un momento determinado.

No hemos de entretenernos en detallar los mil inciden-

tes á que dió lugar aquel conato de movilización, porque de sobra los periódicos de cada localidad, lo mismo que la prensa de Madrid, pusiéronles de manifiesto por aquellos días.

Parecía lógico que la llamada de las reservas, obedeciese á un plan preconcebido ya, y que hiciese necesario poner en pie de guerra aquellas masas.

Pero cuando se vió que se había arrancado del hogar doméstico á gran parte de padres de familia, que se habían arrebatado brazos á la industria y á la agricultura, que se habían dejado en la indigencia á multitud de familias para llevar de acá para allá á los noveles soldados, y que la guerra había entrado en un período de calma que amenazaba convertirse en *calma chicha*, prolongándose de un modo indefinido, el clamoreo fué general y los cargos contra el Gobierno se acentuaban mucho más.

* * *

Seguíase enviando tropas á Melilla. ¿Para qué? Para reunir allí un contingente que desde el momento que el sultán había prometido castigar á los riffeños, y que el Gobierno había aceptado como buena aquella oferta, que no llegaría á realizarse, hacíase inútil aquella concentración de fuerzas que, después de todo, no servían más que para aumentar los blancos con que se entretenía un enemigo traicionero que oculto entre las chumberas ó favorecido por las accidentaciones del terreno, fusilaba á mansalva á nuestros soldados.

Las indecisiones, las vaguedades, los vergonzosos temores que parecían ser ya el patrón á que se ajustaba el proceder del Gobierno, destacábanse entonces más vigorosamente por lo mismo que contrastaban con el alarde de fuerzas que se había pretendido hacer.

Los órganos oficiosos preconizaban las ventajas de la paz, sin tener en cuenta que la paz después de un ejemplar castigo, honraba á quien la aceptase; pero la paz antes de emprender una acción enérgica, la paz cuando todavía estaban á la vista los insepultos y mutilados cadáveres de nuestros soldados, cuando cada día estaban haciendo fuego á los fuertes, causando bajas en nuestras filas, era realmente vergonzoso.

Con notas trataba de contenerse la pública indignación, y por el contrario lo que hacían era aumentarla mucho más.

* * *

En el Consejo de ministros celebrado el día 16, bajo la presidencia de S. M. la reina, tratáronse diversos asuntos relacionados casi todos con la cuestión de Melilla.

El señor ministro de Estado enteró á S. M. de los principales asuntos del exterior, comentando la situación financiera de Italia, los pagos en oro y las fuerzas navales que existían en el Mediterráneo.

El señor Moret presentó á S. M. un estado comparativo, en que se determinan los buques de cada nacionalidad, especificando sus condiciones.

Se dió cuenta á S. M. del importante donativo hecho por el Banco de Barcelona, para los gastos de la guerra, donativo consistente en dos millones y medio de pesetas; es decir, la cuarta parte de su capital, dejando á la iniciativa de la reina la fijación del interés de dicho anticipo, con la protesta de que le sería el tipo más agradable, cuanto más reducido fuese. Su Majestad la reina se enteró con satisfacción de semejante rasgo patriótico del Banco de Barcelona, y de acuerdo con el ministro de Hacienda, fijaría el interés del importante anticipo.

De Melilla se leyeron algunos telegramas que no tenían importancia, puesto que se reducían á manifestar que las hostilidades seguían en suspenso.

A última hora leyó el señor Moret una nota interesante. Era de Mohamed Torres, ministro de Negocios extranjeros, de Marruecos, dirigida al ministro de España en Tánger, señor marqués de Potestad Fornari, con fecha del 15.

Decía Mahomed Torres que, cumpliendo lo que prometiera en la Nota anterior, el sultán le había enviado una nueva carta sheriffiana, previniéndole que enviaba á su hermano Muley Araaf, con un contingente de caballería, á los límites del Riff, lugar llamado Bindhinad, en las fuentes del Mulaya y á la orilla izquierda de este río, punto estratégico por sus fáciles comunicaciones con el interior, con Melilla y con la costa, con el fin de advertir á los riffeños que depongan en seguida su actitud, y dejen construir tranquilamente á los españoles el fuerte de Sidy-Gua-

riach, pues de lo contrario les castigará severamente.

Añadía la Nota que Muley Araaf llevaba instrucciones para arreglar el asunto, y que además el sultán había enviado á los gobernadores del Riff un rescripto del que se incluía copia, ordenándoles que todos ellos se pongan con sus gentes respectivas, á las órdenes de su hermano, y le apoyen y sostengan resueltamente.

Por último, hacía el sultán protestas aún más expresivas y terminantes que en la Nota anterior, del disgusto que le causaba el conflicto; de su amistad hacia España, y de su decidido propósito de arreglar la cuestión en forma que no sufriese quebrantos, ni mermar la amistad que profesaba á España, y que deseaba conservar á todo trance.

En esta especie de circular á los gobernadores del Riff, les recordaba el sultán que España estaba y está en su perfecto derecho á construir el fuerte de Sidy-Guariach, porque se emplaza en territorio que el sultán compró á los riffeños, y cedió á España para que hicieran en él lo que mejor les pareciera, y más conviniese á sus intereses.

Les amonestaba severamente por haber roto las hostilidades contra España sin acudir á él, y sin esperar sus instrucciones, y les anunciaba el envío de su hermano, previniéndoles, de no someterse incondicional é inmediatamente, con su maldición y con un castigo nunca visto.

Muley Araaf salió de Tafilete para las fuentes del Muluya, el 28 de octubre, con orden de acelerar la marcha todo lo posible.

Se calculaba que llegaría á los límites del Riff, dentro de seis ú ocho días.

***

Todo esto, como fácilmente se comprende, no era posible que satisfaciese á nadie, por las razones que ya hemos expuesto distintas veces.

Si la autoridad del sultán era completamente desconocida entre aquellas kábilas, ¿qué garantía para lo porvenir podía ofrecernos aquélla?

Todavía debía tardar muchos días en llegar al Riff el hermano del sultán, y ¡quién sabe hasta que él llegase, las víctimas que habrían podido hacerse entre nuestros soldados!

Conocidas son las difíciles comunicaciones en el interior del imperio, y por lo mismo no se podía precisar de un modo seguro cuándo tendría término aquella situación.

Hé aquí la circular dirigida á los jefes riffeños por el sultán de Marruecos y enviada al Gobierno español por nuestro ministro en Tánger, según hemos dicho en otro lugar.

Decía el sultán á los jefes del Riff:

«Hemos recibido vuestra carta informándonos que el gobernador de Melilla había dispuesto construir un fuerte en las cercanías de Sidy-Guariach y que los moros limítrofes se habían opuesto á ello.

»Hemos recibido quejas del Gobierno español, de que

los limítrofes á Melilla impidieron construyesen un fuerte dentro de sus límites, destruyendo dos veces lo que habían ya construido, que los españoles pusieron fuerzas para protegerlo y que los riffeños se reunieron por miles causando, el encuentro por ambas partes, muertos y heridos.

»Esto, á pesar de tratarse de unos terrenos que habíamos comprado á los riffeños y cedimos á España para que hiciese en ellos lo que mejor le conviniera.

»¿Qué motivos han tenido, pues, para haberse opuesto á dicha construcción, estando ésta dentro de sus límites, sin haber ninguna convención entre nosotros que la justifique? La culpabilidad por los desmanes y desacatos recaen sobre los mismos riffeños, los cuales, aun suponiendo que hubiera algún convenio, habrían debido llevarlo al Sheriff para nuestro conocimiento y aguardar á que les contestásemos antes de oponerse á dicha construcción sin orden del Gobierno.

»Hazles, pues, presente el disgusto que me ha causado el mal proceder de ellos y el daño que han ocasionado á sus personas, familias, bienes y propio país.

»En cuanto á tí, tu deber era el de haber impedido á tus paisanos llevar á cabo lo hecho, aconsejando y previniendo las consecuencias; poniendo todo lo necesario de tu parte para disuadirles de él. Por cuya razón hemos enviado á nuestro hermano Muley Araaf con un contingente de caballería, llevando orden nuestra por escrito para que no vuelvan á oponerse á la construcción susodicha dentro de

los límites de Melilla, y que si tuviesen algún convenio que lo impida, que lo eleven á nuestro conocimiento, quedando siempre en actitud de sumisión para que recayese solución á lo que ha pasado, llevando orden y poder nuestro para intervenir en el particular. Te ordenamos, por lo tanto, que le ayudéis en su misión y hagáis que vuestros hermanos acaten su voluntad sin demora, secundándole también por su parte siquiera por su tranquilidad y bienestar; de lo contrario, serán maldecidos y tendrán un castigo como jamás han visto.»

* * *

Bastante podía importarles á los riffeños todas las maldiciones con que el sultán les amenazara.

Si por medio de la fuerza pretendía castigarles, fuerza también tenían ellos y mayor conocimiento del terreno para poder obrar con ventaja en caso necesario.

Todo el mundo veía en lo que estaba pasando no mas que el propósito de ganar tiempo: base en que siempre ha descansado la política imperial.

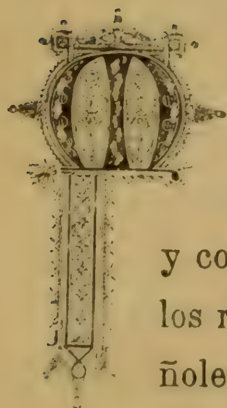
Por supuesto que después de todo, desde el momento en que se había dejado espacio para que llegase la nota del sultán, ya no había otro remedio sino cargar con las consecuencias de aquella lenidad inconcebible.

Volvemos á repetirlo. Nuestra misión en Melilla, después de los sucesos del día 2 de octubre, debiera haberse reducido á reunir inmediatamente el mayor número de

fuerzas posible, lanzarlas contra los riffeños cuando aún no habían tenido tiempo para prepararse, destruir sus poblados y vengar de este modo la sangre de nuestros soldados, y esperar después, arma al brazo, los sucesos que pudieran sobrevenir.

CAPÍTULO LXXXII

La situación en Melilla.—Misas de campaña.—Hazañas de los riffeños.—Imprevisiones



IENTRAS el sultán enviaba rescriptos á los jefes de las kábilas, amenazándoles con maldiciones, que les importaban un bledo, y con castigos, que sabían no habían de llegar, los riffeños continuaban la caza de soldados españoles, las comunicaciones en el campamento eran sumamente difíciles, á pesar del número de soldados que ya estaban en él, y no podían realizarse ciertos actos, porque de hacerlo, fuera exponerse á dolorosos accidentes.

¿En qué había mejorado la situación?

¿Qué ventajas eran las alcanzadas hasta entonces, á pesar de los días transcurridos desde las últimas jornadas importantes de los días 27, 28, 29 y 30 de octubre?

En el campo se carecía de seguridad; para aprovisionar los fuertes se hacía necesario prepararse como para una función de guerra, y las comunicaciones de los fuertes con la plaza eran lentas y llenas de dificultades.

Semejante estado hacía decir á un periódico de la corte, á propósito de los telegramas oficiales que acusaban no ocurrir novedad:

«Todos los días recibimos noticias tristes de Melilla. Las debemos á personas cuya veracidad nos merece confianza absoluta. Aun sin esto, el hecho de que el Gobierno, cada vez más reservado y asustadizo, las deje circular, viene á darlas garantía de certidumbre. Y, sin embargo, no las publicamos. No queremos contribuir con ellas á hacer más difícil, más triste, más penosa la situación presente, tan llena de angustias...

»No. Son muchas las madres, las esposas, las hermanas que vienen llorando á nuestra redacción desde que se publicó el decreto llamando á las armas 90.000 reservistas, para que no miremos con terror una guerra sin preparación, sin fin, sin objetivo. Y es mucha la sangre derramada y son muchos los nobles entusiasmos que ha despertado en el país y de los que á nosotros llegan elocuentísimas señales, para que no nos asuste también todo lo que no sea dar á la patria lo que piden á voces sus derechos negados y su honra ofendida.

»De aquí nuestras opiniones de siempre. Ni una gota de sangre más de la necesaria, ¡qué ojalá no lo fuese ninguna!, ni una reparación menos de las que reclaman la

integridad de nuestro territorio, el prestigio de nuestros soldados y el honor de nuestra bandera.

»Y la situación de Melilla, lejos de mejorar, se agrava por momentos. El teniente de artillería, señor Soler, ha sido herido en Cabrerizas Altas. Para que en la plaza se supiera esta desgraciada noticia, ha sido preciso valerse del telégrafo de señales. Algunos presidiarios, como quien propone una verdadera locura de heroísmo, se han ofrecido á ir á Cabrerizas Altas para llevar á Melilla al teniente herido. Y el gobernador general de la plaza ha tenido que poner una negativa rotunda en la generosa y humanitaria solicitud, seguro de que así libraba unas cuantas vidas... El 13 de noviembre no han podido hacer en Melilla nuestras tropas, la población penal, nadie, en fin, lo que sin grandes peligros hicieron el 30 de octubre los corresponsales de los periódicos. ¡Así estamos!

»El general Macías dió un plazo de veinticuatro horas á las kábilas para exterminarlas si no se rendían; el general Macías anunció á los moros que tenía en una mano la paz y en otra la guerra. Van pasadas, no veinticuatro horas, sino muchos días. ¿Y qué? los partes oficiales lo dicen: Seguimos sin novedad.

»Sin novedad, cuando todos los días son cazados traidoramente nuestros valientes soldados por las balas riffeñas.

»Sin novedad, cuando aumenta á cada momento el contingente de las kábilas.

»Si novedad, cuando las balas que al romperse el fuego

después del día 2 de octubre no llegaban ni á mil metros del *Venadito*, caen ya en su cubierta.

»Sin novedad, sí... Pero no nosotros.

»Los que siguen sin novedad son los que nos invaden y nos sitian.»

***

Verdaderamente que parecía un sarcasmo sangriento, que en las noticias oficiales se dijese que no ocurría novedad alguna en la plaza y su campo, cuando los telegramas particulares acusaban noticias como estas:

«Melilla, 12.

»Durante la noche de ayer, sábado, los moros, desde la costa y en las inmediaciones del fuerte de San Lorenzo, hicieron disparos sobre el Torreón de las Cabras, llegando algunas balas hasta la torre de la Farola, donde les servía de blanco el heliógrafo.

»El reflector del *Alfonso XII* iluminó la costa, y los riffeños siguieron tirando hasta la media noche, disparando sobre el Mantelete, el Polígono y la Alcazaba.

»En ésta ha sido instalado el hospital del *Heraldo*.

»A las tres de la madrugada de hoy, domingo, se encendió el reflector de la plaza.

»Fuimos á verlo, dada la posibilidad de que se intentara la salida de los Disciplinarios; pero se ha dejado esta operación para mañana.

»También en las primeras horas de la noche de ayer

hicieron los moros bastante fuego contra el Polígono, acercándose hasta el fortín de San Francisco, para gritar al cabo de guardia.

»Prueba la audacia de los moros, el hecho de merodear muy cerca de los fuertes.

»Constantemente desde estos puestos invisibles para nosotros, disparan sobre nuestros centinelas, que tienen que recibir las balas del enemigo impávidos, sin contestar, porque no se sabe dónde se esconden los riffeños.

»Un cabo de cazadores de Cataluña estaba fumando en una de las calles más retiradas del Polígono, y como la lumbre de su cigarro sirviera de blanco, cayó una bala enemiga á sus pies.»

En otros telegramas, referentes al mismo dia 12, encontramos también lo siguiente:

«En ocasión de hallarme esta mañana en el campamento de Horcas Coloradas, una bala enemiga hirió en la pierna derecha al soldado del batallón Disciplinario José Sastre Vila, que iba escoltando á los penados que trabajan en el campamento.

»En el campo moro se observa hoy extraordinario movimiento, y se ve mayor número de enemigos que en estos pasados días.

»Desde anoche, no cesa el tiroteo en casi todo el campo.

»De las trincheras de Benisikar y de las alturas inmediatas, salen muchos disparos contra el campamento.

»La batería situada en éste, dispara con mucha frecuencia.

»La guerrilla de tiradores Maüsser ocupa la altura de Santiago y menudea el fuego también.

»En los fuertes de San Lorenzo, Cabrerizas Altas, Torreón de las Cabras y Victoria Grande, no cesa el cañoneo.»

***

Creemos que los datos que anteceden, bastan y sobran para que se comprenda el efecto que habían de producir en la opinión, las noticias de los corresponsales particulares comparándolas con el *No hay novedad*, de las oficiales.

Si como no existir novedad, se entendía que nada significaba el continuo tiroteo de los infieles y las bajas que nos causaban, porque éstas eran escasas, eso es distinto.

Nosotros creemos, por el contrario, que una sola gota de sangre de un individuo de nuestro ejército, ya fuese oficial, ya simple soldado, constituía novedad y novedad muy grande para que se castigara como merecía.

Entre las correspondencias que á la vista tenemos, entresacamos algunas noticias referentes á los días desde el 12 al 16 de noviembre, así respecto á la actitud de los moros, cuanto á la vida del campamento y llegada de refuerzos.

«La principal distracción en los domingos,—dice una de aquéllas,—es la misa de campaña que hoy, como los anteriores días festivos, se ha celebrado, yendo á oirla desde Melilla mucha gente.

»El altar está situado en un bajo y en la parte más resguardada de las balas del enemigo.

»Hoy ha celebrado la misa el capellán de cazadores de Cataluña.

»La banda del regimiento tocaba escogidos trozos de ópera, y acompañaban además á la misa los cañonazos disparados desde los fuertes y los tiros de las guerrillas de Santiago.

»De cuando en cuando se oía silbar alguna bala por el barranco próximo al Polígono.

»Con gran devoción oían la misa todos los soldados, y al lado de la fuerza, formando extensa ala, todos los camilleros de La Cruz Roja, dirigidos por el marqués de Casa Pacheco.

»Al otro extremo estaban el general Monroig y la oficialidad de los cuatro batallones.

»Los coches quedábanse en los límites de la carretera; la gente de Melilla formaba aquí y allá numerosos grupos, y entre tanto los pintores y los fotógrafos tomaban apuntes para sus obras ó sacaban fotografías.

»El cuadro era pintoresco, animado, hermoso.»

***

Otro de los recortes á que dejamos hecha referencia, dice:

«Los distinguidos jóvenes madrileños, Mariano Fontanar y Ortiz de Zárate, como tardara en llegar á Melilla el regimiento de Saboya, acordaron filiarse á cazadores de Cuba, á cuyo fin, el primero duerme desde hoy en el

Polígono, ha comido el rancho y se acostumbra á andar por las trincheras, haciendo en el campamento la vida del soldado.

»Han elegido cazadores de Cuba, porque está este batallón constantemente en las avanzadas para todas las operaciones, y porque este su puesto, con el batallón Disciplinario, el de mayor peligro en todos los momentos.

»Tanto el teniente coronel, señor Cano, como el comandante, señor Ambel, y la oficialidad toda, han acogido con gran entusiasmo á estos dos voluntarios que tienen verdaderos anhelos por pelearse en las guerrillas.»

. . . .

«En el campamento de Horcas Coloradas, hace hoy servicio el regimiento de Extremadura.

»Los moros no han cesado de hostilizarle desde las primeras horas de la mañana.

»Han resultado dos heridos, un soldado del Disciplinario y uno de la escolta de penados.

»El primero tiene una herida en la pierna derecha y recibió el balazo estando junto á una tienda de campaña.

»Para desalojar al enemigo de las cañadas, ha disparado ocho granadas la batería enclavada dentro del campamento, frente al fuerte de Rostrogordo.

»Los moros salieron corriendo al primer disparo; pero luego se detuvieron, creyendo que el fuego no iba á continuar.

»En cuanto oyeron nuevos cañonazos, todos huyeron despavoridos.

»Los trabajos de atrincheramiento continúan con gran actividad.

»Están haciéndose ya los reductos de Horcas Coloradas.»

. . . .

«La batería de montaña situada en Horcas Coloradas, llegada ayer, ha hecho hoy fuego contra los moros, siendo muy certeros sus disparos.

»Esta mañana han desembarcado los caballos procedentes de Gibraltar, que se han traído para los jefes de infantería.

»Uno de los caballos se hirió al hacer el desembarco.

»La operación es muy lenta y trabajosa, pues tarda más de una hora en llegar cada barcaza al puerto.

»Con las lanchas de vapor se haría más rápido y más barato el desembarco; pero no se hace así.

»Todas las operaciones, desde las más grandes hasta las más insignificantes, costarán un dineral por falta de previsión.»

* * *

Efectivamente que todos los trabajos llevados á cabo en esta campaña, donde tanto podía haberse hecho y tan alto haberse puesto el prestigio de España, resultaban tan costosos como lentos.

Eran tantas las imprevisiones cometidas, tan dolorosas las consecuencias que resultaban de estas mismas imprevisiones, que si á enumerarlas fuéramos, necesitaríamos un

mayor espacio del que podemos disponer, y aún repetir lo que ya tantas veces hemos dicho.

Una prueba más, nos la da el siguiente telegrama:

«Los soldados del regimiento de Saboya, llegados en el vapor *Sevilla*, comieron ayer en Málaga á las dos de la tarde, y no han vuelto á hacerlo hasta la una ó las dos de la tarde de hoy.

»Los oficiales del regimiento y el redactor de *El Liberal*, señor Ortiz de Pinedo, que venía con ellos, repartieron parte de su comida con algunos soldados.

»Con el regimiento de Saboya ha venido hoy de Málaga el general de brigada señor Montero.

»El soldado del Disciplinario que resultó herido esta mañana, ha sido recogido por la ambulancia de La Cruz Roja.

»Desde el fuerte de Cabrerizas Altas, telegrafían que se encuentra un tanto aliviado el teniente Soler.

»Créese que hoy han llegado al campo enemigo algunas kábilas del interior.

»El doctor D. Víctor J. Tomillo, de la ambulancia de La Cruz Roja, ha curado hoy á una mujer que fué herida días pasados en el Polígono.

»El estado de la paciente es relativamente satisfactorio.

»Acabo de saber que en la próxima madrugada se encenderán los dos reflectores, enfocándolos hacia Frajana.

»Los cañones del *Venadito* harán disparos al mismo tiempo.

»Créese que esta sorpresa dará buenos resultados.»

CAPÍTULO LXXXIII

El bombardeo de Frajana



URANTE todo el día 12, habíase estado hablando en la plaza y en el campo, de la gran sorpresa que se preparaba para aquella noche.

Nadie sabía exactamente de lo que se trataba, pero todos estaban conformes en que el suceso había de tener gran resonancia.

Llenos de ansiedad esperaban militares y paisanos lo que había de ocurrir.

Dejemos hablar las correspondencias que respecto á este hecho, se ocupan con gran extensión.

«Cruzo las tortuosas callejuelas de Melilla,—dice el ilustrado señor D. Manuel Paso,—y algunos minutos antes de la hora indicada llego á la muralla, desde donde se di-

visa el mar, que apenas mueve sus lomos azules, como si deseara no alarmar con el ronco batir de sus olas las playas riffeñas que aparecen ante nuestros cañones, abrigadas por un espeso cobertor de sombras.

»Allá en las borrosas lejanías del mar, los faroles del *Venadito* y del *Alfonso XII* nos dan la señal de alerta.

»Todos los corazones laten movidos por un mismo deseo.

»Allá enfrente se alza el Gurugú como una inmensa trinchera, cuyas faldas acaricia el azul Mediterráneo y cuyas cumbres enciende con fogonazos de luz purísima el sol de África.

»Hondos valles, peligrosas cañadas, gallardos arranques de montañas que se levantan amenazadoras; desquebrajados peñascales que ascienden y se hunden y se bifurcan. ¡Caminos seguros para la muerte! Esa inmensa montaña es el mejor versículo del Corán.

»Es el mejor reto, es la mayor burla que el Riff lanza sobre Melilla y sobre nuestros fuertes.

»La hora se acerca, y todos sentimos la misma emoción.

»Frajana aparece ante nuestra vista como si hubieran echado sobre ella un telón de sombras.

»Mazuza y Benisikar apenas se divisan.

»No hay ni una estrella en el cielo cristiano ni una sola luz en el campo moro.

»Los reflectores eléctricos se preparan para funcionar.

»Todo está dispuesto.

»Acostumbrados los moros á sentir la metralla de nuestros cañones en las faldas del Gurugú y en nuestras mismas playas, desde donde nos hacen fuego, dormirán seguramente tranquilos en los altos de Frajana.

»La hora se aproxima. Me dirijo á *Mira de Tierra*, cuya muralla está cuajada de curiosos.

»Bien pronto se recibe una orden del gobernador de la plaza mandando que desalojemos aquel recinto.

»Al obedecer la orden, siento en mi espíritu tristezas y desconsuelos.

»Renuncio ya á presenciar un espectáculo que tanto había cautivado mi atención, y bajo pensativo y silencioso por las escaleras de la muralla.

»La fortuna vino en mi ayuda.

»Un compañero de la prensa me acaba de decir que la orden no reza con los corresponsales, y vuelvo á subir apresuradamente, encontrando paso franco en *El Anteojillo*.

»Allí están el general Macías, el general Ortega, el Estado Mayor y algunos periodistas.

»El reflector de *El Anteojillo* está preparado.

»—Es la primera vez,—me dicen,—que estos reflectores van á funcionar en la guerra.

»Ha llegado el momento. En el reloj de la plaza suenan las once.

»De pronto el *Venadito* lanza su reflector; no tarda mucho el *Alfonso XII* en hacer lo mismo, y desde el mar hasta los arranques del Gurugú y los bajos de Frajana, cae una

nevada de luz violácea que llega allí palpitando con aires de triunfo.

»A los pocos minutos, los reflectores colocados en el *Anteojillo* y en el *Polvorín* lanzan un mar de luz sobre los altos de Frajana, y al primer cañonazo que suena en la plaza, responden inmediatamente los cañones de los fuertes y de las naves.

»Es completamente imposible describir tan sublime espectáculo.»

* * *

Efectivamente que el espectáculo había de ser verdaderamente grandioso.

Toda la atención debía estar fija en aquel accidentado campo, iluminado de repente con la potente luz de los reflectores, y en los moros había de causar una impresión extraordinaria.

«El campo de nuestros enemigos,—prosigue el citado señor Paso,—que yacía velado por espesas sombras, se ilumina de pronto, como si de improviso hubiera amanecido el día de las venganzas.

»Los caseríos del alto de Frajana se ven á simple vista.

»Anoche alumbró para ellos la aurora de la desolación y de la muerte.

»El estampido de los cañones es imponente.

»No puedo explicarme... Es imposible dar una explicación de lo que en estos momentos atónitos contemplamos.

»Los reflectores giran de un lado á otro, descubriendo las trincheras, los caseríos, las madrigueras y los escondrijos de los riffeños, y siempre hay una granada en el aire que allá va á Frajana y cae semejante á una luz de bengala, destruyendo los aduares, que abandonan espantados los moros; desquebraja sus trincheras, sepulcro de nuestros hermanos, y destroza sus huertas y sus sembrados, sacando á fuerza de metralla la semilla de sus frutos, depositada en la tierra que ha tenido por abono sangre española.

»El Mediterráneo no mueve sus aguas, como si quisiera ser firme sostén de nuestros barcos, que hacen fuego á cada momento.

»El general Macías dirige el fuego desde el *Anteojillo*.

»Los cañones de Camellos, de Cabrerizas Altas y Bajas, de Rostrogordo, de Victoria Grande, de San Miguel y del Torreón de las Cabras, truenan de un modo imponente, casi á un mismo tiempo, y la metralla se cruza en los aires, describiendo inmensas parábolas de fuego.

»Este espectáculo que á todos nos ha conmovido, creo que nunca más volverá á repetirse.

»La primera luz que ha alumbrado las sombras peligrosas del Gurugú es la primera victoria de nuestro ejército.

»Más de una hora ha durado el fuego de cañón.

»Escribo esta impresión mía al tronar de los cañones.

»La primera impresión que recibo al abandonar á España y llegar á África.

»Poco antes de las doce el general Macías ha dado orden de que cese el fuego.

»Se han apagado los reflectores y las costas africanas han vuelto á quedar en sombras.

»Allá, detrás de aquellas sombras, queda la desolación y la muerte.»

***

Otro de los discretísimos corresponsales á quienes venimos siguiendo, el señor Morote, trata de esta célebre noche en los términos siguientes:

«Melilla, 13.

»Desde las primeras horas de la tarde del domingo se sabía que iba á hacerse un serio bombardeo, á los poblados de Mazuza y de Frajana.

»La hora designada era la de las once de la noche. Durante la tarde no se oyó el cañón. Todo Melilla se preparaba para una gran función nocturna. La tranquilidad de la plaza era absoluta y sólo algún disparo de un tirador del Maüsser, ó algún aullido de los moros, venía á turbar aquel silencio, que imponía el cuidado y que ansiaba ver roto la impaciencia.

»La bandera que anuncia y que señala el fuego caía plegada en su asta sobre el balconcillo de la plaza del Aljibe. Bajo ella, los cañones Verdes Montenegro esperaban que ondease para empezar sus tiros; más lejos, toda la artillería; por todas partes el paisanaje y los soldados, que esperaban las once y la señal.

»El plan de Macías era que funcionasen sólo los cañones. Los guardias de las aspilleras, las guerrillas del campamento, toda la fuerza de dentro y fuera de Melilla recibió orden de no disparar un solo tiro. Con el tiroteo de la fusilería, casi inútil, no quería el general atraer la atención hacia las tropas.

»Así pasó la tarde. La infantería en inacción. Los oficiales encargados de las piezas tomando punterías, haciendo ángulos, precisando distancias, dirigiendo sin cesar los lentes de sus anteojos y las bocas de sus cañones á los sitios sobre que había de hacerse el cañoneo.

»Los oficiales que cuidaban de los reflectores trabajaban también, procurando establecer con fijeza los sitios que debían iluminar.

»Antes de caer la tarde todo estaba á punto, todo listo. La máquina de los reflectores preparada, el *Venadito* dispuesto; los fuertes, ya en disposición de hacer el fuego, en el ocio obligado de la espera, mostraban junto á sus piezas las municiones en montón y los artilleros descansando, distrayendo el tiempo con la charla.

»La población civil estaba igualmente emocionada é inquieta.

»Siendo un gran bombardeo el proyectado, temíanse estruendo, rotura de cristales, averías en las casas y luego lo inesperado, la consecuencia de la operación, lo que no se prevé ni se siente.

»Todo era bullir de gente, paso de oficiales que se agrupaban en sus puestos, soldados que iban de un lado

para otro, acabando de ultimar los preparativos necesarios.

»En tanto los riffeños, dejando algunos pocos que guarneciesen las trincheras, se aprovechaban de la calma para sembrar sus campos, ignorantes de lo que aquí se preparaba y de que en el surco recién abierto y en la semilla echada apenas, dentro de poco estallarían las bombas, dejando su labor sin fruto y su terreno sin cosechas.

»Por la noche no cabía la gente en el Casino Militar. Estaba aquello como nunca. Esperábase la hora en que se irían los militares para ocupar sus posiciones.

»El contingente ordinario del Casino había aumentado con los recién llegados de Saboya, cuyo núm. 6 indica que son tiradores del Maüsser. El general Montero estaba también en el Casino.

»No había más conversación que la del cañoneo en perspectiva. Notábase cierta inquietud en los militares por las consecuencias de la *función*, como ellos dicen. Temían que los moros, en venganza, atacasen al campamento de Horcas Coloradas.

»En previsión de que ocurriera esto, el general Macías ordenó que fuese el regimiento de Extremadura en refuerzo del de Álava, que acampa allí. Así podría facilitarse la resistencia á la agresión posible.»

* * *

La impaciencia era cada vez mayor y todo el mundo deseaba que llegase el momento anunciado.

La descripción del ilustrado corresponsal nos hace el efecto de estar asistiendo al espectáculo, y apreciamos cumplidamente la ansiedad general tan hábilmente relatada.

«Habíase hablado ya en el Casino,—prosigue el señor Morote,—de los moros, del bombardeo, de política, que aquí también se hace; de amoríos, que aquí también se tienen; de balística y de literatura; del padre Fúgiter, de quien un oficial contó una anécdota, y de una judía hermosa, de quien otro oficial relató una aventura.

»Faltaba hora y cuarto para empezar el cañoneo, y urgía saber qué era lo que iba á hacerse de la hora y cuarto aquella.

»El entretenimiento sería una lotería que iba á jugarse.

»Doscientos números á dos pesetas. Un solo premio para el último número que arrojase el bombo, y un descuento de 10 p. % sobre el premio para los fondos del Casino.

»Comenzó el sorteo á las diez y cuarto. El tiempo se fué, la hora se acercaba, y la salida de los números no se concluía. En la confusión por hacerlo más de prisa se volcó el bombo y hubo que empezar de nuevo.

»Por fin acabóse tan á punto, que nadie tuvo espacio sino para marchar á sus puestos, y el dueño del número premiado, el 104, un camillero de La Cruz Roja, sin esperanza ó sin paciencia para quedarse hasta lo último, no pareció á última hora.

»Separáronse todos. Uno á la trinchera, otro al cañón,

éste á iluminar el campo, quién á dar órdenes; en general, al peligro, á otra lotería como la del dinero del Casino; una lotería en que les va la vida á todos; una lotería en que el dinero es el valor; la honra y el grado, el premio.

»A las once menos cuarto, los generales Macías, Ortega y Montero, acudieron al vigía de tierra, donde se encuentra un reflector. El general ha hecho que se aleje á los paisanos. Sólo nos consiente allí á los periodistas. Con él y con nosotros vino el coronel Sotomayor.

»A las once menos cinco, *hizo la luz* un reflector, el *Venadito*. En seguida el torreón de la Concepción Alta, después el del *Alfonso XII*, por último el vigía de tierra.

»El campo moro, en una gran extensión, queda hermosamente iluminado. Según la poética frase de los moros, es éste el sol que no calienta, el sol de la noche, el que lleva la desolación y el exterminio.

»Serían las once y cinco minutos cuando se rompió el fuego. Dió la orden el coronel de artillería, conde de Peñaflor; la señal, el teniente coronel D. Atilano Negrete; el primer disparo, el Torreón de las Cabras.

»La orden era de concentración de los focos de tierra sobre Frajana, para que la plaza y los fuertes disparasen, en tanto que los buques registraban la playa y convergían hacia Mazuza.

»El cañoneo se hizo bien pronto general. Disparaban desde el Torreón de las Cabras, el teniente Lerpia; desde Victoria Grande, el capitán Saborido y el teniente Turile; desde Camellos, el capitán Gómez de la Calle y el teniente

conde de Caserta; desde Cabrerizas Altas, el capitán Calle y el teniente Barrionuevo; desde Cabrerizas Bajas, el capitán Herrera; desde Rostrogordo, el capitán Polanco; desde San Lorenzo, el teniente Cuevas.

»Ocupaban los reflectores del vigía de tierra, los oficiales de la Escuela de Cádiz, D. Jerónimo Martel y D. José de Carranza y los de Concepción Alta los de la escuela de Madrid, Dario Díaz Marcilla y Vicente Rodríguez Carril.

»El primer reflector iluminaba el poblado de Frajana y el segundo el cuartel de la caballería mora, cercano á lo que fué mezquita.

»A pesar de que la proximidad del reflector nos deslumbraba, veíamos perfectamente las casas, mal llamadas casas de Frajana, que parecen guaridas de animales.

»El cuartel de la caballería aún se veía mejor; se quedaba en una gran zona de luz.

»Los generales observaban el cañoneo y apreciaban sus efectos.

»Los cañonazos del Torreón y de Victoria Grande, á la derecha aquél y á la izquierda éste del sitio que ocupamos, hacen temblar el suelo.

»Más apagados óyense los de Cabrerizas y Rostrogordo. Más lejos aún, apareciendo con un punto obscuro en el mar radiante, disparaba sin tregua el *Venadito*, haciéndonos oir de tres en tres minutos los ecos del cañón y á veces, en un minuto, dos disparos de su cañón revólver.

»Desde la playa inmediata á San Lorenzo salía algún tiro de fusil de los rifeños; pero bien pronto el *Venadito* los

tuvo á raya y los hizo huir, sacándoles de sus escondites, persiguiéndoles con sus disparos.

»La puntería de los cañones es afinadísima, certera. Están determinadas las distancias sin el error de un metro. Y los disparos deben hacer *carne*, porque los moros, aprovechando esta noche limpia y estrellada, deben de estar trabajando en los sembrados.

»Nosotros podíamos ver apenas los efectos del cañoneo. Pero la gente que observaba desde fuera, y entre ellos, Julio Cervera, dijeron que habían visto salir corriendo á dos moros del cuartel de caballería. Que hubo bajas lo atestigua un cabo de presos, que vió salir á los moros de sus madrigueras, huir despavoridamente y caer.

»Noventa disparos se habían hecho cuando ordenó Macías apagar los reflectores.

»Los cañones continuaron disparando. Serían las doce cuando cesó todo estampido. Habíanse arrojado 120 proyectiles.

»Es éste el primer caso en que se usan los reflectores en campaña y ha sido como un ensayo general sobre el Riff de un medio poderoso de guerra. En la última campapa formal de Europa, la del 70, todavía no conocíamos estos reflectores. Los que se emplean ahora recibiéronse el 84.

»Habían visto los riffeños todas estas noches encender los reflectores y echarlos sobre el campo, pero lo que no habían visto es esta combinación de cuatro reflectores, de cuyos focos mismos parecía vomitarse la metralla. El efec-

to moral producido entre los moros ha debido ser tremendo. Y el efecto material ha debido ser grande indisputablemente. Ya pueden las kábilas llamar á otras y agruparse en miles. Tenemos la superioridad de la ciencia.»

***

Verdaderamente que lo lógico era que la ciencia, puesta en auxilio de la fuerza, diese por resultado hacer comprender á aquellas hordas salvajes la superioridad del pueblo á quien habían estado insultando por espacio de tanto tiempo, hasta que finalmente el ultraje llegó á adquirir proporciones colosales.

Pero lo doloroso, lo indisculpable, lo que nadie podía creer, ni aun los mismos que estaban en Melilla, era que todos los elementos allí reunidos, y que representaban tantos sacrificios al país, se esterilizaran y se consumieran sin beneficio alguno.

Esto era lo sensible, esto lo doloroso y al dirigir las miradas hacia lo porvenir, todo el mundo pensaba lo que después ha sucedido, que la paz ha estado en completa relación con las torpezas cometidas durante la guerra.

Pero no podemos anticipar los sucesos, que tiempo de sobra nos quedará, para emitir algunas consideraciones respecto á ese particular.

CAPÍTULO LXXXIV

Suspensión de trabajos.—Los moros de Alhucemas.—El saneamiento de la plaza de Melilla



POR más inconcebible que parezca, nuestras tropas en el campo de Melilla se veían obligadas á sufrir el fuego incesante de los enemigos, sin poder devolvérselo con ventaja.

Por el contrario. Nuestros soldados recibían los balazos á pecho descubierto, mientras que los riffeños, escondidos tras las piteras ó tendidos sobre la tierra con la cual se confundían sus cenicientos ropajes, no ofrecían blanco á nuestros tiradores del Maüsser.

En el campamento de Horcas Coloradas se encontraba el día 15 de noviembre el regimiento de infantería de Álava.

En los trabajos de dicho recinto se ocupaban el batallón de cazadores de Cataluña y una compañía de ingenieros,

y en las baterías, una sección del primero montado de artillería.

En las trincheras del campamento, fué herido un soldado del regimiento de Álava, recibiendo un balazo en el pecho.

En vista de las descargas de los moros y de lo mucho que hostilizaban el campamento, hubo que suspender los trabajos.

Las avanzadas de tiradores Maüsser hacían continuo fuego sobre las piteras.

Un médico de cazadores y el señor Chíes reconocieron de orden del general Monroy, las aguas de Cabrerizas Bajas, dictaminando que no eran potables.

Durante el reconocimiento, los moros estuvieron haciendo fuego contra ellos.

El teniente D. Carlos Rivera solicitó que se le concediera el mando del pelotón de penados que salen por la noche á recorrer el campo.

En estos días empezaron los trabajos para el emplazamiento de seis cañones en el fuerte de Santiago.

Como avanzada, se destacaron para que desde las trincheras protegiesen los trabajos, dos compañías de ingenieros y la cuarta compañía del batallón cazadores de Segorbe.

Los moros hicieron varias descargas, contestándoles dichas fuerzas y produciendo bajas en el enemigo.

Los moros dispararon un cañón que tenían emplazado en una altura frente á Cabrerizas Altas, mientras un nu-

meroso grupo de jinetes riffeños se entretenía en correr la pólvora.

Otros, apostados cerca de Rostrogordo y Cabrerizas Altas, no cesaban de disparar sobre dichos fuertes.

Los penados fueron el día 15 guardando al cantinero que iba á Cabrerizas y Rostrogordo.

Cuando regresaban, les hicieron muchos disparos.

El general Macías, desde el campamento de las Horcas, dispuso que la artillería de montaña los protegiera con sus disparos.

Los expedicionarios trajeron la correspondencia para el correo.

***

Según las noticias que recibimos de los corresponsales cuyos datos nos sirven para la confección de este libro, el teniente de artillería señor Soler, se encontraba más aliviado. La bala le produjo una herida en la sien, sin perforación del hueso, de tres centímetros de extensión, cuya salida coincide con la ceja.

La conmoción cerebral fué grande; pero pasados los primeros momentos, el estado del herido era satisfactorio.

«Han manifestado viajeros llegados de Alhucemas,—dice una carta que tenemos á la vista,—que la kábila de los Bocoyas, la misma que apresó á los marineros del laúd *Miguel y Teresa*, es contraria á la guerra con España.

»Anteayer se acercaron varios moros en un cárabo,

con bandera blanca, á un buque de guerra pidiendo parlamento.

»Subieron á bordo y antes de penetrar en nuestro barco sacaron los cartuchos de sus fusiles para inspirar completa confianza.

»Los moros de la kábila de los Bocoyas afirmaron que ellos deseaban la paz y *estaban amigos* de España; pero que los de la montaña querían la guerra.

»Añadieron que habían acordado multar y cortarle la mano derecha á todo riffeño que hostilizara á la plaza de Alhucemas, con la cual tienen un activo comercio.

»Los moros estuvieron examinando con profunda curiosidad los cañones é hicieron exclamaciones de asombro al ver los proyectiles.

»Tienen establecidas guardias permanentes en la playa para evitar que los moros de la montaña cometan cualquier acto que los comprometa.»

Lo único que hubiera faltado para hacer más crítica la situación, hubiera sido que las kábilas fronterizas á nuestros demás presidios también hubiesen seguido el ejemplo de los de Melilla.

Precisamente, según las noticias que tenemos, aquellos presidios carecen de grandes elementos de defensa, sus fortificaciones amenazan ruina y sus guarniciones son muy escasas.

En todos ellos se advierte la incuria, el abandono, la falta de previsión que parece ha constituido la nota carac-

terística de nuestra administración en lo referente á nuestras posesiones africanas.

***

En la misma plaza de Melilla, como hemos tenido ocasión de ver varias veces en el transcurso de esta obra, advertíase el mismo abandono, y á no haber sido por él, tal vez se habrían evitado los días de luto de que ya dejamos hecho mérito.

Porque la verdad era, que al llegar por efecto de los sucesos que han dado origen á este libro, las miradas de los observadores imparciales á penetrar en las obscuridades de la plaza, salieron á luz multitud de corrupciones que, todas y cada una de por sí, habían contribuido para lo que sucedió en el mes de octubre.

Los corresponsales que había en la plaza, escudriñándolo todo, observando con detención, levantaron el velo que cubría muchas impurezas.

Uno de ellos, el de *El Liberal*, tantas veces citado por nosotros, decía en una de sus cartas, que hablaba del saneamiento de la plaza:

«No consiste el saneamiento de la plaza de Melilla en procurar medidas higiénicas que libren á los habitantes de la posibilidad de fiebres infecciosas con este suelo húmedo y con este aire caliente que suprime para nosotros, para los que hemos venido á África, el invierno de 1893. El saneamiento consiste en limpiar á la plaza de contra-

bandistas... Esa sí que es una fiebre permanente y de carácter contagioso.

»El contrabandista nace tal, y no tiene nacionalidad alguna, aunque las más de las veces se llama súbdito español y goza las preeminencias de serlo, y aun explota á judíos y moros, por ser ambos, á su parecer, de raza inferior. El contrabandista no distingue entre el tiempo de paz y el tiempo de guerra. Para él estas dos palabras son términos absolutamente falsos. En la paz abastece de fusiles á los moros, en la guerra municiona esos fusiles.

»Tipo de contrabandista, distinto, con caracteres esenciales que le hagan objeto de la vigilancia de la autoridad, que le sirvan de asunto á la literatura, no existe. El contrabandista de esta tierra ni siquiera reúne los elementos poéticos que le convierten en otras partes en héroe de la novela ó del drama. Suele no exponer la vida, limitarse á ser consignatario de una materia contumaz, prohibida y atentatoria á la patria.

»Figuraos un hebreo ó un cristiano, que viviendo en una plaza fuerte, bajo una férula militar durísima, sin otros tribunales que los Consejos de guerra, hace contrabando de armas, y que lo hace después de una catástrofe sangrienta para España. Ó no debe tener instinto de conservación ninguno, lo cual no es creíble en hebreo ó en cristiano de Melilla, ó existe una serie encadenada y eslabonada de responsabilidades que salvan la responsabilidad suya.

»Nunca lo hubiéramos creído. Podía admitirse que

súbditos de Inglaterra, sin patria, sin amor á España, teniendo por moral la ganancia, aprovisionaran á los moros del material de guerra necesario para combatir con nuestras tropas. Ese, aunque no fuera un hecho justificable, se explicaba por todas las razones que explican los actos de un comerciante sin ley y sin Dios. Nos autorizaban, además, para repetir todos los tópicos durísimos que se aplican á la *pérfida Albión.* Pero que el contrabando de guerra lo hagan gentes de España, constituidas tal vez en autoridad, encargadas de velar por el honor de nuestro nombre, por la integridad del territorio, por la sangre de nuestro ejército, constituye un género de crimen y una especie de delincuentes, odiosos, indignos de toda piedad.

»Las armas proporcionadas á las kábilas son de fabricación española; los fusiles llevan un número como los fusiles de nuestros regimientos; los cartuchos, una inscripción como los cartuchos de la tropa nuestra. Las balas que mataron á Margallo, á Cabrelles, á Valverde, á Valero, á tanto y tanto soldado, son balas de España.»

***

Es verdad. Por más que parezca extraño, por más que se juzgue inverosímil, lo cierto era que en la plaza había depósitos de armas y de municiones; allí se reunía todo, allí se concertaban toda clase de impurezas, allí se comerciaba hasta con lo más inicuo.

«Hasta que vino la Guardia Civil á Melilla,—proseguía

la carta á que hacemos referencia,—pasaban impunes tantos escándalos. Era voz pública que en el Polígono había un depósito de armas, y nadie se atrevía á practicar un registro en el Polígono. Se contaba en voz alta el derecho que pagaba en una Aduana más vergonzosa que la Aduana mora, y nadie era osado á intervenir en semejante matute. La Guardia Civil, como instituto higiénico, ha derramado á manos llenas el ácido fénico, y está en camino de purificar la atmósfera.

»Hace algunos años hubo un tiempo, y era tiempo de paz, en que los moros venían del campo con fusil. En la puerta de Santa Bárbara dejaban la *fusila*, recogían cual si fuese un guardarropa la chapa correspondiente y se iban á la plaza. El cuerpo de guardia era una armería de los moros, donde abundaban las espingardas, las armas modernas, toda clase de útiles del trabajo para la guerra. Se enteró el general Macías, el mismo que ha emprendido ahora el saneamiento de la plaza, y aquel escándalo concluyó.

»Hace algunos días era un tiempo, tiempo de guerra, en que los moros no entraban en la plaza, ni venían en caravana para dejar los camellos en el Polígono. Habían cometido la cruenta agresión del día 2, habían quemado la caseta de Sidy-Guariach y habían asesinado á nuestros soldados. La armería continuaba estando en la plaza, y las chapas se habían trocado en vales para sacar cartuchos. Lo dice un proceso, lo atestiguan las prisiones verificadas por la Guardia Civil, lo prueba el escándalo de una causa por contrabando de guerra.

»Cuando escribíamos, apenas llegados á Melilla, que esto era un presidio y un mercado, casi estábamos lejos de pensar que el primer calificativo le correspondiese tan de lleno á una población que iba á nutrirlo con contrabandistas. Sabíamos que esta plaza le costaba muchos millones á España; lo que no podíamos sospechar es que aun le costase mucho más para sanearla, para realizar una empresa de desinfección moral. Hubiéramos querido que el país se hubiera ahorrado la vergüenza de semejantes descubrimientos.

»Podían estar seguros los moros de que no se les haría la guerra. Podían mostrar confianza sin límites en que no se construiría el fuerte, podían sonreirse de nuestros aprestos. Al fin, aunque enemigo salvaje, se le alcanzaba que no habíamos de presentar el pecho á nuestros propios proyectiles. Cuando la nación lo sepa, cuando la nación lo advierta, sentirá más ardorosa indignación y verá en esta guerra, en el gobierno del general Macías, en la función ejercida por la Guardia Civil, en el conjunto de todas las cosas que ven y se entienden, una terapéutica necesaria á sangre y fuego, de un padecimiento crónico en que todas las energías morales de la patria sufrían. La guerra no es ya sólo conveniente para desalojar á los moros, para vencerlos, para arrojarlos de nuestro territorio. Las trincheras comienzan en Melilla; los enemigos estaban dentro de la plaza...

»Debemos al fin y á la postre un grande y profundo agradecimiento á los que han hecho converger la atención

de esta noble patria hacia el campo moro de Melilla. Frajana, Mezquita y Benisikar, no eran las únicas kábilas que nós amenazaban. Contra otras kábilas sin nombre está practicándose una función de saneamiento. Creíamos que eran tan solo necesarios los cañones y resultan tan indispensables como ellos, la mano dura pero sana é higiénica de la Guardia Civil.

»Cuando el ejército, después de haber vencido al Riff, como seguramente lo vencerá, evacue este territorio, bien podrá afirmar que ha removido el suelo de Melilla, que ha cambiado este medio ambiente, que al verificar una empresa de civilización, ha cristianizado á moros, hebreos y españoles, volviéndoles una noción de la moral y de la patria, que habían perdido á fuerza de impunidades acumuladas.»

* * *

No participamos por cierto del optimismo que resalta en la última parte de la carta que acabamos de transcribir.

Dado el sistema de nuestra administración, ninguna corruptela se corrige, ningún vicio se remedia.

Terminará la guerra, y todo volverá á quedarse poco más ó menos lo mismo que antes.

Tal vez, los primeros meses, exista alguna mejoría en el estado general de la plaza; pero después, todo volverá á su antiguo estado, hasta que un día, los rifeños, armados mejor que ahora y convenientemente municionados, tor-

nen á fusilar á nuestros centinelas ó ataquen nuestros fuertes.

Era preciso, para que tuviese efecto lo que aquel discretísimo corresponsal pretende, que cambiase por completo el modo de ser de aquella plaza, y como esto no sucederá, de aquí que tengamos que ser respecto á ella completamente pesimistas.

CAPÍTULO LXXXV

De Tánger y de Melilla



ODAS las tribus fronterizas á nuestras posesiones africanas, estaban en movimiento y llenas de agitación á consecuencia de los sucesos ocurridos en Melilla.

Como se había dicho que se aumentaba la guarnición de Ceuta, para estar prevenidos por cualquier cosa que pudiera ocurrir, los jefes de las kábilas de Anghera, que tanto dieron que hacer en la guerra de 1859, se presentaron en Tánger el día 14 de noviembre.

Una vez allí, se dirigieron á casa de su gobernador, que reside en aquella misma ciudad.

Le manifestaron la gran preocupación que reinaba entre aquellas tribus, ante el inusitado movimiento de tropas

que se observaba en la plaza y fuertes de Ceuta, y le preguntaron la actitud en que se debían colocar, dado el caso de que los españoles traspasaran la zona.

El gobernador les contestó que se mantuvieran quietos, porque no habría guerra con España, pues el sultán sólo deseaba la paz y la amistad.

Guardábase gran reserva sobre el contenido de los pliegos del sultán, que recibió su ministro Mohamed Torres.

«He podido averiguar,—decía una carta,—que éste se muestra satisfecho y que según todos los indicios, la contestación es favorable á España.

»El señor Potestad no sabe nada aún.

»Motivadas por la llegada de los jefes de las kábilas de Anghera y por la reserva que se guarda respecto á las cartas del sultán, han circulado hoy absurdas suposiciones, que han causado en la población alarma extraordinaria.

»Creo que no hay motivo para suponer las estupendas cosas que se han dicho esta tarde.

»Acabo de saber la contestación que ha dado el sultán, respecto á las garantías que le pedía España sobre indemnización, tranquilidad y porvenir de Melilla.

»El sultán, aunque hace algunas objeciones de derecho, que no sé qué alcance tendrán, parece dispuesto á dar á España una cumplida satisfacción.

»El sultán salió en expedición el 29 de junio de los alrededores de Tafilete, donde residen las familias de los descendientes de Mahoma.

»Desde el año 17 ningún sultán había hecho esta visita.

»Muley Hassán acampó fuera de Tafilete.

»Hizo que su hijo favorito entrara en la población para orar en la tumba de su antecesor.

»La expedición ha sido costosísima en regalos, trajes y dinero, y tuvo un carácter marcadamente religioso.

»El sultán sólo se vió precisado á castigar á algunas kábilas que encontró en el camino de Tafilete.»

* * *

Como eran tan contradictorias las noticias que circulaban referentes al sultán de Marruecos; como que unas veces se decía que ya se había puesto en camino para el Riff, y que iba á hacer y acontecer cuando allí llegara, despachos telegráficos de Tánger, decían en fecha 15 de noviembre:

«No se sabe á punto fijo dónde se encuentra el sultán en estos momentos.

»Sí se sabe que terminada la expedición religiosa de Tafilete, se dirigió á Marruecos; pero tuvo que detenerse en Ait-Hedid, sitios próximos al Atlas, por impedirle pasar las nieves.

»Ignórase si continuará acampado en aquellos lugares, esperando que desaparezca el obstáculo para continuar su viaje.

»Ait-Hedid, donde se supone que se halla detenido Muley Hassán, está á la misma distancia de Marruecos que la que hay desde Marruecos al Riff.

»Se asegura que si el emperador marroquí quisiera,

llegaría al Riff en pocos días; pero se dice que antes de emprender el viaje piensa descansar en Marruecos... nada menos que todo el invierno, y que allá para los comienzos del verano emprenderá sus acostumbrados viajes para la recolección de tributos.

»Así, al menos, se piensa en Marruecos, y es fama que en la capital conocen muy bien el carácter y modo de pensar de su emperador.

»En Marruecos nadie concede importancia á lo de Melilla, y desconfían de que el sultán envíe tropas, convencido como está de que carece de medios para dominar á los riffeños.

»Es absolutamente inexacto que haya enviado á su hijo con una fuerte columna, para castigar á las kábilas del Riff.

»Lo que sí envió, cuando se enteró de los desmanes brutales de aquellos sus súbditos, fueron varias cartas recomendando la sumisión de las kábilas y exhortando á los santones para que prediquen la paz.

»Esta es la única táctica que le conviene.

»Es exagerado cuanto se ha dicho de enormes desastres sufridos por el ejército imperial.

»Éste componíase á principios de mes, de 10.000 jinetes y 10.000 infantes, sacados de las kábilas de los alrededores de Fez, Mazagán y Mequínez.

»El ejército del emperador ha sufrido muchas bajas, pero no á consecuencia de combates, sino por una enfermedad producida por los dátiles, único fruto que se encuentra en las márgenes de Tafilete.

»Acompaña al ejército del sultán la misión militar francesa, compuesta de un jefe, un capitán, un sargento y un médico.

»Un teniente argelino les sirve de intérprete.

»El emperador muéstrase muy afectuoso con los franceses, y escucha atentamente sus consejos y exhortaciones.

»Los ingleses no tienen misión militar cerca del emperador; pero un súbdito inglés, que reside en Marruecos hace 17 años, instruye á la infantería marroquí, dando en inglés las voces de mando.

»Él fué el que los proporcionó los fusiles Marquín, único armamento que poseen.

»Este oficial inglés es el que al dirigirse en busca del sultán encontró varias kábilas sublevadas, que le hicieron volver á Marruecos.

»Goza de la absoluta confianza de Muley Hassán, que le tiene siempre á su lado y le da un crecido sueldo.

»La misión militar italiana ha montado en Fez una fábrica de armas y otra de monedas.

»La misión alemana es muy reducida en la corte de Muley Hassán, y la dirige un capitán de ingenieros, que es el que construye el fuerte de Rabat.»

* * *

Entre tanto iban llegando á Melilla nuevas tropas y los moros disparando contra ellas.

«Al embarcarnos esta mañana para nuestra diaria visita á los buques,—decía un corresponsal el día 15 de noviembre,—notamos que hacían fuego en el campamento de Horcas Coloradas.

»Después de virar y de desembarcar inmediatamente, vimos que el Polígono y las inmediaciones del campamento estaban tranquilas. Y es que cuando vienen tropas nuevas, aumenta el fuego.

»En las Horcas están tres regimientos, Álava, Saboya y San Fernando. Este último trae una cantinera de quince abriles, muy guapa, muy mona, que como dice el acertijo, se parece al Gurugú, en que tiene faldas y en que además van á querer conquistarla los soldados.

»El regimiento de Álava ocupa las trincheras. Los otros quedan en reserva, trabajando para concluir el campamento, crear caminos é instalar tiendas.

»Durante esta noche última las balas han estado silbando sin cesar al rededor de las tiendas.

»Las baterías de montaña contestaban disparando hacia los cerros de Mari-Guari y las alturas de Benisikar.

»Los artilleros, con sus anteojos, registraban el campo, pudiendo ver á varios moros con chilaba blanca que subían los cerros.

»Durante toda la mañana han disparado los tiradores del Maüsser. En Santiago, donde ellos están, se establecerá una nueva batería.

»Los tiradores dispersaron un grupo de moros que iban hacia Frajana.»

El servicio que estaban prestando los penados, era de gran importancia.

El señor Morote decía respecto á ellos:

«Una partida de 22 penados recorre el campo á caza de riffeños. Dentro de pocos días la partida tendrá 50 hombres.

»Hoy tuvieron que refugiarse en el Polígono. Un momento después se fueron para Rostrogordo. Allí cogieron el correo, trajéronlo á Melilla, noticiando de paso que apenas quedan víveres en el fuerte.

»Esta gente del penal se está portando á maravilla. A nada temen, nada les inquieta. Piden permiso; si se lo dan, salen al campo, van, vienen, se agrupan, se dispersan; si se ven acosados buscan refugio de un instante, para volver impacientes, aunque el peligro no desaparezca, á su cacería peligrosa.

»Ayer decía el coronel Antón, de Cabrerizas Altas, que mató la partida á seis riffeños. Y esto es diario.

»Con su conducta inspiran confianza. Se les ha dado Remington y ahora los van á armar de bayoneta.

»En realidad merecen mil elogios los penados. Todos ellos se han ganado ya el indulto.

»Manuel Zepero, Santiago Ballesteros y José Ferrer, son de los más valientes y en todas sus salidas van ellos de avanzada.

»En los trabajos, no hay qué decir de ellos. Trabajaron en la caseta de Sidy-Guariach, en las obras de defensa, en la conducción de convoyes, en los fuertes, en todas partes.

»Se baten en guerrilla, hacen descubierta por su cuenta y riesgo, y si no les contuviera la disciplina penal, hubieran ido más adelante todavía.

»La Guardia Civil continúa prestando servicios muy recomendables.

»Desde que están en acción, van expulsadas 300 personas, entre moros, hebreos y españoles, predominando los primeros.

»Por la cuestión del contrabando se están instruyendo cuatro causas con cuatro fiscales instructores. Las dos más importantes están encomendadas á los coroneles Alba y Alonso.

»Hay 14 presos. Se procede en juicios sumarísimos contra los que trafican en armas, ó en cuyas casas se encuentran armas ó municiones después de la publicación del bando que por todos conceptos lo prohibía.

»Los presos del Mantelete, Juan Blanco y su hijo, están convictos y confesos. La Guardia Civil expulsa hasta á las gitanas.

»Así resulta que está transformada la población. Los hebreos van á perecer á fuerza de multas, á no ser aquellos de crédito y de honradez, como Salama, Macías y otros.

»Prohíbese también el aumento de precio á los alimentos y bebidas. No se bebe gaseosa, porque la fábrica ha subido el precio y los civiles lo han prohibido.»

***

El mismo corresponsal, en otro telegrama y con la satisfacción que en todos producía cuanto se intentara contra los riffeños, decía:

«Para está madrugada, á las cuatro, y si no para mañana, está anunciado un nuevo bombardeo, con ayuda de los proyectores.

»Realmente, sea porque en efecto venga el sultán; sea por las necesidades de la siembra; sea por temor á los cañones; sea porque estén preparándose para un combate formal, los moros están replegados en sus guaridas, en espera de que los españoles ataquen.

»Eso aparte de que al que se les pone á tiro le disparan, y de que no pasa día sin que nos causen alguna baja.

»Ahora no tenemos noticias del campo; pero háblase de una reunión de los principales jefes moros y hasta,—lo que se hace muy duro de creer,—de una entrevista de Alí el Rubio con Maimón Mojatar, para discutir la conveniencia de dejar la guerra.

»Esto es sólo un *Se dice*, sin fundamento de creencia. Y como por otra parte Mari Guari,—el cronista de los moros en Melilla y de nosotros en los moros,—no sale de la plaza, nada puede creerse ni afirmarse.»

* * *

Efectivamente, que en una situación tan anómala como la que se estaba atravesando, nada se podía decir.

Sin embargo, telegramas posteriores traían entre otras noticias las siguientes:

«Anoche llegó á ésta el *Isla de Luzón*, no dándosele entrada hasta hoy por la mañana.

»También llegó aquí ayer el capitán Francisco Ariza, en la actualidad en reserva, que se hizo célebre en la campaña de Cuba por numerosos hechos de armas. Allí sirvió á las órdenes de Macías y Margallo. Tiene cinco hijos. En vista de que el Gobierno no le permitía volver á activo, pidió licencia para asuntos propios, y pagándose todos los gastos vino á Melilla ayer. Se presentó á Macías como voluntario. Luego fué á ver el sitio donde cayó muerto Margallo, su antiguo jefe.

»Hoy se ha empezado el emplazamiento de las baterías, con tres piezas Krupp, de 9 centímetros, en las alturas de Santiago. La posición es magnífica. Está defendida por las trincheras avanzadas. Los moros no cesan de hostilizar aquellas avanzadas mientras los ingenieros realizan el trabajo.

»Hoy acampará en las Horcas el regimiento de Pavía. En las estribaciones de éstas y en la Alcazaba, están Álava y San Fernando.

»Rostrogordo ha dicho por telégrafo que le faltan víveres. A las cuatro de la madrugada de hoy se cañonearán los caseríos de Frajana, Mazuza y Mezquita.

»Esta mañana recibió una contusión en el pecho el soldado Manuel Jiménez Muñoz, de Álava. Desde las Horcas vino por su pie al Hospital.

»Hoy menudea el fuego. El campo moro va animándose.

»A las doce llegó el vapor *África*. Traía el correo y material de guerra.

»El general Macías ha felicitado á los penados que se distinguieron ayer *cazando* moros.

»Llámanse aquéllos Santiago García Ballesteros, José Ferrer Estrada, Manuel Zepero Montero y Juan Valcárcel Sacristán. Insístese en que de un día á otro se emprenderán las operaciones.

»El teniente Soler está fuera de peligro.

»A las tres y media de la tarde, del citado día 15, desapareció la tranquilidad de por la mañana. Las avanzadas rompieron vivísimo fuego de fusilería. Los fuertes cañonean igualmente. El enemigo se esconde en los accidentes del terreno. Parece invisible. En muchas ocasiones ni se ven, ni se sabe de dónde vienen los disparos.

»Tanto los moros como nuestras tropas, parecen cazadores de perdices en el puesto.

»Hasta ahora, ignórase que haya algún herido.

CAPÍTULO LXXXVI

Una «Jonta» de moros.—En el campamento.—Disgusto.—Los penados



BANSE pasando los días en Melilla sin que pudiera adivinarse lo que al siguiente había de suceder.

Es más. Anunciábase á veces una operación para el día inmediato, esperábase con impaciencia que amaneciese, y después ni la operación se realizaba, ni volvía á decirse nada respecto á ella.

Esto producía generalmente disgusto, y á pesar de comprenderse que no siempre en una campaña se puede hacer cuanto se desea, que de momento suelen surgir obstáculos insuperables y dificultades inesperadas, la verdad era que no se podía poner coto á las murmuraciones, y que los soldados decían, y no les faltaba razón, que allí habían ido para pelear y no para ser ignominiosamente

alcanzados por las balas de un enemigo invisible que no utilizaba más que la emboscada y la felonía.

Y el caso era que allí se iban reuniendo fuerzas, que el campamento de Horcas Coloradas encerraba ya algunos regimientos, y sin embargo nada se hacía.

La Nota del sultán, parecía que debiera haber modificado algún tanto la actitud de las kábilas; pero continuaban disparando sin cesar aprovechando todos los descuidos é impidiendo las comunicaciones con los fuertes.

En estos momentos, pidieron una tregua al general Macías, á fin de ponerse de acuerdo respecto á lo que debían hacer, tregua que les fué otorgada no tan extensa como ellos hubieran deseado.

Las kábilas riffeñas iban á reunirse en asamblea ó *Jonta*, según ellos dicen, pudiéndose abrigar la seguridad que de esta reunión nada definitivo resultaría.

Respecto de lo que son estas *Jontas* y más particularmente refiriéndose á lo que acabamos de indicar, decía una carta que tenemos á la vista, escrita por un distinguido corresponsal:

* * *

«Solicitada una tregua por los moros, tregua que acaso podía ser preliminar de la paz y de la abdicación de las kábilas, é impuestas condiciones por el general Macías, aquella misma noche comenzaron á encenderse hogueras en el Gurugú, en los poblados de Mazuza, Mezquita, Fra-

jana, Benisikar. Aquellas hogueras eran un llamamiento á las kábilas, pero no de guerra, sino de deliberación, de Asamblea, de *Jonta*...

»No era fácil ponerse de acuerdo ni en favor de España ni en contra de España. Contra España militan las mismas razones, agrandadas, que el día 2. Ellos lo dicen. Los españoles quieren meterse en nuestro territorio, profanar nuestra mezquita, ver la cara á nuestras mujeres, desenterrar los huesos de nuestros santos. Así hablan hoy y continuarán hablando mientras dure un rabo de kábila. En favor de España, ó por mejor decir, en favor de la paz, militan razones muy grandes. El temor al sultán, el acabamiento de las municiones, el dolor de las casas derruidas, de las mujeres y de los chiquillos muertos ó desaparecidos, de la sementera perdida, de los campos abandonados, de la imposibilidad de una guerra permanente, de la miseria consecutiva á la nutrición de otras kábilas amigas ó auxiliares que viven sobre el país.

»Pero la *Jonta* es una Asamblea constituyente. Todos los que á ella asisten, todos estos singulares diputados tienen voz y voto. Pueden expresar su opinión, defenderla, imponerla. Ya no es el chocar de las armas con que se manifestaba la aprobación ó el desagrado en los *Placitum* de los germanos. Es que cuando no logran entenderse, rompen á tiros unos contra otros, y la mejor razón es el mejor tirador.

»No hay siquiera el orden sucesivo en el hablar, cuyo derecho se da aun en las sociedades más salvajes á los más

valerosos, á los más sabios, á los más ancianos. Hablan todos á la vez, á gritos, sin que nadie oiga. El que desea hacerse oir, habla por órgano de las balas de su fusil. Y así el resultado seguro de toda *Jonta*, como el resultado infalible de toda feria, es una batalla. Lo fué el comienzo de la agresión del día 2, un combate entre los mismos moros. Lo fué el día 27, en cuanto empezó á construirse la trinchera de Camellos. Lo ha sido el armisticio pactado por el general Macías.

»Este último día, desde los barcos de guerra, desde la plaza, desde los fuertes, se les vió pelear unos contra otros, y Macías, que los conoce y que había previsto tal resultado, aprovechó esa lucha civil para conducir un convoy y otro convoy, sin una baja, sin un tiro. La acción tenía que ser y fué contra las kábilas reunidas. Se ejerció contra ellos la perfidia, la «gatada» que ellos acostumbran á poner en práctica cada vez que salen al campo.

»Pero hay otro elemento que hace más complicada una *Jonta* de los moros, más dudoso su resultado, más incierta su resolución. Figuraos un labriego de nuestro campo, lo mismo del Norte que del Mediodía, del Este que del Oeste. Desconfiado, tardo en tomar acuerdos, que rumía toda resolución, que vuelve sobre su voluntad siete veces al día. Ese es el moro.

»Están acostumbrados al regateo de las condiciones, y además constituye eso todo su temperamento, la mitad de su vida, un goce especial de una raza habituada al dominio. Toman la guerra ó la paz, como toma un labrador de

nuestro campo la compra de una mercancía en la ciudad. Está hecho á que no le pidan el precio fijo, niega que exista, confía en que después de marcharse han de salir á la puerta misma del comercio y han de ofrecerle el género más barato.

»En la *Jonta* no hay ningún presidente, no hay ninguna autoridad. No se conoce reglamento alguno. Si hoy alguien fuera lo bastante osado para proponer la paz, aunque ésta en definitiva hubiera de acordarse por todos, tendría que perecer, no podría resistir el primer embate. Y si esto estaba en los límites de lo posible tratándose de la guerra, estaba en los linderos de lo imposible tratándose de la paz.

»Contra ésta está la noción que tienen de la valentía, del valor personal los moros. Cuéntase que una vez acompañaba Alí el Moreno á un moro, al cual se le conocía en la plaza con el apodo de *Butifarra*. Habíanse juramentado para su muerte varios enemigos suyos. Tanto Alí como su amigo lo sabían; pero tanta era la fuerza que les movía á trasladarse de un punto á otro del Riff, que se aventuraron á ganarlo, á ir por caminos y vericuetos. Llegaron á una cañada, y preparada allí una emboscada fusilaron á *Butifarra*. Alí volvió grupas y huyó... Después, después en su mismo pueblo le escupían, y las mujeres salían á las puertas á insultarle. Es que su noción del valor es tal, que todo el mundo consideraba como un deber el que hubiese perecido también en la cañada Alí el Moreno.

***

Con estos antecedentes, fácil es de presumir la ineficacia del resultado que había de tener la reunión á que aludimos.

Si en otras ocasiones y en asuntos quizás de menos importancia habían necesitado los infieles varios días y diferentes reyertas para no entenderse, ¿cómo era posible que en veinticuatro horas y tratándose de un asunto de tanta importancia se pudieran poner de acuerdo?

Así opinaba también el corresponsal á que nos referimos, terminando su carta del modo siguiente:

«Por consecuencia, es pensar en lo imposible, pensar que de una *Jonta* pueda resultar la paz. Es pensar en lo inaudito y en lo absurdo, pensar que en veinticuatro horas se pueda adoptar una resolución clara y definida. Necesítanse días, discusiones prolijas, varias *Jontas* para que se llegue á un acuerdo formal. ¡Pues no faltaba más que los moros, superando al Gobierno español, decidiesen en un día lo que quieren! Lo decidirán cuando lo decidan, lo sabrán cuando lo sepan.

»Al imponerles el general Macías un período tan corto, tan rápido, podía saber y sabía de antemano que el voto era lo indefinido, lo incognoscible. Hizo mal si creyó en su acuerdo; hizo bien, como yo creo, si se aprovechó de tal incertidumbre para meter provisiones en los fuertes. Se trata de la guerra ó de la paz, como se trata de una escritura. *Le père Fonan* no venció, no pudo vencer en un día, ni en un mes, ni en un año, la terquedad de sus hijos á la tierra pegados, como productos de la tierra misma.

»Sería curiosa de ver y de entender de cerca, una *Jonta.* A ella acuden por centenares y por miles los moros. Nadie va desarmado. Y si una Asamblea es imponente cuando todos hablan y cuando todos votan, teniendo su opinión formada por motivos políticos, pensad lo que puede ocurrir en Asamblea en que nadie conoce los motivos de la guerra ó la paz, en que cada uno defiende su pan de cebada, su fusil, su albergue, su tierra. La *Jonta* tiene que ser y es una reunión de bárbaros.

»A eso hemos de tener confiada la guerra ó la paz en el Riff. ¿No es lícito creer que no puede salir jamás de una *Jonta* la solución de tan intrincado asunto? El sultán la resolvería cortando cabezas; nosotros la tenemos que resolver yendo á Sidy-Guariach. La mejor *Jonta* es la que subsiga á una gran paliza, á un desolamiento de sus campos, al azote de sus casas, de sus vidas y de sus haciendas. Celebre nuestro ejército una *Jonta* en Sidy-Guariach.»

Efectivamente, esta hubiera sido la mejor manera de celebrar una *Jonta* por nuestro ejército, que ya estaba en condiciones de haber verificado el movimiento de avance tan reclamado por la opinión.

Pero esto no se verificaba ignoramos por qué causas.

***

Larga es la serie de telegramas que tenemos á la vista fechados en Tánger, refiriéndose á sucesos relacionados

con lo de Melilla, á los cuales hemos de añadir algunos otros de Cádiz, no menos interesantes también.

De ellos se desprende, que el día 16 llegaron á la primera de dichas poblaciones, procedentes del campamento imperial, tres correos, anunciando que el hermano del sultán salió hace veinte días para Melilla con una escolta de 400 caballos, llevando instrucciones terminantes para que impida que la tribu de Benisnasen se una á las kábilas del Riff.

Estas instrucciones llegaron al gobernador de Torresa por mediación de las autoridades francesas, que ejercen vigilancia activa en la frontera argelina para impedir la introducción de armas y socorros destinados al Riff.

Los ánimos en Tánger estaban excitadísimos.

Los europeos andaban muy alarmados por la absoluta carencia de noticias, pues se acuerdan de sus bienes raíces y de los intereses allí fomentados durante sus largos años de permanencia.

Mahomed Torres recibió de mal modo á los comisionados de Anghera, diciéndoles que cuidaran de lo suyo y que no temieran los desembarcos en la ría de Tetuán.

Los cabos mostraron su disgusto por semejante contestación.

Unos españoles que paseaban tranquilamente por el Zoco, en Tánger, observaron que un grupo de judíos guardaba extraordinarias precauciones siempre que pasaba por determinado sitio.

Lo que más les llamó la atención, fueron las maniobras

que empleaban con los cigarros al pasar por el indicado punto. Unos lo apagaban y otros se lo escondían entre ambas manos, como para evitar que se desprendiese la más pequeña chispa.

Los españoles, suponiendo que aquellas demostraciones tenían algún fundamento, procedieron al registro de aquel sitio, encontrando encerradas en tinajas, grandes cantidades de pólvora, en grano y en polvo, y algunos cartuchos metálicos.

Todo estaba cubierto con una ligera capa de jabón.

Vióse también en el muelle de Tánger que un vapor francés estaba descargando grandes tablones de madera.

Extrañó á las autoridades españolas que unos tablones se metieran dentro del barco precipitadamente y que otros los dejaran en el muelle, sin ocuparse de ellos.

Procedióse á un minucioso registro y se vió que la mayor parte de los tablones estaban huecos y que en su interior contenían tres fusiles cada uno.

Tanto este descubrimiento como el de la pólvora cogida á los judíos, produjo gran sensación.

Señalábase como autora del contrabando de fusiles á la Sociedad francesa á que pertenece el vapor, el cual, al verse descubierto, cargó precipitadamente y levó anclas.

***

Un corresponsal de Cádiz, refiriéndose á una entrevista celebrada con el comandante señor Cañizares, que había

estado agregado á la misión militar española en Fez, decía lo siguiente:

«En opinión del señor Cañizares, que como se sabe es persona competentísima en las cuestiones marroquíes, el sultán sólo intervendrá en el Riff con el carácter de jefe religioso, conquistando si puede la voluntad de los santones para que prediquen la paz, y practicando una política de desunión entre los elementos que hoy permanecen compactos para combatir á España.

»Supónese que el emperador castigará duramente á los riffeños; pero se duda mucho que pueda dominarles, pues circulan rumores de extrema debilidad en el ejército del emperador.

»Dícese también que si el castigo no viene pronto, Melila perecerá á manos de los riffeños, pues el tiempo que se pierde envalentonaría á las kábilas.

»El señor Cañizares recibió hace un mes la orden de regresar por haberse suprimido por razón de economías la misión que cerca del sultán desempeñaba.

»He hablado nuevamente antes de su salida de aquí, con el comandante señor Cañizares, jefe que ha sido de la misión militar en Fez.

»Cree que para castigar enérgicamente á los riffeños hay que llegar hasta posesionarse del Gurugú y fortificar provisionalmente todos los poblados, desde Mazuza hasta Benisikar.

»Desconfía en absoluto de las ofertas del sultán y de que éste pueda cumplirlas.

»Considera la cuestión de Melilla grave y larga. Dice que nos costará más sangre y mucho dinero, y será, como no se proceda de otro modo que hasta aquí, de pocos resultados.»

* * *

Contrastando con estas noticias, decía el señor Morote en una carta fechada en Melilla el día 15 de noviembre:

«No sabemos por qué; probablemente porque circunstancias extraordinarias lo impidieran, las cuales no pudiéramos conocer los periodistas; quizás por no haber tomado con anticipación necesaria las punterías; tal vez por noticias que se recibieran del campo; tal vez por instrucciones enviadas desde Madrid; fuera por lo que fuere, el bombardeo en proyecto para la madrugada de hoy se ha suspendido.

»Ha causado extrañeza y ha promovido muchos comentarios esta contraorden dada de improviso, cuando oficialmente se anunció, y cuando ayer mismo, á última hora, el hermano de Macías hablaba públicamente de la operación de hoy.

»Y es que aquí no sabe uno á qué atenerse. Por no saberse, no se sabe ni qué sistema siguen para la salida de vapores.

»Tenía algunos indicios de que no se verificaría el bombardeo. Habíame dado noticias de ello, Granda, el corresponsal de *El Correo Español.*

»El mismo Granda, con carácter oficial, estuvo ayer en Cabrerizas Altas.

»Ocurre aquí, además, que cada cinco minutos piensan de modo diferente, cosa que muchos atribuyen á falta de plan definitivo, aunque bien puede obedecer á sobra de sucesos fortuitos, que no debamos ó podamos penetrar nosotros.

»El resultado es para el público, para nuestras tropas y para *nuestros* riffeños, que hoy no ha pasado nada, y para los corresponsales sin descanso, en una vigilia que no cesa, la consecuencia ha sido un madrugón sin ganas, una excursión sin frutos y el desengaño que supone en el trabajo periodístico esta frase fatal: Pues nada hay de lo dicho.

»De todos modos contaré lo sucedido á falta de lo que debió de suceder.

»Antes de las cuatro de la madrugada del 15 habían salido de la plaza tres mulos conduciendo tablones, herramientas, correspondencia para los fuertes y víveres para los oficiales. Iban con el convoy los confinados y mandando á éstos el cabo José Gonzáles Latorre. Además, 10 soldados y un sargento tiradores del Maüsser. De avanzada iban seis presos, llevando unos 50 metros de delantera.

»Al llegar al fuerte de Cabrerizas Altas, los moros, desde sus trincheras, comenzaron á hacer fuego muy nutrido, tan nutrido, que caían las balas como lluvia sobre los penados. Suerte que los proyectiles llegaban casi todos fríos.

La partida, respondiendo al tiroteo, pudo llegar al fuerte. Dejaron el convoy, tomaron correspondencia, halláronse al salir con los mismos riffeños en montón, con idéntico

fuego graneado, y con que el enemigo, viendo su escaso número, se proponía coparles.

»Latorre y seis penados más se fueron á cortar la retirada por el barranco La Calera, sosteniendo de cerca y de frente un fuego terrible.

»Los presos al batirse seguían este sistema. Veían una descarga de los moros, echábanse en el suelo y aguardaban. Cuando los riffeños, creyéndolos heridos, sacaban algo el cuerpo, se levantaban ellos á su vez y los diezmaban.

»En La Calera, donde se batían, dábales la improvisada táctica maravillosos resultados. Era contestar á la guerra de la emboscada y la perfidia, con la perfidia y la emboscada.

»Sin la disciplina, que algo cohibe en este género de luchas, ni cuidados personales, gente como ésta, conocedora á perfección del campo y de los moros, luchan con audacia, descubren el cuerpo, se entregan á la muerte y salen vencedores y con vida.

»Voy á dar sus nombres, porque me parecen dignos los penados que tan admirablemente se conducen, de algo que los consuele en su prisión y en sus dolores.

»Llámanse los cabos Casimiro Fortajada y José Gonzáles Latorre.

»Los demás son Ramón Samper, José Altés, Francisco López, Vicente Ferrer, Ignacio Vidal, Juan Pino, Juan Valcárcel, Indalecio Sopenas, José Ferrer, Juan Fernández, Santiago Ballesteros, Juan de Castro, Melitón Grijalba, Zoilo Martín, Tomás Mena, Manuel Zepero, José Ferrica,

Inocencio Ozes, Tomás Cerdán, Ramón Jover, Francisco García, Rafael Menes, Fabián Ferrando, Manuel López, Faustino Muñoz, Carlos Jiallo, Laureano Regidor y Fernando Almela.

»Treinta hombres en total; treinta valientes, que han limpiado de moros los barrancos y los vericuetos que conducen á los fuertes.

»Se llaman á sí mismos la partida de la muerte, porque entre los peligros que sufren y las audacias que acometen á diario, aún es el número completo, sin que una herida, ni un rasguño les cause ni una baja. No duermen ni descansan; no tienen muchas veces qué comer y otras les falta la comida, ó como ellos dicen, el *sosiego*. De día son pastores, camilleros, tartaneros, salen en guerrilla ó llevan el convoy: de noche, escuchas, centinelas, siempre fieras por su valor sin límites.

»No es sensiblería, ni lirismo, y por eso lo diré con frase escueta, sin que la exageración me engañe, ni la retórica me ayude:

—Esta partida de delincuentes está hecha una legión de héroes.»

CAPÍTULO LXXXVII

**El campamento de Horcas Coloradas.—Los penados.—
Animación en el campo**

Diferentemente hemos hablado de los penados por los servicios que estaban prestando en el campo, servicios tan importantes como los que en la pasada guerra de África, habían prestado también los de Ceuta.

El día 16, una sección dirigióse, conduciendo un pequeño convoy, á los fuertes de Cabrerizas y Rostrogordo.

Los moros les enviaron un fuego mortífero cuando entraron y cuando salían. Un cañonazo de Rostrogordo protegió su retirada. Después se les vió replegarse en la explanada entre Cabrerizas y Rostrogordo, y vuéltose á dividir en dos secciones, una que iba por la carretera y otra por el barranco fronterizo á las Horcas.

El general Montero seguía sus movimientos con interés y curiosidad, contando su número, juzgando sus operaciones.

Hacen la guerra, lo mismo que los moros. Mientras nuestros soldados están en las guerrillas el pecho al descubierto, ellos se echan al suelo, boca abajo, y esperan la arremetida de los moros para levantarse y descargar.

Además, llevan porción de perros que sueltan para descubrir á los riffeños detrás de las trincheras y de las zarzas.

Tienen también los penados su idea sobre la guerra. Uno de ellos le decía á un corresponsal, que los moros dicen que si hacen la guerra con España, es por no tener otro remedio. Que los españoles cometen muchos abusos contra ellos en tiempo de paz.

«Tal opinión,—prosigue el citado corresponsal,—he podido confirmarla por el juicio de Peinado, un marino que hace muchos años conoce y trata á los del Riff.

»Éste afirma que los riffeños prefieren los españoles á la gente de cualquier país, pero que ahora dicen que si España les cierra la puerta y hace el fuerte, se harán amigos de Francia.

»En cuanto á los penados, que son grandes conocedores del terreno, piensan que el sitio por donde debe atacarse á los moros, es el comprendido entre Camellos y Cabrerizas Bajas, para echarlos del valle de Río de Oro, tomar después el cerro de Mari-Guari, las alturas de Benisikar y una vez allí, no habrá temor de ataques de los

moros, ni puede haber dificultades para la construcción del fuerte de Sidy-Guariach.

***

«Recorriendo todo el campamento de Horcas Coloradas, —decía un testigo ocular,—he presenciado el relevo del regimiento de Álava por el de Borbón.

»Eran las siete de la mañana cuando salían de las tiendas los oficiales de Saboya y San Fernando, después de haberse lavado en una especie de cacerola, mientras que otros, confundiéndose con los soldados, iban á bañarse al mar, que estaba en calma después de una noche de Levante que le tuvo picado y borrascoso.

»Viendo estábamos el baño de la tropa, cuando llegaba el *Cámara* de su excursión á Chafarinas. Mientras, invitados por el comandante de Saboya, tomábamos la mañana con aguardiente, veíamos subir al campamento á los ingenieros y cien penados.

»Disputábanse todos el agua en el campamento, porque ésta escaseaba extraordinariamente y la que llegaba era turbia y mala.

»Todo puede tolerarse. Penalidades, tiroteo, malas noches, todo menos esta abstinencia insufrible. Y esto en medio de un trabajo incesante, porque las trincheras están casi concluidas; sólo falta terminar los reductos.

»El campamento ahora, con sus tres regimientos y con

su general á la cabeza, ofrece ya un aspecto de serio avance sobre el enemigo.

»En todo el día de hoy se ha escuchado un tiro ni un cañonazo. La gran tranquilidad del campo puede ser un indicio de que esta madrugada se vaya á reanudar el bombardeo. Los moros pasean tranquilamente por Mezquita y por Frajana, sin huir de la mirada de las tropas ni el disparo, pues están muy á tiro, de las baterías y de los fusiles Maüsser.

»Los presos que estuvieron durante el bombardeo de la otra noche cerca del campo moro, me han dicho que tuvieron que ocultarse, porque les cogió de lleno la luz del proyector. Desde el sitio donde estaban oían perfectamente el grito de los heridos. Creen que no hay mujeres dentro de los poblados, porque sólo escuchaban aullidos de chiquillos.

»Los presos continuarán mañana su hazaña, con nada pagada.

***

»El día 16 entraron en Melilla cinco vapores, que con los existentes formaban un total de once. Eran estos el *Venadito*, el *Isla de Cuba*, el *Isla de Luzón*, el *Temerario*, el *Ville d'Oran*, el *Cámara*, el *Sevilla*, el *Turia*, el *Puerto de Mahón*, el *Menorquín* y el *Nuevo Mahonés*.

»Los generales que había en Melilla eran Macías, Ortega, Castillejos, Monroy, Montero, Rivera y el de Marina, Sánchez Ocaña.

»También llegaron un regimiento y dos batallones, formando un total de ocho regimientos, denominados África, Borbón, Extremadura, Álava, Pavía, Saboya, San Fernando y Asia, y los batallones del Disciplinario, de cazadores de Cuba, Cataluña, Tarifa, Segorbe, Barcelona y Figueras, caballería, artillería, casi toda la de España, ingenieros, Administración militar, Guardia civil y cincuenta penados de Ceuta.

»El puerto y el muelle ofrecían un aspecto animadísimo, cuando llegó la lancha del vapor *Reina Mercedes*. El desembarco de las fuerzas recién venidas se hizo facilísimamente. Díaz Moreu encargóse de la lancha, que se puso en seguida en movimiento.

»Había terminado tan atinadamente el fondeo de buques, que con gran facilidad podía llegarse á ellos.

»La lancha de vapor llegábase á la banda de babor de un buque, echaba á remolque una barcaza, la enganchaba, repetía la operación por estribor y al regreso, de otro barco, tomaba la tercera barcaza.

»Así, en un momento, pusiéronse en el muelle los dos batallones de cazadores y el regimiento de Asia, el material y los caballos.

»Con el procedimiento primitivo habría durado el desembarco tres días. De esta manera se hizo todo.

»Cuando las barcazas descargaban, el Torreón de las Cabras, el *Venadito* y el *Isla de Cuba*, disparaban, alejando á cañonazos los moros de la costa, que se habían aglomerado en la playa, figurándose al ver tantos barcos,

tanta tropa, que España entera veníase sobre el Riff.

»Los penados de Ceuta, al llegar en su barcaza á la punta del muelle, prorrumpieron en vivas á España, al ejército y á Macías, agitando sus gorras.

»Mientras duraban estas operaciones, estaba un moro en el extremo mismo de la playa, lavándose los pies.

»El *Venadito* soltóle un cañonazo y el riffeño desapareció instantáneamente.

»A pesar del cuidado con que los oficiales enfilaban los anteojos para seguir disparando y continuar la cacería del moro, no pudo vérsele reaparecer.

»No estaba muerto, porque le vieron levantarse al estallar la granada que le dispararon.

»Donde se metiera, es un misterio, pues allí no hay casa, ni cueva, ni donde esconderse, á no ser en la arena de la playa.»

***

»En el vapor *Ville d'Oran* llegó un sargento de los tiradores moros, de Ceuta. Llevaba gorro encarnado, con borlas azules, zaragüelles encarnados también, botas altas y en el pecho dos cruces españolas. Ofrecía un gran tipo, con su perilla y bigote muy grandes y negros.

»En cuanto llegó, se fué al Gobierno militar y se presentó á Macías. Un gran gentío agolpóse á la plaza del Aljibe, deseando ver al recién llegado. Sorprendida de aquella aparición, creía la gente que traía pliegos del sultán.

»No traía nada de importancia y por eso se entendió solamente con el comandante Cervera.

»El muelle estuvo lleno de gente todo el tiempo que se empleó en el desembarque.

»El regimiento de Asia, número 55, mudóse de ropa en el mismo muelle, enviando sus capotes de vuelta á Barcelona, y ya en traje de guerra, formados y tocando la música, ascendió por la cuesta de Gracia al Torreón de las Cabras. Entre tanto, los cazadores de Barcelona y Figueras subían por la puerta de la plaza á la explanada del Aljibe.

»Las músicas iban tocando la *jota* de *El duo de La Africana*, disparaban los cañones, todo era animación y movimiento. El puerto parecía el de una población importante, y los buques arrojaban fuego sin cesar, llenando la playa de humo; en tanto que á lo lejos oíase algún disparo de los tiradores del Maüsser, que manda el bravo capitán Pajarero.

»Con la llegada del regimiento de Asia y los cazadores de Barcelona y Figueras, oíanse frases y juramentos en valenciano y catalán, de las regiones que dan contingente á estas fuerzas.

»Hasta ahora, aunque en artillería había soldados de todas las provincias, la infantería toda estaba compuesta de andaluces.

»Hacía falta esta mezcla de todas las provincias de España, por lo menos de las más encontradas en la campaña de África.

»No era prudente que hubiera sólo andaluces, ni útil

que faltase este estímulo, esta competencia, fecunda para provocar acciones heroicas.»

* * *

De Ceuta llegaron á Melilla cincuenta penados que deseaban tomar parte en la campaña, esperando quizás por medio de sus rasgos de valor y de sus heroicas acciones, obtener alguna rebaja en sus condenas.

Los nombres de todos ellos, son los siguientes:

Ramón Acosta Villar, Ramón Seco García, Rafael Serralta Santa Cruz, Rafael Morales Clavijo, Ramón Castana Jardana, Ramón Vítor Martín, Román Cano Luis, Ramón Pabán Mesa, Ramón Carrasco Rosecha, Santiago Marín, Sixto Seco Pérez, Salvador Sanz Vila, Salustiano Godoy Álvarez, Salvador Alvarado Rivelles, Saturnino Reina Ledesma, Sotero San Martín Ledesma, Telesforo Troncoso Alemán, Tomás Gracia, Tomás Almeida, Urbano Collado Gutiérrez, Vicente Santurce Gutiérrez, Valerio Expósito, Antonio Jaén Ramos, Atanasio Castaño, Claudio Escobar Fernández, Enrique Avio Esquerra, Eduardo López Requena, Félix Torres Pajares, Jacinto Ortiz Cano, Joaquín Pasalodos, Pedro Mir Torrens, Victoriano Enche Sanz, Antonio Pérez Camino, Andrés de Blas, Miguel Cristóbal Gómez, José Gerona Fijal, José Aguirre Mendía, Juan Marfil Beltrán, Leandro Iglesias, Lorenzo Torres, Manuel Berenguer, Nicanor Cuesta, Ramón García, Rafael Laguillo, Ricardo Martínez Suárez, Salvador Bravo Mellado, Santiago

Guarrido Merino, Teodoro Menéndez Castillo y Andrés Gimeno Ortiz.

Casi todos estaban condenados á cadena perpetua por delitos graves y había entre ellos tres negros.

Todos estaban animadísimos. Deseando salir al campo y formar en las avanzadas.

Querían pertenecer á la partida de la muerte.

Todos son hombres de fisonomía dura y enérgica.

Con su conducta de ahora parece que se redimen de su condición de penados, convirtiéndose en hombres libres, amantes de España...

CAPÍTULO LXXXVIII

El capitán Ariza.—Las opiniones de los corresponsales



EALMENTE, todo cuanto se diga respecto á los penados, es poco.

Su manera de combatir, su espontaneidad para todos los más arriesgados servicios, su astucia y su heroico valor, todo hacía que sobre ellos se fijase la atención.

Para mandarles era necesario otro carácter de hierro como el suyo, otro individuo dotado de serenidad á toda prueba y de entereza suficiente para saberse imponer á aquel pelotón reñido, por decirlo así, con toda idea de disciplina y orden.

Felizmente, se encontró la persona idónea para semejante cargo.

El capitán D. Francisco Ariza, residente en Barcelona,

se presentó espontáneamente en Melilla á ofrecer sus servicios al general Macías, pidióle el mando del pelotón de penados y previa consulta al Gobierno, se le concedió.

El señor Martos de la Fuente, hablando de este suceso y de la visita que hizo al nuevo jefe de la *Guerrilla de la Muerte*, como se dió en llamar al grupo de penados, decía así:

«Cuando anoche me enteré que el general Macías había concedido permiso al capitán Ariza para capitanear una partida, compañía ó guerrilla de presidiarios, no pude resistir la tentación de conocer á este hombre original, legendario, que viene de Barcelona á matar moros, y del que se cuentan mil hechos extraordinarios realizados en la campaña de Cuba, aquella lucha de emboscadas y sorpresas.

»Acompañado por el médico del regimiento de artillería montado, señor Mayo, que nos va á presentar, y de Simonet, el notable artista que da tregua por algún tiempo á las obras que tiene empezadas en su estudio de Málaga para, como hizo Fortuny, tomar en este sol de África un baño de luz, de color, de vida, de movimiento guerrero, olvidando la placidez de su *Flevit super illam*, y enviando además á la *Ilustración Española* fotografías y dibujos en que revela su exquisito gusto, nos encaminamos hacia la confitería, café de Moyano, donde en un salón de billar y entre el gran número de jugadores que en aquel momento lo llenaban, preparaba su cama nuestro héroe, miserable jergón sobre unas mesas juntas, más á propósito para rom-

per una costilla que para descansar de fatigosa jornada.

»Nos recibió con una amabilidad que contrastaba con su aspecto de hombre tosco, pero que le bastan pocas palabras para dejar adivinar un talento y penetración poco comunes.

»Cayó sobre él un diluvio de preguntas, que á pesar de su número, intentaba contestar. Pero conforme hablaba, más mi imaginación se separaba de sus contestaciones, ocupada en formar en la mente la fotografía de aquel hombre, según iba formando la idea, por lo que decía de sus propósitos, de que sería lo más probable que no le volviera á ver.

»Es D. Francisco Ariza hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, ni bajo ni alto, robusto, fuerte, moreno, con una barba pobladísima que le tapa la mitad del pecho y le ocupa casi toda la cara, ojos negros, grandes y con una expresión de firmeza que hace recordar al Empecinado, al tipo del guerrillero de siempre, salido de la más baja esfera social, pero con un corazón y valor sereno imposible de domar.

»En la guerra de Cuba se ganó á fuerza de heroicidades los grados de alférez, teniente y capitán con el grado de comandante; hace uno de los números más altos en su escala, y ascenderá, por tanto, muy pronto á comandante y teniente coronel; no aguarda esta recompensa; no le caben en el pecho las cruces que tiene derecho á ponerse. Vivía tranquilo en Barcelona desde que acabó la guerra de Cuba; pero empieza ésta, y lo olvida todo: viene á Melilla; comprende en seguida el partido que se puede sacar del

presidiario para la guerra que él hace; le aclaman los presos como su capitán; pleitea dos días con el general para que le conceda el mando de la guerrilla y lo deje obrar á su antojo con ella, y muéstrase tan satisfecho y contento la noche antes del día en que tanto va á exponerse, porque ha conseguido su deseo.

»Con la modestia propia del verdadero valor nos dice que se propone aumentar los 26 hombres que le han dado hasta 50 ó 60, y con ellos no dejar descansar un momento á los moros, atacándoles por distintos sitios, procurando hacerles todo el daño posible en emboscadas, en sorpresas, y que no encuentren ellos en quién vengarse, porque el poco número de hombres que lleva se retira en un momento. Trata, en una palabra, de hacer con ellos lo que ellos hacen con nosotros.

»—Mañana,—nos decía,—trato de echarlos del barranco de la Calera: es una vergüenza que consintamos que desde la zona de los fuertes hostilicen al campamento. Yo no sé cómo lo haré, pero les aseguro á Vds. que les tomo sus trincheras.

»Tuvimos en consideración que nos indicó al llegar, que se disponía á acostarse, y nos retiramos, haciendo mil votos porque saliera adelante en su empeño; pero como consejo le dije á Simonet,—que le había rogado le permitiera hacer su fotografía, y ésta había ascendido á dibujo después que hablamos con él,—no tardara mucho en hacerlo, porque los moros era lo más probable no tardaran tampoco mucho tiempo en acabar con nuestro héroe.»

* * *

Para que pueda juzgarse de la seguridad que se disfrutaba en la plaza, á pesar de la fuerza que en ella había, digamos lo que respecto á la noche del 16 de noviembre escribía el citado señor Martos de la Fuente:

«Anoche, como jueves, tocaba en la plaza de armas una música de las once ó doce que hay en Melilla. Al terminar los valses de *El duo de La Africana*, una descarga cerrada de los moros al Mantelete y á los torreones, les sirvió de aplauso. Algunas balas pasaron silbando por encima de los que allí estaban, sin que, afortunadamente, hicieran blanco. Después supimos que una bala que había entrado por una aspillera del Mantelete, mató una mula del regimiento de artillería.

»Hacía ya días, desde que quedaba en el campo una partida volante de presos, que no ocurrían estas alarmas en las que demuestran los moros toda su osadía; pero anoche se formaron dos grupos, y mientras que unos tiraban á la plaza, otros sostenían fuerte tiroteo con los presos del tejar.

»18 noviembre.

»Llevamos dos días de un furioso viento Poniente que parece nos va á llevar á todos. Nos decían que aquí eran temibles los Levantes; pero por lo que se ve, tan malos son unos como otros.

»Los moros se han aprovechado ayer y hoy de que a

nuestros soldados les da el viento de cara, para menudear los tiros sueltos á los trabajadores de las trincheras que no los ven y les permiten acercarse más. Ayer un soldado del batallón de cazadores de Barcelona, escribía tranquilamente en su tienda, situada en el barranco del cementerio, parte la más resguardada de todo el campamento, cuando una bala de las que llaman perdidas, le atravesó un brazo.

»Quizás en aquel momento escribía lo que aquí todos saben, que no es fácil que haya operaciones en algunos días, y para tranquilizar á su familia se apresuraba á comunicarlo, cuando sin gloria, sin tener el gusto de entrar en acción, y con el fusil en la mano vender cara su vida, una bala traidora le postra en cama por dos ó tres meses, si es que no viene una de esas complicaciones de las heridas, que acaban con el tétanos ó la amputación. A este soldado lo traían en una camilla, cuando desembarcaba el infante D. Antonio, encargándose su médico, doctor Camisón, de hacerle la cura definitiva en el hospital, en gracia de ser el primer herido que veía después de saltar en tierra. ¡Triste honor le cupo!

»Hoy también, á las ocho de la mañana, hicieron varias descargas cerradas sobre el campamento, sin que ocurriera desgracia alguna, á pesar de que anduvieron muy cerca de los soldados. Una bala cayó al lado de un oficial, que tranquilo dormía en su tienda; dos vinieron á clavarse en las paredes del cementerio, y muchas dieron entre grupos de soldados que, libres de servicio, se reunían delante de las tiendas.

»El primer día que se empezó el campamento y ví á los moros posesionados de los barrancos que llegan á la carretera de Cabrerizas, pensé, y lo escribí, que habían de ser muy frecuentes allí los disparos de cuatro moros osados que, aprovechando accidentes del terreno, habían de tener en jaque los soldados que estuvieran en las trincheras; pero que en todo el campamento, que tiene muchas hectáreas y ondulaciones profundas, no había de haber ni un solo lugar donde tranquilos pudieran descansar los soldados, es cosa que ha sido precisa la experiencia para saberlo. Parece como que los moros tienen una doble vista para ver hasta lo que el terreno oculta á sus ojos y ponen especial empeño, en sus disparos, con demostrarnos que absolutamente no hay allí ningún sitio á propósito para lo que se destina. Abandonamos la meseta de las Horcas, donde acampó el primer día el regimiento de Pavía, para buscar en las vertientes del Cementerio, terreno más resguardado, y desde aquel día que una bala atravesó allí una tienda, no ha vuelto á ocurrir nada por aquel lado, y, sin embargo, todas las balas van á dar al barranco donde acampan las fuerzas últimamente llegadas, que hasta el más profano diría que es el mejor sitio.»

* * *

Nada más triste que estas traidoras acometidas en las cuales, sin gloria, sin lucha, sin el azar del combate, llega

la muerte á sorprender al que pacíficamente se cree á cubierto de toda agresión.

Esto producía, como fácilmente se comprende, general disgusto, así entre la oficialidad, como entre los soldados.

El ilustrado corresponsal á quien antes hemos aludido, prosigue tratando de esto mismo:

«Esta mañana he estado gran rato conversando allí con los oficiales, que me enseñaban los sitios donde habían caído, y he podido comprender el disgusto que entre ellos reina, de estar en un campamento donde de un modo obscuro, sin parecer que están en peligro, sin honor ni brillo, están en realidad tan expuestos. La misma desconfianza domina el ánimo del soldado, á pesar del carácter alegre que convierte todo en continua fiesta; no se ven allí los grupos animados, las fiestas y bromas que siempre tienen entre ellos, sino que tristes y silenciosos, ó descansan en los accidentes del terreno, dejando las tiendas, de la fatiga de una larga noche de escucha, ó hablan entre ellos de las operaciones, pero sin entusiasmos, como el que tiene un deber que cumplir y lo cumple, cuéstele lo que le cueste.

»Dicen los viejos, y llevan razón, que en todas las campañas los campamentos que se han puesto después de un avance en tierra enemiga, han sufrido siempre iguales achaques, porque al enemigo, más conocedor del terreno que el invasor, no le ha faltado sitio ni ocasión apropiada para hacer bajas sin que se supiera de dónde procedía el disparo que mataba; pero el campamento de las Horcas está á 300 metros de las murallas de la plaza, detrás de unos

fuertes que no pueden resguardarlo; es como un cuartel grande de Melilla, no significa ningún adelanto en las operaciones, no pisamos ni un grano de tierra enemiga, ni tampoco, gracias á estas bajas, se está haciendo el fuerte de Sidy-Guariach, y estamos además muy distantes de las peligrosas trincheras moras; luego, para estar sufriendo aquí indefinidamente lo mismo que sufriríamos más allá, más valía haber acampado en Sidy-Guariach.

»Todas estas razones que apunto, de lo oído á los oficiales, son algo exageradas; claro está, que si hubieran acampado en Sidy-Guariach, cada rancho que se coma el soldado hubiera quizá costado la vida de un compañero, porque el aprovisionamiento costaría cada día una batalla, algo aislado como estaría de la plaza un campamento que sin tomar los cerros de Nanofuente y Mari-Guari se estableciera tan avanzado; pero las digo porque retratan el espíritu de oficiales y soldados, que se consumen en una inacción que quebranta grandísimamente el entusiasmo que deben llevar al combate.

»Cuando ven la serie de medidas de defensa que se hacen para el campamento, que no contentos con las trincheras y los fortines construidos, se proyecta otra más avanzada, comprenden que la posición de las Horcas no es provisional, que esas faldas del Gurugú siempre van para ellos á tener el encanto de lo desconocido, que por mucho tiempo vamos á dejar á los moros que desde la Calera asesinen á los soldados, y como además, para posición definitiva no tiene ningún encanto, de aquí el decaimiento visi-

ble que empieza á observarse, y que los generales y el ministro de la Guerra deben tener en cuenta, acelerando todo lo posible el principio de unas operaciones para el que llevamos preparándonos mes y medio.»

***

Con motivo de la tregua acordada, de la cual nos hemos ocupado en los capítulos anteriores, un testigo presencial, de cuyas notas nos valemos, decía:

«Aprovechando la tregua he recorrido los fuertes, acompañado de varios oficiales de artillería.

»Delante de la torre de Camellos, dos compañías de cazadores de Segorbe trabajaban alargando el reducto.

»El comandante Reina, los oficiales señores Valderrama, Cuevas, López, Ayala, Pimentel, el príncipe de Caserta y algún otro, nos adelantamos, recorriendo el barranco que termina en Sidy-Guariach.

»Los moros lo tienen completamente fortificado; cada ziszás tiene una trinchera y en algunas se observan grandes parapetos de piedra para resguardar á los tiradores.

»En una meseta, delante de la mezquita, 20 metros dentro del hito de los límites, había una en forma de rediente, muy importante.

»El día que, acompañando al infortunado general Margallo, recorrí el mismo terreno, no existían esas obras.

»Mis compañeros y yo nos aproximamos al campo rif-

feño; los moros, al vernos cerca, nos gritaron: «¡Fuera cristianos!»

»Por ninguna parte traspusimos los límites, pero estuvimos distanciados del grupo de moros unos 50 metros.

»No hicieron ademán alguno de hostilizarnos. Lo que es la tregua, la cumplen lealmente.

»Algún moro avanzado hablaba con soldados nuestros y recogía piedras de las obras.

»Entre ellos no ví el traje colorado de los soldados askaris.

»Desde Camellos fuímos á Cabrerizas Altas.

»La tropa, delante del fuerte, disfrutaba de los rayos solares.

»Me han referido las penalidades que llevan sufridas desde el día 30 hasta la fecha.

»Todos los días tenían tremendo fuego, hallándose los moros á 200 metros de distancia, apuntando á las aspilleras y haciendo mucho blanco.

»Son pocos los oficiales y soldados que no han sufrido chasponazo.

»Las balas entraban por las aspilleras.

»El teniente coronel señor Antón tiene dos rozaduras en la mano y otra en la pierna.

»El teniente señor Marco sufrió otra contusión.

»El agua se echó á perder, no pudiendo beberla hasta que la hervían y filtraban.

»Cuentan tristes detalles de la muerte del padre de un soldado que se dirigía á Rostrogordo.

»Aquél se arrastaba por la carretera cuando los moros le divisaron, saliendo para llevárselo, no pudiendo conseguirlo á causa de los certeros disparos que le hacían desde el fuerte.

»El teniente coronel señor Antón y dos soldados salieron, y entonces se ocultaron los moros.

»Uno de éstos murió.»

CAPÍTULO LXXXIX

La llegada del príncipe Araaf.—El 19 de noviembre.—El capitán Ariza y los penados



L príncipe Muley Araaf, hermano del sultán, llegó al Riff, según lo que S. M. Sheriffiana había prometido.

A las tres de la tarde del día 18, un grandísimo grupo de moros, principalmente de caballería, apareció por la parte de Mazuza dirigiéndose hacia Frajana. Iban dos mil entre caballos é infantes, y desde el campo se les veía correr la pólvora. Los grupos que estaban en Camellos no hostilizaron. Reuniéronse todos y se ocultaron á la vista de los nuestros. La caballería debía ser de la kábila de Benisikar, que acompañaba al hermano del sultán.

Los moros debían reunirse aquella noche en Frajana ó Benisikar, para conocer los propósitos de Muley Araaf y

comunicarlos á los rifeños. Se daba mucha importancia á la conferencia que de un momento á otro celebraría con el general Macías. Indudablemente la tenía. Pudiera resultar de ella la guerra con Marruecos.

El día 18 declaróse un violento temporal, de aquellos que de un modo tan terrible afectaron aquellas regiones, explicándole uno de los ilustrados corresponsales que había en el campamento, del modo que sigue:

* * *

«Hemos pasado la noche anterior aguardando á cada instante que no pudiera resistir más la ventana ó la puerta de la casa que nos reserva del aire, y nos quedásemos en la calle como los soldados del campamento. El viento Poniente que hace dos días nos favorece, llegó anoche á su colmo; hacía crujir las maderas de las casas; las chimeneas parecía que iban á venir abajo; el aire producía ayes lastimeros al salir con violencia de las rendijas; la bahía parecía no poder contener tanta agua, arrojándola sobre la playa y embarcándose en los buques, y éstos con las máquinas encendidas, esperando el momento de no poder sostenerse más en la costa.

»¿Qué será de los 8.000 hombres acampados en las Horcas y en la Alcazaba? Esto nos preguntábamos anoche cuando los que tenemos cuatro tejas donde guarecernos creíamos que no estaban seguras. Apenas fué de día, me apresuré á ir al campamento á ver los efectos del tempo-

ral que aún duraba. Nadie había dormido allí la noche anterior, el viento amenazaba llevárselo todo; algunos fueron sorprendidos y arrastrados, envueltos en la tienda, que arrancó el aire, y en medio de todas estas zozobras oíanse algunos disparos lejanos que aumentaba el temor de los que ya no tenían casa.

»Para colmo de desdichas, aquí que nunca hace frío, este viento, mitad Poniente mitad Norte, viene que hiela. ¡Qué noche pasarían los escuchas, tendidos sobre el campo, con el oído en tierra, teniendo por toda cubierta una manta y el cielo con la clarísima luz de la luna de invierno!

»Pero no sólo el soldado de escucha, vela para servir de salvaguardia á sus compañeros, sino que todavía en puntos más avanzados está el presidiario, ese sér á quien la sociedad expulsó de sí porque le era perturbador, y ahora está convertido en sostenedor de ese mismo orden social que él conculcó con su delito.

»El tipo del presidiario, olvidando siquiera por un momento lo repugnante del delito que cometiera, ateniéndose sólo á su dicho, según el cual todos están aquí por una desgracia, por un mal querer, ó por una llave, como me dijo uno ayer, es por demás interesante.

»Hombres en su mayoría de más de 30 años, se baten con la desesperación del que despreciando la vida por costumbre, ve tras la exposición de ella algo más querido si cabe, la libertad; esa santa libertad, que es el signo que más ennoblece al hombre.

»Adora tanto la libertad el presidiario, que aceptan el batirse todos los días y á cada hora, con tal de gozar del relativo albedrío de salir al campo con el fusil. Ellos lo saben muy bien; de los 50 que lleva Ariza, no llegarán ni la mitad al término de la campaña, pero los que lleguen habrán redimido con la sangre del compañero muerto y con la suya el delito que cometieron.

»Anoche, cuando más el viento enfurecido hacía cobijarse bajo la tienda al ánimo más esforzado, perdía la vida uno de estos desgraciados en un barranco de Cabrerizas. Habíalos repartido el capitán Ariza por escuadras ó pelotones de 8 ó 10 hombres, en los sitios por donde solían los moros avanzar hasta los fuertes y la plaza á producir las alarmas de las noches pasadas.

»Una de estas escuadras tenía orden de recoger la correspondencia de Cabrerizas y Rostrogordo, mandar con ella á uno ó dos hacia la plaza y quedarse de emboscada en un barranco que existe entre los dos fuertes.

»Todo lo habían ya ejecutado, el encargado de llevar la correspondencia iba con ella y los otros dirigíanse luego hacia el barranco, cuando el foco de luz eléctrica encendido en aquel momento, los alumbró; les ven los moros que en las trincheras de enfrente hacen guardia, y corriéndose al barranco, cuando nuestros penados van á parapetarse allí, recíbenlos con varias descargas, dando dos balas en el cuerpo del infortunado Rafael Manés Ruano.

»La obscuridad no les permitió ver á los compañeros que había caído aquél, que todavía moribundo, en lugar

de pedir socorro, se defendía cuerpo á cuerpo de los moros que le atacaron, debiendo haber herido á alguno, según los regueros de sangre que vieron por allí esta mañana y algún otro despojo humano que no era del desgraciado penado.

»Los moros, contra su costumbre, no mutilaron el cadáver, le encontraron esta mañana con una mano crispada, empuñando una cápsula en actitud de cargar el fusil, conservando sobre sí unos seis reales en monedas de calderilla y una carta para echar al correo.

»Rafael Manés Ruano tenía 24 años, condenado á cadena perpetua, no llevando aún más que dos ó tres años cumpliéndola; quizá soñaba ayer cuando le entregaron el fusil, que terminada la campaña podría volver, indultado á fuerza de valor, regenerado, al seno de su familia que le contaba perdido para siempre.

»Los moros no se cebaron en su cadáver, ¡quién sabe si le respetaron admirando el valor que aún en sus últimos momentos demostró aquel desdichado!»

***

El capitán Ariza, era, como dice el señor Morote, el héroe del día.

«Es un hombre,—prosigue el ilustrado escritor,—que en la actualidad, que no cansa de Melilla, se ha hecho otra nueva actualidad que sobresale; es el soldado que vino ayer y que hoy parece que comenzó en la plaza con las

primeras operaciones; es el capitán que no conoce el miedo, de esta partida de la muerte, ajena de cuidados.

»Militar desde muy joven, Ariza, que ahora tiene 43 años, lleva 21 de capitán con el grado de comandante. Ganólo todo en Cuba, donde se hizo guerrillero, y donde, como guerrillero, hizo su fama.

»Mirando á Ariza, á pesar de su traje de paisano,—de lanilla gris con sombrero flexible tirado hacia la nuca, —se adivina al militar, y ya en el militar, al guerrillero.

»El cuerpo alto, grueso, fornido, de anchas espaldas y de fisonomía *franca* y *abierta*,—la franca y abierta fisonomía de todos los ardores y de todos los entusiasmos,—no se concibe al militar que mande y que no obre, que disponga y no practique. Ha nacido para pelear y no de lejos. No con los medios que el arte militar enseña y que la táctica moderna manda, sino de cerca, frente á frente, recibiendo del contrario el aliento que abrase y la sangre que humee, y echándose él encima con su valor sin límites y su cuerpo macizo y musculoso.

»Así se bate Ariza. Así iba en Cuba, cuando perseguía á Maceo, á pillarle en descuido á la hora de comer para quitarle el rancho; así iba cuando los caballos se morían ó las municiones se gastaban, á quitarle las suyas á Maceo; así fué esta mañana con su partida de la muerte, al lado, á ver cruzar las balas y á hacer correr los moros, y á hacerse aclamar por su legión primero, y por Melilla entera ahora, cuando casi copado se deshizo de los que le envol-

vían y derrotó completamente á la fuerza cien veces mayor que le cercaba.

»Soy,—me ha dicho,—uno de los más antiguos de la escala de reserva. Tengo necesariamente que ascender dentro de un año ó dos. Por lo tanto, no vengo aquí buscando grados ni deseando recompensas. Vengo porque vengo; por dedicarme al arte por el arte; por practicar la guerra por la guerra.

»Tráeme además de todo esto mi grande amor á España y mi condición de guerrillero; que no se puede estar tranquilo en Barcelona, donde vivía yo ahora, cuando hay guerrillas en el Riff.

»Respecto á lo que quiero hacer aquí, es bien poco. Quiero echar á los moros de nuestras trincheras, porque es una vergüenza que las ocupen.

»Y me añadió riendo:

»—No pienso hacer muchas prisiones, ni en matar á los que coja. Al que pille le corto las orejas y le suelto. Cien riffeños desorejados, corriendo por Frajana y por Mazuza, darán á los demás una alta idea de lo que son las guerrillas españolas.

»Ariza es muy modesto. Todo lo anterior me lo decía creyendo que tratábase de una conversación particular, pidiéndome que de él no hablara nada, y que si algo hacía que valiera la pena, no lo publicase.

»Company le pidió que se retratara y no lo consintió. Yo le pedí datos de su vida y entró en sospecha y no los dijo.

»Su arma para batir á los riffeños esta mañana era un revólver, y sus frases para animar á los penados, decirles riéndose tranquilamente:

»—¡Vamos, *hijos míos*!

»Es un hombre especial por lo valiente, por lo modesto y por lo franco. Es aquí el héroe del día, y si no lo dijéramos los que lo sabemos, no seríamos justos.»

* * *

Ariza organizó á su gente según el sistema que creyó más conveniente emplear, y necesario es convenir que desde los primeros momentos respondió al objeto de la misión que se le confiara.

Su primera empresa, la describe así, el señor Morote:

«Al amanecer comenzó el fuego la partida de penados. Los moros, que ya conocen á los de la partida de la muerte, habíanse corrido á las Guarreras y desde allí hacían fuego sobre los tiradores del Maüsser, colocados unos junto á la batería en construcción de Santiago y otros en la carretera de los fuertes, á la derecha del fortín de San Francisco. De cuando en cuando, Camellos y Cabrerizas arrojaban metralla sobre los moros para proteger á los nuestros; pero no debían alcanzarles, porque aquéllos, sin moverse de su sitio, continuaban disparando.

»Estábamos en el Polígono mirando cómo los penados se batían, no porque se temiera verles envueltos, á pesar

del peligro que pasaban, sino por ver su modo de batirse, su osadía y su arrojo.

»Volvíamos á Melilla, cuando pudimos ver á los penados que en gran orden, con el fusil al hombro, se refugiaban en los tejares del extremo del campo de Instrucción.

»Los presos que trabajaban en el tejar pedían por Dios á Ariza que les alistara entre los suyos.

»Después, el capitán nos refirió la operación.

»—A las seis de la mañana salimos de los tejares por el llano. Atravesamos Río de Oro y fuimos en derechura hacia Frajana, para sorprender á los moros. Ascendimos por la Calera de Cabrerizas Bajas, por donde el 28 subió el Disciplinario.

»A esa hora apenas había riffeños en las trincheras. No había más que muchos chiquillos, puestos de espías, que en cuanto nos vieron pusiéronse á gritar, poblándose á poco de enemigos todos los barrancos.

»Los penados, viendo la dirección que yo tomaba, creyeron que íbamos á Frajana directamente.

»Desalojamos las primeras trincheras y continuamos hacia adelante, cuando á la mitad del camino de Cabrerizas Bajas y Altas, ví que de un lado y otro, pretendiendo cortarnos la retirada y coparnos, salían los moros á centenares.

»Entonces dispuse que mi gente se dividiera en tres secciones, y cuando los moros se venían sobre nosotros, uní de nuevo á los míos y les hice disparar varias descargas cerradas, causando muchas bajas al enemigo.

»Los moros bajaban corriendo por los barrancos. Entonces disparábamos nosotros. Veíamosles caer por grupos. Un caballo tordo muy bonito vimos caer al fondo de un barranco con su jinete y todo.

»Yo tenía la dificultad de no poder apenas comunicar mis órdenes, por no tener corneta. Para ordenar los movimientos servíame de un pañuelo que agitaba en el aire, y al hacerlo era un gusto ver cómo sobre mí caían las balas.

»Como son tan osados, dos moros iban acercándose hacia mí poquito á poco, adelantando á rastras por el suelo.

»Yo les dejé llegar, y cuando los tuve á tiro les mandé dos balazos de mi Smith.

»Son los dos únicos disparos que he hecho en todo el día.

»Ya dueños del barranco de la Calera, en toda su extensión, simulé una retirada. Otra vez se vinieron sobre mí. Cargué de nuevo haciendo muchas bajas. Esto fué delante de Cabrerizas.

»Realmente no estaban preparados para aquel empujón; así que los cogí de sorpresa, cuando se creían vencedores y cuando agitaban los jaiques á la altura de la rodilla, insultando á los nuestros.

»En aquella lucha estuvieron tan descompuestos los moros, que pudimos cogerles una cartera de cuero donde guardaban sus cartuchos. Aquí la traigo y me ha servido ahora para la correspondencia que nos han dado en Cabrerizas Altas y Rostrogordo.

»En el primer fuerte nos dieron de beber y salimos otra

vez, lloviéndonos las balas. En Rostrogordo, los oficiales que nos habían visto, nos proveyeron de municiones, que se nos concluían. Al salir de aquí nos replegamos sobre la explanada que hay entre los fuertes, emprendiendo el viaje de regreso.

»Aquí sostuvimos otro tiroteo de flanco, pero sin permitir que los moros ocupasen las trincheras que tenían estos días últimos.

»Hé aquí,—terminó Ariza,—á los valientes que han peleado conmigo. Son bravos, son sufridos y no le tienen miedo á nada.

»Uno de ellos rogóle al capitán que pidiera unos pantalones para él, para poder cubrir sus carnes, que llevaba al aire porque los que llevaba estaban destrozados y rotos, y Ariza contestó:

»—No necesitamos más que alpargatas y fusiles, pero si quieres ropa, aquí tienes la mía.

»A las cuatro de la tarde aquí,—les dijo á todos.—Ahora que cada cual coma y descanse.»

***

Fácilmente se comprende el entusiasmo que un jefe de las condiciones del capitán Ariza, había de excitar entre los penados.

De una correspondencia referente á este hecho de armas, copiamos estas líneas:

«Los penados que se han batido hoy, están entusiasma-

dos con Ariza. Proclámanle invencible. Le han visto constantemente en pie delante de todos, sin inmutarse, como cuando al pelear en la Manigua atravesaba con su guerrilla de negros las líneas enemigas.

»Los de la partida abrazaban al capitán, sin que éste pudiera desprenderse de ellos.

»Sin embargo de este entusiasmo, y de haberse producido algunas bajas á los moros, lo de hoy, poniéndose en lo justo, sólo sirve como demostración de lo que puede y debe hacerse contra ellos, y de que hace falta atacarlos de una vez.

»Los moros, una vez retirados los nuestros, han tomado nuevamente posesión de sus trincheras.

»La acción de hoy, en la que se les han hecho tantas bajas, sólo ha servido para demostrar el valor de Ariza y de los suyos y para exasperarlos, tanto, que han hecho doblar su número, llamando gente por su campo, han redoblado sus fuegos y no dejan trabajar en las fortificaciones de Santiago.

»Lo que antes que nada se necesita ya, es una acción seria y enérgica, avanzando con un gran movimiento envolvente; algo más positivo, en fin, algo que para ellos sea una lección provechosa y un castigo formidable.

»Los individuos que formaban la partida que había entrado en fuego, al mando de Ariza, eran los siguientes:

»José Martín Aranal, José Gonzáles Latorre, cabos estos dos; Manuel Zepero Montero, José Ferrer Estrada, Santiago García Ballesteros, Juan Valcárcel Sacristán, Zoilo

Martín García, Ramón Samper Celma, José Alte Ferrer, Tomás Mena Pardo, Tomás Cerdán Grau, Modesto Baquero Bueno, José Ferrer Riera, José Martínez Iturralde, Manuel López Bedoya, Rafael Méndez Ruano, Faustino Muñoz, Carlos Fiallo, Francisco García Iglesia, Gregorio Espada, Sandalio Sopena, José Ripoll, Fabián Ferrando y Sebastián Norcega.»

CAPÍTULO XC

Diversas noticias.—La conferencia aplazada.—Los moros no deponen su actitud

Una vez de regreso en el campo los penados que de un modo tan brillante inauguraron la campaña bajo el mando del nuevo jefe, quedaron dos compañías de ingenieros y una de cazadores de Cuba construyendo unos reductos en el sitio llamado las Guarreras. Protegiendo los trabajos había una compañía de cazadores de Tarifa y una batería de montaña.

Como fueron muy hostilizados y los moros se venían encima, pidieron refuerzos, enviándoseles dos piezas más, también de montaña.

El Poniente, que levantaba mucho polvo, imposibilitaba hacer fuego á los riffeños, en tanto que éstos se halla-

ban en mejores condiciones, pues recibían el viento por la espalda.

Han resultado heridos: uno de los que trabajaban, cazador de Cuba, llamado Leandro Miguel Madrigal, á quien un proyectil atrovesó el mástil de la pala que llevaba, hiriéndole después en el dedo pulgar de la mano izquierda. La herida es leve. Manuel Hernández Hernández, de artillería, que fué herido de un balazo en el hombro, grave, según dijo el doctor Camisón, que le curó.

También curó éste á un tercer herido del mismo batallón de cazadores de Cuba. Éste recibió una herida en el brazo.

A las tres de la tarde del día en que vamos hablando, dió orden Macías para que al siguiente, 20 de noviembre, salieran con el capitán Ariza 50 penados, que se elegirían aquella noche.

Se pidió una corneta al batallón Disciplinario, la cual llevará en la guerrilla el penado Santiago García Ballesteros, de oficio carpintero.

Ariza nombró como asistente á Gregorio Espada, otro preso.

Los presos no sufrieron ni la más leve contusión. Afirmaban que los dos tiros de revólver que Ariza disparó á dos moros, los mataron con toda seguridad, y que pudieron dar muerte á algunos por grupos, porque se colocaban así, empeñados en retirar á sus heridos.

***

En el vapor *África* llegaron el día 19 cuatro cañones de tiro rápido de 57 milímetros, sistema Nordenfelt, construidos en Plasencia.

Desembarcáronlos á las diez, y á las once, bajo la dirección del teniente coronel D. Atilano Negrete, acompañado del capitán Marsilla y Esteban, estaban montados y dispuestos. Eran del mismo tipo que el cañón de tiro rápido del crucero *Venadito*. Están limpios, lustrosos, sin estrenar. Quería llevárseles al fuerte de Rostrogordo, donde su utilidad no es muy manifiesta. Mejor sería colocarlos en la plaza, siendo su alcance de 3, 4 y 5.000 metros.

***

Con las tropas llegadas de Barcelona, que fueron el regimiento infantería de Asia, y los batallones de cazadores de Barcelona y Figueras, se completó el número de 15.000 hombres á que ascendía ya el efectivo del ejército de Melilla.

Estas nuevas tropas acamparon en Horcas Coloradas.

Al toque de diana del día 22, salió un convoy para Cabrerizas Altas y Rostrogordo, acompañado de muy poca fuerza.

Llegó á su destino sin que los moros le hostilizasen en lo más mínimo.

Se contentaron con verle avanzar desde las alturas vecinas.

El teniente coronel señor Antón fué reemplazado por el comandante señor Revilla.

También fué otro teniente de artillería á reemplazar al señor Soler.

Éste llegó á la plaza por su propio pie y muy mejorado de sus heridas.

Resulta que la bala entró por una aspillera y produjo, al partirse, dos heridas al distinguido oficial de artillería.

El convoy volvió á la plaza á las diez de la mañana.

Días antes habíase celebrado el consejo de guerra para juzgar una de las varias aprehensiones de armas, hechas en los últimos días.

«El fiscal,—dice un corresponsal,—cumpliendo con la ley, que no es muy dura al juzgar este delito, les pide el máximo de la pena, que no pasa de cuatro años. Todavía no se ha dado sentencia, ó si se ha dado, es secreta; pero aunque le impongan el máximo, ¡cuánto más tiempo de remordimiento no tendrán los autores de estos delitos! Si la ley es blanda, su conciencia y la ley moral es dura, haciéndoles culpables de asesinatos de sus hermanos. ¡Cuántas viudas, cuántos padres no maldecirán hasta su memoria!»

Nada podemos añadir á lo que ya hemos dicho referente á este asunto, en capítulos anteriores.

Verdaderamente punible es el contrabando de armas y municiones tratándose de comarcas que casi siempre son hostiles á España; pero que este contrabando estuviera verificándose en los momentos en que precisamente la lucha

se había entablado revistiendo carácter de guerra formidable, no hay palabras para calificarlo y la ley mostrábase sobrado benigna imponiendo tan reducida pena.

* * *

Terminamos este capítulo con un ramillete de noticias tomadas al acaso entre diferentes telegramas que obran en nuestro poder, respecto á los días 21 y 22 de noviembre.

Hé aquí su contenido:

«Se está construyendo en Cabrerizas Altas, un través para proteger la entrada del fuerte, de las descargas de los moros.

»Sigue allí de guarnición el regimiento de África.

»Se han llevado víveres para diez días; pero créese que antes de esa fecha verificarán un avance nuestras tropas.

»En el cerro de Santiago, cerca de Camellos, han seguido los trabajos de fortificación protegidos por muy escasa fuerza.

. . . .

»Cuando se abrieron las puertas de la plaza, el ayudante de órdenes señor Martínez Rincón empezó con los ingenieros la instalación de la tienda, donde celebrarán la conferencia el hermano del sultán y el general Macías.

»La tienda está situada en el llano de instrucción, mirando al mar.

»Delante, formarán todas las fuerzas que hay en Melilla.

»Dícese que á Muley Araaf se le tributarán honores de infante.

»Se aguarda al askari que diga la hora que ha de venir.

. . . .

»Se comenta desfavorablemente para nuestras pretensiones el recibimiento hecho por las kábilas á Muley Araaf.

»La conferencia de esta tarde tendrá excepcional importancia.

. . . .

»Apenas acababa de instalarse la tienda, llegó un moro con carta del bajá, en la cual dice que el hermano del sultán no puede venir hoy y solicita continúe la tregua.

»La noticia causó un efecto deplorable, creyéndose, con razón, que se trata de ganar tiempo.

»Macías se opuso á toda dilación en lo relativo á las operaciones, contestando que accedió á la conferencia por tratarse de un príncipe amigo de España, pero que no demoraría las operaciones militares.

»La verdad es que éstas no empezarán, porque faltan víveres y transportes.

»Parece que las kábilas ejercen presión sobre el comisionado del sultán para atraérselo al partido de la guerra.

. . . .

»Los moros que vinieron con el hermano del sultán durmieron en las tiendas de campaña situadas en el valle de Frajana. Muley Araaf quedóse en el poblado.

»Las fuerzas que ayer recibieron el Maüsser, se ejercitan desde el amanecer en su manejo.

»Hoy se dará el nuevo armamento á los regimientos de Borbón y Pavía.

»Llegaron los vapores *África* y *Cámara* con el regimiento de Toledo. Se aloja en el campamento de Victoria Grande.

»Llegó el general Bérriz.

»El *Mogador* trajo el donativo de *La Publicidad*, de Barcelona, compuesto de 100 pipas de vino, tabaco y aguardiente.

»Además de las trincheras, dícese que se destruye La Calera en el barranco de Cabrerizas.

»Los moros parece que tuvieron anoche una reunión en Frajana, debiendo predominar en ella los temperamentos belicosos, cuando el hermano del sultán rehuyó la conferencia.»

***

La misma política seguida en la corte del sultán, parecía haber llevado su hermano al Riff.

La dilación como medio de entretener, para estudiar las disposiciones del contrario, cansarle y ver de sacar el mejor partido del fastidio, de la cólera ó del desaliento.

Ya podía presumirse, desde el momento en que llegó el príncipe Araaf, todo lo que podía suceder.

La guerra, propiamente dicha, había terminado.

Continuarían las emboscadas, los disparos á traición, la muerte de algunos de nuestros valientes; pero las operaciones formales, el movimiento de avance tantas veces

anunciado y tan reclamado por los mismos sucesos que habían tenido lugar anteriormente, esos no se verificarían ya.

La valla se había interpuesto y los sacrificios hechos por la nación, resultarían completamente estériles.

Así lo empezaba á ver todo el mundo, y así también lo veía el ejército, con el disgusto que fácilmente puede comprenderse.

CAPÍTULO XCI

El valle del Muluya.—Reflejos de la opinión pública



EGÚN la Nota del sultán, de que hablamos en su lugar correspondiente, las tropas que debían acompañar á su hermano, iban á situarse en las fuentes del Muluya.

Importantísima es la cuenca y valle que baña el citado río, así por las tribus levantiscas que hay en sus orillas, como por su feracidad.

La misión de Muley Araaf, si se realizara tal como parece desprenderse de los deseos manifestados por el sultán, podría ser beneficiosa en gran manera para nuestros intereses.

Pero desgraciadamente no confiábamos en ella.

Y no era tanto porque dada la organización de aquel país, desconfiáramos de la buena voluntad del hermano del Sheriff.

Lo que nos hacía dudar de aquel buen éxito, era la pasividad que observábamos en nuestro ejército.

Cuando éste, por medio de sus movimientos enérgicos y decisivos, debiera haber coadyuvado al éxito de aquella misión, permanecía inactivo, sufriendo pacientemente los ataques de los infieles.

¿Para qué había servido llevar á Melilla aquel valioso contingente de fuerzas, si allí se quedaban estacionadas?

Ya podía Muley Araaf avanzar por la orilla del Muluya, sojuzgar tribus, que tan luego aquél desapareciera, volverían de nuevo á mostrarse con nosotros del mismo modo que antes, y lo mismo que estaban haciendo entonces.

Pero no anticipemos los sucesos.

Limitémonos por ahora á dar á nuestros lectores una ligera idea del valle del Muluya, para que comprendan lo que verdaderamente vale todo aquel territorio que tan al alcance de nuestro poder se encuentra.

* * *

Al Este de las vertientes del Atlas, por la parte más alta de la montaña *Shabab-Ben-Obeid*, tiene su origen el Muluya, siendo sus afluentes por la derecha é izquierda otros ríos de no escaso caudal, y con particularidad del *Tsá*, el cual fertiliza también extensas comarcas, donde se observa algún desarrollo agrícola.

El curso del Muluya es de más de cien leguas, se desliza casi siempre entre ásperas alturas, sirve de divisoria en la región argelina, y desemboca en el Mediterráneo, después de formar dos grandes recodos, por la parte Oriental del Cabo del Agua, algo más abajo de nuestras islas Chafarinas.

Por toda su margen izquierda están las montañas del Riff, poco exploradas hasta hoy, principalmente hacia sus orígenes, ó séase en la región más próxima al Atlas; por la margen izquierda, un terreno muy accidentado sirve de albergue á las numerosas kábilas de los Beni-Senassen, gente de gran influencia en el país y siempre dispuesta á combatir contra los cristianos, lo mismo franceses que españoles, aun cuando en honor á la verdad, algunas veces les ha confiado el sultán la misión de castigar á los riffeños y lo han hecho á *completa satisfacción* del emperador mahometano. Los Beni-Senassen pueden poner sobre las armas más de 25.000 hombres.

No se encuentra en el dilatado curso del Muluya ninguna ciudad de importancia, pero atraviesa el camino de Fez por Taza á Themacen, y no obstante los grandes obstáculos derivados de las condiciones del terreno y de la carencia de elementos vitales para la marcha de un ejército regular, debe considerarse la cuenca de este río como la mejor línea de invasión en un avance decidido sobre la capital del imperio marroquí.

* * *

Los optimistas, al saber que las tropas imperiales, ó mejor dicho, una columna de no mucha fuerza, remontaba el valle del Muluya por su orilla izquierda, á fin de imponerse á las kábilas riffeñas, han creído que la empresa era fácil y que en breve plazo todo terminaría de un modo pacífico.

Celebraríamos que acertasen; pero conocido, como conocemos, aquel país, y sabiendo que aun en las inmediaciones de Fez, de Mequínez y de Marruecos hay kábilas cuyo orgullo se cifra en no haber solicitado nunca la gracia del monarca y en vivir siempre con verdadera independencia, recelamos que el hermano del sultán tropezará, *si ya no ha tropezado*, con grandes obstáculos para persuadir á los indómitos riffeños de la razón que tiene España en su actual demanda y de que así lo considera el conciliador Muley Hassán.

En un país que cuenta diez millones de habitantes, tal cual sucede en Marruecos, el soberano, déspota en alto grado, no puede, sin embargo, imponer su autoridad verdadera á la tercera parte de los vasallos, y lo mismo en la cuenca del Muluya que en la del Sebú y la del Buregreg, de igual modo en el Zemur, que en Anghera, cuando las kábilas se sublevan y propenden á un fin determinado, ó se transige con ellas, ó cuesta muchísimo trabajo el dominarlas, pues no contando el sultán con un ejército regular y permanente, sólo confía en los fieles del momento para reducir á la obediencia á los levantiscos é indómitos.

Nunca es tarde si la dicha es buena, según reza nues-

tro antiguo refrán; y en este concepto quizá la columna marroquí, que según se dice avanza, por la orilla izquierda del Muluya, llegue bien y hasta sin cansancio después de recorrer cuarenta leguas, hasta Taza; acaso logre convencer en tan largo trayecto á cuantos riffeños encuentre á su paso; tal vez logre también alejar las simpatías que demuestran los de Beni-Senassen por nuestros enemigos de Melilla, y en último término podría ocurrir que el hermano del sultán apareciese cerca de Frajana y Benisikar colmado de bendiciones por la gente de aquellas comarcas y entonando toda ella el *mea culpa* por los sangrientos sucesos del pasado mes de octubre; pero como otro antiguo proverbio castellano dice que *á Dios rogando y con el mazo dando*, nosotros, aun cuando confiemos mucho en lo que pueda hacer la fiel columna marroquí, debemos por cuenta propia continuar las operaciones militares, confiando á nuestro solo esfuerzo, por si acaso, la defensa de nuestro derecho, la reintegración del terreno de la patria, el prestigio de nuestro ejército y el honor de nuestra bandera.

***

Conforme dejamos ya expuesto en diferentes capítulos, la opinión estaba profundamente disgustada por la marcha que seguían los acontecimientos de Melilla.

La prensa, que en todos los tonos había aconsejado al Gobierno que aprovechara la ocasión que se le había presentado para adquirir preponderancia y partido en África,

reflejaba de una manera marcadísima, el disgusto y la inquietud con que veía lo que estaba sucediendo.

Las notas del sultán por una parte, y la marcha seguida por el Gobierno, hacían temer un resultado desastroso para aquella guerra que empezó tan bien y que estaba expuesta á concluir tan mal.

Uno de los periódicos que más se habían distinguido en el período que historiamos, *El Liberal*, decía á propósito de esto:

«Entre las vaguedades, dilaciones, insidias y reservas que contiene la segunda Nota de la diplomacia marroquí, hay algo bastante sospechoso para cohonestar todo género de optimismos.

»Diplomáticamente, el sultán, que se nos representa tan ingenuo, tan conciliador, tan favorable, está más oculto, más parapetado y á la defensiva que el riffeño en sus trincheras. Habla desde muy lejos, maniobra casi en lo invisible, y piensa taimada y recelosamente.

»Si alguno con la sencillez y el candor que en las presentes circunstancias tanto nos perjudica, lo supone apesadumbrado, atolondrado, dispuesto á regatear por el bien parecer entre los suyos, y dispuesto á otorgar lo que se pida, se expondrá á caer en la celada.

»Sírvanos de triste ejemplo la experiencia. El moro que nos pareció un salvaje, nos resultó un táctico. No ocurra que el candoroso nos resulte un Maquiavelo.

»A maquiavelismo de lo más hábil y sutil trasciende uno de los particulares de la última Nota. En ella, como

manifestación la más cumplida, se nos dice que el príncipe Muley Araaf, con un contingente de caballería que en la Nota anterior se hizo ascender á 2.000 jinetes, se dirigía al lugar de Bindchinad, situado en la margen izquierda de las fuentes del Muluya, punto estratégico por sus comunicaciones con el interior, con la costa y con Melilla, para desde allí advertir á los riffeños que depongan su actitud, pues de lo contrario los castigará severamente.

»No sabemos ni si las referencias de la Nota están bien dadas, ni si alguien se ha detenido á compulsar el texto con datos geográficos para desentrañar su significación oculta.

»Muley Araaf, con sus 2.000 jinetes, acampando en el lugar de Bindchinad, no está ni en situación de advertir á los riffeños, ni en situación de castigarlos.

»Las fuentes del Muluya se encuentran en el principal nudo montañoso de Berbería, á unos 192 kilómetros de Tezza, población que viene á ser, respecto al Riff, lo que Burgos respecto á la región cantábrica. Por el camino de esta población á Melilla, bien puede asegurarse que se recorrerán unos 60 kilómetros sin haber entrado todavía en el Riff.

»Apreciada con tales datos la posición del príncipe de Muley Araaf, pacificador *inpartibus in fidelium*, de las kábilas de Frajana y Benisikar, que á diario nos acosan, resulta con números y distancias que para ir de Bindchinad á Tezza, ha de recorrer 192 kilómetros, y para ir de Tezza á las proximidades del Riff, 60 kilómetros: Total, 252.

»¡Y la Nota dice, ó por error de traducción ó por burla y mala fe de los ministros del sultán, que nos suponen reprobados en geografía, que esas fuentes del Muluya, como fuentes de la paz que perseguimos, se encuentran á la entrada del Riff!

»¡Qué poco escrupulosa es la diplomacia para traducir sus informes! Entre las fuentes del Muluya y el Riff está toda la extensa cuenca del Guad-el-Sebú, como entre la misión aparentemente pacificadora de Muley Araaf y la posición estratégica que ocupan sus jinetes está lo sospechoso, insidioso y alarmante de este movimiento que, vendiéndosenos como favor, parece preparado en contra nuestra.

»En efecto, la situación del lugar de Bindchinad (que no figura en los mapas), en las fuentes del Muluya, en una elevadísima meseta, nacimiento de cuatro grandes ríos, equidistantes de Melilla y de Rabat, es, en efecto, sumamente estratégica, pero no para castigar á los moros del Riff, que entonces se fijaría la base de operaciones en Tezza y se emplearían tropas más acondicionadas para operar en un país esencialmente montañoso. La posición es estratégica para dos cosas: ó para vigilar los dos caminos probables de invasión, que arrancan uno de Melilla y Chafarinas y el otro de Rabat y Salit, y se dirigen al corazón del imperio, ó para encaminarse á Tafilete, Figuig ó el Tuat.

»Véase, no en palabras dulces y sumisas, sino en hechos y en preparativos militares, la actitud del sultán, que no se acerca, que no se pone al habla, que gana tiem-

po, que capea de ese modo el temporal del Riff y que se dispone á capear otras tormentas.

»La misión del príncipe Muley Araaf es lo substancioso y significativo de la Nota.

»Su ejército se compone de fuerzas total y absolutamente inútiles para operar en el montañoso país de los riffeños, y se compone de tropas á propósito para dirigirse con rapidez en un momento dado por las cuencas del Muluya y del Sebú, y operar en cortas jornadas en los amplios y poblados llanos de estos ríos.

»Su posición equidistante de dos mares, distanciada del Riff, no conduce ni remotamente á mantener nuestros tratados y sí á vigilar las posibles evoluciones de los ejércitos de España.

»¿Qué dice esto?

»Que el ejército de Muley Araaf es un ejército de observación ante posibles contingencias.

»Que el sultán, lejos de mostrarse abonado á acceder á nuestras justísimas reclamaciones, prevé el conflicto y se prepara.

»¿Y qué dice nuestro Gobierno? ¿Duerme? ¿Espera á ser sorprendido? ¿Se dilatará en la confianza de su sueño?

»Hora es ya de despertar seriamente.»

***

El Gobierno, sin embargo de estas excitaciones y del espíritu del país, no quiso despertar, y los sucesos que

se siguieron, tenían forzosamente que estar en armonía con lo que hasta entonces se hizo.

Todas las energías anteriores habían desaparecido.

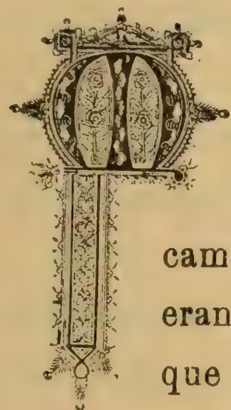
Los bélicos entusiasmos se adormecieron y aun cuando todavía se enviaban tropas y se pensaba en la personalidad á quien se confiaría el mando del ejército, la verdad era que ya no podía esperarse nada serio ni nada que enalteciera el prestigio de la nación.

Díjose que el ministro de la Guerra iba á ponerse al frente del ejército.

Esta noticia levantó gran polvareda, y hubo escisiones en el seno del mismo Gabinete, y finalmente se pensó en el general Martínez Campos para ocupar aquel importante puesto.

CAPÍTULO XCII

En el campo.—Temporal desecho.—La «Guerrilla de la Muerte.»—Muerte de un penado.— El hermano del sultán



ientras en la Península se murmuraba por la marcha seguida en Melilla, la verdad era que lo mismo en la plaza que en el campo, no se paraba ni un instante, los peligros eran perennes, y sin combates de importancia, sin que se realizara una operación de verdadera magnitud, funcionaban los cañones, movíanse pelotones de soldados, ingresaban heridos en los hospitales y los moros seguían braveando como el primer día.

En realidad, de semejante estado de cosas no sabemos á quién achacar toda la culpa, aun cuando en nuestra conciencia estaba en el Gobierno.

Una de las correspondencias dirigidas á un periódico de Barcelona, decía entre otras cosas lo siguiente:

«Como se ve, la gravedad de los acontecimientos no ha desaparecido aún.

»Mi opinión es que aquí hace falta más fuerza, opine como quiera el general Macías. Si éste se opone á que venga la brigada que manda el general Berriz, será debido á que quiere permanecer en el mando de la plaza y evitar que el ilustre Chinchilla venga á Melilla.

»Aquí hace falta un hombre de decisión, invariable, que piense siempre igual. Macías unas veces cumple bien y otras deja mucho que desear. De aquí mis censuras hoy y mis elogios mañana.

»Y aquí lo que conviene á España es tener á un general que merezca siempre aplausos, porque éstos indican tener conducta. Una equivocación, siquiera sea de buena fe, sería un golpe lamentable.

»Otro de los asuntos al cual debe conceder mucha atención, atención preferente, el Gobierno, es el que se refiere á las recompensas.

»El ejército no ha desmayado aún y sería terrible que se dividiera por este motivo. Hay que ejercer la gracia con mucha, con estricta justicia, para evitar antagonismos, para que no pierdan el estímulo nuestros oficiales. Y conste que no habla en balde este humildísimo representante de la opinión.»

* * *

No somos tan severos como el corresponsal antes citado, respecto á la persona que ejercía el mando en Melilla.

Si el general estaba cohibido por instrucciones particulares; si oficialmente se le decía que procediera con actividad y energía, y reservadamente se le manifestaba que procurase ir contemporizando, compréndese muy bien que no se le podía achacar culpabilidad ni tacharle de inepto ó irresoluto, cuando así se le prescribía que obrase.

Todas las censuras, todos los cargos, si de cargos y de censuras se trata, sobre quien debían recaer sería sobre el Gobierno, que puede decirse que navegaba sin rumbo fijo.

Las poblaciones y las corporaciones populares, llenas de entusiasmo, acogían y despedían á las tropas que marchaban á África, así como á los reservistas movilizados en virtud del decreto de que hablamos oportunamente.

¿Pero de qué servía todo esto? De nada absolutamente, puesto que sobre este entusiasmo estaban arrojándose continuamente duchas de agua helada que lo apagaban y lo extinguían.

Prueba de este entusiasmo fué la despedida hecha en Barcelona, sin perjuicio de las que ya anteriormente se habían prodigado á otros cuerpos, al batallón de infantería de Guipúzcoa, al embarcarse en el vapor *Bellver*.

Al mediar la mañana, según testigos oculares, fueron llenándose los muelles por una multitud que demostraba creciente impaciencia por abrazar y despedir á los expedicionarios. El digno general comandante de Marina señor Navarro, secundado por los tenientes de navío señor Fernández Caro y señor conde de Villar de Fuentes, se ocupó activamente en los trabajos necesarios para el embarque.

Reunióse al general Navarro el general duque de Ahumada, y con el ceremonial de gala llegó una comisión del Ayuntamiento.

***

A la una y media ya estaban á bordo las cajas y carros y material del regimiento, amén de dos carricubas para el transporte de agua, regaladas por el Ayuntamiento. El gentío fué engrosando de tal suerte, que era imposible circular por allí. En las grúas, en las plataformas, en los faroles, sobre las mercancías depositadas en el muelle, en todas partes veíanse grupos y racimos de hijos del pueblo que aguardaban al regimiento.

Éste salió de los cuarteles nuevos, á la una y cuarto, cruzando por el Parque en correcta formación. Algunos curiosos escalonados al pie del monumento á Prim, saludaron á Guipúzcoa con entusiastas vivas. Al pasar frente á la Bolsa produjose una ovación calurosísima, olvidando por un momento los hombres de negocios su habitual frialdad para rendirse al hermoso sentimiento que á todos dominaba.

Frente á la Capitanía general la ovación se reprodujo, saludando el público á la familia del general Martínez Campos, que se hallaba en el mirador.

Lo difícil fué para los bravos gastadores abrirse paso entre la multitud, llegando á verse aislados de la banda de cornetas.

Casi al mismo tiempo que el regimiento, llegó al muelle

el Capitán general, siendo recibido por los generales duque de Ahumada, Azañón, Fontseré, Soler y Maquena, Fuentes, Illas y Payneta, por el Gobernador civil y secretario del Gobierno señor Azpiazu, por el general de Marina, el coronel de Estado Mayor, señor Mazarredo, el de San Quintín, señor Sanz, el de Borbón, señor López Días, el vicario general castrense, señor Figueroa, el comandante de Estado Mayor, señor Sierra, y otros muchos jefes y oficiales.

Mientras iba embarcando la tropa, alguien observó al general Martínez Campos que era el santo del coronel de Guipúzcoa.

—Pues doble enhorabuena, dijo el general estrechando la mano del coronel.

—Realmente, mi general, no puedo celebrar mis días de mejor manera,—respondió el señor Manso,—que marchando á combatir por la patria.

Subió al *Bellver* el general Martínez Campos con las demás autoridades y una comisión del Ayuntamiento presidida por el señor Schwartz, produciéndose entonces un cuadro conmovedor.

El teniente alcalde señor Schwartz hizo entrega al señor Manso, en nombre de Barcelona, de algunas cajas de habanos para los oficiales. Ya en el cuartel habían sido repartidos á los soldados por cuenta del Ayuntamiento 4.000 cigarrillos. Los redactores de *La Publicidad* distribuyeron también buena cantidad de tabaco y era de ver como desde los muelles arrojaban á los soldados cajetillas y puros.

Una vez instalado el regimiento, el general Martínez Campos reunió á los jefes y oficiales de Guipúzcoa y les dirigió la palabra en los términos siguientes:

—Señores oficiales: Al destinar un batallón para completar la primera brigada que de este ejército marcha á pelear por la honra de España ultrajada por las kábilas del Riff, he elegido al regimiento de Guipúzcoa, no por ser de los más antiguos, dado lo reciente de su creación, sino por su historia de subordinación y disciplina. Yo sé que este batallón dejará en los campos de batalla bien puesto su nombre y bien alto el honor de su bandera; y sé que volverá con una página de gloria más en su brillante historia. Van Vds. á las órdenes de un jefe de quien, por haberle tenido á mis órdenes y haberle visto en los campos de batalla, sólo puedo hacer elogios, con la certeza de que llegará donde llegue cualquier otro.

Diré á Vds. pocas palabras. Procuren en todos los momentos conservar la disciplina y la unión en los fuegos, y por muy bravos, por muy numerosos que sean los enemigos, la victoria será nuestra. No encargo á ustedes sino que procuren advertir siempre á los soldados á que distancia deben disparar, pues no se debe tirar mucho, sino tirar bien y con provecho.

Veo á Vds. partir con mucha pena, pues mi aspiración mejor, mi mayor deseo, sería tomar parte en una guerra contra los enemigos de España, ya que la suerte sólo me ha dejado intervenir en las guerras sostenidas por hermanos contra hermanos.

He de quedarme aquí mientras vosotros vais al puesto de honor y de peligro, pero mi pensamiento está con vosotros. Señores oficiales: ¡Viva la Reina! ¡Viva España! ¡Viva el batallón de Guipúzcoa!

Estos vivas fueron unánimemente contestados.

El coronel, señor Manso, agradeció las palabras del general, prometiendo que Guipúzcoa cumplirá como bueno, respondiendo en campaña á los antecedentes suyos en la vida de guarnición.

El teniente de alcalde, señor Schwartz, pronunció algunas frases, que fueron acogidas con un ¡viva á Barcelona! Se despidieron las autoridades de los expedicionarios abrazando el general Martínez Campos, al coronel Manso, y el *Bellver* quedo listo para zarpar.

***

Al desatracar el vapor *Bellver* se produjo una indescriptible explosión de entusiasmo, resonando nutridos aplausos y vivas por parte de la inmensa multitud que había presenciado el embarque, contestando los soldados con grandes demostraciones de entusiasmo y agitando los pañuelos.

Libre de las amarras el *Bellver*, que se hallaba empavesado, dirigióse con marcha lenta al antepuerto, escoltado por tres vapores golondrinas é infinidad de lanchas llenas por completo de gente, ansiosa de despedirse de las tropas hasta el último momento.

Al pasar el buque por frente la primera andana, todos los vapores anclados en ella, los remolcadores y los vaporcitos-golondrinas hicieron sonar sus silbatos y sirenas.

A las tres y media, el *Bellver* cruzaba por entre las torres de las escolleras, en las cuales, así como en la terraza de la Capitanía del puerto y en el muelle de Barcelona, se hallaba apostada inmensa muchedumbre ávida de presenciar la salida del vapor.

* * *

A pesar de todo este entusiasmo, á pesar de todos aquellos buenos deseos expresados tan gráficamente por el ilustre general Martínez Campos, Guipúzcoa, lo mismo que las demás tropas que habían llegado á Melilla, había de permanecer en una dolorosa inacción.

Y sin embargo, las noticias que se recibían de Melilla no tenían nada de satisfactorio ni que justificasen aquel quietismo.

El día 19 una compañía de ingenieros empezó las obras de emplazamiento de una batería para cuatro piezas avanzadas hacia Camellos.

Durante los trabajos llegaron unos 40 moros que, parapetados en el barranco de Guariach, hicieron fuego, obligando á los ingenieros á dejar los trabajos y contestar á los disparos desde el reducto.

El fuerte de Camellos hizo muchos disparos de cañón. Alarmados en la plaza al oir tanto fuego, dióse orden de

que estuviese preparado el regimiento de Pavía, saliendo al campo los coroneles de estado mayor é ingenieros. Poco antes de llegar al fuerte cayeron algunas balas á los pies de los caballos.

Dichos jefes dieron la orden de que sólo se hiciese fuego cuando se descubrieran los moros, con objeto de economizar municiones.

De regreso el jefe de estado mayor, cesó la alarma en la plaza. Todos creyeron que ocurría algo grave á juzgar por el vivo tiroteo que se oía.

Se dió orden de no salir al regimiento de Pavía.

Caserta hizo muy buenos disparos con los cañones de á ocho que había en el fuerte.

El capitán Ariza con los presos salió muy temprano, registrando parte del llano delante de Camellos. Cuando se aproximaba al barranco de Guariach hiciéronle los moros mucho fuego, retirándose al reducto con los ingenieros y fogueando desde allí al enemigo.

Una bala rozó la barba al valeroso capitán conociéndose el surco que hizo.

Cuando los ingenieros llegaron á las obras del cerro de Santiago, recibiéronles los moros con descargas cerradas.

Del batallón cazadores de Cataluña que iba allí á trabajar, fueron heridos el corneta Antonio Fernández, en la pierna, y el soldado Manuel Vaca, contuso en un pie.

Los Maüsser, que se desplegaron, y la cuarta batería de montaña, mandada por el capitán Cervelló, hicieron fuego. La batería agotó las segundas cajas de municiones.

Dos compañías de Segorbe, que protegían los trabajos, entraron también en fuego.

La sección de caballería estaba en el llano, detrás del cerro de Santiago.

Los moros, que no pasarían de cien, hacían fuego desde las chumberas, cerros de Cabrerizas y Mari-Guari.

Toda la mañana siguió el tiroteo suelto, en las inmediaciones del cerro de Santiago.

El cabo de artillería de montaña llamado Larra, recibió una contusión de bala en un pie.

Otro soldado, Miguel Comas, que estaba en Camellos llevando sacos de tierra á la explanada que hay detrás del fuerte, recibió un balazo en una mano, que le produjo dos heridas.

En Horcas Coloradas se pasó la noche con tranquilidad.

Los señores Fontanar y Ortiz de Zárate estuvieron, con su compañía, de escuchas más allá de las trincheras.

El regimiento de Saboya fué relevado de servicio por el de San Fernando.

A las ocho ó las nueve de la mañana del día 19 los moros hicieron varias descargas desde el barranco de La Calera y los cerros de Mari-Guari.

Dos compañías de San Fernando, tiradores Maüsser y una sección de artillería de montaña, hicieron fuego en el acto.

Una bala cayó en una tienda, al lado de un oficial que estaba durmiendo. Otras dos balas fueron á dar en la pared del cementerio.

Parece imposible que las balas enemigas llegaran con bastante fuerza para incrustarse en las tapias del cementerio, situado en el fondo de la cañada, á unos 2.000 metros del sitio donde disparan.

***

Refiriéndose á estos mismos días, dice un corresponsal:

«Los presidiarios llevaron anoche la correspondencia á los fuertes, pues la fuerza que los guarnece se veía privada de noticias de sus familias.

»El servicio se realizó sin ningún contratiempo.

»Hace un viento furioso, verdaderamente huracanado, que imposibilita estar en el campo.

»El viento aumentó considerablemente ayer en las últimas horas de la tarde.

»El vapor *África* salió con rumbo á Málaga, y por él envío estos telegramas.

»Ahora me entero que el barco ha vuelto á las doce de la noche de arribada forzosa.

»Toda la noche el temporal ha sido imponente.

»Se temía que volara el campamento.

»El reflector estuvo una hora encendido registrando el campo.

»Esta mañana salieron los ingenieros para reanudar los trabajos.

»Tuvieron que volverse al poco rato por ser imposible estar en aquellas alturas.

»El movimiento del puerto está paralizado por completo.

»Los buques no pueden descargar.

»El *Sevilla* volvió, sin poder entrar, en el Peñón.

»Apenas amaneció fuí al campamento. Allí han pasado una noche malísima.

»Nadie pudo descansar.

»El regimiento de San Fernando estuvo de servicio en las trincheras.

»Siete tiendas de la parte alta de las Horcas fueron arrancadas por el aire.

»Los moros no hostilizaron. El fuerte de Cabrerizas hizo algunos disparos.

»A las diez de la mañana vuelve el capitán Ariza con sus guerrilleros.

»He podido verle y me ha comunicado el resultado de sus operaciones.

»Me dijo que anoche tenía dividida sus fuerzas en cuatro partidas emboscadas en distintos sitios.

»Una tenía la misión de apostarse en el barranco que hay entre Cabrerizas Altas y Rostrogordo.

»Antes de llegar á este punto fueron á recoger la correspondencia de este último fuerte.

»Cuando se acercaban, el reflector eléctrico, en una de sus evoluciones, los alumbró un momento.

»Poco después, cuando iban á ocupar sus posiciones, los moros, que los habían visto, les atacaron.

»Los penados se defendieron heroicamente.

»De la refriega resultó un preso muerto; Rafael Méndez Ruano.

»Los ocho restantes, que componían la guerrilla, se retiraron, con un herido que se llama Alejandro Miguelanes.

»Las tres partidas restantes estaban anoche emboscadas en la boca del río, en las piteras y el tejar de Ingenieros.

»A las seis de la mañana han vuelto para recoger el presidiario muerto anoche.

»Encontraron en el sitio señales de lucha, la cual debió sostener antes de morir.

»Se veían rastros de sangre hacia el campo moro, así como materia encefálica.

»El cadáver del penado no estaba mutilado, encontrándosele una cápsula en la mano, dinero en el bolsillo y una carta con la siguiente dirección:

«Provincia de Cádiz, calle de la Alameda: para Francisco Vargas Martínez, en Alcalá del Valle, soldado en campaña.»

»El finado tenía veinticuatro años de edad, natural de la provincia de Albacete, y estaba condenado á cadena perpetua. Llevaba en el presidio cinco años.

»También fué herido anoche Carlos Fiallo, cubano, y el cual hace que está en el penal, veinte años.

CAPÍTULO XCIII

**El hermano del sultán.—
Las fuerzas que le acompañan.—Agonía horrible.—
Romería.—Diversiones en el campo moro**



CONTECIMIENTOS como los referidos en el capítulo anterior, eran, por decirlo así, el pan nuestro de cada día en el campo de Melilla, habiendo allí sobre 16.000 hombres con un material completo de guerra y con los elementos necesarios para emprender una acción decisiva.

Y para darle tintes más vigorosos al cuadro, en el campo moro un hermano del sultán, llegado exclusivamente para poner término á semejante estado de cosas.

Todos los comentarios que sobre esto pudiéramos hacer, parécenos que huelgan.

El día 20 acompañó al capitán Ariza, el teniente de la

reserva D. Francisco Calatrava, quien tiene solicitado formar parte de la guerrilla.

Tomaron el barranco de Calera sin que fueran hostilizados por los moros. Allí dejaron algunos penados.

Al volver Ariza y los presidiarios con el cadáver de su compañero, según manifestamos en el capítulo anterior, díjoles aquél:

«Vuestro infeliz compañero ha cumplido como valiente. Así los quiero yo, estando dispuesto á perder mi vida por conseguir el indulto de todos, á fuerza de prestar servicios al ejército.

»Al que no cumpla con su deber, sólo le impondré un castigo: enviarlo nuevamente al penal.»

Los penados adoran á su capitán.

Gracias á Ariza, pueden enviar y recibir los fuertes directamente el correo.

El teniente Soler sigue mejorando.

Suspendidos los trabajos de fortificación, dos compañías de cazadores de Cuba guarnecen las trincheras del cerro de Santiago.

Hoy al mediodía, desde la torre de Camellos se hicieron tres disparos de cañón.

Ni en los demás fuertes, ni en las baterías de la plaza, se ha disparado un solo tiro.

A las dos de la tarde se presentó en las avanzadas un moro de rey con bandera blanca.

Acompañado de una escolta, llegó á la plaza, atropellándose la gente para verlo.

Entró en el Gobierno militar, é introducido en el despacho del general, ha permanecido una hora conferenciando con Macías.

Éste ordenó que para cuando saliera el moro quedase la plaza despejada de curiosos.

Con las mismas precauciones que vino, regresó el askari al campo riffeño.

Reina un furioso vendabal, que no permite aproximarse á las embarcaciones ningún bote.

Por la misma causa no saldrá hoy vapor correo para Málaga.

Anoche perdió el *Isla de Luzón* una de sus lanchas de vapor.

Apenas salió el moro de rey del gobierno militar, empieza á correr la noticia de que el emisario traía al general una carta del bajá del campo, anunciando que Muley Araaf, el hermano del sultán, se encontraba en la Alcazaba de la fortaleza, á cuatro leguas de Melilla, detrás del Atalayón.

El bajá en su misiva pedía la suspensión de las hostilidades.

El general Macías le contestó que no podía suspenderlas sin orden expresa de su Gobierno; pero que tanto el príncipe Araaf como el bajá podían venir á la plaza sin temor de ser hostilizados.

Con tal objeto se han reforzado las guardias del Mantelete, dándose orden de que no disparen si ven acercarse moros á caballo.

Dicen que es probable que esta noche se celebre la conferencia en el Mantelete.

No puedo afirmar la certeza de estas noticias, pero provienen de personas allegadas al gobernador.

Hasta ahora el general no sabe oficialmente la llegada de Muley Araaf, más que por la carta del bajá, y en vista de ella cree que vendrá á la plaza hoy ó mañana.

* * *

Sobre esta misma conferencia, decía también el señor Morote en una de sus cartas-telegramas:

«El fuerte de Cabrerizas Altas tenía orden desde ayer de no hacer fuego. Hoy no se ha disparado un tiro.

»Desde por la mañana, muy temprano, se han visto unos dos mil moros que se reunían en el valle de Benisikar, primero, y después en Sidy-Guariach, que era hoy su punto de cita.

»Iban unos con bandera blanca; los otros con bandera roja. Aquéllos como amigos de la paz; éstos como partidarios de la guerra.

»Desde la plaza, desde el fuerte de Camellos, desde el *Venadito*, veíanse perfectamente á los moros en reunión.

»Allí gesticulaban, se movían, cambiaban impresiones. Pero los nuestros no fueron molestados y el convoy á Cabrerizas Bajas pudo ser llevado con absoluta tranquilidad.

»Mañana le toca á Cabrerizas Altas. Mañana veremos qué da el día, si paz y calma ó si jaleo y disparos.

»De todo lo ocurrido no queda hoy más que, allá en las alturas de nuestro fuerte por construir, las banderas blancas y rojas que se agitan y contienden. Aquí, en nuestro campo, en la cañada cerca de Cabrerizas Altas, también hallamos hoy, como presente de esas mismas luchas, una mano española crispada aún y aún amenazante, en actitud como de disparar y un antebrazo que pertenece á un moro, pareciendo por su traza que se defiende todavía.

***

»En compañía de Ariza y de algunos penados; el marqués de San Rafael; Arpa, del *Blanco y Negro*; Muñiz, de *La Unión Militar;* Company y yo, fuímos esta mañana á ver el sitio donde mataron al penado Rafael Méndez. Fué en el barranco de La Calera de Rostrogordo. En el mismo punto en que se desciende hasta un vallecito, hállase un rastro de sangre y piedras y malezas también ensangrentadas. Un poco más allá vióse un pañuelo que quedó en el suelo y que atestigua la lucha. Hacia arriba las huellas de unos pies. Más abajo, señales de una cabeza. Se avanza un poco y hay más sangre ennegrecida y coagulada. Ésta debe ser de los moros. Parece asegurarlo un cartucho riffeño, sin carga y hecho añicos. El terreno se encuentra removido; en partes de él hay varias excavaciones de cuatro ó cinco hoyuelos unidos, que delatan una mano desesperada y moribunda que se asió allí en los tormentos de la agonía. ¡Qué lucha debió ser!

»Debió hacerla más horrible aún aquella noche tormentosa de huracán que arrojaba las piedras á la cara, cegando á cuantos pisaron La Calera.

»Los penados que vienen con nosotros recuerdan esto con verdadero espanto. Gente curtida y sin escrúpulos, no pueden substraerse á la emoción, cuando nos dicen: «Aquí se nos echaron encima los cuatro ó cinco moros que combatieron con el muerto. Ahí, á muy pocos pasos, aparecieron centenares más. Ante el número y la imposibilidad de la lucha, por allá nos retiramos sin ver luces, ni ver fuerte, ni rastro de camino que nos llevara al campamento.»

»Verdaderamente que en sitio como éste y en noche como aquélla, sólo llegan hasta aquí los locos ó el capitán Ariza y los penados.»

* * *

Terrible es la impresión que produce en el ánimo el anterior relato, con mayor motivo pudiéndose haber evitado todo esto con un fuerte movimiento de avance en tiempo y ocasión oportunas.

«Hoy, Cabrerizas Altas,—prosigue el señor Morote,—parece una ermita milagrosa, y la gente de la plaza un pueblo en romería.

»Todo el mundo se viene á visitar á Cabrerizas. Por el camino hemos encontrado á muchos oficiales de marina de los buques fondeados; oficiales de todas las armas; particulares de Melila: todo el mundo.

»Hemos paseado por los cerros, hemos llegado hasta lo último de las trincheras, en coche ó á pie, pero de todos modos sin ningún peligro.

»En el campo moro también se nota un movimiento extraordinario. Por todas partes hay hogueras como llamándose para asamblea ó *Jonta*: No pierden tiempo los riffeños, y desde aquí los vemos trabajar en sus trincheras, siempre previniéndose, siempre preparándose para la guerra.

»Por el lado de la mezquita, á unos centenares de metros de Sidy-Guariach, se ve una gran polvareda, que debe ser movida por la caballería del hermano del sultán. Pero, como son tantos, supónese que con ellos vayan gentes de la kábila de Beni-Sinassen y otras adictas al emperador, y amigas nuestras.

»Aprovechando la tranquilidad del día, el teniente Soler, ya en convalecencia, ha podido salir de Cabrerizas. He hablado con él, y me ha contado como fué su herida; una verdadera suerte para él, después de todo, porque fué milagro que la bala que le hirió no lo matara.

»Estaba el teniente en la aspillera observando el campo. La bala chocó en la piedra, á unos centímetros de su cabeza, y se rompió, entrando uno de los pedazos, el mayor, por la aspillera, resbalando por la cabeza del teniente produciéndole una herida de 15 centímetros, y yendo á incrustarse en la coronilla.

»Todo el mundo le creyó muerto. Afortunadamente, cuando se le lavó la cara, bañada en sangre, pudo apreciarse la importancia relativa de la lesión.

»Es posible que mañana al conducir el convoy de Cabrerizas Altas, se dé un avance hacia las trincheras que los moros tienen establecidas dentro de nuestro campo. Así lo hace creer la orden que tiene recibida Ariza de destruir las chumberas, aunque para ello necesite y tenga que pedir más fuerzas de las que dispone.

»Los penados están animadísimos y en disposición de ir hasta Frajana.

»Sigue en todo el campo la misma extraordinaria animación.

»La carretera, los fuertes, el Polígono, el campamento, son hoy un hormiguero humano.

»Entre las tropas acampadas, todas con sus trajes de mecánica, descuella el regimiento de Mallorca con sus capotes y mochilas.

»Hace un día magnífico. Hay un sol espléndido.

»Es probable que me quede en Cabrerizas Altas ó en los tejares con Ariza, para salir de madrugada y ver qué ocurre.»

* * *

El día 21 lleváronse á Cabrerizas Bajas 61 cajas de granadas y 24 de pólvora. Desde el fuerte de Camellos, veíase á las tres de la tarde una gran formación de moros. Alineados perfectamente en una pequeña elevación de Mazuza, veíanse centenares de ellos á pie y á caballo con banderas rojas y blancas. Pasada media hora empezaron á desfilar en todas direcciones corriendo la pólvora.

Al poco rato sonaron nuevas descargas en las alturas de Mazuza, y continuando los disparos fueron corriéndose los moros hasta la espalda del fuerte de Camellos é inmediaciones de Sidy-Guariach.

La plaza alarmóse algo; pero esta alarma cesó pronto al saberse que los riffeños corrían la pólvora.

Varios oficiales de artillería llegaron hasta la mezquita de Sidy-Guariach. Los moros les gritaban llamándoles perros cristianos y amenazándoles si no se iban.

Macías mandó á un oficial de Estado Mayor, ordenando á los artilleros que regresaran á nuestros fuertes.

No era posible aún juzgar de la actitud de los moros. Después de la conferencia celebrada por los cabos de las kábilas con el hermano del sultán, los moros, que corren la pólvora por cualquier motivo, lo mismo han podido hacerlo porque hayan acordado pedir la paz, que porque persistan en la guerra.

El día 21 se dotó de fusiles Maüsser al regimiento de San Fernando y el día anterior se les dieron al Disciplinario y á una compañía de África.

* * *

Natural era que al tenerse noticia en Madrid de la llegada del hermano del sultán hubiese gran impaciencia por conocer todo lo que resultaría, así de su permanencia en la plaza, cuanto de la conferencia que debía celebrar con el general Macías.

Esta impaciencia está magistralmente descrita en las siguientes frases de un artículo publicado por uno de los periódicos de más circulación de España al cual hemos seguido con marcada predilección en cuanto se refiere al conflicto Riffeño:

«La presencia en Melilla del hermano del sultán,—decía,—viene á dar un carácter verdaderamente excepcional al conflicto con los riffeños.

»Ahora más que nunca son críticos los momentos y delicadas las circunstancias, en cuanto afecta al honor de España.

»Haber pasado cincuenta y ocho días sufriendo brutales agresiones de las kábilas; haber reunido allí un ejército de 16.000 hombres, una escuadra de cinco grandes buques y considerable cantidad de material de guerra; haber tenido al país en intranquilidad constante, en perpetua excitación por la parsimonia con que se hacían los preparativos de campaña, para que la jornada termine regresando nuestras tropas sin castigar á los riffeños, es harto grave, es sobradamente expuesto, para que no haya sido todo ello motivo de hondísima preocupación.

»En todos los Círculos se buscaban anoche con verdadera ansiedad noticias que aclararan cuál ha de ser el desenlace de la cuestión de honra nacional, que tenemos empeñada en Melilla.

»Se buscaba, sobre todo, confirmación al rumor que había circulado de que el telegrama del general Macías tenía una segunda parte reservada por el ministro de la Guerra,

reserva que ocultaba una autorización concedida por el general López Domínguez al comandante general de la plaza, para que proceda como el prestigio y la honra de España demandan.

»Según ese rumor, hoy se podrán recibir en Madrid noticias de una victoria decisiva de nuestras armas.

»Díjose también que para proseguir la campaña pedía víveres el general Macías, y esto es lo único que anoche pudo confirmarse.

»El comandante general de Melilla pidió ayer tarde al ministro de la Guerra 40.000 raciones de galletas y otras tantas de chorizos, y el general López Domínguez dispuso que se le enviasen inmediatamente.

»Pero de lo principal, de autorizar desde luego una batalla, nada se dijo en los centros oficiales.

»El ministro de la Guerra estuvo más reservado que nunca.

»Algo se supo, sin embargo.

»Se supo que el general López Domínguez había contestado al comandante general de la plaza, á su telegrama de la mañana, que con y sin la presencia del hermano del sultán, prosiguiera los preparativos de campaña y cumpliera en todo con las instrucciones que le tenía dadas, mientras hubiera un solo riffeño á la vista de nuestro campo.

»Había otra impresión para juzgar de lo que pudiera acontecer en Melilla.

»El ministro de la Guerra, en las primeras horas de la

noche, no sabía nada de la pretendida entrevista del bajá del campo con el general Macías.

»Supo únicamente, á las seis de la tarde, una noticia que le comunicó por teléfono su compañero el ministro de Marina.

»Según esa noticia del comandante de la escuadra, el hermano del sultán se hallaba en las inmediaciones de la plaza.

»Había pedido una conferencia con el general Macías y la suspensión de hostilidades.

»Se le había concedido lo primero y negádosele lo segundo.

»El ministro de la Guerra, diciendo que era una contrariedad grande para lo que á España importa, la llegada á Melilla del enviado del sultán, mostrábase completamente contrario á toda prórroga ó suspensión de hostilidades.

»Pero ya de una manera oficiosa no pudo saberse más.

»A las diez se recibieron anoche en el ministerio de Marina varios telegramas de Melilla.

»A las doce y media una pareja de caballería salió del ministerio de la Guerra llevando un pliego al domicilio particular del general López Domínguez.

»¿Cuáles eran las últimas noticias de Melilla?

»Esto es lo difícil de concretar, dada la reserva guardada en uno y otro centro.

»Pero sospechamos que, por lo menos, los telegramas recibidos en Marina eran de grandísimo interés.

»Es de presumir que en ellos se hablara de la larga

entrevista del general Macías con el bajá del campo, quien, al darle cuenta de la llegada del hermano del sultán, y exponerle la pretensión que tiene de visitarlo hoy, formulara al mismo tiempo otras pretensiones totalmente inadmisibles para los españoles.

»Y si es así, presumimos que el general Macías, al rechazar esas pretensiones que ofenden al decoro patrio, aplazaría también su entrevista con Muley Araaf hasta recibir instrucciones de nuestro Gobierno, instrucciones que pensamos habrá de darle hoy el señor López Domínguez.

»¿Qué influencia ha ejercido en las kábilas la presencia del hermano del sultán?

»Este es otro punto importantísimo del problema africano.

»Muley Araaf parece que ha llegado á Melilla con escasísimas fuerzas.

»Quizás sólo por la representación que lleva haya logrado la sumisión de varias kábilas; pero otras, parece que después de la llegada del hermano del sultán, se mantienen tan guerreras como antes.

»Un rumor de esta madrugada aseguraba que durante todo el día de ayer habían estado haciendo fuego los riffeños contra nuestras tropas.

»Algunas balas habían llegado á sitios muy inmediatos á la plaza, y los fuertes habían tenido que cañonear.

»Esa es la actitud de los riffeños.

»¿Cómo responderemos á ella?

»Para juzgar de esto, parécenos importante el siguiente dato:

»Suspendida á las seis de la tarde la salida de un regimiento para Melilla, fué consultado el ministro de la Guerra, y por su orden, el regimiento salió para la plaza africana dos horas después.

»Y para que la opinión juzgue de los riesgos que pueden correrse, está el telegrama que se ha recibido de Tánger, en otro lugar.

»Según ese telegrama, el sultán nos pide que se desista, por ahora, de la construcción del fuerte de Sidy-Guariach y que tengamos *paciencia*.

»¿Qué piensa el Gobierno?

»¡Ojalá que cumpla con su deber!»

CAPÍTULO XCIV

El cuerpo de Ingenieros en Melilla.—Desde el campo de operaciones



o se crea por lo que vamos á decir que pretendemos escatimar glorias á los diversos batallones que tan heroicamente se han portado en las operaciones llevadas á cabo en Melilla; dignos son todos de loa, así por su bravura ante el enemigo como en los demás trabajos que lleva consigo la campaña.

Elogios muy merecidos y muy justos merece el batallón Disciplinario, cuyos individuos, particular y colectivamente, tratan de lavar las manchas que en momentos de obcecación pudieron haber arrojado sobre sí.

Todos han merecido bien de la patria, porque todos son españoles y ya es tradicional en nuestro país el valor y el sufrimiento.

Pero esto no quita para que comprendamos que el cuerpo de Ingenieros ha trabajado en Melilla, tanto en el gabinete como en el campo, ora con el pico y la azada, ora con el fusil, de un modo especial que le honra en grado extraordinario, y que nos llena de orgullo con su comportamiento.

El ilustrado corresponsal de *El Liberal*, decía en una de sus cartas, aquilatando los servicios llevados á cabo por el cuerpo de ingenieros:

«Se le debe de justicia. Nadie con tanta disciplina, con tanto orden, entró en el fuerte de Cabrerizas Altas en la mañana del día 28, cuando el fuerte era un baluarte temible para todos y más temible para las tropas conductoras, para las que llevaban el convoy, para las que no podían ni debían desplegarse en guerrillas. Y, sin embargo, se desplegaron y se batieron admirablemente.

»En aquella desbandada, en aquel peligro de la entrada en el fuerte, todo el mundo penetraba como podía, sin guardar los rangos, sin observar los preceptos de la milicia. Picándoles la retaguardia los moros, como se la picaban, no era cosa de detenerse á formar.

»Y no obstante, el batallón de ingenieros entró en el fuerte de Cabrerizas á cuatro en fondo, cual si fuera á una gran parada. Nadie volvió la cabeza, nadie se salió de las filas al oír silbar las balas. Se había dado la orden y la orden se cumplía. Soldados del deber, conocían el peligro, pero lo arrostraban con serenidad, con la tranquilidad estoica del que mira las balas como bolas de la lotería á las que preside el azar.

»El cuerpo de ingenieros trabaja siempre. Desde el día 2, desde que construía la caseta de Sidy-Guariach en presencia del enemigo, dejando el pico para empuñar el fusil, no ha cesado un momento en sus rudas y heroicas faenas. Hay que hacer trincheras, pues allá van los ingenieros. Hay que construir barracones para la tropa y para los caballos, pues á los ingenieros se les llama y se les emplea. Hay que emplazar campamentos, pues á los ingenieros les toca emplazarlos corriendo la exposición y los peligros que lleva tal empeño. Hay que establecer una batería, pues á los ingenieros se les encarga de establecerla, por ser los únicos conocedores del terreno. El mismo día 28, al marcharse el batallón del fuerte de Cabrerizas Altas, quedó por allí desperdigada una compañía y sus servicios fueron muy útiles, porque hicieron fuego desde las aspilleras, porque ayudaron en todas las guardias á los regimientos de Extremadura y de Borbón, porque sin ellos no se hubiera podido cavar el foso, y por consiguiente, no se hubiera podido enterrar á los muertos.

»Del peligro que corrieron el día 2 de octubre, testifica la herida del teniente D. Adolfo García Peré, uno de los más simpáticos é inteligentes oficiales de guarnición en Melilla. Del peligro que corrieron testifica, entre otros heridos, el teniente D. Ramón Serrano Navarro, herido el día 28, en el fuerte de Cabrerizas Altas, antes de entrar en él.

»A sus jefes, el coronel D. Pedro Martínez, el teniente coronel D. César Sáez, los comandantes Souza, Vives,

Carramiñana, Cuadra y Cervera, se les ve en todo instante trabajar, y trabajar en el campo y en el bufete, en ese doble trabajo, que requiere aptitudes tan diversas y á veces tan contradictorias como son la meditación y el arrojo.

»Pero, ¡qué más! Los ingenieros, después del trabajo diario de trincheras, convoyes y baterías, todavía tuvieron que acudir con todas sus energías á dominar un fuego, que de haberse propagado, acaso hubiese dado buena cuenta de la plaza, con la cantidad de materia inflamable y explosiva en ella contenida. Y en ese incendio, hace días relatado á lectores de *El Liberal*, fué herido el teniente D. Senén Maldonado, que entró en la casa incendiada con evidente peligro de su vida. Allí los pobres soldados recibían una lluvia de agua y de fuego, se asfixiaban... Era el descanso que la suerte les deparaba después de luchar sin tregua con los moros.»

***

Dada la índole del enemigo á quien se debía combatir, éste, sin prejuzgar nada absolutamente, sin comprender que lo mismo el cuerpo de ingenieros que todos los demás no son más que factores arrojados por el Gobierno en el campo de batalla para ayudar y facilitar las operaciones que entran en el plan general previamente formado, los moros les tenían extraordinaria ojeriza.

Pero como los riffeños no pueden apreciar esto, como que sólo ven los trabajos que ejecutan, les aborrecen y les

hacen objeto predilecto de sus iras, lo mismo que á los soldados del Disciplinario.

«Los moros saben bien y aprecian la importancia del cuerpo de ingenieros en una campaña de esta clase,—sigue diciendo el corresponsal.—Y como lo saben, atribuyen toda la culpa de la construcción del fuerte de Sidy-Guariach á los ingenieros. Como para los moros no hay autoridad superior, y viven en anarquía y atienden á sus iniciativas individuales, se les antoja, que el hecho de hacer ó no hacer un fuerte es capricho de los ingenieros, que son éstos los que han tenido interés en remover un asunto muerto, y que obra suya es haber llamado la atención de nuevo sobre el punto álgido del pleito entre el Riff y España.

»Por eso dicen los moros hablando del señor Maldonado, que «él tener la culpa de todo», que «geniero chiquito tener cabeza dura como pedra».

»Los primeros sacrificados por los moros, si los cogieran, serían los ingenieros. Dicen que sin ellos no habría fuertes, ni peligro para sus mezquitas, ni amenaza de defensa contra sus trincheras, ni planos de sus terrenos, ni acaso límites.

»El primer brindis de Sidi-Guariach será para la patria, para el ejército glorioso. Si allí se pueden congregar los nuestros al abrigo de las balas del Riff, será porque los ingenieros nos han hecho una casa. Ellos llevan el primer signo de civilización, el muro y el techo, que habrá de hacerse á costa de la sangre de sus soldados...»

Bajo este punto de vista, tan perfectamente descrito por el señor Morote, los ingenieros son y serán siempre dignos de loa, sin que nadie pretenda rebajar en los más mínimo la gloria alcanzada, no sólo en el conflicto de que nos ocupamos, sino en campañas y hechos de guerra anteriores.

***

Mas á pesar de los trabajos verificados por el cuerpo de ingenieros, que parecía el preliminar de grandes movimientos, éstos no se verificaban en el suelo africano.

«Los que estamos en Melilla,—decía el señor Ortiz de Pinedo,—tenemos la ineludible obligación de decir la verdad, y la verdad es que *todavía no han comenzado las operaciones*.

»Si exceptuamos los sucesos del 2, 27 y 28 de octubre, aquí no ha ocurrido ni ocurre nada que valga la pena de consignarse á título de victoria, ni siquiera de combate serio.

»No quiere esto decir que se permanece en la inacción; se despliega, por el contrario, bastante actividad en preparativos; lo que no hemos tenido todavía ocasión de presenciar, son las acciones empeñadas de que se habla á diario en la Península. Salvo los combates de los días indicados, y las escaramuzas de muy escasa importancia que precisa sostener para aprovisionar los fuertes, el tiroteo que se sostiene á ratos y no todos los días, sólo sirve para que se

comenten sus contadas peripecias durante unos instantes en el Círculo Militar.

»Lo que se comenta también y á veces con acritud, es el empeño de inventar victorias unas veces, y desastres en otras ocasiones, que se ha apoderado de la gente impresiobie, que ve las cosas desde lejos. Se teme, y lo teme en primer término el elemento militar, que tales invenciones contribuyan á desvirtuar y á quitar importancia á hechos que la tendrán seguramente en lo sucesivo.

»Es decir, que existe un desequilibrio evidente entre lo que ahí se dice ó se supone y lo que aquí sucede. Viendo las cosas desde cerca, se comprende que cuantas precauciones se tomen parezcan pocas, porque no se sabe ni aproximadamente las fuerzas de que disponen los riffeños. Es posible que éstas sean mucho menores de lo que se supone; mas no siendo fácil averiguarlo, vale más prepararse bien y marchar sobre seguro. Lo que hace falta es avanzar en buenas condiciones, para que no nos veamos en el caso de tener que retrocer. Nuestra primera victoria consistirá, por consiguiente, en conservar el terreno que pisemos cuando hayamos avanzado. ¿Podremos conservarlo? Este es el problema.

»Yo creo que sí.

»Lo más sensible, entre tanto, es que uno ó dos centenares de moros nos estén molestando á diario, y nos tengan poco menos que en jaque. Detrás de las chumberas, arrastrándose por el suelo, desde las cañadas ó guarecidos detrás de un trozo de pared de algún horno derruido, el

moro hace fuego á mansalva, sin presentar blanco y sin que se le vea, caza á todo el que se encuentra al alcance de su fusil. Por otra parte, no hay posibilidad material de apreciar los destrozos ni el daño que les produce nuestra artillería. Se puede ver, por ejemplo, que el cañón á derruído la mezquita de Frajana; pero no cabe formar idea, ni aproximadamente exacta, de las bajas que nuestros cañones les han debido causar.

»No cabe suponer tampoco que permanezcan al alcance de la artillería de nuestros fuertes y de la del *Venadito*, teniendo la retirada libre, y sabiendo, como saben ya por experiencia, que nuestros cañones no permanecen mudos. Sobre grupos de 10 ó de 15 hombres, que están ocultos en un barranco, la artillería puede poco, porque empieza por no poder divisarlos. Así es que cabe temer, por lo que al número de bajas se refiere, que estamos gastando mucha pólvora en salvas. Esto no obstante, para el efecto moral el cañoneo es conveniente, primero, porque les da idea de los elementos de que disponemos, y esto les infundirá respeto, y en segundo lugar, porque los mantenemos á distancia. No evitamos que cincuenta hombres se aproximen al campamento de Horcas Coloradas ó á alguno de nuestros fuertes, pero les impedimos venir en grandes masas. Desde luego, en Frajana ya no han podido celebrar las últimas ferias, y es probable que no vuelvan á celebrar ninguna más.

***

Parece inconcebible que después de todo lo que había pasado y estaba pasando, todavía se alentaran esperanzas de que podían realizarse empresas de verdadero empeño.

Y era porque el afán dominaba á todos los que seguían con impacientes miradas lo que estaba sucediendo en Melilla.

La propia ilusión, el mismo anhelo que en todos los corazones existía de que se hiciera algo para lavar la mancha inferida, obligaba á esperar que el movimiento definitivo se realizara.

Empero, la reflexión estaba diciendo, por otra parte, que no se daría un paso más.

Lo que antes no se había hecho, no se realizaría en lo sucesivo.

La presencia del príncipe Muley Araaf, debía constituir el término de la guerra.

CAPÍTULO XCV

Preparativos de entrevista.—Los corresponsales

DESDE el momento en que se supo en el campamento la llegada al territorio riffeño del hermano del sultán, la impaciencia era grande, así por ver de cerca á ese príncipe de la sangre real scheriffiana, cuanto para poder apreciar las ventajas que íbamos á reportar de su llegada.

Aplazada por el cansancio la natural entrevista que debió tener con el general Macías, llegó el momento en que ésta debía tener lugar el día 23 de noviembre.

El señor Martos de la Fuente, dice á este particular, lo que sigue refiriéndose al día 22:

«Apenas tocan diana nos levantamos, esperando las emociones de la llegada del hermano del sultán. Nada

menos que un descendiente directo de Mahoma, del profeta, que supo hacer de una porción de pueblos nómadas, sin gobierno, sin casi religión, con sólo una idea imperfestísima de algo superior, concebida por la observación de la naturaleza, un pueblo fuerte que amenaza con su expansión dominar á Europa, soñando con un paraíso que halaga sus sentidos; nada menos que este personaje vamos á tener por algún tiempo de huésped, va á sentarse al lado nuestro, hablar con nosotros, admitir nuestra hospitalidad aunque cuando salga tenga que tirar la ropa que ha tocado algo cristiano, y hacer abluciones y penitencias para contentar á su pariente el profeta de la profanación cometida.

»Los ingenieros colocan la tienda donde se ha de celebrar la conferencia, una preciosa tienda de oficiales generales, blanca con listas azules y de forma octogonal; las fuerzas de la plaza y campamentos reciben orden de estar preparadas para formar todas delante de la tienda, en el hermoso llano de instrucción; háblase de hacerle honores de infante de España y de una demostración de nuestras fuerzas, como el mejor argumento. Sólo esperamos el askari, que vendrá á pedir hora; aparece éste con el consabido pliego; aguardamos ansiosos su traducción, y cuando sale el general de la caseta de madera de los moros de la Aduana, oímos la orden de deshacer la tienda.

»¡Oh, desencanto de nuestras ilusiones! El moro de sangre real es tan moro como los demás. Dice en el pliego el bajá, por orden de su amo y señor, que está cansado del

viaje; que no puede venir hoy, sin decir cuándo lo hará, pero que siga la suspensión de hostilidades. Macías le contesta que nosotros no hemos solicitado esta conferencia; que seguiremos las operaciones; que sólo accedemos á hablarle por ser príncipe y representante de una potencia amiga.

»Pero creo, sin embargo, que sigue la tregua aun después de haber llevado el convoy á Cabrerizas Altas, que á la hora en que escribo (diez de la mañana) ya viene de vuelta. A pesar de la dignidad que demostramos, no haremos nada en unos días; pero no se figure el lector que estaremos parados por tan poca cosa, no, señor, por algo muy importante: porque el ministro de la Guerra, ocupado en discutir la cuestión de mando del ejército, no ha tenido tiempo para enviar 100 y tantos mulos para transporte y unos cuantos sacos de galleta, chorizos y pocos más víveres que son precisos para que se ponga en movimiento un ejército de 14.000 hombres, con raciones para dos días.

»¡Seguiremos mucho tiempo siendo juguetes de la burda diplomacia de los riffeños! Hace cuatro días pedía ocho de prórroga ó tregua el bajá del campo bajo pretexto de la llegada del hermano del sultán; se los negamos por tanto tiempo; pero ganaron algo, insisten diciendo: ya está ahí, mañana lo veréis, ha dormido en la fortaleza de la Alcazaba, detrás de ese monte cónico que llamáis Atalayón, y que os la oculta á la vista; los moros están amedrentados, muchos jefes han huido, no pueden resistir, ganan con

esto dos días; vimos llegar ayer efectivamente á Muley Araaf y creemos en la sinceridad musulmana, aguardaremos impacientes el momento de la conferencia, más que porque nos sea simpática la paz por mediación del sultán, por salir de dudas y saber de una vez que nos las tendremos que haber solos con ellos, y viene el pliego de esta mañana á producir el desencanto de nuestras esperanzas.

»Seguimos lo mismo, á merced siempre de la casualidad, sin saber lo que haremos mañana.

»¡Con cuanta alegría hubiera sido recibida esta mañana por el ejército la orden de avanzar, después de ver que nos chasqueaba el moro! El mismo general Macías revelaba en su acento lo que le contrariaba resultar burlado por esa diplomacia con la que transigimos por la debilidad. Si no tuviera sobre sí la inmensa responsabilidad de un fracaso, otra hubiera sido su contestación.

»Pero basta de consideraciones; llegan los vapores *África* y *Cámara* que nos traen recuerdos de España, de Málaga, que los despediría ayer con el entusiasmo inagotable de aquel pueblo, que se confundiría con los soldados de Toledo que conducen, que echaría á vuelo sus campanas, mientras sus hijos, agitando los pañuelos, daban desde los muelles el último adiós al soldado de la patria.

* * *

Amaneció el día 23, y todas las miradas se dirigían hacia el campo y todos los pensamientos estaban fijos en

aquella famosa entrevista, aplazada desde el día anterior.

«Después de un único día de buen tiempo,—decía el señor Martos de la Fuente,—en que, por la tregua con el enemigo, hemos podido disfrutar de las delicias de este campo, saliendo fuera de la plaza, ensanchando nuestros pulmones con el aire oxigenado que en suave brisa nos envía el Gurugú, empezó ayer tarde á apuntar el Levante, el viento temible, mucho más violento que todos, y con el cual los barcos no pueden ni pensar estar en esta bahía, que llega con sus encrespadas olas hasta mojar las altas murallas de Florentina Baja. La mañana amaneció lluviosa y huracanada.

»Cuando salí de la hospitalaria casa donde me dan habitación, la primera noticia que llega á mis oídos es el suceso del día, la llegada de un moro de rey anunciando que el poderoso, el magnánimo, el grande, el creyente, el santo Muley Araaf, descendiente directo del único profeta, vendría á las diez y media á hablar con Macías, general de la Taifa cristiana.

»Estas palabras, sólo con muchos más adjetivos antes, de Muley Araaf, es la fórmula que usan siempre; por esto, con razón me decía estos días un distinguido amigo mío, que si no fuera por las fórmulas de valor entendido y frases hechas que usan los intérpretes, cualquier documento moro daría lugar á un *casus belli*.»

Inútil es que tratemos de describir la animación que reinaría en el campo, desde el momento en que ya como cosa cierta se sabía que iba á llegar el príncipe.

Cada uno de los soldados se lo figuraba á su manera.

Lo que menos creían, era que pudiera ser un moro mejor ó peor vestido que los demás que habían visto hasta entonces.

Figurábanse que iban á ver algún detalle de aquella pompa y de aquella fastuosidad de que se habla tanto tratándose de los monarcas infieles, y su desencanto fué extraordinario al ver tan de cerca la realidad.

Muley Araaf llegó, seguido de reducido cortejo.

***

Muley Araaf, hermano del sultán de Marruecos, según costumbre, dedicó los diez minutos primeros á saludar al general, manifestar que su hermano el sultán, al propio tiempo amo y señor, lamentaba la divergencia ocurrida con las kábilas, reconocía que habían hecho mal en oponerse á la construcción de un fuerte, al que teníamos completo derecho, y que el sultán no podía autorizar esto, tratándose de una nación con la que tan cordiales relaciones había tenido siempre, y esperaba conservarlas.

Estas manifestaciones fueron contestadas con parecidas frases por el general, en cuanto á las intenciones de España con respecto á Muley Hassán, congratulándose de oír condenar la conducta bárbara de los riffeños.

Pero entramos en lo más importante de la conferencia, en la gestión que viene á hacer cerca de los riffeños, en la actitud de éstos. Aquí asegura de un modo terminante

que las kábilas no consentirán nunca que construyamos el fuerte de Sidy-Guariach, y que debemos aguardar á que su hermano, que está camino del Riff con su ejército, las someta por la fuerza, prorrogando la suspensión de hostilidades, en que pone delicado empeño.

El general Macías contesta á esta segunda parte de la conferencia, que á España le tiene sin cuidado la actitud de las kábilas, que hará ese fuerte y todos cuantos necesite, consintiendo ó no los moros, y que él, como general del ejército, no tiene más misión que hacer los fuertes sin perder un sólo día, no podiendo por tanto conceder la prórroga que pedía. Muley Araaf se retira poco después, diciendo que no podía responder de lo que hicieran las kábilas, é insistiendo en que siguiera la suspensión de hostilidades hasta que convenciera á los riffeños ó los castigara el sultán.

Hé aquí confirmado lo que decíamos en una carta anterior. Muley Araaf, el príncipe amigo, el poderoso, el grande, el magnánimo, el santo, nos ha salido tan moro como el bajá; el gobernadorcillo de una de las últimas kábilas de la última provincia del imperio.

Hé aquí confirmados nuestros temores, cuando veía despoblarse á Benisikar y Frajana para aguardarlo delante de Mezquita; cuando alegres, entusiasmados, corrían la pólvora para festejar al representante de un soberano, que no tiene más fuerza sobre sus súbditos que la fe religiosa, no podiendo ir contra esta fe, porque sería lo mismo que desmoronar el imperio.

Pero es cosa de pocos días los que el sultán tardaría en venir. Casi nada; el hermano, Muley Araaf, sin ejército, sin impedimento, acompañado sólo de 10 ó 12 caballos, ha tardado 20 días en venir desde Fez; el sultán está en Tafilete, que como todos saben no es una población, sino una región, y puede por tanto estar muchos kilómetros más acá ó más allá. Allí tiene asuntos importantísimos que arreglar, como son contrarrestar la influencia francesa, que en contra de los tratados, casi domina en el Tuat, con la ocupación de Figuig; y con un ejército, durante los meses de noviembre y diciembre, con las lluvias y las nieves del Atlas, no podría, aunque quisiera, ponerse en marcha; pasado este tiempo tardaría otro mes á jornadas largas, y con mucho deseo de castigar estas kábilas, que dado el motivo no es posible suponerlo.

Además, el Riff pertenece á la parte del imperio de Marruecos que obedece y reza por el sultán, pero no le paga, y cuando esto es así, con la política de Marruecos, en que hacen la guerra por cobrar las contribuciones, será porque el sultán mira con respeto á estas kábilas montaraces, las más feroces de todo el imperio, aguardando quizá á que las debilitemos nosotros, para venir después y con poco trabajo arrancarlas, llevándose á engrosar los tesoros del imperio todo lo que encontrara.

Estamos, pues, en el caso, único simpático para el ejército, y que pone más alto el honor nacional, de vengar por nosotros mismos la ofensa que nos hicieron.

Ya hemos hecho todo cuanto en nuestra mano estuvo,

para arreglar amigablemente una cuestión que nunca hubiera tenido arreglo honroso; hemos hasta olvidado por mucho tiempo que estaba pendiente la ofensa, aguardando á que venga un representante del ofensor; éste declárase incapaz para conseguirlo: la culpa no es nuestra; ya sólo debemos pedir acierto en el general que tenga la honra de llevar nuestras tropas al combate.

La suerte está echada y no es dudosa; podrá haber tenido más ó menos razón de ser, la campaña antes; quizá debía haberse evitado por los que tenían obligación de hacerlo; pero no es la hora de las recriminaciones; después del día 2 de octubre y del 27 y 28, no cabe discutir; la honra de España lo reclama; el brillo de nuestras armas no puede quedar empañado; la bandera española tiene que ondear gloriosa siempre en el fuerte de Sidy-Guariach.

¿A dónde vamos? ¿dónde llegaremos? ¡Quién lo sabe!... Pero siempre justificaremos que somos la misma nación donde se dijo: *Más vale honra sin barcos que barcos sin honra.*

* * *

Otro discretísimo y elegante escritor, el señor D. Manuel Paso, ocupándose también de esta entrevista en galano estilo, la describe así:

«Próximamente á las once de la mañana las cornetas batieron marcha, nuestros soldados presentaron las armas, y el comandante general de la plaza y el hermano del em-

perador aparecieron en el campo seguidos de los oficiales españoles y de la caballería mora.

»Muley Araaf es alto y gallardo, su rostro moreno y curtido, casi negro, aparece á veces velado por la capucha blanca del jaique nevado.

»Toda su vestidura es blanca como la nieve, y únicamente deja ver la bota de tafilete que apoya en el labrado estribo.

»Aparenta tener cuarenta años, y en su fisonomía nada expresiva, si algo pudiera verse, serían seguramente señales de tristeza ó de hastío.

»El general y Muley Araaf penetran en la tienda en donde van á celebrar la conferencia.

»La caballería mora sitúase frente á nuestros jinetes, y en todos los que presenciamos este pintoresco espectáculo crece la curiosidad y la admiración.

»El cuadro es de los más ricos en tonos y colores que podéis imaginaros.

»Figuraos el regimiento de Santiago extendido en orden abierto; los caballos piafan impacientes removiendo la tierra húmeda y una oleada de luz arranca brillantes chispas tornasoladas á los cascos plateados de nuestros soldados y á los brillantes sables, que á veces relucen como espadas de fuego.

»Frente por frente está la caballería mora.

»Fórmanla hasta 34 jinetes y visten trajes de distintos colores: llevan los unos jaiques azules, otros pardos, y algunos de ellos vístense y atavíanse con blancos linos.

»Un fez rojo como la sangre, corona sus sienes morenas, y nótase en todos aquellos rostros algo así como una interjección.

»En medio de las dos filas de jinetes está la tienda en donde se celebra la conferencia, y vientos de tempestad agitan fuertemente la bandera española.

»Figuraos como fondo de este cuadro la mole inmensa del Gurugú; mirad hacia el lado opuesto, en el que se levanta el campamento de la Alcazaba, y más allá el barrio del Polígono, en donde miles y miles de soldados españoles contemplan ávidos de emociones este cuadro interesantísimo.

»¡Dentro de algunos minutos los cañones harán salvas en señal de paz, ó en señal de guerra vomitarán por sus bocas negras, mortífera metralla!

»Cerrando aquel inmenso círculo, en donde en estos mismos momentos se juega el porvenir de nuestra madre España, el manso Mediterráneo alza hoy sus olas embravecidas por los vientos del Poniente, y después de mecer orgulloso sobre sus lomos verdinegros á los barcos españoles, llega como una invasión, la espuma, á estrellarse contra los diques del muelle.

»Tres cuartos de hora ha durado próximamente la conferencia.

»Durante ese tiempo he pensado en aquellas glorias nuestras pasadas; en todo aquello que ha constituido el alma de nuestra historia, y en las escabrosas rompientes de nuestro porvenir, velado por negros crespones, y en

nuestro presente, visto á la rápida luz de una bomba de dinamita.

»¡Qué tristeza, Dios mío!

»Pareciéronme (yo que no entiendo de fórmulas diplomáticas) los minutos siglos, y los instantes eternidades.

»¿Bastará con una promesa de paz y de amistad para que cerca de 20.000 españoles tornen de nuevo á la patria.

»Esto es increíble.

»¿Dirá tal vez Muley Araaf que, impotente para el castigo, nos cede el puesto de honor, en la legítima reivindicación de un derecho?

»Pronto hemos de saberlo: quizá en los mismos momentos que escribo estas impresiones, el telégrafo habrá comunicado la solución de mis acerbas dudas.

»Oigo que las cornetas baten marcha de infantes, y nuestros soldados presentan las armas.

»Ha terminado la conferencia.

»El bajá del campo, que ha permanecido á la puerta de la tienda, se prepara á partir.

»Ocho ó diez soldados, vestidos con una especie de blusas encarnadas, aguardan formados á la puerta de la tienda á S. A. I.

»Procuro acercarme todo lo posible para ver al enviado.

»Muley Araaf sale de la tienda y monta precipitadamente en su caballo blanco.

»Los soldados de á pie le siguen; pero él se adelanta, y hay un momento en que su figura aparece sola en el campo. Parece un copo de nieve caído sobre los verdes del llano.

»Su rostro es triste y no refleja las francas alegrías de una paz deseada.

»Llega al frente de sus jinetes, y todos inclinan la cabeza, gritando:

»—*¡Que Alá bendiga la vida de mi señor!*

»El hermano del sultán cruza por entre la fila de su caballería; los jinetes vuelven grupas, y todos se alejan camino de su campo.

»Allá se van perdiendo á lo lejos, por los repliegues de las cañadas, tristes y silenciosas.»

CAPÍTULO XCVI

Apreciaciones respecto á la conferencia de Muley Araaf con el general Macías.—El general Martínez Campos, general en jefe del ejército de Africa



La opinión empezaba á ver algo más claro, después de la entrevista anteriormente descrita.

Si alguna ilusión se había formado respecto á ella, desaparecía para dejar lugar á un desaliento profundo.

Ya no había remedio.

La guerra terminaría pronto y mal.

Entrábamos en un nuevo período de conferencias.

La política musulmana volvía á mostrarse con toda su plenitud de aplazamientos, nebulosidades y dilaciones.

La gestión diplomática empeoraba, y entre tanto, seguía arma al brazo el ejército, desilusionada la pública opinión, y los riffeños envalentonados, porque, tras de tanto

alarde de fuerzas, la verdad era que ellos permanecían dueños del campo.

Nuestros centinelas, nuestros soldados operarios, continuaban sirviendo de blanco á los infieles; pero ¿qué importaba eso? Ya estaba allí el hermano del sultán para presenciar como respetaban á su señor aquellos levantiscos vasallos.

Los periódicos mostraban su disgusto del mismo modo que el público en general.

Pero nada de esto importaba al Gobierno, que continuando su sistema, ocupábase en aquellos momentos del nombramiento de general en jefe del ejército de África, para que pudiera tratar con el famoso príncipe scheriffiano.

Los artículos eran violentos, las censuras acerbas; pero los que debían hacer caso de ellas, ya estaban acostumbrados á escucharlas.

El Liberal, se expresaba en estos términos:

* * *

«Se sabe que se ha celebrado ya la conferencia.

»Se sabe que fué breve.

»Se sabe que pudo ser transmitida para que llegara á Madrid á punto de que los ministros se reunieran en Consejo.

»Se sabe que los ministros no velaron.

»Y no se sabe más.

»Por lo mismo que no se sabe, se presume, y en mate-

ria de presunciones hubo ayer las de coser y cantar y las de apaga y vámonos. De otro modo no seríamos impresionables. De otro modo no viviríamos en la Península de las ocultaciones y quimeras.

»El Gobierno calla, y cada español, en uso legítimo y naturalmente constitucional, de su modo de ser, inventa las soluciones á su gusto.

»Se acabó la guerra, empezó la guerra; nos dan dinero y territorio, no nos dan más que lo que nos han dado; se puso buena cara, se enseñaron los dientes y los puños; se correrá la pólvora, se estrenarán los Maüsser.

»¡Oh, qué crónica incertidumbre! ¡Oh, qué contagiosa veleidad!

»Y á todo esto sin saberse nada, sin decidirse nada; un rumor consistente, terco y pertinaz, apunta que el disgusto crece, que la negociación parece broma, que se insinúa la sorpresa, que se disipa el aparato, que tras el jaique no resultan más que las tradicionales súplicas, las obligadas zalemas y el descontado ganar tiempo, y que hoy, un hoy largo de cincuenta días de vacilaciones, inquietudes y quimeras, nota tras nota, embarque tras embarque, estamos como estábamos, entre el *tener* paciencia del sultán y el invariable *mañana* del Gobierno.

»El mañana es la muerte, decía, oponiéndose á ciertas moratorias, un orador ilustre; el mañana es la intriga del jeroglífico, el se continuará del folletín, el recurso de los insolventes... ¡y la política actual!

»¡Siempre mañana! Siempre sin solución.

»Hé aquí por qué se varía de asunto, se interrumpe el tema, se trastorna la clave, se cruzan las corrientes, se suspende el juicio y se cansa el ánimo, sin conciliar el sueño.

»Hoy se sabe que no se sabe nada, porque nada se comunica, ni nada se decide.

»¡Qué le hemos de hacer!

»Tener paciencia.

»¡Hasta mañana!»

* * *

La Correspondencia de España, en más templado estilo, también se ocupaba de la misma cuestión, si bien confiando en que el éxito estaría siempre en relación con el sacrificio que España hubiera hecho.

«Dos días hace,—decía,—y cuando Araaf y Macías aún no habían hablado, dijimos que la conferencia no era motivo para grandes alegrías ni para temores de desprestigio. Así ha sucedido; el infante moro no ha traído en sus manos prenda pretoria del poder del sultán para satisfacernos; y ni el incidente de Melilla ha acabado, para gusto de los que quieren la paz cuanto antes, ni el Gobierno lo ha dado por terminado en desprestigio del honor nacional, como tantos temían.

»No nos hemos enfurecido por un acto de deferencia ineludible respecto al enviado y hermano de un soberano amigo: pero no hemos creído que la corta tregua diplo-

mática pudiera tener resultados definitivos é inmediatos, ni buenos, ni malos; y hemos acertado, porque hemos juzgado sin pasión alguna.

»Un poco antes, y tan pronto como vimos que los sucesos habían convencido al público de que la empresa de Melilla no era cosa baladí, planteamos la cuestión en su verdadero terreno: *el sultán con nosotros ó contra nosotros*, fórmula que continuamente cita la prensa extranjera como síntesis de nuestra situación. Al hacerlo, advertimos lealmente que la tesis era exclusivamente *nuestra;* pero que abrigamos la convicción de que muy pronto sería opinión nacional, y, al fin y al cabo, *norma de conducta para el Gobierno.*

»Así ha sucedido; y en la nota oficial de los acuerdos del último Consejo de ministros se sostiene la reclamación al sultán, del cumplimiento del tratado de Wad-Ras, declinando en el imperio las responsabilidades de la inobservancia del mismo. Esta responsabilidad es la de la guerra entre el imperio y España.

»El Gobierno y la nación han comprendido que en el Riff sólo podemos ganar honra; en Marruecos más honra y algún provecho, quizás con menos sacrificios y de seguro con más brillo.

»Desde el primer momento sostuvimos que la guerra contra las kábilas no era empresa liviana; y que si bien el éxito definitivo no podía ser dudoso, en cambio, para que no ensangrentase la historia de la campaña suceso alguno adverso, era preciso recurrir á todas las superiori-

dades del arte militar, y guiar la acción de nuestras tropas quizá con más habilidad, prudencia y energía que enfrente de un enemigo regular. Nunca creímos que allí había solo cuatro *moros sarnosos.*

»Desgraciadamente, los hechos nos dieron la razón más de lo que nosotros hubiéramos deseado. Una vez, por exceso de confianza quizás, nos apartamos de una conducta previsora, y bastó eso para imprimir á la campaña de Melilla un sello que hace falta borrar á toda costa. Desaparecida aquella pasajera impresión, que retrasó tal vez en un mes el logro de nuestro objetivo táctico, todos los indicios son de que á éste se llegará pronto y satisfactoriamente.

»El día que de un modo incontrastable ocupemos á vanguardia del cerro de Sidy-Guariach las posiciones necesarias para proteger eficazmente la construcción del fuerte, se habrá cumplido lo que el Gobierno ha acordado ayer: lo que nosotros hemos pedido desde el primer momento, de un modo concreto y taxativo.

»Apenas asomó la cuestión de si era ó no conveniente la marcha á Melilla del ministro de la Guerra, nosotros votamos de los primeros y en contra. Entiéndase bien; votamos en contra de que un ministro de la Guerra se pusiera al frente de un ejército en campaña; para nada nos ocupamos en la designación de persona apta para el mando en jefe, ni hicimos propuestas, ni sostuvimos exclusiones.

»Hoy si cabe, nos aferramos más á nuestro criterio. Sin ser probable, no es imposible una complicación, ó sea la

declaración de guerra al imperio; y es de todo punto necesario que ante tal posibilidad, el ministro de la Guerra esté al frente de su departamento para dirigir por el momento los preparativos provisionales, acaso muy pronto los definitivos.

»El éxito de una guerra con Marruecos depende de la acertada elección de objetivo y de la buena preparación de la campaña, acaso más que de la habilidad del general en jefe.

»Así, pues, en el ministerio no puede haber un ministro interino, sino un titular de gran competencia y prestigio.

»Tal es el resultado de lo que pudiéramos llamar nuestro examen de conciencia para las semanas difíciles y tormentosas que acaba de atravesar la política española. Hemos, durante ellas, procurado conservar la serenidad de juicio, poniendo freno al patriotismo, y sin dejarnos tocar del pesimismo; sólo de tal serenidad de acierto en la ardua misión de sugerir opiniones é ideas á una gran masa de público.

»Hasta ahora creemos haber logrado nuestro propósito; y naturalmente entramos en una segunda etapa con mayor confianza en el éxito.»

***

Cuando la opinión, como hemos dicho, estaba más preocupada; cuando en el viaje dél príncipe Araaf, se entre-

veía el término de la guerra, circuló la noticia de que el Capitán general de Cataluña, el ilustre Martínez Campos, había salido secretamente de Barcelona y llegado á Madrid, recibió el nombramiento de general en jefe del ejército de operaciones en Melilla, para cuyo punto iba á salir inmediatamente.

¿Si ya no iba á haber guerra, para qué el envío de un general de tan alto prestigio?

La misma *Correspondencia de España*, decía á este propósito:

«Según versiones oficiosas, el viaje del general Martínez Campos estaba hace días concertado con el ministro de la Guerra, aunque para fines bien distintos de los que ahora se van á cumplir.

»El general Martínez Campos manifestó su desèo de pasar dos ó tres días en Madrid para asuntos particulares, y el ministro de la Guerra le autorizó para venir cuando quisiera, y cuanto antes mejor.

»Es muy probable que al dirigirse á Barcelona el duque de Tetuán ignorase este mismo acuerdo del general López Domínguez con el capitán general de Cataluña; pero no lo ignoraba el señor Sagasta, que, naturalmente, conoció en el acto la petición y el acuerdo de ambos generales. También lo conocía algún otro ministro según hemos oído.

»Ayer llegó á Madrid á las ocho de la mañana. Le esperaban en la estación muy pocas personas, porque no se sabía la hora de su llegada. Entre ellas estaban el gene-

ral López Domínguez, el señor Martínez Campos (D. Miguel), el general Bermúdez Reina y varios militares.

»Apenas el general Martínez Campos puso el pie en el andén, le dijo el general López Domínguez:

»—Va V. á Melilla.

»—¿Cómo?—preguntó el general Martínez Campos.

»—A mandar y dirigir las operaciones.

»—¿Pero ya estoy nombrado?

»—Está ya el decreto en las columnas de la *Gaceta*,—replicó el ministro.

»Entonces el general Martínez Campos abrazó con la mayor efusión al general López Domíngez; y pasados breves momentos, preguntó el general Martínez Campos:

»—Por supuesto ¿el ministro de la Guerra será V.?

»—Sí, señor,—le contestó el general López Domínguez.

»—Pues, muy bien y muy satisfecho,—añadió el general Martínez Campos.

»Éstas son las frases cambiadas entre los dos generales, según hemos oído á varias personas.

»El nombramiento ha sido muy bien recibido por todos.

»Desde *El Movimiento Católico* hasta *El Liberal*, hace ya mes y medio que hicieron una campaña reclamando que el general Martínez Campos fuera á Melilla.

»Indudablemente, sin que haya ofensa para los otros generales, punto que queda salvado con la superior jerarquía de Martínez Campos, éste es quien, en los tiempos

modernos, ha realizado empresas más brillantes y de éxito más positivo.

»Él acabó la guerra civil, él terminó la guerra de Cuba, y él también, al frente de un puñado de hombres, inició é hizo triunfar la Restauración.

»Su bravura, su pericia y sus talentos militares son indiscutibles. No es nuestra la frase, la hemos oído en muchos círculos, así militares como civiles, que bajo la jefatura de Martínez Campos cada soldado nuestro valdrá por cuatro; porque entra mucho en el ánimo de los que pelean el saber que su jefe les ha llevado siempre á la victoria.

»Con justicia decían todos ayer tarde que la designación del general Martínez Campos tiene un carácter y una significación verdaderamente nacional.

»Ahora,—según todas las opiniones autorizadas,—era el momento de proveer á aquella necesidad. Cuando no había fuerzas en Melilla no procedía el nombramiento. Cuando se creía inmediata la sumisión de las kábilas, tampoco. Mientras el sultán enviaba á toda prisa á su hermano para dominar el Riff, bien hacíamos nosotros en enviar balas, cañones y regimientos por si al fin era preciso que nos impusiéramos. Si sólo se tratara, como un tiempo pudo tratarse, de levantar el fuerte, para esto bastaban ingenieros. Ahora que se trata de esto y de todo; ahora que el sultán no puede someter á los riffeños; ahora que el ejército irá á completarse, es cuando procedía y era necesario el nombramiento de general en jefe. Y nombrado á las cua-

renta y ocho horas de fracasadas las conferencias, y á las veinticuatro de los acuerdos del Consejo, para emprender las operaciones, se explica naturalmente que haya sido éste, y no otro, el momento elegido para mandar á Melilla el general que ha de dirigir la campaña.

»Bajo el aspecto político no puede ocultarse á nadie, que á la larga ha de crear esto una complicación grande en el partido liberal, en sus relaciones con los otros partidos y con el poder.

»No necesitamos entrar en explicaciones, porque los hechos de por sí son bastante claros y la historia contemporánea está presente en la memoria de todos.

»Esas consideraciones de carácter político deben quedar hoy relegadas á un lugar muy secundario, por tratarse de un interés nacional. A la guerra, á la victoria hay que supeditarlo todo, y es más, nos parece muy patriótico el pensamiento que algunos hombres políticos importantes plantean y que ha iniciado nuestro colega *El Tiempo*, pidiendo una tregua política en aras de la patria.

«Que cese,—dice el colega,—por honor á España, el barajeo de nombres para los cargos públicos; que acabe la lamentable confusión en que nos hacen vivir los periódicos defensores de esta ó de la otra escuela, de propios ó de ajenos intereses; que no se inventen conferencias no celebradas, ni se celebren cabildeos impropios de las circunstancias, y que todos los españoles, sin distinción de partidos, olviden los nombres y los hechos de los minis-

tros, para poner su pensamiento en la patria, y su voluntad y sus energías al servicio de España.»

»Realmente, ante la bandera de la patria deben abatirse todas las demás. Lo que menos importa es quien gobierna hoy, quien haya de gobernar mañana; lo que está sobre todas esas pequeñas preocupaciones, es el combatir, el vencer, el que España muestre que no ha degenerado de sus gloriosas tradiciones y que sabe mantener á la altura de siempre el honor nacional.

»Además de las otras noticias relativas al viaje, podemos añadir que el general Martínez Campos ha manifestado que venía, según sus propias palabras, «á dar una batalla en favor del general López Domínguez, si éste lo necesitaba».

»Ya antes de ahora había manifestado estos propósitos el señor Martínez Campos, pues en la carta que según dijimos escribió hace pocos días al general López Domínguez, le decía:

«Censuro la campaña que contra V. hace, no sólo la prensa, sino otros elementos. Mi candidato para Melilla es usted, y si le impidieran ir, entonces presentaría yo seriamente mi candidatura.

»Sosténgase V. en el ministerio, en bien de las instituciones y de la patria, pues los que le combaten no se proponen más que arrojar á V. al *expoliarium*.»

»El ministro de la Guerra quiso rivalizar en generosidad con el general Martínez Campos, y le propuso para el cargo de que se trataba.

»Por eso el mismo general Martínez Campos decía ayer mañana, refiriéndose al general López Domínguez:

»—Se ha portado como un caballero.

»Cuando el general Martínez Campos fué á visitar al señor Sagasta ayer mañana, ignoraba todavía los términos del decreto en que se le nombraba general en jefe.

»En el portal de la casa del señor Sagasta se lo leyeron los periodistas, y no ocultó su satisfacción.

»Ayer tarde celebró una nueva conferencia el general Martínez Campos con el ministro de la Guerra.

»En la conferencia celebrada ayer tarde por el general Martínez Campos con el ministro de la Guerra, éste le ha dado cuenta de todos los elementos y fuerzas que hay en Melilla y de las que faltan, que siendo muy pocas, llegarán dentro de dos ó tres días, precisamente los que se requieren para terminar los trabajos de atrincheramiento que faltan, de manera que dentro de la presente semana empezarán las operaciones.

»Antes de marcharse visitó el señor Martínez Campos, al señor Cánovas y al señor marqués de la Habana.»

CAPÍTULO XCVII

Después de la conferencia.—Desencantos que se produjeron



o podían satisfacer por ningún estilo, ni al país ni á los militares que estaban exponiendo su vida en ese terrible azar que se llama guerra, las noticias recibidas y las versiones circuladas respecto á la conferencia celebrada entre el general Macías y Muley Araaf.

Príncipe sin prestigio ni fuerza suficiente para imponerse á las feroces kábilas del Riff, que aplaza la solución para más adelante, cuando tan pomposamente se había anunciado su llegada, juzgándose como la panacea capaz de solucionar la cuestión pendiente, tenía que defraudar de un modo doloroso todas las esperanzas, desilusionar todos los ánimos, y desprestigiarse por completo, desde el instante en que nada concreto proponía, y en que se ponía de manifiesto su debilidad.

La política scheriffiana continuaba mostrándose como siempre, buscando dilaciones y evasivas, y tratando al mismo tiempo de sacar el mejor partido de sus engaños y de sus mentiras, protestar de afecto y de amistad.

Por más reserva que quiso guardarse, se supo lo que pasaba, se traslució lo que había ocurrido en la conferencia, y primero en el campo y más tarde por toda la Península, se comentaba lo sucedido, censurándose como se merecía la inexplicable marcha seguida por el Gobierno.

Mucho antes de que la versión oficial se hiciera pública, ya se había dicho por las noticias particulares lo más substancial de la tan cacareada entrevista.

El telegrama oficial decía lo siguiente:

«Melilla, 23 (6'40 tarde).

»Comandante general al ministro de la Guerra:

»Á las doce de hoy, previo aviso, tuvo lugar entrevista con hermano del sultán en el campo, conocido con el nombre de Instrucción.

»Se presentó precedido del bajá del campo y escoltado por 20 infantes y 30 caballos.

»Me adelanté á caballo á saludarles, y el regimiento de Santiago, en línea, hizo honores; las brigadas se hallaban formadas en sus campamentos, á fin de evitar aglomeración de gente.

»De antemano levanté una de las tiendas que vienen consignadas para el general en jefe.

»Después de los saludos correspondientes, me encargó

significara al Gobierno la leal amistad que el sultán profesa á España y que no perdonará esfuerzos para conseguir que ésta no se pierda; que reconoce nuestro perfecto derecho de construir en nuestro territorio cuanto juzguemos conveniente, y que se propone castigar severamente á estas kábilas; me pidió un plazo, á fin de que el sultán llegara á Fez, con el objeto de alejar las kábilas del interior, sobre lo cual insistió una y otra vez.

»Contesté en nombre de S. M. agradeciendo mucho sus buenos propósitos, y que así lo haría presente al Gobierno; pero que en modo alguno podía concederle un solo minuto de detención en los trabajos y movimientos de las tropas que tuviera por conveniente, y que como militar no podía hacer otra cosa que obedecer ciegamente las órdenes de V. E.

»Me pidió también, con objeto de dulcificar asperezas entre una y otra parte, que permitiera venir á los riffeños á comerciar con la plaza, á lo que contesté negativamente y que esto no podía ser hasta que mi Gobierno lo dispusiera, por haberse satisfecho antes el honor nacional, é insistiendo mucho en unas y otras peticiones, á las que no accedí rotundamente, se despidió reiterando sus frases de amistad.

»En una palabra, que él ofrece hacer cuanto pueda por castigar á los rebeldes y dar satisfacciones, y yo continuaré trabajando con más actividad á medida de los recursos.

»Al marcharse me hizo regalo de una espingarda y un alfanje.»

* * *

Verdaderamente se necesita, ó un descaro sin límites para formular peticiones como las que se desprenden del anterior telegrama, ó una candidez á toda prueba, candidez que no podemos conceder á los que son tan maestros en el arte de la falacia y del engaño.

Que volvieran los moros á entrar en la plaza para comerciar en ella, cuando de día y de noche estaban haciendo fuego sobre nuestras tropas, parecía argüir, ó bien un convencimiento absoluto de nuestra debilidad, es decir, de la debilidad del Gobierno, que no se atrevía á romper por todo y ordenar el enérgico movimiento de avance tan imperiosamente reclamado por la opinión, ó bien, como dejamos expuesto, una candidez supina, creyendo que caeríamos en el lazo y que se permitiría la entrada á enemigos que se aprovecharían de su estancia en la plaza, para expiarlo todo, para recoger nuestro dinero y con este mismo, adquirir armas para asesinar á nuestros soldados.

Después de la conferencia, resultó que estábamos lo mismo que antes.

Mejor dicho, estábamos peor, puesto que nos veíamos obligados á permanecer de brazos cruzados esperando á que las kábilas aceptaran los buenos oficios de Muley Araaf para ceder en su belicosa actitud.

* * *

«Todo está como estaba, decía *El Liberal.*

Todo está como estaba, repitió anoche la nota oficiosa del Gobierno al terminar el Consejo de ministros. La llegada del hermano del sultán al campo contiguo de Melilla no ha alterado la situación de las cosas.

¡Todo está como estaba! ha dicho el país un día y otro día, ejerciendo de vidente, de previsor y desconsolado.

En cincuenta y un días en que el conflicto con el Riff no ha dejado de estar como sus provocadores lo pusieron, hemos dado, no pruebas de altivez ni de insolencia, sino de sumisión, templanza y humildad.

En cincuenta y un días de mortificación y de sonrojo hemos sido constantemente al amanecer insultados, á la tarde agredidos y fogueados á la noche.

En cincuenta y un días de solicitudes y esperanzas, conferencias y Notas, se nos ha recomendado la paciencia, se nos ha negado la atención, se nos ha pedido lo imposible, se nos ha soslayado nuestro derecho, se nos ha querido satisfacer con demoras y se nos ha querido indemnizar con una espingarda y un alfaje.

Por eso, al fijar la atención en la gravedad de las determinaciones á que el país se ve obligado, conviene acentuar, para que se conforte nuestro espíritu y para que los extraños nos comprendan, que si todo está como estaba, no es por nuestra culpa, ni por culpa de nuestras ambiciones, ni por temeridad, rigor ni exceso en lo que de España dependía, sino por desmanes que no nos ha sido posible reprimir, por intransigencias que no hemos podido

mitigar y por debilidades que no nos es decoroso mantener.

Todo esto, que en la política internacional será aprovechable como un capítulo de descargos, en la política nacional ha sido lastimoso, porque la templanza humilde, la complacencia pusilánime, el abandono confiado, la torpe espera y el continuo aplazamiento, política sin unidad, sin norma ni objetivo, que condena los actos de un Gobierno imprevisor y nulo, han servido, no para templar, sino para envalentonar; no para acreditarnos de juiciosos, sino de impotentes; no para garantir la seriedad de nuestras intenciones, sino para que se suponga la pequeñez de nuestros medios.

El Riff indisciplinado y agresivo, y el Gobierno paralizante y apocado, colaboran día tras día para que el conflicto se agrave.

Nos estorban la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, y nos replegamos; se fortifican en nuestros propios límites, y lo consentimos; se congregan ante nuestros ojos, y los vemos tranquilamente; quieren parlamentar, y entran y salen á su gusto; quieren fortificarse, y nuestra espectativa los ampara; quieren agredir, y nos invaden, nos acosan: quieren y hacen lo que quieren, porque aquí todo se restringe, todo se dificulta, todo se tolera, todo se mata.

Hé aquí, sin género de duda, un montón de pruebas, el por qué todo está como estaba, aunque en lo que á nuestra actitud se refiere, deje de estarlo por imperio, más que por influjo, de las últimas manifestaciones mogrebinas.

Actualmente el interés nacional reclama en las esferas del Gobierno que todo esté á punto de proceder con actividad, perseverancia, prudencia y energía.

Llegó la hora de que desaparezca el dualismo, la irresolución y el desorden, y aunque para nosotros todo eso desaparece de raíz sustituyendo las personas que han representado hasta la fecha esa incapacidad en el poder, por encima de nuestra opinión, en circunstancias tan difíciles, se impondrá siempre el interés altísimo de la patria, que no se aviene ahora á que carguen uno ó dos ministros con la culpa de todos.

Nosotros no vemos, ni queremos ver otra cosa, que los grandes intereses del país, que nos obligan á exponer en la contienda un tesoro de sangre y un tesoro de dinero, generosamente ofrecido en aras de la honra nacional y que debe ser escrupulosamente administrado.

De ese tesoro, si es respetable lo que interesa á la fortuna, es inestimable lo que interesa á la vida, y si se puede perdonar el dispendio de la moneda, no se puede perdonar la sangre, inútilmente derramada.

Reparemos de una vez nuestros errores, y si hoy nos toca declarar tristemente que todo está como estaba, declaremos muy pronto que todo está como conviene á la fortuna y al decoro del país.»

* * *

Desgraciadamente, por más excitaciones de la prensa, por más atinadas que fueran las observaciones del perió-

dico antes citado, por más que la opinión se mostrara hostil á la continuación de aquel estado, el dualismo en el Gobierno existía, las opiniones en el seno del gabinete eran contrarias, y la lucha en temperamento de fuerza y la gestión diplomática amenazaban no terminar nunca.

Largo y laborioso fué el Consejo celebrado á consecuencia de las noticias anteriores y poco fructuoso después de todo.

«No podemos afirmar en redondo,—decía otro autorizadísimo periódico,—que del Consejo salga una crisis, pero es innegable que estamos en momentos críticos para el Gobierno, para el partido liberal y quizás para la nación. No hemos de atenuar los hechos, ni con oropeles optimistas disimular el efecto que nos ha causado, y como á nosotros á todo el mundo, la conferencia de anteayer.

»Después de la circular enérgica y fiera del sultán á las kábilas amenazándolas con *castigos nunca vistos*, era de esperar otra actitud de parte de Muley Araaf.

»Es cierto que éste ha hecho grandes protestas de amistad, pero por lo pronto pide un armisticio, sin ofrecer rehenes ni garantías de ningún género, y hasta pretende que los riffeños, esos mismos que traidoramente han matado á nuestros soldados y han mutilado los cadáveres, entren en paz en Melilla á vender sus mercancías.

»No dudamos de la buena voluntad del sultán y de su hermano, pero á mas de cierta condescendencia cariñosa que revela su última petición respecto á los riffeños, el plazo que demanda, tan indefinido como su viaje por el

imperio, demuestra de la manera más ostensible que no puede responder de las kábilas, y que no logrando someterlas á su autoridad, el día menos pensado podemos ser agredidos, mientras que se nos reclama que permanezcan en una quietud desmoralizadora los 16 ó 17.000 hombres que tenemos ahora en el campo de Melilla.

»Las negociaciones diplomáticas, para los efectos del momento, han fracasado.

»¿Van á renovarse? ¿Va el Gobierno á hacer alguna reclamación nueva con mayor apremio y urgencia? ¿Va, al cabo, á iniciarse alguna acción de guerra importante?

»Esto sin duda es lo que se está tratando á la presente en el Consejo de ministros.

»Y aunque hay en la política dominante una afición invencible á todas las dilaciones reflexivas, el caso de hoy no puede sufrir género alguno de aplazamiento.

»No tenemos datos concretos, y á juzgar por lo que en otras ocasiones hemos oído á los políticos más importantes de la situación, existe una divergencia de criterio entre lo diplomático y lo militar. Pero ni aun así, cabe afirmar rotundamente que sobrevendrá una ruptura entre las dos tendencias, porque los sucesos han determinado más de una vez mudanzas, en el parecer, aun de unas mismas personas.»

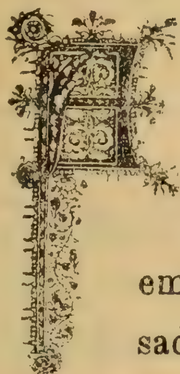
Todavía esperaba el citado periódico que los temperamentos enérgicos alcanzaran la primacia.

Funesto error que no había de tardar mucho en quedar completamente demostrado.

Y por cierto que ya debía presumirse algo semejante. pues todo lo ocurrido en Melilla, no ya desde el día 2 de octubre, en que abiertamente se rompieron las hostilidades, sino desde mucho antes, no había sido más ni menos que una serie de errores lamentables cuyas consecuencias era el país quien las estaba pagando.

CAPÍTULO XCVIII

La nota oficiosa.—El general Martínez Campos



pesar de todo lo expuesto en el capítulo anterior, la nota oficiosa del Gobierno, referente al Consejo de ministros, parecía infundir alguna esperanza, con mayor motivo cuando empezó á circular la noticia de que se había pensado en el general Martínez Campos para conferirle el mando del ejército de África.

La nota oficiosa decía lo siguiente:

«El Consejo de ministros, después de haber examinado con detención el telegrama en que el comandante general de Melilla da cuenta de la entrevista celebrada con el príncipe Muley Araaf, acordó aprobar la conducta del general Macías, por ser fiel reflejo de las instrucciones que tenía recibidas; acordó también que el general Macías haga sa-

ber á dicho príncipe que el Gobierno no puede acceder á su petición de suspender por plazo alguno las operaciones indispensables para la defensa de su territorio y el respeto debido á su bandera, y que mantiene la reclamación ya comunicada al sultán, exigiendo el estricto é inmediato cumplimiento del artículo 7.° del tratado de Wad-Ras, y declinando sobre el imperio todas las responsabilidades que resulte de su inobservancia.

»El Gobierno, apreciando que la llegada del príncipe Araaf al campo contiguo á Melilla, no ha alterado la situación de las cosas, resolvió reiterar las órdenes que ya había transmitido, para que se desenvuelvan y lleven á término las operaciones acordadas con los elementos reunidos y cuantos fueren necesarios.»

* * *

Esperanzas daba y alientos infundía los términos en que estaba concebida la nota que antecede y si á esto, como hemos dicho, se añadía el decreto que finalmente apareció en la *Gaceta* el día 25 de noviembre, puede comprenderse que en la opinión hubiera un cambio favorable.

El decreto á que nos referimos decía lo siguiente:

«En nombre de mi augusto hijo el rey D. Alfonso XIII, como reina regente del reino, de acuerdo con el Consejo de ministros, y de conformidad con lo propuesto por el de la Guerra,

»Vengo en nombrar general en jefe del ejército de ope-

raciones de África al capitán general del ejército D. Arsenio Martínez Campos.

»Dado en Palacio á veinticinco de noviembre de mil ochocientos noventa y tres.—*María Cristina.*—El ministro de la Guerra, *José López Domínguez.*»

Semejante nombramiento fué perfectamente acogido por la opinión, sin distinción de partidos.

Hasta los periódicos más contrarios á la situación esperaban algo favorable de la nueva actitud del Gobierno y del prestigio del ilustre general que poco antes había estado á punto de ser víctima de uno de esos atentados, que desgraciadamente y en el breve espacio de algunos meses llevaron el luto y la desolación en el seno de gran número de familias.

Mucho se esperaba de Martínez Campos y todas las miradas estaban fijas en él.

* * *

El País, periódico de Madrid, publicaba un artículo del que fué su corresponsal en Melilla, señor Vidaurreta, ocupándose entre otras cosas del nombramiento del general en jefe del ejército expedicionario, y del nuevo aspecto que han de tomar allí las operaciones militares.

Sus apreciaciones son muy dignas de tomarse en cuenta, pues el señor Vidaurreta conoce prácticamente el terreno, y como militar, sus juicios tienen sobrado fundamento.

Copiamos de dicho artículo los siguientes párrafos, en los cuales, á pesar de la distancia que separa á su autor del actual régimen, se ve que sobrepone el interés de la patria encima de todo criterio político exclusivista.

Hé aquí los párrafos á que nos referimos:

«No divorciándose el Gobierno de la pública opinión, no puede limitar la cuestión del Riff á la construcción de una modesta obra de fortificación.

»La traslación de un ejército á Melilla debe tener un fin más noble y patriótico.

»Porque es materializar la cuestión y empequeñecer el entusiasmo nacional no ver satisfecho su honor por medio de las armas, después de los ultrajes recibidos.

»Los batallones que al partir para África fueron objeto de las ovaciones de los pueblos, no pueden regresar á España sin llenar antes las aspiraciones de la patria.

»Dada la situación política de España y la significación del general Martínez Campos, al desprenderse el Gobierno de él, es porque estima, es grave y trascendental la cuestión del Riff.

»Y también parece como que la nación acaba de hacer el último esfuerzo.

»Tal es la importancia que tiene el hecho de nombrar al general Martínez Campos para el mando en jefe del ejército de África.

»Nombramiento que llena sin duda alguna una necesidad militar.

»El ejército de África, por las condiciones en que se le

ha tenido, necesitaba hoy un hombre que pudiera hacer revivir su espíritu.

»El general Martínez Campos es un político funesto, pero nadie le niega sus cualidades de soldado.

»Es evidente, pues, que la moral de las tropas ha de reaccionarse, y que con ello cambiará necesariamente el aspecto de la guerra.

»Transcurridos los pocos días que se necesitan para completar los recursos que el general en jefe estime convenientes, esperamos ver se practicarán las operaciones que han de justificar la existencia del ejército de África, concretando un objetivo que hasta la fecha el Gobierno no ha dejado traslucir.»

***

Puede comprenderse por las líneas transcritas anteriormente, todo cuanto podía esperar el país de la nueva fase en que parecía entrar la guerra.

«En pocas horas se ha convertido la incertidumbre en confianza,—decía también otro periódico.—Hemos cambiado de horizonte y de humor. Ya parece que hay á dónde ir y á qué atender.

»Todo esto representa una mutación radical en las ideas y en los actos, y sin tener en cuenta el influjo de la opinión que ha penetrado resuelta y vigorosamente en el Gobierno, imponiéndose, lo que ocurre se personifica en el prestigio militar de nuestro general en jefe del ejército de África.

»El día 11 de octubre, es decir, mucho antes de las tristes jornadas del 27 y 28, decíamos lo siguiente en un artículo titulado *Otro Gobierno:*

«Hay que ir á Melilla; hay que castigar los brutales agravios hechos á nuestros soldados y á nuestra bandera; hay que reconquistar nuestro territorio invadido; hay que reconstruir un fuerte español arrasado; hay que dar garantías de defensa á las vidas y á las haciendas de todos los españoles que viven en España. *Con pocos ó muchos soldados yo voy á África, herido y todo.* Esto ha dicho el general Martínez Campos y esto responde á las aspiraciones todas del país. Un general que habla así, triunfa y debe triunfar siempre, en momentos solemnes para la patria, de un Gobierno mudo.

»Martínez Campos es un general valiente y de fortuna, un espíritu entusiasta, un soldado español. Obra suya es la disciplina en el ejército de Cataluña, obra suya la última victoria sobre el carlismo, obra suya la paz de Cuba. Pues bien; en estos momentos y para esta campaña de carácter exclusivamente nacional, es y debe ser una solución el general Martínez Campos.

»Sí. Puede serlo por su patriotismo, por su popularidad en el ejército, por su talento militar, por sus victorias. ¿Hay que ir desde luego á Melilla? Ya lo ha dicho: «*Con pocos ó muchos soldados yo voy á África, herido y todo.*» ¿Hay que esperar para ir bien? Pues cuando el que así habla nos diga que tengamos prudencia, la tendremos todos. Su nombre, sus convicciones, su historia, son, en el difícil

trance en que nos encontramos, una garantía y una esperanza dichosa.»

»Séanos lícito decir que ese artículo, copiado por casi todos los periódicos de España, ha sido ayer en su deseo, en su espíritu, llevado á la *Gaceta*.

»Séanos lícito, al propio tiempo, ampliar por ahora nuestra instancia.

»Al proclamar el nombre, las convicciones y la historia del general Martínez Campos como una garantía de éxito, lo elevamos á la representación más simpática para un hombre de su temple y de su altura, que si ha mandado ejércitos más grandes en sus dos pacificadoras empresas, es hoy lo que nunca ha sido y lo que ha anhelado siempre: representante del honor de España por el voto de todos los españoles.

»Esto es, sin que se le regatee ni un ápice, lo que representa la jefatura del general Martínez Campos.

»Va á Melilla sobre el pavés de la opinión; va sin trabas ni ligaduras oficiales; va á dar órdenes, no á pedir consentimientos; va con carta abierta, disponiendo de nuestro tesoro y nuestra sangre, de los que ni gastará un céntimo, ni derramará una gota que no sea absolutamente necesaria; va sin ambiciones ni egoísmos; va con alegría; va sin sombras.

»Quédense, pues, para más burocráticas circunstancias los planes que se forjan en el templado gabinete, los hilos que cohiben, los consejos regateadores y los procedimientos que se usan para hacer valer la autoridad cuando no existe autoridad.

»El general Martínez Campos en Melilla ordena y manda, y como ordena y manda para llevar á cabo los anhelos del país, los ministros, en lo que se relaciona con su empresa, no son ministros, sino colaboradores.

»Quiere esto decir que el complemento de la designación del general Martínez Campos, es no ingerirse ni en su plan ni en su campaña.»

* * *

El general Martínez Campos había salido de Barcelona, como ya dejamos indicado en otro lugar, con el mayor sigilo y sin que pudiera traslucirse el verdadero objeto de su viaje.

La noticia de su llegada á Madrid había circulado poco, pues precisamente al llegar, se ponían á la venta los periódicos de la mañana, y esto fué causa de que bajaran muy contadas personas á la estación del Mediodía.

Allí esperaban la llegada del tren correo de Barcelona, el ministro de la Guerra, el jefe militar de Palacio, general Cuenca, el gobernador civil, el marqués de Santa María de Silvela, algunas otras autoridades militares y civiles y varias personas más.

«Cuando el silbato de la locomotora,—dice otra de las versiones, que respecto á la llegada del general se hicieron,—anunció la llegada del tren, el grupo de los que esperaban, aumentó considerablemente, y todos fueron á situarse al pie del departamento en que llegaba el viajero.

»Con él iban su hijo el duque de la Seo de Urgel, que le acompañaba en Barcelona desde que al final de la temporada veraniega se dirigió á dicha capital desde Santander, y los ayudantes del general.

»Éste se apeó del coche, saltando al andén con gran agilidad, y pocos segundos después, se confundía en estrecho abrazo con el ministro de la Guerra, quien le preguntó:

»—¿Tendrá V. ya noticias del nombramiento?

»El general, sorprendido, contestó haciendo á su vez esta pregunta:

»—¿Qué nombramiento?

»—¡Ah! ¿Pero no ha recibido V. los telegramas que le he dirigido á las estaciones del tránsito?

»—No; no he recibido ninguno.

»—Pues bien; es V. el designado.

»—¿Para qué?

»—Para mandar el ejército de África.

»—¿Es de veras?

»—La *Gaceta* publica hoy el decreto que anoche firmó la reina.

»Una sonrisa de inmensa satisfacción se dibujó en los labios del valiente soldado; la idea de la guerra, cuya nostalgia había sentido sin duda, animó más y más su espíritu, nunca abatido, y abrazando de nuevo al señor López Domínguez, se dirigió con él hacia la puerta de la estación, donde se despidieron muy afectuosamente con un expansivo:

»—¡Hasta luego!»

Allí se disolvió el grupo de los que esperaban al general y, después que él, partieron los más en sus respectivos carruajes.

Martínez Campos ocupó, con el jefe militar de Palacio, el coche de éste, y se dirigieron al paseo de Recoletos, número 5, donde tienen sus domicilios los hijos del general y el marqués de Santa María de Silvela.

El general cambió inmediatamente el traje de camino por el uniforme, para dirigirse sin pérdida de momento á Palacio, donde ya se tenía conocimiento de su venida, no de entonces, sino de algunos días antes.

Le acompañaba su hijo y ayudante, D. Ramón, quien iba también de paisano, como durante toda la mañana, en la que visitó al ministro de la Guerra.

No llegó con el general su hijo y ayudante también, marqués de Baztán, pues tuvo necesidad de detenerse un día en Barcelona.

«El general Martínez Campos,—decía un periódico,—tiene toda la energía y toda la agilidad de un joven.

»Los que, por las noticias que se tenían, esperaban verle resentirse algo de la pierna, á consecuencia del criminal atentado de Barcelona, se sorprendieron agradablemente al verle andar de prisa y subir y bajar á los coches con la misma facilidad que lo hiciera en su juventud.»

CAPÍTULO XCIX

Conferencias y acuerdos tomados por el general en jefe y el ministro de la Guerra.—Mas fuerzas á Melilla



ODO parecía que había entrado en un nuevo período de actividad y de energía.

La nación se mostraba satisfecha.

El nombramiento de Martínez Campos, tan perfectamente acogido, así por el ejército como por la opinión y hasta en el extranjero, era ya como una especie de garantía para lo porvenir.

Los temperamentos de energía adoptados á última hora por el Gobierno de Madrid, en lo que se refería á las operaciones de guerra contra las kábilas fronterizas de Melilla, tenían, á lo que podía comprenderse, paralela aplicación en cuanto se relacionaba con el curso de las negociaciones diplomáticas.

El gabinete de Madrid sentíase inclinado á fiar por

completo en la lealtad y en los buenos deseos del sultán de Marruecos; pero, lamentándolo mucho, tenía que reconocer por la propia manifestación del delegado imperial, príncipe Muley Araaf, que ni ejercía sobre las tribus riffeñas la influencia necesaria para someterlas á su autoridad por el consejo, ni fuerza material bastante para someterlas por las armas á la obediencia, al menos durante un espacio de tiempo relativamente excesivo.

El Gobierno español, fiando al esfuerzo de nuestros soldados la reparación del agravio inferido á nuestra bandera en el campo de Melilla, continuaba procurando, con absoluta independencia de la acción armada, el cumplimiento, por parte del sultán, del art. 7.° y de los que con éste se relacionaban, del tratado de Wad-Ras, base de derecho en que el gabinete se apoya, para deducir, si fuese necesario, todas las consecuencias y todas las responsabilidades que pudieran resultar de no reconocerse por cualquiera causa la fuerza obligatoria del referido tratado.

Pero como el explícito reconocimiento de impotencia para hacerse obedecer, de parte de Muley Araaf, implicaba ya la inobservancia del deber contraído, siquiera fuere contra la voluntad del emperador de Marruecos, parecía que el Gobierno se proponía dirigirle por conducto de su ministro Mahomed Torres, si no le había dirigido ya, una Nota de sentido muy enérgico, que si no tuviese pronta y cumplida contestación, podría revestir los caracteres de un *ultimátum*.

Así se aseguraba por personas, que por sus íntimas re-

laciones con la situación política actual, debían tener noticias exactas acerca del curso de la negociaciones entre España y el imperio de Marruecos.

***

Como que el país estaba ansioso de ver energías y esfuerzos que respondieran á su propio anhelo y á sus justas aspiraciones, todo lo aceptaba, mucho más cuando de momento en momento circulaban noticias respecto á la nueva fase en que había entrado la cuestión africana.

La conferencia que celebraron los generales López Domínguez y Martínez Campos, fué larga é interesante.

En ella se trató extensamente del plan de operaciones en Melilla.

Con el plano á la vista estuvo el ministro de la Guerra explicando su proyecto de campaña, con las fortificaciones de todo el campo hasta Sidy-Guariach.

Aceptando en conjunto el general Martínez Campos el pensamiento del ministro de la Guerra, se le ocurrió, no obstante, que el estudio que hiciese sobre el terreno, ó la actitud del enemigo, ya de ataque ó ya de defensa, pudiera aconsejar alguna variación, y el señor López Domínguez le autorizó plenamente para que modificara el plan, en cuanto creyera más conveniente para el éxito feliz de la campaña.

De otro punto de verdadera importancia hablaron los señores Martínez Campos y López Domínguez.

Aquél está nombrado general en jefe del ejército de África.

Su acción, pues, podía salir del campo de Melilla.

Y creemos que el general Martínez Campos estaba facultado para dirigir la acción de nuestras armas por donde las exigencias de la campaña determinen.

***

Trataron los señores López Domínguez y Martínez Campos de la organización del ejército y de los mandos en campaña, acordando lo siguiente:

El ejército de operaciones se compondría por ahora de 20.000 hombres, divididos en dos cuerpos de ejército.

El mando del primero de esos cuerpos de ejército lo tendría el general Chinchilla, y el mando del segundo el general Primo de Rivera.

Sería jefe del Estado Mayor el general Macías.

Segundo jefe del Estado Mayor, el coronel Bescarán.

Gobernador del cuartel general, el general de brigada señor Aznar.

También iría agregado al cuartel general, en expectativa de encargarse del mando de una brigada, el general Luque.

Para completar los 20.000 hombres del ejército de operaciones pidió el general Martínez Campos que fueran de Cataluña los regimientos de Albuera, Luchana y San Quintín, al mando del general Molins.

De Madrid saldrían inmediatamente el batallón de cazadores de Puerto Rico con fusil Maüsser, dos escuadrones de caballería del regimiento de la Reina y cien guardias civiles á caballo al mando del general Echagüe.

Al comandante general del segundo cuerpo de ejército señor Chinchilla, se le ordenaba que designase otros dos regimientos.

Todas esas fuerzas debían estar en Melilla dentro de tres ó cuatro días.

* * *

¿Cómo no habían de cautivar al público todas estas disposiciones, todos estos acuerdos que tanto se armonizaban con los propios deseos y que probaban, ó al menos lo parecía, la resolución de emprender un verdadero movimiento de avance?

Hora era ya de que nuestros soldados muertos en el campo de batalla, ó traidoramente fusilados desde las piteras, y cuyos cadáveres se habían encontrado mutilados horriblemente, fuesen vengados cumplidamente.

El ejército reunido ya en Melilla, que había pasado en larga inacción tantos días, que murmuraba de su quietismo y pasividad, se regocijaba ante la idea del movimiento que se le anunciaba.

¿Cómo era posible que á nadie se le ocurriera que se había recurrido á uno de los más grandes prestigios del ejército para enviarle á África solamente á celebrar confe-

rencias, á ejecutar algún castigo y, finalmente, para conferirle el cargo de ir á ajustar la paz, como si fuésemos nosotros los que hubiéramos delinquido?

Esto no podía coger en la mente de nadie.

Estamos seguros, que ni aun el mismo general Martínez Campos habría aceptado aquel nombramiento á saber que no iba á añadir un laurel más, á los obtenidos en la guerra civil y en la de Cuba.

Y como que esto, como hemos dicho, nadie lo podía presumir; como que los agravios estaban latentes y nada se había hecho para lavarlos, todos creían ver ya esa serie de victorias que dejaran imperecedero recuerdo entre las hordas salvajes del Riff.

¡Cuánta desilusión había de sobrevenir más tarde!

¡De qué modo tan doloroso habían de quedar defraudadas todas las esperanzas!

* * *

Conferenciando estaba el general Martínez Campos y el ministro de la Guerra, cuando el ministro de Estado llamó por teléfono á su colega manifestándole que acababa de recibir un telegrama de Mahomed Torres, ministro del sultán, pidiendo que se permitiera á Muley Araaf refugiarse en la plaza de Melilla, en el caso muy probable de que se viese atacado por las kábilas.

El señor López Domínguez resolvió acceder á la pretensión y de ello enteró al señor Martínez Campos.

Al general Macías se le comunicaron instrucciones para que continuase la fortificación del campo, pero sin intentar operación alguna hasta la llegada del general jefe del ejército.

El comandante general de la plaza telegrafió al ministro de la Guerra, participándole que el nombramiento del general Martínez Campos lo había recibido él, así como toda la fuerza á su mando, con verdadera satisfacción.

Significativa era la petición de Muley Araaf, y con ella se demostraba la poca confianza que le inspiraba la gente entre la que se encontraba y el escaso prestigio que entre ella tenía la autoridad del sultán, de quien era representante en aquellos momentos.

Esto solo habría bastado para comprender todo lo que de su gestión se podía y se debía esperar.

Pero el Gobierno, que nada de esto había querido ver antes, tampoco lo vió entonces.

La política de balancín, el tira y afloja que en todas las demás cuestiones de política interior, había caracterizado al gabinete Sagasta, seguía imperando, y no era posible que á pesar de todos aquellos alardes de vigor y de energía, se lanzase por otros derroteros donde verdaderamente estaba la honra y el decoro de la nación.

CAPÍTULO C

Un sábado en Melilla.—Mari-Guari



EMOS un momento de tregua á la serie de desaciertos, de debilidades y de incongruencias que estamos reseñando en esta desdichada campaña de Melilla, página por cierto no muy favorable de nuestra historia contemporánea y del Gobierno presidido por el señor Sagasta.

La población hebrea de Melilla, numerosa y á la cual se debía el movimiento comercial de la plaza y las comodidades escasas que en ella habían, se ofrecía como objeto de estudio á los observadores de costumbres y á los corresponsales ansiosos de recoger detalles no muy conocidos de la generalidad.

El hebreo en todas partes es el mismo; podrá haber

modificado algo en su manera de vestir ó de mostrarse en público, pero apegado á sus tradiciones como el molusco á la roca, sigue ofreciendo los mismos caracteres en su vida íntima, en sus costumbres y en sus hábitos.

Un ilustrado corresponsal, en tan galano estilo como profundo espíritu observador, describe en estos términos un sábado entre los hebreos.

Al señor D. Manuel Paso pertenecen las siguientes líneas, que creemos han de ser leídas con interés por nuestros lectores.

Algunas de las páginas de este libro se han honrado ya con relatos de escritor tan distinguido, y la descripción que transcribimos es una bellísima muestra de su gallardía en el manejo de la pluma.

Hé aquí la delicada labor de tan castizo escritor:

* * *

«Desde ayer viernes á la puesta del sol, los hebreos cerraron sus establecimientos.

»Los balcones y las ventanas de las casas en donde viven las hebreas permanecerán cerrados hasta el anochecer de hoy.

»La ley del pueblo hebreo prohibe á sus hijos toda clase de trabajos y ocupaciones en este día, y el pueblo elegido se ocupa en el cumplimiento de sus prácticas religiosas.

»Extraña curiosidad se apoderó de mí, y aun cuando

en libros y en otros escritos ya conocía sus ritos y costumbres, anhelaba ser testigo de la tal ceremonia.

»Anduve unas cuantas callejas desorientado y sin saber á quienes preguntar, y decidíme al fin á interrogar á un hebreo que mostraba un vestido limpio y flamante traje, que no es en ellos muy usual el resto de la semana.

»Díjome que en la calle Alta tenían la sinagoga, y allí fuí, próximamente á las cinco de la tarde, hora en que acostumbran á celebrar su fiesta religiosa.

»Dudé algunos minutos antes de entrar, porque entendí que mi presencia sería allí molesta.

»Un adorador ferviente de Cristo, sin duda alguna, sería allí mirado con ojos de recelo, y si es punible el allanamiento de morada, si es abominable asaltar el corazón de la mujer de otro, es sin duda alguna el mayor de todos los delitos penetrar en templo ajeno y ser testigo impasible de sus fervores y lamentaciones.

»Impulsado por la curiosidad ascendí por una escalera mal iluminada y peor construida, y allí escuché claro un canto monótono y chillón.

»En el dintel de la puerta me detuve con cierta timidez, y sin duda alguna, Salomón, un hebreo muy conocido aquí, viendo mis incertidumbres me dijo:

»—Pasa.

»Entré y tomé asiento en uno de los bancos cerca de un rincón y junto á un hebreo de tez morena y ojos grandes y melancólicos,. el cual, viéndome con la gorra en la mano, me dijo:

»—Ponte el sombrero.

»La sinagoga de la calle Alta, está desprovista de todo adorno exterior; unos bancos rústicos, parecidos á los de nuestros teatros de verano, proporcionan descanso á los fieles; de la pared, penden enormes vasos de cristal, con candelas encendidas y dando frente, y á modo de púlpito, un panderón de madera labrada, con un paño rojo que cubre la parte superior.

»Los hebreos cantaban balanceándose de delante á atrás y haciendo continuamente cortesías.

»No es el canto suyo el canto solemne y grandioso de nuestra religión que lleva en sus notas todas las amarguras del pecador y todas las apenadas zozobras de un alma que desfallece. Tienen los cantos hebreos, al menos en lo que se refiere á la melodía, notas muy parecidas á los cantares asturianos, por la dulzura del quejido, mezclado con amargos y lánguidos dejos.

»Permanecí en la sinagoga con esa respetuosa cortesía del que está de visita.

»El *sabio*, subió á aquello que parecía un púlpito y comenzó á cantar una especie de salmo, que fué coreado por los demás fieles.

»De repente todos se levantaron, dirigiéndose á una ventana que daba al Poniente, y desde ella, con cánticos quejumbrosos, dieron el último adiós al día del sábado, que menguado de luz se rendía desfallecido más allá de las brumas negras que se levantaban en el Poniente.

* * *

Más observadores de su ley que nosotros, apegados, como hemos dicho, á la tradición, los hebreos, viviendo en todos los países, en medio de religiones distintas, despreciados unas veces, escarnecidos otras, perseguidos en muchos pueblos, han permanecido fieles á su pasado y sin perder ninguno de los caracteres distintivos de su raza.

Nosotros hemos tenido ocasión de verles, en Francia, en Orán, en Gibraltar y aun cuando las corrientes que en unas y otras poblaciones dominan, son distintas, ellos, inmutables como la roca que impávida resiste los empujes de las embravecidas olas ó de los furiosos vendabales, siguen tranquilos su camino, sin separarse un ápice de sus costumbres y de sus tradiciones.

«Sólo pude ver en la calle á una hebrea,—continúa el señor Paso, en su poética descripción.

»Dijéronme que se llamaba María.

»No la ví con la túnica verde, ni engalanada con ricas joyas, ni coronada por la simbólica mitra, como aquella Tamo, aquella hermosísima hebrea de Tetuán, codiciada por el inmortal voluntario de Ciudad Rodrigo, ví á María con vestiduras europeas, muy parecidas á las de nuestras mujeres andaluzas.

»Entre la Tamo de Tetuán y la María de la calle Alta, existen seguramente notabilísimas diferencias.

»María no ha cumplido aún catorce años y está en la plena posesión de una espléndida juventud.

»Esta virgen hebrea, es de lo más gallardo que pudieron soñar los poetas en su hora más luminosa de calentura.

»Los ojos de María son negros y húmedos como si de continuo leyeran las palabras de Jeremías, el más grande de todos los poetas, que eternamente llora, porque todo pasa y únicamente el llanto permanece.

»Las vírgenes cristianas miran al cielo, porque de él reciben luminosas orientaciones y seguros consuelos.

»Las vírgenes hebreas apenas vuelven los ojos al cielo, y si algunas veces miran, lo hacen con rubor, porque se figuran que desde allá baja batiendo sus alas de armiño el arcángel deseado, para decirles las palabras proféticas:

»¡*Dios te salve, María*!

»¡Extraña raza esta raza hebrea!

»Ni los tiempos, ni las civilizaciones, ni las costumbres, ni las leyes los modificaron ni en poco ni en nada, y asisten á nuestras grandes solemnidades sociales, como los expectadores soñolientos asisten á la representación de una comedia, deseosos de que caiga el telón para volver á la realidad de la vida.

»Los ojos de la hebrea de la *calle Alta*, si se me permite la frase, diré que son ojos que ven, pero que apenas miran; ojos soñolientos, ansiosos de cerrarse para soñar, rendido el divino cuerpo, bajo las sombras bíblicas de los sicomoros de Bethania.

»Tales han sido mis impresiones de hoy recibidas en Melilla, y quizás, ¿qué digo quizás? seguramente por puro conocidas á nadie han de interesar.

»En cuanto á la hebrea...

»Solamente le dije la segunda parte de la profecía:

»*Llena eres de gracia.*»

* * *

Personaje que aun cuando de posición humilde, ha ocupado más de una vez un lugar importante en las correspondencias de Melilla, en los telegramas, y llamado la pública atención, es Mari Guari, de quien ya nos hemos ocupado también en algún otro lugar de nuestro libro.

La circunstancia de haber sido preso, conforme ya manifestamos en otro lugar, sus servicios un tanto equívocos á nuestra causa y sobre todo, porque al retratarle, se retratan en la doblez y en la venalidad, á la mayoría de sus compatriotas, hacen necesarias las noticias que damos á continuación.

«Ha sido el hombre de un día,—decía un periódico,—ha ocupado la atención de España durante algún tiempo y bien merece ocupar un lugar en estas páginas para satisfacción de la pública curiosidad.

»No tiene historia, ni datos biográficos; es un sér más, y sin embargo ha servido de embajador de nuestras justicias, pocos días há, cuando los moros proponían una paz hija de las necesidades que les apremian.

»Mari Guari, encerrado hasta hace pocos días, con cuatro moros más, en la cárcel de Melilla, era antes de los sucesos del día 2 de octubre, un mandadero que entraba y salía á su voluntad en la plaza, conocedor de nuestra situación, apreciando nuestros movimientos, sabiendo la vida de los moros, espía á un tiempo de riffeños y españoles.

»Antes de la jornada de Sidy-Guariach, desapareció Mari Guari de la plaza, pasándose al campo enemigo.

»Después hizo varias incursiones en el campo, y presentóse ante nuestros fuertes insultando á los soldados y motejándolos de gallinas.

»Ante Rostrogordo se presentó antes del día 9, diciendo al centinela:

»—Moros no tirar hoy, mañana sí. Moros estar farrucos, vosotros gallinas.

»El desafío del moro fué tenido en cuenta, y el día siguiente, 9 de octubre, el capitán del fuerte de Rostrogordo destacó cuatro números en ala para prender á Mari Guari y sus compañeros si tenían la osadía de presentarse.

»Mari Guari cumplió su promesa, cargaron nuestros soldados y una bala española casi dió cuenta del espía, que se había refugiado en una quebradura del terreno.

»Mari Guari fué preso y llevado á la plaza mientras su compañero huía. Conducido á la comandancia general, allí pudo ser interrogado por nuestro director, á quien, ante el temor de una próxima muerte, dijo:

«Mari Guari estar cristiano, estar valenciano, amigo de los españoles.»

»Efectivamente, el origen del espía es español. Su padre era un presidiario nacido en la Marina, provincia de Alicante; de Melilla se fugó internándose en el Riff, y allí nació Mari Guari, de quien querían hacer tajadas los soldados españoles al prenderle, y con cuyas orejas se prometían amenizar un soberbio rancho; refinamientos culinarios no conseguidos, porque á ello se negó terminantemente el capitán de la fuerza que lo apresó.

»Puesto en prisión, salió hace dos días, libertado condicionalmente por el general Macías para que fuera al campo moro á participar al jefe la actitud de España.

»Ha regresado y allí continúa en la lóbrega prisión sentado en cuclillas, serio, pensativo, silencioso siempre.

»Su rostro, sin rasgos característicos, no indica pureza de tipo; su mirada entraña ruindad de espíritu, su traje desarrapado y mugriento, la pobreza de raza, más que la material, la negrura de alma más que la del cuerpo.

»¡Qué pensará Mari Guari en su prisión, de España y los españoles!»

CAPÍTULO CI

Un artículo de sensación

Conforme iban pasando los días, la situación se iba aclarando por efecto de las noticias que se recibían, y renacían los recelos, tomaban cuerpo las dudas, y se comprendía que la llegada al campo riffeño del hermano del sultán, no tenía otro objeto que buscar aplazamientos, y realizar componendas que al fin y al cabo habían de resultar favorables únicamente á los enemigos de España.

Esto era lo que resultaba algo más claro entre aquel confuso montón de noticias que circulaban.

La primera entrevista de Macías con Muley Araaf, no era más ni menos que la continuación de las repetidas anteriormente con el bajá del campo.

El motivo aparente de las entrevistas era siempre el mismo.

Solucionar el conflicto asegurando que Marruecos era muy amigo de España, que el sultán estaba dispuesto á castigar á las kábilas, que vendría con un poderoso ejército para realizar aquel acto de justicia, etc., etc.

Pero el objeto verdadero quedaba reducido á ganar tiempo y á la par, inspeccionar la clase de elementos con que contaba España para llevar la guerra al Riff, y adquirir algunos artículos de que, por efecto de la ruptura de hostilidades, se carecía en el campo musulmán.

Esta era la verdad.

Los hechos subsiguientes demostraban de un modo harto claro y elocuente, ó bien la mala fe que presidía todas aquellas entrevistas, ó bien la carencia de medios que el representante de S. M. scheriffiana tenía para reprimir á los levantiscos súbditos del sultán.

* * *

Lo mismo exactamente había ocurrido desde la llegada de Muley Araaf.

Anunciaba la llegada del sultán, ó cuando menos su resolución de castigar cual se merecían los desmanes de los rifleños, y un telegrama de Tánger, de fecha 28 de noviembre, decía así:

«El sultán continúa en las regiones de Tafilete.

»Debió detenerse en Aiturgad, con objeto de resolver

asuntos urgentes, venciendo poco á poco las dificultades que se le presentan para someter á las kábilas.

»La situación de sus tropas no es muy satisfactoria, pues no encuentra medios fáciles de aprovisionarlas, faltándole carnes y víveres.

»Cree el sultán que su hermano Muley Araaf terminará satisfactoriamente el conflicto de Melilla, mientras él ventila las cuestiones interiores de su imperio, afianzando su política frente á sus súbditos.»

¿Qué confianza podían inspirar las ofertas de Muley Araaf, ni qué esperanzas se podían abrigar cuando el jefe de Estado hallábase distraído, sofocando rebeliones en el interior del imperio, apurado por la falta de tropas y por la carencia de subsistencias y á una distancia considerable del Riff?

Esto iba haciéndose paso en la opinión general, y como es consiguiente, empezaba también á dudarse que el nombramiento del general Martínez Campos diese el resultado apetecido.

* * *

Confiado el asunto á la diplomacia, establecido el dualismo entre los temperamentos de fuerza y los de las vías afectuosas, no era posible satisfacer cumplidamente lo que el decoro nacional estaba exigiendo.

«Por lo visto,—decía un artículo publicado en *El Liberal*,—el sultán, ó no quiere ó no puede; ó está cohibido ó está ciego; ó las complicaciones interiores son tan grandes

que una dificultad exterior no es bastante poderosa para estimularlo, ó la decadencia de ese país y de esa autoridad ha llegado á su colmo.

»Mucho hay que recelar de las tretas y dilaciones de la incorregible diplomacia marroquí, pero mucho hay que temer de la disgregación, cada vez más acentuada, del caduco imperio.

»Lo hemos dicho en varias ocasiones y es ahora muy oportuno repetirlo; el imperio de Marruecos vive siempre agonizando y sólo prolonga su existencia en virtud de un *stuto quo* aceptado por diversas potencias europeas, en evitación de luchas, derivadas de un desbordamiento de ambiciones.

»Allí no hay nada; faltan todos los elementos necesarios para constituir una verdadera nación. La mezcla de razas, el carácter independiente de las tribus, adulterado con el despotismo proverbial de los monarcas; la carencia de administración pública, de leyes justas, de ejército regular, de garantías para el comercio y aun para la seguridad individual, hacen del Mogreb, no un pueblo, sino un conjunto abigarrado de seres fanáticos é ignorantes, enemigos los unos de los otros por herencia secular, enemigos de los europeos por odio inveterado, dispuestos no mas que á combatir en alas de su ciega fe religiosa, de su interés puramente personal y de su conveniencia momentánea, importándoles muy poco acuerdos, prohibiciones y tratados.»

* * *

Nada más exacto que el cuadro anterior, trazado de mano maestra por el articulista á que nos referimos.

De un país que se encuentra en aquel estado, donde de todo se carece, donde más que el espíritu nacional, domina el espíritu religioso; donde impera la personalidad más que la colectividad, porque esta misma colectividad no es más que un conjunto de tribus diversas, de agrupaciones distintas, que se aborrecen, que se hacen la guerra mutuamente; en un país semejante, repetimos, es absolutamente imposible concentrar esperanzas ni aguardar soluciones radicales.

Proverbial es el despotismo en el jefe del Estado, y únicamente por medio del rigor consigue hacerse respetar.

Pero poderes que de este modo se sustentan, ¿son estables acaso? ¿puede tenerse confianza en las promesas que hagan, cuando precisamente esas promesas se han de referir á actos que deban verificar algunas de las mismas agrupaciones poco dispuestas á obedecer?

Sin ejército permanente, compuesto el del sultán de contingentes facilitados por las mismas tribus, sin un núcleo verdaderamente organizado, ¿qué puede hacer ni cómo se había de imponer á otras tribus con las cuales quizás simpatizasen los mismos que con él habían de ir á combatirlas?

Todo cuanto se pensara respecto á este particular lo juzgábamos entonces completamente utópico, y del mismo modo seguimos juzgándolo hoy, que ajustada la paz

bien ó mal, sigue hablándose de la reunión del ejército con que el sultán pretende castigar á los del Riff.

* * *

«Desde la punta de África hasta el desierto de Sahara,—prosigue el articulista citado,—lo mismo en Sierra Bullones que en las vertientes meridionales del Atlas, el desorden, la desobediencia, la tenacidad en la agresión, el salvajismo en los procedimientos, sirven de bandera á los *súbditos fieles* de Muley Hassán, faltándole tiempo á este último para dominar insurrecciones ó *contemporizar* con kábilas levantiscas, ya en la cuenca del Buregreg, ya en las comarcas de Tafilete, ya en las inmediaciones de Tánger, como sucedió hace año y medio en Anghera.

»Los árabes, los moros, los bereberes, sólo fraternizan, únicamente se confunden, cuando se trata de combatir contra los *perros cristianos* y de oponerse á sus más legítimas acciones; fuera de esto, siempre están luchando entre sí, la guerra es continua de aduar á aduar, de kábila á kábila, de tribu á tribu, y si bien acatan humildes el poder religioso del sultán, no tienen tampoco escrúpulo alguno en disparar sus armas, resistiendo el cobro de las contribuciones impuestas por aquel soberano ó eludiendo otros mandatos suyos.

»En honor á la verdad, dichas contribuciones responden perfectamente al estado general del país; son arbitrarias, y los gobernadores que las imponen, á nombre del

monarca, cargan todavía más la mano, con objeto de sacar también pingües beneficios. De aquí proviene en el interior de Marruecos esa perturbación crónica, donde sólo resplandece el principio de autoridad á fuerza de cortar cabezas de insurrectos y colocarlas en las puertas de las principales ciudades.

»Para imponer tales castigos, ¿con quién cuenta el sultán? Ni él mismo lo sabe; las kábilas fieles en una ocasión, aparecen rebeldes en otra; el reclutamiento de soldados representa una caza de vagabundos; no hay apenas racionamiento de tropas, ni haberes, ni nada; por consiguiente, el pillaje, la crueldad y la deserción constituyen la verdadera regla en todas las expediciones belicosas del caduco imperio marroquí.

»No aparece en todo cuanto anteriormente consignamos ninguna exageración, antes al contrario, aun callamos mayores miserias. Ahora puede cualquiera formar su composición de lugar y deducir si con tales elementos, si con semejante fuerza negativa para gobernar su propio país, se encuentra Muley Hassán en condiciones de reunir pronto ni tarde un ejército numeroso, disciplinado y leal, que, según nos prometía, castigue á los riffeños.»

* * *

Todo lo que antecede es desgraciadamente de un exacto rigorismo.

No hay medio ninguno de que se realice lo preconiza-

do tantas veces y ya hemos visto todo lo que había venido ocurriendo desde los comienzos de la campaña.

Solamente bastaba con lo ocurrido desde el día 2 de octubre, para que se hubiese podido formar juicio respecto á lo porvenir.

Desde los primeros momentos, el bajá del campo mostróse afligido por lo que había pasado.

Lágrimas de cocodrilo, como dice el vulgo, que lloraba las víctimas que los suyos habían causado; pero que á pesar de esto todavía pedía que nos estuviéramos quietos hasta que viniera el remedio de donde no había de venir nunca.

Prometía que las kábilas depondrían su belicosa actitud, y las kábilas se burlaban de él y de nosotros, rebasando nuestras líneas, fortificándose en ellas y asesinando á nuestros soldados.

Y á pesar de todo esto, que estaba viéndose, que se estaba tocando, la verdad era que nada ostensible se había hecho para demostrar á aquellas hordas salvajes que habíamos ido á Melilla para algo más que para oír misas de campaña y para asistir á las entrevistas repetidas del bajá con el gobernador de la plaza.

El nombramiento del general Martínez Campos, como ya hemos indicado, parecía demostrar que realmente se iba á entrar en un nuevo camino y en el mismo ejército, como dejamos manifestado, produjo también un gran efecto.

«La noticia del nombramiento del general Martínez Campos,—decía un corresponsal,—sirvió de alivio para los males de aquí.

»Algo de pena y opresión quitóse de encima á todo el mundo. Experimentábase el efecto del que entra en la convalecencia y en cura después de una enfermedad peligrosa.

»En el Casino Militar todo eran corros y discursos para comentar la nueva. Preguntábase á los reservistas recién venidos de España. Todo el mundo consideraba la llegada del general en jefe como un acontecimiento feliz.

»Se acabarán las conferencias, las perplejidades y las dudas. El general en jefe obrará con independencia, por propia iniciativa...

»Margallo y Macías habían querido atenerse á las instrucciones del ministro y luego el general López Domínguez les ha querido hacer responsables de los descalabros sufridos. El error de estos generales fué no comprender la situación.

»Así murió Margallo, y así se hubiera anulado poco á poco Macías y por eso vienen el bajá con sus pretensiones ridículas y el príncipe Araaf con sus diplomacias africanas.

»Se decía esto y se recordaba mucho más.

»Se recordaba lo que viene ocurriendo al general Macías.

»Hace quince días, cuando pensó éste en comenzar las operaciones, pidió 300 mulos para el transporte de agua y víveres, con que tener abastecidas á las tropas que avanzaran, y que una vez tomadas posiciones no iban á retirarse por falta de ellas.

»Pues, por contestación, se enviaron 46 mulos á Málaga, y allí estuvieron ó allí están comiéndose de hambre los correajes y las mantas.

»Y cuando para esta urgencia ó para otra, el general ó el coronel Navarro reclamaban diligencia, se les contestaba que paciencia, que no hicieran caso á los periódicos que metían prisa; que no había necesidad de prisa alguna.

»Ahora todo ha cambiado, todo muestra otro color, todo es distinto. Hay más animación, más fe y más vida.

»Hay muchos jefes que han servido á las órdenes del recién nombrado general en jefe. Para muchos es un superior, y un amigo y un antiguo camarada. Para todos es un prestigio, y es un valor, y es una luz y un guía. En España podrá representar la confianza; por el entusiasmo con que se le espera aquí, casi representa la victoria.»

CAPÍTULO CII

Orden del día 28.—Nueva conferencia.—Negativa del general Macías.—Llegada á Melilla del general Martínez Campos

En la orden del día 28 de noviembre se disponía que para la recepción del general en jefe, se hicieran quince disparos de cañón por la plaza y los buques. Que por el camino, muy corto, del muelle á la comandancia general, se extendiera un batallón, con bandera y música; que la caballería formase en línea junto al muro *Equis;* y que en sus respectivos campamentos estuvieran dispuestas todas las tropas para la revista que, probablemente, pasaría el general en cuanto llegara.

El día 27 se celebró otra nueva conferencia entre el bajá del campo y el general Macías, respecto á la cual, dicen las correspondencias que tenemos á la vista:

«Como ya se sabía desde ayer, hoy, á las diez de la

mañana, se celebró la nueva conferencia del bajá y Macías.

»Venían con aquél seis moros de rey, y con ellos uno que parecía su jefe, y que llevaba un chafarote muy grande. Los primeros traían Remington y tercerolas. No describo cómo llegaron, ni cómo se fueron, porque todo se representó con la misma ceremonia tantas veces relatada, y porque estas conferencias ya cansan á todo el mundo.

»He visto hoy más de cerca á los moros de rey con sus zaragüelles blancos y remendados, y sus piernas desnudas y roñosas, á las que se adherían las moscas.

»Duró la entrevista media hora.

»El bajá quejóse al general Macías de que nuestros soldados avanzaran más allá de nuestros límites, y reclamó contra la idea de que en lo sucesivo tomaran posiciones nuestras tropas más allá de las líneas fronterizas. Pidió que entraran los moros á vender huevos y gallinas, y solicitó otra porción de impertinencias en nombre de Muley Araaf.

»A lo primero contestó Macías que también los riffeños habían invadido nuestro campo y atrincherádose en él, haciéndonos fuego; y á lo restante respondió que haría lo que estimara conveniente; negándose á toda concesión y á toda espera.

»Tal pusiéronse las cosas, que sin la tregua por fuerza que impone la llegada de Martínez Campos, hoy mismo se hubiera roto el fuego.

»Desde que comenzaron estas conferencias, nunca salió el bajá tan serio y tan pálido. Dió un grito, montó á caba-

llo, y formando los suyos en su derredor, emprendieron el trote y se marcharon.

»No había sino fijarse en la seriedad y la preocupación con que partieron el bajá y su gente, para comprender que ahora la cosa va de veras.

»Mientras el bajá conferenciaba con Macias, llegó el sargento de tiradores de Ceuta.

»Habló un momento con los moros y con su antiguo amo Cervera, y se marchó á la plaza. Volvió al poco rato. Traía puesto un jaique amarillo obscuro, muy bonito, que le daba un marcialísimo continente, y cuando la comitiva salió, se marchó con ellos y con Cervera á acompañarles hasta los últimos límites del campo.

»También se trató del príncipe tuerto en la conferencia de esta mañana.

»Dice el príncipe que no se considera seguro ni dueño de sus actos entre las kábilas, sobre todo si se rompe el fuego.

»Macías ofreció de nuevo para él seguro asilo en nuestra plaza, donde encontraría acogida digna del hermano de un soberano amigo.

»De este modo, el cacareado Muley Araaf, que había de someter á las kábilas, tiene que acogerse al amparo de los españoles.

»Cuéntase que los tiquis miquis, las súplicas, las protestas, las palabras y consideraciones del bajá, fueron infinitas, llegando á consumir la paciencia de estos generales, tan hechos á semejantes embajadas.»

*
* *

Otros telegramas que obran en nuestro poder, referentes á la entrevista y hechos ocurridos en el campo, se expresan así:

«Ayer á las nueve de la mañana aguardaba el general Macías en la puerta de Santa Bárbara al bajá del campo para celebrar la anunciada conferencia.

»El bajá no llegó hasta las diez, llevando el mismo acompañamiento de siempre, seis askaris y un caid de caballería.

»La conferencia se celebró en la caseta que tienen los moros de la Aduana y duró próximamente una hora.

»Jefes, oficiales y soldados formaban grupos alrededor de los moros, que se las dan de muy amigos nuestros. Toman nuestro tabaco y nos entendemos con ellos por señas.

»En la conferencia, según luego se supo, pidió el bajá lo de siempre: que no hagamos el fuerte hasta que llegue el ejército del sultán; que no se aproximen las parejas de caballería á los límites, por temor á las agresiones que pudiera haber, y otra porción de cosas, entre ellas la de que se deje entrar en la plaza á los moros vendedores.

»Macías contestóle que no podía dar respuesta categórica; que mañana llegaría un nuevo general, que sería el encargado de responderle.

»Ha llamado nuestra atención que el bajá estuviera acompañado de Cervera y el sargento moro Jach, el cual,

después de hablar con ellos, se vistió con un traje de camino y los acompañó á Frajana.

»He preguntado al estado mayor la causa de este viaje, y me dijeron que obedecía á las relaciones diplomáticas, entabladas con Mahomed Torres.

»La sección de presidiarios mandados por el capitán Ariza recorrió esta mañana todos los límites del campo, entrando por Cabrerizas Altas y volviendo por la playa de San Lorenzo. No les ocurrió incidente alguno.

»Hacia Mazuza y en los terrenos inmediatos á la colonia de Casablanca encontraron pastando en nuestro territorio siete vacas.

»Trajéronlas á la plaza, y esto fué causa de que no viniese el bajá á la hora indicada para la conferencia, pues se entretuvo en el campo, pidiendo al general que se las devolvieran.

»Creo que no lo consiguió.»

* * *

Otro de los telegramas á que hacemos referencia ocupándose de un suceso ocurrido á uno de los corresponsales que había en el campo, consignaba lo siguiente:

«A consecuencia de la detención de un paisano, se han encontrado pliegos de los moros que debían ir dirigidos al general Macías.

»Nuestro compañero D. Eduardo Muñoz fué llamado á declarar y detenido después en el cuerpo de guardia, don-

de se le trató con consideraciones. Parece que fué la causa haber telegrafiado el hallazgo, á su periódico.

»Todos los corresponsales le acompañamos, sintiendo hondamente que se le haya detenido por un asunto en que no tuvo participación.

»Continúan los trabajos de atrincheramiento frente á los fuertes, protegidos por una batería de montaña y la brigada que manda el general Montero, compuesta de los regimientos de infantería de Saboya y San Fernando, quedando toda la noche acampadas dos compañías de este último regimiento.»

* * *

El crucero *Alfonso XII* abandonó las aguas de Melilla para recoger en Málaga al general Martínez Campos, á quien se esperaba con vivísima impaciencia en África.

De él esperaban mucho la nación y el ejército, y como prueba de la manera que tuviera de apreciar los sucesos en nuestro campo, decía una correspondencia de Orán que obra en nuestro poder, de fecha 22 de noviembre:

«No se habla en esta colonia de otra cosa que de la contestación dada por Muley Hassán, con las deficiencias y evasivas que informan la rastrera política moruna. Entre tanto van á cumplirse dos meses sin que en este lapso hayamos desempeñado otro papel que el de la defensiva, esperando que los moros se echen encima para hacerlos retirar, y nada más.

»Las kábilas tienen en jaque á nuestros valientes soldados, y la condescendencia de España no debe llegar hasta el punto de tolerar que los bárbaros sigan menospreciándonos; es preciso abandonar ese procedimiento lento... lento... lento... que nos aniquila, y decidirnos de una vez á hacer sentir á las turbas berberiscas todo el efecto de nuestro poder.

»Tenemos en África glorias que conservar, tradiciones que sostener, y ahora ofensas que vengar. España entera, en momentos tan críticos, pide uno y otro día hombres, hombres que vuelvan presto por su honor, con fuerza de puños y sangre muy roja en las venas. Con estos elementos, que nunca faltan en nuestra patria, saldremos victoriosos en esta empresa, que nada impide sea gloriosa más que los procedimientos tardíos, raquíticos, pobres hasta ahora de toda savia, de toda práctica, de toda actividad.

»La explosión del sentimiento nacional en Orán es unánime y unánime es también el deseo de todos los españoles, de que se enseñe á los marroquíes como se tiñe el verde. Si la hora se acerca, que suene cuanto antes; todos la esperamos con gran emoción.

»De personas fidedignas llegadas de Melilla y del interior de Argelia, hemos adquirido hoy mismo estas noticias:

»Los riffeños continúan recibiendo refuerzos; lejos de deponer su actitud belicosa, la audacia de estos salvajes va en aumento cada día. Dícese que por la ría de Tetuán se introducen armas en gran cantidad, y que un barco que conduce ametralladoras para el Riff, navega por aguas

africanas. Impónese la necesidad de que nuestros cañoneros vigilen sin descanso toda la costa, desde Tánger á Orán.»

* * *

La llegada del general Martínez Campos á Melilla fué un acontecimiento de verdadera importancia, según vemos en una correspondencia del señor Martos de la Fuente, refiriéndose á este acto.

«Desde que aquí se supo el nombramiento y viaje del general Martínez Campos para ponerse al frente del ejército, todas las conversaciones versaban sobre el acuerdo del Gobierno, comentándose muy favorablemente por parecer sumamente beneficioso para la patria y el ejército.

»Desde muy temprano los muelles estaban llenos de curiosos. Todos aceleraron sus ocupaciones diarias con objeto de estar francos para cuando llegara el general.

»Cuanto se diga acerca de la íntima satisfacción que sienten las tropas, resultaría pálido.

»Súpose que había salido de Málaga á las diez de la noche, y que á consecuencia del estado del mar no podría llegar hasta la una de la tarde.

»El Levante que corre es muy fuerte, siendo causa de que no puedan descargar los buques.

»Todas las embarcaciones que esperan en el puerto están engalanadas con banderas.

»A la una y media aparece á la vista el *Alfonso XII*, que sortea el temporal marchando con rumbo hacia Chafa-

rinas; en aguas del cabo tres Forcas, vira, poniendo la proa hacia Melilla.

»Corresponde hacer los honores, á la llegada del general, al regimiento de Borbón.

»Una compañía con bandera y música forma en el muelle, y otras dos cubren la carrera, dando frente la última al Gobierno militar.

»Los muelles han sido limpiados, suspendiéndose toda operación de desembarque.

»Los jefes y oficiales francos de servicio, se hallan esperando.

»Los torreones y murallas llenos de curiosos, presentan animadísimo aspecto.

»Los moros que observan desde las alturas nuestra alegría, presagiarán, sin duda, una desgracia.

»En el muelle esperan los generales Macías, Berriz y Ortega. Los demás están al frente de las tropas formadas en el campamento.

»Los Dragones de Santiago forman en el Mantelete.

»Cuando el *Alfonso XII* estaba á tres millas, salieron en un bote del *Venadito*, remolcados por una lancha de vapor, el señor Díaz Moreu, el coronel Navarro, un ayudante del gobernador y el señor Arderius, teniente de artillería, sobrino del general Martínez Campos. Adelantan con muchísimo mar, teniendo que esperar á que fondeara el barco, que lo hizo á las tres y media.

»El *Alfonso XII* arbola en el palo mayor insignia de

capitán general y en el de mesana, de comandante de la escuadra.

»Cuando atracamos los periodistas al costado del crucero, la música de á bordo tocaba un paso doble. El general estaba en la toldilla, donde recibió á los que fueron á saludarle. El general estuvo largo rato hablando con el coronel Navarro.

»También saludó al general Martínez Campos el comandante del *Isla de Cuba*, que se trasladó en un bote al *Alfonso XII*.

»Apenas el general abandona la toldilla, dirigiéndose á la escala, la música de á bordo deja oir los solemnes acordes de la Marcha Real. Está formada una brigada de infantería de marina.

»Martínez Campos se despide afectuosamente del almirante de la escuadra y de la oficialidad del crucero.

»A pesar de los fuertes balances, baja rápidamente la escala y entra de un salto en el bote. Le acompañan, á más de los que fueron á esperarle, el general Luque y los ayudantes O'Donell, duque de la Seo de Urgel y D. Felipe Navarro.

»El barco dispara los 15 cañonazos de ordenanza y arría la enseña del general.

»Tardamos quince minutos en llegar á tierra.

»Los botes desaparecían entre torbellinos de espuma, volviendo á aparecer en la cresta de las olas.

»Las murallas y el muelle, donde no cabía uno más, presentaban un soberbio golpe de vista.»

CAPÍTULO CIII

Los deseos del general Martínez Campos.—Orden de la plaza.—Entrevista del general en jefe con Muley Araaf.—Preparativos.—Libertad de los periodistas



Por los relatos que anteceden, puede comprenderse el entusiasmo que la presencia del general Martínez Campos produjo entre los soldados.

«En el primer escalón del embarcadero,—prosigue la correspondencia que tenemos á la vista,—esperaban los generales Macías, Ortega y Berriz.

»La plaza dispara quince cañonazos: la banda de Borbón bate Marcha Real: el momento es solemne: no resuena un viva, pero el silencio religioso que guardan millares de personas demuestra la impresión vivísima que embarga todos los corazones.

»El general, con su acompañamiento, cruza entre las filas de soldados, que presentan las armas, y llega al Gobierno.

»A los diez minutos de entrar el general, exclamó:

»—Que se arme ahora mismo mi tienda de campaña y la de mis ayudantes: quiero dormir esta misma noche en el campamento.

»Mientras Martínez Campos conferencia con Macías, el señor Navarro sale á preparar el alojamiento de campaña.

»En seguida el general mandó poner en la orden de la plaza una sentida y concisa alocución á los soldados, diciendo que España espera alcanzar la satisfacción debida de aquellos que han vulnerado sus derechos, y que no necesita estimular al ejército, cuyo valor conoce, y en cuyas virtudes y disciplina confía para alcanzar el triunfo.»

* * *

El día siguiente, sabíase ya que se había de verificar una entrevista entre Martínez Campos y el hermano del emperador.

«Y se sabía,—como dice el señor Martos de la Fuente,—porque El Hach trajo anoche el encargo de pedir una conferencia.

»A las siete de la mañana vino un moro á pedir hora, contestándosele que el general fijaba la de las diez de la mañana.

»El comandante de ingenieros señor Cervera dirige la

instalación de la tienda en el llano del campo de Instrucción.

»El general salió á las ocho de la mañana á caballo, acompañado sólo de Macías y del coronel de estado mayor.

»Recorrieron la batería y fortín de Santiago, Higuera Santa, fortificación X, cerro de las Chumberas, Cabrerizas y campamento de las Horcas. Volvió por el Polígono, dirigiéndose al cementerio. Allí estaba cuando llegó Muley Araaf.

»Eran las diez de la mañana. El hermano del sultán apareció en la boca del río con el mismo acompañamiento que los días anteriores.

»A las diez y cuarto llegó á la tienda saliéndole al encuentro los intérpretes, los cuales le indican que el general está muy cerca y que ya está avisado.

»Al llegar Martínez Campos desmontan el príncipe moro y el bajá, y cambiados los saludos, entran en la tienda Muley Araaf, Martínez Campos, Macías y los intérpretes.

»La conferencia duró una hora, formulando en ella el príncipe las mismas peticiones que en las anteriores, celebradas con el general Macías.

»El bajá se colocó á la puerta de la tienda, conociéndosele que estaba escuchando la conversación.

»Un moro del acompañamiento del príncipe, mejor vestido que los demás, sufrió un vahido y cayó redondo al suelo. Un médico se acercó y le prestó los primeros auxilios.

»También se acercó un santón, cuya expresiva mímica,

dirigiendo las manos al cielo, llamó mucho la atención.

»Bien fuera por Alá ó porque el accidente no revistiera importancia, el moro estaba bien á los pocos minutos.

* * *

»Entre las personas que figuraban en el acompañamiento del príncipe, se hallaba Alí Kerduki, moro de los más importantes, que ejerce funciones de intendente del sultán, el cual estuvo hablando largo rato con el comandante Cervera.

»Supo que le habían hecho un retrato, y pretendió que se lo entregaran. También preguntó á Cervera si el general Martínez Campos era ministro de la Guerra, y habiéndole contestado que «era aún más», demostró con expresivos signos su admiración.

»Muley Araaf ofreció á Martínez Campos un magnífico caballo tordo que el general no aceptó.

»El príncipe salió muy contrariado de la conferencia.

»Macías le acompañó hasta muy cerca de los límites.

»Cuando Martínez Campos cruzó por delante de los askaris, éstos presentaron armas con gran torpeza, recordándonos los ejercicios de los soldados de una popular zarzuela.

»Terminada la conferencia, se quedó el general un buen rato en el llano de Instrucción, rodeándole mucha gente deseosa de oirle.

»No nos atrevíamos á preguntarle el resultado de la con-

ferencia, aunque bastaba ver su alegría para comprender que no hubo avenencia.

»No sé de dónde salió un viva á la reina y otro al general; ambos fueron contestados con entusiasmo.

»Sin que nadie se dé cuenta de ello, es lo cierto que todos estamos contentos y esperanzados.

»En la conciencia de todos está la creencia de que de aquí en adelante obraremos con la energía de un pueblo digno.

»Ha causado muy buen efecto que el general no haya aceptado el obsequio de Muley Araaf.

»¿Acaso no es nuestro enemigo, aunque encubierto?

»¿Siente el ejército más simpatía por el sultán que por los riffeños? No; ¡con cuánto gusto recibiría la orden de ir contra él!

»El general Martínez Campos telegrafió inmediatamente al Gobierno el resultado de la conferencia.

»Los oficiales de estado mayor estuvieron hoy buscando sitio á propósito para acampar diez regimientos.

»Todas las fuerzas han sido provistas de raciones para cuatro días.

»La versión más segura sobre la conferencia del general Martínez Campos con Muley Araaf, es la siguiente:

»Éste insistió, una vez más, sobre el aplazamiento de las operaciones, á cuya petición se negó el general.

»Araaf ofreció hacer todo lo posible para que las kábilas no atacaran á nuestras tropas, pero sin dar seguridades de ningún género ni tampoco rehenes.

»El general debió decirle que apenas sonara el primer disparo, nuestras fuerzas atacarían hacia el campo moro, tomando al efecto las posiciones convenientes, estuvieran ó no en el territorio español.

»Esta promesa contrarió bastante á Araaf.»

***

Puede comprenderse muy bien la alegría que había en el ejército desde el momento en que se hizo público que el día siguiente debían empezar las obras para reconstruir el fuerte de Sidy-Guariach.

Para este efecto debían pasar á dicho sitio fuerzas de ingenieros y además de la indispensable para contestar al ataque, si lo hubiere.

Estos preparativos levantaron el ánimo del ejército, mostrándose todos de enhorabuena.

»Mañana, pues,—decía un corresponsal,—sabremos de una vez la actitud que adoptan los riffeños y lo que hace Muley Araaf.

»Las obras siguieron hoy como siempre.

»Los trabajos fueron protegidos por los regimientos de Wad-Ras y Canarias, y una batería de artillería.

»En las obras se ocupan dos compañías de ingenieros y 100 penados.

»A las ocho de la noche sonaron algunos disparos hacia el fuerte X, donde quedaron dos compañías de Wad-Ras.

»Los disparos procedían de algunos soldados bisoños.

»El capitán Ariza ha cogido un moro próximo al cerro de Santiago.

»Este prisionero marchaba con otro que escapó.

»Una comisión de corresponsales, formada por los señores Montes, Soriano, Mencheta, Saint-Auben, Morote y el que subscribe, hemos visitado al general Martínez Campos en nombre de los demás periodistas.

»El general nos recibió con suma amabilidad.

»Después de haberle dado la enhorabuena por su nombramiento, le pedimos la libertad de nuestros compañeros, así como algunas facilidades para la información.

»Todo fué concedido dentro de los límites de la prudencia.

»El fiscal que entiende en la sumaria, informó que no envuelve delito la conducta de los periodistas señores Muñoz y Molina; éstos fueron puestos en libertad.

»El general deseaba que utilizáramos el cable, pero los telegrafistas dijeron que no podía resistir el hilo el exceso de ese trabajo.

»Respecto á la conferencia, manifestó que había hecho esfuerzos imposibles para llegar á un acuerdo, quedando muy en alto el honor de España.

«Si se rompieran las hostilidades,—añadió,—lo sentiría como general en jefe, pero me alegraría como soldado.

»Mañana iremos á Sidy-Guariach; no creo que nos ataquen; pero si lo hacen, contestaremos.»

»También dijo que desde España se creía podía hacerse

en Melilla más de lo hecho, pero que después de haber visto esto, ha quedado satisfecho de lo efectuado.

»Hicimos otra vez presente al general Martínez Campos nuestras felicitaciones, retirándonos muy agradecidos á su afecto.»

***

Los penados de la guerrilla Ariza estuvieron en la noche del día 29, en las obras en construcción.

El día anterior dieron parte de haber desaparecido un penado; primero creyeron que se trataba de una fuga, pero después dijeron que se despeñó por un barranco, al recorrer ayer los límites, quedando muerto.

Por primera vez fueron devueltas las vacas cogidas á los moros.

A la una de la tarde llegaron dos moros con una carta del bajá para el gobernador, suplicándole dejara comprar los artículos que traían en una nota.

Se accedió á lo solicitado y compraron entonces café, pimienta, velas, jabón, tinta, fósforos y mucho té y azúcar.

Gastaron 45 duros, que pagaron en monedas españolas, muy mohosas, cual si hubieran estado enterradas.

A la llegada de los moros corrió el rumor de que Muley Araaf pedía acampar dentro de la línea de nuestros límites.

«Pero esto resultó completamente falso. Araaf,—decía el señor Martos de la Fuente,—está muy seguro entre las

kábilas, y puedo asegurar que de ellas recibe, no sólo *mimos*, sino también dinero.

»Me han dicho que Araaf ha ofrecido á las kábilas, para que nos dejen construir tranquilamente el fuerte de Sidy-Guariach, que el sultán les hará enfrente otro fuerte para ellos.

»A los moros ha acompañado á Frajana, el sargento El Hach.

»Las fortificaciones siguen con la misma actividad, protegiéndolas una brigada y una batería de artillería de montaña.

»El *Temerario*, no pudiendo sostenerse por el temporal, marcha á Chafarinas.

»Ayer no salió el correo para España, quedando detenidos en ésta los telegramas.

»Durante la noche llovió horrorosamente, continuando en aumento el temporal.

»Al amanecer, los buques salían para Chafarinas.

»Próximo al rompeolas se ocupaban los soldados en transportar leña á los almacenes.

»Un golpe de mar arrebató al soldado del regimiento de la Constitución, Cláudio Langa, sosteniéndose sobre el agua gracias á un madero al que se agarró.

»Así estuvo durante un cuarto de hora, hasta que el patrón del laud *Jerónima*, Jerónimo Fernández, con grave exposición de la vida, así como los marineros Gaspar Chacón y Miguel Muñóz, le sacaron del agua cuando ya estaba casi desfallecido.

»El soldado sufrió una fuerte contusión en la cabeza.

»Cito el nombre de los marineros, por haberse hecho merecedores de elogios ante su humanitario y heroico comportamiento.

»El pailebot valenciano *Ballena*, fué abandonado por su tripulación, la cual pidió auxilio.

»De todos los barqueros, sólo Joaquín Peinado se atrevió con su falucho á auxiliarlos.

»El crucero *Conde de Venadito* resistió el temporal.»

CAPÍTULO CIV

El día 30 de noviembre.—Las tropas dispuestas para el avance.—Conferencias.—Trabajos en el fuerte de Sidy-Guariach

No se presentaba bajo los mejores auspicios el proyectado movimiento de avance para el día 30, según dijimos en el capítulo anterior.

Toda la noche del 29 estuvo lloviendo terriblemente, y gracias á que al amanecer abonanzó el tiempo, volvieron á reanimarse las esperanzas de que la operación proyectada se podría llevar á cabo.

«El mar,—dice la correspondencia que tenemos á la vista,—presenta un aspecto tranquilo. Vuelven los barcos que tuvieron que refugiarse en Chafarinas.

»El *San Agustín* empieza á desembarcar los regimientos de Soria y de Granada.

»El vapor *Triano* llega, conduciendo 2,000.000 de cartuchos Maüsser.

»El general Martínez Campos hace una visita al hospital de heridos, y les dirige palabras expresivas de consuelo á casi todos. Estos dan muestras de enternecimiento y gratitud.

»Después ha visitado á S. A. el infante D. Antonio.

»Todas las fuerzas están preparadas para salir á las once de la mañana.

»En los trabajos del fuerte X, y en el sitio llamado de La Higuera Sagrada, están desde el amanecer una compañía de ingenieros, con penados y la brigada de Moreno Monroy, con una batería de artillería.

»A las once de la mañana sale el coronel de estado mayor señor Navarro y el capitán señor Rojo, tres compañías de ingenieros mandadas por el señor Santa María, una sección de telegrafistas al mando del señor López Lomo, y cuarenta penados albañiles, con útiles de trabajo. Todos marchan en dirección de Sidy-Guariach.

»Detrás, y por distintos caminos, marchan la brigada de Ortega, compuesta de los regimientos de Borbón y Extremadura, y el batallón Disciplinario, mas la batería de montaña de Cervelló, afecta á la brigada, y la de Montero, compuesta de los regimientos de Saboya, San Fernando y Mallorca, y la batería del segundo de montaña, que le está afecta.

»La primera quédase á 500 metros más á la avanzada del fuerte de Camellos, situándose á la derecha; la brigada

Montero avanza también otro medio kilómetro á la izquierda del fuerte.

»Las tres compañías de ingenieros siguen avanzando.

»Cerca de Sidy-Guariach se despliegan en guerrillas, colocándose la compañía del capitán Riles en posición de proteger á las demás.

»Los primeros que llegan al sitio donde estuvo la caseta, varias veces destruida por los moros, fueron el coronel Navarro y el capitán Rojo.

»El general Martínez Campos, acompañado del bajá, que había ido á esperarle á la boca del río, llega también adonde estaban los ingenieros.

»Acompañado de un ayudante, con el coronel Navarro y el bajá, adelántase hasta la línea de los límites. Allí por señas, pues todavía no habían llegado los intérpretes, el bajá dice al general que los moros no harán fuego, pero que el cristiano no debe pasar de allí.

»Martínez Campos contesta, que nosotros tampoco haríamos fuego si los moros no atravesaban la frontera.

»Es un cuadro interesante el que forma el grupo, compuesto por Martínez Campos, Navarro, el ayudante y el bajá, en medio del campo y entendiéndose por señas, de las cuales depende que se entable un combate sangriento.

»Llegan luego los intérpretes. El bajá, entonces, dice que su amistad á España es constante; que España tiene perfecto derecho para hacer el fuerte, porque el terreno se lo compró el sultán á los riffeños y se lo cedió á España.

»El general contesta que también es amigo del sultán,

y que cree tanto en la palabra de los moros, que no ha tenido inconveniente en llegar hasta allí solo, adelantándose al ejército, en la seguridad que no le dispararían.

»Da orden á los ingenieros de que no hagan fuego si no disparan antes los moros, y que empiecen seguidamente los trabajos de construcción del fuerte de Guariach.

»Después le dice al bajá que él retirará por la noche los soldados para evitar alarmas, pero que seguirá construyendo el fuerte al otro día.

»El bajá contesta que pondrá una guardia mora por la noche, á las obras, para evitar que los rateros roben las herramientas ó los díscolos echen por tierra lo que se haya construido.

»El general les mandará una tienda de campaña, y como obsequio á los que guarden por la noche los trabajos empezados, les enviará café, tabaco y azúcar.»

***

A pesar de todos estos ofrecimientos, la verdad era que aún cuando se daban repetidas muestras de afecto así el general en jefe como el príncipe, si bien los moros no hacían fuego, tampoco se veía como inmediato el castigo de los autores de las ofensas anteriores.

La misma correspondencia á que veníamos refiriéndonos, dice en otro lugar:

«El general Martínez Campos dice al bajá que se ha enterado de que unos presidiarios mutilaron brutalmente

á un moro, á quien cogieron anoche sin que hiciera armas contra los españoles. Añade que está haciendo averiguaciones y que fusilará al culpable.

»El bajá intercede en favor del presidiario, pidiendo que no le quite la vida.

»El general se niega, añadiendo que ni en el caso de una acción permitirá nada semejante para conservar la disciplina del ejército.

»Después de una serie de mutuos cumplidos, se retira el general con sus ayudantes.

»Unos momentos más tarde, hemos visto llegar á los moros que forman la guardia de Muley Araaf y se extienden en la línea de los límites, quedándose del lado allá y cuidando de que ningún moro los traspase.

»El caid ha venido luego á nuestro campo, pidiendo con encarecimiento que los soldados no digan nada ofensivo ni insultante á los moros y moras que pasan por el camino muy próximo á los límites y que une á Frajana con Mazuza.

»Hablando á solas alguno con el bajá, ha dicho éste que tiene orden del sultán de llamar á las kábilas del interior para castigar á los riffeños, si éstos atacaban á los españoles, y que no las ha llamado porque está seguro de que no atacarán.

»Respecto á los desmanes pasados, dice que espera al ejército del emperador para castigarlos.

»Después de esta conversación hemos dado algún tabaco á los soldados del bajá, y éstos lo han aceptado, dando muestras de regocijo.

»Los ingenieros y penados acopian material y empiezan el replanteo.

»La sección de telegrafistas monta un telégrafo de campaña, y cada media hora telegrafían: «no hay novedad.»

»Martínez Campos está en el cuartel general, establecido en Camellos.

»Casi todas las fuerzas de Melilla están en el llano de instrucción, con los generales Rivera y Castillejo. El regimiento de Santiago forma también.

»A las cuatro de la tarde empiezan á retirarse de Guariach los ingenieros y las brigadas Ortega y Montero sin novedad.

»Es muy pronto para hacer juicios; pero la actitud de los moros tan pacífica y el escasísimo número de ellos que había en sus trincheras, hace creer hoy, que haremos el fuerte sin que nos hostilicen.

»Queda, por tanto, la cuestión de Melilla reducida á la mitad.

»Para concluir, referiré un detalle que muestra señaladamente la actitud del campo enemigo.

»Se desbocó un caballo y escapó bastante más allá de la línea. Salieron los moros detrás de él, lo sujetaron y lo trajeron á nuestro campo.»

***

Verdadera sorpresa tenía que causar, después de todo lo que había pasado, que nuestro ejército ejecutara el

movimiento de avance ordenado por el general, que se empezara la construcción del fuerte, objeto del litigio armado, y que los riffeños permaneciesen impasibles ante todo esto, que realmente era una provocación.

Este primer paso del general Martínez Campos, tenía que ser bien acogido por la opinión.

España debía hacer sentir todo el peso de su cólera, en el caso de que los moros hubieran intentado la más leve agresión.

El bajá del campo había prometido, jugando su cabeza, que las kábilas permanecerían tranquilas y aun cuando el ofrecimiento no era por cierto de gran importancia, el caso era que las kábilas nada hicieron.

¿A qué podía obedecer esto?

¿Qué influencia ó que razón pudo existir para que los bravucones del día anterior, los que apenas veían un soldado al alcance de sus armas, se apresuraban á disparar, se mantuvieran en tan pasiva actitud?

No se comprende verdaderamente.

Si era por temor, éste no se explica, cuando el día antes á la llegada de Martínez Campos, todavía estaban disparando.

Si era por obedecer órdenes del príncipe, tampoco se concibe, puesto que éste desde su llegada les había manifestado á los riffeños los mandatos del sultán, amenazándoles con su castigo si persistían en su actitud.

Y sin embargo, persistieron, en términos que se dijo que el príncipe no se consideraba seguro entre los suyos.

Pero fuera de ello lo que quisiera, que de estos había muchos misterios en la guerra de que nos ocupamos, era lo cierto que los infieles nada hicieron contra los nuestros y el pabellón español ondeó en el mismo sitio donde recibió el primer ultraje.

***

Lo que ya no encontramos, y permítasenos á nosotros que no somos ordenancistas, no encontramos plenamente justificado, es el rigor que acusaba la promesa hecha por el general al bajá, de que haría fusilar al que mutiló al moro á quien sorprendieron los penados.

Respecto á este hecho, decía el señor Martos de la Fuente:

«Un penado de la guerrilla de Ariza cogió prisionero á un moro, y después de golpearle brutalmente, le cortó ambas orejas.

»El moro se llama Amadí y es tanto más grave la acción del penado, porque la víctima resultó ser un confidente de Macías, amigo de España y además condecorado por anteriores servicios.

»Amadí, al llegar al Hospital, donde encontró al general Macías, se querelló amargamente de haber sido tratado por españoles, á los cuales tiene tanta ley, con tal salvajismo.

»Martínez Campos se indignó al tener noticia del hecho y en el acto mandó instruir sumaria.»

No pretendemos por ningún estilo paliar ni defender la acción del penado, que tal acto de salvajismo cometió con el moro Amadí, y creemos que digno se hizo de ejemplar castigo.

¿Pero acaso los moros trataban de mejor manera á los penados que caían en su poder?

¿Podremos exigir en gentes que en el mero hecho de hallarse en aquella penitenciaria, ya se comprende que lo estaban por crímenes que desde luego revelaban sus perversos instintos; podremos exigir, repetimos, que tuviesen la calma y la prudencia suficientes para saber respetar á un enemigo indefenso, siquiera este mismo enemigo se hubiese ensañado poco antes con sus mismos compañeros?

Creemos que cuando menos, fué pretender dar demasiada satisfacción á los moros mostrarse tan duro con los propios, cuando tantas consideraciones se habían tenido con los extraños.

***

Respecto á todo lo demás realizado por el general Martínez Campos en el breve espacio que hacía que llegara á África, no puede merecer sino nuestros plácemes así como los obtuvo de toda la nación.

El Liberal decía en un artículo publicado al recibirse las noticias de la primera conferencia con el príncipe Araaf y al movimiento de avance del ejército y entrevista posterior con el bajá del campo:

»El general en jefe del ejército de África telegrafió ayer á la una de la tarde:

«He estado hablando con el bajá en el límite del campo. Se han empezado á mi vista los trabajos de Sidy-Guariach.»

»El general en jefe confirma su carácter, en la concisión y sencillez del telegrama.

»Dice, como supusimos nosotros, *aquí he llegado*, no *allá voy*.

»Y ha llegado, en efecto, al que es límite de nuestros dominios en el campo de Melilla, y al que es límite infranqueable ó franqueable, de la paz ó la guerra.

»Reconózcase, no por nosotros solamente, por el imperio marroquí y por las potencias interesadas en la cuestión occidental, que el primer avance del general Martínez Campos es más correcto que una Nota diplomática, y más legal que cualquier intachable alegato jurídico.

»La corrección y la legalidad singularizan el primer paso en el avance del general en jefe.

»Ha empezado,—como diría un jurisconsulto,—por reponer la cuestión en el punto y forma que la mantenía nuestro derecho el día 2 de octubre.

»Ha prescindido de la invasión de los riffeños, de la violación del territorio, de las sucesivas agresiones, de la sangre deslealmente derramada; de todo lo que nos podía impulsar á la violencia, á la represión y al castigo.

»El día 2 hacíamos un fuerte afirmados en nuestra garantía posesoria. Ayer, con un ejército pertrechado para

invadir y conquistar, fuertes para todo, se limitó nuestra energía á avanzar al frente, presentarnos ante el enemigo como fuerza que recoge un reto y reanudar las obras estorbadas.

»Esa ha sido nuestra actitud, tan firme como digna, y como irreprochablemente legal.

»No podrá decirse por ninguno, ni que hemos dejado ni un instante de ser pacienciosos y prudentes, ni que nos seduce la aventura, ni que nos persigue el sino de perturbar la paz de Europa.

»La paz la perturbará en todo caso la bala de un fusil riffeño; la perturbará la insidia, la demora, la doblez, la trapacería de la política marroquí; la perturbará el que se desconozca lo que se nos debe y el que se desatiendan nuestras justas reclamaciones: no la perturbamos nosotros.

»Nosotros, según el telegrama del general en jefe, estamos en el límite de la legalidad, en el límite de nuestros dominios y en el límite de las resoluciones á que nos obligue la agresión.

»Por lo mismo, por lo que representa en la justificación de los sucesos que puedan ocurrir, de todas veras celebramos el proceder del general en jefe del ejército de África, que con pie seguro y con ánimo exento de intemperancia y violencia, ha avanzado á donde debía ir, dispuesto á ir á donde se le provoque.

»Su actitud debe ser también la del Gobierno en la negociación pendiente, pues el conflicto no termina, si por fortuna llega á terminar sin que se derrame ni una gota

de sangre, con la construcción del fuerte, cuyas obras han sido ya reanudadas: termina al hacerse efectiva la solvencia del gobierno marroquí en cumplimiento de lo que se nos debe por el tratado de Wad-Ras, que hora y ocasión es de que se cumpla por entero, y se asegure, no con palabras, que nada significan, ni con promesas, que nada valen, sino con obras y preseas que se deben exigir é imponer.

»Nuestro ejército, aun sin combatir, si por fortuna se llegara á esto, que aún es muy pronto para confiar en tan dichosa esperanza, puede y debe hacer mucho y no debe retirarse sin hacerlo.

»Puede, por su sola virtualidad, hacer que se dé á España todo lo que justificadamente exige y evitarle en lo futuro nuevas complicaciones.

»De igual modo que con segura planta se ha dado el primer paso, con igual firmeza se ha de dar el último.»

CAPÍTULO CV

Primeros disparos hechos en Melilla después de la llegada del general Martínez Campos.—El penado José Farreny.—Detalles.—Su ejecución



UISIÉRAMOS, francamente, borrar de la historia de esta campaña, la página que vamos á escribir; pero á fuer de imparciales cronistas, no nos hemos atrevido á hacerlo.

Nos referimos á la ejecución del penado José Farreny, de cuyo delito nos ocupamos ligeramente en el capítulo anterior.

Todas las correspondencias de Melilla ocupáronse extensamente respecto á este suceso, y al señor D. Luís Morote pertenece la interesante descripción que sigue, con todos sus detalles:

«Escribimos bajo una penosísima impresión. Aún resuena por el campo la descarga por la cual ha muerto un español que había, sin duda, cometido una falta horrenda,

incompatible con la conducta que ha de seguir un ejército civilizado.

»Anoche, á las nueve, celebróse el Consejo de Guerra para juzgar á este desdichado.

»Se llamaba el penado José Farreny Riera. Era natural de Alguaire, partido de Balaguer, provincia de Lérida, soltero, labrador, sin saber leer ni escribir.

»Reo de asesinato, fué condenado por sentencia de 14 de diciembre de 1877 á cadena perpetua y accesorias.

»Cuando cometió el delito tenía veinte años; cuando le condenaron, veintitrés. Llevaba diez y seis años de cadena y contaba ahora treinta y nueve.

»Ha extinguido su condena en Ceuta, Chafarinas y Melilla últimamente.

»Hace algún tiempo, estando en Melilla, fugóse con tres presos. A uno de ellos le mataron de un tiro desde la plaza, y á él y á otro los trajo á Melilla el confidente Amadí.

»Farreny no tiene más familia que una hermana.

»No ha servido en el ejército. Cuando la guerra del Norte marchóse á los carlistas, alcanzando en sus filas el grado de sargento. En la toma de la Seo de Urgel, el 27 de agosto del 75, fué cogido prisionero por las tropas liberales, estando herido con tres heridas graves. Fué la suya una de las primeras prisiones que hizo Martínez Campos.

»En el Hospital de la Seo entró el actual general en jefe de las fuerzas de Melilla, á ver á los heridos. Visitó á Farreny. Estaba en el suelo, medio muerto, pero conservando

su valor y ánimo enteros. Martínez Campos dióle 20 pesetas y ordenó que le sacaran de allí y le llevaran á curarse á un pueblo inmediato, «porque merecía que se mirara por él, un tal valiente».

* * *

No podía presumir el general Martínez Campos que aquel herido á quien había socorrido á pesar de haber estado combatiendo contra nuestros soldados, tendría que ser al cabo de algunos años sentenciado á muerte por el Consejo de guerra, cuya sentencia él debía sancionar.

«Antes de ir á presencia del Consejo el moro Amadí,—prosigue el señor Morote,—estuvo hablando con varios militares. Daba pena verle con la cabeza vendada, monstruosa, contar llorando de qué modo le prendieron, cómo le sujetaron como á un cerdo, y cómo con una faca le cortaron las orejas á cercén.

»—¿Dónde voy,—decía el moro,—después que me han cortado las orejas? A mi campo no puedo, porque me apedrearán hasta los chiquillos, pues dirán, con razón, que no podía conservar lo que me sirvió para escuchar secretos de los moros que ir á contar á los cristianos.

»A España no puedo ir tampoco, porque la mutilación me incapacita para la vida. Dirán que es un testimonio de que he hecho fuego contra los soldados españoles. Yo no puedo presentarme nunca en una sociedad civilizada.

»Amadí refería además que la guerra entre el Riff y

España estaba él pronosticándola hace seis meses al mismo Margallo.

»Un pase de éste, que llevaba, entregóselo al capitán Ariza, cuando le prendieron los penados.

»Amadí refirió horrores, que no creo ciertos, y que por lo tanto no transcribo. Dijo además que la ambición de Alí el Rubio y las instrigas de Maimón, tenían la culpa de todo.

»—Ahora,—concluía llorando,—todo ha acabado para mí. Ni aún sé lo que será de mi familia.

»Amadí habla muy bien el castellano. Se expresa con facilidad y á veces con elocuencia y elegancia. Cuando le preguntaron si reconocería al penado que le mutiló, contestó que si.

»—Voy á hacer una comparación,—dijo Amadí,—aunque sea mala, aunque sea comparar á un hombre con una bestia; conozco á ese penado, como á este señor teniente, y señaló á uno del regimiento de África, antiguo en Melilla. He salido de un imperio bárbaro y vuelvo á otro donde cortan orejas.

»Yo no sé dónde vivir, porque soy español por el corazón y no me gustaría naturalizarme francés.

* * *

»El Consejo de guerra presidíalo el teniente coronel del regimiento de África, señor Antón. Actuaba de fiscal el capitán auditor señor Pego. Fué juez instructor el comandante señor Ramírez.

»Amadí declaró, que atendida la gravedad de la pena que iban á imponer, no se atrevía á acusar á nadie.

»Conducido junto á los penados, señaló primero á Sevilla y luego á Farreny.

»Sevilla acusó al último, y esta acusación, y no la declaración del moro, fué la principal base en el proceso.

»Contó el moro detalles horribles de su mutilación. Acompañaban al sacrificio palabras soeces, amenazas de matarlo si se movía, insultos á los moros, diciendo á Amadí que sin orejas podría mejor dar confidencias á la plaza.

»Hízose la prueba de que hablaran Sevilla y Farreny. Decía el uno:

»—¿Yo, por qué he de callar?

»Y contestaba el otro:

»—Calla, no te muevas.

»Amadí parecía entre ellos el verdadero acusado.

»El moro no hizo ningún cargo contra Ariza, asegurando que no estaba en los tejares cuando ocurrió el hecho, relatando además que Ariza dijo á su gente que no lo mataran, y se marchó.

»Cuando oyó las descargas, Ariza llegó á incomodarse mucho, asegurando que era preciso averiguar quiénes eran los autores para castigarlos. Además, dice que dió al capitán su *pase*.

»Ariza no recuerda esto.

»Después de la acusación del fiscal, asegurando que había prueba plena, y de la defensa, el tribunal sentenció. Elevóse á informe del auditor para consulta y aprobación

de la sentencia, por el general. Éste esperó hasta la una de la madrugada.

»Todo Melilla está preocupada, y nadie pudo dormir. El vicario, Padre Rafael Salas, el beneficiado de Toledo, los periodistas, los principales hebreos de la plaza, estuvieron toda la noche en la capitanía general, para informarse del curso del proceso.

»Pasamos la noche en vela, creyendo que dado lo sumarísimo del proceso, fusilarían á Farreny al amanecer.

»¡Qué triste noche hemos pasado!»

***

Efectivamente que debía ser horrible la noche pasada en Melilla, con la seguridad de que al siguiente día debía verificarse la tremenda ejecución.

¡Qué de reflexiones se hacían, pensando que pocos días antes se consideraba como héroes á aquellos mismos penados, de los cuales uno iba á ser fusilado dentro de algunas horas!

«En el penal no durmió nadie,—dice la correspondencia á que nos referimos.

»Los presos, aterrados, sólo pensaban en que uno de los suyos, tenido por valiente, era acusado de un delito ruín y cobarde, y callaban, no atreviéndose á decir quién había sido.

»Poco antes de las cuatro de la madrugada, leyéronle la sentencia á Farreny.

»Viendo éste que el juez le miraba muy fijamente, le dijo:

»—¿Qué mira V.? Estoy lo mismo que si leyeran la sentencia á esa pared.

»Luego se despidió de sus compañeros, diciendo:

»—¡Chicos, qué le hemos de hacer! Esto es la desgracia que me persigue toda la vida.

»Entonces Mena le dijo que tuviera confianza, que había mucha gente trabajando por su indulto.

»Llevaron á Farreny á la capilla, que es un cuartito de dos metros de ancho, con un altar empotrado en la pared.

»Pusieron grillos al preso y entraron á prestarle los últimos auxilios dos curas, el vicario de Melilla, el beneficiado de Toledo y D. Emilio Albendín. Los sacerdotes estuvieron animándole hasta el último momento, diciéndole cada uno una misa.

»Albendín, después de decir misa, hizo confesar y comulgar al condenado.

»Luego se entretuvo Farreny en relatar su historia. Decía que después de haber cumplido diez y seis años de presidio, esperaba ahora, por haber expuesto su vida batiéndose contra los moros, que pasados dos ó tres años más de pena, le pondrían en libertad.

»A las ocho de la mañana pidió de comer. Diéronle un pastelillo y una pera confitada. Al hablar se le atragantaba la comida, pero conservaba su valor, que denotaban el pulso firme y la mirada entera. Empeñóse en que Albendín almorzara con él y así lo hizo el sacerdote.

»Lamentándose del fin de su campaña, decía Farreny:

»—Aún tengo en los huesos el agua que nos ha caído en estas noches de emboscada.

»En el patio del presidio, estaban formados los penados, porque en la sentencia se expresaba que los guerrilleros de Ariza fueran condenados á presenciar la ejecución de su compañero.

»Hablé con ellos. Estaban entristecidos; no se atrevían á levantar la mirada del suelo. Comprendían que había sido una falta inmensa, la que destruía de ese modo el ambiente que en su favor habíase hecho en la opinión para su indulto.

»Decíame el cabo González, que la falta cometida es una barbarie, pero que hay que hacerse cargo de lo que es la guerra; que en ella piérdese toda humanidad y toda noción de justicia.

»—Hemos estado peleando con los moros,—añadió,—y nos hemos contagiado de su salvajismo, ese salvajismo que mutila á los muertos.

»Casi todo el tiempo que antecedió á la ejecución, estuvo en la capilla con el condenado, un compañero y paisano suyo, llamado Pablo Pallarés.

»Farreny dejóle su hacienda, la poca ropa que tenía, y al señor Albendín le entregó trece pesetas y treinta céntimos para misas.

»A las nueve y media de la mañana tomó Farreny huevos, carne y café.

»Causaba pena ver cómo el desdichado se despedía de la vida.

»—Más me valiera haber muerto,—decía,—á manos de los moros, pero vendiendo cara mi vida, como mi compañero Méndez, el que sucumbió en la calera de Rostrogordo, cuya sangre veo todavía, y cuyo cuerpo se me ha aparecido entre sueños esta noche, pidiéndonos venganza.

* * *

»Profunda aflicción produjo en la plaza, á pesar de haberse previsto ya, el fallo del Consejo de guerra.

»Durante toda la mañana ha permanecido con él en la capilla, el mayor del penal.

»Todo el mundo ha pedido el indulto del reo. Si los militares no lo han hecho, es porque la disciplina lo prohibe.

»El marqués de Castrillo ha implorado gracia de Martínez Campos. A éste y á todo el mundo ha contestado el general que no se le hable del asunto.

»Ha dicho que el ejército, que es el brazo, el instrumento de una nación civilizada, no puede justificarse nunca de ciertos actos de barbarie.

»Lo siente en el alma, pero no puede perdonar la vida al condenado.

»Cuando decía esto, el general estaba verdaderamente emocionado.

»Una Comisión de señoras de oficiales y paisanos, presidida por la del teniente coronel del Disciplinario, señor Mir, no pudo lograr del general sino muchas atenciones y una rotunda negativa.

»Y serían las once de la mañana, cuando para confirmación de la voluntad del general en jefe, oímos una descarga desde el torreón de la plaza del Aljibe.

»Allí, en la explanada del fuerte de Camellos, en el punto más alto, permitiéndonos ver el humo de la descarga, había caído, atravesado por las balas, el cuerpo de Farreny.

»Los moros que estaban en los límites y los que andaban desperdigados por el campo, pudieron presenciar la ejecución.

»Farreny se ha portado en este último trance, como cuando combatía con los moros, y ha esperado las balas con corazón entero.

»Valiente siempre, como un valiente ha perecido este infeliz, cuya falta de educación le ha llevado con un preso á tales extremos de impiedad.

»¡Desventurado! Le habrán dicho muchas veces que los moros no se han de considerar como personas, y que su ley y su religión debe hacer que les tratemos como á fieras; que la guerra todo lo autoriza; que en su entusiasmo pedían los españoles,—y esto lo decían cuantos llegaban,—las cabezas de los moros; que había que ir á su territorio y arrasarlo todo...

»Y así, en su ignorancia, acaso creyó que con las despiadadas mutilaciones que hizo, amenguaba su castigo y su prisión y realizaba una obra meritoria. ¡Desgraciado!

»Todo esto suponiendo que sea el autor del hecho, porque aunque el tribunal ha obrado rectamente y con justicia, y esto todo el mundo lo reconoce y lo confiesa, es muy

triste tener que fiarse solamente de la declaración del ofendido.

»Era una mañana hermosa y alumbrada por un sol espléndido, ésta en que fusilaron á Farreny.

»En todo el horizonte, bañado á plena luz, sólo el Gurugú se hallaba en sombra, oculto por un montón de nubes, que se apelotonaban sobre él.

»Todo el campo moro se descubría desde el fuerte de Camellos. La última mirada del penado habrá podido ir hasta Frajana, donde no pudo hallar sepulcro honroso, á pesar de haberse expuesto tantas veces al fuego de los enemigos.

»El capitán Ariza está como loco, y nadie puede hablarle ni acercársele. Había prometido la libertad á todos los de su partida, y la fatalidad viene á interrumpir sus planes y á encerrar nuevamente en el penal á los que, fuesen como fueran, habían luchado con él para la defensa y por la integridad de España.

* * *

»Muchos oficiales opinan que la culpa principal de esta ejecución está en haber cometido el error de armar á los penados, que tomando una copa ó aun sin tomarla, son capaces de matar á Ariza, ó de matarse entre sí, ó de hacer barbaridades como esta de desorejar á un prisionero.

»Añaden que mientras haya ejército no debe armarse á presidiarios. Que una tropa regular no puede ni debe consentir la existencia de guerrillas de penados.

»Es verdad. La partida de penados no debió consentirse nunca; pídanse si hubiera lugar á ello, y no fuese más fácil lugar el pasado, las responsabilidades á quien se deba, pero recuérdese lo ocurrido.

»Los fuertes estaban sin comunicación; no podía darse un paso más allá del Polígono, sin que tuviese bajas nuestra tropa, y hubo que recurrir á esos desdichados presos para un servicio irregular, á salto de mata, durmiendo al raso, en una guerra individual, que no podía hacer el ejército en las condiciones que se buscaban, aunque en otras, por bien de todos, lo habría hecho con el arrojo, con el heroísmo, con la nobleza con que lo hace todo nuestro ejército.

»Durante muchos días, si los sitiados en los fuertes tuvieron agua, fué porque se la llevaban los penados.

»Si los soldados y oficiales sitiados en los fuertes, pudieron recibir cartas y comunicarse con el mundo, fué porque los penados desempeñaban el servicio de correos. Si el teniente Soler pudo tranquilizar á su familia, fué porque los penados daban noticia diaria de su situación. Si se recibían muchos convoyes de municiones y víveres en los fuertes, fué porque la partida de Ariza los conducía bajo una lluvia de balas.

»Bien, muy bien, admirablemente bien que no se hubiese encomendado á los presidiarios servicio ninguno; pero no se olviden tan pronto sus servicios, ya que durante muchos días, por culpas que no son de nuestro denonado ejército, sólo de ellos pudo hablarse.»

CAPÍTULO CVI

El moro desorejado.—Detalles.—Llegada al campamento de nuevos generales.—División de mandos.— La guerra de Melilla puede darse por terminada

RESPECTO al famoso moro Amadí, bien merece, siquiera porque su nombre va unido á la primera ejecución que tuvo lugar en Melilla, que demos algunos antecedentes, tomados de los datos que tenemos á la vista.

No es precisamente prototipo de caballerosidad, ni de correctísima moral, ni de elevadísimo carácter, el personaje de quien se ocupó la prensa española como asimismo la extranjera, y cuyo *desorejamiento*, en mal hora cumplido, ha costado la vida al desdichado Farreny, fusilado al pie del fuerte Camellos. Véase el retrato de cuerpo entero (orejas inclusive) que traza del moro Amadí uno de los periódicos de la corte:

«El riffeño que llegó desorejado á la plaza y se presentó llorando á los generales tiene una historia tan conocida como denigrante.

»El ciego acatamiento de la orden, el obedecer sin pararse á juzgar lo mandado y con la rapidez que ejecuta la cápsula del fusil las órdenes del gatillo, cosas son de absoluta necesidad en la guerra, y en tan grave orden de ideas se habrán seguramente fundado los que condenaron primero y los que se hicieron fuertes después á las súplicas de indulto; pero la verdad es que, no ya las orejas, sino la vida del confidente moro no puede tasarse ni en el valor de uno de aquellos ochavos que nos enviaron los marroquíes como indemnización.

»La cara no le abona poco ni mucho. Amadí, con el torcido mirar de unos ojillos pequeños como aceitunas heladas, con rostro achocolatado, la boca de espuerta y la barba como él, mal nacida, tiene el tipo acabado de esa clase de hombres que al tropezarlos á solas lejos de poblado, hacen llevar maquinalmente los dedos en requerimiento del revólver.

»La silueta moral no le va en zaga á los perfiles del cuerpo. Amadí se ha puesto el mundo por turbante y comete cuantas acciones viles y torpes halla al paso, siempre que cuente con una visible superioridad de fuerzas.

»De la lucha leal, donde es parecido el poder y donde han de probarse los alientos, no gusta Amadí, y, según él, no pelea; pero ¡ay del que no le sirva! Nunca falta un descuido, nunca un viaje durante la noche, y eso precisamente

aprovecha Amadí para sus asesinatos, escondido, por de contado, en alguna pitera.

»La trama quiere astucia, y, como buen traidor, es inteligente; la prueba bien pronto puede ostentarse.

»Amadí es confidente de la plaza, y por ello tiene un sueldo.

»Durante la paz acude puntualmente, dice todo lo que ocurre, y cuando nada pasa, todo lo inventa, y cobra su haber.

»Llega la guerra: aquí te quiero ver, confidente; hay peligro en el cumplimiento del servicio de las funciones por las que viene cobrando años hace, y no asoma por Melilla durante los dos meses que suenan tiros.

»La verdad es que no cabe cumplir mejor.

»La prueba de que no le falta entendimiento, es clara.

»Cumpliendo de ese modo sus deberes, ha obtenido dos cruces españolas.

»Entre los suyos Amadí dice que acude á la plaza para servir de espía á los riffeños, y según parece, cumple á maravilla su cometido.

»Tiene tanto amor á la traición, que simultánea dos cargos de espía.»

* * *

Con la llegada del vapor *Conde Wifredo*, de Barcelona, lo hicieron los regimientos de San Quintín, Luchana y Albuera.

También llegó el *Baldomero Iglesias* con los generales Chinchilla, Primo de Rivera y nube de generales agregados.

Inmediatamente debían quedar organizados en sus campamentos los dos cuerpos de ejército, con cuatro divisiones, formadas por ocho brigadas.

El Estado Mayor estaba haciendo la división de los cuerpos.

«Anoche,—decía una de las correspondencias que obran en nuestro poder,—se celebró la reunión de generales, en la que quedó acordada la división de fuerzas que oportunamente he anunciado.

»Hoy ha correspondido el servicio de protección de obras á la división del general D. Ricardo Ortega, compuesta de las brigadas Montero, Linares y Aznar.

»La primera, compuesta de los regimientos de Saboya y San Fernando, se situó por la mañana delante de Camellos y próxima á Sidy-Guariach.

»La brigada Linares (regimientos de Wad-Ras y la Constitución), se colocó junto á las obras del fuerte núm. 1, y la brigada Aznar (Guipúzcoa y Mallorca), en el llano de Instrucción.

»De reserva se hallaba la brigada de Ortega, (D. Manuel).

»Además trabajan en Guariach tres compañías de ingenieros con cien penados y dos compañías de Guipúzcoa.

»En el fortín núm. 1, trabajan una compañía de ingenieros y dos de Guipúzcoa.»

* * *

Realmente habíase verificado en los riffeños un cambio de tal naturaleza, que no podía menos de sorprender.

Su actitud era tan distinta, que apenas si se podía explicar.

Cuando el día 2 de diciembre por la mañana, llegaron los ingenieros á Sidy-Guariach, había en este punto diez moros que quedaron de guardia durante la noche.

«No ha ocurrido novedad alguna en las obras,—dice la carta del señor Martos de la Fuente.—Estas adelantan poco todavía. Mañana habrá más gente trabajando, pues tomarán parte en ella los obreros de otras menos importantes, que quedarán en suspenso.

»El coronel de ingenieros señor Santamaría, el comandante señor Souza, el capitán señor Kich y Scandela y otros oficiales del cuerpo, hacen lo imposible por adelantar los trabajos.

»Hasta ahora solamente se han levantado los cimientos del reducto, que será un gran paralelógramo con torrecillas avanzadas en las esquinas.

»La sección de ingenieros telegrafistas está desembarcando material eléctrico, con el cual establecerá inmediatamente la comunicación telegráfica.

»El bajá del campo, con su guardia mora, no falta un momento en el lugar de las obras.

»Los riffeños pasan indiferentes por el camino próxi-

mo. Algunos se detienen en los límites con los guardias.

»No se permite á los soldados ni á nadie que pasen de los límites.

»Si esta noche se quitara la tienda de campaña instalada ayer, se dirá al bajá que no quede ningún guardia moro como la noche anterior.

»El fuerte núm. 1, que se halla bastante detrás, á la izquierda de Guariach, y que empezóse también ayer, está igualmente á medio metro de altura.

»Martínez Campos visitó en sus casas y en el hospital á los oficiales heridos.

»Se ha dado orden de que no vengan los escuadrones de la Reina, que estaban en Málaga dispuestos para embarcarse.

»Hoy tenemos un día espléndido. Cielo azul y hermoso sol.

»Se desplega gran actividad en la descarga de los vapores, que tuvieron los días pasados que refugiarse en Chafarinas á causa del temporal.

»El *Isla de Cuba* sale para Málaga, á fin de reparar las pequeñas averías que sufrió en la máquina. Traerá á su vuelta la consignación de la escuadra correspondiente al mes de noviembre.

»Los generales Chinchilla y Primo de Rivera, con su estado mayor respectivo, quedarán esta noche cada cual en su campamento.

»El marqués de Baztán (hijo de Martínez Campos), el capellán D. Celestino Saavedra y los comisionados del

general, proceden á repartir á los heridos y á las viudas los donativos enviados por el obispo de Sión.

»Darán 75 pesetas á cada viuda, y otras tantas á cada herido que haya perdido un remo ó quedado inútil á consecuencia de la guerra.

* * *

Muchos eran los socorros que se daban á los heridos, y el marqués de Castrillo, no era el que menos parte tomaba en esta dignísima obra.

Habíase impuesto la misión de consolar personalmente los desgraciados heridos, viudas de oficiales y soldados, llevando á todas partes por sí mismo los tesoros de la caridad cristiana.

En el hospital repartió muchísimas limosnas y no descansaba un momento, indagando las necesidades que existían para socorrerlas.

Ejemplo digno de imitación del ilustre prócer, que dejando las comodidades de la vida había ido á compartir con los soldados las penalidades de la campaña.

Su nombre lo bendecían innumerables personas socorridas.

Martínez Campos, acompañado de Macías, varios generales y ayudantes, estuvo el día 2 á visitar las obras de Guariach.

«Allí dijo,—según carta que obra en nuestro poder,—que por ahora se reducirán las obras de dicho fuerte á la

construcción de un reducto que estará terminado en ocho días.

»Éste, para satisfacer la opinión, quería ver la bandera española ondear sobre Guariach.

»El fuerte, si llega á hacerse, dudo mucho que lo sea tal como estaba proyectado; y no se hará hasta después que la junta técnica diga si es conveniente construirlo en el sitio donde primero se pensó.

»De todos modos, si se construyera tal como estaba ideado, tardará en hacerse año y medio.

»Probablemente el fuerte será para menos hombres.

»El coronel de Estado Mayor, señor Navarro, entregó al bajá un pliego para Muley Araaf.

»El general conversó cariñosamente con los periodistas y nos dijo que no fuéramos á buscar las noticias á ninguna parte, que él nos las daría.

»Soy tan amigo de Vds.,—añadió,—que una de las primeras cosas que hice fué poner en libertad á un escritor que estaba detenido.»

***

La cuestión de Melilla había entrado en una nueva faz, no menos digna de estudio y consideración que la primera parte, si así podemos llamar al espacio que medió entre el día 2 de octubre y las jornadas que costaron la vida al general Margallo.

Uno de los corresponsales de cuyas observaciones y

relatos nos venimos sirviendo, decía á este propósito:

«Personas á quienes se supone bien informadas, consideran como terminada la cuestión de Melilla, que sólo por eventualidades que no se esperan, podría ya complicarse. Esto según noticias de origen oficioso.

»¿No sería conveniente, ahora que tenemos aquí un ejército, tratar del deslinde de la zona neutral á que tenemos derecho, y que resulta hasta ahora un mito, merced á la debilidad que mostramos siempre en las cuestiones de Melilla?

»Considero esto muy importante, y creo oportuna la ocasión de pedirlo.

»Siempre se ha rehuido de tratar esta cuestión por temor á provocar un conflicto con los riffeños y tener que mandar aquí un ejército para apoyar nuestras reclamaciones.

»Ahora que ya lo tenemos aquí en pie de guerra, no puede hallarse ocasión más propicia para ganar gloria y lograr nuestro objeto.»

Había llegado el momento de proceder con verdadera circunspección y levantado espíritu patriótico.

Puesto que al terreno de la negociación se había llegado, hacíase necesario seguir aquella negociación de manera que no resultaran estériles los sacrificios hechos hasta entonces.

«Claro aparece,—decía un periódico,—que por la actitud de perfecta legalidad y prudencia en que nos hemos colocado desde el comienzo de las operaciones, por la acti-

tud de las potencias interesadas en la cuestión de Occidente, y por el estado del sultán, la negociación, que debe haber comenzado, para solucionar el conflicto hispanomarroquí, se presenta con todos los caracteres favorables.

»El Gobierno tiene toda la libertad de acción de que un Gobierno, en sus relaciones internacionales, puede disponer, para mirar serena y enérgicamente al asunto en que se interesan el honor, el prestigio y la fortuna del país.

»El Gobierno, que en muchos de sus actos ha tenido que responder más ó menos tardíamente á lo que el país le pedía, debe estar á estas horas enterado de lo que le pide.

»La situación de España, es expectante ante los sucesos que se desarrollan y aguarda á que la incógnita se despeje, pero aguarda después de haber manifestado sus deseos.

»Si la paz viene, ¡bien venida sea!

»El país la quiere, pero la quiere con estos tres imprescindibles requisitos:

»Paz con honra.

»Paz asegurada.

»Paz que nos indemnice de los sacrificios á que se nos ha obligado.»

CAPÍTULO CVII

Varias noticias.—Visita del bajá.—Un entierro entre los moros



CAPÍTULO este destinado á la recopilación de diversas noticias tomadas de la multitud de notas que obran en nuestro poder, si bien tienen interés, porque todo cuanto se relaciona con lo ocurrido en Melilla ha de tenerlo siempre, no sigue día por día la marcha de los sucesos como hasta ahora veníamos haciendo.

Hé aquí el ramillete de datos curiosos á que nos referimos:

«Terminada la misa, vinieron á decirle al general Martínez Campos que habían llegado dos moros de rey con pliegos. Estos eran para Mahomed Torres.

»El general les dijo que se enviarían los pliegos á Tánger, y les negó los víveres que pedían.

»Los dos askaris se volvieron con la caballería que habían traído para llevárselos.

»Anoche fueron puestos en libertad los prisioneros moros que teníamos. Se les acompañó hasta el límite de nuestro campo y ofrecieron volver para decirnos si las kábilas tenían prisionero algún cristiano.

»Hoy se ha presentado el moro Mari Guari, pidiendo se le permitiera venir á vender sus mercancías en Melilla. Dijo que las kábilas tienen muchos miles de huevos que se les están pudriendo por carecer de mercado donde venderlos. No se le concedió el permiso que solicitaba.

. . . .

»El general Martínez Campos se sintió muy molesto de la pierna después de terminada la misa.

»El paseo de hoy, después del golpe que se dió ayer, le ha resentido la herida.

»El médico, después de curarle, le ha aconsejado no salga de sus habitaciones y guarde reposo.

»El general padece además un fuerte constipado.

»Don Jenaro Alas se pasa el día recorriendo el campo y estudiando sobre el terreno las cuestiones técnicas que se han discutido con motivo de la guerra.

»Prepara una carta interesantísima para los lectores de *La Correspondencia de España*.

. . . .

»Como los días anteriores, fueron los ingenieros á continuar los trabajos de Sidy-Guariach.

»Anoche no quedó nadie guardando las obras, amaneciendo éstas tal cual las dejaron.

»En algunos sitios, trabajan más ingenieros y penados que en los días anteriores.

»La obra de altura de las aspilleras estará en situación de defensa dentro de cuatro días.

»Protegiendo los trabajos está hoy la división Salcedo, compuesta de las brigadas Molins, Rivera y Luque.

»Los mismos moros pasan, como los demás días, por el camino y están dedicados á sus faenas.

. . . .

»El bajá del campo se encontraba en los límites acompañado de su pequeña fuerza.

»Media hora después, llegó precipitadamente el cadi de la caballería para manifestar que sería fácil que dentro de algunos momentos se sintieran disparos.

»Hoy se celebraba la feria de Benisikar y los de esta kábila estaban muy excitados contra los de Mazuza, hasta el punto de disparar sus armas contra algunos de esta kábila que asistían á la feria.

»El santón trató de interponer su influencia; pero era tanta la exitación, que los de Benisikar pretendieron atacar á Mazuza, y fué necesario acudir al bajá para que con la fuerza de Araaf se pusiese paz entre ellos.

»Esto es muy frecuente en las ferias de las kábilas, aun cuando no haya tantos motivos como ahora.

. . . .

»La noticia anterior, dada incompleta por el cadi en

Sidy-Guariach, produjo alguna alarma entre dos compañías de infantería que ayudaban á trabajar y que estaban sin armas.

»Corrió por allí como cosa segura que el cadi decía, de parte del bajá, que los moros iban á atacar inmediatamente.

»Algunos infantes dábanse prisa para coger sus armas, que estaban muy lejos, produciéndose con esto bastante confusión.

»Es cosa muy arriesgada el llevar los soldados sin armas á cualquier parte, porque en cuanto ocurra un amago de ataque ó una sorpresa, se ven indefensos y se les coloca en la alternativa de arrostrar un peligro que no pueden repeler, ó de procurar su salvación retrocediendo en desorden ó precipitadamente.

. . . .

»Reproduzco las opiniones aquí predominantes relativas al problema que tenemos planteado.

»Si nos proponíamos solo hacer el fuerte de Guariach, la cuestión de Melilla puede considerarse terminada.

»Los moros dejan hacerlo y procuran evitar hasta los más leves motivos de alarma.

»Otra cosa sería si aprovecháramos la ocasión para rectificar los límites de nuestro campo y marcar la zona neutral.

»Prescindir de estas dos cosas equivale á dejar en pie un conflicto eterno para España. Una paz inmediata sin asegurarnos para lo futuro, significaría una sangría suelta para muchos años y la reproducción de sucesos como los pasados.

»Ahora estamos en las mejores condiciones; de una parte tenemos á nuestro ejército, que infunde miedo á los moros y que tiene ganas de combatir, y de otra se halla la actitud de Muley-Araaf, que representando al emperador, no nos opondría grandes dificultades.

»Probablemente la rectificación de límites y la zona neutral la obtendríamos sin gran esfuerzo y quizás sin derramamiento de sangre.

»Con esto, los bienes y seguridades alcanzados corresponderían al enorme sacrificio que supone la traída de las tropas al África.

»Además, con esto vengaríamos las tristezas y agravios sufridos, cuando se hizo la delimitación actual.

. . . .

»Entre el elemento militar produce un gran desencanto la actitud de los riffeños. Habrían preferido que se hubieran opuesto á la construcción del fuerte Sidy-Guariach, dándonos así pretexto para ocupar su territorio y hacer un castigo ejemplar.

»El mismo general Martínez Campos está descontento del aspecto pacífico que ha tomado la cuestión, pero quizá no querrá contraer la enorme responsabilidad de una guerra con Marruecos por satisfacer los deseos de lucha de que todos están animados.

»Hay verdadera ansiedad por conocer el efecto que ha causado en España la nueva actitud de las kábilas del Riff.

*
* *

«A poco de llegar nosotros,—dice otra de las notas á que nos referimos,—vino el bajá á los límites. Vestía un jaique negro, señal de que le mortificaba el frío, no de que necesitara el luto. Según he sabido esta mañana, los moros no se visten así cuando se les muere un pariente, sino cuando baja el termómetro.

»Sentóse el bajá entre nosotros y se puso á conversar con los generales y jefes de Estado Mayor, como si los conociera de toda la vida.

»No sabía qué hacerse de obsequioso. Dijo que nos acompañaría á Frajana y á los pueblos del interior, cuando acabasen las cuestiones actuales.

»Como señal de que estas cuestiones acabarán muy pronto, como prueba de que los moros nos aprecian mucho y como prenda de que el viaje podrá hacerse en seguida y á satisfacción completa, unos riffeñillos de 14 á 16 años que apacentaban unos carneros, se fueron á una loma cercana y nos llamaron para decirnos «perros.»

»Después de este incidente, procuró distraernos el bajá enseñándonos sus armas, muy curiosas, muy bien olientes. El sable tiene el puño de madera especial, que despide un aroma penetrante, y la gumía ofrece incrustaciones plateadas y un letrero en árabe, que ignoro si dirá: «¡Viva mi dueño!»

»Interrumpimos el repaso de las armas, porque allá lejos, por lo más intrincado de Frajana, salió una gritería que espantaba y un grupo de moros que espantaba más que la gritería.

»Cuando estuvieron cerca, vimos un moro muerto que los demás llevaban en medio del grupo y en unas angarillas.

»Iban rezando en dirección al cementerio.

»—¿Cuál es el cementerio?—le pregunté al bajá, no viendo por allí ningún cercado que lo indicara.

»—Aquél.—Y me señaló un sitio, un trozo del campo, donde otro puñado de riffeños aullaban por llorar. Llegaron los de la comitiva fúnebre murmurando unos rezos; detuviéronse un poco en lamentaciones nuevas, abrieron una zanja y echaron el cadáver.

»Un poco de silencio se siguió, después, mientras apisonaban la tierra, y luego una tercera parte de alaridos.

»Tienen de curiosos estos duelos en el Riff, que toman parte en ellos los perros como los hombres. Aquéllos ladran; éstos lloran, y el observador se ve apurado para distinguir el llanto del ladrido.

»Preguntámosle al bajá:

»—¿No maldecirá esa gente porque el difunto sea de los combatientes que hirieron nuestras tropas?

»El bajá no nos quiso decir nada.

»Preguntámosle después:

»—¿Dónde curan los riffeños sus heridos?

»—A cada uno en su casa.

»—¿Se mueren muchos?

»—Casi todos.

»Nos refirió el siguiente hecho.

»A Alí el Moreno cogióle un casco de metralla, dándole en mitad de la cabeza.

»Lo recogieron, llevándole á su casa. Fué el curandero á verle. Éste ordenó que llenaran un perol de aceite y que cuando hirviese bien, se lo trajeran.

»Se obedeció la orden y el aceite fué derramado sobre la cabeza de Alí.

»La medicina hizo efecto y Alí volvió en sí; pero á poco de cobrar el sentido empezó á sufrir horribles dolorés.

»Vivió tres días. Cuando le llamaban abría los ojos y reconocía á los visitantes, pero no podía hablar.

»Y así, con este sistema estúpido de curar, murió Alí, como casi todos los enfermos ó heridos del Riff y de Marruecos mueren en general.

»Mientras el bajá del campo nos contaba esto, habíanse terminado las ceremonias fúnebres,—los gritos y los ladridos,—y los moros regresaban á Frajana, sin mirarnos siquiera.

»En un cerrillo rojo que separa los dos campos, gritaron de nuevo los chiquillos de antes.»

* * *

La orden de la plaza dada por el general Martínez Campos el 28 por la tarde, decía así:

«Soldados: Nombrado por S. M. la reina, á propuesta del Gobierno, general en jefe de este ejército, he alcanzado la más alta honra á que me era dado aspirar; voy á compartir con vosotros la gloria y las fatigas que ocasione

esta lucha contra las kábilas del Riff, que, hollando los tratados, han ofendido el derecho de España y tratado de vulnerar la bandera de nuestra patria.

»Conozco al ejército y no necesito estimularos á que cumpláis con vuestro deber, ni indicaros que España espera alcanzar la satisfacción debida por vuestro esfuerzo, y que Europa entera nos contempla para juzgarnos.

»No, vosotros no necesitáis estímulos, os basta ser soldados españoles: valerosos con el que se resiste, generosos con el vencido. Con estas virtudes militares y vuestra disciplina, confío en que pronto se habrá conseguido el triunfo que España entera os pide.

»A. M. C.»

***

Mientras tanto el día 5 de diciembre continuaba tranquilamente la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, modificado.

«Hoy, 5,—dice un testigo presencial,—ha habido ligera alarma creyendo que los moros iban á romper el fuego, pues se retiraban en guerrillas.

»Los ingenieros continuaron sus trabajos.

»La división del general Salcedo no ha llegado á tomar las armas.

»Las obras del campo atrincherado y de los fuertes de las avanzadas terminarán pronto.

»El campamento ha quedado definitivamente instalado hoy.

»La cuestión de víveres y de sanidad, es satisfactoria.

»Acentúanse los rumores acerca de que debiera trazarse la zona neutral, pues las kábilas consideran la actual como cosa propia; esto quizá daría lugar á resistencia, pero sería de un gran efecto moral y serviría de satisfacción.

»Respecto á esta rectificación de límites y al fortificado, hay diferentes opiniones.

* * *

»Se sabe por *El Eco Mauritano*, de Tánger, que Muley Araaf había llamado á 1.000 combatientes de la kábila de Benisari y á la kábila de Kebdana, y como las limítrofes de Melilla le están casi sometidas, es de suponer que este auxilio que pide sea para contener y domar algunas otras tribus fanáticas del lado allá del Gurugú, cuyo celo religioso se halla sobrexcitado al tener noticia de que pacíficamente estamos levantando el fuerte enfrente de la mezquita y del cementerio.

»Aunque entre las distintas kábilas anda ahora empeñada lucha y acabarán por destrozarse, no tendrá nada de extraño que alguna de ellas, más impetuosa ó bárbara, se lance á agredir nuestros soldados y nuestras posiciones.»

CAPÍTULO CVIII

Camino de la paz



ADA la situación en que se habían colocado los riffeños, según hemos visto en los capítulos anteriores, desde que el general Martínez Campos había llegado á Melilla, no era difícil presumir, que por el momento al menos, las hostilidades habían cesado.

De una parte, la presencia de las numerosas fuerzas reunidas en Melilla, demostraron á los infieles que España estaba resuelta á obtener la satisfacción que de justicia se le debía, y que contaba con elementos suficientes para conseguirlo, y que si ya antes no se había alcanzado aquel resultado y realizado el empeño que tan justísimo era, fué más que todo por vacilaciones, por torpezas, por faltas de energía quizás en el mismo Gobierno.

Así era que calificaban de *farrucos* á los soldados españoles, diciendo que tanto ellos como los soldados eran valientes, mientras que el Gobierno español y el sultán *estaban gallinas*.

La guerra podía ya darse por terminada, desde el momento en que las hostilidades habían cesado.

Los moros veían indiferentes á nuestros soldados, los trabajos en el campo seguían sin ser molestados los que en ellos se ocupaban, y las conferencias entre el general Martínez Campos y Muley Araaf, no tendían si no á buscar una solución que terminara el litigio pendiente.

***

El general Martínez Campos se trasladó, como manifestamos en uno de los capítulos anteriores, al campamento, y respecto á éste y otros particulares dicen las noticias que obran en nuestro poder:

«Nuestro primer cuidado, en la mañana de hoy, 6 de diciembre, fué ver cómo había pasado la noche anterior el general Martínez Campos en el campamento.

»Así es que á las siete y media estábamos en la carretera del Polígono, conforme se va hacia el cementerio.

»Allí había veintisiete tiendas de campaña, entre las cuales era difícil dar con la que ocupaba el general en jefe, á no ser por dos banderitas, que la hacían distinguir de las demás.

»Es esta tienda, aunque más grande que las otras, la

peor para el día, pues es de tela obscura y no permite, como las blancas, la entrada de la luz.

»Desde esta noche dormirá el general Martínez Campos en una tienda cónica, más á propósito para él.

»No tiene grandes comodidades, ni siquiera comodidades relativas, pues allí no hay más que un jergón.

»La pasada noche ha dormido el general con el impermeable y la capucha puesta, exponiéndose al reuma y á una porción de enfermedades. Pero él proclama la necesidad de compartir con el soldado toda clase de incomodidades, y afirma que no se da ejemplo si aquéllas no se sufren.

»La verdad es que en Melilla también se pasa mal, sin que los que duermen en el campamento tengan que envidiar mucho á los que habitan en la plaza.

»El mismo general Macías vive en Melilla lo mismo que un soldado.

»El general Martínez Campos no puede permanecer inactivo, entregado á la buena voluntad de los riffeños.

»Es claro que no podemos saber el pensamiento del general en jefe. Pero, por todos los indicios, parece que hay motivos para fijar las condiciones que han de imponerse al enemigo, y que consisten, según se dice, en lo siguiente:

»1.° Ocupación temporal de posiciones en la vanguardia de Sidy-Guariach, y entre otros puntos, en el cerro Mari Guari.

»2.° Entrega de un número determinado de fusiles de

los que poseen las kábilas, número que podrá elevarse hasta doce mil.

»3.° Rehenes de importancia, comprendiéndose entre ellos el caudillo de la guerra.

»4.° Castigo de los principales cabezas de la rebelión.

»Claro que no aseguro que sean estos los términos de la cuestión; pero, como dictados por el general sentir, me atrevo á reflejar estas impresiones.»

* * *

Suponíase que el día 6 ó 7 se celebraría la conferencia solicitada por el hermano del sultán, conferencia en la cual se tenían grandes esperanzas.

«Es probable,—decía una carta,—que en ella se diluciden los puntos que deben dilucidarse; porque no es justo, ni conveniente, ni aún posible, que todo quede reducido á la construcción del fuerte de Sidy-Guariach, al cual fuerte sólo se le debe dar importancia como cuestión de honor.

»Así se la dan las demás naciones, y así se la da España; porque éste era el punto de la cuestión.

»Mucho es que las kábilas se sometan; pero lo que hace falta no es esto solo, sino que accedan á los conceptos inherentes á la sumisión.

»Ahora se verá si Muley Araaf ejerce ó no verdadero poder y decisiva influencia sobre las kábilas, punto que hasta el presente no está suficientemente demostrado.»

Efectivamente que había de conocerse bien pronto has-

ta dónde llegaba la influencia del hermano del sultán, por los resultados que se habían de tocar.

Aun cuando á juzgar por lo hasta entonces ocurrido, se podía comprender que bien fuera por esta influencia, bien por cualquier otra causa que, podía ser la falta de municiones ó el escarmiento que habían tenido en las operaciones anteriores, se podía comprender que no estaban en disposición de intentar, por el momento al menos, nuevas aventuras.

* * *

La verdad era que el aspecto que ofrecía el campo, había variado en absoluto, y ya no se trataba de atacar á unos cuantos batallones como anteriormente sucedía.

Ahora había ya un cuerpo de ejército con numerosa artillería y mandado por esforzados caudillos, y la cuestión podía revestir mayor gravedad que los combates anteriores.

«Las fuerzas comenzaron hoy á trabajar en el fuerte de Sidy-Guariach como de costumbre,—decía otra carta,—pero por causa de la lluvia tuvieron que retirarse al medio día.

»Además, esta retirada, interpretada rectamente, significa que se intenta construir el fuerte en mejores condiciones de seguridad, y estas mejores condiciones á que aludo representan que se hace algo.

»No quiero ser más explícito, hasta poder narrar los hechos ya consumados.

»En todos los campamentos hay la misma actividad de otros días.

»Se mudan las tiendas de un punto á otro, porque las derriba la lluvia ó las echa á tierra el viento.

»Por el Polígono, el cementerio y Ataque Seco, hay cocinas improvisadas en tiendas donde se sirve de todo.

»Los soldados van hasta el río para lavar la ropa.

»Todo está transformado, hasta el punto de que parece nuevo.

»Cierto que sin los elementos que había acumulado el digno é inteligente general Macías, ahora nada podría hacerse.

»Macías es el que ha hecho construir los barracones, el que ha hecho instalar las tiendas, el que ha hecho acopiar el material, el que lo ha hecho todo para que haya organización.

»Por eso el general Macías merece elogios, que no sería justo escatimarle.

»Bajo su dirección han trabajado mucho el comandante Ceballos, el comandante Cervera, la Administración militar á las órdenes del señor Campillo; nadie sabe lo penoso que ha sido desembarcar, almacenar y organizarlo todo.

»Así lo proclama el general Martínez Campos, que está satisfecho de todos, y especialmente del general Macías.

»El trabajo de organización es de lo más difícil en un ejército importante.

»El coronel de Estado Mayor, Navarro, continúa yendo á Sidy-Guariach, y siendo el inteligente intermediario.

»El coronel Bascarán, también de Estado Mayor, es la persona que lleva los principales asuntos de la campaña.

»El coronel Iriarte, del mismo cuerpo, es persona también de gran entendimiento, y puede decirse, en una palabra, que el Estado Mayor que aquí se encuentra es de lo más inteligente.

»Personal no falta; lo que falta á las veces son medios que otorgue el Gobierno.»

***

Del mismo modo que había sucedido en la guerra de África de 1859, parecía que hasta la misma naturaleza se empeñaba en poner á prueba la resistencia y la energía del soldado.

Los temporales se sucedían con breves intervalos de calma.

Una correspondencia del día 7 de diciembre, decía á propósito de esto:

«Durante la pasada noche el temporal arreció extraordinariamente, viéndose inundado el muelle por las olas.

»No bien amaneció, hubo necesidad de que las compañías de soldados desalojaran precipitadamente las mercancías que había allí hacinadas.

»Algunos barcos pequeños han sufrido averías por el temporal.

»La lancha de vapor del barco inglés *Mirroz*, que había venido para el arreglo del cable, y que se hallaba en la bahía, fué arrastrada por el oleaje, y gracias al arrojo de varios marineros y algunos otros del *Venadito*, pudo evitarse que se estrellara contra la muralla del Mantelete.

»A la una de la tarde sólo han quedado en el puerto el *Conde de Venadito* y el *Servando*, los demás vapores se han ido á Chafarinas.

»El mar está imponente.

»Al romper las olas contra el acantilado de la muralla, levantan montañas de espuma.

»Donde el espectáculo es verdaderamente grandioso, es en las rocas que hay en Florentina Baja.

»Allí, el ruído que producen las olas al precipitarse, semeja atronadora catarata.

»La noche pasada por las tropas en el campamento, ha sido malísima.

»Arreció el viento con gran violencia, y luego, de madrugada, cayó una lluvia torrencial.

»La tienda ocupada por el general Martínez Cámpos no oponía resistencia ni al viento ni al agua, y el general tuvo que acostarse vestido y con impermeable sobre la cama de campaña.

»Esta tienda tiene los lienzos pintados con tintas plomizas, y esto hace que esté completamente obscuro el interior, hasta el punto de que durante el día hay necesidad de tener luz encendida.

»Hoy se trasladará el general á una tienda cónica, de su Estado Mayor.

»El general Martínez Campos ha pedido que se le manden de la Península 200 sacos de serrín y corcho para el pavimento de las tiendas.

»Los trabajos en Sidy-Guariach siguen suspendidos por causa de la lluvia.

»A las tres de la tarde amaina algo el temporal.

»Se cree que el vapor *Servando* podrá llevar el correo á Málaga.»

***

A pesar del mal tiempo y de la humedad del suelo y de las dobles fatigas y contrariedades que semejante inclemencia de los elementos, causaba al soldado, la verdad era que no se descuidaba ningún servicio, y se procuraba que los campamentos y las obras de fortificación fueran continuando.

«Hoy, junto al Polígono,—aludiendo al mismo día 7, decía un corresponsal,—se está arreglando el terreno para levantar las tiendas del general de división señor Mella, que acampará también.

»A las cinco de la tarde se está celebrando una conferencia entre Martínez Campos y el bajá.

»Esta es preparatoria, tal vez de la que mañana celebrará Martínez Campos con Muley Araaf.

»De la que ahora se está celebrando, nada definitivo podrá resultar.

»Asiste á esta conferencia el diplomático señor Arco.»

Todas estas conferencias, demostraban lo que ya hemos manifestado varias veces, que se había entrado en un nuevo período tras el cual se vislumbraba la paz, ajustada en mejores ó peores condiciones.

CAPÍTULO CIX

La conferencia con el hermano del sultán.—Bases de arreglo.—La zona neutral

La noticia de la conferencia entre el general Martínez Campos y Muley Araaf, de que hablamos en el capítulo anterior, al esparcirse por medio del telégrafo por todas partes, llevó consigo una ansiedad extraordinaria.

En Madrid, especialmente, esta impaciencia revistió más graves caracteres por cuanto se comprendía que el Gobierno, en vista de ella, había de tomar una actitud decisiva.

«Pocas veces,—decía un periódico,—se ha impacientado tanto la opinión y se ha manifestado inquietud tan grande como pudo observarse ayer en todos los círculos de Madrid, esperando noticias de la conferencia del general Martínez Campos con Muley Araaf.

»Los acuerdos del Consejo de Ministros de anteanoche, autorizaban á creer que la conferencia,—cualquiera que fuera su resultado,—sería de verdadera importancia.

»Aún los que más desconfían de las energías ministeriales, habían creído que la campaña de Melilla entraba en vías de ser resuelta con seriedad, como debe mirarse y resolverse cuestión que de tal modo afecta al decoro del país.

»No sospechó nadie en nuevos aplazamientos; se consideró, por el contrario, que había llegado el instante definitivo.

»Por eso, veíase un interés tan extraordinario en todo el mundo por conocer lo que hubieran resuelto el general Martínez Campos y el príncipe marroquí.

»Pero toda la diligencia que se empleó durante el dia y las primeras horas de la noche para averiguar lo que se supiera en los centros oficiales, no dió otro resultado que el de acrecentar la impaciencia y despertar más vivo interés.

»A las seis de la tarde aseguraba el señor Sagasta que no había recibido telegrama alguno del general Martínez Campos.

»—Le estoy esperando,—añadió,—y si lo recibo pronto, y exige una contestación urgente, citaré á los ministros para celebrar Consejo esta misma noche.

»Si no fuera urgente la contestación, dejaré el Consejo para mañana.

»Pero ahora, en este momento,—decía el jefe del Go-

bierno,—no tengo ni una impresión siquiera de lo que pueda haber ocurrido en Melilla.»

»Entre cuatro y cinco de la tarde supieron algunos ministros que habían comenzado á llegar telegramas cifrados de Melilla.

»Poco después de la seis empezaron los consejeros responsables á dirigirse á la residencia particular del jefe del Gobierno, y en ella llegaron á reunirse, á las siete, los señores Gamazo, Maura, Puigcerver, López Domínguez y Moret.

»Según las referencias de los propios ministros, á esa reunión llevó el general López Domínguez la noticia de que había recibido un telegrama cifrado del general Martínez Campos en el cual le decía:

»—He celebrado la conferencia con Muley Araaf y de ella doy extensa cuenta al ministro de Estado en telegrama que le dirijo.

»Como verá V. E. por ese telegrama, Muley Araaf no está facultado para acceder á todo lo que le pedimos.»

»Según la versión oficiosa, el señor Moret no había recibido á aquella hora el telegrama á que se refería el general Martínez Campos, y los ministros reunidos en casa del presidente, convinieron en que su compañero el de Estado les remitiera copia del despacho á cualquiera hora de la noche que lo recibiera.»

* * *

Puede muy bien comprenderse por todo lo expuesto, el afán por saber algo que existiría.

A las dos y media de la noche afirmaba el general señor López Domínguez que no sabía si estaba ya en el ministerio de Estado el telegrama del general Martínez Campos.

A esa hora no tenía de la conferencia,—según su propia afirmación,—otra noticia que la que había comunicado á sus compañeros en casa del presidente.

Por la mañana había recibido el ministro de la Guerra otro despacho del general Martínez Campos en que le daba cuenta de la salud de las tropas, que es buena, y de los trabajos de construcción del fuerte Sidy-Guariach, que avanzan mucho.

En otro despacho había pedido el general en jefe del ejército cien operarios de Administración militar, para que ayuden al transporte y reparto de *víveres en campaña.*

Ayer mismo firmó el señor López Domínguez la orden para que esos operarios sean embarcados.

***

Decía el señor Moret, á las once de la noche:

«A las nueve y media he recibido el telegrama del general Martínez Campos, que consta de 700 grupos de cifras.

»En la secretaría del ministerio lo están traduciendo. La tarea es larga, y no acabará hasta las dos de la madrugada.

»A esa hora se facilitará á los periódicos de la mañana un extracto de lo que el general Martínez Campos me dice.»

El lenguaje que empleaban anoche los ministros no correspondía, ni con mucho, á los acuerdos del Consejo de la noche anterior.

Dominaba en sus palabras una nota que helaba la sangre.

Parecían distintos hombres de aquellos que autorizaron el *ultimátum* del general Martínez Campos.

Anoche ya no era conveniente extremar las pretensiones.

Era una quimera pensar en el desarme de los riffeños.

Pedirles rehenes pudiera ser también una exageración.

Penetrar en su territorio para garantir la paz, pudiera prestarse á complicaciones.

Se hará lo que se pueda, y el resto de lo que España pretenda, ya se irá tratando con el sultán, cuando éste se ponga al habla con el ministro plenipotenciario que se nombre al efecto.

***

La ansiedad del público era cada vez mayor y los periodistas asediaban á los ministros para obtener noticias con que poder calmar algún tanto el afán de la generalidad, que no podía satisfacerse de un modo positivo y que,

como en estos casos sucede, daba crédito á especies absurdas, echadas á volar siempre en ocasiones semejantes no se sabe por quien.

«A las tres de la madrugada,—decía *El Liberal*,—en cumplimiento, sin duda, de la promesa del señor Moret, de la que anteriormente nos ocupamos, nos llamaron por teléfono desde el ministerio de Estado, y nos comunicaron las notas siguientes.

»Hay que advertir que el oficial encargado de comunicar á la prensa los telegramas del señor Martínez Campos, recibidos en dicho ministerio á las diez de la noche, nos manifestó que por su mucha extensión no podía darse copia literal de los mismos, y que únicamente nos comunicaría un extracto de su contenido.

»Hé aquí, pues, lo que nos dijeron desde el ministerio de Estado:

»—Se han recibido dos telegramas del señor Martínez Campos, uno de las siete y veinte y otro de las diez y quince.

»En el primero dice el general que ha celebrado con Muley Araaf la anunciada conferencia y que á ella sólo han asistido D. Luís del Arco y el intérprete señor Rey.

»El hermano del sultán dió al general Martínez Campos todo género de seguridades respecto á la actitud de las kábilas, de las que prometió que depondrían su actitud hostil contra España y destruirían las trincheras que habían levantado dentro de su mismo campo.

»El general Martínez Campos expuso al príncipe ma-

rroquí las pretensiones del Gobierno español, en lo que respecta á los puntos siguientes:

»Desarme de las kábilas que habían combatido contra nuestros soldados.

»Demarcación de la zona neutral, de modo que quede fijada una neutralidad absoluta en ese campo.

»Castigo de los principales causantes de la agresión de los riffeños.

»Rehenes, en garantía de que este castigo se habrá de ejecutar.

»Ocupación de parte del territorio riffeño, para asegurar el exacto cumplimiento de aquellas cuatro condiciones.

»Entonces, el hermano del sultán confesó que sus atribuciones *no se extendian á tanto*, porque como el emperador *no sabia que el conflicto hispano-murroquí habia tomado tan extraordinarias proporciones*, al conferirle facultades, lo hizo creyendo se trataba de *un incidente* de fronteras, más ó menos importante.

»—Yo mismo,—dijo Muley Araaf, en un rasgo de singular franqueza,—no creí encontrarme esto así, y me sorprendió dolorosamente ver el estado de excitación de las kábilas y los preparativos de guerra del ejército español. —(Así lo dice el telegrama.)

»Sigue diciendo el general Martínez Campos, que el hermano del sultán se expresó en términos lisonjeros para España, asegurando que el emperador mandaría un ejército para castigar á los rebeldes, *en cuanto se enterara de los atropellos que habian cometido.*

»Por último, el príncipe marroquí invitó al general á celebrar una nueva entrevista en el campo riffeño.

»Martínez Campos aceptó.

»Y el hermano del sultán volvió hacia su campo y se alejó de allí.

***

»En el segundo telegrama anuncia el general Martínez Campos que en cumplimiento de la promesa del príncipe Muley Araaf, los riffeños habían empezado á destruir sus trincheras.

»Estas son las notas que nos comunicaron desde el ministerio de Estado, diciéndonos, al terminar, que las arregláramos y publicáramos como quisiéramos.

»¡Para qué arreglarlas!

»No tienen arreglo posible.

»Se pueden reducir á lo siguiente, que hoy leerá con asombro el país entero:

»A los 70 días del conflicto de Melilla, EL SULTÁN NO SABE NADA.»

***

Por considerarlo pertinente en una obra de la índole de la nuestra, y con mayor motivo fijándose en las condiciones para la paz, debemos indicar que por el artículo 4.° del Convenio de 1859 y el 5.° del Tratado de paz de 1860, la demarcación de límites se determinó en el *acta* de 21 de junio de 1862 y en el *acuerdo* de 14 de noviembre de 1863.

El *acta* de 1862, dice esencialmente lo siguiente:

«La línea del nuevo territorio español fronterizo á Melilla, límite de la jurisdicción española, parte de un punto situado en la playa arenosa al Sur de la plaza, y distante de ella 2.900 metros, contados en dicho rumbo desde el torreón de Santa Bárbara.

»Desde dicho primer punto, se dirige con rumbo Norte 34° Oeste, en una extensión de 1.040 metros, en cuyo extremo cambia dirigiéndose al Norte 86° Oeste en una extensión de 1.100 metros.»

Después se determinan los rumbos y distancias á que quedan esos territorios, y luego continúa:

«La línea extrema del CAMPO NEUTRAL ó límite del territorio marroquí forma otro polígono circunscrito al anterior, cuyos vértices están respectivamente 500 METROS MÁS DISTANTES DE LA PLAZA contados en dirección de las líneas que unen estos con el saliente del fuerte *Victoria* grande.

»Esta línea se considerará LÍMITE DEL TERRITORIO JURISDICCIONAL DE S. M. EL SULTÁN DE MARRUECOS, y en ella *se establecerá la guardia de moros de Rey* que previene el artículo 5.° del Convenio de 24 de agosto de 1859.

»El espacio comprendido entre las dos líneas antes fijadas *es el campo neutral*, á que se refiere el art. 4.° del Convenio de 24 de agosto de 1859.

»Y para que conste como ejecución de los pactos internacionales, en virtud de los cuales se hizo la cesión, los infrascritos autorizan de común acuerdo la presente acta

de demarcación, habiendo colocado como señales provisionales diez y siete grandes estacas en los puntos indicados anteriormente.»

***

En el acuerdo de 1863 se dice lo que sigue:

«1.° Se volverán á colocar postes en los puntos que señalaron los ingenieros españoles y marroquíes en el acta internacional que levantaron el año pasado de 1862, en cumplimiento del artículo 2.° del Convenio de 1859, confirmado por el artículo 5.° del Tratado de paz de Tetuán. Los que arranquen ó destruyan estos postes *serán severamente castigados*, y el poste destruido *será repuesto por el bajá del Riff* con asistencia del gobernador de Melilla ó de un delegado suyo.

»2.° Habiendo S. M. el rey de Marruecos resuelto *indemnizar á aquellos de sus súbditos que tienen propiedades dentro* DEL TERRITORIO CEDIDO Á ESPAÑA, á fin de hacer la entrega de dichas tierras á S. M. la reina, á quien corresponde EN PLENO DOMINIO Y SOBERANÍA, se ha convenido en que todos los súbditos de S. M. Marroquí que se hallen en aquel caso *saldrán del territorio español y abandonarán sus propiedades*, que pasarán á ser propiedades de la nación española. Dichos súbditos marroquíes serán expulsados inmediatamente del territorio español.

»Las autoridades españolas de Melilla no les consentirán, *bajo ningún pretexto*, QUE SE ESTABLEZCAN DE NUEVO EN ELLAS, pues esto pudiera ser motivo de disturbios en la

frontera. En este punto, quedarán las cosas en Melilla en el mismo estado que se hallan en Ceuta.

»3.° A FIN DE EVITAR LAS CUESTIONES Á QUE NECESARIAMENTE DARÍA LUGAR LA ENTRADA DE LOS MOROS DEL CAMPO PARA VISITAR LA MEZQUITA QUE HAY DENTRO DE LOS LÍMITES, EN EL LUGAR LLAMADO SANTIAGO, DICHA MEZQUITA SERÁ DESTRUIDA Y ARRASADAS LAS HIGUERAS Y CHUMBERAS QUE LA RODEAN.

»*La destrucción de la mezquita y la limpia del terreno circunvecino* se hará por las *tropas marroquíes* ó por los habitantes de las tribus.

»4.° Los súbditos marroquíes *no podrán, bajo ningún concepto, entrar armados* en el territorio español fronterizo á Melilla. El ministro de España declara que el que contraviniese á esta disposición después de haberse puesto en ejecución el presente acuerdo, *perderá sus armas*, que quedarán en poder de las autoridades españolas.»

***

Se ve, pues, claramente, que no se puede dudar del derecho con que la opinión, unánime, pide que se limpie de moros armados la zona neutral, y que es evidente que ni la mezquita, ni el cementerio, ni las huertas, ni las chumberas de los riffeños han podido ni pueden existir en aquella zona.

A propósito de este asunto, decía *La Época:*

«Tarde es para prevenir los acontecimientos, pero no lo

es para remediar el daño, ni para salvar la integridad de nuestros derechos territoriales, hollados y desconocidos en el campo de Melilla.

»Lo que falta es que el ilustre caudillo de aquellas tropas reciba instrucciones concretas y claras, que el Gobierno proceda con rectitud y buena fe, y que la opinión confíe en la pericia, en el valor y en la buena estrella que siempre acompaña al general Martínez Campos.»

CAPÍTULO CX

Una misa en Sidy-Guariach y una carta de D. Luís Morote.—Consecuencias



N Sidy-Guariach, en aquel sitio tan renombrado y tan discutido, cuyo suelo estaba regado por la sangre de nuestros soldados, lugar tan defendido por los moros, el general Martínez Campos dispuso la celebración de una misa.

El acto, era verdaderamente una provocación.

Si los moros la aceptaban, el movimiento de avance era indudable y en las condiciones en que nuestro ejército se hallaba las consecuencias hubieran podido ser gravísimas.

Si los infieles no hacían caso de la provocación y dejaban que el santo sacrificio se verificara sin protesta de ningún género, podía darse ya por terminada la campaña.

Lo que más podía herir el fanatismo musulmán, la fibra

que con más violencia podía vibrar en un corazón riffeño, era precisamente el acto á que nos referimos.

Si lo dejaban pasar, ya estaba resuelta la cuestión.

El dilema era arriesgado, pero el éxito fué negativo respecto á los pesimistas, que creían que seríamos vigorosamente hostilizados.

Los infieles se contentaron con mirar.

Podían hablar entre sí, podían pronunciar toda clase de amenazas, pero hechos ostensibles no hubo ninguno.

El albur estaba jugado.

El triunfo había quedado de nuestra parte.

Ya no podía dudarse de que habíamos entrado en el terreno de la negociación, que conduciría á la paz.

El ilustrado señor Morote, en una de sus cartas tantas veces citadas por nosotros, decía así, á propósito de este importante acontecimiento:

* * *

«Con la misa celebrada en Sidy-Guariach, borrado este nombre del mapa de nuestro campo en Melilla, cristianizado el lugar que fué teatro de horrendas mutilaciones, parece, por ahora, y al menos en lo más culminante, satisfecho el punto de honra, por la cual se discutía y se peleaba con nuestro vecino el Riff. La indemnización, la rectificación de límites, la ocupación temporal de posiciones avanzadas, la entrega de rehenes, el castigo de los principales rebeldes, la devolución de armas con que el contrabando les

armó, cuanto contiene la cuestión de Melilla; parece que sólo el tiempo podrá resolverlo en la medida de nuestro deseo y de nuestro derecho. Acaso en todo ello encontremos motivos más fundamentales de lucha que en todo lo ocurrido hasta ahora; pero acaso también los que se dan por sometidos, dénse al cabo por vencidos, otorgándonos cuantas condiciones pidiéramos, aunque luego no hayan de cumplir ninguna.

»Pero aunque las cumplieran, el Riff subsiste y en él las palabras sumisión y vencimiento y obediencia y otras tales, tienen un valor tan relativo, que casi no tienen valor gramatical. La poesía, satisfecha con misas de campaña y paseos militares y desfiles triunfales, ha de ceder su puesto á la prosa, sacando las últimas consecuencias de todo lo acontecido desde el día 2 de octubre.

»La poesía es la Misa de Sidy-Guariach, en que la cruz aplasta la media luna y tiene por altar el Dios de los cristianos un territorio, unos montes y unos valles en que estaba enclavada una mezquita. Si fué este un conflicto religioso en que las kábilas defendían su mezquita y su cementerio, dos templos, el conflicto ha cesado en el punto en que desde Frajana á Benisicar extendió el sacerdote su bendición. Si fuese este un conflicto de vecindad internacional, en que dos pueblos muy afines chocan entre sí, el conflicto ha cesado, porque ya «estar amigos», y nosotros los españoles, como ellos los moros, representamos y representan el papel del guapo que marca en el suelo una raya y con voz y ademán de desafío, dice: «¡De aquí no se pasa!»

»Pero la prosa, la maldita prosa nos proclama que este no fué substancialmente un conflicto religioso, ni un problema de vecindad internacional, sino algo peor y más grave; el resultado de una política equivocadísima, funestísima, en la que faltaban estos dos elementos: la atracción por el comercio, por la civilización, por una conducta que inspira confianza y da garantías, y el castigo oportuno, inmediato, que prueba la virilidad de una nación. Y por faltar esas dos cosas hemos venido á terminar en que el Riff es árbitro de la paz y de la guerra.

»La guerra no es eterna. La paz es la vida. Y puesto que el Riff vive y Melilla se ha de conservar, pensemos en los medios más conducentes al fin primero y primordial de toda esta historia, á que las kábilas tengan que estar en amistad nuestra por interés y provecho propio.

»Una vez más, hemos probado en esta campaña que no estamos preparados, que no tenemos los elementos necesarios para una guerra, ni en organización ni en espíritu. El soldado es valiente, es sufrido. Los generales son arrojados, inteligentes. El Gobierno quiere vindicar la honra nacional, según declara. Y sin embargo, la campaña es desastrosa, es costosísima! nos detendrá largos años en el camino de la reconstitución de nuestra patria.

»Si no se sacara otra última consecuencia de esta cuestión de Melilla, se obtendría la de que el Gobierno, la administración, todo lo que es máquina oficial, está mucho más bajo, pero infinitamente más bajo, que el país. Éste merecía más. Creíamosle muerto y sepultado, y ante una

afrenta de unos salvajes se ha levantado y ha hecho andar. Hasta los más pobres Ayuntamientos de España, los que todo lo deben, compraban fusiles. Teniendo el último céntimo de unas cosechas embargadas, el país ha respondido á las grandes exigencias de una guerra.

»Sin víveres, sin soldados, sin material, se han batido nuestros batallones contra el Riff. Y ahora mismo avanzarían á la menor señal de su general en jefe, aunque supieran que por el camino no tuvieran con qué municionarse ni de qué comer.

»¿Es que no nos han de enseñar nada estos ejemplos? ¿Es que no nos hemos de organizar, de reconstituir interiormente antes de pensar en campaña alguna? Si hay baldón, si hay afrenta en que los moros estén sin derrotar con la derrota que hace sangre y deja memoria, la afrenta y el baldón son enteros para los que se llaman Gobiernos, y por no saber no saben ni siquiera apreciar como deben los generosos impulsos, los nobles entusiasmos, las patrióticas ambiciones de honor y de grandeza del país que dirigen.

»La mejor prueba la da esta campaña dolorosa, en la que vamos á concluir según todos los augurios, no en un segundo campamento de Santa Fe, sino delante de los límites moros, de los que nadie pasa sin el permiso del bajá.»

* * *

Todas las observaciones hechas en la carta que antecede, son de una verdad innegable.

Realmente mucho debiéramos haber aprendido, no precisamente en la breve campaña del Riff, sino en otros muchos hechos que hemos tenido que deplorar y que son de todos conocidos, quedando así demostrada la desorganización interior que nos consume.

Pues de la misma manera que las enseñanzas anteriores de nada nos han servido, de nada también nos servirá la que se desprende de lo ocurrido en Melilla.

Los moros iban día por día deponiendo su actitud belicosa y dejaban que se fijasen tranquilamente los hitos que señalaban los límites del campo.

Se emprendieron los emplazamientos de más pequeñas torres avanzadas para proteger los límites, y los riffeños lo contemplaban impasibles también.

El período bonancible continuaba.

¿Duraría mucho? Este era el verdadero problema.

***

Decía una carta de Tánger:

«Procedente del Riff ha llegado hoy un moro.

»Dice que Araaf hizo pregonar el término de la guerra, que aconsejó á los combatientes que se dirigieran á sus hogares, y que los riffeños obedientes esta vez, abandonaron el campo.

»Araaf carece de facultades para resolver por sí mismo las cuestiones contenidas en el *ultimátum* del general Martínez Campos.

»Me consta que su misión se reduce á pacificar á las kábilas, mediante halagos y promesas para conseguir una tregua hasta que el sultán llegue á Marruecos.

»Dicen de Mazagán que el sultán se halla á dos jornadas de Marruecos.»

CAPÍTULO CXI

El instinto de rapiña riffeño.—Atentado.—Fuego contra los ladrones.—Conferencias



o se pasaron muchos días sin que un suceso nuevo, viniese á demostrar que no podía fiarse mucho en la buena fe de las kábilas, que estaban quietas á la sazón, pero no vencidas en absoluto.

Cartas que obran en nuestro poder y telegramas remitidos de Melilla, decían lo siguiente refiriéndose á los hechos ocurridos los días 17 y 18 de diciembre:

«La fragata *Gerona* desembarcó hoy catorce maderos que constituían su cargamento.

»Estos, convertidos en balsas, flotaban por la bahía á falta de medios para conducirlos á tierra.

»En esta situación les sorprendió el temporal que atravesamos.

»Al amanecer, los maderos aparecieron embarrancados en la playa de San Lorenzo del lado de allá del río.

»Desde las siete de la mañana se vieron varios grupos de moros ocupados tranquilamente en transportar los maderos al interior, valiéndose para ello de caballerías.

»El general Macías participó el hecho al jefe de las fuerzas, Martínez Campos.

»Éste dispuso que dos parejas de la Guardia Civil de caballería con un intérprete intimara á los moros á que se marcharan.

»Dichas parejas no pudieron vadear el río.

»Enterado el general Martínez Campos, ordenó por teléfono que fuerza del escuadrón de caballería cargara si no se retiraban los moros.

»El escuadrón salió con lluvia torrencial, no pudiendo pasar, sin embargo de los esfuerzos del teniente coronel señor Vinuesa, del teniente señor Álvarez y demás oficiales que, con entusiasmo, recibieron la orden de salir.

»El guardia civil Antonio Carro intentó pasar el río, pero al hacerlo fué envuelto por la corriente, perdiendo el caballo.

»Milagrosamente se salvó, llegando á la orilla del mar.

»El sable y el sombrero se los llevó la corriente.

»Al aproximarse la caballería, los moros huyeron; pero al ver que aquéllos no vadeaban el río, volvieron tranquilamente.

»Estaban á unos 300 metros del fuerte de San Lorenzo, á caballo y á pie.

»Por fin, y aunque tarde, se dió orden de romper el fuego, saliendo la guarnición de San Lorenzo corriendo como quien va á una fiesta, desplegándose en guerrillas por la orilla del río y haciendo fuego nutridísimo contra los riffeños.

»A la primera descarga vimos caer algún que otro moro.

»En la plaza tocóse llamada, saliendo los ingenieros para construir sobre el río Oro un puente provisional.

»Los cañones de San Lorenzo hicieron 12 disparos.

»También hicieron fuego las tres baterías emplazadas en el torreón de las Cabras.

»Al cuarto de hora no se veía en el campo ni un solo moro.»

* * *

Extraordinaria alegría produjeron en el campo y en la plaza los primeros disparos que escucharon después de tantos días de inacción.

Las noticias á que nos referimos, decían lo siguiente:

«Entre nuestras tropas acampadas fueron recibidos los primeros disparos con entusiastas aclamaciones.

»Los soldados corrían presurosos á las tiendas á proveerse del armamento.

»Todo esto se verificó con el mayor orden.

»Lo mismo sucedió en la plaza.

»Poco después de cesar el fuego, se vió, desde el fuerte de San Lorenzo, llegar á Muley Araaf á los límites del lu-

gar donde ocurrieron los sucesos, con el obligado acompañamiento de askaris.

»Casi á la misma hora, el bajá conseguía pasar el río, con el agua al cuello, y seguido de su acompañante se presentó en la tienda del general Martínez Campos, con el cual conferenció durante media hora.

»Parece que el bajá quiso quitar importancia á los hechos y que el general debió exigirle el inmediato castigo de los culpables.

»Dos horas después de haberse marchado el bajá, se desplegaron otra vez en guerrillas las fuerzas que componen la guarnición de San Lorenzo, porque los moros volvían otra vez por la madera, haciéndose también disparos de cañón desde el fuerte. Esta vez me aseguran que los moros contestaron á los disparos.

»La primera impresión producida por los sucesos de hoy, fué de alegría general.

»Todos creyeron llegado el momento oportuno que se aguardaba.

»Después de la conferencia, los comentarios fueron muchos y no todos agradables, tanto, que renuncio á describirlos.

»Los hechos de hoy no tienen mucha importancia por sí mismos, porque los moros creen que es suyo cuanto arroja el mar á la playa, y sabido es además lo desarrollado que está en ellos el instinto del robo, siendo para los riffeños cosa corriente el entrar en nuestro territorio para efectuar sus latrocinios.

»Sin embargo, hay que hacer constar que si entran en nuestro campo existiendo en la plaza 20.000 hombres y estando entre unos y otros el hermano del sultán, ¿qué harán cuando falten?

»Como siempre, creía que la única ventaja que sacaríamos de esta guerra sería adquirir prestigio entre los moros, no necesitando de la fuerza para hacernos respetar. Pues ni esto vamos á conseguir.

»Este suceso habla muy alto de la osadía mora y revela muy á las claras que aún no ha terminado el conflicto de Melilla.

»Si el general Martínez Campos no aprovechó este pretexto para dar la batalla, habrá poderosas razones que hayan inclinado su ánimo en contrario sentido; pero se ve que resulta destituída de fundamento la creencia de que el general Martínez Campos sólo aguardaba ocasión para dar una batida á los riffeños, volviendo con las tropas á España después de una brillante victoria.

»Rompióse el fuego cinco horas después de ver que los moros se llevaban las maderas que arrojó el temporal á nuestra playa.

»Antes se les mandaron tres recados, y no pudiendo pasar todavía el escuadrón de caballería, fué el intérprete á apurar los medios de persuasión antes de hacer fuego. Después fué cuando se dió la orden de cargar.

»Decididamente se perdió una buena ocasión de ganar gloria y prestigio sin complicaciones; y como el caso no es fácil que se repita, la opinión general se inclina á creer

que lo mejor es embarcar el ejército y quitarlo de sufrir tantas penalidades inútiles.»

***

Fácilmente se comprende que después de lo ocurrido, inmediatamente el bajá acudiría á conferenciar con el general Martínez Campos.

Y así sucedió, en efecto, como hemos visto.

«El bajá conferenció con el general Martínez Campos,—decían otros corresponsales.—Éste estuvo muy enérgico, pidiendo que devolviesen los moros inmediatamente las maderas robadas, dándoles de plazo hasta las diez de la mañana del día 20 para que se le entregaran los culpables. De no hacerlo, irían nuestras tropas á Mazuza por ellos.

»Creo que lo sacrificarán todo los moros antes de provocar un conflicto.

»Esta mañana el moro que estaba preso en Victoria, pidió permiso para salir, que le fué negado.

»A poco se arrojó al mar desde la muralla próxima.

»El centinela disparó el fusil, hiriendo el proyectil el pecho y brazo del riffeño, el cual quedó muerto en el acto.

»Sigue lloviendo torrencialmente.

»Mañana se espera que haya nueva conferencia.

»El puente provisional construido ayer, sufrió anoche la pérdida de la balsa central, efecto de la crecida.

»Se está construyendo otro de caballetes.

»Ahora sólo llevamos convoyes sin importancia.

»A pesar de la lluvia, de la crecida del río y del mucho barro que cubre los caminos, salieron para los límites, cuatro mulos con obreros de la Administración militar, cargados de víveres, azúcar, arroz, pan y café, para los moros.

»Ha llegado el *África* con el correo, saliendo seguidamente para Chafarinas.

»La noche del 19 ha pasado sin novedad alguna. Amaneció el día magnífico.

»Los ingenieros salieron á trabajar en el fuerte de Sidy-Guariach, pero antes de llegar al sitio recibieron orden del general Martínez Campos para que se volvieran.

»No podían dar un paso por estar todo el terreno encharcado.

»Cincuenta penados fueron á la desembocadura del río para recoger las maderas que dejaron los moros. Estos están llevando á Guariach las maderas robadas.

»La hermosura del día predispone á los temperamentos belicosos.

»Algunos creen cosa segura que los moros no entregarán á los culpables del robo, mañana temprano, que cumple el plazo señalado, y que el general ordenará el avance de las tropas sobre Mazuza.

»Yo sigo creyendo que ya no pasa nada. Si es tan terminante el plazo, antes que cumpla, entregarán á los culpables. Sólo hay un dato en contra.

»Martínez Campos celebró una conferencia á las tres de la tarde, con el bajá del campo.

»A las once de la mañana ha ido el coronel Navarro á conferenciar con Araaf, en Frajana.

»Dicen que llevó el *ultimátum* de Martínez Campos, acerca de la entrega de los autores del robo.

»La contestación la ha traído el bajá.

»Después de la conferencia, corre el rumor de que no habrá operaciones mañana.

»Araaf accede á la entrega de los culpables; sólo difieren en que Araaf pide que se manden á Tánger, y Martínez Campos quiere retenerlos aquí.

»Siempre creí que sucedería esto.

»Llegó el vapor *Cámara*, que tuvo que arribar á Almería. Salió el *Isla de Luzón* con la correspondencia para Málaga.»

***

Con fecha del día 20 de diciembre, decían otros telegramas:

«Reina absoluta tranquilidad en la plaza. Todo el primer cuerpo de ejército hace instrucción, maniobrando la caballería y la artillería.

»El artillero Juan López, herido á causa de la explosión de una granada en el fuerte de San Lorenzo, ha fallecido.

»Se ha disipado la creencia de algunos que esperaban grandes acontecimientos.

»Ha sido devuelta gran cantidad de maderas en el fuerte de Sidy-Guariach, reanudándose los trabajos bajo la protección de una brigada como antes.

»El general Martínez Campos celebró ayer, á las tres de la tarde, una conferencia con el bajá del campo y el secretario de Muley Araaf.

»Se ha guardado bastante reserva sobre lo que trataron.

»Al acabarse la conferencia, el general preguntó á uno de los dibujantes que hay en Melilla, si tenía los retratos de aquellos moros.

»—Todos, no, mi general,—contestó el dibujante.

»—Entonces,—dijo Martínez Campos,—los concluirá usted otro día, que puede ser esté V. otra hora con ellos.

»Reina la tranquilidad más absoluta. Se ha disipado la duda que abrigaban algunos acerca de acontecimientos que hubieran podido surgir y parecen ahora descartados.

»Como ya dejo dicho, ha muerto el artillero que resultó herido de gravedad al descargar un cañón el otro día.»

* * *

Para terminar todo lo referente á lo ocurrido en el campo respecto al saqueo y devolución de las maderas, hé aquí los partes oficiales:

«Melilla, 19, 9 mañana.

»General en jefe al ministro de la Guerra:

»No ocurre novedad.

»Suspendidos los trabajos de los fuertes por el mal estado del terreno. De instrucción, sólo ha habido tiro al blanco.

»Enfermos en esta plaza, 264.

»Temperatura, 9'23 grados.

»Tendido fuerte de caballetes sobre río Oro.

»Buen tiempo.

»Melilla, 19, 5'15 tarde.

»General en jefe al ministro de la Guerra:

»En el día de hoy se ha hecho cargo del gobierno militar de esta plaza, el general Arolas.

»Melilla, 20, 10'15 mañana.

»General en jefe al ministro de la Guerra:

»Se han reanudado los trabajos de los fuertes.

»El príncipe Muley Araaf ha obligado á los moros á entregar en Sidy-Guariach las maderas cogidas en la playa, de las que se han hecho cargo los ingenieros.

»Aquel príncipe, da así una prueba de sus buenos deseos, obligando á los riffeños á este acto de sumisión.»

CAPÍTULO CXII

Resuélvese en Consejo de ministros enviar una embajada al sultán.—El general Martínez Campos, embajador



LARAMENTE veíase por el aspecto de la cuestión, que se acabaría por enviar una embajada al sultán, ya que éste, por entonces al menos, no iría al Riff, para poner término á la situación creada por sus montaraces súbditos.

Efectivamente así sucedió.

En el Consejo de ministros celebrado el día 29 de diciembre, ya se trató extensamente de este asunto.

Comenzó á las cinco y minutos de la tarde en casa del señor Sagasta, bajo la presidencia de éste, y acabó á las ocho de la noche.

No hubo nota oficiosa, y como los asuntos tratados tuvieron carácter internacional, los ministros guardaron mucha reserva acerca de sus acuerdos y de sus impresio-

nes sobre las dos cuestiones esenciales del Consejo, la del *modus vivendi* con Francia, y la de Melilla.

Después de haberse ocupado del *modus vivendi*, los señores ministros de Estado y de la Guerra leyeron los telegramas recibidos del general Martínez Campos. En el último, de la tarde, daba cuenta el ilustre caudillo de la visita que acababa de realizar á Frajana, de los honores que se le tributaron, y de las promesas conciliadoras de Muley Araaf.

El Consejo deliberó extensamente acerca del estado de la cuestión, y antes de tratar en concreto de los términos de las instrucciones que debían comunicarse al general Martínez Campos, se acordó que anoche mismo celebrase con él una conferencia telegráfica el señor Moret, para conocer su opinión acerca de las mismas. En el Consejo de mañana quedarán acordadas.

Se referirán á los puntos consabidos de castigo de los culpables, demarcación de la zona neutral y garantías de respeto á ésta, y por último, indemnización.

La parte más difícil créese que ha de ser la relativa á la indemnización; pero el Gobierno procederá en este punto con tanta energía como en los restantes, aunque dentro de los límites de la más estricta justicia.

Para fijar la cuantía, se ha tomado una base que es la mayor prueba de la moderación de nuestras peticiones: el Consejo acordó que los ministros de Guerra y Marina hagan una cuenta de los gastos ocasionados por la campaña en Melilla que no tienen carácter permanente, es decir, que no quedan en servicio del ejército, como el armamento

y material adquiridos. La suma de los primeros, exclusivamente, será la cantidad á que ascienda la indemnización que ha de exigirse al sultán.

Aunque no oficialmente, el ministro de Estado cree saber que el emperador de Marruecos se encuentra en la ciudad de este nombre desde mediados del actual, y á ella irá la embajada extraordinaria.

El general Martínez Campos saldrá de Melilla en la próxima semana y probablemente en los primeros días de la misma, y el viaje no durará menos de una quincena. Su séquito será de unas 50 personas, entre las cuales figurarán sus ayudantes, el P. Lerchundi, sus dos médicos, que también han viajado ya con el emperador de Marruecos, el señor D. Luís del Arco y el auxiliar del ministerio de Estado que le acompaña y el secretario de la legación española en Tánger.

El viaje á este puerto ó al de Mogador, según se resuelva de conformidad con el general Martínez Campos, lo hará éste en un buque de guerra y tal vez escoltado por el resto de la escuadra, que irá después donde aquél disponga, por si fuera necesaria una demostración naval para apoyar nuestras reclamaciones.

El ilustre caudillo determinará también como jefe superior de las fuerzas de Melilla las que han de quedar en esta plaza y los puntos de la Península donde han de situarse las restantes, pues estas resoluciones quedan á su exclusiva iniciativa.

En todo caso no saldrá de Melilla hasta que los cabos

de las kábilas inmediatas á esta plaza hayan ido á darle satisfacciones, realizando un acto como de sumisión á nuestra bandera y al nombre de España.

* * *

El general Martínez Campos, para asegurarse de las buenas disposiciones de los riffeños, fué á Frajana, como hemos visto en los párrafos anteriores.

Los telegramas referentes á este y otros actos, que tenemos á la vista, dicen lo siguiente:

«El general Martínez Campos, acompañado de los demás generales y del diplomático señor Arco, fué á Frajana, en donde le aguardaban en actitud respetuosa, Muley Araaf y los cabos de las kábilas.

»A la hora en que telegrafío, están conferenciando el comandante general y el hermano del sultán.

»Ha terminado la entrevista.

»Según mis noticias, Araaf se ha mostrado por todo extremo conciliador, manifestando al general que irán á Melilla á dar satisfacciones á nuestra bandera, por los sucesos ocurridos, los jefes de las kábilas.

»Además pidió un plazo de cinco ó seis días, tiempo que juzga, tardarán èn llegar á su poder, instrucciones del sultán, para resolver definitivamente lo relativo á la demarcación de la zona neutal.

»Al terminar la entrevista, obsequió Araaf á los generales con huevos cocidos, pastas y té.

»A la una, cuando entró el general en Frajana, la guardia de askaris le tributó honores reales.

»Multitud de moros y moras presenciaron la entrevista.»

* * *

Un suceso importante había tenido lugar en el Riff, que fué la prisión de Maimón Mojatar y su sobrino, grandes agitadores entre los suyos, contra los españoles.

Sin perjuicio de aumentar estos detalles, decía un corresponsal de Málaga:

«Acabo de visitar á Maimón y á su sobrino, á bordo del crucero *Isla de Luzón*. Los tienen sin atar, pero guardados con centinelas de vista. Ignoran que los llevan á Tánger, para algo más que para conferenciar con Mahomed Torres.

»Dice Maimón, que fué cogido porque recibió carta de aquél para que se avistase con el hermano del sultán; hízolo así y entonces fué preso y llevado á la plaza.

»Conforme con lo que antes telegrafié, serán puestos Maimón y su sobrino á disposición del sultán.

»El traerle á Málaga obedece al deseo del Gobierno de dar satisfacción á la opinión pública, y á la necesidad de que hiciese carbón el buque.

»Durante la travesía, sólo tomaron café los prisioneros; hoy pidieron pescado.

»Abrigan grandes temores de que se les envenene.

»Maimón asegura que durante tres años ha permaneci-

do léjos de Melilla y que no ha tenido participación alguna en los sangrientos sucesos.

»Dice que creía que el llamarle, obedecía al propósito de aprovechar su influencia en las kábilas, para inclinarlas en favor de España, de la cual es amigo.

»Maimón tiene 60 años. Está abatidísimo, quizá á causa del mareo que sufrió durante la travesía.

»Haddu-el-Hach se muestra más reservado que su tío. Éste me enseñó la carta que había recibido de Mahomed Torres, llamándolo.

»El crucero *Isla de Luzón* fondeó en el muelle de Heredia, pero como el gobernador temía que hubiera alguna asonada popular cuando se supiera la llegada de los prisioneros, se trasladó el buque al antepuerto.

»No se sabe cuando saldrá para Tánger. Esto depende de las órdenes del Gobierno y del tiempo que tarde en hacer carbón.

»La oficialidad ha sido invitada al baile que dará mañana el Círculo Malagueño.»

* * *

La noticia de la misión que se le confiaba al general Martínez Campos, produjo en Melilla una buena impresión.

Un corresponsal decía así:

«Ha circulado la noticia satisfactoria de que el general Martínez Campos había sido invitado para desempeñar la honrosa y delicada misión de representar á S. M. como

embajador extraordinario cerca del sultán. El general, sin negarla, dice que desea no moverse de Melilla hasta que el conflicto esté del todo terminado.

***

Un telegrama de Málaga decía, con fecha 28:

«A las diez de la mañana fondeó en este puerto el crucero *Isla de Luzón*, conduciendo á Maimón Mojatar y su sobrino.

»Durante la travesía desde Melilla no ha ocurrido novedad á bordo.

»Se ha recibido un telegrama de Melilla, puesto á las diez y media de la mañana de ayer por el general en jefe, participando que se han reanudado las obras de los fuertes, sin novedad.

»Las últimas noticias que hemos podido adquirir en los centros oficiales referentes á Melilla, dicen que no ocurre novedad y que merced al buen tiempo siguen los trabajos en el fuerte de Sidy-Guariach.

»Ayer circuló el rumor á última hora de que el hijo del sultán había llegado al Riff con 2.000 caballos. No pudimos comprobar la noticia.»

***

Otras noticias recibidas también del campamento decían:

«El general Martínez Campos ha aceptado el cargo de embajador extraordinario cerca del sultán.

»Créese todo terminado.

»Además de la entrega de los principales autores é instigadores de los atropellos cometidos contra España, anúnciase para muy en breve otro acontecimiento no menos favorable para el prestigio español, y que consistirá, según noticias, en que las kábilas inmediatas á Melilla y las más próximas del interior, acudan á rendir homenaje de respeto y sumisión al general en jefe señor Martínez Campos.

»Se sabe positivamente que el sultán ha llegado á Marruecos el 19 del mes actual.»

CAPÍTULO CXIII

Excelentes relaciones con los moros.—Maimón Mojatar y su sobrino



AS relaciones entre el general en jefe y el hermano del sultán eran cada vez más cordiales y á semejanza de sus respectivos jefes, iban fraternizando moros y cristianos, ó sean nuestros soldados y los riffeños.

El día 27 de diciembre, como ya hemos dicho, tuvo lugar la entrega al general en jefe del ejército de Melilla, de Maimón Mojatar y su sobrino, cuyo acto refiere de este modo un testigo presencial:

«A las tres de la tarde de hoy el coronel de los askaris ha traído al campamento y ha entregado al general Martínez Campos á Maimón Mojatar y á un sobrino suyo, que se encontraban en Benisicar.

»Desde Sidy-Guariach vino acompañándoles un capitán de la Guardia Civil.

»El coronel de los askaris, trajo un pliego de Araaf, haciendo constar oficialmente la entrega de los prisioneros.

»Venía Maimón suelto, seguido de cuatro askaris. Presentaba un aspecto tristísimo al ver que le habían traído engañado.

»Cuando llegó á la puerta de la tienda del general Martínez Campos, quedóse allí, sin pasar, llorando mucho.

»El general ordenó que se le llevase al *Isla de Luzón* inmediatamente. Cuando iba ya el prisionero cerca del muelle, recibióse orden de que se pusieran grillos á Maimón, y así se hizo.

»La prisión del célebre moro es indudable que habrá producido una impresión grandísima en las kábilas, que pierden así su principal caudillo.

»Ahora se está buscando á Alí el Rubio y al santón de la Puntilla para prenderlos y entregarlos también al general Martínez Campos.

»Dícese que esta tarde ha sido preso Amadí, porque resulta complicado en la causa del contrabando de guerra.

»Muley Araaf ha invitado al general Martínez Campos para que le visitase en Frajana.

»El general en jefe y los demás generales, aprovechando esta invitación, fueron á Frajana.

»Los askaris, hicieron los honores tocando la corneta y el tambor.

»Estaban con el príncipe, los bajás de Kebdana, Benisicar y Frajana, que obsequiaron á los nuestros con huevos cocidos, té y pastas.

»Primo de Rivera y Chinchilla fueron presentados al príncipe Araaf. Los cabos de las kábilas saludaron al general Martínez Campos en señal de sumisión.»

*
* *

El crucero *Isla de Luzón* fué el encargado de conducir á Málaga, para desde allí llevarles á Tánger, á los dos instigadores de la guerra, según las versiones más autorizadas, y las noticias que tenemos de Málaga, referentes a este suceso, dicen lo siguiente:

«En este momento, 28 de diciembre, fondea el *Isla de Luzón*, que trae á bordo á Maimón Mojatar.

»Suponiendo curiosas las impresiones que pueda recoger hablando con el célebre agitador de las kábilas, me traslado á bordo con el ayudante del general y telegrafiaré los detalles más interesantes.

»Al muelle acude una gran multitud. Al principio se creyó que la noticia de la llegada del *Luzón* era una *inocentada* propia del día.

»El *Isla de Luzón* permanecerá en este puerto el tiempo indispensable para cargar carbón.

»En seguida zarpará con rumbo á Tánger, donde entregará a las autoridades marroquíes á Maimón Mojatar y á su sobrino.

»Va á bordo el fotógrafo Company.

*
* *

»Acabo de regresar del *Isla de Luzón*. Gracias á la amabilidad de su comandante señor Pastorín, he visitado á los prisioneros, hablando con Maimón.

»Éste y su sobrino ocupan la cámara de los torpedos de proa, y van vigilados por dos centinelas.

»Maimón es hombre de unos 60 años, de rostro simpático, mirada firme y dura. Viste elegante jaique blanco en el que se envuelve por completo.

»Su pariente, Haddu-el Hach, es un joven de poco más de 30 años, usa barba negra y se dibuja constantemente en sus labios una risita burlona que da muy mala espina. Viste con mucho menos lujo que su tío Maimón. Éste está abatidísimo.

»Ambos prisioneros se expresan en correcto castellano.

»Hablando con Maimón me hizo reiteradas protestas de inocencia, asegurándome no haber tomado parte en las últimas revueltas de los riffeños.

»Funda sus esperanzas en Alah, que le ayudará á probar su inocencia.

»El comandante señor Pastorín ofrecióle delante de mí café y comida; pero Maimón, después de agradecer las atenciones, negóse á tomar nada, por continuar mareado.

* * *

»Con objeto de hablar nuevamente con Maimón, fuí de nuevo á bordo del *Luzon;* ahora regreso.

»Maimón sigue mareado, siendo imposible sostener con él una conversación larga.

»Ha renovado sus protestas de inocencia, y dice que no va preso á Tánger, sino que va á conferenciar con Mahomed Torres.

»No cree que le cortarán la cabeza. Al hablarle de esto se sonreía y me decía:

»—¡Oh, tú no saber nada! ¡Yo estar rico!

»Al principio tuvo bastante miedo, creyendo que le matarían en el barco, pero ha recobrado la tranquilidad y vuelve á decir que va á Tánger á conferenciar con el ministro del sultán.

»El sobrino, que tiene cara de ser un solemnísimo pillo, no cesa de gesticular y de moverse. Se queja mucho del mareo y dice que él y Maimón «no tener miedo, porque son ricos y los ricos no guerrean.»

»Cuando entré en la cámara que les sirve de prisión, rezaban, frotándose las manos con una piedra que les dieron los oficiales de guardia en vista de la insistencia con que la pedían.

»Se les han quitado los grillos y están sentados en el suelo sobre un jaique.

»El *Isla de Luzón* marchará mañana.

»Me aseguran que Martínez Campos ordenó que viniese á Málaga el buque, para que España se convenciera de la prisión de Maimón Mojatar.»

***

Conforme iban pasando los días, desvanecíanse las esperanzas de que se reanudaran las hostilidades.

Acordado ya el nombramiento de Martínez Campos para la embajada que debía ir á Marruecos y ordenado el regreso de algunas tropas á la Península, comprendíase perfectamente que la guerra había concluido.

No satisfacían, ni al ejército ni á la opinión, una solución semejante, pero así lo dispusieron los que regían los destinos de España, y por lo tanto no quedaba otro recurso que conformarse.

De tal modo habían cambiado los temperamentos, que apenas si podía concebirse que los mismos ministros que meses antes hablaron un lenguaje tan belicoso, hubiesen trocado aquellos alardes en frases contemporizadoras y afables.

El Liberal, decía en uno de sus artículos, tan notable como todos los que publicó durante este período:

«Mucho se congratulará el país de que los repetidos sobresaltos producidos por la actitud agresiva de las kábilas próximas á nuestra plaza de Melilla, tengan definitivo término.

»Para lograrlo, creímos todos, en presencia de la magnitud de las agresiones últimas, que á pesar del angustioso estado de nuestra Hacienda, se imponía la necesidad de hacer un sacrificio extraordinario, que de una vez y para siempre nos pusiera á cubierto de la animosidad de nuestros turbulentos vecinos.

»No íbamos á Melilla en son de conquista; nos llevaba

la necesidad; nos empujaba el legítimo deseo de castigar las ofensas recibidas, á fin de que no se reprodujeran.

»Circunstancias que no podemos siquiera calificar de excepcionales, porque el país no las conoce, modificaron por completo, de la noche á la mañana, la actitud del Gobierno. Aquella bélica frase de nuestro ministro de Estado: «Contestaremos con balas, no con notas», sufrió una modificación radical, sin más que cambiar de lugar los sustantivos.

»Del mismo modo que volvió del revés aquella frase, sin quitar ni añadir una palabra, el señor Moret, ha vuelto del revés el Gobierno, sin cambiarlo ni sustituirlo, al encargado de lograr la satisfacción debida; y de general en jefe del ejército de operaciones de África, ha convertido al general Martínez Campos en embajador extraordinario cerca del sultán.

»De las instrucciones que se le den, no tenemos por ahora para qué ocuparnos, y aunque nadie logrará averiguar jamás por qué razón se han mandado 22.000 hombres á Melilla si el Gobierno creía tener abierto y expedito el camino de las reclamaciones diplomáticas, no habremos de mostrarnos exigentes si el éxito corona las negociaciones encomendadas al pacificador de Cuba.

»Lo que podría ser, es que por la vía diplomática, ya que con tanta confianza ha entrado el Gobierno en ella, no alcanzásemos todas las reparaciones á que España tiene perfecto derecho, todas las que hubiéramos exigido al encomendar el litigio á la fuerza de las armas.

»Al apelar á tan heroico remedio, además de castigar á nuestros enemigos y de imponerles el pago de una fuerte indemnización, que nos compensara de los daños sufridos y de los gastos realizados, habríamos exigido la estricta observancia del tratado de Wad-Ras en todos y cada uno de sus puntos.

»No hay motivo para que hoy nos mostremos menos exigentes, porque si ahora cediésemos, los riffeños envalentonados nos molestarían á diario, y al fin y al cabo la guerra sería inevitable.

»Al renunciar á ella en estos momentos, después de los dispendios realizados, el Gobierno tiene la ineludible obligación de darnos lo que siempre hemos pedido; una paz con honra, una paz asegurada, una paz que nos indemnice de todos los sacrificios hechos.»

* * *

Los Consejos de ministros se sucedían unos á otros, porque realmente el asunto tenía miga y la espectación era general, ansiando todo el mundo conocer las instrucciones que llevaría el general embajador.

«De los tres Consejos de ministros celebrados ayer,—decía un periódico,—uno de ellos presidido por la reina, puede deducirse con entera percepción el pensamiento del Gobierno en lo que se refiere al curso y desarrollo de las negociaciones que vienen siguiéndose con el sultán de Marruecos desde que surgió el llamado conflicto de Melilla.

»Sobre este interesantísimo punto no guardaron ayer una reserva exagerada los individuos del gabinete, quienes sin hacer revelaciones que, dada su situación, hubieran parecido extrañas, dijeron lo bastante para que pudiera tenerse idea suficientemente completa sobre lo que, á su juicio, ha sido hasta ahora la campaña localizada en el campo de Melilla, y lo que debe ser la consecuencia natural de las reclamaciones de España al sultán de Marruecos.

»Los ministros se explicaban en éstos ó parecidos términos.

»—Buena ó mala,—que eso habrá de demostrarlo el tiempo,—el Gobierno ha tenido en la cuestión de Melilla una política *única*, aunque otra cosa hayan creído los aficionados á descubrir dualismos en el gabinete.

»Inferido á España un agravio en Melilla por los riffeños, el Gobierno, sin perjuicio de acumular en aquel campo todos los elementos de guerra necesarios para que los rebeldes se penetrasen de nuestro poderío, decidió que lo que en primer término debía exigirse del sultán era el cumplimiento estricto del tratado de Wad-Ras, con suficientes garantías para evitar en lo porvenir conflictos análogos al que motiva las actuales reclamaciones.

»Era preciso que, desde luego, hubiese en las inmediaciones de Melilla un delegado directo del emperador de Marruecos, y el emperador envió al Riff á su hermano Muley Araaf; se hacía indispensable la sumisión de las kábilas rebeldes, y las kábilas depusieron su actitud y cesaron

por completo en sus hostilidades á los españoles; reclamaba nuestra dignidad que se reconociese y se respetase nuestro derecho á construir el fuerte de Sidy-Guariach, y el fuerte ó el reducto ó la fortificación dispuesta por el general en jefe,—y que para el efecto moral es lo mismo,—se construye hasta con el auxilio de los mismos súbditos marroquíes; convenía á nuestro decoro la prisión y entrega de los principales caudillos y agitadores de la rebelión, y los entregados ya, y los que habrá de entregársenos, son una demostración evidente de que, en una parte al menos, en toda aquella que dependía de las facultades concedidas al delegado del sultán, han sido satisfechas en Melilla las reclamaciones de España, que no podía prometerse allí más amplias y efectivas concesiones.

»El Gobierno, por consecuencia,—siguen diciendo los ministros,—ha logrado cuanto se proponía conseguir con relación al reducido é ingrato campo de operaciones en que actualmente se halla encerrado nuestro ejército expedicionario: reconocimiento explícito de nuestro derecho, cumplido desagravio en cuanto á la ofensa, origen del conflicto, sumisión de los enemigos y lo que es más importante, evitar sin menoscabo del honor nacional, actos de guerra en un terreno por el cual á ninguna parte podrían dirigirse racionalmente nuestras tropas, y que en manera alguna podía constituir una base de operaciones.

»Pero los hechos que se refieren exclusivamente al radio de nuestro territorio en que se asienta la plaza de Melilla y que constituyen la primera fase de la cuestión que

se debate, son independientes—aunque les hayan dado origen,—de los que habrán de iniciarse desde el momento en que el enviado extraordinario de España notifique directa y oficialmente al sultán las condiciones que habrá de satisfacer para que consideremos reparado por completo el agravio de los riffeños.»

***

El Gobierno español, según la versión del periódico citado, deseaba sinceramente mantener sus buenas relaciones con el emperador de Marruecos.

Lástima que se hubiese acordado tan tarde de este mantenimiento de cordiales relaciones, cuando tanto tiempo había tenido antes para estrecharlas, sin necesidad de haber llegado al caso en que estábamos.

«Pero si contra todas las previsiones,—proseguía la versión dada por la prensa,—Muley Hassán resiste la concesión de alguna de las condiciones que establece España y que considera absolutamente ineludibles, la cuestión quedará de nuevo planteada y en condiciones más ventajosas para nosotros, pues además de seguir asistiéndonos la razón, no tendríamos necesidad de guerrear contra hordas semisalvajes en las áridas llanuras riffeñas, sino contra los ejércitos que nos opusiera el sultán de Marruecos.

»En cuanto á nuestras reclamaciones,—siguió diciéndonos uno de los ministros á quienes debemos estas ideas,—son exactamente las mismas que publicó *El Liberal* hace

ya muy cerca de dos meses: entonces ese periódico, cuando aún podian haberse librado grandes combates en el Riff, anunció que el Gobierno español exigiría del sultán:

»1.° El castigo de los rebeldes.

»2.° El cumplimiento del Tratadó de Wad-Ras.

»3.° La determinación de la zona neutral.

»4.° Una indemnización pecuniaria.

»Pues bien. Eso mismo, sin alteración alguna, será lo que de una manera directa reclamará del sultán el general Martínez Campos; y respecto de esos puntos, ni el enviado extraordinario, ni el Gobierno cederán en lo más mínimo; por algo ha conferido el ministerio la alta representación de España al general en jefe del ejército de África,—aparte de los merecimientos que para obtenerla tiene dichó general.—Ese nombramiento debe tener y tendrá, seguramente, para todo el mundo, su verdadera significación.

»Quien no ha incurrido en el extravío de hacer innecesariamente la guerra en Melilla,—nos dijeron, para terminar, los ministros á que aludimos,—no regresará de Marruecos sin obtener todas las satisfacciones que España exige ó sin la notificación terminante de conseguirlas por medio de nuestras armas.»

CAPÍTULO CXIV

Las cabezas de los culpables, según una correspondencia del señor Morote.—Varias noticias del campamento



LA prisión de Maimón Mojatar y de su sobrino, realmente era asunto de importancia, si hubiésemos podido tener confianza en que el castigo de los culpables fuera una verdad.

Pero como habían dicho muy bien á los corresponsales que les hablaron durante su prisión á bordo, eran ricos y el dinero es en Marruecos llave poderosa para realizar todas las injusticias.

De aquí que las esperanzas de un castigo ejemplar fueron desvaneciéndose, desde el momento en que este castigo habían de aplicarle los moros.

El señor D. Luís Morote, citado tantas veces por nosotros en esta obra, decía en una de sus cartas á propósito de aquel acontecimiento:

«La pública opinión y el general Martínez Campos, han señalado como responsables de los sucesos ocurridos en Melilla, durante el mes de octubre, á los caudillos de las kábilas Maimón Mojatar, Alí el Rubio, el Shadly, el Fraile y el santón de la Puntilla. Entre ese número debía contarse á Alí el Moreno; pero éste ha dado ya cuenta de su vida, muerto por el casco de una granada, según unos dicen, ó pereciendo á manos de los moros, como es opinión más extendida entre otros. Y desde que la opinión y el general en jefe pusieron á precio las cabezas de los tales caudillos, puede decirse que están condenados á perecer.

»Maimón Mojatar desapareció de su casa de Benisicar antes del asedio de Cabrerizas Altas. En los días 27 y 28 de octubre, cuando por su causa y á su excitación se batían los riffeños, el promovedor de la guerra, el antiguo bajá del campo, el que tuvo la osadía de declararle la guerra al sultán, había puesto tierra de por medio, en previsión de que pudieran ocurrir una de estas dos cosas: ó que España diera buena cuenta del Riff, ó que el sultán les obligara á deponer las armas. La otra solución, la tercera, la de que se devorasen entre sí los jefes de las kábilas, más era para esperada que para temida. Pero, al fin, antes de que eso sucediera, Maimón alejóse del teatro de la guerra, no esperando por esta vez ni aplausos, ni honores, ni mandos.

»El instigador, el inductor de la guerra había desaparecido. El autor material de la pelea, el brazo é instrumento de Maimón, quedóse en el Riff, bien contra su

voluntad y su deseo. De haber podido, hubiera imitado el ejemplo del ex bajá Maimón, pero á aguardarse le obligaban las kábilas, viniendo á ser un prisionero y un vencido de aquellos mismos que había llevado á la victoria. Y la razón es obvia. Alí el Rubio es la prenda segura de que Muley Araaf no entrará á degüello en los poblados rebeldes de Mazuza (Frajana, Mazuza y Mezquita) y Benisikar. Si no está allí, si no está entre los suyos para defenderlos y guardarlos, el saqueo, la muerte y la desolación son casi inevitables. Si está allí podrán salvarse las kábilas y podrá salvarse él, á no ser que llegue como una tromba y como una tempestad el «corta cabezas,» el feroz hijo del sultán.

»Alí el Rubio es alto, es musculoso, es rubio, es bien portado. Una ancha cicatriz se extiende por las narices y por casi todo el rostro. Mira siempre al suelo y es su ademán familiar montar el fusil, jugar con el gatillo. Parece que está proclamando con su aspecto, con lo que calla y con lo que dice, que la vida suya y la vida de los demás pende de un azar. A pesar de la categoría que le dan los hechos de armas realizados, á pesar del ascendiente y de la autoridad que ejerce sobre las kábilas que le siguen, está temiendo siempre morir traidoramente asesinado, como él mata y como él pelea. Se puede desde luego pronosticar que no será cogido vivo, por lo que se defiende, por lo que se guarda, por lo que se preserva de todo ataque, no por valiente. Tiene, como los bandidos en su época de decadencia, un miedo feroz y una desconfianza sin límites de todo lo que le rodea, y vive en una constante alar-

ma, creyendo que le acecha el veneno ó el arma blanca.

»Alí el Rubio, como Alí el Moreno, buscaron ser súbditos españoles, con una sola intención, con la de recogerse en la plaza, al primer intento serio de guerra civil entre las kábilas. Las casas del Polígono que son de los dos Alís, dan testimonio de que no sólo buscaban el pabellón que cubre sino la cueva que oculta. El ser el Moreno confidente de la plaza, es otra demostración de cómo son y quiénes son los caudillos del Riff y cómo se prevenían contra todo evento y cómo procuraban tener la salida completamente cubierta. Alí el Rubio hubiera también conseguido ser confidente de la plaza, si constantemente no hubieran estado oficiales y paisanos previniendo al general Margallo contra semejante bandolero. Va Alí el Rubio por el mundo armado de todas armas, como un *condottiero* romano de los buenos tiempos, con su gumía, con su pistola, con su alfanje y con su rifle, y quién sabe si con algo que le haga parecer á un Borgia del Riff.

»El Shadly tiene su valor acreditado en cien combates. Cuando la rebelión de Maimón Mojatar, fué encargado el Shadly de tomar la casa del insurrecto contra el sultán. La casa de Maimón era un fuerte en pequeño, con sus aspilleras, con su foso, con la defensa desesperada de sus supuestos derechos que hacían los partidarios de Maimón. El Shadly, delante de su gente, trató con el caballo de saltar el foso. Le mataron el caballo, y comiéndole las balas, según la gráfica frase de los moros, entró á pie, escalando los muros... A su vista retrocedieron todos espantados.

»¡Y qué combates los de los riffeños entre sí! Colocábanse á caballo á la distancia de treinta ó cuarenta metros, tan cerca, que desde el fuerte de Camellos, á no ver los fogonazos, hubieran creído que era un combate cuerpo á cuerpo y con arma blanca. En tal disposición las dos fuerzas, tiraban sin cesar, con el fusil constantemente apuntando, pero subiendo y bajando el cuerpo, de pie sobre los estribos, cual si fueran titiriteros, cual si fuerán juguetes de cajas de sorpresa. La carnicería era horrible, el campo del Riff un cementerio.

»Gente de este temple, en el cual es claro que no le igualan ni el Fraile, ni el santón de la Sabanilla, mal llamado de la Puntilla, difícil es que se entregue al castigo que Muley Araaf quiera imponerles, y al sacrificio que de sus cabezas exige el honor de España. Así que para que se efectúe su escarmiento, será preciso aguardar á la total sumisión de las kábilas.

»En la sumisión, el principal elemento que ha entrado, según dicen, es un despertamiento de la fe y un trabajo de retórica. El santón que acompaña á Muley Araaf y que hace de secretario suyo, es un Manterola del imperio de Marruecos. Hay que ver su continente sugestivo, su mirada inteligente, su aspecto general lleno de unción santa, su palabra dulce como las mieles, y al propio tiempo rotunda é imponente como la palabra de Dios.

»En el Riff reinan las tinieblas. Hay muchos moros, pero muchos, que no tienen noticia siquiera de la existencia de Mahoma. Por estar desprovistos de toda religión, ni

siquiera son idólatras. ¡Qué más! Los riffeños cuentan por la Era cristiana y la última expresión de fijeza de una idea religiosa, que es el contar por los años y los meses de la cronología de sus santos, de sus profetas y de sus redentores, es completamente desconocida de las kábilas.

»En tal y tan grande ignorancia, introdúzcase como móvil é impulso de las acciones una voz, un espíritu que mueva las muchedumbres, y si éstas se han dejado guiar por los rudos Alís y por el feroz santón de la Sabanilla, calcúlese dónde les puede conducir el simpático é inteligente secretario de Muley Araaf, que es á su vez, no un santón, sino un *santo* que del mismo Profeta desciende.

»Claro es que toda esa elocuencia, que toda esa sugestión oratoria, no hubiera aprovechado para maldito de Alá la cosa, sin la sugestión de los cañones y la inspiración celeste de veintitantos mil fusiles. Claro es que el digno secretario de Muley Araaf hubiera perdido su sermón en tierra de riffeños, sin el valor que á sus palabras le daba la presencia del ejército español. Pero en fin, ténganse presente esos servicios y ahora que todas las cosas y la campaña entera son conducidas por la vía diplomática, no echemos en olvido los méritos del buen varón Kerdudi, enviado del Profeta, y que hasta á Cristo considera como otro Profeta. Tendría que ver que esta campaña acabase por nombrar un predicador de cámara en el Riff.»

* * *

Entre tanto en el campamento ya no se pensaba en la guerra.

De un momento á otro debía marchar el general Martínez Campos á su embajada y las tropas que debían regresar á la Península, preparábanse ya para abandonar el campo en el cual no habían hecho más que sufrir las inclemencias del tiempo, sin obtener ningún laurel.

El día 29 llegó á Melilla el vapor *África*, con pliegos para el general Martínez Campos.

«El célebre Mari Guari,—decían los apuntes que obran en nuestro poder referentes á esos días,—ha venido á la plaza con objeto de entregar la espingarda de su padre.

»La embajada extraordinaria irá á Mogador á bordo de la escuadra.

»Nuestros buques quedarán en dicho puerto.

»En breve regresarán á la Península las fuerzas que componen el segundo cuerpo de ejército de operaciones, distribuyéndose en varios puntos de Andalucía donde quedarán de observación.

»Se ha verificado el sorteo de los ayudantes que han de acompañar á Marruecos al general Martínez Campos.

»Formarán el séquito el marqués del Baztán y el duque de la Seo de Urgel, hijos del general; el coronel de Estado Mayor señor Bascarán, y los ayudantes señores Moreno, Busto, Navarro, Zavala y Sánchez Ocaña, y el médico señor Saldaña.

»Está confirmado que la prisión de Maimón Mojatar obedeció á un plan astuto puesto en práctica por el bajá

del campo que escribió á aquél para que se personase en Tánger, donde el sultán necesitaba sus consejos para el arreglo definitivo de la cuestión de Melilla, para cuyo viaje Muley Araaf le daría antes de partir las oportunas instrucciones.

»Se cree que la detención de Mojatar no será muy agradable á la kábila de Benisikar, pero al mismo tiempo se da como seguro que dichos riffeños no han de traducir en acto hostil alguno su disgusto.

»Mañana, caso de que cese el fuerte viento de Levante, comenzará á embarcar el segundo cuerpo de ejército, quedándose aquí el regimiento de Álava.

»Saldrán de la brigada Ortega los regimientos de Borbón, Extremadura y cazadores de Cuba, cuyas fuerzas quedarán en Málaga.

»La brigada de Castillejos, formada por los regimientos de Saboya y Pavía, se dirige á Cádiz.

»Marcharán de la brigada de Monroy los cazadores de Tarifa, Segorbe y Cataluña, que quedarán en Algeciras.»

* * *

Habíase resuelto ya que el general Macías se encargara del mando de las fuerzas que habían de quedar en Melilla.

Estas fuerzas eran: regimientos de Wad-Ras, Canarias, Álava, San Quintín, Albuera, Luchana, Guipúzcoa, Constitución, Toledo, Infante y Mallorca; cazadores de Barcelo-

na, Puerto-Rico y Figueras; tres baterías de montaña y dos rodadas y el regimiento de Dragones de Santiago.

Quedaban los generales de division señores Salcedo, Ortega (D. R.) y Molins y los de brigada Arolas, Luque y Linares.

El día 30, á las doce de la mañana, se embarcaron el regimiento montado de artillería y la batería de montaña, que se dirigían á Vitoria.

En la plaza quedaba el primer cuerpo de ejército, al mando del general Macías, con los generales Salcedo, Ortega, Echagüe, Linares, Luque y Molins, según ya hemos indicado, confiriéndose al general Arolas el mando de comandante general.

***

«El día 30, á las tres de la tarde,—nos decia una de nuestras correspondencias,—han llegado á la capitanía general el bajá, Kerdudi, Madis, el célebre Kandor, tan conocido en Madrid; otros bajás, entre ellos uno de Benisidel y otro de Benisikar, y diez y seis cabos de kábilas, á quienes acompañaba el coronel Navarro, que fué el encargado de introducirlos en el gran salón de la capitanía, donde los recibió el general Macías.

»Momentos después llegó el general en jefe, á quien el bajá fué presentando los visitantes, manifestando que venían á rendir homenaje de respeto y sumisión á España y al general en jefe del ejército en África.

»Martínez Campos expresó cuánto le complacía el acto que los moros realizaban con España, nación que siempre les había demostrado gran cariño.

—»Mucho me alegra también,—añadió el general,—que termine este asunto de un modo tan favorable para todos, y espero que de aquí en adelante no han de repetirse pasados sucesos, que á nadie habían de reportar beneficios.

»El valiente general Macías,—siguió diciendo,—queda con el cargo de jefe de este ejército. Gran conocimiento tiene él de los riffeños y sus costumbres, y abrigo la seguridad de que su rectitud evitará todo género de conflictos.

»El no menos valiente general Arolas, que por los servicios que tiene prestados, conoce también las costumbres de los moros, queda en Melilla con el cargo de gobernador de la plaza.

»Ambos generales, rectos, enérgicos y patriotas, obrarán siempre y en todos momentos con justicia.

»El bajá dió las gracias al general por las frases de cortesía que había dedicado á los moros, y pidió al propio tiempo que concediera á éstos el mercado de la plaza de Melilla, que constituía, y ha constituido siempre, su principal elemento de vida, y por otra parte entendía que en ello no podía haber inconveniente alguno.

»La contestación de Martínez Campos fué satisfactoria.

»—Desde mañana pueden venir los tuyos á la plaza para vender,—contestó el general.

»Otra petición hizo todavía el bajá.

»Con toda clase de respetos rogó á Martínez Campos

que intercediera acerca del sultán, en la entrevista que hayan de celebrar en breve, para que no se castigue á Maimón Mojatar, á su sobrino Eddu-el-Hach y á las kábilas.

»El bajá Kerdudi ocupaba un asiento bajo el dosel que cubre un retrato de D. Alfonso XIII; los demás moros estaban sentados en sillones cerca del general, formando un semicírculo; y el resto del salón estaba ocupado por generales, jefes, oficiales y periodistas.

»Con té, dulces y cigarros, fueron obsequiados los moros.

»Éstos trajeron un penado español llamado Ramón Albazuz, que se había fugado al campo moro, aprovechando los sucesos desarrollados el día 2 de octubre.

»El bajá pidió al general que no impusiera á dicho penado el castigo á que se había hecho acreedor.

»Los moros estuvieron en la capitanía más de tres horas.

»El bajá se despidió repitiendo frases de agradecimiento por las atenciones de que se les había colmado á él y á los suyos.

»La plaza y los aljibes estaban llenos de curiosos, con motivo de la llegada de los marroquíes.

»Muchos oficiales y muchos soldados se entretenían examinando los caballos que habían traído los moros.

»El hecho de hoy reviste excepcional importancia, porque no se tiene noticia de que las kábilas hubieran realizado acto alguno de sumisión tan completo, ni aún con el mismo sultán.»

***

En virtud de la autorización concedida por el general en jefe, al amanecer del 31 llegaron á la plaza, moros, reuniéndose hasta unos trescientos.

Todos ellos ó la generalidad, al menos, iban provistos de armas; pero al entrar en el recinto las dejaban en la Puerta de Santa Bárbara.

No ocurrió ni el más ligero incidente desagradable. Los soldados se acordaban del bando que se publicó á consecuencia del fusilamiento del penado Farreny y no se permitían el menor desmán contra los moros.

La Guardia Civil recorría el campo para evitar cuestiones y atropellos. Amadí y el coronel de los askaris, acompañados de otros varios moros, estuvieron en la capitanía general para hablar con el jefe de Estado Mayor, señor Macías, acerca del restablecimiento de la Aduana marroquí.

La presencia de los moros en la plaza de Melilla causó á todo el mundo impresión penosísima.

Los vapores *Triano* y *Turena* zarparon aquella noche para Málaga, llevándose tres baterías de artillería, el regimiento de Borbón, el batallón de cazadores de Cuba y los generales Bérriz y Ortega, y el día siguiente debía embarcar el regimiento de Extremadura.

CAPÍTULO CXV

Las instrucciones para el embajador.— Pliegos del sultán.—Itinerario.—La arenga de Martínez Campos á los soldados



CUPÁNDOSE estaba la prensa, como fácil es de comprender, de la marcha de la embajada á Marruecos, y había gran impaciencia por conocer cuando marcharía y las instrucciones que se darían al embajador.

Un periódico decía así:

«Se ha confirmado plenamente lo que dijimos hace días al anunciar que en el primero de los Consejos de ministros que se celebrasen, discutiría el Gobierno las instrucciones que para terminar el conflicto de Melilla habría de llevar á la corte sheriffiana el embajador extraordinario de España, general señor Martínez Campos.

»Ayer tarde se reunió el Consejo, casi exclusivamente

con el indicado objeto, dejando,—según aseguraron después los ministros,—acordadas, en principio, las instrucciones á que habrá de ajustar su conducta, en las entrevistas con el sultán, el general en jefe del ejército de África.

»Cuando anoche, horas después de terminado el Consejo y aprovechando la afortunada casualidad de conversar con uno de los individuos del Gabinete, procuramos investigar el alcance y el sentido de los acuerdos tomados en su reunión por los ministros, el interrogado se limitó,—con exquisita cortesía,—á darnos las siguientes explicaciones:

»—La negociación diplomática que habrá de seguir con el sultán el general Martínez Campos, tiene, como la generalidad de las de aquella índole, carácter reservado y envuelve, en este caso concreto, una cuestión patriótica cuya anticipada divulgación sería imprudente y ocasionada á consecuencias lamentables.

»Puede decirse, sin peligro alguno, que la base de las reclamaciones que el embajador habrá de formular al sultán, es la misma que repetidamente se ha dicho casi con carácter oficial; pero debo añadir que ha habido alguna alteración en las condiciones, efecto natural y consiguiente de las diversas fases y circunstancias por que, desde su planteamiento, viene presentando el asunto.

»En cuanto á la indemnización de guerra, no es exacto que á ella renuncie el Gobierno español; al contrario, la mantiene: pero acerca de la cuantía de esa indemnización, bien puede asegurarse que hasta que esté fijada y concedida no la conocerá nadie, ni el mismo Gobierno, pues este

punto ha de resolverlo el embajador, teniendo en cuenta varias condiciones que desde aquí no pueden apreciarse.

»El general Martínez Campos llevará para determinados puntos de la reclamación, instrucciones taxativas, y para los restantes, discrecionales; por eso el Gobierno deja á su resolución la cuantía que habrá de fijar á la indemnización de guerra.

* * *

»Aparte de las indicaciones apuntadas respecto á las instrucciones que se comunicarán al general Martínez Campos, el ministro á que nos referimos nos manifestó que el Gobierno no tiene noticia alguna relativa á la salida de un tío del sultán al frente de un ejército con dirección á Melilla, ni sabe, tampoco, que el emperador se proponga marchar más ó menos pronto, para el mismo punto.

»También negó que haya suscitado dificultades diplomáticas de ninguna clase el nombramiento del embajador extraordinario, por no haberse investigado previamente si la persona designada era grata al emperador.

»En cambio, confirmó lo que ayer dijimos respecto á haberse desistido de que la embajada lleve regalos para el sultán, y de que se exija á las kábilas de los territorios que la misión extraordinaria deba recorrer, la *muna* ó contribución destinada á su aprovisionamiento.

»Esas son las manifestaciones que hizo el aludido ministro.

»Otros informes nos permiten asegurar que el trabajo que el señor Moret presentó al Consejo, conteniendo las instrucciones para la misión que ha de desempeñar el general Martínez Campos, fué objeto de discusión muy detenida y de impugnación muchas de sus partes.

»Aun estando todo el Gobierno en actitud muy pacífica y con deseos muy vehementes de llegar á un arreglo con el sultán, el ministro interino de Estado extremaba esa nota hasta un punto que á varios de sus compañeros pareció totalmente inadmisible.

»En las instrucciones redactadas por el señor Moret había tantas vaguedades y tales artificios para que á todo trance terminara la embajada con un arreglo amistoso, que el Consejo creyó que se debía puntualizar más lo que al derecho de España corresponde, y tras un largo debate quedaron las instrucciones esencialmente modificadas, sobre todo en varios extremos que afectan á los ministerios de Hacienda, Guerra y Marina.

»El señor Moret habrá de redactarlas otra vez conforme á los acuerdos del Consejo, y la nueva redacción deberá someterla á los señores Sagasta, Gamazo, López Domínguez y Pasquín, en conferencias parciales que hoy, ó lo más tardar mañana, celebrará con ellos.

»Si en esas conferencias queda aprobado el documento, se sacará inmediatamente copia de él para que el hijo del general Martínez Campos, que está esperándole en Madrid, le lleve á Melilla.

»Si alguno de los ministros que han de ser consultados

no se mostrara conforme, entonces el asunto volvería á Consejo.

»Así es como anoche quedaron las cosas.

»Está ya decidido que el general Martínez Campos desembarque en Mazagán, punto que dista sólo 120 kilómetros de la ciudad en que ha de ser recibido por el emperador.

»Respecto de la fecha en que habrá de emprender el viaje, nada se sabe con seguridad.

»Lo más pronto será el día 10.

»El señor Moret dijo en el Consejo de anoche, que el domingo ó el lunes espera recibir la noticia del día que señale el sultán para recibir á la embajada.

***

«Pocos días después, el Gobierno recibía las noticias que esperaba relativas á la fecha en que habría de ser recibido en Marruecos el general Martínez Campos. Los pliegos procedentes de la ciudad en que actualmente reside el emperador y que desde Mazagán llevó á Tánger el domingo el *Mogador*,—decía *El Liberal*,—demuestran la exactitud de nuestros informes, y por esta vez, al menos, la seguridad que el ministro de Estado, señor Moret, tenía de conocer, dentro del plazo por él marcado, la contestación de Su Majestad Sheriffiana.

»El señor Moret recibió anteanoche,—no á tan avanzada hora como suponen varios colegas,—el telegrama en

que el señor Potestad Fornari le comunicaba las impresiones y los acuerdos del sultán, apresurándose á comunicar las noticias que el despacho contenía, al presidente del Consejo de ministros.

»Ayer por la mañana eran ya oficialmente públicos los términos del mencionado despacho.

»Las versiones oficiosas referentes á las manifestaciones de Muley Hassán al contestar á la notificación del gabinete de Madrid, anunciándole el nombramiento del embajador extraordinario, afirman que el emperador ha significado su complacencia por el doble motivo de recibir en su corte una misión española y de ser el general Martínez Campos la persona designada para desempeñarla. El sultán tiene, á lo que parece, idea perfecta de la alta jerarquía militar que representa en España el embajador, y conocimiento además de los prestigios que por aquel concepto goza entre los españoles.

»Por estas causas ha significado, por conducto del gran visir y en comunicación á Sidi Mahomed Torres,—que la ha trasladado á nuestro representante en Tánger,—la satisfacción que le ha producido el acuerdo del gabinete de Madrid.

»Ya habíamos dicho,—y los nuevos despachos lo confirman,—que el sultán en cuanto tuvo noticia de que iría á Marruecos una embajada española, había comunicado órdenes apremiantes para que fuese dignamente recibida en Mazagán y escoltada hasta la residencia imperial por tropas marroquíes designadas expresamente con dicho objeto.

»El telegrama del señor Potestad Fornari amplía aquellas primeras noticias, añadiendo que Muley Hassán tiene decidido hacer una recepción solemne y ostentosa al embajador de España á su llegada á Marruecos, habiendo ordenado al caid de Dukala para que nada falte á la misión en su viaje desde Mazagán á la ciudad imperial y pueda aquélla, además, atravesar aquella región del Mogreb, sin entorpecimientos de ninguna clase.

»En cuanto á la *muna* ó contribución exigida á las tribus del territorio que debe recorrer la embajada, para obsequio y aprovisionamiento de esta última, el sultán,—como ya anunciamos también,—se ha negado en absoluto á que se prescinda de ella, por considerar que tal empeño significaría un acto de hostilidad por parte de España y una infracción, sin precedente, de las prácticas de hospitalidad establecidas en el imperio.

»Muley Hassán,—según afirman las referencias ministeriales,—ha experimentado tan profunda contrariedad por la conducta que han observado las kábilas del Riff con los españoles y de la que no tenía noticia perfecta cuando dispuso que se dirigiera á Melilla su hermano el príncipe Muley Araaf, que ha confiado á uno de los jefes militares de más prestigio en Marruecos, que marche al frente de un ejército, para aplicar durísimo castigo á las tribus de aquel territorio.

»Dicho ejército irá engrosando con los contingentes que recoja en las diversas comarcas que habrá de atravesar antes de llegar á la comunidad de Guelaya.

»De los términos de la comunicación del señor Potestad Fornari, se deduce que el sultán quiere dar á España, por aquel concepto, una reparación cumplidísima.»

* * *

Las noticias que tenemos á la vista respecto á la marcha y últimos momentos de la estancia de Martínez Campos en Melilla, decían lo siguiente:

«Los pliegos del sultán están fechados en Marruecos el 9, siendo remitidos apresuradamente el mismo día á Mazagán, donde se recibieron en la mañana del 13; han sido, por consiguiente, transportados al mencionado puerto con una rapidez extraordinaria é inusitada en el imperio marroquí.

»En dichas comunicaciones se recomienda al embajador que haga su desembarque en Mazagán el día 21, para que pueda hacer su entrada en la ciudad imperial del 26 al 27, calculando que la misión española haga jornadas de cuarenta kilómetros.

»Respecto al momento en que haya de embarcarse en Melilla para dirigirse á Mazagán el general Martínez Campos, nada definitivo se acordó ayer, porque la fijación de la fecha depende de la salida para el segundo de los mencionados puntos, del crucero *Legazpi*. Si el temporal ha amainado hoy y dicho buque puede zarpar, se decidirá acto continuo el día en que haya de marchar el embajador, teniéndose para ello en cuenta el tiempo que necesita inver-

tir en la travesía desde Melilla á Mazagán; es probable, por consiguiente, que el día 18, á más tardar, se verifique el embarque del general Martínez Campos.

»En Mazagán le espera la escolta enviada por el sultán desde el día 11 y, como es sabido, el *Legazpi* desembarcará en dicho puerto las tiendas, bagajes y material indispensables para la expedición de la embajada.

»Del acompañamiento del general Martínez Campos no formará ya parte el Padre Lerchundi, por haber caído enfermo en Tánger, y no serle posible, por consecuencia, hacer en tal situación tan accidentado y molesto viaje.

»Tampoco irá el intérprete señor Rey,—á quien reemplaza el de la legación española en Tánger, señor Saavedra,—por igual razón que la que impide al Padre Lerchundi acompañar á la embajada.

»En cuanto á nuestro ministro en Marruecos, señor marqués de Potestad, hay quien supone que se embarcará en Tánger para reunirse en Mazagán con el general Martínez Campos; pero todo hace presumir que continúe prestando sus servicios en el punto habitual de su residencia.

»El príncipe Muley Araaf ha recibido una carta del general en jefe del ejército de África, en que al enviarle su despedida, le expresa el deseo de que, de sus entrevistas con el sultán, resulte el arreglo satisfactorio de las cuestiones pendientes.

»El embajador añade, que mientras sucede esto, seguirá apercibido para la guerra, diciendo en un párrafo que textualmente reproduce un colega:

«Antes de veinticuatro horas estarían otra vez en África los 25.000 hombres que hasta poco há se hallaban concentrados en Melilla, si fuera necesario, cosa que deseo no llegue á suceder.»

»Como rumor, nada más que como rumor y á título de curiosidad, reproduciremos el que circuló ayer, referente á una de las instrucciones que lleva á la corte del sultán el general Martínez Campos.

»Se dijo que el Gobierno español ha fijado la indemnización de guerra en 25 millones de pesetas, y que para hacerla efectiva pedirá de presente una suma relativamente pequeña y la intervención para obtener cortas anualidades, y en consecuencia por largo plazo, de las Aduanas marroquíes.»

* * *

Días antes de embarcarse el general Martínez Campos, dirigió á sus soldados la siguiente arenga:

«Soldados:

»Las inesperadas agresiones de las kábilas riffeñas, que en un momento de insensatez y desobediencia á su soberano, llegaron á desconocer nuestros legítimos derechos, fueron causa precisa de vuestra venida á este territorio para hacerles sentir nuestro poder y exigirles la debida satisfacción de aquellos ultrajes como por completo lo habéis logrado.

»Los mismos que se introdujeron en nuestro campo para levantar trincheras, y desde ellas hostilizarnos, han venido humildemente á deshacerlas ante vosotros; los que á cada instante disparaban sus armas contra los nuestros han sufrido resignados el fuego de las vuestras, al aproximarse á Melilla desde los límites de Mazuza; los que trataron de impedir la construcción del fuerte de la Concepción, no tan sólo lo han visto levantarse ante sus ojos, sino que han contemplado el magnífico espectáculo de su bendición solemne por los sacerdotes de nuestra religión ante el ejército expedicionario desplegado en orden de combate; dos de los principales causantes de los lamentables sucesos ocurridos nos han sido entregados, y embarcados á vuestra vista bajo la bandera española que ultrajaron, han ido á Tánger á sufrir el castigo que, recibido de nuestras manos, hubiera parecido venganza, y viniendo de las del sultán, será merecida expiación; y por último, los jefes de las kábilas han hecho ante vuestros generales un acto público de homenaje y de respetuosa sumisión, asegurando que la paz no volverá á ser perturbada.

»Hé aquí los resultados obtenidos: en primer término, por vuestra presencia en este campo y por la acumulación de medios para una campaña decisiva, que, seguramente, dado el proverbial valor de las tropas españolas, hubiese terminado con una gran victoria; y en segundo término, por la presencia del hermano del sultán, enviado por su soberano para pacificar estas levantiscas kábilas fronterizas.

»Pero no ha terminado con esto vuestro empeño, y para garantir el buen resultado de las negociaciones entabladas con el fin de obtener del sultán las satisfacciones de lo pasado, las seguridades de lo porvenir y el cumplimiento del glorioso tratado que vuestros hermanos acaudillados por el general O'Donell, consiguieron en los campos de Wad Ras, se da nueva organización al ejército de mi mando, dejando en este campo un solo cuerpo, suficiente para el mantenimiento de todos nuestros derechos en él, y situando el otro en Andalucía, en disposición de acudir allí donde las eventualidades de dichas negociaciones lo demanden.

»Antes de marchar á la corte marroquí como embajador extraordinario, sin cesar en el honroso mando de este ejército, no quiero dejar de dirigiros mi voz para exhortaros á continuar como hasta aquí, dando gallardas muestras de vuestra disciplina y virtudes militares, que os harán siempre dignos de la gratitud de la patria, del rey y de vuestro general en jefe.»

CAPÍTULO CXVI

Salida del general Martínez Campos para Mazagán.—La escuadra.—Llegada á Mazagán y viaje para Marruecos


ODO estaba prevenido para el embarque del embajador y su comitiva; pero el temporal que reinaba, impedía la llegada de la escuadra.

Por fin, el día 18 de enero aparecieron los buques.

«Con durísimo Poniente,—dicen nuestras correspondencias,—llegaron, á las siete de esta mañana, al puerto de Melilla, los vapores *Conde de Venadito* y *Triano*.

»Dos horas más tarde entró el *Temerario*, precediendo al *Pelayo*, al *Reina Regente*, al *Alfonso XII*, al *Reina Mercedes* y al *Isla de Luzón*, que fondearon frente al torreón del Hospital.

»El general Martínez Campos y el almirante señor Sánchez Ocaña, se avistaron en el muelle, donde estuvieron conferenciando durante largo rato.

»No obstante el mal tiempo que ha seguido reinando todo el día, el general Martínez Campos,—y así se lo manifestó por la mañana al jefe de la escuadra,—se embarcará, á las cuatro de la tarde de hoy, á bordo del *Conde de Venadito.*

»Ha llegado el vapor *Puerto de Mahón*, que conduce el correo de la Península.»

***

«He visitado al general Martínez Campos,—dice el señor Lázaro,—para tener el gusto de despedirle y oír de él alguna manifestación respecto de las impresiones que lleva á Marruecos.

»Me recibió con su acostumbrada amabilidad, y después de hablar de algunas generalidades, me dijo:

—«Ya sabe V. que está todo dispuesto, y hoy mismo, á las cuatro de la tarde, como he dicho al almirante Sánchez Ocaña, embarcaré en el *Conde de Venadito.* Levaré anclas antes de las nueve de la noche, porque quiero llegar mañana á Tánger, con objeto de estar el domingo 21 en Mazagán.

»Encargo á V., lo mismo que á sus compañeros en la prensa, que procuren no agitar la opinión ni manifestar impaciencias ni desasosiegos, que en manera alguna po-

drían convenir á nadie; porque con estos moros, que son tan calmosos para todos sus asuntos, hay necesidad de dar tiempo al tiempo y hay que tener alguna paciencia.»

»Y luego añadió:

—«Cuando desempeñe la misión de la embajada extraordinaria con que me ha honrado el Gobierno de S. M., y dé por terminado mi cometido en Marruecos, regresaré á Melilla, con objeto de proceder á la demarcación de límites y á levantar los campamentos.»

»Con esto me despedí del general Martínez Campos, que daba las últimas órdenes de los preparativos para el embarque.

* * *

»Desde las tres y media de la tarde están formadas todas las tropas del campamento al muelle.

»A las cuatro menos cuarto sale de aquel punto el general Martínez Campos, seguido de Macías y el cuartel general, todos á caballo.

»La batería situada en el extremo del muro X, hace el saludo de ordenanza al paso del embajador y sus acompañantes.

»El muelle está materialmente lleno de oficiales y otras personas, que vienen á despedir á Martínez Campos.

»En él se encuentran el bajá, el coronel de los askaris, el secretario del príncipe Muley Araaf y dos moros de la Aduana.

»Al echar pie á tierra el general, los moros se acercan

á él, y entre uno y otros se cruzan afectuosos saludos con expresivos apretones de manos.

»Martínez Campos embarca en una falúa del *Conde de Venadito*, y tras él entran el general Macías, el intérprete señor Marín, el bajá, el coronel de los askaris y el secretario de Muley Araaf.

»Al salir de tierra el capitán general, en el torreón de las Cabras hace los disparos de ordenanza, la artillería.

»El espectáculo es sorprendente.

»El muelle y las murallas están cuajados de curiosos, entre los cuales se ve á muchos moros con sus vistosos trajes.

»El cuadro es animadísimo.

»El general Martínez Campos y todos sus acompañantes se embarcan primero en el *Pelayo*, donde se verificará la comida, para trasladarse después al *Conde de Venadito*, poco antes de zarpar.

»Los barcos de la escuadra tienen los reflectores encendidos, enfocando á la plaza y al campo.

»La escuadra marcha ahora mismo, diez de la noche.

»El poniente amainó algo.

»El general Martínez Campos ha dicho á una Comisión de oficiales, quejosos de las recompensas dadas, que él se lava las manos.»

* * *

Tras un viaje un tanto penoso desembarcó la comitiva en Mazagán, y el día 24 salió la caravana con dirección á Marruecos.

Martínez Campos hizo que formaran en descubierta 20 askaris á caballo. Detrás de la comitiva, escoltándola, iba otra sección de unos cien hombres de la misma tropa y unos cincuenta camellos.

A sesenta metros después iba la caravana de los periodistas.

Antes de partir la caravana, dijo Martínez Campos lo siguiente:

—«A mí me parece que nuestro papel ha variado, y que no debemos exigir mucho al sultán.

»Por otra parte, éste ha de oponer resistencia á que no se intervengan las Aduanas marroquíes, y aquí está el escollo de la negociación.

»Desde el punto de vista, que puede llamarse moral, de la cuestión, voy completamente confiado. Nadie ha de prestarse, como se ha dicho de Alemania y Francia, á ayudarle á pagar la indemnización.

»Lo que yo ansio es que todo acabe pronto. Conviene abreviar lo más posible nuestra estancia en Marruecos, para poder tenerlo todo listo y negociado en los primeros días del mes que viene.»

***

La caravana estaba formada por más de 300 personas. El personal que acompañaba al embajador, le constituían venticinco.

Era un espectáculo curioso, de conjunto animado y

pintoresco, el de la formación de la caravana, al amanecer del 23, en que partió.

Después de la salida de las tiendas que habían de servir de comedores, salió Martínez Campos. Partió á las siete y media, vestido en traje de campaña, con casco negro, montado en un hermoso caballo tordo, que le envió exprofeso el sultán.

El general dudó si lo aceptaría ó no. Indicáronle que el no aceptarlo parecería descortés y montó en el potro, aunque iba encaramado en él por su mucha alzada.

En último término iban Cañizares y el marqués del Baztán. La salida duró hasta las nueve de la mañana. A la despedida no fueron tantos moros como al recibimiento.

Hasta última hora estuvieron con los expedicionarios el bajá, el cónsul y el señor Díaz Moreu.

A éste le encargó Martínez Campos que aceptara la *muna*, para que no se enojaran los moros, aunque comprendía que éste es un pretexto para esquilmar á los infelices.

Ordenó también al comandante del *Venadito*, que el día 4 de febrero fuera el *Legazpi* á Mazagán para enterarse de la fecha en que regresaba de Marruecos, y que pudiera ir el *Venadito* á tiempo de recoger á la embajada.

A pesar de los deseos de Martínez Campos, el viaje habrá de hacerse en seis etapas. De cada una de ellas enviará cartas á Mazagán.

Al marcharse declaró que no se utilizarían los servicios rápidos de los vapores trasatlánticos, para no gravar

los intereses del Estado. A no ser en caso indispensable, quiere que se utilicen los correos ordinarios que pasan con frecuencia por Mazagán.

Esto lo encargó á Moreu; pero éste, después de partir la caravana, se encontró con que el *Baldomero Iglesias* había llegado, con órdenes del Gobierno, para ponerse á la disposición de Martínez Campos.

Moreu envió inmediatamente un emisario que alcanzara al general y que le diera la noticia.

* * *

El sultán había dado órdenes terminantes á los bajás para que guardaran toda clase de consideraciones á la embajada.

Por eso el bajá dijo á Martínez Campos que tenía orden de su amo de crearle toda clase de facilidades.

—Yo no mando; mandar tú,—dijo al embajador.

—Yo sólo quiero irme en seguida,—contestó el general.

Los periodistas viajaban mejor y con más comodidades que la embajada.

Llevaban todos caballos. Tenían una tienda magnífica. Boada, que era conocedor del terreno, dirigía la expedición.

Vestían los corresponsales cascos ingleses, chaquetilla sujeta con un cinturón, botas de gamuza y látigo.

En cambio, por falta de caballos, los oficiales de la embajada iban en camellos con los sirvientes.

El sultán mandó una carta al bajá en que le decía:

«Atiendes al embajador español como á mi persona.»

Mientras Martínez Campos había permanecido en Mazagán, la plaza disparaba de cuando en cuando tiros de cañón.

***

El señor D. Luís Morote describe en estos términos las jornadas desde Mazagán á Marruecos.

«El 23 del mes pasado, día primero de jornada, fuimos de Mazagán á Suk-el-Arba, en nueve horas de camino.

»Acampamos en este último punto, ya de noche. Llovía á mares. Los camellos tardaban mucho en llegar. El general y nosotros estuvimos al raso y sin comer, esperándolos.

»En el camino habíamos encontrado á las kábilas de Asei-Ulad y Bufarax, y los bajaes El Arbui, que nos acompañó durante la mitad del trayecto, y El Hargi, que vino con nosotros lo restante, hasta que acampamos.

»Al día siguiente, segundo de jornada, hicimos alto en Sidi-Ben-Muur, á las tres de la tarde.

»Durante estas dos jornadas, grupos de 30 y 40 moros corrían la pólvora ante nosotros. Colocados en fila, con las bridas del caballo en la boca, disparaban sus espingardas.

»La caravana española se compone de más de 300 personas, pero á veces aumenta de un modo considerable, hasta 800 ó 1.000 personas, con los grupos de moros que se nos agregan en el camino.

»El embajador está muy obsequioso con nosotros.

»Nos envió un recado para que acampásemos junto á él, y para que en el camino fuésemos á su lado.

»La primera *muna* diéronla los moros en Mazagán.

»La segunda entregáronla en el Arba. Componíase de 125 carneros, gallinas, huevos, azúcar, etc. La tercera, que se recibió en Sidi-Ben-Muur, consistía en 70 gallinas, 30 pilones de azúcar, etc.

»Por cada *muna* se entregan quince duros, como propina.

»Las mujeres nos saludan por el camino con una especie de trino muy original y agitando unos trapos de colores.

»En comparación de otras anteriores, nuestra embajada resulta muy modesta. La última que envió Francia llevaba muchos soldados, esclavos negros y 2.000 bestias.

»La versión que corre entre los moros, viendo la rapidez de nuestras jornadas, es que debemos fusiles á Alemania, que ésta nos apremia para el pago y que para poder satisfacerla, corremos por la indemnización del sultán.

»El jefe que manda la escolta mora de la embajada se llama Gilali.

»Vamos caminando con una insoportable alteración de la temperatura. De día es muy buena, pero por la noche baja hasta cero.

»Con la jornada que se prepara hoy, 25, estaremos en la mitad del camino.

»Vamos á acampar en el Hamira, después á pasar un desfiladero de montañas. Esta tierra de Ducala, por donde atravesamos ahora, es como la Mancha en España.

»El sitio donde acampamos anoche es más bonito.

»Unos cuantos nos hemos caído de los caballos. Yo inauguré la serie de caídas sin hacerme daño por fortuna. Después Soriano, del Arco (hijo), Saavedra y otros, fueron al suelo, sin detrimento de sus personas, por el mismo procedimiento.»

* * *

«En la tercera jornada,—prosigue diciendo el ilustrado corresponsal á quien nos referimos,—fuimos á acampar en las ruinas de Parrando, pasando antes por un sitio hermoso cuajado de palmeras, que se llama Sidi-Rajal.

»El bajá se llama Hadi-Sach-Ben-Mezaud-el-Amraní. Es gobernador este bajá, del Ambrau, último territorio de Ducala, la región que hemos atravesado los tres primeros días de viaje.

»Las carreras, el correr la pólvora, han sido grandes y extraordinarias. Nada de lo recorrido hasta aquí ofrecía más lujo en trajes y monturas. Hacían más disparos, y hombres y mujeres salían de sus aduares, prorrumpiendo en gritos.

»Hemos atravesado el desfiladero de montañas llamado Matuarra, hasta dar con nuestros huesos en el lugar del campamento llamado Parrando.

»Este campamento podría llamarse campo de los Cuervos, según andan allí por manadas.

»Las ruinas del castillo de Parrando las hemos visitado en compañía de Hach, siendo el descenso del monte en que se hallan, verdaderamente peligroso.

»Los moros creen que estas ruinas están habitadas por fantasmas que se aparecen antes que á nadie á los cristianos que tienen el atrevimiento de acercarse á estos lugares.

»Las ruinas del castillo no tienen nada de particular.

»Cuéntanse por los moros historias de mujeres emparedadas, de hombres decapitados... Pero todo esto es pura fantasía, sin las que no ha de estar ninguna ruina que se estime...

»Pero no hay siquiera un moro que conserve en su imaginación ó que la sepa inventar, una leyenda miserable.

»Sólo se cuenta de un aparecido que se *aparece*, naturalmente, á cuantos pisan las ruinas.

»Cuando nosotros descendíamos de ellas, sólo hemos visto mucho estiércol y muchos cuervos que sin miedo á las sombras ni á nosotros, picoteaban por allí.

»La *muna* de Ben-Mesaud ha sido espléndida. Han entregado los moros por centenares los huevos y las gallinas.

»En la cuarta jornada acampamos en Suima, antigua ciudad, en la que impera una especie de señor feudal. Esta región era rebelde al sultán.

»Se llama el territorio de Rajamana. Mandan en él dos bajás. Hach-Brajen-Ben-Horein, el uno, y Sid-Brahin-Ben-Junmat, el otro.

»La kábila del primero se denomina Ait Temel (los descendientes del camello).

»La del segundo, Ait el Bakra (los que descienden de la vaca).

»Allí encontramos,—y fué un encuentro célebre,—al *clown* Paco, natural de Rajamana, que trabajó en Barcelona y en el Circo de Colón, en Madrid. Ha estado ocho años en Francia, Inglaterra y España. Cuando estuvo en Madrid, iba, como todos los artistas de Colón, á la taberna de la plaza del Rey.

»Llámase el *clown* Paco, de su nombre árabe Embarek.

»Visitamos el aduar de Smira. Los depósitos de cebada los tienen en cuevas, que se abren en el mismo suelo, por lo que hay que andar con mucho cuidado para no caer en un depósito de estos.

»Encuéntranse aquí canales de riego como residuos de una gran ciudad.

»En una choza del aduar en que entramos, dímos algunos realitos á unos niños moros. Su madre agradecida nos regaló una cuba de leche. Era como una *muna* que entregaba á sus bienhechores.

»Entre tanto circulaban por los aduares perros feroces, parecidos á zorras, y ganado, que en las vacas se asemejaba al suizo, y en los toros al bravío del duque.

»Algunos animales se nos arrancaron y tuvimos que refugiarnos en un árbol para no sufrir una cogida.

»Las mujeres por aquí llevan un tocado que demuestra su procedencia, pero no su fiereza, por cuanto descubren su cara ante los españoles.

»El vino y la leche han dado motivo á incidentes cómicos. Varios soldados de la embajada iban buscando vino, mientras en los aduares ofrecíanles leche.

»Las correrías de pólvora han sido por aquí muy escasas, demostrando la pobreza de estas gentes.

»Martínez Campos ha estado visitando nuestras tiendas. Acerca de los accidentes sufridos en el viaje por los periodistas, hizo frases ingeniosas, diciendo que así como el bando de Melilla nos impidió caer bajo la Ordenanza, aquí hacía falta otro que nos impidiese caminar al trote y al galope, para evitar que cayésemos de los caballos.

»El médico Saldana, un hombre simpático, sencillo, de verdadero mérito científico, está siendo nuestra providencia.

»Los periodistas nunca agradeceremos bastante sus atenciones. Ha inaugurado su botiquín con la prensa y desde darnos agua destilada hasta vendarnos nuestras descalabraduras, no perdona momento de favorecernos.

»La jornada de mañana será de seis horas largas. Veremos ya al acampar la ciudad de Marruecos y de ella la Giralda, que es una maravilla.

»Sin embargo, nos falta que atravesar por entre dos kábilas hasta llegar á la ciudad santa de Marruecos.

»Entraremos en Marruecos el lunes, acampando en un jardín destinado como fonda y dormitorio para todos los extranjeros.

»Estas noches está señalando el termómetro uno ó dos grados bajo cero, y á medio día de 16 á 30 sobre cero. Tal desproporción sería bastante para acabar con toda la embajada, si no nos protegiera Alah. Continúa lloviendo.

* * *

»Desde Suima hasta Suina del Gelilat, vinimos en seis horas en la quinta jornada.

»El terreno recorrido, es una inmensa llanura sin un árbol, ni una choza, ni un hombre.

»Presenciamos unos fenómenos de espejismo. Desde tres horas antes de llegar veíamos el campamento en las faldas de los primeros montes que hay delante del Atlas.

»Nadie se nos apareció para acompañarnos ó para correr la pólvora. La caravana iba ahora reducida á sus proporciones naturales.

»En el camino hallamos una litera en cuyo interior iba un moro bien vestido.

»Preguntamos quién era el personaje, y nos contestaron que se llamaba Sidi-Mahomed-Ben-Maque, sheriff de Wazán.

»Detrás del moro, sobre una mula, iba una mora elegantemente vestida con la cara cubierta, tanto, que apenas se le veían los ojos. Por lo que se vislumbraba de su cuerpo, se comprendía que era delgada y esbelta.

»La kábila que atravesamos se llama de Sidi-Bu-Ajmed y el bajá de ella, Muaba.

»Al llegar al campamento de Suima cayó una granizada tremenda. Fuímos á los montes próximos y desde allí ya vimos á Marruecos como una blanca aparición. Anochecía y no era posible que se distinguiera la Giralda.

»Oímos misa dentro de una tienda, dicha aquélla por un Padre franciscano.

»Nos ponemos en camino para la próxima jornada, que

será corta, acampando en Alcántara y entrando el lunes, temprano, en la ciudad santa de Marruecos.»

. . . .

. . . .

El día 29, llegaba la embajada á Marruecos, donde se le hizo un brillantísimo recibimiento.

No hemos de describir ni las ceremonias y agasajos con que fué recibido y obsequiado el embajador, por parte del sultán, ni las repetidas entrevistas con El Garnith, su ministro, porque tendríamos que extendernos demasiado, y las consideraciones que sobre todo ello tendríamos que hacer, quizás podrían resultar un poco duras.

Por lo tanto, y como que el conato de guerra podía darse por terminado, en los términos más breves nos ocuparemos de la paz, que no podemos asegurar, al escribir estas líneas, si será muy duradera.

CAPÍTULO CXVII

Por fin la paz



ARIAS fueron las entrevistas celebradas entre el general Martínez Campos, el sultán de Marruecos y El Garnith, famosísimo ministro del sultán, especie de Maquiavelo africano y hombre diestro en toda clase de trapacerías y falsedades.

El sultán mostrábase muy amigo de España, reconocía nuestro perfecto derecho en todo y para todo, pero regateaba todos y cada uno de los artículos de nuestras reclamaciones.

Tratábase perfectamente al embajador español y á todo el personal que acompañaba á la embajada; pero el caso era que se iban pasando los días y que el tratado de paz no se firmaba.

Decíase que Martínez Campos había tenido que mos-

trarse enérgico en varias ocasiones, y que ceder en algunos puntos, á fin de poner término á la situación.

Por fin, después de muchos días en que como se puede comprender perfectamente, las noticias, ora eran pesimistas, ora optimistas, se dijo que el tratado estaba ya ultimado, y un periódico que tan bien enterado estaba de estos asuntos como *El Liberal*, llegó á decir:

«El Gobierno tiene ya noticias precisas acerca de lo convenido entre el sultán de Marruecos y el general Martínez Campos.

»Despachos de este último fechados en Marrakesh el día 1.° del corriente, llegados ayer á Tánger y transmitidos inmediatamente al señor ministro de Estado, anuncian que está terminada la negociación y que el sultán se compromete:

»A proceder á la nueva demarcación de la zona neutral de Melilla.

»A reforzar y mantener constantemente la guarnición de tropas imperiales encargadas de impedir todo atentado de las kábilas fronterizas contra la plaza y su campo.

A castigar rudamente á los principales instigadores de la agresión de los riffeños contra las fuerzas españolas de Melilla.

»A trasladar á los límites del campo marroquí lindante con nuestra plaza de Melilla, las aduanas establecidas actualmente dentro de la jurisdicción española.

»A consentir la instalación de agentes consulares españoles en Fez y Marrakesh.

»Y, por último, á dar una indemnización, que ha sido fijada en veinte millones de pesetas, de los cuales dará el sultán uno desde luego, y los tres restantes á plazos. Esta cláusula establece, además, la condición de que si se retrasa el pago de alguno de los plazos, el Gobierno español tendrá la facultad de recargarlo con el 6 por 100 de intereses de demora.

***

»El general Martínez Campos anuncia también, en su despacho, que por considerar ultimada su misión en Marrakesh, sólo faltaban, á la fecha en que comunicaba sus noticias, algunas de esas formalidades llamadas de cancillería.

»Añade que saldría de la ciudad imperial para Mazagán el día 5, y que, por consiguiente, se hallaría el 10 en la última de dichas poblaciones y el 12 en Cádiz.

»Por nuestra parte creemos saber que el general Martínez Campos vendrá á Madrid antes de volver á Melilla, para dar cuenta á la reina y al Gobierno de todos los accidentes de la negociación, y que, según todas las probabilidades, podrá hallarse en esta capital el día 15.

»Anoche oímos decir que probablemente se detendría el general Martínez Campos un día en Tánger, para que el ministro de España, señor marqués de Potestad, cumpla su deseo de obsequiarle con un banquete, al que concurriría todo el cuerpo diplomático, pero no tenemos seguridad de que sea exacta esta noticia.

»El ministro de Estado participó inmediatamente á la reina y al presidente del Consejo el contenido del telegrama del general Martínez Campos, y después dirigió á todos los ministros, bajo un besa la mano, un extracto del mismo despacho, para que tuviesen inmediato conocimiento de haber quedado ultimada la misión del enviado extraordinario.

»Créese que el texto del tratado se recibirá de mañana á pasado, asegurándose que el Gobierno acordará la publicación de dicho documento, en número extraordinario de la *Gaceta oficial.*

»El señor Sagasta estuvo ayer tarde en la presidencia del Consejo y dispuso para la de hoy la concesión de varias audiencias; este dato hace presumir que el jefe del Gabinete no tenía el menor propósito de que se reuniese el Consejo de ministros.

»Anoche, aunque sin dato alguno para asegurarlo, se creía generalmente que mañana se celebraría el tantas veces anunciado Consejo, si bien algunos opinaban que en él no se abordaría aún ninguna cuestión política.

»A nuestro entender, lo más probable es que no se verifique Consejo hasta el jueves por la tarde, consagrado á la solución del conflicto ministerial, pues según parece, el señor Sagasta desea que en ese mismo día por la mañana se presente el Gobierno á la reina, como de costumbre, para dar cuenta oficial al jefe del Estado del éxito obtenido en la negociación seguida con el sultán de Marruecos.»

* * *

Fácil es de presumir el efecto tan desdichado que debía producir en la pública opinión el ajuste de aquella paz que después de todo, nada aseguraba para lo porvenir, respecto á nuestra influencia en las regiones africanas.

A costa de grandes esfuerzos y viéndonos obligados á demostrar á las demás naciones de Europa, nuestra inferioridad en la organización pronta de un cuerpo de ejército, habíamos enviado á Melilla, tropas suficientes para vengar cumplidamente la ofensa inferida; se habían hecho esfuerzos colosales; los sacrificios eran de consideración; se envió para ponerse al frente del cuerpo de ejército, el general de más prestigio que había en nuestro país, y finalmente todo se había reducido á conferencias, funciones de desagravios, si así podemos llamar á las misas, presentación de los jefes de kábilas, etc., etc., que después de todo y tratándose de gentes acostumbradas á faltar á su palabra á los diez minutos de haberla dado, no tienen valor y finalmente á enviar una embajada, cuya misión no era por ningún estilo lo que tenía derecho á esperar la importancia que desde el principio se diera al asunto.

En todas partes se esperaba con impaciencia el resultado de aquella embajada y se hacían diversos comentarios y se emitían apreciaciones diversas.

De Tánger decían con fecha 5 de marzo:

«Ha llegado á este puerto el vapor *San Agustín*, que conduce pliegos del general Martínez Campos.

»Hay gran expectación en Tánger por conocer el resultado definitivo de las negociaciones de la embajada extraordinaria de España en Marruecos.

»De todos modos, la mayor parte de la población, entre las personas que siguen cuidadosamente el curso de estas cuestiones, cree que es favorable para nuestra nación este resultado, reinando tales corrientes optimistas á virtud de las últimas noticias recibidas desde Marrakesh.

»Con motivo de la orden del sultán prohibiendo la circulación de la moneda filipina, el comercio de Fez ha suspendido las transacciones, presentándose en actitud de protesta ante Muley Omar.

»El califa del sultán ha logrado resolver el conflicto autorizando el curso de dicha moneda á la que señala un quebranto del catorce por ciento, medida que ha satisfecho á los comerciantes.»

* * *

Todo estaba ya ultimado, como decían las versiones oficiales, aun cuando en absoluto no se había publicado el tratado de paz, y sin embargo la embajada todavía continuaba en Marruecos.

El corresponsal de la Agencia Fabra, en Tánger, decía el día 5 de marzo:

«Ha llegado á este puerto el vapor *San Agustín* con no-

ticias de Marruecos que alcanzan al día 1.º del mes corriente. En las conferencias celebradas el 28 de febrero y el 1.º de marzo, quedaron definitivamente ultimadas las negociaciones seguidas entre el embajador de España y el ministro del sultán. Aunque como es natural se guarda absoluta reserva sobre los puntos convenidos, se insiste en que la indemnización, como anteriormente he telegrafiado, será de cuatro millones de duros, y que la nueva demarcación de límites, castigo de los culpables y garantías que se dan á España, bastarán para asegurar en lo sucesivo la tranquilidad en el campo de Melilla. El embajador Martínez Campos, de cuya entereza se hacen grandes elogios, á la par que se ensalzan su cortesía y caballerosidad, saldrá de Marruecos una vez ultimados algunos detalles de poca importancia, á mediados de la presente semana, llegando á Mazagán del 10 al 12.»

Otro telegrama del mismo punto y de igual fecha, decia también:

«Tengo noticias fidedignas de que ya no vendrán más pliegos del Gobierno para la embajada extraordinaria.

»El general Martínez Campos tiene ya todas las instrucciones y no necesitará hacer nuevas consultas.

»El día 2 creía el general que concluiría todo definitivamente dentro de una semana; pero la redacción de los documentos lleva más tiempo de lo que se esperaba.»

La política marroquí, llena de nebulosidades, de sutilezas, de emboscadas, si así podemos expresarnos, todavía estaba dando largas al asunto, creyendo que de este modo,

y cansando la paciencia del embajador y de la nación que representaba, obtendría mejor resultado.

***

El señor D. Luís Morote, decía en un telegrama remitido á Tánger:

«Circula como muy válido el rumor de que pronto regresaremos á España.

»Le ha sido entregada al sultán una lista de todas las personas de la embajada, incluso de los asistentes, para hacer el reparto de los regalos que está preparando la corte de Muley Hassán.

»Estos consisten en gumías, sables, tapices y caballos.

»No se sabe aún si el sultán, como se ha dicho, dará un banquete oficial de despedida á la embajada extraordinaria, aunque se considera probable.

»Hasta anteayer se estuvieron celebrando las conferencias del embajador con El Garnith, versando las de estos últimos días, mientras se esperaba la contestación del Gobierno español, sobre la materia de la indemnización y la zona neutral, alegando los moros, para la defensa de su causa, que necesitan mucho tiempo para hacer el trasplante de la mezquita, los árboles y todo lo que hay enclavado dentro de dicha zona, añadiendo que también necesitan mucho dinero para expropiar los terrenos de los riffeños.

»Hay quien dice que El Garnith ha señalado el día 5 para que estén ultimadas las negociaciones y entregado el primer plazo de la indemnización.

»Y no falta quien supone que aún se necesitan quince días para que estén redactados todos los documentos.

»Se dice que el doctor Linares ha recibido un varapalo del gobierno francés, quien favorece de una manera decidida á España, añadiéndose que esto ha contribuido á vencer las resistencias del sultán.

»El general Martínez Campos se muestra satisfecho del resultado obtenido.

»Hoy, que no ha celebrado conferencia alguna, se entretiene jugando al ajedrez.

»Es indudable que en lo que resta de semana, quedará despejada la incógnita.»

* * *

De sobra comprendemos que la situación del imperio marroquí, distaba mucho de ser satisfactoria para poder atender cumplidamente las exigencias de España.

Cercado aquel imperio de poderosos enemigos; con la discordia intestina que le corroía; teniendo sobre sí la vista de las naciones europeas dispuestas á echarse sobre él y repartirse sus despojos, únicamente á fuerza de astucia y de sutileza podía ir contemporizando.

Y la prueba de ello la tenemos en la siguiente carta de un ilustradísimo corresponsal, refiriéndose á una emba-

jada musulmana, que también llegó á Marruecos en ocasión que allí estaba la española.

Las respuestas del sultán á los embajadores, demuestran de un modo gráfico la verdad de la situación de aquel imperio.

«Una embajada, no de europeos, sino de moros, se presentó estos últimos días en el palacio del sultán. Venía la embajada de muy lejos, de cuarenta días de camino, y en los destrozos de los vestidos y en la tristeza y amargura de los semblantes se podía adivinar que no era anunciadora de venturas ni portadora de regalos, y que no hacía un viaje de placer para saludar al príncipe de los creyentes.

»Las instancias para que los recibieran pronto, fueron vivísimas. Traían mucha prisa.

»Hablaban en nombre de un pueblo que no podía esperar. Eran los enviados de una ciudad desgraciada, entregada á los cristianos, ocupada por los franceses. Eran moros de los más principales y ricos de Tombouctú, que recorrían el mundo en demanda de una limosna de fuerza para desalojar á sus enemigos del lugar santo donde tienen enterrados á sus padres.

»Muley Hassán los recibió en el acto, los sentó á su lado, los besó en la cara. Ninguna embajada europea tuvo jamás semejante acogida. Estos embajadores no tuvieron que hablar de pie, ni que descubrirse ante S. M. el soberano de Marruecos. Éste los trató como á hermanos.

»Mas cuando los enviados de Tombouctú expusieron entre lágrimas el objeto de su misión, y pintaron con vivos

colores la desgracia de su patria, y prorrumpieron en un grito de auxilio, la faz del sultán cubrióse de una densa nube de tristeza, y pronunció estas solas palabras con voz apenas perceptible:

»—Decid á vuestros hermanos de Tombouctú que Alah no me lo permite, que no puedo, que no puedo... Tan grande como vuestra desgracia, es mi pena.

»Los embajadores, no atreviéndose á creer lo que oían, replicaron con la insistencia de un mendigo importuno:

»—Tú tienes ejército, y con tu ejército estás obligado á correr en nuestra ayuda, porque te lo pedimos en nombre de Dios.

»—¡Mi ejército!—hubo de exclamar el sultán.—Lo que llamáis mi ejército, el que me acompañó á Tafilete, está deshecho y disuelto, y mi imperio apenas repuesto del último esfuerzo, superior á sus fuerzas. Estoy, sí, reuniendo á duras penas otra vez la *jarka*, disponiéndome para una expedición de guerra, haciendo un llamamiento de mis milicias imperiales. ¿Pero sabéis para lo que es? Es para castigar á las kábilas del Riff, que no me obedecen; á las kábilas del Riff, que á poco acarrean sobre mi pueblo una guerra con España; á las kábilas del Riff, que desangran mi hacienda. ¿Cómo queréis que mi ejército baste á acudir á un tiempo mismo al Riff y á Tombouctú? ¿Cómo pretendéis que no pudiendo apenas conservar mi soberanía, defienda la soberanía y la independencia de otros pueblos? Id y decidles á vuestros hermanos, que son días de miseria y de ruina para nuestra raza. Yo, el rey guerrero, el des-

cendiente de reyes conquistadores, tengo que responder con la paz, la paz odiada y odiosa, á las reclamaciones de Europa.

»Pero los de Tombouctú, no convencidos, insistían con nuevos argumentos.

»—Tú tienes, detrás de tí, un pueblo numeroso, que te ama y te sigue; un pueblo que puedes poner en armas, predicando la guerra santa de un extremo á otro del extenso Mogreb.

»—¡Mi pueblo!—contestaba el sultán.—Sí, mi pueblo es numeroso, mi pueblo es fuerte, mi pueblo me seguiría en masa, si yo ordenase, como príncipe de los creyentes, como hijo del Profeta, predicar la guerra santa. Pero por el Dios grande, que si la predicara no sería en primer término para redimir vuestra desgracia, que me afecta en el alma, de esta raza, sino para redimir las desdichas que afectan al cuerpo de mi imperio. Y mi pueblo no me perdonaría nunca que lo hubiese arrojado á una guerra en que acaso viera comprometido el Muluya por los franceses, Tánger amenazado por los ingleses, el Riff cayendo en poder de los españoles, el imperio repartido por Europa, mis hijos sin trono, mis súbditos vendidos en el desierto como esclavos... ¡Qué! ¿queréis que lleve á mi pueblo á las eventualidades de esa desgracia inmensa, á la catástrofe de una raza noble y poderosa, que si se mantiene aún, es por el esfuerzo supremo de una política de prudencia? Yo ya sé que mi pueblo, como vosotros, murmura y dice que me aparto de las enseñanzas del Profeta, que me olvido de que

soy el emperador de los creyentes, que no debo consentir las humillaciones que me imponen los cristianos. Pero mi pueblo me agradecerá al cabo los sacrificios que hago de mis sentimientos y de mi dignidad; mi pueblo sabrá estimar las lágrimas que derramo al tener que decir delante de los nazarenos que execro la conducta de los valientes riffeños.

»Y los de Tombouctú, tercos como son los desgraciados, insistieron por tercera vez.

»—Tú tienes dinero, porque tus tesoros son inagotables y porque puedes llamar en tu auxilio los recursos extraordinarios de un vastísimo imperio.

»—¡Dinero!—Y aquí se contrajeron los labios del sultán con una irónica sonrisa, con esa expresión indefinible de la melancólica amargura, que le es tan familiar.—Ahora mismo, para pagar la indemnización que reclama España á cambio de la paz, indemnización de cinco millones de duros, tendré que exprimir las haciendas de todo el imperio y que saquear á todos los bajás y que confiscar la riqueza individual de sus súbditos. Vuestra llegada coincide con este gravísimo apuro de un sultán y de un pueblo pobres que tienen que comprar con sus deudas la paz con España.

»Así habló el sultán á los embajadores de Tombouctú.

»Así habló Muley Hassán, y este día en que tuvo que contestar con una inapelable negativa á los embajadores de Tombouctú, fué uno de los días más infaustos y más tristes de su vida de emperador, requerido por su voluntad á

la pelea, pero asustado ante la probabilidad de una guerra con Francia, todavía no muy seguro de haberla conjurado con España.

»Pero á Muley Hassán, ni aun en las grandes contrariedades de su existencia, le abandona su espíritu burlón, su temperamento de monarca absoluto, que se ríe de todas las desdichas de la tierra: y es fama que en semejante solemne ocasión, al hacer los embajadores de Tombouctú la última tentativa de socorro, y viendo que no les podían auxiliar con ejército, ni con dinero, reclamaron del príncipe de los creyentes que les prestase El Garnith, ya que tanta confianza tenía en sus dotes diplomáticas, y el sultán, sonriente é irónico, contestó:

»—No puedo. Acabaríais por pervertirlo; le acostumbraríais á trabajar de balde...»

CAPÍTULO CXVIII

Continúa la impaciencia sin saberse nada positivo.—La política en Marruecos.—Por fin se conoce el convenio



OMO que tanto se decía que todo estaba terminado, que presto regresaría la embajada, que el buque A ó el vapor B, eran portadores de pliegos, ora para el embajador, ora para el Gobierno, la impaciencia era grande y los optimismos y los pesimismos estaban á la orden del día, según las impresiones que se recibían.

Las noticias que daban los periódicos estaban reducidas poco más ó menos á lo siguiente:

«El buque tal, llegó á Mazagán ó á Tánger con pliegos del general Martínez Campos para el Gobierno, pero las noticias que aquellos encierran, en nada adelantan á las que ya conocíamos.»

Y después de esto, seguían los comentarios según el matiz de cada periódico.

Pero la verdad era, que no sabían nada de nuevo respecto á lo conocido ya desde la semana anterior.

Es decir, que la negociación continuaba por buen camino, que se celebraba conferencia tras conferencia; que el sultán estaba dispuesto á todo por efecto tal vez de la mayor ó menor presión que sobre él ejercían, así la actitud de las potencias, á quienes convenía la continuación del *statu quo*, como á la energía con que hablara el embajador español, y que todo, en breve plazo, estaría terminado.

***

De modo que en concreto nada se sabía; se ignoraban detalles; se conocían las líneas generales pero los pormenores, que á veces, y en sucesos de esta especie, son los verdaderamente interesantes, éstos se ignoraban.

Sabríanse tal vez más adelante, cuando ya estuviera hecho todo, cuando el convenio estuviera firmado; pero el público hubiera deseado conocerlo á *priori*, no á *posteriori*, y de aquí las impaciencias y el despecho que engendraba la contrariedad de no saberse nada.

«No se conoce nada,—decía un periódico respecto á la demarcación de la zona neutral;—se desconoce la cuantía de la indemnización, que unos ministros calculan en tres millones de duros y otros en veinte millones de pesetas; se abriga la duda respecto á si está terminada en Marra-

kesh la misión del general Martínez Campos y no se tiene noticia, por consiguiente, de si el embajador continúa en la ciudad imperial ó si se encuentra ya en camino de Mazagán, de regreso para la Península.

»Los pliegos que ha traído el *Mogador* no llegarán á Madrid hasta mañana; pero el Gobierno espera que coincidan con ellos, y que tal vez se le adelanten, por el arribo de un nuevo vapor correo á Tánger, telegramas del general Martínez Campos que anuncien su salida de Marrakesh y los pormenores completos del convenio concertado entre el sultán y el enviado extraordinario de España.

»Es decir, que según los cálculos del Gobierno, en un plazo máximo de cuarenta y ocho horas, será oficialmente conocido el tratado que ha subscripto el emperador por excitación del general Martínez Campos.»

***

El día siguiente de haber dicho lo que antecede, tampoco nada de nuevo se sabía; continuaban las nebulosidades, porque las noticias eran contradictorias.

Nuevas conferencias celebradas entre El Garnith y Martínez Campos, conferencias en las cuales se decía que se había tratado de la indemnización y que eran tales las dificultades que se ofrecían para completar la suma reclamada, que ésta se había rebajado, acentuaban más el disgusto.

Y esto, como posteriormente se vió, era positivo.

La verdad, después de todo, era que el país estaba muy

empobrecido; que la desdichada administración de aquel imperio, dejando expedito el campo á las depredaciones de los gobernadores de cada provincia, sí así podemos determinarlas, esquilmaban los pueblos y no había medio de exigirles nuevos tributos.

Pero como tanto se había dicho respecto al objeto de la embajada, como tantos cálculos referentes á ella se hicieron, todo lo que fuera achicar ó disminuir lo que se había prometido, tenía que causar penosa impresión.

* * *

El imperio marroquí, no sólo tenía en contra suya para cualquier conflicto internacional que pudiera ocurrir, su mal sistema de administración, si no que tenía otro latente en el orden político, que podía producir en un momento determinado, complicaciones de mayor importancia.

Muley Hamed, el príncipe tuerto, como le llamaban, el hijo primogénito del emperador, estaba en desgracia con su padre.

Ya por ligerezas propias de la edad, ya porque estas ligerezas hubiesen sido abultadas por magnates enemigos del emperador, ya porque su mismo carácter se hubiese agriado por efecto de las preferencias otorgadas por su padre al segundogénito Ab-del-Azis, hijo de la hermosa circasiana Habasia, la verdad era que estaba desavenido con Muley Hassán, que contaba con gran número de partidarios entre el elemento refractario á todo trato con los

cristianos, fanático é intransigente, y de ello podía resultar una guerra civil, si como se decía, el sultán estaba resuelto á que le sucediese en el trono el hijo de la circasiana.

Sobre este particular, decía un telegrama de Tánger, que según noticias, Muley Hamed, continuaba en desgracia y seguía encarcelado.

Moros importantes llegados á aquella ciudad, aseguraban que la resolución del sultán de sustituir á su primogénito de las funciones de califa imperial no obedecía, como se había dicho, á los desórdenes de que dicho príncipe hizo gala en su vida privada, sino á que el sultán sospechaba que su hijo pudiera tener tratos secretos con determinada potencia y á que quisiera aprovechar la influencia de ésta para determinados propósitos en Marruecos, en detrimento de su soberanía.»

Pueden comprender por esto que ligeramente apuntamos, lo que ocultaba el porvenir para el caso desgraciado de que falleciese el emperador de Marruecos.

***

Por fin, después de tantos días de esperanzas, de contrariedades y de apreciaciones diversas; después de haberse contado las noticias referentes á los convenios celebrados, pudo conocerse la verdad oficial.

¿Respondería ésta á las esperanzas concebidas? ¿Podía y debía haberse exigido más? ¿Había posibilidad de sacar más partido del que se había sacado?

Dada la situación del país y la marcha seguida desde el principio de la guerra, mejor dicho, desde hacía muchos años, no era posible haber obtenido nada más.

Nuestras influencias en Marruecos habíanse descuidado en gran manera; nuestra política en aquel imperio, no había sido nunca la más conveniente para obtener grandes concesiones; habíamos dejado echar raíces á otras influencias, y si algo existía en el interior de aquel imperio que nos fuese favorable, no se debía á nuestros esfuerzos por crearlo, si no á las simpatías que los mismos moros tenían respecto á nosotros.

En más íntimas relaciones que con otros pueblos, con otros vínculos formados tal vez, por la tradición, con una historia relacionada con la nuestra, algo había en el Mogreb que de haberlo sabido sostener y fomentar, nos habría dado una influencia verdadera y firme, capaz de contrabalancear y vencer las extrañas ingerencias que cada día iban haciendo más camino en aquel país.

Teniendo en cuenta todo lo que por espacio de tantos años habíamos dejado de hacer, no podía exigirse más de nuestro embajador.

Estábamos ligados por conveniencias y hasta si se quiere, exigencias diplomáticas; el imperio marroquí, estaba pasando por una crisis de consideración, y todo reunido no podía dar de sí otra cosa que el convenio, cuyos artículos nos dió á conocer la *Gaceta*.

Hélos aquí.

***

El convenio consta de siete artículos, en los cuales se estipula lo siguiente:

Castigo á los riffeños.

El art. 1.° se refiere al castigo de los riffeños autores de los sucesos de Melilla. El sultán lo hará por sí y con arreglo á las leyes y procedimientos marroquíes; pero si el Gobierno español no considerase bastante la penalidad aplicada, podrá exigir otro mayor, siempre con arreglo á dicho procedimiento.

Zona neutral.

El art. 2.° determina la manera y forma de hacer la demarcación de la línea poligonal que delimite por el campo marroquí la zona neutral, quedando convenido que la zona comprendida entre las dos líneas poligonales será la neutral, y que su territorio habrá de quedar definitivamente evacuado por sus habitantes el día 1.° de noviembre del corriente año, destruyéndose previamente las casas y cultivos que hoy existen en él.

La mezquita.

Por el art. 3.° se conviene que el cementerio y los restos de la mezquita de Sidy-Guariach queden cercados por un muro, en el cual habrá una puerta, cuya llave quedará en poder del kaid jefe de la fuerza del sultán en el campo moro.

La guardia mora.

En el art. 4.° se dice que para evitar toda nueva agresión por parte de los riffeños, el sultán se obliga á establecer de una manera permanente en las inmediaciones del

campo de Melilla, y en cumplimiento del art. 6.° del tratado de 20 de abril de 1860, un kaid con 1.000 moros de rey.

Lo propio hará respecto de las plazas españolas de Ceuta, Chafarinas, Peñón de los Vélez y Alhucemas.

El bajá del campo.

El art. 5.° se refiere al nombramiento del bajá del campo de Melilla, y á las condiciones que ha de reunir la persona que desempeñe este cargo, así como á las facultades de que se hallará revestido.

Dicho bajá podrá por sí, de acuerdo con el gobernador de Melilla, resolver los asuntos ó reclamaciones locales, y en caso de desavenencia entre ambas autoridades, la resolución se someterá á los representantes de las dos naciones en Tánger, á excepción de aquellas cuya importancia exija la intervención de uno y otro gobierno.

Los cuatro millones.

El art. 6.° fija la indemnización en cuatro millones de duros, uno al contado, dentro del plazo de tres meses después de la firma del convenio, y los tres restantes en plazos semestrales de 200.000 duros, satisfaciéndose el primero á partir del 5 de junio del corriente año.

Garantías.

Como garantía del pago, y á falta de cumplimiento de lo estipulado, el Gobierno español podrá intervenir las Aduanas de Tánger, Casablanca, Mazagán y Mogador.

Mientras no haya sido satisfecha en su totalidad la suma estipulada de cuatro millones de duros, no podrá el

gobierno marroquí contratar empréstito alguno con ningún gobierno, ni particular que implique para su garantía la intervención de las Aduanas.

Ratificación.

El art. 7.° fija el plazo para la ratificación del convenio, que es de sesenta días, á contar desde el 5 de marzo, fecha en que se firmó aquel documento.

Muchas esperanzas quedaron defraudadas con la lectura de los artículos que anteceden; muchos cálculos fueron por tierra, pero después de tantos desaciertos y de tantos errores cometidos, no por éste ni el otro gobierno, si no por todos, hubiera sido una locura esperar otra cosa.

CAPÍTULO CXIX

Los banquetes marroquíes con que fué festejada la embajada.—El famoso cofre del sultán



ESDE el momento en que se supo, que el convenio estaba firmado, empezaron á hacerse las mismas conjeturas que se hicieron respecto al tratado, en lo referente á lo que haría el embajador una vez de regreso en la Península.

Unas veces se decía que Martínez Campos en cuanto desembarcase iría directamente á Madrid.

Otras, que se dirigiría á Melilla y desde allí á Madrid; pero lo cierto era que del mismo modo que sucediera con el convenio, nada se podía decir hasta tanto que la embajada hubiese pisado tierra española.

Entre tanto, todo eran agasajos y fiestas para el embajador y su séquito.

Los marroquíes se esforzaban en demostrar su gratitud á los que, pudiendo haber hecho tanto, la verdad era que tan poco habían hecho.

Si en las circunstancias porque atravesaba el imperio, la guerra hubiese sido un hecho; si en vez de permanecer tantos días inactivos antes de la llegada del hermano del sultán, se hubiese verificado el movimiento de avance y las kábilas hubiesen recibido el escarmiento que merecían, es muy posible que lo ocurrido en el Riff repercutiera en el interior, la impresión hubiera sido mucho mayor y entonces no habría tenido otro remedio la corte scheriffiana que hacer un esfuerzo para satisfacer las justas exigencias de un adversario fuerte y poderoso, que sabía castigar en proporción de la ofensa recibida.

* * *

Mas como en vez de ésto, vieron que las tropas permanecían inactivas, que guardábamos todo género de complacencias, así con el príncipe Muley Araaf, como con los jefes de las kábilas, y que nos contentábamos con las fingidas muestras de sumisión que se nos daban, nos lo regatearon todo y hasta la indemnización la rebajaron de modo que después de deducidos los gastos del personal que debía ir para hacerse cargo de los cobros, quebranto de moneda, etc., etc., resultaba una cantidad exigua.

¿Qué mucho que tan obsequiosos se mostraran con quienes tan generosos habían estado?

El emperador invitó á la embajada á un gran banquete que tuvó lugar el día 6 de marzo en el palacio de Menara, uno de los que posee el sultán en Marruecos.

Semejante distinción hecha también antes de ahora á otras embajadas, no era más ni menos que una prueba de cortesía, con mayor motivo por las razones anteriormente indicadas.

La posesión donde el banquete había de tener lugar, era de las más encantadoras que constituyen el rico patrimonio del emperador.

***

Uno de los invitados describía la fiesta en estos términos:

«Los magníficos jardines del emperador, poblados por olivares, naranjos y palmeras; llenos de flores y de arroyuelos que perfuman y refrescan la atmósfera; de bosques y de huertos, los unos que encantan por su magnificencia y los otros que asombran por su diversidad de frutos y por su vegetación poderosa, se nos aparecen como un sueño.

»Hace un día espléndido, de mucho calor. La comitiva, precedida por los askaris de á caballo, atraviesa los jardines.

»El palacio del sultán está situado en medio de un bosque. Es el palacio un pabellón, pintado de color de rosa, cuadrado, con su techumbre de teja vidriada, verde.

»Rodeábalo una espesa cortina de cipreses, y por todas

partes una quietud, una calma, un misterio, sólo comprensibles y estimables en la tierra oriental.

»Entramos en la mansión regia. Todo son pequeños camarines, de construcción moderna, llenos de admirables labores en los techos, con paredes decoradas con chillonas tintas, de un lujo todo imponderable.

»La Granja y Aranjuez tienen en algo parecido con este palacio del rey moro.

»En la fachada posterior del edificio ábrese una puerta á una terraza que da á un estanque, casi sin agua, grande, como el del Retiro, rodeado todo él por una masa impenetrable de olivares.»

En representación del sultán, debían presidir el acto El Garnith, el Saffar y Fasi, que era el ministro de Hacienda.

Todos ellos eran astutos, diestros en procedimientos diplomáticos para entretener y fastidiar á sus adversarios, pues ya hemos dicho en otro lugar que la diplomacia marroquí, que con ninguna otra tiene comparación, estriba precisamente en mortificar al contrario hasta obligarle, ó bien á que rompa por todo y amenace, en cuyo caso se concede lo que pide, ó bien á cansarle de tal modo que por fin acepta lo que le dan.

***

Los ministros mostráronse muy deferentes con el personal de la embajada, especialmente con los representantes de la prensa.

El Garnith, decía que comprendía realmente la importancia que ésta tenía; las grandes ventajas que reportaba á su país, pero que la temía mucho.

Y esto, se comprende perfectamente.

Si hubiera prensa en Marruecos, no tendrían razón de ser sus muchas marrullerías.

Hablando moros y cristianos, pasaron un buen rato, mientras los fotógrafos que acompañaban la embajada sacaban diversas vistas y distintos grupos.

—A las once,—prosigue el asistente á la comida, cuya descripción copiamos,—á las once comenzó el almuerzo. Dióse éste en un salón inmediato á la terraza; de decoración sencilla, lleno de ventanas que dan al campo.

»Se han puesto tres mesas en la sala. Una redonda, grande, con sillas europeas, desvencijadas, rotas, cada una de su clase, pareciendo desechos de una prendería del Rastro.

»En la mesa central se sienta la embajada, la prensa, el comandante inglés Maklean, y Petri, agente italiano. Nótase la ausencia del doctor Linares.

»El *menú* que nos sirvieron recuerda el cuadro de las bodas de Camacho.

»Treinta y cuatro platos se sirvieron de carnero solamente. Carnero asado con zanahorias, con cardos, con moniatos, con gepta, con albóndigas, en salsa... carnero en dulce con almendras, con pasas y con miel...

»Después huevos fritos, alcuzcuz, legumbres, leche, arroz con leche, alcuzcuz en dulce, hojuelas, pestiños, pastas, café, té y Burdeos.

»La comida, ya se ve si fué abundante, pero en cambio, muy mediana.

»Los ministros marroquíes comieron con los dedos.

»Hubo mucha conversación afectuosa entre moros y cristianos.

»Mientras nos servían la comida, en el cuarto inmediato los criados negros se disputaban los platos que nos sobraban á nosotros, dando muchas voces y armando una algarabía espantosa.

»Al final del banquete el embajador brindó con agua de este modo:

«Brindo porque la amistad de España con Marruecos pueda ser eterna. Deseo vivamente que esta embajada haya sido motivo para que nos conozcamos mejor los de uno y otro pueblo, mucho más cuando por las venas de todo español corre sangre mora. Brindo por la salud del emperador y de sus ministros.»

»Estos quedaron muy satisfechos del brindis.

»A las tres de la tarde, concluido el banquete, volvíamos á la Mamunia.»

* * *

Además del banquete que acabamos de reseñar, todavía quedaron invitaciones por satisfacer.

El señor Morote decía en uno de sus telegramas:

«Aún nos quedan el banquete con el gran visir y el que nos dará el ministro de Justicia.

»No nos iremos probablemente hasta el sábado ó domingo.

»Esta mañana, á las siete, vino El Garnith al cuarto del embajador para rogarle, en nombre del sultán, que esperase algunos días para marchar, pues aún no tiene ultimados los regalos para la embajada.

»Ha dicho el sultán, que puesto que las potencias lo quieren y por afianzar nuestra amistad, acabará por arrojarse en brazos de España.»

Verdaderamente que si nuestra política hubiese sido otra, si nuestros gobiernos se hubiesen preocupado respecto á los grandes intereses que podíamos tener en África, el emperador de Marruecos habría favorecido en gran manera todo cuanto de España procediera, á despecho de todas las demás naciones, y en particular de la que con un pie en nuestra misma Península, tiene la ansiosa mirada puesta en el Mogreb.

Pero como que esto no se ha hecho, y aun cuando se nos tilde de pesimistas, tampoco se hará, Marruecos seguirá de la misma manera, y el día no lejano en que sobrevenga el conflicto que ha de derrumbar un imperio caduco y corroído por toda clase de vicios, España recogerá el hueso que le quieran dar mientras que las demás potencias se llevarán las mejores tajadas.

Según decían de Tánger, no era exacto lo que dijo un periódico local, de que el sultán pagaría la indemnización en moneda filipina ó isabelina.

Esto debía rechazarse por ilógico, si se tiene en cuen-

ta que estas monedas sufren un quebranto de quince por ciento, y de pagar el emperador con ella, sólo cobraría España tres millones y pico en vez de los cuatro pactados.

Sin embargo, como que todo lo ilógico es lo que por regla general ha venido sucediendo en nuestro país, no tendría nada de particular que ya por ésta, ya por otra causa, la cuestión de la indemnización resultara muy insignificante.

***

Mucho se ha hablado respecto á las fabulosas riquezas del sultán de Marruecos; pero nosotros creemos que, como dice muy bien uno de los escritores que han visitado aquel país, la caja del sultán lo es todo el imperio.

«Las haciendas de todos los árabes,—prosigue el citado escritor,—moros, negros y judíos del Estrecho de Gibraltar al Atlas, y del Atlas al desierto, y del Atlántico á la Argelia, están siempre en situación propincua de ser confiscadas. Los sueldos, las ganancias y los latrocinios de los ministros, de los bajás y de los kaids, son materia de eterno apoderamiento para el descendiente del Profeta. Ni Muley Hassán ni ninguno de sus antecesores mostró jamás grandes escrúpulos acerca del origen de su riqueza.»

Dícese que el sultán de Marruecos conserva en un cofre grandes riquezas y sobre esto continúa el escritor á que nos referimos:

«El cofre de que quiero hablar es aquel en que conserva el sultán un índice en piedras ó en barras, de toda la ri-

queza mineral del imperio. Allí tiene, en pequeños compartimientos, admirablemente dispuestos, el oro, la plata, el cobre, el plomo, el antimonio, el azufre, la smectita (ghazul), la sal gema, los hierros y otra porción de productos.

»El cofre se lo regaló un inglés á quien autorizó, hace dos ó tres años, el sultán, para que hiciera un viaje de investigación científica por todos sus dominios, y lo explorase todo, incluso las tierras incógnitas, inexploradas, vírgenes á toda experiencia geológica, como lo está la inmensa mayoría del imperio. Es posible que, á pesar del viaje, continúen incógnitas la cordillera del Atlas y las montañas del Riff, porque ni las órdenes del emperador son parte á vencer arraigados fanatismos, ni á lograr que se arranquen á la madre tierra los tesoros que guarda.

»El inglés explorador, volvió á su país, y cuando pensaba obtener para él ó para el comercio y la civilización, las utilidades de su viaje, tropezó con el obstáculo insuperable de los preceptos religioso-políticos, que prohibían al sultán la concesión de la explotación y de la exportación de los minerales, á las casas que le hacían considerables ofrecimientos.

»Sólo el sultán puede ver y tocar los minerales que encierra el cofre. No son una riqueza del país, una propiedad del suelo, una fuente natural de fortuna para su pueblo, un medio de desarrollar potentes industrias, de dar pan á millares de familias; son dones del cielo para que el elegido de Dios pueda distraer sus ojos en la contempla-

ción de las brillantes ú obscuras facetas de los minerales.

»El sultán guarda en su palacio el cofre, como conserva el coche verde y el esquife, una carroza que no viaja y una lancha que no navega, como objetos de lujo, propios para adornar su alta soberanía. El sultán tiene el cofre, como tienen casi todos los moros ricos y principales un piano ó una caja de música en su casa, sin saber tocarlos, como demostración de su grandeza.

»De los productos que tiene el cofre, uno sí se extrae y consume en grandes cantidades, es el antimonio, que en árabe se llama *kóhuel*. Sirve para que las mujeres árabes se hermoseen los ojos con su brillo. El *kóhuel* sólo es uno de los innumerables colores con que las moras se componen, pintan y encarnan el rostro.

»Al fin, todo queda en encierro secreto y misterioso, los minerales y la belleza de las mujeres...»

CAPÍTULO CXX

El «Ramadán».—Firma del Tratado.—Un paseo por los alrededores de Marruecos



ODO, puede decirse, que estaba terminado.

El embajador había cumplido su misión como creyó que mejor podía cumplirla, dadas las condiciones en que estaba el país y los desaciertos cometidos por el Gobierno, y sólo faltaba la firma del emperador.

Sin embargo, temíase que ésta no pudiera ponerse, porque estaba muy próximo el *Ramadán*, durante cuyo tiempo los islamitas sólo pueden ocuparse de prácticas religiosas y no de asuntos políticos.

Habíase procurado dar gran impulso á las negociaciones definitivas, para evitar que llegara aquella época, y se aproximaba, y el tratado no estaba firmado.

Así llegó el día 11 de marzo, primero del Ramadán, que

se solemnizó con gran estrépito de tiros y cañonazos, extraordinario trompeteo y aquellas salvajes griterías, en las cuales no tienen igual los moros.

El embajador, resuelto á marchar, fué á hacer su visita de despedida al sultán.

Por supuesto, que no se tenía la seguridad de obtener satisfactorio resultado, por la circunstancia ya indicada de la festividad del día.

* * *

Empero, el emperador quiso mostrarse deferente con el embajador de España: le recibió, y cuando Martínez Campos leyó el tratado á su augusto oyente, éste le dió su real aprobación. Al mismo tiempo le suplicó que no llevase tanta prisa y que se detuviera algunos días más.

Pero el embajador se excusó con las obligaciones que reclamaban su presencia en España, deplorando por esta causa no poder acceder á lo que se le pedía.

El Garnith, que estaba fuera de la ciudad, debía llegar aquella tarde para firmar el tratado, como así sucedió.

En su consecuencia, quedó acordada la marcha para el siguiente día, domingo, después de oír misa.

Antes de abandonar á Marruecos, donde quizás, en vista de los acontecimientos ocurridos en los momentos en que escribimos estas líneas, tengamos que volver, sigamos á uno de los ilustres corresponsales en una de sus pintorescas excursiones por los alrededores de la plaza.

Por la descripción que hace respecto á la fabricación de pólvora entre los marroquíes, á la escuela de música militar del sultán y á la vida del soldado musulmán, puede comprenderse el estado de aquel país, donde tanto tiene que hacer la civilización europea, y donde tanto podía haber hecho España, á tener gobiernos que se ocuparan menos de la política mezquina de personalidades y atendiera más á la gran política que tiende á crear verdaderos intereses para el país cuyos destinos rigen.

No nos cansaremos de repetirlo. Es verdaderamente doloroso que pudiendo ser tanto en Marruecos, seamos tan poco, y la muestra la tenemos en el mismo tratado que acababa de firmarse, y que aun siendo tan poco importante, es muy posible que ofrezca serias dificultades su cumplimiento.

Hé aquí cómo describe el corresponsal citado, el paseo dado por las afueras de la ciudad:

* * *

«Salimos de la ciudad por la puerta de Jamar (del Burro), y dando la vuelta á las murallas, sin llegar á hacer el recorrido completo de las afueras, pues nos faltaba lo menos la mitad del circuito, cuando dimos por terminado nuestro paseo; pasamos por delante de las siguientes puertas: de la Ceniza, de la Madera Roja, del Jueves, de Dukala, de la Lata, de la Mamunia.

»El tiempo empleado en el paseo, el espacio recorrido y

el que nos quedaba por recorrer, prueban que casi todos los historiadores nos engañan al hablar de los doce kilómetros de perímetro de la ciudad. Lo que falte para veinte kilómetros se lo perdonamos al curioso historiador.

»La puerta de Jamar ó del Burro está al desembocar de los extensos patios de Palacio, luego de atravesar el Mexuar y las dos grandes y vastas plazas que le siguen. Al aproximarse á la susodicha puerta, se oyen ruidos de tambores y de cornetas, de clarines y platillos, de flautas y de bombos. Es la música del sultán, que está ensayando. Al transponer la puerta y colocarse del lado del campo, se ven asomar por almenas y troneras, á los músicos, unos con chilaba, otros con jaique, y casi todos con chaqueta azul, distintivo de la famosa banda del sultán, que no ejecuta nada moro y que casi todo lo que toca es cristiano.

»No quisimos oirla. Su guerrera y heroica desafinación nos echaba puertas afuera, nos obligaba á correr, huyendo de los golpes descompasados de bombo que maltrataba la Marcha Real. Ya estábamos en medio de las palmeras, ya atravesábamos los lavaderos públicos, ya pasábamos por el lado de marabutos históricos con nombres de santos, y aún nos perseguía el «chin, chin» descompasado y furioso de aquellos músicos, en guerra declarada con la armonía, en perpetuo divorcio con el contrapunto. ¡Oh, música del sultán; oh, hermosa banda de S. M. sheriffiana! ¡Tú que amenizas la *jarka* y eres encanto de las peregrinaciones imperiales, perdónanos tus melodías.»

* * *

A pesar de todo lo que dice el discretísimo corresponsal á quien pertenece lo que antecede, compréndese que hay en el imperio marroquí, conatos de civilización, mejor dicho, tendencias á entrar en algo de la vida europea, en cuanto algunas de sus prácticas sean compatibles con las prescripciones y cortapisas que les impone su fanatismo.

Ir combatiendo, poco á poco, éste; ganar terreno, así en el ánimo del sultán como de sus ministros; proteger y apoyar empresas que se establezcan en el imperio, implantando industrias que estén amparadas por el pabellón español; ir introduciendo lentamente, pero con perseverancia, el elemento comercial, que es lo que verdaderamente podía hacer, fuera obra meritísima en nuestros gobiernos, que así hubieran merecido bien de la patria, y al mismo tiempo nos hubieran ganado simpatías en el país.

Sigamos, entre tanto, la descripción comenzada, que nos ha de probar una vez más lo rudimentario de aquella región africana.

* * *

«El sol caía de plano,—sigue diciendo el corresponsal citado,—con una fuerza y un calor propios del mes de julio, anunciando tormentas, presagiando truenos, cóleras de Alah, en combinación con malas artes de El Garnith.

La tierra parecía que despedía llamas, que era un gran horno que quemaba las plantas, que despedía humo. Los moros, que lavaban en acequias y canales, pisando la ropa con los pies, ejecutaban su labor completamente en cueros y dando el sol en su carne, también despedía ésta humo y llamas.

»Para que la ilusión fuera completa, al llegar muy cerca de la Puerta de la Ceniza vimos que salía una gran humareda de unas chozas de cañas, y que á las chozas llevaban varios negros sendos cubos de agua. Pensamos que se trataba de un incendio, de un caso de combustión espontánea, producida por el calor, al prender los rayos abrasadores del sol en los techos de cañas.

»Pero ya más cerca, obsérvamos que ni los negros se apresuraban en gran manera para llevar los cubos de agua, ni las cañas ardían, ni el humo provenía de las chozas, sino de los hornos que había dentro, y que á aquella hora ardían que era un gusto.

»—¿Qué es eso?—preguntamos á Bengido.

»Y éste, transmitiendo la pregunta á uno de los negros que llevaba brazos y piernas desnudos y un palo atravesado á la espalda, nos contestó con gran asombro nuestro:

»—Una fábrica de pólvora.

»La fábrica estaba dividida en tres departamentos, si se pueden llamar así las tosquísimas divisiones del trabajo de tan rudimentaria y primitiva fabricación. La fábrica estaba encomendada á media docena de negros, tan burdos y tan salvajes, que apenas entendían el árabe, y

que sin embargo, trabajaban como ingenieros del sultán.

»En primer término, en un declive del terreno había un pozo profundo, tan negro como los obreros de la fábrica. Al pozo iba á parar el agua proveniente del río, de acequias y de lavaderos, ya filtrada. Servían de filtros grandes círculos de arena, como si fueran balsas de cal, desde donde vertíase el agua al pozo-sima, por canalillos estrechísimos, compuestos de tierra y de piedras. Tal era el primer departamento de la interesante fábrica.

»Seguimos á uno de los negros que extraía cubos de agua del pozo y que probaba el agua para demostrarnos su pureza y sus cualidades salobres y fuimos con él al segundo departamento. Era éste una choza de unos siete ú ocho metros de largo por tres ó cuatro de ancho. A la choza se entraba por dos pequeñas aberturas horizontales, por donde apenas cabía un hombre. El humo y el calor impedían dentro la respiración. Cavada en el suelo una cueva, en la cueva un horno y sobre el horno una más que mediana balsa con una pasta blanca, casi líquida, y en ebullición completa. A la balsa echaban los negros los cubos de agua, en tanto que se formaba una espuma blanquecina.

»El tercer departamento era también una choza, pero más pequeña y de forma circular. En el centro y á los lados de la choza, unos filtros que completaban la fabricación. Los filtros eran unos cubos de esteras sobre grandes tinajas. Arriba quedaba la pasta blanquecina, abajo un caldo negruzco. Cuando se enfriara y solidificara el caldo, aquello era la pólvora.

»El negro nos lo explicaba diciendo que aplicando á la tinaja un *espíritu* (un fósforo) todo aquello volaba.

»Y cuando hicimos que Bengido le diera las gracias por lo que nos había mostrado y explicado, el negro, que no entendía muy bien, nos contestó que sí, que por unos cuantos *blanquillos* más, iría á España y fabricaría pólvora.

»Tales son los primitivos, los prehistóricos procedimientos puestos al servicio del muy poderoso soberano de Marruecos, que aún tiene filtros de arena, teniendo á su disposición montañas de salitre. En tanto, yo no podía menos de volver la vista á los jardines de Agdal, donde está hace años comenzada una fábrica de pólvora, bajo la dirección industrial de Tor y la dirección técnica del señor Planas. En tanto, yo no podía menos de entristecerme al recuerdo de las intrigas y de las perfidias con que ha sido combatido el señor Tor, y no ciertamente por el sultán y por su gobierno, que le han dado siempre las mayores facilidades, dependiendo todo, para que empiece á funcionar la fábrica de pólvora, de una simple palabra de apoyo de las autoridades españolas.»

***

Con estos últimos párrafos queda hecha la apología de lo que nuestros gobernantes han hecho en pro de nuestra influencia y de nuestro adelanto en el imperio del Mogreb.

Inteligentes y atrevidos industriales se lanzan á establecerse en aquella región; son favorablemente acogidos en ella, no encuentran dificultades por parte de los naturales y las encuentran por parte de los que en primer término, debieran protegerles.

¡Qué mucho que los mismos africanos miren desdeñosamente á los españoles y tengan tan en poco á una nación que no se interesa siquiera por sus mismos hijos!

¡Cuán dolorosas y tristes reflexiones sugieren los párrafos á que hacemos referencia!

Continuaremos la descripción comenzada, pues si ha emitir consideraciones fuéramos, necesitaríamos mucho mayor espacio del que ya podemos disponer.

* * *

«El calor se hacía más intenso á medida que avanzaba el día, y al salir de las chozas de la pólvora parecía que caía una lluvia de fuego sobre nuestras cabezas. No templaban la atmósfera ni las emanaciones del río Tensift, ni la proximidad del bosque de palmeras, prolongación del camino de Dukala, desde el Alcántara, ni la pradera donde se instala el Zoco de verduras los jueves, ni las humedades del cementerio, donde se levantan sinnúmero de marabutos.

»Continuamos nuestra vuelta al rededor de las murallas, pasando por los mismos sitios que atravesamos el día de nuestra entrada en Marruecos. A la izquierda dejamos las puertas de la Lata, (donde hay pintadas unas manos ne-

gras para alejar los malos espíritus) y de la Mamunia (que no se abre sino en las circunstancias extraordinarias de dar acceso á una embajada) y atravesamos campos y más campos, para ir á la derecha, camino de Mogador, á un sitio donde poder refrescarnos de los ardorosísimos rayos solares.

»Es este sitio el conocido con el nombre de Cisterna de las Vacas. La tal Cisterna es un extensísimo y profundo estanque que sirve de lavadero y de baño, aunque para estos usos tenga el agua bastante sucia. Pero los moros no reparan en nimiedades y no se detienen á considerar si el agua está turbia para lavarse el cuerpo, cuando no es obstáculo para beber.

»Subimos unos escalones comidos por el agua y el tiempo, y al estar en las alturas del estanque vimos á varios *magaznias* tomando el sol en la baranda de la Cisterna. Tenían en el suelo unos tapices muy tornasolados, sobre los tapices la indispensable tetera, y al lado de ésta una hornilla. Uno de los soldados cogía una masa de carne picada, recubría con ella un palito como de palmo y medio de largo y ponía el palito con la carne entre las ascuas de la hornilla.

»En un momento estuvo el almuerzo preparado. Los *magaznias* nos invitaron á participar del almuerzo con tan vivos y afectuosos extremos que era imposible rehusar. Partieron unos panes todavía calientes, nos pusieron en las manos los palitos y nos dieron el ejemplo hincando el diente en la sabrosa *jefta*.

»Eran unos soldados del *Majzen*, que habían salido de

campo, para los que todas las obligaciones del cuartel se reducían á eso, á comer jefta y á beber té, en un perfecto olvido de su obligación guerrera, que á lo sumo consiste en correr la pólvora cuando se casa algún individuo del gobierno.

»La posición para su refrigerio estaba perfectamente elegida. Al frente de Mamunia, la Kasba y el Agdal. Como fondo del cuadro, el Atlas, la extensa y altísima cordillera del Atlas, como blanca cortina que limita el horizonte. Detrás una vasta planicie verde, el camino de Mogador. Y encima el sol, el sol, impotente para tostar y ennegrecer aquellos rostros tan curtidos y tan negros.

»El oficio de soldado que hace jefta, bebe el té y toma el sol á la orilla de las cisternas, resultaba en armonía con el del obrero fabricante de pólvora, y si el obrero filtraba el salitre con arena, el soldado aprendía la ordenanza con una hornilla y una tetera.

»Al despedirnos, nos hicieron una pregunta y formularon una observación en que, sin ellos saberlo, se encerraba una profunda filosofía:

»—¿Cuándo os vais?—nos preguntaron, aludiendo á la embajada.

»—No sabemos, depende del sultán.

»—¡Bah! No tiene prisa. Cuando vosotros os marchéis. vendrán otros cristianos á pedir.

»Tal es la idea que tenían los *magaznias* de las relaciones del imperio con Europa. Á toda hora habrá motivo para que Europa reclame.»

CAPÍTULO CXXI

Salida de Marruecos.—Lo que puede resultar de la indemnización.—El general Martínez Campos no va á Madrid.—Su llegada á Melilla

BIEN ilusorio era, por cierto, lo que representaba la famosa indemnización que debía pagar el imperio de Marruecos, según lo estipulado en el convenio.

Calculando bien lo que representa, se pierden muchas ilusiones.

La moneda en que nos entregarán los cuatro millones,—agujereada de débil lámina,—constituirá en total un peso de cien toneladas de plata, que al precio en que el metal está en el mercado de Londres, representan un valor de dos y medio millones de duros. Esto sin contar los gastos que ha de traer el cobro de cada plazo, si se cobran.

Por lo tanto, puede decirse que la cuestión sólo está conjurada y aplazada de momento.

Efectivamente: los hechos posteríores ocurridos en los momentos en que trazamos estas líneas, han venido ha demostrar que en realidad todo aquello fué ilusorio.

* * *

La caravana de periodistas salió antes que el resto de la embajada, de Marruecos, y los que la formaban fueron á acampar en Alcántara, creyendo que el siguiente día saldría Martínez Campos, y todos se reunirían ya.

Los regalos que el sultán hizo al embajador, fueron un caballo negro de diez dedos sobre la marca; una silla moruna color de rosa, una espingarda con incrustaciones de oro y un sable con adornos de plata. Estos regalos son magníficos.

Además recibiría, el embajador, una mula, una gumía y tapices persas.

Al señor Del Arco le hicieron los mismos obsequios que al general, pero de calidad más inferior.

El sultán regaló caballos á los coroneles Bascarán y Navarro, al hijo del señor Moret y al señor Galicia.

A todos los individuos de la embajada les dieron sables de plata, muy bonitos.

Al doctor Ovilo no se le ha hecho ningún regalo material, pero, en cambio, le entregaron un *firmán* imperial, distinción tan señalada, que no se ha dado á nin-

gún extranjero durante el reinado de Muley Hassán.

Dice el firmán, que á Ovilo se debe el afianzamiento de la amistad entre España y Marruecos, y en particular, le dice el sultán al doctor, que le engarzará en el hilo de oro de sus amigos.

Los periodistas iban haciendo el viaje sin soldados de rey y sin intérpretes, pues por dificultades de última hora, todos se habían quedado en la Mamunia.

Cumpliendo el programa trazado de antemano, hicieron el domingo la primera jornada de ocho horas, hasta llegar á Saharich, pero sin que les alcanzara la embajada.

En Saharich permanecieron todo el lunes, acampados junto á un aduar, entre ovejas, perros y moros. Al anochecer apareció la caravana del embajador.

La causa del retraso era que hasta las cinco de la tarde del domingo no habían dejado salir al general, teniendo que acampar éste en Alcántara, para recibir los regalos del emperador, y por carecer de acémilas para las tiendas y equipajes.

La primera noticia que recibieron los periodistas al reunirse con la embajada, fué la de que había muerto de un cólico *Yebilat*, caballo de Martínez Campos.

La embajada hizo su viaje en cuatro jornadas. El lunes, 12, de Alcántara á Saharich; el martes, de Saharich á Mtal; el miércoles, de Mtal á Zoco el Arba, y el jueves, de Zoco el Arba á Mazagán, punto este á donde llegó Martínez Campos, á las doce de la mañana, haciendo en cuatro horas un camino de ocho, trotando y galopando sin parar.

En Zoco el Arba, la noche del 14, por ser la última de campamento, hizo el general, á los postres de la comida, un brindis-discurso, resúmen de sus trabajos, terminando con la despedida al imperio y un viva á España.

Contestóle el hijo de Moret con un discurso breve y elocuente.

Los periodistas, en su tienda, brindaron también porque si otra vez volvía á Marruecos un general español, fuese para poner nuestra bandera en la Katubia.

El doctor Ovilo, que había salido con la caravana de la prensa, de Marruecos, volvió en seguida, llamado con urgencia por el sultán.

* * *

Según telegramas recibidos de Tánger, ya aparece más definido el propósito de Martínez Campos respecto á lo que pensaba hacer al encontrarse en tierra española.

Decía así uno de aquellos despachos:

«El embajador extraordinario se proponía llegar á Mazagán el día 15 por la noche, y embarcarse el 16 de madrugada, con destino, no á Cádiz, sino á Melilla.

»A Cádiz irán directamente la comitiva y la escolta del general.

»Todas las cartas recibidas aquí aseguran que el general Martínez Campos se muestra sumamente satisfecho del resultado conseguido, y de la altura, á lo que, en sentir suyo, deja el prestigio y la influencia de España en el im-

perio marroquí. Son numerosos los regalos con que el sultán y su corte le obsequiaron, demostrando así sus simpatías hacia la persona del embajador extraordinario y el país que ha representado.»

***

El recibimiento hecho en Mazagán por los moros al embajador, fué una manifestación entusiasta y cariñosa. El pueblo le saludó en las calles.

El cónsul español dió un banquete á la embajada.

Durante este tiempo, descargábanse en la Aduana todos los equipajes, y O'Donnell hacía la separación para las tres secciones que habían de ir á Melilla, Cádiz y Tánger, y se preparaba el embarque de los caballos.

El cuadro de aquel patio de la Aduana, con los moros riñendo, frenéticos por el ayuno del Ramadán y trabajando por ganarse algún dinero, era hermosísimo.

A las cuatro de la tarde, el general, que no dudó un solo momento en ir directamente desde Mazagán á Melilla, se embarcó con los suyos.

Martínez Campos tuvo en Saharich la noticia de la crisis ocurrida en España por aquellos días; en Zoco el Arba supo la solución, y entre otras razones, aconsejóle no ir á Madrid, la idea de rehusar todo contacto político.

El general estaba muy conmovido cuando al levar anclas el *Isla de Luzón*, la prensa y la población en masa le saludaban y aclamaban con entusiasmo.

El diplomático señor Del Arco mandaba la expedición periodística á Cádiz. El embarque en el *San Agustín* fué horrible, como la marejada que había.

Ya de noche, izaban los caballos de la embajada, y los trasladaban en volandas desde las barcazas á los buques.

Lo mismo ocurría con los pasajeros. Toda una familia de judíos, que se ha cristianizado, padre, madre y cuatro ó cinco criaturas, fueron subidas á bordo con riesgo gravísimo, por la escala de gato.

***

El día 16, á las cinco de la tarde, fondeaba en Tarifa el *Isla de Luzón*, que ostentaba la bandera del embajador.

Mucha gente pasó á bordo del *Isla de Luzón* para saludar á Martínez Campos. Entre otras personas, ofrecieron sus respetos al general, el gobernador militar y el ayudante de marina.

Todos querían ser los primeros en ver y felicitar al señor Martínez Campos.

Éste habló con todos en la cubierta del buque, invitando á varios á visitar el barco, para lo que les acompañaba el oficial de guardia.

Expresó el general sus opiniones acerca del resultado de la embajada. Dijo, entre otras cosas, que había tenido que recurrir á la energía, á pesar del buen deseo que aparentaban en Marruecos.

Después de hablar un poco con los que acudieron á

saludarle, dispuso que varios ayudantes pasasen á la población para dirigir telegramas al Gobierno.

Martínez Campos pidió luego los periódicos del día y los atrasados, entre ellos, el *Blanco y Negro*.

El general embajador envió desde Tarifa un telegrama á S. M. la reina regente, cuyo texto fué el siguiente:

«El general en jefe del ejército de África á S. M. la reina regente:

»Tarifa, 16 de marzo de 1894, á las cinco de la tarde, á bordo del *Isla de Luzón*.

«Señora: El telegrama del 7 de V. M. es una recompensa tan superior á lo que merecen mis escasos servicios, que sólo deseo que se presente ocasión de acercarme á merecerla. Dígnese V. M. aceptar la expresión de mi gratitud y de mi fervorosa adhesión y los votos que hago por la felicidad del rey y la de sus altezas reales. En el servicio de V. M. sería capaz de imitar al defensor heroico de la plaza, desde cuyas aguas tengo el honor de elevar á Vuestra Majestad mi respetuoso saludo.»

* * *

El día 17 al amanecer llegaba á Melilla el general en jefe, que saltó en tierra inmediatamente, entre los saludos de la plaza y las aclamaciones de la multitud.

El general Martínez Campos pensaba permaner en Melilla más de dos semanas, disolviendo en este plazo el ejército.

La demarcación de la zona neutral, no se haría mientras los riffeños no verificasen la recolección de los frutos de la tierra.

El sultán pensaba ir para junio al Riff, con objeto de castigar á los culpables.

En el expreso de Andalucía salió para Madrid el personal diplomático de la embajada.

Sólo quedaron algunos periodistas, que fueron á Sevilla para pasar la Semana Santa.

Hasta dentro de dos meses no se publicaría en la *Gaceta* el Tratado, pues se necesita la ratificación.

El sultán continuaba apremiando á las personas pudientes del país, para que ingresasen cantidades en el Tesoro.

El protocolo constaba, como ya digimos en otra parte, de siete capítulos y tenía una preciosa encuadernación.

Al principio se negaba El Garnith á firmar el Tratado porque el texto árabe ocupaba menos espacio que el texto español; pero al fin hubo de hacerlo en vista de las razones que se le dieron.

El general Martínez Campos desembarcó inmediatamente, visitando sin descansar un solo instante los enfermos del hospital, enterándose uno por uno de su estado, consolándolos, preguntándoles si algo necesitaban y concediendo licencias á muchos de ellos.

Al mismo tiempo el coronel Bascarán, por encargo del señor Martínez Campos, iba con el intérprete á Frajana á

visitar á Muley Araaf, y á entregarle cartas del sultán.

Después de su visita á los enfermos, el general marchó al campamento. Las tropas cubrieron la carrera desde la plaza hasta este punto.

***

Por más que conocido ya el convenio, á nadie satisfacía, como fácilmente puede comprenderse, porque todos preveían las eventualidades que podían sobrevenir, el ejército no podía menos de ver lleno de entusiasmo á su valiente caudillo.

Martínez Campos, acompañado del cuartel general, revistó las tropas y las tiendas, mostrándose muy satisfecho del buen orden que reinaba en todo.

Más tarde conferenció con los generales y almorzó con el general Macías y recibió las visitas del coronel de los askaris y de Kerdudi, el secretario de Araaf.

Por la tarde el general pensaba ir á Frajana para visitar al hermano del sultán.

Á las tres de la tarde llegaron al campamento la escolta de moros y el kaid Basclur, nombrado bajá del campo, para acompañar á Martínez Campos en su visita á Muley Araaf.

La conversación que el general tuvo, poco más tarde, con el hermano del emperador, fué muy afectuosa y duró media hora.

Araaf obsequió á los oficiales con té y pastas.

Martínez Campos visitó más tarde los fuertes construidos.

Inmediatamente empezaron los preparativos para el regreso de tropas á la Península, quedando, como ya dijimos en otra parte, las necesarias en Melilla para poder responder á cualquier agresión de los enemigos.

CAPÍTULO CXXII

—

Como terminaron los amores de Almina

En el capítulo XII de esta obra, recordarán nuestros lectores que Alberto, el *touriste* español que había roto con harta violencia los lazos que le sugetaban á la hermosa Almina, formando parte de los voluntarios que, bajo el mando del teniente de la reserva, señor Palacios, salieron el día 2 de octubre á combatir con los riffeños, no fué encontrado sobre el campo, á pesar de haber dicho algunos de sus compañeros que le vieron caer en el ardor de la pelea.

La razón de esto, fácilmente podríansela explicar los que hayan tenido en cuenta el encargo hecho por Almina á su confidente Mohatar, en el capítulo XI, y la promesa que éste la hizo.

***

Mohatar, cumpliendo la orden de su señora, desde los primeros momentos en que se inició el combate, seguido de otros tres musulmanes, lanzóse á la pelea, y fué de los primeros en salvar el terreno neutral y penetrar en el campo español.

Los compañeros de Mohatar reprendíanle por su temeridad, puesto que el acto realizado representaba una osadía inconcebible.

Pero el servidor de Almina les decía:

—La sultana lo quiere; y, aunque muramos todos, se han de cumplir sus órdenes.

Y entre el humo de la pólvora, la agitación y el movimiento de los combatientes, entre el ruido ensordecedor de los cañones y el silbido de las balas, Mohatar miraba á todas partes, tratando de distinguir entre los numerosos grupos de españoles, el hombre deseado por su señora.

La casualidad, que entra por mucho en las peripecias de un combate, le llevó cerca de un grupo de paisanos, y sin que él mismo pudiera explicarse la razón, pensó que quizás estaría allí el que buscaba.

—Él no era soldado,—pensó;—si atraído por el peligro de sus hermanos, ha salido al campo, aquí debe de estar; pero los españoles *estar gallinas*, y tal vez él no salió de la plaza.

Y el moro, luchando con sus dos encontrados pensa-

mientos, disparaba, procurando resguardarse, pero disparaba sin hacer puntería, porque su perspicaz mirada no cesaba de escudriñarlo todo.

***

Una descarga del enemigo y el roce de una bala que pasó por su hombro, le hizo girar la cabeza hacia atrás con el fin de cerciorarse de si sus compañeros le seguían, á los que alentó en su idioma.

Y olvidándose por un momento de su principal misión en aquel sitio, y escuchando sólo la voz de su corazón, que clamaba venganza al ver caer á sus hermanos, sintiendo en su pecho la caldeada sangre árabe, se echó el fusil á la cara, apuntó al jefe que mandaba los paisanos, é iba á disparar.

Mas de pronto, y como si hubiese recibido un fuerte golpe en el brazo, dejó el fusil, exclamando:

—¡Oh! por Alá que si llego á disparar, el cristiano que ahora veo, corría riesgo de ser muerto, cuando tanto interés tiene la sultana en conservarle la vida y en salvarle si estaba en peligro.

Y á partir de aquel momento, Mohatar, no solamente no disparó él, sino que ordenó á los suyos que le imitasen, por temor de que alguna bala pudiese llegar á Alberto, que efectivamente se encontraba entre el grupo de paisanos batiéndose como un héroe.

Era preciso estar muy alerta con el fin de aprovechar-

se del menor descuido y apoderarse de aquel hombre, y como en el continuo ir y venir de los unos y de los otros advertía el moro que aquél que él pretendía apresar, siempre quedaba á cubierto, empezó á preocuparse seriamente por lo difícil de cumplir con la orden de su señora.

De pronto un accidente imprevisto vino en su apoyo.

* * *

Entre los riffeños se advirtió un repentino retroceso por la impetuosa acometida de un grupo de soldados y por el avance y nutrido fuego de una guerrilla que pretendía envolver al enemigo.

Pero rehechos inmediatamente y alentados por un numeroso pelotón que con desaforados gritos y á todo el correr de sus piernas, se acercaba, presentan nuevamente su faz al enemigo cual impelidos por una misma idea á combatir con furia salvaje, y entonces los cristianos retíranse, si bien ordenadamente.

Mohatar, con el pecho casi rozando el suelo, semejante al tigre que va á lanzarse sobre su ya segura presa, aprovechando aquel instante, atravesó seguido de sus compañeros hasta llegar á pocos metros de los últimos paisanos que se retiraban sin dejar de dar la cara al enemigo.

Los riffeños, al ver el arrojo y desesperado valor de Mohatar, tomaron gran aliento y al grito de victoria se precipitaron en tropel sobre el enemigo, al que obligaron á perder algún terreno.

Una lluvia de balas cayó sobre los valientes paisanos y algunos cayeron al suelo sin vida, entre los que le cupo la fatal suerte de caer á Alberto.

*
* *

Una exclamación terrible se escapó de los labios de Mohatar, quien, fuera de sí al ver herido al joven y previendo que los españoles pudieran llevarse su cuerpo, gritó á los suyos, á los que siguieron otros, y ciegos, sin conciencia del peligro que corrían, se abalanzaron hacia aquel sitio y en el brevísimo espacio de tiempo que su hostil arrojo sembró la confusión, llegaron al sitio en que yacía Alberto, se apoderaron de él y se retiraron del lugar del combate de un modo precipitado, que pasó desapercibido para los unos y para los otros, porque todos tenían motivos suficientes de preocupación en aquellos momentos.

Mohatar y sus tres compañeros no cesaron de correr, llevando sobre sus robustos hombros el inanimado cuerpo de Alberto, hasta después de haber ascendido más de dos terceras partes del Gurugú por su falda izquierda.

Una vez allí, y creyendo el criado de Almina que podrían descansar algunos momentos sin peligro, mandó á sus compañeros hacer alto, colocáronse en una hondonada resguardada de puntiagudas y escarpadas peñas, y con febril impaciencia, la trémula mano de Mohatar buscó el corazón del joven.

—Pero ¡qué! ¿ha muerto?—preguntó uno de aquéllos.

—Eso creí,—repuso Mohatar suspirando,—pero afortunadamente vive aún.

—Veamos, veamos á ver dónde está herido y cuántas heridas tiene este perro.

—¡Cuidado, cuidado que la sultana le quiere como á su esposo!—repuso con severidad Mohatar.

—Perdona,—objetó aquél con sumisión.

Mohatar nada contestó.

***

Con una ligereza y una habilidad extraña, en un momento se cercioró de que Alberto no tenía más que una herida en el hombro; pero á pesar de todo no se pudo tranquilizar, puesto que su práctica y experiencia le indicaban que la gravedad de aquella herida podía muy bien ser la causa de la muerte de aquel joven.

En su consecuencia, cubrió la herida con un parche que improvisó mascando algunas hierbas y después de aplicárselo á la herida, en la que se veía incrustada la bala, entre el hombro y la clavícula izquierda, dijo:

—¡Pronto, pronto, que la cosa urge, cogedle con mucho cuidado y á la casa de la sultana con él!

—Pero ¿crees tú, Mohatar, que esa herida es grave?

—Sí, grave, muy grave y Alá nos tenga de su mano para que la sultana no nos haga pagar cara nuestra torpeza.

—¡Hombre! ¿torpeza llamas tú al peligro que hemos corrido?

—Sí; pero anda á hacérselo comprender á una mujer que, esperando estrechar contra su pecho al amante, le presentas su cadáver.

Y después de pronunciadas las anteriores palabras, Mohatar, seguido de sus compañeros, continuaron el ascenso de una manera tan rápida y tan segura como increíble, hasta que ganaron la cima del Gurugú.

***

Aquellos hombres de hierro, sin dar siquiera un momento de descanso á sus fatigados pulmones, comenzaron el descenso, llegando poco después al fin de la primera meseta.

Ya allí, Mohatar hizo que se detuvieran sus compañeros, se acercó al herido, aplicó su tosco pulgar á la sien de Alberto y mirando la cabeza con desaliento, dijo:

—¡Malo! ¡malo! la calentura va á comenzar antes de lo que yo esperaba, y es preciso que abreviemos, no sea que el delirio se inicie, en cuyo caso ya nos sería difícil el poderle salvar. ¡Por Alá! que la hemos hecho buena, pero muy buena. Ya veréis la sultana...

Y otra vez el moro dió la señal de continuar la marcha.

Silenciosos y presentando el aspecto de un grupo fantástico, con los blancos jaiques hinchados por el viento, prosiguieron el descenso por espacio de más de media hora.

Abajo, en lo más profundo del valle y rodeado de un

verde y hermoso bosque de palmeras y de naranjos, se entreveía un gran edificio, blanco y de forma cuadrada.

Aquella era la casa que Almina indicó á su fiel servidor.

Cuando Mohatar la descubrió, no pudo menos de ahogar un suspiro de satisfacción, y maquinalmente volvió la vista hacia el herido.

***

El rostro de Alberto había trocado su lívido color por el del carmín claro, indicio evidente de que la fiebre comenzaba.

—Más aprisa, más aprisa,—dijo Mohatar con acento sombrío,—y Alá haga que el dolor de la sultana no se trueque en rabia, y que en uno de sus arrebatos no se la ocurra pagar nuestros servicios con el castigo por no haber sabido evitar la suerte de este hombre.

—¡Oh! pues valía la pena de que no fuéramos allá,—dijo uno de los moros.

—¿Y crees tú que podrías escapar á la venganza de la sultana?

—Pero si nosotros hemos hecho cuanto hemos podido, ¿por qué se nos ha de castigar?—repuso otro.

—Nada, nada; correr cuanto podáis, para que lleguemos lo antes posible.

Pocos momentos después, aquellos hombres, conduciendo al herido, penetraban en la morada que tenía Almina en la opuesta falda del Gurugú.

Un negro salió al encuentro de Mohatar, y le dijo algunas palabras al oído.

Mohatar cruzó sus manos sobre el pecho, y clavando sus ojos al cielo, exclamó:

—¡Oh! ¡Alá nos preste su ayuda!

Después, volviéndose á los suyos, añadió:

—Seguidme, pronto.

Y se internaron en el anchuroso patio, tras el cual pasaron á otra habitación, hasta llegar á una, alegre y risueña como un sueño, depositando á Alberto en un blanquísimo lecho que allí había preparado.

CAPÍTULO CXXIII

Locura de amor



LMINA, aquella mujer tan hermosa como apasionada, de un corazón que se entregaba con todo el ardor de la sangre africana, caldeada por el sol de su país, no estaba bien en ninguna parte.

Después que hubo dado la orden á su fiel criado de que buscara al ídolo de su vida, á la ilusión de su alma y al deseo de sus sentidos, con el corazón anhelante, y brillante por la fiebre del amor, la mirada, suelta y desordenada su blonda cabellera y cubierta con blanquísimo velo, sueltas sus voluptuosas formas, dirigióse á una de las ventanas de arco en forma de herradura, que daba al campo, buscando entre las breñas que bordeaban la costa, al que acababa de salir para cumpli-

mentar su orden, y de cuyo resultado pendía su existencia.

***

Almina amaba, y amaba á Alberto con toda la salvaje pasión de aquel temperamento caldeado por el ardoroso sol africano, y estaba dispuesta á pasar por todo, á sacrificarlo todo por una sonrisa, por una caricia de aquel cristiano que, á la vez que su amante, era para ella su dios y su fe, su vida y su encanto.

—Allá va,—murmuraba la desdichada joven,—allá va mi buen Mohatar en busca de mi bien. ¡Oh, que Alá derrame sobre tí mil bendiciones, fiel amigo!

Y Almina, elevando sus torneados y blanquísimos brazos al cielo, parecía dirigir mentalmente una plegaria á su Dios, del que todo lo esperaba.

Así permaneció por espacio de algunos segundos.

Después volvió á mirar, y al advertir que Mohatar continuaba ascendiendo con una lentitud que su deseo exageraba, murmuró:

—¡Oh! pero ¿por qué irá tan despacio ese hombre?

Y á partir de aquel momento hasta que Mohatar se ocultó tras de la otra vertiente del monte, Almina no cesó de mirar.

Después, su imaginación fué siguiendo á su fiel mensajero, y en su delirio amoroso, le vió acercarse hacia los límites, salvar la línea del campo neutral, encontrar á Alberto, el que le siguió lleno del mayor gozo; después la

acosaba á preguntas que ella contestaba y en las que de antemano se gozaba.

Sin embargo, el desencanto no tardó en llegar, y á la voluptuosidad de aquel sueño, al indecible goce de que estaba henchido su corazón, sobrevino un despertar horrible.

***

El estampido del cañón que llegó á sus oídos, al repercutir en su corazón, hizo surgir de él un mundo de tristes presentimientos.

Otra vez había comenzado el ataque, y otra vez la matanza iba á mermar los suyos y los contrarios.

Entre éstos se encontraría Alberto y las balas que no entienden de amor, podían muy bien arrebatarlo para siempre.

Almina, á la sola idea de que aquel triste presentimiento pudiera llegar á realizarse, dejóse caer, llena de abatimiento, sobre unos riquísimos almohadones.

Bajo la presión de la angustia que la dominaba, quedó inmóvil durante un buen espacio.

A la sola idea de que su amado pudiera ser víctima de sus hermanos, sentía dolorosamente oprimido su corazón.

Levantóse, por fin, se acercó á la ventana, y á lo lejos llegaban hasta sus oídos las descargas y la furiosa gritería de los suyos, demostrándole que la lucha continuaba.

Después, y cual si de pronto una idea se le ocurriera, salió de la habitación, y dirigiéndose al patio, dijo á uno de sus criados:

—¡Mi caballo, mi caballo, pronto, por Alá!

—Repara que es una imprudencia salir en estos momentos en que los perros cristianos...

—¡Obedece!—interrumpió la joven, con energía.

* * *

El criado bajó la cabeza y se dirigió á un pequeño edificio inmediato y sacó el caballo pedido por Almina.

Ésta subió de un salto, y el caballo salió á carrera tendida en dirección del Gurugú.

—Es necesario,—murmuraba la joven, á la par que excitaba al corcel,—que yo sepa si Mohatar ha cumplido mi encargo. Le dije que allí le condujeran, y yo entre tanto he permanecido horas y horas de mortal agonía sin moverme de mi casa de la plaza. Tal vez esté allí.

Y con esta esperanza, impacientábase viendo el tiempo que pasaba sin llegar al codiciado edificio.

Cerca de él estaba ya, cuando le pareció distinguir á Mohatar que salía de la casa.

—¡Bien haya Alá!—exclamó la hermosa mora,—que ha escuchado mi súplica. Mi fiel Mohatar vendría, sin duda, á participarme que ya está aquí.

Y excitó al caballo, que en breve espacio llegó junto á Mohatar.

—¿Está ahí?—dijo Almina.

* * *

El riffeño inclinó tristemente la cabeza.

—¡Poderoso Alá!—gritó, palideciendo, Almina,—¿qué significa tu inquietud? ¿Qué me revela tu tristeza? Habla. ¿Dónde está el cristiano?

—Allí, señora. Tu fiel Mohatar ha cumplido tu deseo.

—¡Gracias!—exclamó Almina, saltando del caballo.

—Pero...

—¿Qué? Acaba.

—Está herido.

—¡El Dios Altísimo y Único sea en mi ayuda! Vamos, Mohatar, vamos, que sin vida me han dejado tus palabras.

—No lo pude evitar, señora. En lo más serio de la pelea conseguí verle, y cuando á él llegué con los míos, ya era tarde.

—¡Oh! Los malos espíritus castiguen á los que le hirieron. Tú que de medicina entiendes, ¿has reconocido su herida?

—Parecióme muy grave.

—¿Pero no lo sabes de cierto?

—Iba á buscarte cuando has llegado. Ahora podemos verle los dos.

Almina, profundamente afligida, echó á correr hacia la casa, costándole gran trabajo á Mohatar el poderla seguir.

Alberto continuaba inmóvil.

Tendido sobre el lecho donde le dejaran, parecía un cadáver.

Al verle, Almina, sintió desgarrarse su corazón, y estuvo á punto de caer al suelo.

—¡Ánimo, señora!—le dijo Mohatar.—Alá no consentirá que sufras el inmenso dolor de su pérdida.

—¡Si está inmóvil; si hay en su rostro los signos característicos de la muerte!—dijo la joven con voz sollozante.

—Y sin embargo, todavía hay vida en ese cuerpo,—repuso Mohatar, que estaba reconociendo al joven.—Ayúdame, señora, si tienes valor para ello.

Almina ayudó al fiel servidor, dominando, por medio de un poderoso esfuerzo de su voluntad, sus debilidades de mujer.

* * *

El reconocimiento y la curación de la herida, fué largo y doloroso.

Mohatar, á pesar de su destreza, carecía de instrumentos necesarios para hacer menos dolorosa la operación.

Cuando terminó la cura, el herido exhaló un débil suspiro.

—¡Loado sea Alá!—exclamó Almina, abrazando el inanimado cuerpo de Alberto.

—Por piedad, señora,—dijo Mohatar, separándola rápidamente de la cama.—Ahora déjame que prepare la poción que ha de tomar el español, y después déjale reposar.

—Pero ¿se salvará?

—Sólo Dios sabe lo que suceder puede. Hasta ahora

sólo puedo decirte que la herida no es mortal. Pero también debo añadir que tardará mucho en curarse.

—Sálvese, aun cuando tuviera que consagrarme años enteros á su cuidado.

Almina se instaló desde luego junto al lecho del herido.

Éste, presa de un delirio horrible, pasó muchos días sin conocerla y sin darse cuenta del sitio en que se hallaba.

Mohatar tenía gran confianza en las medicinas que empleaba.

Así se pasó mucho tiempo.

En este espacio Almina se sintió próxima á ser madre.

Mohatar, que era su único confidente, la aconsejó que se fuese á la casa que tenía cerca de la playa, donde más fácilmente podría encontrar los auxilios que su estado podía reclamar.

Él se quedaría junto al herido y respondía con su cabeza.

Felizmente Alberto no había recobrado todavía la razón.

Llevaba más de veinte días en aquel estado y según Mohatar, todavía pasaría algunos más antes de que pudiera darse cuenta del sitio donde estaba.

* * *

Almina no tuvo otro remedio que ceder á las razones que le dió su fiel servidor.

Con dolor profundo se separó de Alberto, y afortunadamente lo hizo, puesto que al día siguiente de haber llegado á la casa de la playa, dió á luz un niño.

Ocho días más tarde, ya estaba en disposición de abandonar la cama.

Entre tanto las operaciones habían continuado en el campo cristiano.

Llegaron las jornadas de los días 27, 28 y 29 de octubre, acudieron nuevas tropas al campamento, y Almina, que todos los días recibía noticias de Mohatar, deseaba cuanto antes poder regresar al lado de su amado.

El buen riffeño, la dijo el último día, que ya empezaba á reconocer Alberto, y que se había extrañado de verse en aquel sitio.

Él, nada le dijo, esperando que fuera su señora para acordar lo que se creyera más conveniente.

La joven, al recibir esta noticia, elevó los ojos al cielo llena de reconocimiento:

—¡Oh!—murmuró,—Alá no me abandona. ¡Quiera el cielo que todavía existan días de ventura para la pobre Almina!

CAPÍTULO CXXIV

Alberto reconoce á Almina



OMO hemos dicho, las operaciones continuaban en el campo de Melilla.

Pero ¿qué le importaban á Almina aquellas operaciones cuando tenía cerca de sí al hombre á quien tanto amaba, al padre de su hijo, al que todo lo había sacrificado y á quien ella y sólo ella podía decir que había salvado la vida?

Mohatar la secundaba maravillosamente.

Él, lo mismo que ella, no se separaba un instante del herido, estudiando con afán los lentos adelantos que en él advertía.

—Pero ¿se salvará, Mohatar?—le preguntó la mora.

—Alá así lo ha dispuesto, y tú que tan entendida eres en las propiedades de los bálsamos que usas, puedes apreciar su adelanto.

—¡Va tan despacio!...

—Reflexiona que también ha sido muy grave la herida. Tanto, que á pesar de la gran ciencia de que blasonan los cristianos, á quedarse entre ellos, ten por seguro que no recobrara la vida.

—¡Oh! no me lo digas, Mobatar. Ahora bendigo doblemente el acierto que me otorgó el Dios clemente y misericordioso para la confección de esos bálsamos cuya virtud he tenido ocasión de apreciar en persona á quien tanto amo.

—De todos modos la curación, como te dije, ha de ser muy lenta.

—Cúrese al fin, pueda yo verle como antes y todo he de darlo por bien empleado.

—Sin embargo, señora, tú no puedes llevar la vida que estás llevando. Apenas descansas, tu agitación y tus temores son exagerados y has de pensar también en tu hijo.

—Alá me prestará fuerzas. Quiera Él prestarme su favor, para que hasta el fin pueda yo realizar lo que quiero.

—Un temor únicamente me asalta.

—¿Qué dices?—preguntó, alarmada, la joven.—¿De qué nace ese temor? ¿Crees que todavía corre peligro su vida?

—Por efecto de la herida, no le hay.

—¿Entonces?...

—El temor que me asalta, se refiere á los nuestros. Si llegara á descubrirse que tienes aquí un español... Mira lo que hacen con ese prisionero que hicieron los de Benisikar.

—¿Quién puede saber nada?—repuso Almina estremeciéndose.

* * *

Su mirada se fijó ansiosamente en el semblante de Mohatar.

La idea emitida por éste la hacía temblar.

Efectivamente que, dado el grado de exaltación á que habían llegado los fanáticos riffeños, si descubrieran la existencia de Alberto, fácil sería que á pesar del respeto y de la estimación que profesaban á Almina, se lanzaran á cometer algún desmán.

—Me parece que las gentes que están á mi servicio son fieles,—añadió la musulmana.—¿No lo crees así?

—Los cuatro que me acompañaron son como yo; callados y sordos. Pero á veces también, los malos espíritus hacen que se descubran sin saber como, hasta las cosas que más ocultas parecen.

—Tienes razón.

—Además. Repara, señora, que el lugar donde estamos es punto de tránsito para los que van á las ferias de Frajana; que la casualidad bien pudiera hacer, que alguno pidiera amparo y hospitalidad sabiendo que estás aquí, y una vez dentro de tu casa... La curiosidad suele ser mala consejera. Te digo esto para evitar que mañana...

—Sí, tienes razón. Lo único que deploro es que no se me haya ocurrido antes y... Pero de todos modos, ¡si no era posible transportar á ese desgraciado!

—Ahí tienes la razón por qué me abstuve de decirte

nada. Hoy que veo que el peligro aumenta porque los españoles están reuniendo gente para castigar á los moros, fácil fuera que en un caso de avance, retrocediendo los nuestros, quisieran defenderse en esta casa, y...

—No continúes. Salgamos de aquí.

—El estado de Alberto es bueno para poderle trasladar. Hasta esa misma somnolencia que le domina, ese embotamiento de todas sus facultades, nos favorece. Mañana pensaba propinarle una medicina para despejar su mente y ya no lo haré.

—Da á tus amigos la orden para partir esta noche.

***

Mohatar no se descuidó.

Su única preocupación desde hacía algunos días, era la que acababa de manifestar.

Sabía cuanto pasaba en el campo de los españoles, por los mismos riffeños con quienes hablaba constantemente y apreciaba como debía, lo que en su concepto había de suceder.

Así fué que apenas cerró la noche, el cuerpo de Alberto fué transportado á unas angarillas dispuestas por Mohatar y todos salieron del palacio, dirigiéndose hacia la casa de la playa.

Su travesía se hizo con gran lentitud y extraordinario cuidado.

Almina, llevando en brazos á su hijo, caminaba junto á Alberto.

En vano fué que Mohatar pretendiera hacerla subir á la cabalgadura que había preparado.

La joven no quería dejar de seguir la misma suerte de su amado.

Una vez instalados en la casa de la playa, Almina dijo á su servidor:

—Alá me ha protegido más que merezco. Alberto no se ha resentido en nada de la marcha. Hora es ya de que hagamos que ese estado termine. Voy á preparar la medicina que creo necesaria.

—Permite, señora, que te diga que ahora lo que hacer debes es descansar.

—No. Tiempo tendré después para hacerlo. Quiero estudiar los efectos de las hierbas que me dijo mi tío.

* * *

Inútil fué que Mohatar pretendiera obligarla á que descansase.

Á pesar de lo avanzado de la hora, y del cansancio consiguiente á los días que llevaba velando al herido y del viaje que acababa de hacer, Almina se dirigió á una habitación, donde, perfectamente clasificadas, tenía gran número de hierbas, escogió algunas, y preparó una especie de tisana.

Hecho esto, tomó un botecito que extrajo de una alhacena que contenía otros varios y se dirigió á la estancia ocupada por Alberto.

Éste continuaba en aquel estado de insensibilidad que se declaró en él, cuando hubo curado del delirio de los primeros días.

* * *

Almina, después que hubo atendido á la herida, lo que hizo fué darle un calmante poderoso, en dosis perfectamente calculada y graduada para que no trabajase su pensamiento y pudiera obrar con mas facilidad, no teniendo que atender sino á la herida.

Almina había aprendido de su madre primero, y de su nodriza y finalmente de su tío el santón, la preparación de medicinas y bálsamos que poseían virtudes maravillosas.

Mohatar, su esclavo, ó mejor dicho, su amigo, puesto que la profesaba un afecto sin límites, la ayudaba en aquellos trabajos y de aquí sus conocimientos medio quirúrgicos.

Almina había llegado á ser una especie de bendición para sus compatriotas.

Enfermos, heridos, contusos, llegaban á su casa en demanda de auxilios que nunca les negaba y que daban en lo general sorprendentes resultados.

Una vez junto al lecho de Alberto, con gran trabajo le separó los dientes y le hizo tragar algunas gotas del elíxir encerrado en el bote de cristal.

* * *

Inmediatamente le hizo tragar la mitad de la poción que estaba preparando y al cabo de un momento un suspiro de satisfacción parecía exhalarse del pecho del herido.

—Ahora,—dijo Almina á Mohatar, en voz baja,—es necesario que quede solo. Dentro de una hora quizás, habrá vuelto en sí, y es preciso dejarle para que él se vaya haciendo cargo del sitio en que se encuentra.

—Yo no le perderé de vista, por si acaso.

—Ni yo tampoco.

—Por piedad, señora, no quieras aumentar nuestras desdichas negándote á descansar. Una vez que hasta dentro de dos ó tres horas no crees conveniente que nada se le diga, aprovecha ese tiempo para entregarte al descanso.

Inútiles fueron los ruegos de Mohatar.

Almina persistió en seguir velando á su amante, para apreciar los efectos de la medicina.

Alberto, como había dicho muy bien Almina, permaneció un buen espacio moviéndose, agitándose, exhalando suspiros de satisfacción, hasta que por fin su mirada empezó á animarse.

* * *

Paseó la vista á su alrededor, y una expresión de asombro se reveló en su rostro.

¿Dónde estaba?

Esto, indudablemente, se le debió ocurrir, porque trató de pronunciar alguna palabra.

Pero sin duda aquel esfuerzo era superior á su estado, porque volvió á cerrar los ojos, permaneciendo así durante algunos minutos.

Sin duda la medicina iba haciendo su efecto, porque adquirió más fijeza la mirada, repasó con ella toda la estancia, y quizás algún recuerdo se ocurrió á su mente, porque su semblante revistió una marcada expresión de asombro.

—Yo conozco esto,—dijo con voz apenas perceptible.

Después, trató de hacer un movimiento, pero el dolor que experimentó le recordó quizás lo que había sucedido, porque dejando caer con desaliento la cabeza sobre la almohada, dijo cerrando los ojos otra vez:

—¡Estoy herido!

Este momento fué el elegido por Almina para presentarse en la estancia.

Haciendo el menor ruido posible se acercó al lecho y cogiendo otra poción que había preparado, la aproximó á los labios del joven.

—¡Alberto!—exclamó en voz baja.—¡Alberto mío! ¿me oyes?

* * *

El herido entreabrió los ojos y murmuró dejando caer la cabeza sobre el hombro de la joven que le había incorporado ligeramente:

—¡Almina!

—Sí, yo soy, tu Almina que daría su vida por tí.

—Pero ¿cómo estoy aquí?—preguntó el joven con voz balbuciente.

—Nada preguntes; nada quieras saber ahora,—le dijo Almina, poniendo su dedo sonrosado sobre los labios del herido.—Yo te he salvado la vida otra vez. Más tarde lo sabrás todo. Ahora descansa, duerme tranquilo, que yo velo tu sueño.

—Pero...

—Nada me preguntes. Cuando estés en disposición de saber, sabrás. Yo soy tu médico. Tu Dios y Alá me han concedido sus favores para salvarte.

El herido había hecho un esfuerzo poderoso para sostenerse aquel tiempo.

Volvió á dejar caer la cabeza sobre el lecho, y Almina se sentó, como de costumbre, á su cabecera.

Cuatro días después, había entrado Alberto en el período de una franca curación.

Mohatar hubo de decir á Alberto que ordenara á su señora que reposase, pues hacía dos meses que no se separaba de su lado.

Merced á esto, Almina pudo entregarse algunas horas al descanso.

CAPÍTULO CXXV

El bombardeo.—Triunfo de amor



L joven español, iba recobrando fuerzas, aun cuando lentamente.

La herida caminaba hacia su cicatrización y Almina estaba llena de alegría, porque como decía, Alá había satisfecho todas sus aspiraciones.

Varias veces Alberto había cogido la mano de la mora y la llevaba á sus labios diciéndola:

—Pero ¿me explicarás cómo me encuentro aquí? ¿Quieres decirme ese niño que veo en tus brazos...?

—¡Calla, Alberto! Ya te he dicho que todo te lo explicaré. Deja á tu médico, que ya sabe cuando debe hablar.

Y como esto lo decía poniendo su mano sonrosada sobre

la boca del joven, éste se la besaba y no tenía más remedio que dominar su impaciencia y callar.

Así pasaron cinco ó seis días más.

* * *

Por fin, al cabo de ellos, Alberto, al ver entrar á la joven en su estancia llevando á su hijo en brazos, se incorporó sobre el lecho, diciendo:

—Ea, Almina, ya no quiero esperar más. ¿De quién es ese niño? Estoy resuelto á saberlo y no ha de pasar de hoy que tengamos la explicación.

—¿No lo has adivinado?—repuso la mora, mostrándole su hijo.—La voz de la sangre ¿nada te ha dicho? ¡Poderoso Alá!—prosiguió la joven con los ojos llenos de lágrimas.—Sabía que había sido suya, exclusivamente suya ¿y todavía me pregunta de quién es este niño?

Alberto no pudo menos de sentirse vivamente impresionado.

—¡Será posible!—exclamó.

—Harto te lo había dicho,—repuso Almina;—pero no me hiciste caso y me dejaste abandonada con mi dolor y mi desdicha.

El joven inclinó la cabeza avergonzado.

La sentida queja de la joven, le había herido más que lo hicieran los mayores reproches.

Pero la reacción llegó casi inmediatamente.

Atrajo hacia sí á la madre y al hijo, y exclamó:

—Perdóname, Almina, perdóname, hijo mío, por haberme olvidado de vosotros.

* * *

El semblante de la mora expresó la mayor alegría.

Lloraba y reía á la par, y durante algunos segundos permanecieron aquellos tres seres confundidos en un estrecho abrazo.

Ni Alberto ni su amada podían pronunciar una palabra.

El sentimiento que les embargaba se lo impedía.

Por fin, se fué calmando algún tanto aquella impresión y Alberto dijo:

—Vamos, ya que puedo soportar, como has visto, las emociones por fuertes y violentas que sean, necesito que me expliques este misterio de encontrarme aquí, cuando yo salí con otros compañeros á pelear con los tuyos.

—Nada más sencillo. Yo no podía vivir sin tí; veía que mis hermanos cada día estaban más excitados contra vosotros; finalmente llegué á descubrir lo que se tramaba y si hubiese podido, yo misma fuera al combate para buscarte en él y escudarte con mi cuerpo. Ya ves si es grande mi amor.

—¡Alma de mi alma!—exclamó Alberto abrazando á la mora,—¡cuánto deploro el haberte desconocido!

—Bien sabe Alá,—repuso Almina,—que este momento me compensa con creces todo cuanto he sufrido.

—Habla, dime quién me trajo aquí.

—Mohatar, mi fiel Mohatar á quien el día de aquel combate, conociendo como conocía las escasas fuerzas que había en la plaza, supuse que saldrías tal vez con tus amigos á pelear, y le dí el encargo de que te buscara y tratara de salvarte.

—¡Pobre Almina! ¡cuánto sufrirías con la mortal incertidumbre de mi suerte!

—Horas horribles pasé. Sobre todo cuando Mohatar y los leales servidores que le acompañaron te trajeron á mi presencia, moribundo. Mohatar no pudo detener la bala que te hirió, pero al verte caer y que los tuyos retrocedían, se arrojó sobre tí, hizo que sus compañeros le ayudaran, y aquí te trajo y pude tener el consuelo al menos, de ser yo quien velara por tí y disputara su presa á la muerte.

—Y yo te juro en este solemne instante, consagrar esa vida que me has salvado, á hacerte feliz.

—¡Bendito Alá! que ha permitido que tales palabras escuche de tus labios.

***

Inútil es decir que desde aquel momento los dos amantes se entregaron á uno de esos largos coloquios de amor que hubiera durado todo el día, si Mohatar no lo hubiese interrumpido para dar al herido las medicinas que necesitaba.

La curación de Alberto adelantaba rápidamente.

Sin embargo, según su enfermera, hasta dentro de un mes no abandonaría el lecho y todavía pasaría otro antes de estar en disposición de soportar las fatigas del viaje.

Porque el propósito de Alberto estaba ya formado.

Almina abandonaría su patria, su religión, sus bienes para unirse á Alberto.

Mohatar no se separaría de ellos.

Tan luego habría terminado la guerra, se embarcarían en Melilla.

En Málaga, abjuraría la joven sus errores y se casaría con Alberto.

Los más risueños planes formaban para el porvenir..

Sin embargo, todavía les aguardaban horas muy terribles.

***

Una noche, estaba como de costumbre velando Almina el sueño de su amado, cuando de repente, torrentes de luz iluminaron las obscuras sombras que hasta entonces reinaran.

Eran los reflectores del *Conde de Venadito* que iban á buscar á los riffeños en sus madrigueras.

Una detonación resonó en el espacio.

A ella siguieron gritos de rabia y ayes de dolor.

Almina corrió hacia la puerta de su casa y el foco luminoso la deslumbró.

Vió correr grupos de riffeños por la playa, sonaron disparos de fusil y algunas granadas cayeron cerca de su casa.

Loca de espanto, llamó á sus criados.

Alberto se había despertado y la joven le dijo:

—Es necesario huir.

—¿Qué sucede?—preguntó Alberto incorporándose.

—Los tuyos que han iluminado todo el campo y están arrojando granadas desde los buques.

* * *

Mohatar entró al mismo tiempo en la estancia con la inquietud retratada en el semblante.

—¡Oh!—dijo,—los españoles estar crueles y perversos. Tirar bombas á favor de la noche sobre las casas de los moros indefensos. Pronto, señora, salgamos. La casa de El Rami, ha quedado destrozada ahora mismo.

—¡Mi hijo!—gritó Almina corriendo á la inmediata habitación donde dormía la tierna criatura.

—¡Oh! sí, sálvale,—repuso Alberto.—Ayúdame, Mohatar,—prosiguió,—ayúdame á ponerme de pie.

—Salid todos,—dijo Almina,—por la puerta de la espalda y pasad al otro lado del Gurugú. Vosotros,—continuó diciendo á los criados,—llevad á mi esposo. Yo os seguiré al momento.

Y el estampido de las granadas seguía escuchándose cada vez más violento, cada vez más amenazador.

Almina entró en la habitación donde estaba su hijo y le cogió entre sus temblorosos brazos.

En aquel momento, un proyectil dió en la fachada de



LOCA DE ESPANTO Y CON SU HIJO EN BRAZOS...

la casa, haciendo arrojar á la joven un grito de angustia.

—¡Poderoso Dios!—exclamó,—¡salva á los que amo!

* * *

Un segundo proyectil penetró en la casa y el crujido de las maderas y los trozos de mampostería que saltaban por doquiera, aumentaron su espanto.

Al mismo tiempo escuchó la voz desesperada de Alberto que decía:

—¡Almina! ¡Almina! ¿Dónde estás? Responde.

—Por aquí, señora,—gritaba Mohatar.

Loca de espanto y con su hijo en brazos, respondió con voz sofocada:

—Voy; esperadme y si hemos de morir, muramos juntos al menos.

Y la pobre madre, saltando por entre los escombros, asombrada al escuchar los repetidos disparos, deslumbrada por la potente luz de los focos eléctricos, daba vueltas sin encontrar el sitio donde la esperaban sus amigos.

Por fin, salió por detrás de la casa, en el momento en que otra nueva granada caía en ella.

—¡Horrible noche!—exclamó la joven abrazando á Alberto.

—Vamos, amigos míos,—dijo éste á los servidores de su amada,—salgamos pronto de estos lugares. Sobre todo, procurad ir aprovechando todos los resguardos que puedan ofrecer los montes y evitad que os alcance el radio de la

luz eléctrica, porque entonces os verían desde los buques y dirigirían la puntería hacia donde fuésemos.

* * *

Los moros procuraron ceñirse á las instrucciones de Alberto y después de penosos esfuerzos y de haber corrido grandes peligros, consiguieron pasar al otro lado del famoso monte, que por el momento les ponía á cubierto de todo riesgo.

Y decimos por el momento, porque Alberto suponía que el siguiente día lo sería de gloria para España, puesto que se imaginaba que el ejército español, aprovechándose del pánico que reinaría entre los riffeños por efecto del nocturno ataque, realizaría el movimiento de avance para asegurar el triunfo.

Cuando se encontraron de nuevo en aquel palacio donde Alberto fué conducido al principio por Mohatar, pudieron respirar tranquilos, puesto que ni allí llegaban los potentes rayos de los reflectores, ni los proyectiles de los buques.

El movimiento de avance de las tropas no se verificó.

Poco después llegó el general Martínez Campos y el príncipe Araaf, empezaron las negociaciones y así se fué pasando el tiempo, adelantando en este espacio la curación de Alberto.

Conocida es ya toda la marcha que siguieron las operaciones desde la llegada del general Martínez Campos hasta

que fué nombrado embajador extraordinario, y establecidas cordiales relaciones entre los riffeños y nuestros soldados, Alberto pudo trasladarse á Melilla, donde pronto se le reunieron Almina, su hijo y Mohatar.

El joven cumplió su palabra, no ya por el solemne compromiso contraído, cuanto por el profundo amor que en él encendió el cariño, la abnegación y los riesgos que por él había pasado la hermosa marroquí.

Trasladados á Málaga, verificóse la abjuración de Almina y el subsiguiente matrimonio.

EPÍLOGO

La última carta

CON una carta dimos comienzo á nuestro relato, carta que sirvió de prólogo al libro que estamos terminando, y otra carta, también, formará el epílogo, complemento de nuestra poco beneficiosa etapa, en el suelo africano.

Manuel, el distinguido oficial que lleno de entusiasmo ansiaba derramar su sangre por la patria, varias veces, durante los largos é inútiles días pasados en el campo de Melilla, nos estuvo enviando noticias, que unidas á las de otros corresponsales á quienes hemos citado en el decurso de esta obra, nos sirvieron de mucho para seguir la marcha de los sucesos y poder hacer algunas apreciaciones, sino tan acabadas como hubiéramos deseado, á lo menos hijas de nuestro modo de pensar.

No citábamos en muchas ocasiones la fuente de donde bebíamos las noticias que servían de base á nuestro juicio, por razones fáciles de comprender; pero manifestado por nosotros el origen de algunas, puede comprenderse que las que callábamos debían su paternidad al oficial á quien nos referimos.

***

Días antes del regreso de Martínez Campos, terminada su misión en Marruecos, recibimos una carta que transcribimos íntegra, porque en ella está sintetizado y reunido cuanto en la infructuosa campaña había pasado.

Decía así la carta:

«Mi excelente amigo:

»Dentro de pocos días regresaré á la Península con el regimiento á que me han destinado, razón por la cual será esta la última carta que le escribiré.

»Por este mismo correo escribo también á mi madre, que repetidas veces me ha manifestado las pruebas de afecto qué á V. y á su apreciable familia ha merecido durante mi ausencia, por todo lo cual le estoy sumamente agradecido.

»Dicho esto, paso á terminar la serie de mis noticias con el siguiente brevísimo resumen de todo cuanto aquí ha pasado, permitiéndome anotar alguna suposición respecto á lo que puede sobrevenir.

»No me trate V. de profeta presuntuoso; pero si estu-

viera aquí como nosotros y hubiera podido apreciar por lo que ha pasado lo que pasar puede, comprendería que sin ser un sabio ni poseer facultades sobrenaturales, pueden predecirse muy bien los sucesos futuros.

»Vicios arraigados, costumbres de largo tiempo implantadas, el mal sistema que hemos seguido generalmente en todas nuestras posesiones situadas fuera de la Península, han dado lugar á abusos, á descuidos, á indolencias y á ligerezas que cuando hemos querido remediarlas, ha sido ya completamente imposible.

»Estas kábilas de por sí desconfiadas, feroces, codiciosas, levantiscas, sin ley ni freno que las domine, desafiando el poder del sultán cuando éste pretende hacer valer sus derechos y odiando á los españoles que han hecho tan poco para captarse sus simpatías, necesitaban un tacto especial de parte de las autoridades encargadas del mando de esta plaza y una atención profunda por parte de los gobiernos, para el desarrollo de nuestros intereses en esta región.

»Desgraciadamente no ha existido nada de esto en la justa proporción que se necesitaba, y de aquí los repetidos contrabandos de armas, de aquí que los riffeños estuvieran tan enterados como nosotros de los medios con que contábamos en la plaza, de aquí los repetidos ataques contra súbditos españoles, y de aquí, finalmente, las jornadas iniciadas el día 2 de octubre del pasado año de 1893.

»Si se hubiera verificado la demarcación de límites con arreglo al tratado de Wad-Ras, no estaríamos así; pero consintiendo la permanencia de la mezquita dentro de la zona

neutral, permitiendo la libre entrada y salida de los moros en la plaza y las comunicaciones expeditas entre los barrios exteriores y las kábilas fronterizas, se ha dejado tomar arraigo á un mal que yo juzgo difícil de extirpar.

»Creíamos todos, que al hacerse por parte de España el esfuerzo de enviar á esta un ejército bastante numeroso, sino para dominar en absoluto el Riff, al menos para vengar cumplidamente los sangrientos sucesos ocurridos el 2 de octubre, las jornadas de los últimos días de aquel mes y 1.° de noviembre, así se hubiera realizado.

»Un escarmiento duro y un castigo enérgico habría servido para que estas kábilas, se mantuvieran en respeto durante un período más ó menos largo, recordando el palo que recibieran.

»Pero en vez de esto han visto que se aglomeraban fuerzas, que se reunían elementos de combate numerosos, pero que bastaba la visita del bajá del campo y las protestas del hermano del sultán, para que todo volviera á quedar en el mismo estado.

»La sumisión de los jefes de las kábilas me parece que nada significa, nada asegura para lo porvenir.

»Gentes que acostumbran á faltar á su palabra porque desconocen el valor de ella, no son de fiar.

»Según las noticias que tenemos respecto al convenio ajustado, si la guerra ha resultado pequeña el convenio es más exiguo todavía.

»Unos cuantos millones que sabe Dios cuando y como se pagarán; una zona neutral que no se delimitará en

mucho tiempo y la construcción de unos fuertes para los cuales no necesitábamos permiso alguno.

»Es decir que no hay nada positivo, nada que revista carácter de seguridad, nada que demuestre que nuestra influencia en Marruecos tiende á un verdadero desarrollo y adelanto.

»Lo único de verdad que hay en todo ello, es la muerte de nuestros soldados, las horribles mutilaciones de que fueron víctimas muchos de ellos, y la irrisión y el escarnío que hacen de nosotros, los que nos ven tranquilos á corta distancia de los riffeños con el arma al brazo.

»Cuando nos marchemos de aquí, y quede sólo la guarnición que se destine á esta plaza, y los riffeños hayan adquirido nuevas armas y municiones, facilitadas sabe Dios por quién y con qué lucro, volverán á las andadas contra alguno de nuestros descuidados centinelas, se repetirán los actos de bandidaje en la costa contra los buques que los temporales arrojan sobre ella, y nada más.

»La impresión, amigo mío, no puede ser mas triste.

»Muchas son las consideraciones que se me ocurren, pero que V. comprenderá que no puedo estamparlas en el papel.

»He visto que algunos periódicos califican lo ocurrido de guerra pequeña y de paz grande, pero si me fuera permitido decirlo, mi convicción es que el tratado de paz ha estado en justa proporción con la guerra.

»Mejor dicho, ni ésta ha sido tal, ni aquél responde por ningún estilo á lo que teníamos derecho á esperar.

»No es con promesas mentidas ni con falsas sumisiones de jefes desleales, ni con palabras vanas, ni con protestas fingidas, como se estrechan lazos, se crean situaciones y se siembran influencias que aseguren para un plazo más ó menos próximo, algo estable con una nación, con mayor motivo si ésta se encuentra á las puertas de nuestra casa, como sucede con Marruecos.

»No quiero continuar ésta, porque poco á poco iría engolfándome en consideraciones que no puedo ni debo consignar en el papel.

»Cuando nos veamos en esa, pues pienso pedir licencia para ir á dar un abrazo á mi pobre madre, tendrá un verdadero placer en estrecharle la mano y echar un párrafo sobre la situación del Riff, su verdadero amigo,

»Manuel.»

APÉNDICE



ERMINADA ya nuestra publicación y en los momentos en que íbamos á dar á la imprenta las últimas cuartillas, un acontecimiento inesperado, un suceso de gran importancia, tuvo lugar en el imperio de Marruecos, que por su índole especial, preocupó durante algunos días la atención de las naciones de Europa.

Cuando Muley Hassán se disponía para seguir su viaje, una vez terminadas las ceremonias del Ramadán, recrudeciéronse los padecimientos que le aquejaban y falleció en un breve espacio, en el mismo camino que había emprendido poco antes.

Sucesor en el trono, teníale designado ya en su hijo Abd-el-Azis, con exclusión de su primogénito Mohamed, ó el príncipe *Tuerto*, como se le designa vulgarmente, su-

poniéndose que semejante designación sería causa de sangrientas escenas en el imperio, que tal vez obligarían á las naciones de Europa á tener que intervenir en los asuntos de África.

Todas ellas se apresuraron á enviar sus buques á la costa africana, y como es consiguiente, España, por efecto de los últimos sucesos, era la que más debía alarmarse.

Ante semejante acontecimiento, decidimos esperar los resultados por si surgían nuevas cuestiones que nos dieran campo para ensanchar el cuadro general de nuestra obra.

Mas en vista de que el príncipe Abd-el-Azis ha sido aceptado por la mayoría de sus súbditos y reconocido por todas las potencias, que se ha pagado parte del primer plazo de la indemnización acordada y han desaparecido, por el momento al menos, los temores de nuevas complicaciones, nos limitaremos á dar cuenta en pocas líneas, de la muerte del sultán y algunos antecedentes respecto á su sucesor.

* * *

Muley Hassán, de cincuenta y seis años, padecía hace tiempo de graves accesos de fiebre, ya fuera á consecuencia de un envenenamiento ó por sus excesos. Nadie sabía de qué naturaleza eran los ataques que padecía; algunos afirmaban ser ataques epilépticos; otros trataban de explicarlos con la palabra loco, dando así á entender que era monomaníaco; lo que parece exacto es que el sultán, en esos ataques, se ponía con frecuencia frenético, y así que

desaparecían, sumergíase en un completo letargo, y el resto del día lo pasaba sumido en una especie de idiotez y flojedad que le hacía insensible á todo.

Durante el invierno, esos ataques le acometían con menos frecuencia.

En el imperio, teníase por cosa corriente que no llegaría á una edad avanzada.

Los médicos de las misiones militares de Francia, Inglaterra y España, solían asistirle; pero dadas las costumbres y la existencia especial de aquel soberano, difícil era que alcanzaran satisfactorio resultado, para recomponer aquel organismo, que día por día iba perdiendo mucho.

Precisamente, cuando ocurrió la muerte, ninguno de los médicos europeos se encontraba cerca del sultán.

Unos estaban, en uso de licencia, fuera del imperio, y otros en misiones especiales; de modo que su fallecimiento, que quizás se habría dilatado algo más, ocurrió sin la asistencia de los hombres de ciencia europeos.

* * *

La muerte del sultán, acontecimiento de gran importancia y trascendencia suma para toda Europa, causó una verdadera sensación en Madrid.

Falleció aquél, el día 7 de junio de 1894, en las inmediaciones de Karbat de Tadia, lugar enclavado entre Marruecos y Mequínez.

Algunos días antes, el soberano marroquí había salido

de aquella población y murió, según las versiones oficiales, á consecuencia de una fiebre perniciosa, indudablemente mal combatida, ya que por una desgraciada coincidencia no le acompañaba el médico francés Mr. Linares, que de ordinario le asistía, además de no encontrarse en África los señores Cortés y Ovilo, que también cuidaban de la salud de Muley Hassán, siempre que alguno de ellos se encontraba en la residencia imperial y aquél necesitaba sus conocimientos científicos.

Si dar crédito debemos á la misma versión oficial, el viaje del sultán estaba relacionado con el compromiso que con el Gobierno español había contraído, de dar cumplimiento en todas sus partes al Tratado convenido en Marrakesh, suponiéndose que su dirección no era la de Rabat, sino por el contrario, hacia el Este del imperio.

* * *

La primera noticia de la muerte del sultán fué recibida por Mohamed Torres, en Tánger, por conducto de un propio expedido desde Tadla por los ministros que acompañaban al emperador.

Mahomed Torres se apresuró á comunicar la noticia á los representantes de los gobiernos europeos, quienes la transmitieron inmediatamente á los gobiernos de sus Estados respectivos.

Aun cuando el primer telegrama cifrado del embajador español en Marruecos se recibió por el Gobierno después

de las diez de la noche de aquel mismo día en que fué puesto, se guardó gran reserva en los primeros momentos, y no se hubiera tenido indicio alguno del suceso, por entonces, á no haber cundido el rumor entre los concurrentes á la recepción celebrada en la embajada de Alemania.

Varios de los políticos sabían de una manera positiva la noticia, al retirarse de aquella legación, á pesar de las afirmaciones de alguno de los ministros.

***

Ampliadas por nuevos telegramas las noticias de aquella muerte, se supo que el Mahsen, equivalente al consejo de ministros, se reunió acto continuo, decidiendo reconocer como sucesor de Muley Hassán á su hijo predilecto, Abd-el-Azis, joven que todavía no cuenta veinte años y que goza reputación de superioridad intelectual y de condiciones de carácter sobre sus dos hermanos, mayores, como también sobre los demás candidatos que se consideran con derecho á obtener la herencia del difunto emperador.

Las mismas referencias afirman, que el ejército que acompañaba á Muley Hassán confirmó la designación de los ministros, proclamando emperador á Abd-el-Azis, que en aquellos momentos se encontraba á Rabat.

Es una antigua tradición del imperio de Marruecos, tradición fundada en palabras del Profeta, que el sultán que realizase la magna y casi sobrenatural empresa de visitar

todo el territorio del Moghreb y unirlo bajo la unidad férrea de su poder absoluto, ha cumplido la misión que Alá le confiara en la tierra y que tiene, desde aquel momento, sus horas contadas y su vida pendiente de un hilo, que la fatalidad ó el destino cortarán muy pronto.

Muley Hassán había realizado esa empresa magna y casi sobrenatural; había estado, en los veinte años de su reinado, en todas las tierras de su imperio. Últimamente, durante el verano y otoño de 1893, casi al mismo tiempo que se rebelaban las kábilas del Riff, S. M. Scheriffiana llegó á Tafilete, á la capital del imperio negro, al corazón del islamismo, á la residencia de todos los scheriffes, á donde no ha llegado el contagio de la civilización cristiana, á donde se conserva puro é íntegro el fanatismo religioso, base primera y fundamento primordial del poder del príncipe de los creyentes.

Ese viaje al través del imperio, desde Tánger á Tafilete, no le había consumado antes que él, ningún sultán más que Muley Jacud. Pero éste, con la ferocidad propia de la *jarka*, dejando en su camino un reguero de sangre. En tanto que Muley Hassán lo ha hecho en medio de la paz, sin otro recurso que el apelar á sus facultades supremas de Sumo Pontífice del Islam.

Por consecuencia, para la leyenda y para la superstición de los moros, cumpliendo el viaje á Tafilete y traspasado el Atlas inaccesible, *estaba escrito* que la vida del sultán acabase; pero que acabase de un modo trágico, lejos de las molicies de su palacio y de su harén, camino de

la ciudad santa de Fez, en traje y en apostura de guerrero, yendo á una expedición militar en vísperas de cruentas batallas.

Muley Hassán, llamado á ocupar el trono en tiempos difíciles, había dado pruebas elocuentísimas de la virilidad y de la entereza de su alma. Había logrado la sumisión de las kábilas siempre rebeldes.

***

En la memoria de todos los habitantes de Tánger, que pudieron presenciar los combates desde sus blancas azoteas, está la lucha desesperada y cien veces perdida, que entabló contra la kábila de Anghera, la terrible kábila de la guerra del 60, la indomable kábila, á ningún emperador sometida; la kábila que por su valor, recordaba á los cántabros contra Roma; la kábila que cayó ante Muley Hassán, sin ser incendiada, ni devastada.

Era un soldado... Ha muerto como tal, en campaña; pero no ante las armas de sus enemigos, sino presa de una fiebre infecciosa. La imaginación popular, que á los sucesos de Oriente concede grandes proporciones, fantásticos caracteres, no puede creer, no puede conformarse con que el sultán de Marruecos haya muerto de muerte natural. Varias y muy contradictorias son las referencias, y entre ellas predominan las que atribuyen la muerte á envenenamiento.

El doctor Linares, médico de la Comisión militar fran-

cesa, le había acompañado en su viaje á Tafilete. Era el único europeo que vestido de moro pudo llegar hasta aquella apartada región. Le unían vínculos estrechos con el sultán, y éste tenía siempre en la mente, de continuo llena de negocios políticos, la imagen de aquel servidor de Francia y consejero suyo, que en noche memorable atravesó el palacio y llegó hasta el harén y rompió el Tratado con Inglaterra, el pacto de Ewan Smith... Ahora, no le acompañaba, no podía prodigarle sus auxilios, ni tampoco ha podido influir en sus resoluciones.

Muley Hassán ha muerto rodeado tan sólo de sus soldados, en completa incomunicación con Europa, á distancia de su gobierno, de su Mahzen. Como es ley del imperio siempre observada, casi nunca acatada por los súbditos, ha nombrado el sucesor. Sabíamos quién era el sultán muerto, de qué modo afrontó las guerras de las kábilas rebeldes en lo interior, y de qué modo evitó las guerras en lo exterior con Europa, concertando Tratados que le evitasen una beligerancia inmediata, aunque nunca tratase de cumplir los convenios solemnes.

***

¿Sabemos acaso quién será el sucesor que por tal reconozcan los habitantes del imperio de Marruecos? Muley Abd-el-Azis, designado por su padre, no ya sólo en la hora postrera de su existencia, sino muy de antemano por los cuidados y favores prodigados á quien ha de reinar, es hijo

de una circasiana, de nombre Habasia, célebre por su belleza, y más célebre aún por el ascendiente omnímodo que gozaba en el ánimo de Muley Hassán.

Con esta designación queda postergado Muley Mohamed, el famoso tuerto, el apellidado corta cabezas, el que á la temprana edad de veintidós años ha logrado alcanzar fama de crueldad en el cruelísimo imperio de Marruecos. A Muley Mohamed le apoyan y sostienen todos los fanáticos del Moghreb, que son en gran número y poder; todas las kábilas descontentas y potentes y rebeldes, que son casi todas las del imperio; todos los que sueñan con derrotar al actual Mahzen y su verbo El Garnith; todos los que creen en él como una esperanza de independencia contra la invasión creciente de los cristianos; todos los que hacen del famoso tuerto un príncipe *Deseado*, lo mismo que los absolutistas en España de Fernando VII...

Muley Mohamed, mucho antes de la muerte de Muley Hassán, era un prisionero de Estado, que no podía transponer el umbral de sus habitaciones, guardadas como cárcel, por lo que para los moros se ofrecía con el carácter más simpático á los súbditos, con el de víctima, á las causas políticas sacrificado.

Aquel á quien el Emir Ab-Mumenin designa como sucesor y es aceptado por los jefes de las Asociaciones religiosas secretas, tales como la poderosa de los Muley-Tayeb, reina y gobierna en definitiva. Pero las Asociaciones religiosas aún no han hablado, y ha sido sólo la *jarka* la que ha proclamado al nuevo sultán. Las Asociaciones religiosas

no han hablado, teniendo una secreta y radical enemiga contra el corrompido Mahzen, que ha de ser, naturalmente, por interés de conservación propia, quien apoye á Muley Abd-el-Azis.

Éste tenía á su favor un importante elemento de éxito, y era el haber sido presentado á las legaciones extranjeras, tiempo hace, por Muley Hassán, como su futuro sucesor. Mas lo que importa averiguar es si á las naciones europeas representadas en Tánger, les convendrá respetar ahora ese convenio tácito de derecho internacional. Lo que será bueno saber es si Francia querrá, al presente, abandonar sus iniciativas y protectorados, renunciando á que el sultán nuevo de Marruecos sea hechura suya, como lo sería si apoyase los derechos de Muley Mohamed, de acuerdo con el scheriff de Wazán.

* * *

De todos modos, cualquiera que sea la solución, bien se puede predecir que el gobierno de Muley Abd-el-Azis será la continuación del gobierno de su padre, en tanto que el imperio de Muley Mahomed sería la negación del imperio de su padre.

Y de todos modos, ¡triste es decirlo! para la solución que se dé al obscuro problema de la sucesión al trono de Marruecos, España será una cantidad totalmente negativa, sin influencia ni poder para determinar que se cumpla la voluntad de Muley Hassán ó que se levanten las kábilas

en guerra civil. Si ese poder y esa influencia tuviéramos, nuestro interés estaría en mantener el testamento imperial...

Pero, á estas horas, ni en Marruecos, ni en Fez, hay ningún representante de España que, como aquel valeroso español Alí-Bey-el-Abassi, príncipe de la Abassida, pueda pesar é influir en las Asociaciones religiosas del islamismo...

Por no tener, no tenemos allí ni Comisión militar, ni médicos, ni cónsul.

Y del otro lado, del lado de la diplomacia europea, la muerte del sultán nos ha sobrecogido en el instante preciso en que estamos sin alianzas económicas, ni políticas con Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, las naciones que tienen voz y pesan en la balanza de los destinos del Moghreb.

Muley Hassán, sultán de los tristes destinos, había ido á Tafilete para consolidar la unidad de su imperio, por todas partes amenazada. Tal vez los sultanes que le sucedan tendrán que ir á Tafilete á refugiarse de la invasión de Europa y huir hasta el desierto y ver como sus súbditos son vendidos en el Sahara como esclavos. Eso es lo que debe España evitar á toda costa, porque como ha dicho uno de nuestros pocos estadistas, cualquier vecino sería más peligroso que el emperador de Marruecos al otro lado del Estrecho de Gibraltar...

* * *

Con motivo de la muerte del sultán y del advenimiento al trono de su hijo Abd-el-Azis, ha salido á plaza y ha adquirido cierta celebridad, la madre del nuevo emperador.

Muchas veces el capricho ó una pasión fugitiva puede hacer de una esclava una sultana, y esto ha acontecido con una mujer muy inteligente y hermosa, que hace diez y siete años es la favorita del sultán.

Es circasiana, robada muy niña á sus padres; fué vendida en Constantinopla á una casa muy famosa por ese tráfico, donde recibió excelente educación. Comprada con otra compañera, hoy esposa de un gobernador muy conocido, llegaron á Tánger con destino al sultán, donde la conoció en 1877 el Sr. Ovilo; su talento, aun más que su belleza, su excelente consejo, su educación esmeradísima, y unos sentimientos muy delicados, á los que es muy afecto Muley Hassán, han hecho que la Habasia sea la verdadera sultana y que su hijo Muley Abd-el-Azis sea el preferido entre todos sus hermanos por su padre y el señalado para sucederle en el trono, no obstante existir otros de más edad y entre ellos el primogénito Muley Mohamed, el famoso tuerto, que tanto ha dado, y á mi entender, ha de dar que hablar todavía.

Pero Marruecos no se ha de escapar á la regla general que hace intervenir á la mujer en todos los grandes acontecimientos de la vida del hombre, y por ende de los pueblos é intereses que el hombre dirige, y allí, como en todas partes, esa mujer, tan menospreciada en público, ejerce una influencia real, y en ocasiones decisiva.

La sultana favorita se llama Lella Rekhia. Costó veinticinco francos en Stambul.

* * *

La sucesión al trono de Marruecos difiere de una manera notable del resto de los pueblos ismaelitas.

Es condición indispensable dentro del rito sammita que se profesa en aquel territorio, la elección de soberano; el interés de los sultanes tiende y ha tendido siempre á hacer que la elección sea directa, ó mejor dicho, como una sucesión hereditaria.

Finalmente, una antiquísima costumbre establece que la elección de sultán deba recaer en un scherif, que equivale á decir descendiente directo de la familia de Mahoma.

Ahora bien: de la especie de combinación de estos tres elementos, resulta que el trono de Marruecos no se ocupa con arreglo á la secta scita, puramente hereditaria, sino por medio del sistema mixto de elegir siempre á un individuo de la misma familia.

Debido á esto, resulta que desde hace algunos siglos, sean legítimos ó impostores, todos los sultanes de Marruecos se dicen descendientes del Profeta, y la posesión de esta cualidad es hoy indispensable para aparecer como legítimo jefe de los creyentes en el imperio.

Como que el carácter del poder soberano es personalísimo, trae como consecuencia inevitable la provocación de las luchas civiles á la muerte de cada monarca, sumiendo

al imperio en la más espantosa anarquía; estado horrible que no cesa mientras el nuevo sultán no ha arraigado su poder y conseguido hacerse temer.

El señor Bonelli, dice, á propósito de este asunto, en su obra titulada *El Imperio de Marruecos*, que al morir el emperador, muere también la sombra de justicia que existe, y muy pocas autoridades se consideran con suficiente prestigio para velar por la conservación del orden.

«Empieza entonces *la hora de las venganzas*,—añade,—como gráficamente se dice en el país, que el tiempo ha sancionado como justa y compensadora.»

La muerte de Muley Hassán aunque en los primeros momentos parece que ha sido una excepción por la relativa tranquilidad que la ha sucedido en el imperio, es de temer que los tumultos tradicionales estallen en plazo más ó menos breve.

Hasta la fecha la dinastía de los Filelis ha dado trece sultanes de los que hay solamente seis que hayan sucedido á su padre, de los cuales tres, eran hermanos y tíos del emperador difunto.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Y

ÚNICO





ÍNDICE

DE

LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

PÁGINA

PÁGINA

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

